ELENA GARQUIN

# CABALLEROS y GRANUJAS

SERIE COMPLETA

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: La heredera.
©Elena Garquin, enero 2020.
Diseño de portada: Adyma Design.
Maquetación: Adyma Design.

*A mis padres, ese par de luchadores incombustibles, capeadores de temporales, por su esfuerzo y dedicación; y a mi marido, el pilar de mi vida, mi caballero andante y principal defensor de causas perdidas.*

*Gracias a los tres.*

# Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
Epílogo
Agradecimientos

# La Heredera

# Prólogo

CORTIJO LA DORADA, MÁLAGA, 1872

El aya Rosalía miró inquieta por la ventana. Apenas comenzaba a amanecer, pero la niebla de aquel día de invierno cubría los campos. La quietud de la casa era total, y el silencio tan espeso que se podía cortar con un cuchillo.

Rosalía entró sigilosamente en la alcoba de la niña Elena, que dormía plácida y despreocupadamente, ajena a todo, y la contempló un instante mientras se retorcía las manos, presa del nerviosismo.

—Duerme, mi niña —susurró—, que tal vez pronto tenga que despertarte.

A pesar de su edad —nunca le dieron fecha exacta de su nacimiento, pero las arrugas hablaban por sí mismas— y de su raza gitana, Rosalía no pudo evitar sentir miedo. Los largos años al servicio de aquella familia habían aletargado las costumbres nómadas propias de los suyos. Ya no estaba para andar de un lado a otro sin rumbo fijo, como cuando era joven y tenía demasiada energía en las venas. Hacía tiempo que había echado raíces en aquel lugar y con los propietarios de aquellas tierras, sobre todo desde la muerte de la señora, cuando Elena contaba dos años y el señor se quedó sin una mujer a su lado.

Don Damián Robles era lo que vulgarmente se llamaba un calavera. Lo fue en vida de su esposa y lo siguió siendo cuando esta murió, pero como padre amantísimo no tenía precio, pensó Rosalía, al menos con su descendencia reconocida. Su única hija era la luz de sus ojos. Y sin embargo ahora…

El ruido de cascos rompió el silencio mortal del cortijo. Rosalía miró por la ventana. Un jinete se acercaba.

Tan solo un jinete.

El corazón le dio un vuelco. Prácticamente voló hacia la puerta principal a tiempo de ver cómo Juan Lomana, el ahijado del señor, se acercaba a grandes zancadas. No tuvo que preguntarle nada;

hubo de reconocer que, en el fondo de su alma, siempre supo cuál iba a ser el desenlace de semejante despropósito.

Don Gonzalo Pérez y el señor siempre habían rivalizado en todo: mujeres, juego, ganancias y propiedades. No era buen compañero de juerga para don Damián. Posiblemente movido por su mal perder con las cartas, por la envidia o por la borrachera del momento, aquella noche las palabras de don Gonzalo pasaron de simples pullas a pura provocación.

Don Damián se levantó de su asiento y arrojó el guante a don Gonzalo. Solo al día siguiente recordó que no era muy diestro en el manejo de las armas, pero ya era tarde. Estaba lúcido por fin, pero condenado con toda probabilidad.

Sus padrinos fueron Juan y el médico del pueblo cercano, Esteban Pinto, alguien que, por lo visto, no había podido hacer gran cosa por él.

Tampoco por don Gonzalo, que sería apresado por matar a don Damián en el duelo, una práctica prohibida desde hacía años.

—El tiro fue limpio, Rosalía —le decía Juan—. Directamente al corazón. El doctor ha certificado su muerte.

A Rosalía los ojos se le escaparon hacia la alcoba de Elena. Solo por ella se le llenaron de lágrimas.

***

La habitación en penumbras olía mal. La gente entraba y salía, en un eterno desfile alrededor del féretro. Algunas personas se detenían ante ella para susurrarle palabras de consuelo, o besaban su mejilla; otras ni siquiera reparaban en su presencia. Rosalía había tenido que teñir uno de sus vestidos de negro para que ella pudiera comenzar su luto, cosa que no entendía muy bien.

Lloraba la muerte de su padre; lo seguiría haciendo igual de negro que de otro color.

Por fin había dejado de temblar, después de verse obligada a pasar el mal trago de ver el cadáver de don Damián. Permanecía sentada junto a la ventana, encogida y pequeña, intentando ver a través de la tupida y oscura cortina sin que Juan se diera cuenta.

Y es que Juan parecía darse cuenta de todo. Desde que hacía años había quedado huérfano, su padre lo había acogido en su casa como a un hijo más. Cuando Elena comenzaba a dar sus primeros pasos, Juan era el administrador general de la fábrica textil que su padre poseía en la ciudad, además de un joven abogado. Ella siempre le consideró su hermano mayor. Un hombre con un porte elegante que imprimía seguridad a cada uno de sus actos mientras, en aquel momento tan triste, se hacía cargo de la situación.

Pero sus ojos enrojecidos por el llanto pronto divisaron algo a través de la ventana. Un muchacho se acercaba y le hacía señas con las manos.

—Anda, sal un rato, criatura —oyó susurrar a sus espaldas—. Te hará bien.

Elena dirigió una pequeña sonrisa a Rosalía. Con sigilo se escabulló de aquella odiosa habitación y corrió hacia el chico que la esperaba con el semblante serio y preocupado.

—Hola, Pablo —saludó.

—Lo siento mucho, señorita.

Pablo el Bastardo era conocido así por señores y campesinos del cortijo, y la razón era obvia. Tenía catorce años y había sido compañero de juegos de Elena desde que esta tenía uso de razón. Para ella Pablo significaba libertad en todos los sentidos: de movimientos, de pensamientos y de sentimientos. Su padre consentía esa relación porque lo aceptaba como hijo en su fuero interno, aunque no hubiera papeles de por medio. Nunca se le negó la entrada a la casa principal, y siempre había estado con Elena; cuando aprendió a cabalgar, cuando aprendió a nadar e incluso cuando recibía algún castigo.

En aquel momento también estaba allí.

—Ahora usted será la dueña de todo —le estaba diciendo mientras tomaba su mano.

— Pero yo soy una niña, Pablo. Tú eres mayor, mi hermano de verdad.

—¿El señor lo dejó escrito en algún sitio? ¿Finalmente me reconoció?

La esperanza que había en su voz se diluyó cuando Elena se encogió de hombros.

—Yo no sé. Aquí todos hablan de…

—Pero eso no me sirve —la interrumpió Pablo.

Ante el silencio de la niña, se sentó y esperó. De repente, la cara de Elena se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Ya sé! —exclamó—. Cuando yo sea mayor, te daré una parte de la herencia, ¿de acuerdo?

En vez de tomárselo a chanza, Pablo asintió muy serio, escupió en la palma de su mano y se la ofreció a Elena.

—¿Tengo su palabra?

Ella asintió sin vacilar, hizo lo propio en su palma y juntaron las manos, sellando así su pacto.

—La tienes.

***

Al día siguiente leyeron el testamento de don Damián. A Elena no se le permitió estar presente. Durante el acto tuvo que quedarse fuera con su tía Elvira, hermana de su madre, a la que apenas había visto en un par de ocasiones a lo largo de sus diez años de vida, y su prima mayor Catalina. Habían llegado desde la ciudad para el sepelio, pero al parecer tenían en mente otros cometidos.

Como estaba previsto, y se supo en cuanto Juan salió del despacho de su padre, la niña había heredado una de las fortunas más grandes de toda Andalucía, que recibiría cuando cumpliera veintitrés años. Además de las tierras del cortijo y los frutos de las mismas, la herencia comprendía importantes cuentas de dinero en efectivo, la fábrica textil y otra dedicada a la producción de aceite. Mientras la mayoría de edad llegaba, su padre había nombrado tutor y administrador de todos sus bienes a Juan, cosa que no pareció agradarle mucho, pues informó de todo ello con aspecto contrariado y lúgubre.

—Señora Cifuentes, todos sabemos de su fama de virtuosa y excepcional dama, única para inculcar a una niña los valores propios que una señorita acomodada debe tener.

La tía Elvira asintió en silencio mientras Catalina tomaba la mano de Elena y escuchaba a Juan embobada. Dio un paso atrás, pero su prima no le permitió soltarse de su mano.

—Soy viuda de banquero —pregonó Elvira—, tengo una reputación que mantener. Esté seguro de que mi sentido de la moral y del decoro son los mejores.

—Lo sé. Por eso, y por ser familiar directo de Elena, le encomiendo su educación en los próximos años. —Sin más preámbulos, Juan se dirigió a la salida, pero en la puerta se detuvo e inclinó la cabeza a modo de despedida—. Rosalía está preparando el equipaje de la niña. No se inquiete; será debidamente recompensada. Señora, señorita, si me disculpan, tengo asuntos urgentes que tratar.

Se fue sin dirigirle ni una triste despedida, aliviado por librarse de una carga pesada y sin darle la oportunidad de hablar.

Ella no quería abandonar el campo, ni irse con una tía desconocida a una ciudad desconocida para aprender unos modales que también le resultaban desconocidos, aunque aquello no parecía importarle a nadie.

Sin su aya Rosalía.

Pero un apretón en su mano le recordó que pasaría mucho tiempo hasta que pudiera decidir por sí misma sobre su propio destino.

Alzó la cabeza temerosa y se encontró con la cara sonriente de su prima.

—No te preocupes, Elena —le dijo—. Vamos a estar juntas. Nos divertiremos.

La niña no dijo nada. No tenía tan claro que alguien pudiera divertirse sin ríos en los que zambullirse, sin árboles bajo los que refugiarse de la lluvia, sin el sabor de la uva recién cortada o el espectáculo de miles de olivos con sus frutos, sin el ejercicio reparador de una buena cabalgada a lomos de un caballo y sin naturaleza a su alrededor, aunque ¿qué otra alternativa le quedaba?

# 1

RONDA, MÁLAGA, PRIMAVERA DE 1881

Elena sonrió recordando los intentos de su tía por conseguirle un buen marido.

Todo pese a que, nueve años después de su partida de La Dorada, ella se sabía el mejor partido de toda Andalucía. Estaba harta de oírlo por boca de los pretendientes que se acercaban a ella como auténticos moscones y a los que tenía que espantar como tales.

Mientras observaba su imagen en el espejo de su alcoba, tuvo ganas de gritarle todo eso a Juan Lomana, su tutor, pero nunca había tenido oportunidad de hacerlo. Desde que vivía en casa de su tía, esta y su prima habían constituido su única familia, como si todo el mundo se hubiera empeñado en borrar lo demás, incluido el cortijo y quienes lo habitaban.

Sin embargo, no estaba resentida. La tía Elvira se había preocupado por ella como lo hubiera hecho su verdadera madre. En cuanto a su prima Lina, solo podía darle las gracias por su generosidad y su extraordinaria capacidad para transformar las personas y las situaciones extrañas en cotidianas.

—Pero yo no necesito marido —se dijo a sí misma, volviendo al comienzo de sus pensamientos—. En unos años tendré todo lo que pueda desear.

—No todo, prima. —La voz de Catalina la sacó de sus cavilaciones —. ¿Crees que podrás meterte en la cama de algún hombre sin matrimonio de por medio?

Si el rostro de Elena hubiera sido tan blanco como el de Catalina, se hubiera teñido de rojo vivo al oír semejante desvergüenza, pero enseguida sonrió. Ya estaba acostumbrada a los exabruptos de su prima.

—Supongo que también eso me será más fácil después de los veintitrés —contestó—. O al menos, podré hacerlo con el beneplácito de la sociedad.

—No te engañes, querida. Para una mujer eso nunca estará bien visto. —Con una risilla pícara, Catalina se inclinó ligeramente hacia ella—. Si mi madre estuviera aquí, te cortaría la lengua, ¿sabes?

—Si tu madre estuviera aquí, te ingresaría en un convento. Y aún no es tarde para que lo haga. A fin de cuentas, todavía no ha conseguido un matrimonio ventajoso para ninguna de las dos.

Aunque no era de extrañar, añadió para sus adentros. En esos nueve años su perseverante tía había conseguido que caminaran rectas, sonrieran lo justo y llevaran con bastante decoro prendas dignas de la peor de las torturas, como el corsé o el polisón. Todo para que apareciesen hermosas y apetecibles para la población masculina con posibles. Y aunque sus consejos habían dado resultado, no era menos cierto que las dos poseían encantos que no necesitaban de artificios.

Catalina parecía una muñeca de porcelana, con sus facciones dulces y sus grandes ojos castaños resaltando en un rostro convenientemente pálido, toda candidez mientras se mantuviera callada. Su punto débil, unos pechos un poco más pequeños de lo que sería deseable, se arreglaba apretando un poco más las cintas del corsé.

En cuanto a ella, no se consideraba para nada una belleza a la moda: piel demasiado oscura para el gusto de su tía, que se empeñaba en empolvársela inútilmente, labios carnosos que incitaban al pecado más de lo debido, abundante y rizado cabello azabache difícil de domar por el servicio que la atendía, y pechos grandes y erguidos que no necesitaban la opresión del corsé para lucir a través de cualquier escote, pero que las convenciones sociales hacían que tuviera que soportar, como en ese preciso instante.

Un armonioso conjunto coronado con la belleza innata de sus ojos: grandes, rasgados y bordeados de tupidas y rizadas pestañas, eran de un extraño color violeta, herencia directa de su madre, asemejándose a los de un felino.

Ambas muchachas habían aprendido música, bailes de salón, costura, bordado e incluso hablaban francés. Todo gracias a la tía Elvira, que se había desvivido por su educación de damas recatadas y, a juicio de Elena, bastante inútiles; porque, ¿de qué le servía todo eso a la hora de manejar un cortijo con todos sus frutos, o para lidiar con la contabilidad de las fábricas?

No obstante, había tenido suerte: vivía en una ciudad levantada en medio de la sierra, con la naturaleza dándole la mano cada mañana pero inaccesible a un tiempo, imposibilitada para la realización de cualquier ejercicio físico, porque una dama era lo que se veía de ella.

Sin embargo, hacía nueve años que no veía a Pablo, ni a Rosalía, ni a Juan, y del último solo sabía que, al parecer, mantenía una breve correspondencia con su tía en la que enviaba frecuentes sumas de dinero para sufragar su educación. A cambio, la tía Elvira le informaba de sus progresos y le instaba a hacerles una visita.

Visita que nunca se había producido. Pero justamente esa tarde, cuando iban a asistir a la fiesta del Gobernador Civil de Málaga, una más en busca de marido, habían recibido la noticia de que contarían con la inesperada visita de Juan, que también estaba invitado.

Seguramente ni siquiera las reconocería, pero eso no importaba para Catalina. Su prima no podía permanecer quieta y correteaba de un lado a otro, parloteando como una cotorra, no sabía muy bien si por la fiesta en sí o por la inminente llegada de Juan Lomana.

—...El Gobernador ha trasladado su residencia a Ronda por motivos de salud, aseguran —estaba diciendo en ese momento—. Cuentan que el palacete es precioso, enorme...

—Seguro que habrá personalidades dignas de destacar —la interrumpió Elena en tono hastiado—. ¿Cómo puedes soportar semejante aburrimiento?

—Habla por ti, querida. Yo me encuentro como pez en el agua. Y si tú te buscaras un buen entretenimiento en todas esas fiestas, también te divertirías.

Elena decidió no indagar más sobre lo que parecía leerse entre líneas, y sonrió.

—¿Alguna vez serás capaz de decir solo lo correcto y adecuado? —preguntó.

Catalina enmudeció un instante y luego las dos se echaron a reír.

—Cuando tú dejes tu sentido práctico en casa y seas capaz de pensar con otra cosa que no sea la cabeza —contestó—. Solo entonces.

***

Juan acababa de franquear la puerta de entrada, entregando guantes y sombrero a la sirvienta, cuando Catalina lo vio en mitad de la escalera.

Automáticamente, descendió los peldaños restantes con mucha más lentitud, como correspondía a una dama. Tras ella, Elena pudo observarlo mucho mejor. Su atuendo de caballero realzaba su espigada figura, y tan solo unas significativas arrugas en torno a sus ojos y sus sienes plateadas daban fe del tiempo que había pasado también para él. Sin previo aviso, el nerviosismo por el encuentro dio paso a la incertidumbre. Decidió esperar a que su prima actuase primero y sus ojos se posaron en dos pequeños paquetes que Juan no entregó al servicio y que dejó a un lado en cuanto Catalina llegó a su altura. De semblante alargado y rasgos severos, sus finos labios dibujaron una sonrisa cortés cuando Lina extendió su mano y él la besó.

—Tú debes de ser Catalina. —Su voz era agradable, casi dulce—. Ya eres toda una belleza.

—Gracias, Juan. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Con ademán solemne, su tutor se hizo a un lado y la recibió a ella.

—Mi querida pupila —dijo. Sus ojos se abrieron por la sorpresa—. Veo que tu tía ha obrado milagros. Te has convertido en una dama. ¿Estás sorprendida por mi presencia? Pensé que doña Elvira os habría advertido ya.

—Así ha sido. Discúlpame —murmuró insegura—. Es que ha pasado tanto tiempo...

Con desconcertante y atrevida familiaridad, él sonrió y le cubrió la mejilla con su palma.

—Pero tu hermosura sigue encandilando, aunque de manera diferente a cuando tenías diez años, claro está.

—Mi prima siempre ha sido bonita, Juan.

—Solo había que tallar el diamante en bruto, ¿no es cierto? —añadió él dirigiendo una fugaz mirada a Catalina.

El tono distendido de sus palabras no terminó de convencerla. En realidad, no dejaba de ser un desconocido que aún no se había ganado su cordialidad.

No podía olvidar que la había abandonado durante nueve años.

—Era una niña cuando la acogimos con nosotras —dijo Catalina con evidente incomodidad.

—Pero se ha transformado en un precioso cisne. Mi querida Elena, estás tan radiante que ni siquiera cambiando tu aspecto conseguiríamos que dejaras de brillar.

—Un cumplido encantador —comentó Catalina con sorna, pero Juan pareció advertirlo, puesto que su sonrisa se volvió artificiosa.

Elena sintió un violento calor en sus mejillas. Los halagos sosegados de su tutor parecían tan sinceros que el rencor se evaporó en un segundo. Casi el mismo tiempo que tardó en huir de aquella mirada oscura que se dirigió a Catalina.

—Oh, perdóname, Lina —se excusó con fría galantería—. Tú también estás muy hermosa.

—Y tan arrebatadora como ella —concluyó su prima con extraño sarcasmo.

—Eso es innegable. —Con sus ojos clavados en ella, Juan cogió los paquetes que había apartado hacía unos minutos—. Para adornar la belleza de mis dos acompañantes, os he traído este presente.

Catalina gritó de alegría cuando abrió su regalo con total naturalidad. Como si estuviera acostumbrada a recibir cientos de ellos de cientos de hombres, tomó en su mano una tiara con finísimos brillantes y la colocó sobre su peinado en cuestión de segundos.

—¡Es preciosa! —exclamó cuando se vio en el espejo del recibidor —. ¡La mismísima esposa del Gobernador se morirá de envidia!

—No lo dudo —dijo Juan con una sonrisa—. ¿Y a ti, Elena? ¿Te gusta tu regalo?

La última vez que se vieron fue para entregarla a su tía como un burdo paquete, sin una palabra de despedida; ¿y después de nueve años le hacía un regalo? Con todo tipo de suspicacias rondándole la cabeza, Elena abrió su presente y hubo de reconocer que lo que vio la dejó atónita.

Un broche de oro con forma de gato montés, cuidadosamente labrado con dos pequeños zafiros por ojos, que combinaba a la perfección con su vestido y que se apresuró a colocar en el centro de su escote. ¿Cómo no le iba a gustar?

En aquel momento Elvira apareció ante ellos con el mismo aire austero de siempre. Sin sonreír, dejó que Juan besara su mano.

—Señora... Cuánto tiempo.

—Para algunos demasiado, Juan Lomana —contestó con acritud —. ¿Por fin viene a comprobar los progresos de mi sobrina con sus propios ojos?

—Entre otras cosas, por supuesto. Confío en que finalmente se haya decidido a acompañarme hasta la casa del Gobernador. Conociendo su carácter, no termino de creer que realmente vayan a viajar conmigo en la calesa.

—Pues créaselo, y guarde su fingida amabilidad para ganarse la confianza de las jóvenes inocentes. —Con su mirada implacable clavada en él, señaló a Elena y Catalina—. Ya pude oír su admiración hacia mi sobrina. Por lo visto, la considera usted una dama.

No le había invitado a sentarse, pero él no pareció ofendido por ello. Seguro de sí mismo, tomó la mano de Elena con una mirada de orgullo.

—Salta a la vista —dijo con solemnidad.

—¿Y quiere hacerme creer que, después de nueve años, ha venido a hacernos una visita de cortesía aprovechando la fiesta del Gobernador?

—Tengo otros motivos, pero me falta tiempo, señora.

—Seguro que podría hacernos un resumen, ¿verdad? —Extraña y visiblemente ofendida, señaló a Elena—. A buen seguro habrá pensado que su pupila merece al menos una explicación.

Sin inmutarse por su tono directo, Juan asintió, aunque sus cejas se fruncieron levemente.

—Usted siempre tan perspicaz —apuntó—. Lo cierto es que llevo un par de días en Ronda. He comprado una casa cerca de aquí y estuve atareado con asuntos legales, ya me comprende.

Elvira asintió, Catalina volvió a abanicarse con creciente ahogo y Elena se limitó a observarlo mientras él se encogía de hombros.

—En fin... —Suspiró, como si no tuviera otra salida—. Arreglados ciertos problemas, he contemplado seriamente la posibilidad de llevarme a Elena de vuelta a La Dorada. —Una mirada interrogante se posó sobre ella—. ¿Te gustaría?

Aquella declaración de intenciones le hizo ganarse su confianza y un grito de júbilo se le escapó. Acababa de saltarse unas cuantas normas de recato, pero aún tuvo que contenerse para no abrazar a Juan y carraspeó incómoda al ser consciente de la severa presencia de su tía.

—Deseo volver. —Algo más calmada, tomó las manos de Elvira entre las de ella—. Pero no me marcharé a no ser que cuente con su aprobación.

Ansiaba más que nada en el mundo hacer todas aquellas cosas prohibidas para una dama y que le habían sido presentadas en los últimos años como el peor de los pecados, pero calló prudentemente y se limitó a recibir el beneplácito de su tía y las felicitaciones de su tutor.

—¡Perfecto! —exclamó Juan—. Te daré el tiempo que necesites para que hagan tu equipaje. Entretanto, ¿qué les parece si vamos a la fiesta? Mi calesa espera fuera.

# 2

—Una buena idea por parte del Gobernador la de invitarlo, ¿no le parece, padre? —le dijo al párroco.

Don Fabián, lejos de ofenderse por el comentario, extendió su copa de vino hacia Diego de Casanueva a modo de saludo.

—Los caminos del Señor son inescrutables, hijo mío —le contestó con una mirada cómplice—. Por lo que veo, tú y tu hermano tampoco habéis declinado la invitación.

—Ya sabe cómo es Diego, padre. —Lorenzo, el menor de los dos hermanos, tomó otra copa de vino para acompañar al párroco—. Siempre a la expectativa.

—No lo dudes, hermanito. A lo mejor en una de estas siento la cabeza.

—Me parece que antes de que eso ocurra veremos cerdos volando —exclamó Lorenzo.

Los tres hombres rieron la chanza y se unieron a otros para comenzar la velada, mientras el Gobernador y su esposa, ambos entrados ya en años y en carnes, seguían recibiendo a los invitados.

Sonaba una suave música proveniente de un piano. Diego fijó su atención en la mujer madura que lo tocaba, pero rápidamente perdió interés en ella y dejó que su vista vagara por los invitados que comenzaban a llenar el salón de recepciones, aunque los personajes que deambulaban por él eran todos conocidos. Tan solo el palacete del Gobernador, con su decoración recargada y extravagante, conseguía sorprenderle mínimamente.

—¿Algo interesante?

Diego se volvió hacia Lorenzo después de echar un vistazo a las mujeres que aparecían del brazo de sus acompañantes. Al menos la mitad de ellas habían pasado por su cama. Ninguna había tenido queja; por el contrario, era él quien deseaba cambiar de compañera con demasiada frecuencia, independientemente de que esta fuera soltera o casada.

—Habría que cambiar el aspecto de muchos para que realmente llegaran a interesarme —contestó—. Mi fama me precede.

—Fama que te has ganado a pulso —le reprochó don Fabián con disimulo—. Deberías tener una conducta menos escandalosa.

—Yo nunca he hecho daño a nadie. Saben a qué atenerse conmigo; no engaño, aunque la mayoría me considera un bribón con

mucha labia según sus propias palabras. Además —añadió—, usted me conoce mejor que nadie.

—Precisamente, hijo mío. —De pronto ambos se habían apartado un poco del resto. El viejo cura carraspeó incómodo—. Deberías conducirte con más prudencia.

—El padre tiene razón. —Lorenzo se unió rápidamente a la conversación—. Tienes demasiado patrimonio, y eres demasiado conocido entre la población femenina como para pasar desapercibido.

—Hoy día hay mucha hambruna —intervino el cura—. Los salteadores y los bandoleros abundan por estas tierras.

—¿Qué pasaría si el Marqués, ese libertador de bandoleros, o incluso ese gitano, Paquillo, se cruzaran en tu camino?

—Poca confianza tienen en mí, señores. Tú, mi querido hermano, preocúpate de saldar tus deudas de juego y no meterte en otras peores. Y usted, padre, intente salvar las almas más descarriadas, que de lo demás ya me ocuparé yo. —Ante el silencio de los dos hombres, Diego alzó los brazos en señal de desesperación. ¿Qué mosca les había picado aquella noche?—. Ese Marqués, o como se llame, nada tiene que ver conmigo, y en cuanto al bandolero y su cuadrilla, siempre podría negociar. A fin de cuentas, parte de su raza corre por mis venas.

Tanto Lorenzo como don Fabián cruzaron miradas más que elocuentes.

—Es sorprendente la facilidad con la que hablas del origen de parte de tu sangre —le reprochó el cura—. ¿Te crees tan seguro como parece? Mira que la soberbia es un pecado capital.

—Soy dueño de El Capricho, uno de los cortijos más grandes de toda Málaga, y de la mejor fábrica de conservas de la región, en sociedad con mi hermano. ¿Con qué cree que pagaría la conciencia de unos muertos de hambre?

Don Fabián iba a contestar, pero se dio cuenta de que la atención de Diego no estaba ya con él, sino con los nuevos invitados que entraban en el salón.

—Vaya, una mujer —gruñó con disgusto—. ¿O son dos las que ahora te distraen? Si sigues así, vas a condenarte en el infierno...

—Es la variedad lo que le gusta a Diego, padre. —Lorenzo siguió la mirada de su hermano hasta soltar un leve silbido de admiración —. Y a fe mía que tu gusto es exquisito, hermano.

Diego no lo escuchó. Sus cinco sentidos ya se hallaban puestos en las cuatro personas que irrumpían en la fiesta. Conocía a la viuda Elvira Cifuentes y a su hija Catalina, aunque no había tenido el placer de intimar con ninguna de las dos; incluso hacía negocios con Juan Lomana, puesto que asiduamente compraba buena parte de la cosecha de La Dorada para la conservera.

Sin embargo, desconocía quién lo acompañaba. Sus ojos expertos de mujeriego se fijaron instantáneamente en ella, en su vestido azul oscuro lleno de pliegues y volantes, en su rostro de facciones dulces, en sus labios carnosos y en sus hermosos ojos.

«Habría que cambiar el aspecto de muchos», le había dicho a don Fabián con tedio.

Pues bien, ese cambio acababa de producirse.

La joven desconocida saludó al Gobernador y a su esposa y cruzó unas palabras con ellos antes de volver a colgarse del brazo de Juan Lomana. Con aquel movimiento fortuito, Diego pudo apreciar el corpiño de su vestido y un escote en forma de V que descubría buena parte de sus pechos, adornado por un broche colocado en el sitio justo para atraer su atención. Cuando acabó tan descarada inspección, una atracción irresistible hacia ella se apoderó de su cuerpo. La fuerza parecía fluir con cada uno de sus elegantes movimientos; nada que ver con las miradas escandalizadas o los oportunos sonrojos a los que estaba acostumbrado.

Lo cierto era que nunca se había endurecido tan rápidamente ante la visión de una mujer hermosa. Ella encarnaba el conjunto de todos los placeres mundanos que siempre se permitía como recompensa a su ajetreada vida,

Por eso decidió en aquel preciso instante que la quería en su cama.

—Por Dios Bendito —murmuró para sí—. He muerto y acabo de entrar en el cielo. ¡Es un ángel!

—No blasfemes —le recriminó don Fabián—. No es un ángel, sino toda una dama, la pupila de Juan y, si Dios no lo remedia, heredera

de una de las mayores fortunas de toda Andalucía.

—¿Usted la conoce? —preguntó Diego sorprendido.

—Así es. Doña Elvira es su tía y lleva en Ronda bastantes años. Llegó aquí siendo una niña... —Con una seria mirada de advertencia, el párroco añadió—: Es una dama virtuosa que acude a misa cada domingo y fiestas de guardar.

Diego sonrió. Dudaba de que una dama fuera capaz de exhibir semejante escote en fiesta tan respetable, pero si era así, alababa tanto el gusto como la osadía de la señorita.

—Así que está soltera... —aventuró.

—Y por bastante tiempo, según parece. Ha rechazado todas las proposiciones de matrimonio que le han hecho hasta el momento. No las necesita.

—Su tía la vigila como un halcón —añadió Lorenzo—. Si a ello le añades a Juan Lomana...

—No habrá hecho voto de castidad, ¿verdad, padre? Sería un desperdicio.

Don Fabián resopló con resignación, incapaz de contestarle convenientemente, pero Diego no se percató. Solo se recreaba en la elegancia de movimientos de la joven que en aquel momento se acercaba, junto con su prima, a un grupo de muchachas que se abanicaban con energía.

Su primer impulso fue acercarse a ella y solicitarle un baile, pero luego lo pensó mejor. Su instinto de cazador, ese que tantas hazañas amatorias le había procurado, habló por él.

—Todo un desafío —murmuró con los ojos entrecerrados.

—Una mujer que no está interesada en el matrimonio, que será rica en unos años... ¿Qué buscaría en un hombre? —le susurró su hermano al oído.

—Apostaría lo que fuera para averiguarlo.

—¿Lo que fuera?

Observó detenidamente a Lorenzo mientras encendía un cigarro. Después de la muerte de su padre, Diego había heredado el cortijo y sus tierras junto con la mitad de la conservera. Lorenzo y él siempre se habían llevado bien, pero debía reconocer que el gran defecto de su hermano eran las apuestas y su desmedida ambición.

—¿Tienes problemas de liquidez?

—De momento me alcanza para pagar mis deudas, no te preocupes.

—Ya. ¿Se puede saber en qué estás pensando?

—En algo mucho más liviano... Y divertido. Una apuesta. Ella —dijo, señalando a Elena—, será el objetivo a conseguir.

Diego frunció el ceño.

—Tendrás que ser más concreto —apuntó con cautela.

—Doy por supuesto que te será fácil seducirla —aclaró Lorenzo sonriendo—. Pero quizá si te tentara con un matrimonio...

Él volvió a mirarla. Los ojos se le quedaron clavados en los pechos que subían y bajaban y en el gato dorado que los acariciaba; no pudo evitarlo. La sangre le hirvió, el deseo se le desbocó y la imaginación hizo el resto.

—Acepto —dijo—. ¿Qué apostaremos?

Lorenzo no se lo pensó.

—La parte de cada uno en la conservera —respondió—. Si la consigues, para ti la mujer y la fábrica al completo. De todas maneras, creo que es mejor que todos los detalles queden por escrito, por supuesto; pero, entretanto, el padre Fabián es testigo de nuestro acuerdo.

Sin más preámbulos extendió su mano, aunque Diego dudó. Ignoraba a qué se debía una actitud tan determinante a la hora de apostar con él algo tan importante para su hermano como su parte en la conservera, pero decidió que no quería averiguarlo.

—Sin límite de tiempo —exigió—. Yo sabré retirarme si no consigo el objetivo.

—Y sin jugar sucio —añadió Lorenzo—. Si te parece bien, mañana nuestros abogados redactarán el documento de la apuesta y ambos lo firmaremos.

Diego asintió, y sellaron el acuerdo con un apretón de manos ante las narices del cura que, impotente, se alejó de ellos gruñendo algo acerca de las personas sin cerebro.

***

La música corría ahora a cargo de una pequeña orquesta contratada por el Gobernador. Algunas parejas bailaban a su son mientras, en otro rincón, una mujer aburría a su pequeño auditorio con sus horribles poesías. Elena ya había declinado tres invitaciones para unirse al baile. No era que sus posibles acompañantes no fueran de su agrado; sencillamente, el aburrimiento hacía mella en ella, el corsé le apretaba horriblemente y el calor reinante, a pesar de que aún no había terminado la primavera y de que los amplios ventanales permanecían abiertos, amenazaba con asfixiarla.

Después de una inspección al gran salón, Elena intentó centrarse en la conversación que, como siempre, llevaba su prima Catalina, y que versaba sobre el tema de moda.

—¿Os imagináis? —estaba diciendo—. Raptada por un bandido... ¡Qué romántico! ¿No crees, prima?

—¿Romántico? —respondió ante tamaña tontería—. No lo sé, pero si yo fuera la raptada no creo que pudiera contároslo. Al parecer, pocos son los que sobreviven al terror de Paquillo.

—Dicen que ayer tarde cogieron por sorpresa a dos de su cuadrilla —susurró otra de las jóvenes tras el abanico—. Robaban comida en un almacén. Ahora están en los calabozos de Málaga.

—Más bien parece ser el hambre lo que les mueve, y no el amor, ¿no creéis? —Intentaba tomar el aire que parecía resistírsele. Elena buscó con la mirada, hasta que encontró a Juan sorprendentemente cerca de ella, conversando con otros dos caballeros—. Si me disculpáis, voy a hablar con mi tutor.

Sin esperar más, casi corrió hacia él.

—Hola, mi niña. ¿Qué sucede? ¿Te harta la fiesta?

—Un poco menos ahora que estás tú.

—¿Y entonces? Estás un poco pálida.

Elena se abanicó de nuevo con energía, pero eso no mejoró su situación.

—Me ahogo aquí dentro —confesó—. Juan, ¿podría salir al jardín? Necesito un poco de aire.

Juan echó un vistazo alrededor y asintió, acariciando distraídamente su mejilla.

—De acuerdo —concedió—. Pero si te sientes peor házmelo saber, por favor. Y no estés mucho tiempo fuera; podrías enfriarte.

***

Allí sola, en el silencio de la noche y rodeada de hermosas plantas de jardín, tenía la sensación de que hasta el aire penetraba mejor en sus pulmones, y no pudo sino agradecer que Juan, finalmente, le hubiera permitido salir sola.

El cielo aparecía estrellado y un sereno silencio la envolvía. La temperatura era mucho más agradable, y las palabras de su prima le vinieron a la cabeza. Bandoleros, gitanos, salteadores de caminos y un Marqués que hacía las delicias de las jóvenes románticas. Nadie sabía su verdadero nombre. Su apodo había sido invención de la Guardia Civil por sus modales caballerescos a la hora de liberar reos. Instintivamente, Elena se frotó los brazos. El Marqués se había convertido en la comidilla de media provincia, y su círculo de actuación era cada vez más amplio; no había prisión ni Civiles que escaparan a su ingenio.

De pronto se sintió insegura, pero se frotó los brazos recordándose que era una mujer práctica que sabía reconocer las situaciones ventajosas.

Y aquella lo era, sin lugar a dudas.

Con sigilo, abandonó el jardín para inspeccionar uno de los pasillos menos iluminados. La madera del suelo crujía levemente bajo sus pies y las plantas adornaban los espacios libres entre las puertas cerradas que daban a las dependencias privadas. El silencio era tan denso que escuchaba los latidos de su propio corazón. De repente se dio cuenta de que se había metido en un laberinto de corredores en penumbras, así que decidió que ya era hora de volver. Si Juan la buscaba, estaría preocupado al no encontrarla en el jardín, por lo que dio media vuelta dispuesta a desandar lo andado.

Sin embargo, se detuvo cuando pasó junto a una puerta entreabierta. Una tenue luz salía por la rendija.

Elena no pudo evitar acercarse más al oír sonido de voces.

—¡No puede ser! ¿Y cómo piensas...?

Era Catalina. Extrañada, levantó la mano dispuesta a abrir la puerta, pero se detuvo en seco cuando oyó otra voz, una muy masculina que hablaba en un susurro y cuyas palabras no pudo entender. Catalina bajó también su tono y ambos se enzarzaron en lo que pareció ser una acalorada discusión.

Hasta que su prima volvió a gritar.

—¡Pero tú y yo somos amantes! ¿Qué va a pasar con lo nuestro?

A pesar de que sintió deseos de correr y alejarse de allí, sus pies no le respondieron. ¿Amante? ¿Su prima, la muñequita de porcelana, toda candor y suaves tirabuzones? ¿De quién?

La sorpresa y el estupor más absolutos se apoderaron de ella. Durante un instante no supo qué hacer. ¿Su tía lo sabría? No, claro que no. De lo contrario hubiera sido capaz de matarla con sus propias manos.

¿Y ella? Por Dios Santo, ambas habían sido inseparables durante años. ¿Cómo pudo esconderle algo así? ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Pensó esperanzada que quizá el asunto no fuera más allá de unos cuantos besos, pero los sonidos que salían del cuarto le dieron a entender bastante más.

En esos momentos, maldijo su ignorancia acerca de lo que, para ella, eran los misterios del sexo. Jamás había visto un hombre desnudo, mucho menos excitado. A pesar de todo, los suspiros, las respiraciones entrecortadas y los gemidos hablaron por sí mismos. Entonces sí que pudo moverse. Intuyó que no debía estar allí y retrocedió dispuesta a irse cuanto antes.

En su apresurada huida, apenas se volvió para darse de bruces contra un pecho duro y amplio. Sobresaltada y asustada, abrió la boca dispuesta a chillar, pero el desconocido se la tapó, tirando de ella hacia un rincón menos iluminado.

—Ha estado a punto de importunar a dos amantes con su curiosidad, señorita —la recriminó en un susurro—. Tranquila, no voy a hacerle daño, pero tengo que estar seguro de que no va a gritar ni nada parecido. Nos pondría en evidencia a los dos.

Catalina haciendo el amor con su amante, ¿y ella se pondría en evidencia? Con un suspiro, asintió y el desconocido retiró la mano de

su boca.

Se encontraban bajo la luz de una de las lámparas de pared que iluminaban el corredor, suficiente para permitirle ver al hombre que retenía su espalda contra la pared. Su rostro era moreno, atractivo, quizá más apuesto gracias a la sonrisa abierta de su boca, que exhibía unos dientes blancos y parejos. Poseía unos profundos ojos negros que en esos momentos se dedicaban a observarla de arriba abajo con descaro. Su cabello, ondulado y oscuro, lucía un poco más largo de lo que dictaba la moda. El resto de su cuerpo vestía con elegancia y parecía ágil y flexible bajo la camisa blanca, el chaleco gris y los pantalones negros.

—¿He pasado la inspección?

Elena dio un respingo, sonrojada hasta las orejas. No podía olvidar lo que había oído tras aquella puerta; Catalina podía no estar allí por voluntad propia.

—¡Por favor, tiene que ayudarme! —suplicó, sin importarle su identidad—. ¡Las dos personas que están ahí dentro...! ¡La mujer que está...!

El desconocido frunció el ceño con preocupación.

—¿Acaso la están forzando?

Ella carraspeó incómoda y bajó los ojos avergonzada. La misma posibilidad empezaba a resultarle ridícula.

—Bueno, lo cierto es que no lo parece —admitió.

—En ese caso, ¿puedo preguntarle qué hacía usted aquí sola? ¿Acaso nadie le enseñó que es de mala educación espiar a los demás?

—La misma pregunta podría ser aplicable a usted.

—Con la diferencia de que yo satisfaré su curiosidad —contestó él con una ceja arqueada—. Mi condición masculina me faculta para poder espiarla en la esperanza de que se percate de mi presencia, señorita. ¿Qué otra cosa podría hacer sino?

—Pues ya estamos empatados, caballero. En todo caso, ha de saber que mi educación es de las mejores. Usted no me conoce lo suficiente como para hacerme esas preguntas.

—Eso puede arreglarse. —Lentamente se llevó la mano de ella a sus labios. Su tacto era cálido y húmedo, turbador—. Soy Diego de

Casanueva, y usted...

—Me llamo Elena Robles.

—Elena... —Pareció paladear su nombre antes de conducirla galantemente hacia una mesa cercana donde había una copa de vino—. ¿Sabe que tiene nombre de princesa griega? Su belleza provocó una guerra.

—Soy consciente del origen de mi nombre.

—Eso me lleva a pensar que estará acostumbrada.

Ella suspiró con impaciencia.

—¿A qué, si puede saberse?

—A que la llamen princesa. Desde luego, doy fe de que su belleza causaría otra guerra parecida a la de Troya.

Nerviosa por la situación y el cariz que tomaba la conversación con el caballero, Elena dio un paso atrás.

—Se está tomando usted muchas libertades conmigo.

—Oh, vamos, no se moleste. Realmente no parece de la clase de mujeres que se encojan ante un cumplido atrevido. ¿Está usted nerviosa? —Sin esperar réplica, Diego le ofreció la copa de vino—. Tome unos sorbos. Le ayudará a tranquilizarse.

Elena echó un nuevo vistazo a la puerta entreabierta para decidir que, si había algo que le ayudaría a asimilar lo que allí estaba ocurriendo, era el vino, así que le arrebató la copa y bebió la mitad de su contenido de un solo trago.

—Gracias —le dijo devolviéndosela.

Diego la miró boquiabierto, pero luego soltó una risilla.

—Vaya, sí que tenía usted sed —apuntó—. Ahora que está más tranquila, dígame: ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Cómo dice?

—Me temo que el vino la ha aturdido aún más. —Se cruzó de brazos sin dejar de observarla—. Hace unos momentos suplicó mi ayuda.

Elena maldijo para sus adentros por hablar más de la cuenta. Tenía que inventar una excusa plausible. Aquel hombre no parecía conformarse con cualquier cosa.

—Yo... Me perdí —mintió—. Y no sé volver.

—Parece que entretanto encontró una buena distracción, ¿eh? —dijo él, señalando la puerta entreabierta—. Deberíamos dejarlos tranquilos. Si han venido hasta aquí, será para encontrar un poco de intimidad.

—Pero... ¡No puedo!

—¿Por qué? No se preocupe, yo la acompañaré de nuevo al salón.

La tomó gentilmente del brazo, pero ella se negó a moverse. Apretó los dientes, dudando entre callar y condenar así la reputación de Catalina para siempre, o contar la verdad a Diego de Casanueva. Si él era un caballero quizá pudiera hacer algo por su prima, pensó, así que finalmente se decidió a hablar.

—¡No comprende! —exclamó de pronto—. ¡Es mi prima la que está ahí dentro! Nosotros no podemos dejar que... ¡Tenemos que hacer algo!

—Verá, señorita Robles: si su prima se encuentra en esa habitación, no creo que necesite que nosotros hagamos nada, créame.

—¡Pero va a echar su reputación por los suelos!

Con una sonrisa condescendiente, como si fuera lo más natural del mundo, Diego se acercó a ella y rozó apenas su mejilla con el dedo índice en un gesto sorprendentemente íntimo.

—Mi querida señorita, los hombres a veces sucumbimos a nuestras pasiones con extraordinaria facilidad. Su prima no es la única con un amante secreto.

—Pero ¿qué hay de ella? ¡Perderá las posibilidades de un buen matrimonio! ¡Le habrán robado la... honra!

«Y a mí me encantaría robarte la tuya, mi encantadora damisela», tuvo ganas de gritar, pero se contuvo. Dado que no había huido despavorida o se había lanzado ciegamente a sus brazos cuando oyó su nombre, no quería ahuyentarla.

—De todos los invitados a la reunión de esta noche, quizá el cura sea el único que se salve de esa supuesta inmoralidad, señorita Robles.

—Debería hablar por usted. Yo tampoco tengo amante, así que ya seríamos dos.

—Me alegra saberlo. —Dio la cuestión por zanjada cuando volvió a tomarla del brazo—. Vámonos de aquí. Por muy caballero que yo sea, es tarde para salvar a su prima de ese supuesto desastre, y creo oír que en el salón están tocando un bolero.

Ella asintió, deseosa de pronto de alejarse cuanto antes. Se dejó conducir en silencio por Diego hasta el salón; divisó a su tía Elvira, quien aparentemente no se había percatado de su ausencia ni de la de Catalina y buscó con la mirada a Juan, pero gracias a Dios no lo encontró. De lo contrario, no sabía cómo hubiera reaccionado.

—¿Sabe bailar esta pieza?

Elena respiró profundamente. Comenzaba a ser consciente del hombre que la acompañaba y de los murmullos que suscitaban.

—¿Por qué nos miran así? —quiso saber.

—Me envidian —contestó Diego—. Ya se lo dije antes; usted solita podría provocar una guerra. Si sabe bailar esto correctamente, más de uno arderá en el infierno presa de pensamientos pecaminosos.

—Una dama que se precie sabe bailar cualquier pieza —declaró ella con una media sonrisa—. Y yo soy una dama.

—Es usted demasiado fascinante para ser una señorita respetable.

—Y usted muy presuntuoso... Y demasiado pagado de sí mismo para ser un caballero.

—Sí, eso dicen. —Con decisión, la tomó de la cintura para llevarla al centro del salón, donde otras parejas bailaban. Después, la pegó a su cuerpo con autoridad y la retuvo así—. También dicen que soy encantador, y otra serie de cosas que prefiero no mencionar. Ahora, ¿consiente usted en bailar conmigo?

La apretó tanto contra su pecho que la dejó sin aliento. Una reacción totalmente desmedida si tenía en cuenta que se hallaba en compañía de un desconocido que provocaba todo tipo de comentarios por parte de los invitados a la fiesta. Con sus cuerpos perfectamente acoplados, mirándose en silencio, comenzaron a mover tan solo la pelvis, en el primer compás de un baile que se había hecho tremendamente popular entre todas las clases sociales.

—Por lo que veo sí consiente —siguió diciendo Diego.

Pero Elena apenas le escuchaba. De pronto sintió que un repentino calor la invadía. Su corazón galopaba; estaba tan pegada a él que notó en su palma los músculos que se marcaban bajo su camisa. El tacto de las manos en su cintura comenzó a quemarla; el baile rebosaba sensualidad e incluso erotismo; pronto notó la entrepierna de él contra su vientre. Desconcertada, aunque no asustada, Elena intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Parece ser que no puedo hacer otra cosa sino consentir. ¿Qué otra alternativa me queda? —preguntó en un susurro, confundida por la reacción de su cuerpo y abrumada por la seguridad que él demostraba.

—La de abandonar. ¿No se atreve a bailar esta pieza? ¿Le parece... indecente?

—No es el baile lo que me parece indecente, sino los modales audaces de quien me conduce en él. Decididamente, no se está comportando como un caballero —le recriminó.

—Hace un momento bebió usted de mi copa como un tabernero. Dígame si eso es propio de una dama —le contestó Diego con voz queda, conteniendo una sonrisa—. Le aseguro que otras en su situación hubieran huido despavoridas, pero usted no lo hará.

—¿Cómo está tan seguro?

Diego la sujetó fuerte de la cintura y la llevó alrededor de la pista de baile cuando la música cambió radicalmente el ritmo, de lento a rápido. Sus impresionantes ojos color violeta se clavaron en él con decisión. Por Jesucristo, eran tan hermosos que no le importaría perderse en ellos.

—Muy sencillo —le contestó profunda y súbitamente serio—. Yo no la dejaré marchar.

—¿Me retendrá contra mi voluntad?

«Si pudiera, lo haría para siempre».

—Creo que no hará falta. —Volvió a adoptar su expresión risueña, pero frunció el ceño—. Me atrevería a afirmar que, a estas alturas, mi compañía es bien recibida.

—Digamos que no me desagrada usted.

Ante el desconcierto de Elena, Diego lanzó una carcajada.

—Y yo que pensaba aburrirme en otra reunión social —dijo—. Así que no le desagrado... ¡Es el mejor cumplido que me han hecho en mucho tiempo!

El ritmo trepidante dio paso de nuevo a otro mucho más lento. Volvió a tenerla pegada a él, con su boca entreabierta, su pecho agitado y sus mejillas acaloradas. Sus facciones se tornaron serias cuando clavó en ella su profunda mirada. En contra de lo que pensó, Elena no apartó la suya. Con un atrevimiento insólito en ella, se la sostuvo e incluso coqueteó con él, haciendo que sus pestañas aletearan, sintiéndose segura de su poder como mujer por primera vez en su vida, con esa sabiduría innata de todas las hembras y que se remontaba a los tiempos de Eva.

—La música hay que sentirla —le susurró Diego al oído—. ¿Sabe lo que está bailando? —Elena negó con la cabeza y esperó la respuesta expectante—. La danza del apareamiento, del amor y del deseo. La que han bailado todas las parejas desde la noche de los tiempos. ¿Sabía que existe una danza gitana que representa el sexo entre dos amantes? Aún se baila en algunas zonas cuando dos personas se van a casar.

—Parece usted muy versado en ese arte.

—Hay otras artes que también domino... Algún día se las mostraré, princesa.

El bolero había terminado, pero Diego seguía pegado a ella disfrutando de su calor, sin poder apartar los ojos de su cara de ángel. Fascinado y divertido a un tiempo, pues era evidente que existía una atracción mutua, una complicidad manifiesta e incluso una fuerte tensión sexual que la propia Elena se esforzaba en disimular.

—¿No le parece que está tratándome con demasiada intimidad?

Echando un rápido vistazo a su alrededor, Diego le puso un dedo en la boca indicándole silencio. Luego la cogió de la mano, arrastrándola hacia uno de los ventanales, libres de miradas indiscretas.

—¿Quiere que hablemos de intimidades? —preguntó a su vez—. Pues bien, le diré que hacía tiempo que no estaba tan encantado con una compañía femenina. Esta noche habrá aquí mujeres

hermosas, pero le aseguro que todas palidecen a su lado. —Su tono de voz fue bajando hasta convertirse en un susurro, y la intensidad de su mirada fue subiendo a medida que acercaba la boca a su oído —. ¿Quiere hablar de intimidades? —repitió—. Le diré que me parece una gloria estar conversando con una mujer que tenga réplica e ingenio además de belleza, y que en estos momentos me encantaría estar a solas con usted para poder besarla hasta hartarme... Aunque dudo que me hartara en algún momento. Después la acariciaría durante mucho tiempo, hasta que me suplicara, que gimiera o que gritara como los amantes a los que estuvo a punto de sorprender. Eso, señora mía, sí que sería algo íntimo.

Cuando acabó de hablar, Elena abrió los ojos porque, al parecer, en algún momento los había cerrado. Sorprendida, se dio cuenta de que se había imaginado cada detalle narrado por la persuasiva voz de su acompañante como si estuviera sucediendo. Avergonzada intentó resistirse al misterioso poder que comenzaba a ejercer sobre ella, pero ya era tarde. Diego ya había visto su boca entreabierta, ya había escuchado su respiración agitada. Cuando volvió a mirar los ojos negros, le costó trabajo mantenerse en pie. Inocentemente pasó la punta de su lengua por sus labios resecos, pero Diego malinterpretó su gesto. Como un rayo, la tomó de la cintura acercando su rostro al de ella.

—No debería hacerle eso a un hombre —murmuró con voz ronca —. Al menos si no espera que le roben un beso a cambio.

Abrió los ojos tanto que temió que se le salieran de las órbitas. Se hallaba tan escandalizada como decidida a negarle ese beso cuando colocó las manos en su pecho intentando apartarle. Sin embargo, solo consiguió que la soltara; sus rostros seguían a escasos centímetros.

—¿Acaso está tratando de seducirme?

La mezcla de ingenuidad y audacia al formular aquella pregunta consiguió que un brillo especial apareciera en sus ojos negros. Decididamente, se estaba divirtiendo.

—Dios me libre, qué cosas dice —respondió fingiendo escandalizarse.

—No me insulte creyéndome una mujer fácil —exclamó ella con indignación tratando de mantener su honor a salvo—. Es un desvergonzado.

—Y usted una mujer preciosa y apasionada. ¿Cómo no la vi antes?

—Quizá no miró en la dirección adecuada. De ahí que en reuniones anteriores se aburriera tanto.

—Es posible —aceptó él levantando los brazos en señal de rendición. Sus ojos se quedaron entonces clavados en el broche de Elena y esbozó una media sonrisa significativa—. Sin embargo, le aseguro que ahora sí miro hacia lo que quiero ver.

Ella le respondería, no le cabía duda alguna. Diego colocó la yema del dedo índice sobre sus labios y fue descendiendo hacia su barbilla, luego hacia su cuello, en un roce apenas perceptible. Desde que la había conocido sentía la imperiosa necesidad de tocarla; quiso saber su reacción y se aventuró a ser violentamente rechazado. Pero su instinto le decía que ella no se apartaría, así que disfrutó del tacto suave y sedoso de su piel a través de su caricia, tan liviana como la de una pluma.

Elena supo que debía detenerle de algún modo, abofetearle o insultarle, pero la tensión que comenzó a anidar en sus pechos, su estómago y entre sus muslos se lo impidió. Un cosquilleo prohibido se extendió por todo su cuerpo tan rápidamente que fue incapaz de controlarlo; de pronto las piernas comenzaron a fallarle. Con los ojos abiertos, sosteniendo la mirada de Diego en todo momento, contuvo la respiración. Entreabrió de nuevo sus labios, pero reprimió un jadeo cuando el dedo masculino acarició el nacimiento de sus pechos para terminar posándose en el broche.

—Bonita joya —le oyó decir con voz suave, y ella no supo si se refería al broche o a los pechos—. ¿No teme que se la roben?

Divertida por el sentido ambiguo de las palabras, de vuelta a la realidad, Elena recuperó el control de sí misma. Con vehemencia, apartó la mano de él del gato montés.

—Muy osado ha de ser el ladrón que lo intente —replicó.

Diego sonrió con satisfacción. Al parecer, la señorita remilgos escondía un carácter fogoso que ni siquiera era consciente de

poseer... Hasta aquél momento.

—Será un honor para mí intentarlo, en otra ocasión y con menos público. Sin embargo, antes he de resolver una duda.

Elena creyó que volvería a intentar besarla, pero se equivocó. Con la mano que antes la había acariciado, tomó la de ella y besó su palma ardientemente, pasando la punta de su lengua por cada uno de sus dedos con sutileza.

—¿Soy lo suficientemente osado, señorita?

Ella se vio incapaz de responder. Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante aquel contacto atrevido y, muy a su pesar, exquisito, encendiendo su cuerpo con vergonzosa rapidez. Pero cuando retiró su mano dispuesta a replicarle de nuevo, alguien la agarró del brazo y tiró de ella, apartándola de Diego.

—¡Elena! ¿Qué haces?

El rostro de Juan acababa de aparecer entre los dos para sobresaltarla.

Le costó salir de aquella especie de burbuja en la que había estado inmersa. A decir verdad, desde que Diego de Casanueva la había alejado de aquel corredor nadie la había incomodado. Incluso Catalina y su amante habían desaparecido de su pensamiento. Era como si la personalidad arrolladora de su acompañante hubiera borrado todo lo demás. Pero la realidad era que Juan estaba allí, apretando su brazo con crueldad y clavando en ella su mirada furibunda.

—Estaba conversando con el señor, nada más —se excusó, pero cuando vio su rostro distorsionado por la ira, comenzó a sentir miedo—. Suéltame, por favor; me haces daño.

—¿Conversando? —masculló él entre dientes, como si no hubiera oído su petición—. ¿Sabes lo que sucederá si te ven aquí sola con él?

—Buenas noches, Lomana. Bonita velada, ¿verdad? —interrumpió Diego con una seria mirada de advertencia en sus ojos negros que su tutor ignoró.

—Sobre todo para usted —contestó Juan—. Aléjese de mi pupila. Su compañía no le conviene.

Diego se cruzó de brazos mientras dirigía su atención a Elena.

—Solo estábamos cambiando... impresiones. —Súbitamente serio se acercó a ellos—. Suéltela. Le está haciendo daño, como ella muy bien ha dicho.

—Eso no le incumbe. Váyase. De lo contrario...

Diego resopló. Parecía impasible, pero Elena se dio cuenta de que su mandíbula estaba tensa y su semblante tan oscuro que parecía incluso peligroso.

—No me gusta que me amenacen —dijo muy despacio, sin levantar la voz.

—Ni a mí que me digan lo que puedo hacer o no con mi pupila.

—Nadie tiene derecho a maltratar a una mujer, y menos aún en mi presencia. ¿Quiere montar un escándalo en casa del Gobernador? Creo que a ninguno de los dos nos conviene, pero... usted decide.

Juan pareció meditarlo unos segundos. Luego, echó un vistazo a su alrededor visiblemente contrariado, hasta que soltó por fin a Elena. Esta observó a los dos hombres, que seguían midiendo sus fuerzas como si ella no estuviera allí.

—No deseo enemistarme con usted, Lomana —advirtió Diego—. A fin de cuentas, somos vecinos y compañeros de negocios cuando lo consideramos adecuado a nuestros intereses. Pero, para futuros encuentros, no vuelva a comportarse con una dama como lo ha hecho con ella o tendré que tomar cartas en el asunto.

—¿Acaso la pretende con fines matrimoniales? Si es así, deberá hacérmelo saber.

Diego se sorprendió a sí mismo pensando en una posibilidad que hasta entonces le había parecido inverosímil y que ni siquiera se habría parado a considerar si hubiera tenido enfrente a otra mujer, a pesar de su apuesta con Lorenzo. Revivió su reacción física desde que la vio por primera vez hasta ese mismo instante, contempló su abrumadora belleza e intentó recordar si alguna vez había experimentado aquella sensación de vértigo con alguna de sus anteriores conquistas, el tira y afloja propio del mejor de los cortejos que precedía a los juegos propiamente amatorios.

No lo consiguió.

Por primera vez, una mujer no se arrojaba en sus brazos ante la más mínima señal de que podía hacerlo; eso le dio a entender que

ella recogía el desafío lanzado por él, y que no sería fácil de conquistar.

Aquello le pareció razón suficiente para decir lo que dijo a continuación.

—Vería con muchísimo interés la posibilidad de un matrimonio con la dama —aventuró sin mirarla—. Pero tengo entendido que ella rechaza ese tipo de compromisos... Vengan de quien vengan.

Elena observó la disputa de los dos hombres con creciente enfado. Hablaban de ella como si no tuviera voluntad propia para decidir lo que quería y lo que no. La indignación estaba a punto de hacerla explotar, pero decidida a dar una lección a ambos, se alejó de los dos con un bufido.

—Odio las peleas de gallos —farfulló, y se fue en busca de su tía Elvira.

Con una sonrisa victoriosa, Juan la siguió con la mirada, malinterpretando su gesto.

—Lo siento mucho, señor de Casanueva, pero creo que la dama ya ha expresado su opinión —dijo—. Me parece que debería retirarse como un caballero.

Dio media vuelta para alejarse de la contienda, pero Diego lo retuvo. Sus ojos echaban chispas de furia.

—Ándese con cuidado —le amenazó—. Yo sé cuáles son mis límites, pero le aconsejo que usted no sobrepase los suyos.

Sin una palabra más, consultó su reloj de bolsillo, echó una última mirada a Elena y se marchó; al parecer, Lorenzo y el padre Fabián hacía tiempo que habían hecho lo mismo.

# 3

Los calabozos de Málaga se hallaban tranquilos y silenciosos. Los dos únicos presos que se encontraban allí encerrados estaban durmiendo; el sargento de la Guardia Civil Augusto Serrano podía dar fe de ello por sus sonoros ronquidos.

Sin embargo, el sargento casi prefería oír sus protestas o sus encolerizados insultos. Eso al menos ayudaría a que él mismo no cayera en los brazos de Morfeo más pronto que tarde. La hora era avanzada, la luz que despedía el quinqué demasiado tenue y su aburrimiento demasiado profundo como para mantenerse despierto. Los dos centinelas apostados en la entrada le avisarían si había algún contratiempo, pensó mientras caía poco a poco en un dulce sopor. Además, con aquellos dos entre rejas, ¿quién iba a importunar su más que merecido descanso?

Un ligero carraspeo hizo que sus párpados se abrieran mínimamente, pero creyó que él mismo se había aclarado la garganta o que el ruido había sido producto de su imaginación.

Aunque el golpe que oyó sobre la mesa a continuación fue bien real.

—Buenas noches, sargento Serrano. ¿Interrumpo su descanso?

El sargento echó la silla atrás y se cuadró en un santiamén. No sabía bien qué hacía allí a aquellas horas un capitán con cinco compañeros más, pero le podía caer una buena por su comportamiento.

—¡A sus órdenes, señor! —exclamó, colocándose a un tiempo el desbarajuste que era su uniforme con la mano que tenía libre.

Solo entonces reparó en que aquel capitán no le era conocido; alto y delgado, tenía un poblado mostacho negro y una expresión de pocos amigos.

—Al parecer hemos vuelto al mundo real —bromeó, coreado por las risas de sus acompañantes—. ¿Ya puede atendernos como

merecemos?

—Usted perdone, señor, pero estas horas son...

—Sí, ya lo sé. El sueño le tentó. —El capitán observó detenidamente la quietud reinante antes de sentarse frente al sargento—. Esto está muy tranquilo.

—Oh, sí, señor. Tan solo dos de los secuaces de Paquillo ocupan las celdas. Si me dice en qué puedo servirle...

—Por supuesto. —Con parsimonia, sacó de su casaca un montón de papeles que colocó frente a sus adormilados ojos—. Soy el capitán Raúl Ulloa, de la prisión de Sevilla, y ellos son mis subordinados.

—¿De Sevilla? Pero a estas horas...

—Hemos estado viajando todo el día y estoy de muy mal humor, sargento, así que le aconsejo que no eche más leña al fuego. —Ante el desconcierto de Serrano, el capitán prosiguió—: Traigo órdenes expresas acerca de esos dos prisioneros. Deben ser llevados a Sevilla sin demora por deseo expreso del Gobernador de Málaga. ¿Será usted capaz de leer esos papeles, o tendré que echarle un jarro de agua fría en la cabeza para que haga su trabajo?

El sargento se puso manos a la obra a la velocidad del rayo. Efectivamente, los documentos daban fe de la identidad del capitán y de la orden del Gobernador, debidamente firmada y sellada.

—Está todo en regla, señor —afirmó—. Pero quizá debería advertir al señor Gobernador de su presencia aquí.

—Hágalo —contestó el capitán con indiferencia—. Esta noche celebra una fiesta en su nuevo palacete de Ronda. Seguro que le encantará que le molesten. ¡Ah! Y de paso dígale también en qué situación estaba cuando le hemos... sobresaltado.

El sargento guardó silencio y apretó los dientes ante la amenaza encubierta.

—Señor, disculpe mi osadía —dijo con creciente nerviosismo—, pero es que es la primera noticia que tengo de este traslado. No se me informó...

—Exíjale cuentas de eso al señor Gobernador. —Con un movimiento enérgico, el capitán se levantó y se ajustó el tricornio en

la cabeza. Serrano pudo comprobar que todos iban fuertemente armados y le miraban expectantes.

—¿Cómo van a transportar a los reos, señor? —se atrevió a preguntar al fin.

—Ahí fuera hay dos caballos para ellos, junto con los nuestros. ¿Qué pasa? ¿Desconfía acaso? ¡Claro! Bien sabe Dios que, dada la seguridad de este lugar, hubiera podido ser ese Marqués y no yo quien estuviera ahora frente a usted.

El sargento se cuadró de nuevo con la mirada al frente. Pensaba en mil maneras de castigo para los dos inútiles de la puerta que no le habían avisado de aquella visita.

—Mi hoja de servicios es intachable, señor.

—Pues procure que siga así y no me haga perder más el tiempo —le susurró amenazadoramente—. ¡Traiga aquí a esos presos! Aún nos queda un largo camino por delante.

Serrano dio un respingo ante esa orden tan tajante, pero con el manojo de llaves en la mano, corrió hacia las celdas. Al poco tiempo reapareció con los dos prisioneros. Tenían sus manos esposadas por delante y una considerable capa de mugre cubría sus ropas andrajosas, dándoles un aspecto intimidatorio. El capitán los examinó concienzudamente para asegurarse de que eran ellos, y acto seguido se alejó con una mueca de desagrado.

—Apestan —gruñó, dirigiéndose nuevamente al sargento—: ¿Han conseguido arrancarles alguna confesión? ¿Algo acerca de Paquillo o el Mulero?

—A pesar de nuestros métodos de persuasión, no han soltado prenda, señor.

—En Sevilla cantarán como si estuvieran en la ópera, no se preocupe. —Con gesto enérgico, empujó a los dos hombres hacia sus subordinados mientras recogía las llaves de sus esposas de manos del sargento—. Lleváoslos de aquí. Y decid a esos de ahí fuera que no les quiten el ojo de encima.

Una vez se quedó a solas con Serrano, el semblante de Ulloa abandonó parte de su gesto grave. Incluso torció su boca en algo parecido a una sonrisa.

—Le aconsejo que espere hasta el amanecer para informar al Gobernador, sargento —dijo—. Yo por mi parte le haré saber de mi llegada en cuanto esta se produzca.

—Como usted diga, señor.

El capitán le miró de arriba abajo con ademán despectivo y chasqueó la lengua.

—Yo de usted echaría un buen rapapolvo a sus subordinados. Cualquiera mínimamente armado hubiera podido entrar y liberar a los prisioneros. En cuanto a usted... No se preocupe, no daré parte de nada de lo que he visto aquí esta noche.

—Gracias, señor.

—Que pase buena noche. ¡Descanse!

En cuanto el capitán salió por la puerta, Serrano se desplomó sobre su silla. Con un ruidoso suspiro, examinó de nuevo los documentos dejados allí por el capitán.

—¿No tendrán otro momento para llevárselos? —masculló con fastidio. Aunque luego lo pensó mejor, dejó su tricornio sobre la mesa y se acomodó de nuevo—. Bueno, así nadie me molestará el resto de la noche. Eso es seguro.

***

El pequeño grupo de hombres formado por guardias y reos avanzaba al trote, con el golpeteo de cascos por las calles desiertas como único sonido, hasta alcanzar las afueras de Málaga. Una vez allí, se dirigieron a la sierra, seguros de que nadie les seguía y amparados por la luz de la luna, tomando la dirección contraria a Sevilla. Evitaron los caminos y no titubearon a la hora de internarse en el monte bajo y pedregoso; lo conocían a la perfección, aún en la semioscuridad. Avanzaron con los cinco sentidos alerta, desconfiando de las sombras de la noche y de cada ruido aparentemente fuera de lugar.

El capitán encabezaba el grupo que ascendía una ladera salpicada de rocas que su caballo sorteaba con sorprendente habilidad. No miraba atrás; aunque aún no habían cruzado palabra, sabía que los demás lo seguían. Cuando llegó a la cima de la pendiente se detuvo

y aguzó el oído en busca de algún indicio que le hiciera sospechar que eran perseguidos.

Al cabo de unos segundos, su boca se torció en una sonrisa victoriosa cuando se volvió hacia sus compañeros.

—Al parecer ese sargento Serrano estaba más dormido de lo que creíamos —dijo—. Amigos, creo que esta vez... ¡Los hemos vuelto a engañar!

Las carcajadas y vítores que sonaron a continuación apoyaron sus palabras. Antes de proseguir la marcha, mucho más relajados, el capitán abrió las esposas de los dos presos para que pudieran cabalgar más cómodamente.

—Así que apestamos... ¿Eh, capitán? —dijo uno de ellos.

—Qué esperabas, Pedro —le contestó el otro—. El Marqués tiene un olfato muy fino.

—Y a vosotros los calabozos os han vuelto tan sensibles y llorones como una mujer —respondió el Marqués—. Los cerdos huelen mejor que este par, os lo aseguro. ¡Y también protestan menos!

Alguien le dio una palmada amistosa en la espalda y todos volvieron a reír, aliviándose de la tensión pasada hacía unas horas en la prisión, cuando aún no sabían si el plan del Marqués tendría éxito.

—Tu actuación fue perfecta, amigo —le felicitó uno de los guardias—. Si yo hubiera sido ese sargento, también me habrías intimidado con tus órdenes y tu mostacho postizo. A buen seguro que hasta mañana no empezará a comprender.

—Mañana el mismísimo Gobernador hará que comprenda, pierde cuidado— dijo el Marqués—. Sigamos. Ya casi hemos llegado.

Con un murmullo de aprobación reanudaron su marcha. En cuestión de minutos, el silencio volvió a instalarse entre ellos, roto tan solo por los ruidos de los animales nocturnos, y el terreno se fue transformando hasta conformar un conjunto árido y rocoso, lleno de pequeñas cuevas y recovecos.

En ese punto, el Marqués se detuvo de nuevo y oteó el paisaje, ayudado tan solo por la luna. Intentaba vislumbrar algún movimiento a través de la oscuridad, hasta que al final lo encontró.

—Allí —dijo, señalando la entrada de una de las cavidades de la montaña—. Se ve el resplandor de una fogata. Nos están esperando.

Se acercaron al punto convenido con cautela. Los centinelas apostados en los alrededores avisaron de su llegada, y una pareja de gitanos se asomó a la entrada de la pequeña cueva. El hombre tenía un tupido y enmarañado cabello negro, una barba igualmente negra y un aro en su oreja derecha a modo de pendiente. Su sonrisa de bienvenida suavizaba un poco sus facciones toscas, pero aun así conservaba cierto aire de ferocidad.

El Marqués bajó del caballo y estrechó la mano que el bandolero le tendía.

—Los disfraces que nos proporcionó la vieja Natalia fueron perfectos —dijo.

—Tus contactos y tu ingenio hicieron el resto, por lo que veo. Todo ha salido a pedir de boca, como siempre.

Con ademán serio, el Marqués fijó su atención en la muchacha gitana, que movió la cabeza como único gesto de saludo. Su rostro evidenciaba su juventud, pero su gesto cansado y su abultado vientre daban a entender que no tardaría en parir.

—Buenas noches, Irene. —Se acercó a ella y besó su mejilla. Luego se volvió hacia el hombre—. Ella no debería estar aquí, Paquillo. Este no es lugar para una mujer que va a tener un hijo. Aquí cerca está el campamento de...

—Yo me quedo con mi marido —interrumpió ella con tozudez—. Y que sea lo que Dios quiera.

El Marqués decidió ignorar el comentario.

—¿El Mulero no está?

Con movimientos torpes debido a su embarazo, Irene entró de nuevo en la cueva y removió con lentitud el contenido de una olla colocada en la fogata.

—Mi suegro está mayor para estas correrías —contestó—. Entrad y sentaos a comer algo. Seguro que estáis hambrientos.

Los demás se apresuraron a obedecer a Irene. Realmente tenían hambre, y el guiso olía a las mil maravillas, así que pronto los disfraces quedaron olvidados junto a la pared de piedra. Cada uno con una cuchara, comenzaron a comer directamente de la olla humeante mientras contaban atropelladamente todo lo sucedido.

Sin embargo, el Marqués se quedó fuera, fumando un cigarro con tranquilidad y observando el cielo estrellado en el más absoluto silencio, con Paquillo como única compañía.

Francisco Heredia «Paquillo» era bastante mayor que él, aunque no podría precisar cuánto. Sus ataques eran tan demoledores como su barbarie a la hora de saquear los caminos y robar en los cortijos. Ambas cosas le habían hecho merecedor de una macabra fama y de apodos mucho menos inocentes que el que llevaba junto a su nombre. La Guardia Civil lo buscaba día y noche, pero en aquel terreno la ventaja era para el bandolero. Conocía la sierra mejor que nadie y era escurridizo como una serpiente. Digno hijo de su padre, Manuel Heredia, el famoso Mulero, y heredero de buena parte de sus métodos sanguinarios, había escapado de los calabozos de Ronda en dos ocasiones y había burlado a la muerte en otras tantas. Su rostro era sobradamente conocido entre los guardias, y su sola mención hacía sentir pavor a hombres, mujeres y niños por igual. Sin embargo, el hombre que estaba con él aquella noche era uno de los pocos capaces de tratarlo con confianza, incluso con desprecio, sin miedo a perder la vida.

—Excelente trabajo, Marqués —le dijo, orgulloso a su pesar—. Te felicito.

El Marqués apagó el cigarro con la punta de su bota y se alejó de él para quitarse el traje de capitán. Al rato volvió, arrojando el traje a los brazos de Paquilllo.

—Espero que no haya muchos más —contestó con aspereza—. No quiero acabar en el garrote por un puñado de maleantes.

—Sabes que no es cosa mía decidirlo. En lo referente a los maleantes... No son asesinos, sino buena gente.

—Ellos son ladrones. Tú eres algo peor.

El bandolero entrecerró sus temibles ojos y los fijó en el Marqués.

—Si no fueras quien eres te cortaría el pescuezo de un navajazo aquí mismo —le dijo, con un dedo amenazante en su pecho—. Pero la sangre sigue tirando más que darte lo que sería justo.

—Si no fueras quien eres nunca hubieras contado con mi ayuda —replicó el Marqués, con un manotazo dirigido al dedo de Paquillo—. Si quieres hablar de la sangre, mejor harías en mirar un poco a tu

alrededor, o tu hijo acabará huérfano antes de nacer. ¿Qué opina tu padre de esto?

—Ya lo sabes. Él es quien decidirá el momento en que saldes tu deuda con nosotros.

—Dile que la próxima vez quiero hablar con él en persona. No me gustan los intermediarios.

—Tampoco a él, pero la salud ya no le permite andar con tanta ligereza como antes.

—Quizá debiera dar un descanso a sus huesos y llevar una vejez respetable junto a los suyos. —Con gesto seguro, el Marqués se ató un pañuelo en la cabeza para cubrirse el pelo—. Si te atrapan a ti, tarde o temprano darán con él.

Con aparente indiferencia, Paquillo se encogió de hombros con una sonrisa.

—Qué se le va a hacer —comentó—. Algunos tenemos que robar para subsistir.

—Existe también la vida respetable y el trabajo duro y honrado.

—Eso no es para mí, Marqués. Mi padre huyó del hambre que ese trabajo nos trajo a todos; yo no voy a cometer sus mismos errores.

—Ya nadie se acuerda del aspecto de tu padre, aún puede expiar sus culpas. Pero no es necesario que otros mueran para que tú vivas.

—A veces sí, compañero.

Con el rostro ceñudo, el Marqués montó en su caballo y se acercó a él.

—Yo nunca seré tu compañero en esto —contestó en un susurro. Intentó controlar la creciente ira que aquel despojo humano siempre le producía, así que sacó una pequeña bolsa de tela de sus alforjas y la lanzó a las manos de Paquillo—. Repartíroslo, a ver si con tu parte mejoras la situación de tu mujer. Si permites que ella y tu hijo estén en estas circunstancias, empezaré a pensar que eres un desgraciado hijo de perra sin entrañas.

—Marqués, ¿no entras? El guiso se enfría.

El Marqués respondió con una sonrisa al ofrecimiento de Irene.

—No, gracias. Aún me quedan cosas por hacer.

—¡Seguro que le espera una hembra! —exclamó uno de los bandoleros.

—¡Déjalo! —gritó otro—. ¡Hoy se merece un premio!

Los demás emitieron su opinión con ensordecedores silbidos y palmas, hasta que la sonrisa del Marqués se acentuó.

—No esta noche —dijo—. Pero quizá vosotros sí podáis celebrarlo. Paquillo tiene un dinero que repartirá entre todos, así que disfrutadlo.

Con la mano levantada se despidió de ellos, pero afuera Paquillo retuvo el caballo agarrando las riendas con una mano, mientras con la otra sopesaba el contenido de la bolsa.

—Esto no ablandará al Mulero —le dijo, alzando la bolsa—. Ni aliviará tu conciencia.

—No busco ablandar a un viejo, sino calmar el hambre de más de un estómago por algún tiempo. Tú ocúpate de tu conciencia, que yo haré lo propio con la mía.

No esperaba ni buscaba gratitud por parte de un asesino, pero de pronto no quiso seguir allí. Como siempre le sucedía después de liberar a un ladrón y de vérselas con el bandolero más sanguinario y más buscado de la comarca, la rabia acababa por dominarle y la bilis le subía por la garganta, empujándolo a dejar de lado su comportamiento civilizado para resolver todo a sangre y fuego, como el único lenguaje que aquel hombre parecía comprender.

Había deudas que nunca se saldarían, pensó con amargura. El dolor que había tras esa en particular jamás se mitigaría, de eso estaba seguro; a no ser que hubiera un día en que el Mulero se sintiera compasivo y no aguijoneara más su alma para conseguir sus fines.

Pero mientras ese milagro tenía lugar, solo había una persona capaz de aliviar un poco su maltrecha conciencia, y a ella debía acudir cuanto antes.

Con una risa burlona, Paquillo soltó las riendas de su caballo y abrió la bolsa. Cuando vio su contenido, se le escapó un largo silbido de aprobación.

—Vaya, Marqués —dijo—. Si tu corazón es tan grande como tu bolsillo, ciertamente tienes un gran corazón.

El aludido se inclinó hasta quedar frente a él. Sus ojos se hallaron a la misma altura y se igualaron en ferocidad.

—Que esta noche no haya matado a nadie no significa que no pueda hacerlo —susurró, con la amenaza latente en cada una de sus palabras—. No saques lo peor de mí, porque aún no me conoces. —Con gesto enérgico, tiró de las riendas y se alejó de él unos pasos—. ¡Vigila tus espaldas, Paquillo! ¡Nunca se sabe por dónde te pueden atacar!

El bandolero se quedó mirando cómo se alejaba en silencio, calibrando seriamente el peligro real que aquella amenaza podía contener, hasta que finalmente decidió no darle más importancia y entró con los demás para disfrutar de su suculenta cena.

***

La casa del párroco se encontraba a las afueras de la ciudad, al otro lado del Tajo de Ronda, el cañón que la dividía en dos partes, y se hallaba en el más absoluto silencio cuando la oscuridad de la noche dio paso a las primeras luces del alba.

La ciudad comenzaba a despertar a sus quehaceres diarios y a sus rutinas, pero la cabeza de don Fabián estaba en otra parte, con alguien que aún no había dado señales de vida. Esa preocupación le había mantenido en vela toda la noche. Cuando los primeros rayos de sol entraban tímidamente a través de la ventana de su alcoba, el viejo cura se levantó de la cama despacio, con todos los huesos de su cuerpo doloridos. En la planta de abajo, los sonidos provenientes de la cocina le dijeron que doña Vicenta ya estaba trabajando para tener su desayuno listo.

Don Fabián pasó al comedor saludando a su ama de llaves justo cuando alguien hizo sonar la aldaba de la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó Vicenta extrañada.

—No lo sé. ¡Pero vaya a abrir, mujer!

Con el corazón en un puño, esperó de pie, incapaz de sentarse hasta que Vicenta reapareció acompañada de su visita.

—Este hombre desea hablar con usted —informó—. Le he pedido que viniera en otro momento por no importunarle en su desayuno,

pero él ha insistido...

—No se preocupe. Está bien, puede retirarse. Déjenos a solas.

La mujer cerró la puerta tras de sí meneando la cabeza con desaprobación, y don Fabián se acercó al hombre, hasta que una amplia sonrisa iluminó su cara mientras obsequiaba al visitante con un cordial abrazo.

—Gracias a Dios —le saludó—. Bien pensé que no volvería a verte.

—He venido en cuanto he podido. El caballo está cansado, probablemente tendré que cambiarlo antes de llegar a casa.

Don Fabián lo examinó de cabo a rabo para asegurarse de que no había sufrido daño alguno. Salvo por su gesto cansado, el cerco oscuro de la barba y el polvo del camino pegado a su vestimenta, todo parecía estar en su sitio. Se le ocurrió pensar que habría estado cabalgando buena parte de la noche, y con el brazo extendido abarcó el contenido de la mesa.

—Quizá mi casa sea demasiado austera y humilde para alguien que tiene un corazón tan grande —lo elogió con orgullo—, pero aún puedo compartir mi desayuno contigo. Debes estar hambriento.

—Y también agotado. —Sin esperar invitación previa, se dejó caer en una silla cercana—. Gracias, pero solo vine a informarle de todo.

—Te expones demasiado, Marqués. Un día de estos te van a descubrir.

—Más vale que no —contestó con una sonrisa cansada—. Si me descubren, tarde o temprano harán lo propio con usted. Y eso sí que no lo voy a permitir.

Don Fabián tomó asiento junto a él y posó una reconfortante mano sobre su hombro.

—Te conozco desde que naciste —dijo—. Te he seguido y protegido desde entonces como si fueras mi hijo. Aunque no soy tu padre, sabes que te quiero como tal. Por eso sé que algo te atormenta. Dime, ¿qué es?

El Marqués se quedó mirando al cura con aire de desamparo. Con un largo suspiro dejó sus armas sobre la mesa e inclinó su cabeza con humildad.

—Sé que no he hecho mal alguno liberando a dos hombres que solo robaban comida —comenzó en voz baja—, pero aun así, a pesar de que no sé cuánto hace desde la última vez... Quiero confesión.

—Bueno, nunca es tarde para retomar las buenas costumbres, Marqués —contestó el párroco con ironía sin disimular su sorpresa—. ¿Y bien? ¿Qué es lo que te angustia?

—No tengo la conciencia tranquila.

—¿Por qué? Mira que yo no te pediría ayuda ni taparía tus fechorías si no estuviera seguro de que todo es por un buen fin.

—Ellos no son más que campesinos abocados a ser proscritos por necesidad —prosiguió el Marqués—. Pero también son instrumentos en manos de asesinos sin escrúpulos.

—Unos siempre irán con los otros, es inevitable. ¿Has hablado de esto con ellos?

—Paquillo es un muro de piedra —dijo el Marqués alzando la cabeza—. No tiene la más mínima consideración con los suyos, y actúa conmigo según mandato.

—¿Y Manuel?

—El Mulero me tiene bien agarrado —contestó con frialdad—. Si no accedo a sus deseos me delatará. Puede hacerlo. En cambio, yo no podría hacer lo mismo con garantías. Si usted lo viera ahora, no creería que es el mismo bandolero de hace quince años. Nadie lo reconocería.

—Y tú nunca serías capaz de traicionarle —concluyó don Fabián—. Tu sinceridad delata la grandeza de tu alma, y tu agudo sentido del deber te mantiene atado a ellos, ¿verdad?

Muy a su pesar, el Marqués asintió en silencio.

—Mi lealtad está con usted, don Fabián— replicó.

Daría su vida por él si las circunstancias así lo exigieran, el párroco lo sabía. Su mirada emocionada se dirigió hacia el hombre que había desnudado su alma ante él en tantas ocasiones.

—No puedo olvidarme de ellos, padre. Aunque me pese, también son mi familia.

—El Mulero expiará sus pecados tarde o temprano, no temas. Y Paquillo... Aún es joven, tiene tiempo de enmendarse. Sin embargo,

Manuel siempre apelará a los lazos de sangre para que sigas actuando como lo haces.

—Pero mis motivos son otros.

—Sí, lo sé —aseguró el cura mientras palmeaba su mejilla—. Te mueve el altruismo, y eso te honra. A pesar de saber que un delincuente saldrá beneficiado, no puedes quedarte de brazos cruzados viendo cómo los más perjudicados resultan ser los más débiles.

Tras unos momentos de reflexión, el Marqués asintió.

—Sin embargo, no puedes evitar sentir deseos de matar a semejante monstruo —continuó el cura—. Por eso vienes a mí, descompuesto y confundido. ¿Qué es lo que te impide acabar con alguien así, hijo?

Con un largo suspiro, el Marqués se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez el Dios del que usted es tan devoto.

—Ese Dios ha estado contigo esta noche y todas las anteriores, pero creo que deberías ir pensando en abandonar la sierra y no abusar más de tu suerte.

—Mientras usted reclame mi ayuda ahí estaré, padre —replicó con vehemencia—. Le considero la persona más justa y recta que conozco. Si cree que algún hombre ha sido injustamente juzgado y encarcelado, sabe que siempre contará conmigo.

Don Fabián cerró los ojos para evitar que alguna lágrima traicionera se escapara por ellos. Cuando los volvió a abrir, vio el rostro del Marqués muy cerca del suyo.

—Estás absuelto de todos tus pecados —le dijo—. Pero deberás rezar unos cuantos padrenuestros de penitencia, o en su defecto, acudir más domingos a la iglesia. Hace mucho que no te veo por allí.

El Marqués sonrió; con un brillo malicioso en sus ojos oscuros dejó la comodidad de la silla y se dirigió a la puerta.

—El consuelo que usted me ofrece no se paga con dinero, se lo aseguro —dijo—. Pero ahora debo irme.

—Vete en paz, Marqués. A buen seguro te mereces un buen descanso.

Sin más preámbulos abrió la puerta del pequeño comedor, pero se volvió en el umbral.

—Aunque puede que considere su propuesta de ir a la iglesia —comentó con ademán pensativo—. Nunca es tarde para cambiar de costumbres.

—¿Tú? Permíteme dudarlo.

—Es usted un hombre de poca fe, padre... Pero realmente me conoce mejor que nadie.

Con una carcajada, desapareció tan bruscamente como había aparecido, dejándolo de nuevo con la compañía de doña Vicenta, que iba y venía por la casa con paso ajetreado, inmersa en sus tareas y ajena a todo.

Sin embargo, algo había cambiado. El ánimo del cura volvía a ser bueno y su estómago reclamaba lo que era suyo. Con una sonrisa de inmensa satisfacción olisqueó el chocolate aún caliente y mojó un churro en él con aire ausente.

Ahora solo quedaba saber cómo reaccionaría el Gobernador cuando supiera que alguien había falsificado su letra y su firma y había usado su sello particular, todo para conseguir una orden de traslado falsa que había provocado una fuga y, probablemente, más de un despido.

Definitivamente el Marqués era un ser excepcional, pero tendría que jugar bien sus cartas para salir inmune de aquel asunto. El Gobernador pronto ataría cabos.

Si llegaba a descubrir su verdadera identidad, todo se desmoronaría.

Para que nada de eso sucediera, don Fabián tendría que renunciar a varias de sus más arraigadas convicciones. Y ni siquiera así estaba seguro de mantener el anonimato del Marqués a salvo.

# 4

Las ventanas de las alcobas daban al enorme patio central.

Por eso Rosalía no pudo divisar la calesa que se acercaba; pero sí la oyó a tiempo de llamar al servicio completo y apremiarles para que se dirigieran hacia la puerta principal, con el objeto de esperar a los señores en perfecta formación a ambos lados de la entrada.

Tres personas ocupaban el carruaje. Rosalía reconoció inmediatamente a Elena. Recta en su asiento, sosteniendo una sombrilla abierta, sus ojos no se perdían detalle de todo cuanto la rodeaba como si fuera la primera vez que lo viera. Muy digna, descendió del carruaje cuando este se detuvo justo enfrente de la puerta principal y avanzó llevando con donaire su vestido color miel, con suntuosos bordados en el escote y las mangas.

Tras ella, Juan ayudaba a bajar de la calesa a otra dama. Rosalía supo de inmediato de quién se trataba. Con una sonrisa de felicidad, se adelantó y tomó las manos enguantadas de Elena entre las suyas con total familiaridad, admirando la transformación de la joven.

—Estás preciosa, cariño —le susurró—. Toda una señorita.

—Por fin en casa... —Con lágrimas de emoción, como si los años no hubieran pasado, Elena dejó la sombrilla cerrada a un lado y se fundió con Rosalía en un largo y silencioso abrazo que a un tiempo lo decía todo—. Tenía tantas ganas de volver que casi me desmayo cuando Juan me habló de sus intenciones. Te he echado tanto de menos...

—Yo también a ti, pequeña —suspiró Rosalía, acariciando su rostro con su mano ajada y callosa—. Eres tan hermosa como tu madre, tan parecida a ella que se me encoge el corazón con solo mirarte.

—Pero ahora ya estamos juntas otra vez. Tenemos muchas cosas que contarnos, ¿verdad?

—Y mucho tiempo para hacerlo —asintió Rosalía. Después desvió su mirada hacia Juan y la sonriente joven que la acompañaba—. Si la memoria no me falla, usted se parece bastante a Catalina. Aunque mucho más bonita, claro está.

—En efecto —corroboró Elena—. No teníamos prevista su visita, pero ella insistió en acompañarnos, y puesto que mi tía no se negó, yo tampoco.

—Espero que haya una alcoba disponible para ella y alguien del servicio que pueda atender sus necesidades —intervino Juan.

—Como siempre, señor.

—Me alegra oírlo. Un recibimiento perfecto el del servicio.

—Gracias, señor. —Rosalía inclinó la cabeza con gravedad y se hizo a un lado para que los tres entraran en la casa—. Espero que todo lo demás sea de su agrado. En las escasas ocasiones en las que nos honra con su presencia nunca ha tenido queja.

Juan recibió su aspereza con indiferencia. Mientras Elena y Catalina se adelantaban apretando el paso en dirección a las dependencias privadas, agarró del brazo al aya con disimulo y la acercó a él.

—Elena siempre te ha querido como a una madre —masculló entre dientes—, pero no te creas tan segura. Aún mando yo. ¿Tan importante crees que es, digamos, nuestro pequeño secreto? Ya viste en su día que no te sirvió de nada ir con el cuento a los Civiles.

—Eso es cierto. Tan solo soy una gitana sin palabra, demasiado vieja para temer por mi vida. —De un tirón liberó su brazo y clavó sus ojos en el amo—. No hay otra cosa más valiosa con la que pueda amenazarme.

—¿Estás segura?

Rosalía siguió el curso de su mirada; cuando vio a quién iba dirigida, la sangre dejó de correr por sus venas.

—¿Para eso la ha traído? —le escupió—. Creí sinceramente que la quería.

—Sí, la quiero. Sin embargo, no dudaré en ir contra ella si vuelves a mostrarte insolente, o descubro la más mínima intención por tu parte de hablar más de la cuenta, ¿entendido?

—Ella es intocable, señor.

Los ojos de Juan adquirieron un brillo peligroso cuando se acercó aún más a ella.

—Si sigues aquí es por una única razón: propiciar mi acercamiento a Elena. No hagas que me arrepienta.

—A mí me tacharon de vieja loca en su día, todo gracias a usted —le respondió sin que le temblara la voz—. Quizá si mi niña sabe la verdad, a ella le hagan más caso.

—Atrévete y firmarás su sentencia de muerte —susurró Juan—. Yo aún manejo este predio y a las personas que trabajan en él, con todo lo que conlleva tan buena reputación como la que me precede. Que no se te olvide nunca.

Después de aquella advertencia, Juan se alejó en dirección al despacho que en su día había pertenecido a don Damián y que ahora usaba para sus asuntos privados. Cuando lo perdió de vista, Rosalía se encaminó hacia la alcoba de Elena, resuelta a hablar con ella. Sin embargo, luego lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos.

Defendería a la muchacha con uñas y dientes, aun a riesgo de su propia vida. Elena tenía que saber qué clase de hombre tenía por tutor, cómo había manejado aquella propiedad y cómo se había transformado en una auténtica bestia negra para los jornaleros y sus familias. Con don Damián los salarios no eran gran cosa, pero no se pasaban necesidades. Aunque las mozas se doblegaban ante sus exigencias sexuales, nunca tomó a ninguna por la fuerza.

Pero todo había cambiado. Las injusticias y los atropellos habían comenzado desde el momento en que Elena se marchó a Ronda; a partir de ahí, Juan Lomana dio a conocer su verdadera personalidad: ruin y despiadada. Hacía trabajar a los campesinos de sol a sol, violaba cuando le apetecía y comenzó a reducir los sueldos hasta convertirlos en ridículos. Sofocaba las pocas revueltas a base de palos y tiros, y no toleraba ni la más mínima muestra de insubordinación.

Rosalía se tenía por una bruta ignorante que no sabía leer ni escribir, pero la escuela de la vida le había enseñado que tipos como aquel eran incapaces de mostrar amor hacia otra persona distinta de ellos mismos; nadie se interponía entre su persona y su objetivo, y el objetivo de Juan Lomana estaba claro.

Poco a poco había ido arañando algunos dineros a la fortuna de Elena; nada importante para no levantar sospechas. Rosalía estaba tan segura de eso como de que la noche sucede al día. Sin obstáculos a la vista, había hecho lo que quería con la herencia de la joven. Ella esperaba fervientemente que Elena no hubiera perdido su habilidad con los números ni su agilidad mental. Si su inteligencia y su vivacidad seguían siendo las de antaño, no tendría que contarle nada y podría protegerla; la propia Elena descubriría el verdadero juego de Juan.

Pero mientras tanto allí estaría ella; vigilante, al acecho. Que no se le ocurriera acercarse a Elena con aviesas intenciones, porque entonces sacaría a relucir lo peor de su raza, y que Dios se apiadara de Juan Lomana.

—El verdadero poder de una mujer reside en su silencio —murmuró para sí; mucho más tranquila volvió a sus quehaceres—. Cuídese de mis silencios, señor Juan... Cuídese.

***

La comida transcurrió en un ambiente tranquilo y relajado. Tanto Catalina como Elena se habían aseado y cambiado de vestido en sus respectivas alcobas. Luego Elena mostró a su prima todas las dependencias de la casa. Juntas visitaron hasta las alcobas, apreciaron las plantas que adornaban el patio central y el jardín, bajaron a las cocinas a olisquear lo que se preparaba en ellas y entraron en el que había sido el despecho de su padre. Todo permanecía en su sitio. Sus libros, el retrato de su madre sobre la chimenea apagada, su inmensa mesa de roble y hasta las cortinas de las ventanas, como si con ella se hubiera ido la vida de aquella casa, a pesar de que Juan parecía haber fijado allí su residencia habitual.

Elena no dejaba de observar a su prima mientras daba buena cuenta de toda la variedad de platos que atestaban la mesa del comedor y que Rosalía había ordenado preparar en su honor, a sabiendas de que serían de su agrado.

Aquella misma mañana, después de la fiesta del Gobernador, mientras se encontraba inmersa en la elección más adecuada de su vestido para el viaje, Catalina la había sorprendido con su petición.

—Quiero ir con vosotros, prima —dijo—. Y no me digas que ya no hay tiempo de preparar mi equipaje, porque daré la orden ahora mismo.

—Pero tu madre...

—No me voy con mi amante, sino contigo —la interrumpió Catalina. Elena había desviado su mirada rápidamente, intentando ocultar su azoramiento—. Oh, vamos, compréndeme. De pronto voy a quedarme sola. Y después de lo que sucedió anoche en la fiesta, me temo que contigo se irá la diversión además de la compañía.

—Me alegra que me consideres divertida —respondió, pensando seriamente en llevarse a Lina con ella. Así al menos la alejaría de su desconocido amante por un tiempo—. De todos modos, el aire del campo te sentará bien. Últimamente estás más pálida que de costumbre.

—¿Y por qué recelas? ¿Crees que Juan se negará a llevarme?

—No, no, es solo que... Bueno, me extraña tu repentino cambio de opinión. Siempre he pensado que estás hecha para el ajetreo de la ciudad. La vida en el campo es mucho más tranquila y aburrida.

—Tú me proporcionarás entretenimiento de sobra, ya lo verás. —Elena la miró sin comprender—. ¿De verdad eres tan ignorante acerca del señor de Casanueva y su hermano Lorenzo como parece? Siempre habéis estado tan cerca que...

A su pesar, sus mejillas se acaloraron repentinamente.

—No me lo recuerdes, ¿quieres? —suplicó—. Tuve que soportar el sermón de Juan durante todo el camino de vuelta. Ya sé que es un calavera y que me comporté como una tonta que...

—¿Tú, una tonta? ¡Pero si hasta consideró la posibilidad de casarse contigo! Diego de Casanueva será tu vecino cuando vayamos al cortijo. Juan no te alejará de él, sino todo lo contrario. ¿No sabes nada de él? Francamente, me cuesta creerlo. Sus hazañas son casi tan famosas como las del Marqués.

Con un gesto de impotencia, Elena tomó asiento frente a ella y se cruzó de brazos.

—Ilústrame —dijo, disimulando su curiosidad.

—Ese hombre es el primogénito de su padre, don Alfonso de Casanueva, e hijo ilegítimo —comenzó Lina—. Su madre era una gitana que enamoró a don Alfonso cuando este estaba casado. Sin embargo, ante la falta de descendientes legítimos, el señor de Casanueva reconoció a Diego cuando nació, e inmediatamente se hizo cargo de él.

Aquél comienzo captó rápidamente su atención.

—Pero, ¿y su madre?

Catalina se encogió de hombros.

—No se sabe con certeza —respondió—. Unos dicen que murió en el parto, otros que prefirió dejar al niño con su padre para asegurar su futuro...

—Entonces Lorenzo de Casanueva y él solo son medio hermanos.

—Exactamente. Lorenzo es pocos años más joven que Diego; al ser reconocido por su padre, Diego heredó la mayor parte de la fortuna de don Alfonso y este lo convirtió en un hombre diligente y justo con sus trabajadores. Con su muerte, le hizo uno de los hombres más ricos de toda Andalucía —recitó Lina—. Y él puso sus ojos en ti. Todo un lujo, si tenemos en cuenta que ninguna mujer ha conseguido centrar su atención en una misma fiesta tanto tiempo seguido y con tanta perseverancia por su parte.

—¿Eso qué tiene de particular? Estoy harta de oír que es un libertino y que las mujeres prácticamente se arrojan a sus brazos —respondió Elena, molesta al recordar el tacto de sus dedos—. Mañana otra atraerá su atención, estoy segura.

—Pero él atrajo la tuya, ¿verdad?

Elena desvió su mirada, súbitamente avergonzada de que su prima adivinara sus pensamientos con tanta claridad y sencillez. Su rostro apuesto, su sonrisa franca, las palabras susurrantes y nuevamente el tacto de aquella yema entre sus pechos, todo permanecía en su memoria grabado a fuego.

—Él es... —comenzó titubeante, pero Catalina no la dejó seguir.

—Es guapo, rico y también un caballero —terminó por ella.

—Pero con un comportamiento licencioso.

—Querida, ¿sabes cuál es el promedio de mujeres de don Diego en una sola fiesta? Nunca baja de dos. ¿Y sabes lo que eso quiere decir?

—Que debo alejarme de él —concluyó, paseándose nerviosa por la alcoba.

—Que tú solita conseguiste mantener su atención y su compañía desde que llegaste hasta que se fue —aclaró Catalina—. Es encantador, audaz. Su labia y experiencia derretirían a una monja; pero, hasta donde yo sé, jamás ha engañado a una mujer. Si alguna se va con él, sabe lo que eso implica.

—Podré presumir de ser la primera mujer engañada por Diego de Casanueva —objetó ella con ironía—. Yo no sabía absolutamente nada acerca de su reputación.

—Posiblemente él pensó lo contrario —aventuró Catalina—. No creo que incluya la palabra «mujeriego» en su carta de presentación. De todos modos, sé sincera contigo misma: ¿hubiera cambiado en algo tu actitud de haberlo sabido?

Elena cerró los ojos con un profundo suspiro, reviviendo con todo detalle cada reacción de su cuerpo ante el mínimo contacto con él.

—Creo que no —admitió—. ¿Y tú? —preguntó de pronto con suspicacia—. ¿Cómo sabes tanto acerca de ese hombre? ¿Acaso... has estado con él?

La carcajada que oyó a continuación le respondió por sí misma.

—Si prestaras más atención a los cotilleos en las reuniones sociales, tú también estarías enterada —contestó Catalina—. Sus modales son impecables, y aparentemente no tiene un solo defecto; pero no es mi tipo, no te preocupes.

Elena clavó sus ojos en ella reprimiendo un gesto de desagrado. «¿Quién es tu tipo, prima? —tuvo ganas de preguntar—. ¿Con quién te acuestas?».

—Parece ser que hace negocios con Juan —fue lo que comentó en cambio.

—Y por ende, también los hará contigo —continuó Catalina. Súbitamente seria, tomó las manos de Elena—. Si tu intención es hacerte con los tejemanejes del cortijo y de las fábricas poco a poco,

tendrás que tratar con él como lo haría Juan. Si me hicieras caso dejarías a un lado tu cabeza y te limitarías a sentir como una mujer.

—¿Con él?

—¿Con quién mejor? —Sin soltarse de las manos, ambas se sentaron sobre la cama—. Anoche demostró que solo tiene ojos para ti cuando está en tu compañía. Eso, viniendo de él, no deja de ser una ventaja para ti, prima. Nos vamos a La Dorada. ¿Qué crees que hará cuando lo sepa? ¿Dejar pasar la oportunidad y cruzarse de brazos?

—Si fuera listo no se acercaría a mí. Juan sería capaz de matarlo.

—Él va a ir a por ti, Elena, no lo dudes. Además... seguramente su experiencia con mujeres también abarca el campo de la moralidad —apostilló Catalina con seguridad—. Si te gusta no te niegues el placer. Mantén su interés, incentívalo y aumenta su nivel de atención; que solo tenga ojos para ti. Vamos a pasar una larga temporada en el campo. Tienes tiempo, y contarás con mi complicidad y mi silencio...

Rememorando aquella conversación, Lina le pareció una mujer totalmente diferente, segura de sí misma y de su comportamiento con los hombres, como si hubiera estado con cientos de ellos, varios años más sabia y experimentada. Todo lo contrario que en ese mismo instante, sentada frente a ella junto a Juan en el comedor principal del cortijo, con una palidez casi mortal y un gesto de repugnancia hacia la comida apenas contenido.

—¿Te encuentras bien, Lina? No tienes buena cara.

—Debe ser el viaje —contestó Catalina con ademán cansado—. La verdad es que no tengo mucho apetito.

—No te preocupes —comentó Juan—. Después de una siesta reparadora, estarás como nueva.

—Podrás acompañarme a ver el resto de las instalaciones del cortijo —continuó Elena—.Hemos de visitar a Pablo y a su madre, si es que aún siguen trabajando aquí, claro.

—¿Pablo? ¿Pablo Guerrero, el Bastardo?

Elena desvió su atención hacia Juan. Su rostro habitualmente serio se había transfigurado ante la simple mención del jornalero.

—Es mi hermano —puntualizó—. Fue muy importante para mi padre y para mí, y quiero verle.

No le estaba pidiendo permiso, pensó Juan; le estaba informando de un hecho, y no pudo ocultar su contrariedad. Debía comenzar a manejarse con el carácter de su pupila con mucho tiento; ella debía saber a qué atenerse con él. Cuanto antes lo hiciera, mucho mejor para ambos.

—Haces bien en visitarlos —le dijo—. Permanecerán aquí poco tiempo.

—¿Por qué?

—Pablo es un holgazán con aires de grandeza. Un anarquista que invita a los campesinos a rebelarse.

—Con mi padre nunca hubo revueltas.

—Tu padre está muerto. —Elena enmudeció y Juan maldijo en silencio su torpeza. Sus labios formaron una fina línea que se limpió escrupulosamente con el borde de la servilleta—. Lo siento, no quería decir eso, pero la simple mención de ese haragán me hace perder los nervios.

—Solo quería saber por qué los jornaleros no están contentos contigo.

—Mi niña, aún eres muy joven para hacerte cargo de todos esos problemas —intentó concluir Juan en tono conciliador—. Además, una mujer como tú debería preocuparse por otro tipo de cosas.

—Esos problemas pronto van a ser míos. No voy a darles la espalda. Cuanto antes me enseñes cómo van las cuentas y cuáles son los rendimientos de tierras y fábricas, mejor.

Juan apretó los puños. Estaba empezando a perder la compostura y Elena parecía dispuesta a cuestionar cada una de sus órdenes.

—No te envié con tu tía para que ahora exijas información sobre contabilidad —replicó con dureza.

—No, me enviaste para que consiguiera un buen marido que administrara mis bienes por mí mientras yo me dedicaba al bordado. Sin embargo, no pienses que mi cabeza está hueca o que no sé de números, porque no es así.

Inesperadamente, Juan echó atrás su silla con tanto ímpetu que esta cayó al suelo, haciendo que las dos jóvenes dieran un respingo

sobresaltadas.

—No estoy acostumbrado a esta clase de oposición, querida —susurró fríamente, con las manos apoyadas en la mesa y su rostro muy cerca del de ella.

Elena respiraba entrecortadamente. El miedo por lo que estaba viendo en Juan la mantenía pegada a su silla, pero no la amilanó. Algo en su interior le advertía de que, si no le hacía frente en ese momento, corría el riesgo de desvincularse de todo lo suyo para siempre, hasta que su tutor encontrara un buen partido para ella que la mantuviera en la ignorancia como él se empeñaba en hacer, y que jugara a ser Dios con su dinero.

—¿Quiere eso decir que no me mostrarás las cuentas? —se atrevió a aventurar con voz queda.

Con un largo suspiro, Juan abandonó parte de su actitud hostil para consultar la hora en su reloj de bolsillo, un valioso ejemplar de oro con sus iniciales grabadas en la tapa, antes de responder.

—Eso quiere decir que tú y Catalina tenéis carta blanca para moveros por donde queráis siempre que no vayáis solas —fue lo máximo que pudo conceder—. Si eso te hace feliz, ve a visitar al bastardo. Pero no me digas cómo tengo que tratar una insubordinación. Aún soy tu tutor.

—¿Tan grave es, Juan?

La voz de Catalina sonó suave y conciliadora, pero ninguno de los dos le prestó atención.

—Yo no veré nada que tú no desees que vea —concluyó Elena con desesperanza.

—Así es. —Juan se encaminó tranquilamente a la puerta. Allí se detuvo y se giró hacia Elena de nuevo, con su semblante frío y duro como el granito—. Ten cuidado con tus arranques de genio, mi niña, que siempre puedo cambiar tu destino con más facilidad de la que eres capaz de imaginar.

—¿Me estás amenazando?

—Oh, no, solo te estoy advirtiendo. Y aunque no creo que seas merecedora de ello por tu insolencia, te diré algo: la próxima vez que me encuentre con Pablo Guerrero, será para matarlo o echarlo del cortijo, lo que él decida. —Sosegado de pronto, esbozó una

fugaz sonrisa, como si no hubiera pasado nada—. Ahora, he de dejaros. El deber me llama. Espero que vuestro descanso sea provechoso.

Las dos permanecieron calladas, observando con alivio cómo desaparecía del salón, hasta que estuvieron seguras de que no volvería. Después, subieron a sus respectivas alcobas. Catalina no parecía tener fuerzas para otra cosa que no fuera tumbarse en una cama, y en cuanto a ella...

Elena sintió de pronto que un escalofrío recorría todo su cuerpo al pensar en su situación. Con una creciente y opresiva sensación de ahogo presionando su pecho, comprendió que debía rebelarse para hacerse con el legado de su padre.

Una idea comenzó a germinar en su cabeza. Aquel era el momento, se dijo con una sonrisa traviesa. Comenzaría esa misma tarde; y no cejaría en su empeño.

Con presteza, olvidándose de su siesta y llena de vitalidad, corrió hacia el baúl donde aún se hallaban sus vestidos y enseres personales. Afortunadamente su equipaje no había sido deshecho, así que pronto encontró el pantalón de montar granate y una camisa a juego, comprados cierto día en el Mercadillo de Ronda a una vieja gitana con la complicidad de Catalina. Sacudiendo las prendas enérgicamente, volvió a rebuscar hasta encontrar unas botas de montar negras, regalo de su prima por su último cumpleaños y que aún no había estrenado, en espera de una ocasión como aquella. Con un brillo danzarín en sus ojos, Elena se ocultó tras el biombo y se desprendió con rapidez de sus incómodas ropas de dama respetable. Después se puso el traje al completo y se fue al espejo, admirando satisfecha el resultado. La camisa entreabierta dejaba ver el nacimiento de sus pechos, y el pantalón ajustado se adaptaba a la curva de sus caderas y de sus muslos con tal exactitud que no dejaba nada a la imaginación. A continuación, deshizo su complicado peinado y dejó que sus rizos negros flotaran libres a lo largo de su espalda. Así ataviada, se asomó a la ventana que daba al patio central, comprobando con satisfacción que la vieja higuera que había crecido junto a ella, y por la que tantas veces hacía descendido para escapar con Pablo, seguía allí.

De puntillas, se dirigió a la puerta esperando escuchar algún ruido a través de ella, pero el silencio era absoluto. Se sintió tentada de aventurarse a través del corredor hasta la salida, pero luego lo pensó mejor. Si Juan la encontraba de esa guisa y con la intención de marcharse sola, era muy capaz de encerrarla en su alcoba y tirar la llave al pozo, así que recurrió a la segunda alternativa.

No pensó que ya no tenía diez años. Ni siquiera consideró la posibilidad de una caída. Con agilidad, se encaramó a la rama más alta y robusta, descendiendo hasta poner los pies sobre el suelo empedrado del patio.

—¡Ajá! —gritó, sacudiéndose las palmas de las manos—. Ahora enciérrame si puedes, Juan Lomana.

Después de observar por dónde había bajado, le pareció que le sería mucho más difícil subir, pero aquello aún no constituía un problema. Estaría de vuelta para la hora de la merienda, vestida convenientemente y con el cabello recogido, así nadie notaría su ausencia.

Con energías renovadas, echó a correr y atravesó el patio hasta llegar al portón principal, tras el que desapareció en un suspiro.

Fuera, todo se mantenía en un silencio sepulcral, roto tan solo por los sonidos de los animales de la granja. Elena avanzó resuelta hacia los establos.

Eligió una yegua blanca para montar. Cuando pudo prepararla y conducirla hacia campo abierto, una increíble sensación de libertad comenzó a correr por sus venas como si fuera su misma sangre. Apremió un poco más el paso de su montura para adentrarse de lleno entre las huertas y el pozo. Las cruzó al trote y admiró los campos de olivos y alcornoques, las encinas cuyos frutos daban de comer a la piara de cerdos y, un poco más alejados, los cultivos de la vid. Siguió el serpenteante camino ya al galope, sintiendo el viento y el sol golpeando su rostro por igual, y reconoció por fin todo aquello como suyo.

Si el paraíso existía, debía de parecerse bastante a La Dorada.

Se llenó los pulmones del aire puro de la sierra impregnado del olor penetrante del tomillo y la jara. Cabalgó como una exhalación hasta que el paraje se hizo más agreste, la vegetación más tupida y

el verde de la hierba se vio salpicado por el color rojo de los inmensos campos de amapolas. Tiró de las riendas de la yegua y contempló la maravilla que la rodeaba sin saber muy bien dónde estaba. Sintió sus mejillas ardiendo por el calor, fruto del ejercicio realizado en las horas de más sol, y escuchó el sonido del agua muy cerca de ella, a su izquierda.

Bien, pensó. Si el río pasaba por allí, solo tenía que seguir su curso para volver a casa cuando lo deseara, así que desmontó para estirar un poco las piernas y avanzó entre una manta cada vez más tupida de arbustos y árboles hasta que...

Elena se quedó muda de asombro cuando vio lo que le aguardaba tras aquella vegetación. A una breve pendiente le seguía una pequeña cascada, que desembocaba en un tranquilo remanso de aguas cristalinas.

La verdad era que no recordaba que nada parecido estuviese dentro de sus lindes, pero ¿qué más daba? Con un rápido vistazo a su alrededor comprobó que aquel pequeño rincón se hallaba protegido por toda una muralla de arbustos.

Estaría libre de miradas indiscretas, así que ató las riendas de la yegua pendiente abajo, en un árbol cercano al remanso para que el animal pudiera saciar su sed, y comenzó a desvestirse rápidamente para poder llevar a cabo otra de las cosas que durante sus largos años de ausencia había deseado hacer.

# 5

El caballo avanzaba agotado; había sustituido su alegre trote por un paso cansino hacía ya algunas horas, a pesar de que el jinete caminaba a su lado sujetándolo por la brida y guiándolo con las riendas, liberándolo de su peso sobre el lomo y eludiendo los caminos. Soportaba el calor de la tarde con la esperanza de no tener que sustituirlo antes de llegar a su destino.

—Ánimo, amigo —le dijo dándole unas palmaditas cariñosas en el cuello—. Ya queda poco.

Pero enseguida supo que para él iba a ser demasiado. Eso suponía acercarse al pueblo o a algún cortijo en busca de un animal por el que cambiar el suyo, con el riesgo y el retraso que le supondría. Un serio contratiempo que tendría que haber previsto.

Con resignación, el Marqués sacó un antifaz negro y se lo colocó; así, nadie lo reconocería. Sigilosamente, sin bajar la guardia, montó en el animal y lo guio colina abajo hasta que por fin escuchó el sonido del agua que refrescaría su garganta reseca.

Con una sonrisa de alivio, se apeó nuevamente del caballo y se acercó con cautela al lugar. Tuvo que apartar las ramas de unos cuantos arbustos hasta que pudo acercarse a la orilla y vislumbrar una pequeña cascada. No muy lejos de ella, una preciosa yegua blanca pastaba tranquila junto al remanso.

Instintivamente se agazapó tras los arbustos. Si allí había una yegua, su dueño no andaría lejos. Con sus sentidos alerta, aguzó el oído y forzó la vista en todas direcciones, intentando descubrir al propietario de tan magnífico animal para poder sorprenderle.

Sin embargo, solo pudo quedarse inmóvil y completamente pasmado.

Allí mismo, frente a sus narices, esa buena suerte que nunca lo abandonaba le obsequió súbitamente con una de las visiones más

hermosas que había tenido el placer de contemplar en toda su vida.

Su piel era del color de la canela, y se le antojó suave y cremosa bajo las yemas de sus dedos. El cabello negro le llegaba hasta las caderas, y sus ojos violetas miraron hacia él sin verlo. Su sonrisa denotaba el mejor de los deleites; si el Marqués hubiera sido un hombre dado a creer en supercherías, bien la hubiera podido confundir con un hada de los bosques o incluso con una sirena.

Pero la muchacha que salía del agua frente a él mostrándole toda su espléndida desnudez tenía un buen par de piernas, y unas curvas tan sinuosas que levantarían a un muerto, pensó el Marqués con la boca abierta por la sorpresa pero aún más seca que antes. El sol se reflejó en aquella piel desnuda y brillante cuando la joven estiró los brazos en un gesto perezoso y deliberadamente sensual, como si quisiera provocarlo.

Al Marqués se le aceleró el pulso peligrosamente mientras sus ojos la recorrieron lentamente. Ella se recogió el pelo con ambas manos para escurrirlo. De ese modo, le ofreció una precisa visión de sus pechos, grandes y erguidos, jóvenes y coronados por dos pezones rosados que apuntaban hacia él impúdicos, desafiándolo a que probara su sabor.

Los músculos del Marqués se tensaron hasta casi romperse. Un deseo feroz se apoderó de su voluntad, pero logró controlarlo lo suficiente como para seguir el curso del cuerpo femenino, grabando en su memoria cada detalle de sus brazos delicados, su vientre plano o sus redondeadas caderas. Allí se detuvo. La sangre se le volvió lava ardiente cuando sintió la imperiosa necesidad de tomarlas y hundirse en el aterciopelado interior de la joven. Deseó ser aquella yegua tranquila para que ella lo montara, y la saliva pasó con dificultad por su garganta. Se imaginó con aquellos muslos rodeándolo, dominado por la muchacha que magistralmente le haría tocar el cielo, y entonces perdió totalmente el control de sus emociones.

La mirada se le quedó clavada en su pubis, coronado por lujuriosos y brillantes rizos negros; anheló como nunca esconder la cabeza en ellos y llevarse a la boca el sabor de aquella magnífica hembra. La sangre comenzó a correr más espesa por sus venas,

hasta que confluyó en sus testículos. El dolor fue exquisito; su miembro se endureció de inmediato como respuesta, y el corazón galopó en su pecho.

El Marqués no salía de su asombro, por lo que estaba viendo y por la reacción que le provocaba. Su cuerpo nunca había experimentado un deseo tan voraz y fulgurante con una mujer desnuda. Respiraba con tanta rapidez que no supo cómo logró contenerla para no ser descubierto. Su mente y sus sentidos actuaban con vida propia; de pronto su caballo y aquella yegua quedaron olvidados. Se vio incapaz de apartar los ojos de la muchacha, que se había hecho una trenza con su interminable cabello negro y le había dado la espalda, ofreciéndole una visión gloriosa de la suave curva de sus nalgas.

Solo en ese momento comenzó a ser dueño de sí mismo. Siempre de espaldas a él, la joven comenzó a vestirse. Pudo contemplar con estupor cómo se metía en unos pantalones y unas botas de montar que por sí mismos constituían un atuendo auténticamente licencioso.

Si desnuda se asemejaba a una diosa, con aquel pantalón que se ceñía a su figura como una segunda piel, y la camisa, que guardaba los pechos más hermosos que había visto en años, se le antojaba aún más erótica e impúdica, pero esta vez el Marqués se esforzó en mantener la cabeza fría. Quizá necesitara un buen baño en aquel remanso, pensó con humor; si no reaccionaba pronto, ella se iría, y con ella, su montura.

Sigilosamente, comprobando que por fin su cuerpo volvía a obedecer las órdenes de su cerebro, el Marqués retrocedió unos pasos. Sin hacer el menor ruido, otros ojos, menos ardientes y más calculadores, observaron a la muchacha. Con movimientos casi felinos, como un león acechando a su presa, se acercó a ella poco a poco.

Aprovechó que se había sentado sobre la hierba, apoyada contra el tronco de un árbol, y se colocó justo detrás, a la espera para inmovilizarla y lograr su objetivo.

***

Elena abandonó su eventual asiento junto al árbol de mala gana. Por ella, hubiera permanecido en aquel pequeño paraíso sin moverse hasta ver la puesta de sol, pero su prima y Juan la esperaban.

Sacudió sus pantalones con aire distraído, pero no hubo dado dos pasos seguidos cuando alguien se abalanzó sobre ella por detrás y rodeó su cintura, inmovilizándola con una fuerza increíble. Incapaz de reaccionar con la suficiente rapidez como para desligarse de aquel brazo y correr hacia su yegua, asustada y desconcertada por tan repentino ataque, abrió la boca para gritar, pero el sonido de su voz murió cuando sintió el frío acero en su garganta.

—Así me gusta —oyó junto a su oído—. ¿Sabes? Eres una potranca muy briosa, y muy bonita también. No me gustaría tener que rajar tan hermoso cuello porque hagas alguna estupidez, así que necesito saber que vas a comportarte como es debido. ¿Lo harás?

Elena asintió cuando el desconocido la arrastró hacia el tronco del árbol que instantes antes había abandonado y la empujó contra él, colocándose frente a ella e inmovilizándola con su cuerpo.

Un fuerte olor a tabaco y a sudor invadió sus fosas nasales. A pesar del pánico que se apoderó de ella, observó fugazmente el rostro del desconocido, desaliñado y sucio, que lucía una desconcertante sonrisa a pesar de que aún no había retirado su amenazante navaja.

Debía temerlo. Sería lo más sensato. Pero recordó la frase que le había dedicado, y la indignación pudo más.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —dijo. Una breve mirada a su yegua sirvió para calcular la distancia y las posibilidades de huida.

—No te molestes en intentarlo siquiera. —Maldición. Aquel desgraciado había adivinado sus intenciones—. ¿Acaso debo rendirte algún tipo de pleitesía, niña?

—Yo no soy ninguna potranca. ¡Soy una señorita, pedazo de animal!

Tras su máscara, el desconocido alzó las cejas; sabía que Elena intentaba distraerlo para que bajara la guardia y pudiera escapar, pero no pudo evitar seguirle la corriente con diversión.

—¿Una dama? —preguntó en un susurro, con voz ronca y atemorizante—. No llevas ropas adecuadas para presumir de ello, y

si hablamos de lo que acabo de presenciar...

Dejó el resto en el aire. Ella sintió un repentino calor fruto de la vergüenza, aunque respiró más tranquila. Seguramente él esperaba que suplicara por su vida, su virtud o ambas cosas, pero se iba a llevar una gran sorpresa. Ignoraba lo que quería, pero si la había visto y se había mantenido oculto, a buen seguro su objetivo no era hacerle daño. Era obvio que suscitaba un extraño interés en él, así que decidió aprovechar esa ventaja.

—Dicen que sufre más el que ve que el que enseña —le espetó con frialdad.

—Y a fe mía que tú disfrutabas de lo lindo —contestó él—. Pero solo podría mostrarte la clase de placer que me has proporcionado. Si te lo describiera, no lo entenderías.

—¿Está intentando amedrentarme?

El Marqués negó con la cabeza lentamente. Su cuerpo se pegó aún más al de ella, hasta que sus bocas quedaron a escasos centímetros de distancia. El miedo volvió a adueñarse de su voluntad y la angustia la dominó por unos instantes fatales. Inmóvil, contempló cómo los ojos oscuros apenas visibles tras el antifaz negro parecían ver dentro de su alma, como si pretendiera saber hasta sus más íntimos secretos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —preguntó con voz temblorosa. Sin esperar respuesta, comenzó a suplicar—: Por favor, no me haga daño...

—Ni en un millón de años. El Marqués nunca mata a nadie, menos aún a una mujer como tú.

—El... ¿Marqués?

—A tus pies, cariño. Dispuesto a satisfacer hasta tu más ínfimo deseo.

En contra de lo que dictaba toda lógica, el pánico se hizo repentinamente a un lado. Supo con certeza que no estaba ante un vulgar asesino, y eso le dio determinación. A pesar de tener enfrente a un maestro del engaño y del ingenio, debía ser más lista que él, hacer uso de todas las armas a su alcance para seguir atrayendo su atención.

—Como comprenderá, esa navaja en mi garganta no ayuda mucho —dijo intentando imprimir seguridad a sus palabras.

Sin despegar sus ojos de los de ella, él guardó el arma y la sustituyó por su mano. Ahora solo sujetaba su cuello, y el tacto era bastante más tibio y agradable.

—¿Está mejor así? —le preguntó, con un nuevo susurro que sonó como una caricia.

—¿Acaso va a violarme? ¿Es eso lo que busca?

—Tienes algo que necesito con desesperación. —El Marqués acercó su boca al oído para convertir su voz ronca en un murmullo aún mayor—. Aunque después del espectáculo que me has ofrecido, deseo más que nada probar el sabor de esa piel de señorita que dices poseer.

Ella sintió la respiración agitada cerca de su cuello y comenzó a sudar. Su penetrante olor a hembra llegó hasta el cerebro del Marqués, que cerró los ojos con fuerza un instante, desconcertado al ser consciente de su peligrosa cercanía. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no tumbarla sobre la hierba y violarla allí mismo.

—No se hizo la miel para la boca del asno, señor Marqués.

Con semejante respuesta, él volvió a la realidad de un plumazo y reprimió una carcajada.

—Tienes una lengua rápida y mordaz —la elogió a su pesar.

—No quiera saber qué más puede salir de ella.

—Te equivocas. —Debía librarse del hechizo que sus impresionantes ojos ejercían sobre él, así que se apartó unos centímetros. El calor que desprendía el cuerpo de la muchacha se fundía con el suyo nublando su entendimiento; pese a saber que debía acabar cuanto antes, se veía incapaz de hacerlo—. No sabes cómo me gustaría averiguar lo que esa lengua podría hacer, chiquilla. Me hierve la sangre con solo imaginarlo.

Elena le miró fijamente. No se sentía en absoluto escandalizada por los atrevidos comentarios que escuchaba, pero sí abrumada por su imponente presencia. Agradeció que la mano que le rodeaba el cuello pasara a apoyarse en el tronco del árbol, en un gesto de muda confianza.

—Entonces va a aprovecharse de mí —concluyó.

—Nunca haría algo en contra de la voluntad de una mujer. Tranquila: no voy a hacerte daño.

La mano libre acarició su cuello, ensimismado con la suavidad de su piel, y Elena aprovechó el descuido. Con extraordinaria rapidez y puntería, levantó su rodilla hasta dar con ella en los testículos del Marqués, que se apartó al instante. Con un grito de dolor se dobló en dos y cayó al suelo llevándose las manos a sus partes íntimas, momentáneamente fuera de combate.

Elena se alejó de él; no obstante, se detuvo unos segundos titubeante, con una pequeña punzada de remordimientos al verlo tendido en el suelo, aunque enseguida reaccionó y corrió hacia su yegua hasta poner un pie en el estribo.

No pudo hacer más. Al parecer, el Marqués se había recuperado con rapidez y tiró de su cintura hacia abajo sin contemplaciones. Ella se resistió; en pleno forcejeo ambos tropezaron y cayeron rodando hasta hundirse en el remanso. Allí, momentáneamente frenados por la temperatura del agua que aplacó sus ardores, y calados hasta los huesos, el Marqués tenía ventaja. Uno frente al otro, sus posibilidades de huida se habían esfumado, pero aun así lo miró desafiante cuando intentó escapar de nuevo. Sin embargo, él se lo impidió; más alto y corpulento, increíblemente rápido y con una fuerza masculina muy superior a la suya, no tuvo dificultad alguna en detener su avance y cargar con ella al hombro pendiente arriba.

—¡Basta! —chilló presa de la indignación—. ¡Suélteme ahora mismo! ¡No voy a consentir que me trate como a una vulgar campesina!

Comenzó a golpear su espalda con los puños, pero solo logró que él tropezara y ambos volvieran a rodar sobre la hierba. Sin embargo, en esta ocasión él controló la caída y acabó sobre ella, inmovilizando el cuerpo de la muchacha con el suyo y sujetándole las muñecas a ambos lados de la cabeza.

—Pequeña zorra... —masculló furioso—. Has empleado uno de los trucos más sucios que una mujer puede usar con un hombre, ¿y pretendes que te trate como a una señora?

Elena no contestó. Se debatió, se retorció debajo de él como una gata arrinconada por una jauría de perros, pero todo fue inútil. Solo cuando comprendió que estaba a su merced, su forcejeo cesó. Estuvieron mirándose en silencio unos segundos, con el único sonido de sus respiraciones agitadas por la ira y el esfuerzo realizado. Esta vez el rostro del Marqués estaba serio, con los labios apretados y una mirada de advertencia en sus ojos oscuros que no logró intimidarla.

—Por Cristo que eres condenadamente difícil —volvió a susurrar más tranquilo—. Si supieras lo que provocas en mí cuando te mueves como hace unos instantes, te aseguro que dejarías de hacerlo al momento.

—No es más que un cobarde que se esconde tras una máscara —farfulló enfurecida—. ¡Canalla, bellaco, ladrón...!

—¿Solo eso? —Elena se quedó boquiabierta ante la respuesta del Marqués—. Francamente, después de tus alardes y tus bravatas, esos insultos realmente sí son propios de una dama respetable. Me decepcionas.

A pesar de que apenas podía respirar debido al peso de su cuerpo, Elena tomó aire y recogió el desafío.

—¡Hijo de puta! —escupió—. ¡Maldito bastardo, hijo de mil perras, desgraciado...!

No pudo continuar. De pronto, el Marqués aplastó su boca contra la de ella para acallarla en un beso impetuoso y exigente que destruyó sus defensas. Sus labios húmedos y excitantes tomaron los de ella y la obligaron a entreabrirlos. La lengua masculina invadió el aterciopelado interior de su boca y acarició la suya con movimientos ondulantes y provocativos. En ese momento ambos dejaron a un lado su lucha.

La lujuria se apoderó de ella con tanta rapidez que no pudo pensar en lo que estaba haciendo y con quién lo estaba haciendo. El fuerte sabor de la boca del Marqués la embriagó, enardeciendo sus sentidos. Cuando sintió sus manos libres las entrelazó alrededor del cuello del bandolero, totalmente abandonada al deseo que irrumpía en ella de forma incontrolada.

Con la mano puesta en su nuca, pero sin dejar de devorar su boca, el Marqués se puso en pie y la arrastró con él para pegarla a su cuerpo. Sus manos descendieron por su espalda hasta posarse en sus nalgas, tomándolas con determinación y apretando el suave vientre contra su dura excitación. Su respiración se volvió entrecortada y su beso más voraz; creyó que ella se apartaría ante semejante demostración de lascivia, pero se equivocó. Con los brazos alrededor de su cuello, Elena abrió aún más la boca y entrelazó con más ahínco su lengua con la de él. Entonces estuvo seguro de que aquella hembra igualaría su pasión e incluso la superaría, pero supo que debía detenerse antes de arrepentirse. Con un gruñido de disconformidad, se apartó de ella y observó con deleite los estragos de aquel beso en sus ojos cerrados y su boca aún entreabierta.

—Olvidé decirle que jura usted divinamente —le susurró controlando su euforia—. Peleas como un hombre, y tienes más valor que muchos que conozco. Después de esto, no me cuesta imaginar cómo sería nuestra unión. Te juro que me quedaría contigo eternamente, Elena Robles, pero tengo que tomar prestado algo que tú tienes y que yo necesito.

Estaba tan estupefacta después de lo que acababa de ocurrir y de oír que no ofreció resistencia cuando el Marqués tiró de ella hasta su caballo y sacó una cuerda de sus alforjas para atarla al tronco del árbol.

¿Elena Robles? ¿La conocía? Eso era evidente, se respondió a sí misma. Entonces, ¿quién era él?

Con los ojos entornados, Elena siguió los movimientos del Marqués. Apreció su altura, sus anchas espaldas y sus caderas estrechas, pero no vio nada conocido en él.

De pronto quiso saber más, pero por alguna razón no se atrevió a preguntar y esperó en silencio, hasta que él acabó su trabajo y la desató para subirla a su caballo, mientras él hacía lo propio con la yegua.

—¿Eso era lo que querías? —preguntó con cierta desilusión—. ¿Mi montura?

Él se acercó de nuevo y acarició su mejilla con el dorso de la mano.

—Querría más. Mucho más, pero no es el momento. No te preocupes; tu yegua te será devuelta. Te doy las gracias por anticipado.

Sin previo aviso, volvió a besar sus labios fugazmente a modo de despedida, pero antes de que se fuera, Elena le sujetó las riendas.

—¡Espera! —le dijo—. ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

Con una sonrisa diabólica, el Marqués chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Ahí reside el misterio, encanto —le contestó casi canturreando, mientras se alejaba al galope—. ¡Algún día me quitaré el antifaz ante tus ojos! ¡Te lo prometo!

Elena supo que sería estúpido intentar seguirlo. Aquel caballo estaba agotado. Tendría que esperar un tiempo para hacerlo caminar de nuevo si quería que la llevara de vuelta al cortijo. En el mejor de los casos, no conseguiría llegar a tiempo para la merienda, sabrían de su ausencia y tendría que dar una excusa a Juan.

Todo por aquel hombre misterioso que se alejaba con su yegua después de haberle dado el mejor beso de su vida.

Inconscientemente se llevó los dedos a los labios y cerró los ojos, reviviendo cada momento pasado y excitándose nuevamente con ello.

¡Por Dios Santo! ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Acaso era una casquivana? Primero Diego de Casanueva y sus caricias la mantuvieron en vilo, después el Marqués y su beso impetuoso consiguió que su voluntad se deshiciera como la mantequilla cerca del fuego... ¿Tan necesitada estaba de ese tipo de atenciones?

Se sentía avergonzada consigo misma por su comportamiento, decepcionada por la manera en que el Marqués la había abandonado, como si fuera consciente de lo que había despertado en ella y aun así no le importara. Anhelaba no sabía muy bien qué, pero se encontraba furibunda porque la dejó sola, totalmente desconcertada y sin saber qué hacer.

Al pensar en todo aquello con más calma, una sonrisa afloró a sus labios. Decididamente, no había sido ella la única que había acabado

con la sangre revuelta y el corazón desbocado. La otra parte también había sufrido lo suyo, incluido un rodillazo en la entrepierna. Probablemente no habría muchas personas que pudieran presumir de haber tumbado al Marqués.

Al recordar los dientes blancos apretados por el dolor y la humillación sufrida, Elena no pudo por menos que reír a mandíbula batiente.

—Finalmente ganó la hembra, mi querido Marqués...

Luego rememoró el calor de su cuerpo, el suave tacto de su lengua y sus manos presionando sus nalgas y recordó todo lo que de él se decía.

Sonrió imaginando la reacción de Lina cuando supiera lo ocurrido y guio al caballo lentamente hasta alejarse de allí, en dirección contraria a La Dorada, media hora después de que el Marqués se hubiera ido, con sus ropas casi secas y su entrepierna aún húmeda, y con el beso del bandolero grabado a fuego en sus entrañas.

***

Dos horas después, Elena se detuvo en medio de las bifurcaciones en las que el angosto camino se dividía, totalmente desorientada y reconociendo a regañadientes que se había perdido.

Con un juramento que hubiera asustado al mismísimo Marqués, se apoyó sobre su silla de montar y cerró los ojos, maldiciendo por igual su estupidez al haber abandonado el cauce del río y la violenta irrupción del bandolero en sus apacibles planes para aquella tarde, con la única misión de volver su cabeza del revés y llenarla de temores y dudas acerca de su verdadera identidad.

En esas estaba, tratando de ser la primera en descubrir la misteriosa identidad del Marqués, cuando se dio cuenta de que desconocía dónde se hallaba. En ese punto, la simple posibilidad de que Juan la encontrara así, sola y vestida de hombre, provocó en ella un escalofrío tan grande que acabó con el deseo escondido por el bandolero tan abruptamente como había comenzado.

¡Maldito fuera el Marqués! ¡Y maldita su propia debilidad al permitirle ocupar sus pensamientos de manera tan omnipotente

como si fuera Dios! Por su culpa se encontraba en aquella situación, sin saber con certeza qué sería mejor, si permanecer perdida o ser encontrada.

Con un largo suspiro que evidenciaba tanto su cansancio como su desamparo, Elena sacudió levemente la cabeza, decidida a sacar a semejante sinvergüenza de sus pensamientos y centrarse en su problema, mucho más acuciante. Aún inmóvil sobre el caballo del Marqués, oteó el paisaje de ambos caminos, tratando de encontrar algo que le resultara familiar y por lo que pudiera decidirse, hasta que vio algo que centró su atención por completo.

A su derecha, cerca de ella pero no tanto como para poder distinguirlo con claridad, el cuerpo de un niño pequeño se encontraba formando un ángulo extraño, boca abajo y aparentemente inerte.

Elena guio su caballo hacia allí lanzando miradas furtivas de desconfianza a derecha e izquierda. A medida que se acercaba, le pareció distinguir un leve movimiento en el niño. Pudo escuchar claramente un gemido de dolor en medio del silencio reinante. Apurando más su caballo, llegó a su altura. Allí desmontó con rapidez y se acercó a él.

Estaba flaco y harapiento. Cuando levantó su cabecita y le apartó el pelo de la cara, comprobó que era tal la mugre que lo cubría que resultaba difícil saber su edad con certeza. Por unos instantes fatales, al ver que ningún otro movimiento se producía, creyó que había llegado tarde, pero el niño abrió los ojos parpadeando varias veces.

Elena sonrió con alivio, pero cuando le tocó la frente, comprobó que tenía fiebre.

—Hola. ¿Puedes oírme? —El chiquillo asintió, aún aturdido—. ¿Qué te pasó?

—Me escapé para jugar un rato, pero la víbora me mordió. Por favor, ayúdeme, señorita.

Con ojos espantados, siguió el dedo índice del niño. Efectivamente, bajo la pernera roída del pantalón alcanzó a ver dos puntos rojos en su pantorrilla.

Debía aparentar normalidad para no asustar aún más al muchacho. Recorrió con la vista todo lo que esta abarcaba, pero lo único que pudo otear fue el paisaje agreste de la sierra, que la recibió como mudo recordatorio de que, aunque recogiera al niño, no sabría dónde llevarlo.

Apretó los puños para ahuyentar así el miedo, pero en ese intento evocó con inusitada lucidez uno de los remedios que Rosalía le había enseñado de niña para las mordeduras de serpiente en general y las de víbora en particular.

«Por aquí son muy abundantes en primavera —le había dicho—. Te pasas el día corriendo y brincando por el campo, como una pequeña salvaje y con la única compañía de Pablo. Yo no voy a estar aquí eternamente, chiquilla, así que deberás aprender a hacerlo por ti misma».

Aquel día se había pasado la tarde entera en compañía de su aya en la cocina, aprendiendo a hacer cataplasmas e infusiones de...

—¡Ajo! —gritó de pronto, volviendo su rostro sonriente y confiado hacia el pequeño—. ¿Cómo te llamas?

—Daniel, señorita.

—¿Te duele mucho, Daniel? —El niño asintió muy pálido—. ¿Has vomitado o tienes náuseas?

—No, señorita.

—¿Crees que podrás sostenerte en el caballo con mi ayuda?

Daniel se agarró a su brazo para ponerse en pie apoyado en su pierna sana, mientras asentía vigorosamente. Elena no tuvo dificultad alguna en cargarlo en brazos y subirlo al caballo. Montó tras él y tomó las riendas. Miró al chiquillo, que había recostado la cabeza contra su hombro, y sintió que la angustia se alojaba en la boca de su estómago. Pero como si Daniel adivinara el origen de sus indecisiones, alzó su manita sucia y señaló el camino sobre el que se encontraban.

—Por allí —le dijo—. Don Diego me ayudará.

El corazón de Elena dio un vuelco.

Un baile sensual y una conversación plagada de réplicas habían sido suficientes para hacerle comprender que se sentía sorprendentemente atraída por aquel hombre. Afectaba a sus

sentidos hasta el punto de no poder dominarse cuando él estaba cerca, como si su cuerpo actuara por propia iniciativa.

A pesar de ser prácticamente un desconocido, una apaciguadora sensación de tranquilidad la invadió al evocar su compañía, como si en realidad fuera un viejo amigo al que podía confiar su vida sin dudar.

Pese a todo, estuvo a punto de tomar la dirección contraria, presa de un miedo repentino a encontrarse cara a cara con el mayor libertino de toda Málaga, hasta que la mirada suplicante de Daniel se clavó en su alma.

Espoleó a su caballo hasta alcanzar un galope enloquecido. El cortijo de Diego de Casanueva no podía estar lejos, y aquel niño necesitaba ayuda cuanto antes. Con energías renovadas, apretó contra ella el cuerpo de Daniel.

Por alguna extraña razón que aún desconocía, su instinto femenino le advertía de que el señor de Casanueva no se iba a comportar con ella como un grosero patán. Muy a su pesar, un hormigueo de impaciencia se instaló en su bajo vientre, anticipando todo el cúmulo de sensaciones que sabía no iba a poder controlar cuando se hallara en su presencia.

Por eso, tuvo que reconocer la primera verdad acerca del señor de El Capricho: si había alguien que pudiera ayudarla en aquellos momentos, ese era Diego de Casanueva y su imponente presencia, pensó, y entonces su corazón aleteó y se llenó de un tranquilo gozo.

# 6

Elena no supo en qué momento exacto entró en las tierras de Diego de Casanueva. A punto de reventar el caballo del Marqués para llegar cuanto antes a su destino, permitió que el animal sustituyera su marcha alocada por un trote más pausado cuando siguió el curso del dedo de Daniel.

—Los establos... —murmuró sin abrir los ojos—. Seguro que el señor está allí. Le gusta cuidar de sus caballos.

Sin dudar ni un momento, Elena se dirigió hacia una construcción solitaria y alejada del resto de edificaciones del cortijo.

Sus ojos, nublados por el calor, dejaron de fijarse en Daniel cuando detuvo al caballo, no lejos de la entrada del establo, en cuanto los clavó en el hombre que, junto a los enormes portalones de madera y sin que el sol pareciera afectarle, cepillaba enérgicamente el lomo de un enorme semental negro.

Por unos instantes interminables, mientras se apeaba y tomaba a Daniel en sus brazos, su corazón dejó de latir. Su mirada recorrió lentamente las piernas masculinas enfundadas en unos ajustados pantalones grises, las caderas estrechas y los surcos entre los músculos de sus anchas y desnudas espaldas provocados por los movimientos enérgicos de sus brazos y hombros. Cuando elevó los ojos hasta su cuello y vio el cabello cubierto con un pañuelo, la sangre se le espesó en las venas. Su nuca descubierta, el pañuelo en su cabeza, hasta el olor a sudor fresco pareció invadir sus fosas nasales y afectarle al cerebro.

Elena se restregó los ojos para ahuyentar de sí tal atracción. Pero a medida que se acercaba a él su cuerpo volvía a traicionarla, reaccionando como si se acercara a lo que siempre había esperado.

A algo que solo era para ella.

—¿Señor de Casanueva...? —preguntó con un hilo de voz.

El rostro de Diego estaba perfectamente rasurado, sudoroso por el trabajo y condenadamente apuesto con la sonrisa que le dedicó cuando se repuso del asombro que le causó su repentina aparición.

—Vaya, quién me lo iba a decir... —murmuró. Con una toalla se secó los restos de jabón y agua que resbalaban por sus brazos antes de acercarse a ella a grandes zancadas—. Sabía que volvía con Juan Lomana a La Dorada, pero no esperaba su visita tan pronto. ¿Qué la trae por mis tierras?

—Necesito ayuda, por favor. Este niño está herido. Dice conocerle, y pensé que quizá fuera un jornalero de El Capricho.

—¿Jornalero de mis tierras un niño? ¿De qué me habla? —Extrañado, posó su mirada penetrante en ella con el ceño fruncido. Algunas zonas de su ropa aún estaban húmedas, y su abundante cabello negro dejaba escapar gotas de agua a través de su trenza—. ¿Qué ha pasado aquí? —volvió a preguntar—. Su caballo está derrengado, a punto de desfallecer, y usted...

—Créame, nunca maltrataría a un animal hasta ese punto, pero las circunstancias me obligaron a hacerlo —le interrumpió Elena con voz apremiante—. El niño necesita un médico.

Su momentáneo júbilo por verla de nuevo después de la fiesta, hermosa y seductora hasta el infinito con aquel atuendo propio de hombres, se vio reemplazado por la preocupación, y cuando apartó el pelo de la cara del niño, lo reconoció de inmediato.

—Daniel... —musitó incrédulo. Sin más preámbulos, lo cogió en brazos y se encaminó hacia la casa, seguido por Elena—. ¿Cómo es que estás así? ¿Qué sucedió, compañero?

—Jugaba en el camino, junto al manantial... —susurró el pequeño por toda explicación.

—Fue una víbora. Lo encontré en el camino y él me guio hasta aquí.

Diego se detuvo. El rostro habitualmente risueño estaba ahora tenso, pero seguía transmitiendo una seguridad innata. Elena agradeció haber confiado en aquel chiquillo y comenzó a comprender parte del atractivo de aquel hombre que le hacía tan irresistible para la mayoría de las mujeres. Sin embargo, cuando fue

consciente del torso aún desnudo de Diego ante ella, toda su seguridad pareció volatilizarse y solo pudo carraspear incómoda.

—No tenemos médico, señorita Robles —le informó con gesto grave—. El que había en el pueblo apareció asesinado hace un par de meses.

—¿Asesinado? ¿El doctor Esteban Pinto, padrino de mi padre el día de... fue asesinado?

Diego ascendió los peldaños de la escalinata de tres en tres hasta la primera planta a la vez que asentía. Elena tuvo que correr para alcanzarlo justo cuando entraba en una de las alcobas y depositaba al niño sobre la cama con cuidado.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó descorazonada—. El niño me dijo que usted era su amigo.

—Es el hijo del capataz —aclaró Diego, dando por zanjado el tema.

Pero Elena dio rienda suelta a su fantasía. Apreció la fatiga en el rostro de Diego y recordó su fama; probablemente su noche de fiesta hubiera acabado en brazos de alguna muchacha mejor dispuesta que ella, de ahí su cansancio.

—¿Señorita Robles? ¿Dónde está su preciosa cabeza?

«Perdida en absurdas hipótesis», fue la respuesta que afloró a sus labios; pero se la tragó y se inclinó sobre Daniel.

—Tiene calentura —le dijo, pasando por alto su pregunta. Luego examinó la pierna—. Y la mordedura no tiene buena pinta. Si no hacemos algo pronto...

—Mi hermano tendría que ir a buscar un doctor a Ronda. Quizá se pierda demasiado tiempo. Un momento… ¿Hacemos?

Ante su desconcierto, Elena esbozó una sonrisa.

—Espero que tenga la despensa llena de ajos. Y que alguien pueda quedarse al cuidado de Daniel mientras usted y yo preparamos el remedio a la mayor brevedad posible. —Diego la observó con una mezcla de admiración y escepticismo, mientras ella, con los brazos en jarras, lanzó un suspiro de impaciencia—. ¿Me dirá dónde encontrar todo lo necesario o tendré que hacerlo sola?

Como si alguien invisible lo empujara, Diego llamó a una criada para que acompañara a Daniel. Después, ya en el borde de la escalera, se volvió hacia Elena.

—Ahora estoy a su disposición —se ofreció—. Pídame lo que necesite.

—Antes lo vi recelar. ¿No va a cuestionarme?

—Si ha traído a Daniel hasta aquí es porque se interesa por su salud. Y si me pide ajos para curarle, supongo que sabe detrás de lo que se anda y que no será un capricho de señorita malcriada. ¿Le parece a usted un buen razonamiento?

Con una amplia sonrisa de conformidad, Elena asintió.

—Mi aya sabe mucho de hierbas medicinales. Ella me enseñó.

—Entonces me alegro de que esté aquí, y por más de una razón. Dígame, ¿qué puedo hacer para ser útil?

—Lléveme hasta las cocinas. Necesitaré agua caliente, ajos y el material necesario para hacer cataplasmas, harina de trigo, piezas de arpillera y vendas de lino. ¿Tiene todo eso, señor?

Sin pedirle permiso, Diego la tomó del brazo para guiarla a las cocinas. Con decisión, puso una olla con agua al fuego y, acto seguido, sacó de la despensa todo lo necesario.

Luego llamó a su ayudante personal, Máximo, un hombre alto y delgado que cumplió las órdenes de su señor con extraordinaria celeridad, llevándoles la arpillera y las vendas en cuestión de minutos.

Solo cuando realmente estuvieron solos y Diego hubo dejado las demás tareas en manos de personal competente, pudo contemplar el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, aquella mujer increíble moviéndose de un lado a otro frente a él, al otro lado de la mesa. Trabajaba con ahínco, pelando los ajos primero y machacándolos después. Sus pechos se movían al ritmo del mortero bajo aquella desvergonzada camisa granate. Diego vio que una solitaria gota de sudor descendía entre ellos para desembocar en su ropa; inmediatamente sintió deseos de recogerla con la yema del dedo, pero contuvo su ímpetu y se cruzó de brazos, decidido a disfrutar de la situación.

—Hace unos momentos me pareció decepcionada —comentó mientras sus ojos seguían su figura cuando Elena se alejó de él y vertió el contenido del mortero en el agua ya tibia—. ¿Tenía que ver con ese cansancio que se le ve en la cara?

—No me hubiera extrañado que un terrateniente emplee a un niño en labores del cortijo, pero sí me hubiera entristecido si ese terrateniente es usted —respondió con un encogimiento de hombros —. Afortunadamente, vi que es usted el primero en cuidar de lo que es suyo, sin delegar en los demás aquello que puede hacer por sí mismo.

—En este cortijo todo el mundo tiene una función. La de los niños no es precisamente trabajar a destajo. Además, por lo que veo el descanso tampoco va con usted. Y me alegro de ello; de lo contrario, Daniel no estaría allí arriba.

—Una alcoba muy acogedora, por cierto.

—¿Le gustó? Es la mía —replicó Diego, con una sonrisa divertida al comprobar su creciente nerviosismo—. Lamentablemente, las circunstancias no me han permitido ejercer de anfitrión con usted como es debido, pero en próximas ocasiones subsanaré ese defecto.

—No se preocupe, queda usted disculpado— le contestó ella con sorna—. Ya que está tan preocupado por la salud de Daniel, le aconsejo que le den un buen baño. La suciedad puede infectar la herida y tendríamos complicaciones.

—Como usted diga, señora mía.

Elena no contestó; con la cabeza inclinada hacia su labor, sonrió.

—Perdóneme —se excusó—. Estoy en su casa, no soy quién para decirle lo que ha de hacer.

—Está claro que cada vez que irrumpe en mi vida provoca un auténtico cataclismo.

Ella levantó la mirada del mortero unos instantes para clavarla en él. Diego se preguntó cómo alguien que poseía unos rasgos tan angelicales e inocentes podía provocar en él un torbellino de lujuria semejante.

—No era mi intención, se lo aseguro —contestó, volviendo a su tarea rápidamente.

Tan absorta se hallaba en ella que no se percató de que Diego se había colocado a sus espaldas, tan cerca que pudo aspirar el fresco aroma que le atrajo hacia su cabello trenzado como un imán. Incapaz de contenerse, alargó una mano y tomó entre sus dedos la punta húmeda de la trenza.

Elena dejó su trabajo al instante, pero no soltó el cuchillo que estaba usando. Cerró los ojos y dejó que él se acercara más, hasta que sintió el calor de su pecho contra su espalda y su aliento cálido junto a su cuello.

—¿Alguna vez se atreverá a decirme dónde ha estado? El aroma que emana de su pelo me da alguna pista, y el cansancio de su caballo contribuye a mis suposiciones.

—A partir de ahí, supongo que su inteligencia hará el resto — respondió ella en un susurro, y una risa apenas contenida resonó muy cerca de su oído.

—Realmente me sorprende usted. Con esta ropa está espectacular, princesa. Me roba el aliento.

Decidida a ignorarle, Elena volvió a su tarea, pero la mano que sostenía la trenza se posó con delicadeza en su muslo derecho y ascendió por el costado de su cadera lentamente, pasando por su cintura hasta rozar su pecho en un recorrido ardiente y atrevido que hizo que la mano de Elena temblara lo justo para que la punta del cuchillo se clavara levemente en su dedo índice.

Ella gritó, más por la sorpresa que por el dolor, y sostuvo su dedo en alto, apretando la yema para que la sangre aflorara con más facilidad. Inmediatamente, Diego cesó en sus devaneos.

—¿Está bien?— preguntó—. ¿Le duele?

—No se apure, no es nada...

Ciego a todo lo que no fuera la pequeña herida, tomó la mano accidentada entre las de él. Clavó sus profundos ojos negros en los de ella. Maldición. No podía hacer otra cosa que no fuera obedecer a ese primitivo impulso que lo impelía a llevarse el dedo a la boca para succionarlo con avidez. En ese momento, un solitario gruñido salió de lo más hondo de su garganta.

Elena apretó los párpados y contuvo el aliento cuando sintió el roce de la lengua en torno a su dedo. Una agradable calidez se

extendió por todo su ser y la envolvió, olvidando incluso el dolor de la herida. Quiso retirar la mano vagamente, pero Diego se lo impidió y posó la suya en su nuca, apretando su espalda contra el borde de la mesa y acercándola más a él.

Desconcertado, comprobó que no podía estar cerca de ella sin intentar el más leve contacto físico. Abandonó el dedo de Elena con pereza y contempló sus labios entreabiertos y carnosos. Apenas intuyó sus jadeos, y alentado por su silencio acercó su boca a la de ella dispuesto a demostrarle quién controlaba la situación.

Un leve roce de labios le bastó para volver a ser él el sorprendido. Absorto en aquellos ojos violeta que lo miraban anhelantes, Diego rezó en silencio una plegaria; se vio irremediablemente perdido, dispuesto a aumentar la deliciosa tensión que se adueñaba de todo su cuerpo, y comenzó a mordisquear sus labios. En aquellos instantes mágicos todo quedó de lado, incluso Daniel y su pierna. Apenas estaba comenzando a beber de su dulce boca cuando de algún lejano lugar surgió un oportuno carraspeo que hizo que Elena se apartara de él al momento.

Con un suspiro de resignación, Diego dejó caer los brazos a ambos costados, pero no se apartó. La expresión de su rostro era de auténtico desamparo, y Elena sintió que sus mejillas ardían con sorprendente rapidez cuando vio que Diego cambiaba de postura intentando ocultar el revelador bulto entre sus piernas.

—Lo siento —musitó, intentando volverse para huir de aquella mirada.

Sin embargo, Diego la agarró de la muñeca y la acercó a él de nuevo.

—Yo no —contestó muy cerca de su oído—. Si me permite un consejo, nunca se arrepienta de ser usted misma conmigo, princesa. Ahora —continuó, en un tono mucho menos íntimo—, permítame presentarle a mi hermano Lorenzo. Él es quien ha interrumpido nuestra... conversación.

Se hizo a un lado para que un sonriente joven se acercara a ella y besara su mano con galantería. Era guapo, aunque no poseía la gallardía ni el encanto de su hermano mayor. Sus ojos, más claros

que los de Diego, se posaron en su atuendo con evidente interés, pero Diego la apartó de él bruscamente.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo.

—¿Querías algo, hermano? —gruñó Diego con una mirada de advertencia.

Lorenzo ignoró su actitud hostil sin dejar de sonreír. Solo después de unos instantes le prestó atención.

—Quería saber si puedo ser útil. Máximo me ha contado lo que le ha sucedido a Daniel y he ordenado que vayan en busca de su padre, aunque tardará un tiempo en llegar.

—Entonces ya has hecho lo que debías. —Como un rayo, Diego rodeó los hombros de Lorenzo y prácticamente lo empujó fuera de la cocina—. Dile a Daniel que pronto llegará su medicina.

Su hermano aceptó retirarse caballerosamente, pero toda clase de intimidad con Elena había desaparecido. En medio de un denso y tácito silencio, ambos se dedicaron a su tarea cono si no hubiera pasado nada, y en poco tiempo Daniel tuvo la cataplasma sobre su pierna.

El niño no emitió ni un quejido de dolor cuando Elena le cubrió la pasta de ajo y harina de trigo con la arpillera y vendó la pierna con una pieza de lino, pero tuvieron que emplear su tiempo en convencerlo para que bebiera la infusión preparada con el mismo ajo machacado.

No obstante, la mejoría del niño fue evidente. La fiebre desapareció y el dolor y la hinchazón fueron remitiendo, dando paso al alivio y al descanso.

—Los próximos días tendrán que hacer más cataplasmas y más infusiones —recomendó Elena en voz baja para no molestar al pequeño—. Pero la inflamación cederá y se restablecerá. Ahora, si me disculpan, tengo que irme. Pronto anochecerá, y Juan estará preocupado por mi tardanza.

Se apresuró a salir de la alcoba, pero Diego la alcanzó en la puerta. Aún mantenía su pecho al descubierto, pero se había desprendido del pañuelo de su cabeza. Elena tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no enredar los dedos en aquel

cabello negro como el tizón, brillante y enmarañado. Debía resistírsele, pero no sabía cómo.

—Aguarde —le pidió, y su voz sonó como una caricia más dulce que el almíbar—. ¿Cómo piensa regresar?

—Tal y como vine: a caballo.

—Ese animal está agotado, señorita Robles. A no ser que quiera matarlo, le aconsejo que me espere un minuto. Me asearé un poco y le proporcionaré una montura nueva. Y, de paso, la acompañaré hasta La Dorada. No es seguro que vaya sola por los caminos.

—Pero...

—Considérelo como una muestra de agradecimiento —la interrumpió él, poniendo su dedo índice sobre los labios rosados—. Si quiere, y aun a riesgo de parecer descortés, puede esperarme fuera. Al parecer, el padre de Daniel quiere ofrecerle un regalo por haber salvado a su hijo.

—No necesito ningún pago por...

Con una media sonrisa irresistible, Diego asintió y recorrió la mejilla de Elena con el dorso de su mano.

—Lo sé —dijo—. Pero para él es muy importante. Si no quiere ofenderle, será mejor que acepte lo que ha traído para usted.

Ella abrió la boca para replicarle, pero Diego ya se iba tras otra puerta, seguido en silencio por el estirado Máximo, así que decidió que, después de todo, era mejor esperar lo inevitable en compañía.

Cuando salió fuera, se encontró de bruces con el hombre más grande y corpulento que había visto en su vida. Elena tuvo que forzar su cuello al máximo para poder ver su rostro barbudo y nada amenazante. En realidad, el hombre parecía bastante atribulado. Con una humildad digna de elogio, se quitó el sombrero y lo estrujó en sus manos antes de dirigirle una mirada de absoluta veneración.

—Me llamo Jaime Torres— dijo, con una voz sorprendentemente joven—. Soy el padre de Daniel, y le traigo esto en agradecimiento por haber salvado a mi hijo, señorita. Si no llega a ser por usted...

No terminó la frase. Elena miró hacia abajo intrigada, para comprobar cómo un cachorro de podenco andaluz la miraba expectante, sentado junto a ella y en absoluto intimidado o desconfiando de su presencia. Con una sonrisa, Elena se agachó y

tocó su pelo corto y suave. En respuesta recibió un lametón en el dorso de su mano, y ella le rascó detrás de las orejas.

—Es precioso —dijo, poniéndose en pie—. Pero no puedo aceptarlo, señor Torres. Es demasiado valioso para la caza.

—Mi mujer insistió, y yo también —afirmó el capataz—. Tiene ocho meses y se llama Leo. Aunque ha vivido con nosotros, se adapta bien a las personas que le gustan y usted le ha gustado; irá de su mano, no se preocupe. Está entrenado para la caza y es muy cariñoso y alegre. —Después de una pausa, sin saber muy bien qué hacer, Jaime Torres se colocó de nuevo el sombrero y se alejó—. Que lo disfrute con salud, señorita.

Antes de que pudiera decir nada, el capataz había desaparecido, dejándola sola con el cachorro color canela que tenía sus expresivos ojos clavados en ella destilando impaciencia y que apenas podía mantener el trasero pegado al suelo. Evidentemente, ambos habían congeniado a las mil maravillas, y puesto que el perro había rehusado regresar con su antiguo amo, Elena resolvió quedárselo.

—Leo —le llamó, y el animal comenzó a hacer cabriolas a su alrededor y a mover su cola deseoso de más caricias—. Eres muy bonito, ¿sabes? Creo que nos vamos a llevar bien.

***

La tarde comenzaba a languidecer lentamente. El cielo se vio salpicado por franjas rojizas y anaranjadas, y las primeras estrellas anunciaban la cercanía inminente de la noche. Sin embargo, el sol aún poseía fuerza suficiente para enviar los últimos rayos hacia el cabello negro de Elena, arrancándole reflejos azulados y acabando de secar los rizos que, movidos por la leve brisa, se habían escapado de su trenza.

Con una sonrisa, Diego admiró el porte elegante y los gráciles movimientos de Elena sobre el caballo. Lo manejaba a las mil maravillas. Como si la joven indómita que tenía a su lado no tuviera nada que ver con la sofisticada que había conocido la noche anterior.

Si de algo estaba seguro, era de que Elena Robles representaba un reclamo para cualquier hombre que se preciara de serlo.

Y él lo era. De cabo a rabo.

El principal quebradero de cabeza de padres sobreprotectores y novios celosos durante mucho tiempo. Una fama que parecía tambalearse con tan solo un roce de labios y un aleteo de pestañas.

No sabía cómo correr tras una mujer; hasta el momento siempre había sido al revés. Cuando no quería dormir solo, tomaba lo que más le gustaba de todo aquello que se le ofrecía y pasaba un buen rato, así de sencillo. Pero Elena no parecía tener intención de doblegarse ante un movimiento de su dedo índice. Se atraían mutuamente con una intensidad arrolladora, y ella se mostraba más que receptiva a cada una de sus caricias; ni una sola vez se había indignado o le había reprochado sus avances. Sin embargo, en ese mismo momento le dedicaba sus atenciones a Leo, el cachorro de podenco andaluz que el capataz le había regalado, dejando para él una indiferencia que a todas luces era fingida.

Tarde o temprano, Elena sería suya, pensó. Solo necesitaba un poco más de tiempo que el resto, y un poco más de tino también. Su experiencia con las mujeres le decía que, aunque poseía la coquetería propia del sexo femenino, no la impresionaría con regalos vistosos y joyas costosas.

Tendría que ir por otros derroteros.

—Al parecer, el regalo de Jaime la ha conmovido —dijo pegando más su caballo al de ella.

—Me encantan los animales. Nunca debí irme de aquí.

—He podido comprobar que ignora bastantes cosas acerca del funcionamiento de un cortijo.

—Si lo dice por mi alusión al trabajo de Daniel, he de pedirle perdón —se disculpó ella enderezándose en su silla—. Pero comprenderá que no es muy común ese tipo de trato en las grandes propiedades. De cualquier modo, pienso aprender rápido, caballero. Este es mi sitio. Ahora que estoy en él no pienso irme.

—Fascinante, pero ¿se puede saber qué hacía usted sola, en medio de... su sitio, con un caballo agotado y siendo presa fácil para cualquier desalmado? —Elena detuvo su paso y él la imitó—. ¿Sabe que el Marqués anda por estas tierras?

—Me perdí —reconoció bruscamente—. Y sí, sé que el Marqués está cerca.

—Tiene usted una rara afición a perderse, pero el cansancio de su montura venía de más atrás. Era como si... —Se rascó la barbilla con aire pensativo, pero cuando vio la mirada huidiza de Elena, rio abiertamente—. ¡No puedo creerlo! ¡Me está mintiendo!

—¡Usted me mintió antes, así que no tiene derecho a ofenderse!

—¿Yo?

Esta vez la sorpresa de Diego fue mayúscula. Con un gruñido de disconformidad, Elena espoleó su caballo para que reiniciara el trote.

—¿Puede decirme qué especie de locura le llevó anoche a ver «con muchísimo interés» la posibilidad de un matrimonio conmigo, señor? —preguntó sin mirarle—. Hasta donde yo sé, las aspiraciones de un libertino no van más allá de una noche de juerga en la cama de alguna mujer.

—¿Está furiosa conmigo? ¿Celosa acaso? —El tono de su voz daba a entender su más absoluto asombro. Como ella se negó a contestar, Diego hizo que su caballo volviera a detenerse—. No tiene por qué, princesa. Si le preocupa con quién pude pasar la noche, le diré que ninguna mujer ocupó mi cama.

—Eso no es de mi incumbencia, señor.

—Yo no le he mentido, y nunca lo haré —continuó él—. Si usted desconocía todo acerca de mi persona y actuó movida por la ignorancia, le pido mil disculpas. Simplemente presupuse...

—¿Que le suplicaría que me llevase a la cama nada más verle? —le espetó ella acercando su rostro al de él con aire desafiante.

Diego se quedó prendado al instante de aquella ira producto del despecho; y de las chispas que lanzaban los ojos violetas, que no hacían otra cosa que tornarla aún más hermosa. Con un suspiro largo y hondo, asintió lentamente.

—Sí, así es —reconoció con voz profunda, preguntándose qué clase de malvado demonio se había apoderado de sus sesos para hacerle hablar de aquella forma—. Como ve, digo lo que pienso, y no me arrepiento de hacerlo.

—¡Es usted un...!

Incapaz de acabar la frase con un insulto adecuado, Elena tiró de las riendas totalmente indignada, pero Diego las mantuvo bien sujetas.

—No me diga que le soy indiferente, porque entonces volverá a mentir —afirmó con un autoritario susurro—. Anoche me hubiera interesado un matrimonio con usted, y hoy soy de la misma opinión.

—¿Por qué? —preguntó ella con descaro—. Tiene todo lo que puede desear en cuanto a lo material, y de mujeres mejor ni hablamos. ¿Por qué atarse de por vida a alguien que es una desconocida para usted? ¿Por qué hacerme daño con una infidelidad tras otra?

«Porque estaría dispuesto a perder mi alma por una sola noche contigo».

—Porque la nuestra sería una unión perfecta. —Acercando su boca a la de ella, volvió a rozar apenas sus labios en un beso tan delicado como el aleteo de una mariposa—. Porque tu deseo es tan fuerte como el mío, y porque si me aceptaras, estoy seguro de que jamás necesitaría engañarte con otra.

—Su reputación dice lo contrario —replicó Elena sin aliento.

—La tuya también. —Diego la obsequió con una sonrisa capaz de derretir al mismísimo diablo—. ¿Eres una señorita recatada y virtuosa? Entonces, ¿por qué llevas escotes de vértigo, usas pantalones sin recato y te bañas en el río?

Elena abrió la boca poco menos que escandalizada, dispuesta a abofetearle por su atrevimiento, pero reparó en su última frase y la curiosidad pudo más.

—¿Cómo sabe lo del baño?

—Por tu ropa, tu pelo y tu olor. —Diego le recogió un rizo tras la oreja con aire distraído—. Ya que he sido sincero contigo, ¿qué tal si tú lo eres conmigo?

—No le he dado permiso para que me tutee.

—Tampoco para que te bese o te acaricie, ¿verdad? Y has respondido a ambas cosas... Cómo lo diría... Desde luego, no como una dama recatada. ¿Me vas a decir de quién era el caballo que dejaste en los establos?

Después de unos angustiosos segundos, acorralada bajo la pertinaz mirada de los ojos negros, Elena asintió, incapaz de seguir resistiendo por más tiempo semejante acoso.

—Es del Marqués —confesó avergonzada—. Me encontró en el río y se llevó mi yegua blanca.

—Por eso estaba tan agotado... ¿Sabes que anoche dos prisioneros de la cuadrilla de Paquillo fueron liberados de la prisión de Málaga?

—No, yo no...

Con un brusco tirón de riendas, Diego la obligó a detenerse de nuevo e hizo que lo mirara. Esta vez su expresión risueña había sido sustituida por otra de seria advertencia.

—Él te encontró cuando huía de Málaga, por eso necesitaba cambiar de caballo —tomándola de los hombros, la zarandeó levemente—. ¿Podrías reconocerlo?

—Llevaba una máscara que le cubría casi toda la cara —respondió —. Pero él sí me conocía; me llamó por mi nombre. A decir verdad, me trató con bastante familiaridad.

—¿Te forzó? ¿Hizo algo que te hiciera sentir... incómoda?

«No, solo me besó hasta que casi perdí el sentido y yo le respondí con el mismo ardor».

—Lo intentó. —La leve sonrisa traviesa que flotó en sus labios pareció tranquilizarle—. Pero yo se lo impedí.

—¿Que hiciste qué?

—Me enfrenté a él. Le asesté un buen rodillazo en la entrepierna.

—¿Tan cerca estuviste de su persona? —preguntó Diego con el ceño fruncido.

«Tanto que aún tengo su sabor en mi boca».

—Lo suficiente —fue su escueta respuesta.

—¿Y eso le detuvo?

—No evitó que tomara prestada mi yegua, si se refiere a eso. Pero me la devolverá, estoy segura.

—Esto no es un juego, Elena. —Con ternura, rozó su mejilla con las yemas de los dedos—. Has tenido contacto directo con uno de los bandidos más famosos de la zona, ¿te das cuenta? ¡Tienes que denunciarlo!

—¡Ni hablar! —gritó ella con tanta vehemencia que se mordió la lengua acto seguido, consciente de su imprudencia—. Él... Bueno, no se comportó mal conmigo; fue galante y caballeroso. Simplemente tomó lo que necesitaba.

—Está en busca y captura.

—Libera hombres que se ven abocados a ser proscritos por necesidad.

—¿Puedes afirmar que eso es cierto con total seguridad?

Elena negó con la cabeza.

—Son los rumores que corren —reconoció, zafándose de las manos de Diego.

—Al parecer, y como a mí, su fama le precede. ¿Lo ves? No creas todo lo que oyes, princesa.

A lo lejos comenzaban a vislumbrarse los límites de La Dorada y ella se apresuró a despedirse de Diego.

Era una oportunidad de oro para dar esquinazo a aquella conversación tan incómoda acerca del Marqués.

—Gracias por acompañarme, pero debo irme —dijo—. Juan me estará buscando por todas partes. Me escapé bajando por un árbol. Hacía años que no me atrevía a hacer algo así.

La incredulidad consiguió que Diego riera de nuevo a mandíbula batiente, mientras ella fruncía el ceño.

—No me avergüenzo de ello— explicó—. Solo salí con la intención de darme un baño, pero luego...

Súbitamente, la boca masculina tapó la suya impidiendo que terminara la frase. Su brusquedad la sobrecogió, pero no la avergonzó.

Sí, debía rechazarlo y recuperar su dignidad femenina. Sí, debía incluso abofetearlo por su atrevimiento. Pero sus instintos la llevaron en otra dirección. La menos conveniente para ella.

Necesitaba dar rienda suelta a eso que la aguijoneaba cada vez que él estaba cerca, cada vez que lo intuía, que lo olía, que lo sentía.

Necesitaba hacer sus propios descubrimientos, libre de la arrolladora censura de la que muy probablemente sería objeto si no se encontraran solos.

Con la misma fogosidad abrió los labios invitándolo a entrar en su boca, mientras sus dedos se deslizaban por su cabello negro y la abrasadora lengua de Diego se apropiaba de sus débiles defensas, arrasándolas con su pasión arrolladora. Disfrutó con el tacto húmedo y suave de su lengua. Pronto entrelazó la suya y se entregó así a un dulce juego de voluntades mientras una pequeña punzada de placer nacía entre sus muslos y se extendía hasta los dedos de sus pies, pero cuando Diego deslizó una mano por la parte posterior de su cuello, pareció recobrar la cordura de golpe.

Instintivamente se apartó de él y observó de nuevo su cara, examinando minuciosamente sus rasgos sin perderse detalle, palmo a palmo, como si fuera la primera vez que lo veía.

—No, no te apartes aún...

El ronco susurro no hizo más que aumentar su desasosiego, porque percibió de pronto un peligro casi devastador que recorrió su espina dorsal.

—Dios mío... —balbuceó, alargando una mano para tocar sus propios labios, con los ojos muy abiertos por la incredulidad—. ¡No puedo creer que me haya prestado a este tipo de juegos con alguien como usted! ¡Qué vergüenza!

Él parpadeó sin comprender, cuando vio cómo el extraño temor de ella fue reemplazado por la fría determinación.

Diego llevaba el más absoluto suplicio grabado en sus facciones, pero ella acababa de tomar una decisión.

No podía seguir prestándose a ese tipo de juegos. Su honor como mujer estaba en juego. Su dignidad, también.

—He de irme —insistió.

—No lo creo. Vas a ser mía tarde o temprano, y lo sabes.

—Esa es una afirmación muy arrogante por su parte, ¿no cree? —Con una sonrisa perversa se alejó un poco más de él.

—Necesito estar contigo, ¿me oyes? —susurró Diego con voz apremiante muy cerca de su cara—. Necesito verte de nuevo.

—¿Para satisfacer qué tipo de necesidades exactamente? —Él no contestó, y ella contempló con perversa satisfacción la frustración pintada en sus ojos—. Lo que usted necesita es una buena cura de humildad.

Diego se tragó una maldición y sujetó su muñeca con autoridad.

Sus labios formaban ahora una fina línea de advertencia.

—Nunca le he suplicado a una mujer —masculló entre dientes—. En realidad no sé hacerlo, princesa.

—Pues ya va siendo hora de que aprenda.

—¡Ja! ¿Y quién va a enseñarme? ¿Tú?

—Mis labios, mi boca y el resto de mi persona no son tan fáciles de asaltar como usted cree, señor. Téngalo presente si decide volver a intentarlo.

Con la misma firmeza que él había empleado en mantenerla sujeta, liberó su mano y espoleó su caballo para alejarse al galope seguida por Leo.

Diego la vio irse, altanera y orgullosa, sin poder evitar que una mirada de admiración se escapase hacia aquel cuerpo que parecía mecerse dulcemente sobre la silla de montar. Descubrió que por primera vez en su vida comenzaba a ser vulnerable a los encantos de una mujer; tan pavorosamente consciente de ellos que le conducían al pánico más absoluto. Él había desplegado una pequeña parte del atractivo que solía encandilar a las mujeres, y ella le había respondido con el desdén majestuoso de una reina; aquella era la verdad desalentadora que tendría que reconocer para sí mismo.

Pero Diego de Casanueva no se rendía fácilmente. Lo que había sucedido era un simple contratiempo. La conquista requería otra clase de táctica, eso era todo; la muchacha se creía dueña del mundo entero, y lo había despachado con cajas destempladas después de ponerle la miel en los labios.

De pronto se descubrió siendo víctima de una maraña de sentimientos que no sabía que pudiera esconder en lo más recóndito de su alma.

No quería depender así de su deseo.

No necesitaba doblegar la voluntad de Elena para demostrarse a sí mismo su valía como hombre.

Pero, sobre todas las cosas, no pretendía hacerle daño.

Ella no necesitaba que un hombre como él irrumpiera en su apacible existencia como un huracán para desbaratarlo todo. Y sin

embargo, el reto estaba ahí, lanzado por ella y esperando a ser recogido.

A las puertas de La Dorada, Elena detuvo su galope y se volvió hacia él. Su trenza se había deshecho por el viento que comenzaba a soplar, y los rizos de azabache volaban libres en torno a su rostro acariciándolo con dulzura.

«Atrévase», parecía gritarle al aire de la sierra. «¡Vamos, señor! ¡No tenga miedo!». Y entonces, toda su honesta declaración de principios se fue con los últimos rayos de sol. Con un vigor renovado, la sonrisa de Diego se ensanchó y se tornó maquiavélica.

—Acepto el desafío, princesa —murmuró para sí mismo—. Ahora verás de lo que soy capaz.

***

La noche se presentaba fresca y desapacible debido al viento reinante, pero el cielo aparecía limpio de nubes y estrellado. La luna llena brillaba en el firmamento con todo su esplendor y proyectaba sus rayos plateados a través de los ventanucos del pajar, la construcción más alejada de la casa principal, y también la más libre de los animales y sus inmundicias, ofreciendo a los amantes la luz adecuada para saciar sus apetitos carnales sin temor a ser descubiertos.

Ambos yacían sobre una manta oscura y limpia, uno junto al otro pero sin tocarse apenas, relajados y satisfechos, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que la mujer rompió el silencio reinante con su voz suave y fresca.

—¿Seguirá llamándome a partir de ahora, señor? Desde que las dos señoritas están aquí, he visto que usted las mira...

Juan abandonó su aire ausente y clavó sus ojos en Gloria, la joven criada que hasta el momento le había servido para sus desahogos físicos cada vez que visitaba el cortijo. Sin decir nada, se incorporó y estudió ceñudo sus voluptuosas curvas y su bonito rostro.

—De momento solo eres una mujerzuela a la que monto cuando me apetece —respondió en un tono frío como el hielo—. Mis

aspiraciones son otras, así que confórmate con lo que tienes.

Aprovechando que Juan volvió a tumbarse junto a ella, comenzó a acariciarle el pecho, enredando sus dedos en el abundante vello que lo poblaba, y acercó la boca a su oído.

—Esta noche está usted muy lejos de aquí —le susurró con voz melosa—. ¿Teme acaso que le descubran conmigo? ¿O quizás la señorita Catalina le gusta más que yo?

—Soy el amo, ¿recuerdas? —Con un largo suspiro, dejó que la mano femenina siguiera jugueteando un rato más—. Además, nadie pensará que estoy aquí. Todos saben que me repugna la suciedad y el desorden, que realmente odio todo lo relativo al campo y al cortijo. Si vengo aquí es por obligación, nada más.

—Pero, ¿y la señorita Elena? Yo vi cómo la miraba cuando apareció en la casa al anochecer, con aquel aspecto de...

Con tanta rapidez que apenas le dio tiempo a respirar, Juan agarró su muñeca y la apretó, hasta arrancarle un pequeño grito de dolor.

—Cuidado —amenazó—. No te creas a mi altura por el solo hecho de que me revuelque contigo de vez en cuando. Di lo que quieras de Catalina, pero Elena es intocable y mía, no lo olvides.

Inmediatamente se dio cuenta de que lo que acababa de afirmar era la expresión en voz alta de su anhelo más oculto, pero que a fin de cuentas no pasaba de ser una solemne estupidez.

Al contrario de lo que había hecho creer a Elena, durante los últimos cinco años había fijado su residencia habitual en Ronda. Desde que había adquirido aquella casa se había dedicado a espiarla en la distancia, comprobando complacido que ningún pretendiente era tenido en cuenta por ella.

Su plan se había iniciado poco antes de que don Damián muriera en aquel duelo. Todo iba viento en popa. Tanto él como su cómplice habían acordado deshacerse de Elena; era quizá el último obstáculo para conseguir toda la fortuna de los Robles. En aquellos tiempos se veía como heredero universal, porque ¿cómo iba una mocosa, una insignificante mujer a fin de cuentas, a manejar una fortuna de tal calibre? Durante años se había esforzado por erigirse en el hijo legítimo que don Damián nunca tuvo, con resultados sobresalientes.

El viejo confiaba en él y en su gestión por completo, la servidumbre le respetaba y Elena lo adoraba. ¿Quién iba a pensar que Robles redactaría su testamento como lo hizo? Fue el primer revés, aunque bien mirado tenía sus ventajas; a Pablo el Bastardo ni se le mencionaba en aquella última voluntad, y ser tutor de Elena le convertía en heredero directo de sus bienes si la niña pasaba a mejor vida.

Pero Juan titubeó. A pesar de que su cómplice le exhortaba para que acabara con ella sin más miramientos, unos escrúpulos que él creía inexistentes frenaron la resolución de su plan.

—Si tú no eres capaz, lo haré yo —se había ofrecido su compinche.

—¡No! —Tiempo después se arrepintió muchas veces de aquella negativa—. Las cosas se harán de otra manera.

Entonces comenzó a pergeñar un nuevo plan adaptado a sus nuevas miras, más ambiciosas que las anteriores y más difíciles de conseguir. Surgió en él la imperiosa y pecaminosa necesidad de tener también a Elena además de su fortuna. Con una intensidad obsesiva, comenzó a desearla a todas horas. Angustiado, intentó librarse de aquel influjo nefasto; fiel a su doble moral, aparecía como el caballero más galante y honesto de toda Ronda, que se transformaba en la intimidad en un ser monstruoso que daba rienda suelta a sus deseos más bajos y mezquinos con cualquier furcia de poca monta.

Hasta que por fin se atrevió a llevarse a Elena con él a La Dorada. Que Catalina los acompañara había sido un pequeño contratiempo, y después de su traspiés de hacía un par de meses, contaba con la complicidad de Rosalía; su vida dependía de ello, el aya lo sabía. Sin embargo, no contaba con el cariño que Elena le profesaba al Bastardo después de tanto tiempo, ni con su proclamada independencia.

De lo segundo ya se había encargado justo antes de la cena, cuando la vio aparecer con el caballo sujeto de la brida y acompañada por un perro que comenzó a enseñar los dientes nada más verle, vestida para ser tumbada en el suelo del patio y montada como una yegua. Pese a la angustia sentida por no saber de su

paradero, se acercó a ella y la abrazó sin pronunciar palabra. Hasta él había llegado su aroma fresco que le inflamó los sentidos, pero ignoró la tentación y la apretó más contra él, sujetando su cabeza con la mano y agarrando un mechón de su cabello negro con firmeza.

—No vuelvas a hacer una cosa así —susurró, de modo que solo ella le oyera. Elena intentó apartarse, pero él la retuvo con más fiereza—. Si vuelves a desobedecerme, Rosalía pagará por ti, ¿está claro?

Inmóvil y probablemente aterrada ante la mera posibilidad de que su aya sufriera algún daño por su causa, Elena asintió en silencio. No le había recriminado su inusual vestimenta de ramera, ni le había preguntado dónde había estado, y ella tampoco perdió el tiempo con excusas poco creíbles; simplemente había huido a su alcoba con aquel perro gruñón.

—Yo sé qué es lo que le preocupa, señor —aventuró Gloria—. Es Pablo, ¿verdad? El bastardo.

Aquel era otro escollo a salvar para conseguir sus fines, pensó con un resoplido. Desde el principio, Pablo había sido un molesto jornalero que se dedicaba a soliviantar al personal del cortijo con ideas absurdas acerca de la libertad, pero había resultado inofensivo para el logro de sus fines. Un par de severos castigos dirigidos a su madre parecían haber bastado para disuadirle de propósitos tan inútiles; estaba dispuesto a meterle un tiro entre ceja y ceja la próxima vez que volviera a alborotar, pero los sentimientos de Elena hacia él le hicieron pensar en otro tipo de táctica. No podía matarlo, ni echarlo de las tierras con cualquier pretexto. A ojos de ella, él aparecería como el único culpable tanto de una cosa como de la otra, y quería conseguir la plena aceptación por su parte.

La necesitaba para no arder eternamente en los fuegos del infierno presa de horribles remordimientos.

Le urgía que Elena cambiara la percepción que tenía de aquel haragán. No podía arriesgarse a que ella lo viera como un posible coheredero de su fortuna.

Entonces volvió a mirar a su lado, y una aviesa idea pobló su mente.

La solución estaba sorprendentemente cerca de él.

—Sí, tienes razón. Pablo es una gran preocupación —dijo muy despacio, mientras acariciaba el cabello de Gloria con una escalofriante sonrisa asomando a sus labios—. Y tú me ayudarás a encargarme de él, ¿verdad?

La joven asintió.

—Haré lo que usted quiera, señor.

—Bien, así me gusta.

Con una mirada indescifrable en sus ojos oscuros, Juan se apoyó sobre su codo izquierdo. Sin previo aviso, su puño derecho se estrelló en la mandíbula de la criada. Sabiendo instintivamente lo que vendría a continuación, Gloria intentó escapar, pero Juan se lo impidió. La agarró de los tobillos y la arrastró hasta colocarla boca arriba para sentarse a horcajadas sobre sus piernas. Sus rasgos se transformaron en una máscara cruel e inhumana mientras golpeaba su cuerpo con saña, excitado por los intentos desesperados de defensa por parte de su víctima y animado por sus gritos.

Gloria se retorcía y chillaba bajo sus piernas; trataba de cubrirse el rostro con las manos, sin darse cuenta de que solo conseguía que la lluvia de golpes fuera aún mayor. Una oleada de furia incontenible dominó la voluntad de su verdugo, y en un momento determinado dejó de luchar y se abandonó a su suerte, pero ni aun así menguó aquella improvisada tortura.

No supo cuánto tiempo estuvo abofeteando su rostro. Solo cuando los gritos y súplicas se convirtieron en murmullos y sollozos apenas audibles, Juan cesó en su apaleamiento salvaje; para entonces, su torso estaba cubierto de sudor y su respiración agitada denotaba el esfuerzo realizado. Parpadeó con fuerza un par de veces para convencerse a sí mismo de que no era Elena quien yacía junto a él y la justa destinataria de su ira, sino el cuerpo de una simple criada que había recibido los golpes que hubiera deseado propinar a su pupila.

Miró sus puños manchados de sangre; luego examinó satisfecho el resultado de su obra.

La bonita y pequeña boca de Gloria estaba llena de sangre. En cuanto a sus ojos y sus pómulos, no habían corrido mejor suerte, y

el resto de su cuerpo yacía prácticamente inmóvil sobre la manta que momentos antes les había servido de nido de amor.

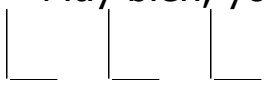
—Tardarás en recuperarte, pero saldrás de esta —le auguró con tranquilidad, desechando todo atisbo de remordimientos.

Gloria intentó hablar, pero tan solo un lamento ahogado salió de sus labios hinchados y destrozados; Juan se inclinó, acercando la boca a su oído.

—Vamos, no te quejes, mujer, que no ha sido para tanto —le dijo —. Aunque no quedarás tan bonita, eso es innegable. ¿No decías que querías ayudarme?

Con el terror más absoluto reflejado en sus ojos, Gloria hizo un leve asentimiento de cabeza, y Juan volvió a sonreír.

—Muy bien, yo te diré lo que vas a hacer a partir de ahora...



Durante un par de minutos estuvo susurrándole su macabro plan al oído. Cuando por fin terminó, volvió a contemplar la sangre seca de sus puños.

Sintió que una oleada de náuseas le subían a la garganta; sin mirarla, le arrojó su uniforme de criada y él se vistió atropelladamente, abandonando el lugar a toda prisa, como si necesitara lavarse para así borrar todo rastro de su vileza.

Bruscamente puesta en el lugar que le correspondía gracias a la brutalidad de su amo, Gloria lo vio desaparecer. Lágrimas de impotencia y desolación inundaron sus ojos, superando el dolor insoportable en su cuerpo y en su orgullo mientras, humillada y mortificada hasta más allá de todo límite, intentaba cubrir su desnudez con la mayor dignidad posible para cumplir las órdenes del señor.

De aquel ser sin sentimientos ni corazón, cuyos ojos eran dos pozos oscuros llenos de crueldad y depravación.

Que Dios ayudara a la joven Elena, pensó con triste resignación.

Ella sería su próxima víctima.

# 7

La puerta de la alcoba se encontraba cerrada con llave; después de su escalofriante encuentro con Juan y su amenaza, era la mejor medida de seguridad que se le había ocurrido tomar. Leo dormitaba tranquilo junto a su cama, y las primeras luces del alba la sorprendieron encogida sobre ella, con todos los músculos agarrotados por las pesadillas que habían poblado su mente durante la noche y que le habían impedido tener un sueño sereno y reparador.

Pero ahora estaba totalmente despejada, analizando su propia situación con más objetividad. En medio del silencio reinante a aquellas horas de la mañana, reconoció el golpeteo constante que llegaba a sus oídos como los latidos desacompasados de su propio corazón.

Respiró hondo. Debía serenarse cuanto antes. Leo se había levantado y la miraba deseoso de que su nueva ama le prestara algo de atención, percibiendo a un tiempo su agitación.

—Ayer estuviste muy bien —lo elogió con voz dulce, acariciando su cabezota como recompensa.

El perro lamió su mano al mismo tiempo que a su mente acudieron las palabras de Juan: «Rosalía pagará...», había dicho. Sin preocuparse por su paradero durante la tarde. Ni siquiera se había percatado de que el caballo que llevaba no pertenecía a sus establos. Solo le importó su desobediencia. En consecuencia se había comportado con ella con un desconcertante sentimiento de posesión obsesiva.

Eso era lo que más le había asustado.

—Maldito... —farfulló con los dientes apretados—. ¡Maldito seas, Juan Lomana!

¿Qué clase de terrateniente, cuya residencia habitual era su propio cortijo, no era capaz de reconocer un caballo como extraño?

Recordó el celo de Diego de Casanueva cepillando y limpiando la piel de su semental, el trato de respeto que toda la servidumbre le dispensaba y que nacía de la admiración más profunda, y la diferencia entre ambos resultó abrumadora.

Su mirada se dirigió a Leo, que emitía tenues quejidos lastimeros mientras golpeaba la puerta con sus patas delanteras.

Ni siquiera le había preguntado por el perro, aunque estaba claro que sí se había percatado de su presencia; el animal le había gruñido ferozmente en cuanto él le puso una mano encima. Aunque Elena tuvo que sujetarlo, no dejó de enseñarle los dientes en una clara advertencia.

Suspiró con un imperceptible sentimiento de desconcierto. Sentía que las respuestas a sus preguntas intentaban abrirse camino a través de su enmarañado cerebro, que estaban allí, tan cerca de ella que solo tenía que alargar una mano y tomarlas, pero el penetrante olor a chocolate recién hecho le golpeó en la nariz como una señal que le indicó hacia quién debía dirigirse.

Con una sonrisa, se puso una bata sobre su recatado camisón blanco y corrió escaleras abajo rumbo a las cocinas con Leo pisándole los talones, donde, como esperaba, se encontró con Rosalía, preparando con esmero una bandeja con su desayuno para llevárselo a la cama.

—Mmm... Chocolate con picatostes.

Rosalía se volvió al oírla, pero casi cayó al suelo cuando Leo se coló entre sus piernas. Después de soltar una imprecación que hizo que el pobre animal se alejara con las orejas gachas y el rabo entre las patas, se acercó a la mesa donde ella ya se había sentado y la acompañó.

—Espero que no hayas pasado muy mala noche —le dijo a modo de saludo, con una fugaz sonrisa de bienvenida en su rostro arrugado—. Después de no haber probado bocado desde ayer al mediodía, pensé que debías de estar famélica, muchacha.

Elena asintió por toda contestación, pues su boca ya estaba llena de picatostes.

—¿Te das cuenta de cómo has bajado a la cocina? —la recriminó el aya—. No deberías tentar más a la suerte después de lo de ayer,

criatura. Si el señor Juan llegara y te viera así...

—Solo es una bata y un camisón, no me regañes más, por favor. Antes tomaba así mi desayuno contigo, ¿recuerdas?

—Antes eras una niña —la reprendió. Después echó una fugaz mirada a Leo, que permanecía prudentemente alejado de ella—. ¿De dónde has sacado a ese chucho? Por su fidelidad hacia ti, diría que es tuyo desde hace tiempo, pero está claro que no pertenece a La Dorada. A tu padre, que Dios lo tenga en Su Gloria, no le atraía la caza; aquí no hay perros de ese tipo.

Elena dejó de engullir su chocolate al momento. Si alguien como Rosalía tenía un control tan exhaustivo sobre personas y animales del cortijo, ¿por qué Juan lo ignoraba?

Apartó su desayuno, se acercó a la gitana y tomó su vieja mano entre las de ella.

—No conozco a nadie del servicio —comenzó—. ¿Puede ser que tenga mala memoria?

—El señor Juan los despidió a todos y contrató personal nuevo cuando tú te fuiste a Ronda.

—¿Puedo confiar en ti?— preguntó en un susurro.

—Sabes que sí.

Elena le relató todo lo acaecido el día anterior, ocultando deliberadamente el episodio del Marqués. De lo demás, no escatimó en detalles, incluyendo los galanteos de Diego de Casanueva y su beso prácticamente a las puertas de La Dorada.

Cuando terminó, Rosalía se mantuvo en silencio, estudiando con atención las mejillas arreboladas, el cabello revuelto y los ojos brillantes de Elena. Supo entonces que su niña ya no era tal, y que necesitaba el consejo de una mujer con desesperación. Aunque no estaba segura de que el suyo fuera el más acertado, acarició brevemente su mejilla con sonrisa trémula, como si los años a sus espaldas le hicieran comprender todo lo que le rondaba por la cabeza, y contuvo un grito de euforia al pensar que, gracias a Dios, encontraba el valor suficiente en su interior como para desoír las advertencias del señor Juan y guiarla por el camino contrario al que él pretendía, aunque para ello tuviera que arriesgar su propia vida.

Si tenía que desafiar las conveniencias sociales que habían constituido la columna vertebral del aprendizaje de Elena en todos aquellos años, lo haría.

Su niña lo entendería; su carácter era indómito, apegado a aquellas tierras, como el de su padre, y la sonrisa de Rosalía se acentuó. Luego, se preparó para formular la pregunta:

—¿Aún eres virgen?

Si no hubiera estado sentada, Elena se habría caído de espaldas.

—¡Por Dios, aya! ¿Qué clase de pregunta es ésa?

Con un resoplido de resignación, Rosalía se levantó y comenzó a recoger los enseres de la mesa.

—Por tu actitud veo que es así —sentenció, sin darle más importancia al asunto—. Ese señor de Casanueva, ¿te gusta?

«Más que eso. Perdería mi cabeza por él si no pensara antes de actuar».

En medio de su total desconcierto, Elena intentó aparentar serenidad.

—Sí —admitió, aún avergonzada.

—Entonces, debes deshacerte de tu virginidad cuanto antes.

—Pero él... Bueno, tiene una fama terrible con las mujeres y...

—Nadie está hablando de matrimonio, ni de actitudes respetables. Tú no necesitas ninguna de las dos cosas. —Rosalía tomó asiento de nuevo junto a ella, y su voz se tornó más íntima—. Tu ignorancia acerca de lo que rodea el acto sexual y el deseo carnal coincide con tu iniciación en el mundo de la sensualidad. Puede que la mezcla resulte atractiva para ese hombre. Tu cuerpo está despertando a nuevas sensaciones, mi vida. Cuando decidas abrirte por completo a ellas, serás consciente del inmenso poder que ello te dará.

—¿Estás insinuando que yo...? ¿Que Diego...?

—¿Le llamas por su nombre?

Con un suspiro de contrariedad, Elena sacudió la cabeza.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —dijo—. Si mi tía Elvira estuviera aquí...

—Te protegería de ese Diego de Casanueva y te mantendría en tu bendita ignorancia, como toda dama que se precie de serlo, ¿verdad? Él es un hombre con una vasta experiencia en mujeres.

—Eso dicen, sí.

Con una enigmática expresión en su rostro Rosalía se acercó más a ella.

—Pero el peligro no te asusta. Por lo que me cuentas, no has sucumbido a sus encantos a las primeras de cambio, como parece ser la costumbre de toda hembra que se le acerca... Y ahí tienes tu solución, cariño —le susurró—. Los hombres quieren con más fuerza lo que no pueden conseguir. Está en su naturaleza.

¡Eso era lo que había visto en él cuando, contra todo pronóstico, lo rechazó!

Olvidada ya toda vergüenza, Elena se tomó su tiempo en absorber como una esponja las enseñanzas de Rosalía, sabiendo que había mucho de verdad en sus palabras, y que con ellas comenzaba a descubrirle un mundo nuevo de sensaciones y sentimientos hasta el momento desconocidos y vetados por la estricta educación que había recibido.

—¿Y si después de todo decido perder mi... virginidad, sea con el señor de Casanueva o con cualquier otro, y quedo encinta? —preguntó con alarma—. Si eso sucede y Juan se entera, nos mataría a las dos sin contemplaciones, aya.

Sin pronunciar palabra, Rosalía desapareció tras la puerta de la despensa. Al rato, volvió con un frasco de cristal en sus manos.

—Esto es artemisa. —Prácticamente se lo ocultó entre los pliegues de la bata—. Florece en verano, y procede del pequeño huerto de la parte de atrás, donde cultivo varias hierbas medicinales. Esta es del año pasado, pero te servirá. Una infusión cada mañana y no tendrás que preocuparte de embarazos no deseados. Estás en la flor de la vida, niña; aprovecha tus ventajas y el interés que suscitas en los hombres.

Prácticamente la estaba empujando a los brazos de Diego, a pesar de lo que le había confesado acerca de su reputación y de que no sabía nada de lo sucedido con el Marqués. Como si lo único que su aya quisiese fuera alejarla de algún peligro mucho peor que acabar en la cama de un libertino después de haber pisoteado su reputación de señorita virtuosa.

—Pero, ¿y si me hace daño? —preguntó, aún con recelo.

—No te voy a engañar, chiquilla. La primera vez nunca es agradable. Pero después vendrán otras, y créeme, será totalmente distinto.

—No me refería a esa clase de dolor. ¿Y si me engaña? No lo conoces, pero hablas de él como si...

—Los hombres son hombres, ahora y siempre —concluyó Rosalía encogiéndose de hombros—. Tu cabeza siempre ha estado muy en su sitio. Úsala en combinación con el resto de tu cuerpo, y te aseguro que ni el peor de los mujeriegos se te resistirá. Eres tan hermosa como una mañana de primavera. Si consigues el corazón de un hombre así, será tuyo para siempre junto con su fidelidad incondicional, hazme caso.

Con gesto pensativo, Elena guardó silencio unos instantes. Luego clavó sus inocentes ojos violetas en el gesto seguro de Rosalía.

—Aunque me desconcierta lo que me estás diciendo, sé que no tengo nada que temer al seguir tus consejos —aseguró, apretando su mano con cariño—. Tu amor hacia mí es sincero, y tus intenciones, aunque las desconozco, sé que son las mejores.

—¿Y a quién va dirigido ese temor que veo en tus ojos?

Nada más formular la pregunta, ambas mujeres cruzaron una mirada de entendimiento. Sin mediar palabra, Rosalía se dirigió hacia la puerta de la cocina y la cerró con llave.

—A estas horas el servicio apenas comienza a levantarse. Aún soy el ama de esta cocina —explicó—. Puedes hablar tranquila, pero has de ser breve.

—Sí, ya lo sé. Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre. Debemos ir a Ronda a oír la misa de don Fabián.

—La cocinera vendrá de un momento a otro para preparar los desayunos de la señorita Catalina y el señor Juan.

Elena asintió. Incapaz de mantenerse sentada, comenzó a pasear por la cocina retorciéndose las manos.

—Juan no vive aquí, ¿verdad?— preguntó al fin.

—No. Viene un par de veces al mes, o incluso menos. El resto del tiempo está en su casa de Ronda.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene esa casa?

—No recuerdo muy bien, pero hará unos cinco o seis años.

Le había mentido, no solo a ella, sino también a su tía Elvira y a Lina; Elena apretó los párpados con fuerza para evitar que las lágrimas de rabia e impotencia corrieran por sus mejillas.

Juan vivía habitualmente en Ronda desde hacía años. Ni una sola vez había ido a visitarla. Y repentinamente se presentaba allí en calidad de acompañante a la fiesta del Gobernador, hablaba de su reciente adquisición inmobiliaria y se mostraba interesado en que ella regresara a La Dorada.

¿Por qué razón?

A pesar de que una inquietante sensación se alojaba en su pecho y lo oprimía sin compasión, la caja de Pandora ya estaba abierta; ahora sentía la necesidad de saber más, fuera lo que fuese aquello que su aya hubiera de confesarle.

—Entonces, los asuntos del cortijo...

—Esas cosas las lleva en el despacho —respondió Rosalía a sabiendas de que contestando a sus preguntas desobedecía deliberadamente las órdenes del señor—. La casa es asunto mío, y el resto del capataz. A él le repugnan los animales y los habitáculos apartados de la casa, ya sabes: graneros, pajares... En cuanto al resto, no demuestra otro interés que no sea monetario.

Elena permaneció cabizbaja. Intentaba asimilar la información ofrecida por Rosalía y sacar sus propias conclusiones, pero cuando alzó la cabeza, la vieja gitana sonrió.

No se había equivocado con ella, pensó. A Juan Lomana le iba a ser muy difícil vencer aquella obstinada determinación. Aquella muchacha de aspecto inocente y puro pelearía por lo suyo con uñas y dientes, y pobre del que se interpusiera en su camino.

—Quiero estar al corriente de todo lo que sale y entra del cortijo —exigió—. ¿Dónde crees que puede tener los libros de cuentas?

—Supongo que en el despacho de tu padre. Lo usa cuando viene por aquí.

—También necesito visitar las fábricas cuanto antes. ¿Piensas que me lo permitirá?

El aya meneó enérgicamente la cabeza.

—Ni una cosa ni la otra —aseguró—. Hacerlo significaría perder autoridad ante los operarios y jornaleros; y poner a tu disposición

todas las cuentas...

—Quien nada ha hecho, nada ha de temer.

Rosalía arqueó una ceja dubitativa, pero al final se decidió. En pocos minutos, puso a Elena al corriente de todas las tropelías cometidas por Juan desde que ella abandonó La Dorada, comenzando por los salarios ridículos y terminando por las vejaciones impuestas a las campesinas o los castigos inhumanos infligidos a cualquiera que cuestionara mínimamente su autoridad.

Cuando terminó, Elena tuvo que volver a sentarse. La sangre había abandonado su rostro y la sensación opresiva en el pecho apenas le permitía respirar. Empezaba a comprender por qué alguien como Pablo Guerrero le había hecho frente, y por qué el resto de los jornaleros lo secundaban. Juan había acabado con las revueltas a sangre y fuego, pero aquella situación no duraría eternamente.

Con los ojos ardientes de furia, Elena dio un golpe seco sobre la mesa.

—Si piensa que puede hacer lo que le venga en gana, está muy equivocado —dijo. Con firmeza, se puso en pie dispuesta a ir en su busca, pero Rosalía se lo impidió.

—¡Espera, chiquilla! ¿Qué vas a hacer? ¿Meterte en la boca del lobo?

—¡Voy en su busca! ¿Qué pretende con esa conducta? ¿Piensa dejarme sin una peseta y buscar un pretendiente rico al que no pueda ofrecer ni una dote respetable? ¿Quiere venderme como una vulgar mercancía?

Rosalía apretó los labios. Su deber era calmarla, no echar más leña al fuego y provocar una desgracia con su conducta impulsiva.

—No lo sé, mi vida —mintió—. ¡Pero así no conseguirás averiguarlo!

—¿Y qué propones que haga?

Satisfecha por haber desviado momentáneamente su atención, Rosalía la llevó de nuevo a la mesa e hizo que volviera a sentarse.

—No puedes enfrentarte a él, y menos después de lo sucedido ayer, ¿no te das cuenta? Ahora desconfía de ti. Tendrías todas las de perder —le dijo—. Debes actuar con templanza y sumisión, como si

no sucediera nada, hasta que te ganes su confianza. Entonces llegará el momento.

—¿Y las fábricas?

—Vivimos en un mundo de hombres. No puedes ir tú sola porque no te tomarán en serio.

—Pero él no me permitirá ir, y tampoco me acompañará.

—En ese caso tendrás que buscarte una compañía masculina. Alguien cuyo nombre signifique algo más que el de Juan Lomana. Con un hombre a tu lado tendrán en cuenta tus peticiones. —Súbitamente, estampó un beso en su mejilla, tratando de mitigar su incertidumbre con una confiada sonrisa—. Ahora, ¿qué te parece si te ayudo a prepararte para el viaje? Si no, llegarás tarde a la misa por tu padre.

—No seré capaz de disimular y aparentar ignorancia. ¿Cómo podré ir en la calesa con él?

—Si tienes agallas para enfrentarlo, podrás aparentar toda la tranquilidad que sea necesaria. Además, no estarás sola en esto. Yo estoy contigo, y a buen seguro que tu prima también.

Como respuesta, recibió un efusivo abrazo que le dejó el corazón henchido de amor por aquella muchacha valiente y decidida.

***

La iglesia se hallaba abarrotada de gente, como cada domingo. Don Fabián comenzó su letanía y los hombres y mujeres de alto rango y noble cuna formaron una fila para comulgar, junto con las autoridades civiles y militares de la ciudad. Tras ellos, perfectamente diferenciados, los pertenecientes a la burguesía y el pueblo llano. A medida que tomaban la comunión volvían a sus asientos, los hombres a un lado y las mujeres, con sus cabezas cubiertas por vistosas mantillas, al otro; los más pudientes delante y los más humildes en los rincones más apartados.

El capitán de la Guardia Civil, Álvaro Salcedo, comprendió de inmediato que aquel día no iba a ser el mejor para comenzar con su trabajo, aunque quizá el cura fuera la primera persona a la que interrogaría en cuanto se le presentara la ocasión.

La cárcel de Ronda se hallaba vacía, prueba irrefutable de la inoperancia de las autoridades, y la iglesia llena de feligreses potencialmente sospechosos. Mientras tanto, la sierra se poblaba de bandoleros que se dedicaban a asaltar los caminos en busca de recursos para escapar de la miseria que reinaba entre las clases más bajas. El capitán reconocía la necesidad de muchos de ellos, pero no aprobaba sus métodos, y mucho menos comulgaba con la fama macabra de vulgares asesinos como Paquillo o el Mulero. Aunque este último había dejado de actuar hacía ya tantos años que nadie lo reconocería si lo viera, e incluso podría recibir el indulto real ante la imposibilidad de su captura y su avanzada edad.

Aquellas tierras agrestes estaban infestadas de gitanos itinerantes y proscritos que aterrorizaban a sus habitantes; y estos defendían al Marqués a capa y espada. Pero sus simpatías se acabarían pronto, pensó el capitán.

Aquel desconocido le reportaría el tan ansiado ascenso cuando consiguiera llevarlo al garrote. Si algo le caracterizaba era su infinita paciencia, como el cazador que espera el mejor momento, aquel en el que la presa comete un error, para saltar sobre ella. De esa paciencia hizo gala aquella mañana, cuando hubo de esperar a que terminara la misa para abordar al cura.

Este se hallaba en compañía de dos hermosas muchachas cuando se acercó a él, junto con una mujer madura de rasgos sobrios y un hombre de mediana edad, de aspecto tan distinguido como siniestro.

—Buenos días nos dé Dios, señores —saludó cortésmente—. Una ceremonia preciosa, padre.

—Buenos días, hijo —respondió el párroco, extendiendo su mano para que Salcedo la besara—. Agradezco el cumplido, aunque mis homilías se parecen bastante entre ellas. Dada su ignorancia, deduzco que es usted nuevo en la ciudad.

—Así es. Soy el capitán Álvaro Salcedo, destinado aquí por el Gobierno Civil y encargado de capturar al bandolero Paquillo y al famoso Marqués, así como a todos sus secuaces. Y ustedes son...

Don Fabián hizo rápidamente las presentaciones de rigor con aparente indiferencia, recordándose a sí mismo que debía mantener la calma y no alarmarse.

—He oído hablar de usted y de sus proezas en Sevilla —comentó.

—Yo sin embargo no conozco a nadie aquí, padre.

—Necesitará saber entre qué personajes se mueve para realizar bien su trabajo, claro está.

—Por eso decidí comenzar por el párroco de esta iglesia.

Con una fugaz sonrisa de entendimiento, don Fabián despidió a Elena, Juan, Catalina y la señora Elvira.

—Ahora estoy a su disposición —dijo guiándole hacia la sacristía —. Al parecer, su nombramiento ha sido muy repentino.

—Se aceleraron los trámites, eso es todo.

—No habrá tenido tiempo de encontrar un alojamiento adecuado.

—Me alojo en la Posada de las Candelas desde ayer.

—Que casualmente se encuentra a dos pasos de mi parroquia —concluyó el cura—. Pero siéntese, por favor. No quiero que me tache de mal educado.

—Soy creyente y practicante. Decidí acudir a esta iglesia por proximidad con mi alojamiento, como usted ha apuntado. Nunca dudaría de la excelente educación del clero.

Sorprendido por su locuacidad, don Fabián estudió sus rasgos con detenimiento. Todo en él rezumaba determinación: los ojos almendrados, el rostro enjuto y hasta el poblado bigote castaño. Su tenacidad sería la peor amenaza para el Marqués, pensó el párroco con desaliento.

—Y bien —dijo entrelazando sus manos sobre la superficie de la mesa—. ¿En qué puedo ayudarle?

—He recibido cierta información acerca del último golpe del Marqués. Después de preguntarme por dónde empezar para confirmarla, decidí que un párroco conoce a sus feligreses mejor que un alcalde o un gobernador, ¿no le parece?

—Se olvida de las tabernas y los prostíbulos, aunque no le falta a usted razón. Pero hoy es domingo, el día que nuestro Señor creó para descansar. ¿Va usted a contradecirle?

Bajo el bigote, Salcedo torció apenas la boca sorprendido ante el intento de esquivar su inminente interrogatorio. Clavó sus ojos escrutadores en el semblante pétreo de don Fabián e intuyó que, si

era conocedor de algún secreto, no sería fácil sonsacárselo. Aquel cura era perro viejo.

—Solo quiero saber si puedo contar con su colaboración —dijo—. Tengo razones para pensar que el Marqués es un hombre de la tierra, de buena cuna tal vez...

—Cuenta usted conmigo —le interrumpió don Fabián—. Siempre y cuando no tenga que violar determinados secretos, por supuesto. Le hablaré de todos los dimes y diretes de esta comarca si ese es su deseo, pero nada de lo que mis feligreses me cuenten en el confesionario.

—Sé en qué consiste el secreto de confesión, padre. No es necesaria su explicación. —Sus palabras sonaron demasiado bruscas cuando Salcedo se levantó del asiento y se inclinó hacia delante—. Pero comprenda que solo cumplo con mi deber.

—Todos tenemos un deber que cumplir en esta vida, capitán.

—Por lo tanto, deduzco que si yo le hiciera una pregunta, fiel a su deber, usted tendría que responderme la verdad.

Don Fabián apretó los dientes.

—Así es —reconoció, y una sonrisa de victoria apareció en la boca del capitán.

—Entonces, dígame: ¿conoce usted la identidad del Marqués?

—Dudo que nadie conozca su verdadera identidad. Corren malos tiempos. La gente está más preocupada por otro tipo de cuestiones.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Su perseverancia es envidiable, sin lugar a dudas. Pero no me corresponde a mí desvelar la identidad del Marqués.

—¿Eso quiere decir que conoce al asesino? —insistió.

—El Marqués no es un asesino.

—Quizá no, pero la vehemencia con la que lo ha defendido de semejante acusación me da qué pensar, créame.

—¿Me está diciendo que soy sospechoso yo también?

—Lamentablemente, su edad supera con creces la que debe tener el Marqués. Eso le deja fuera de toda sospecha. —Salcedo entrecerró los ojos. Muy a su pesar, admiraba la forma en la que el cura rehuía las respuestas directas.

—Si busca estudiar la personalidad de ese hombre, se ha equivocado de persona, capitán. —Don Fabián se alejó de él conteniendo su creciente enfado para desprenderse de su ropa de liturgia—. Y si busca notoriedad, también.

—No soy yo quien necesita de fama, sino él. Por eso la gente le apoya, ¿verdad?

El párroco se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—Va a necesitar algo más que conjeturas si quiere atraparlo. En todo caso, puede que tenga razón —admitió. Con gesto amigable apoyó una mano en su hombro para guiarlo fuera de la sacristía—. Pero, ¿no se ha parado a pensar que quizá su popularidad se deba a su buen corazón? ¿Que sea un hombre cuya conciencia le impida quedarse de brazos cruzados ante las injusticias cometidas por muchos de los terratenientes de esta comarca?

Ya habían llegado al exterior de la iglesia, pero el capitán decidió continuar hostigando al cura.

—¿Y su conciencia, padre? ¿Cómo se encuentra después de defender a semejante bárbaro?

—Le aconsejo que no emita juicios de valor por anticipado. No sé quién le ha hablado del Marqués, pero evidentemente está mal informado al respecto. —Con un suspiro indulgente, don Fabián sonrió—. Cuando lleve aquí un tiempo, comprobará por sí mismo lo equivocado que está.

—Usted en cambio parece demasiado seguro de sus afirmaciones.

—¿Desconfía de mis palabras? Me parece usted una persona disciplinada y de arraigados principios como para recelar así de un hombre de Dios.

Por el rabillo del ojo, el capitán apreció que un guardia se acercaba a ellos a grandes zancadas. Después de besar la mano de don Fabián, lo saludó.

—Señor —dijo con expresión apremiante—. Tiene que venir conmigo enseguida.

—¿Qué es tan grave que no pueda esperar a que termine mi conversación con el padre?

—Salvador Ortiz, antiguo herrero del cortijo La Dorada. Acaba de interponer una denuncia; al parecer han apaleado y violado a su hija

Gloria, anoche, en el mismo cortijo.

—No me extraña que los bandoleros campen a sus anchas por estas tierras —farfulló Salcedo con exasperación—. ¿Es que ni siquiera saben ustedes cursar ese trámite?

Con una mirada furtiva a don Fabián, que permanecía en un prudente silencio, el guardia carraspeó incómodo.

—No es eso, señor —aclaró—. La denuncia está cursada.

—Pues que sea el sargento quien se encargue. Yo estoy ocupado.

El joven permaneció inmóvil, con el tricornio estrujado entre las manos.

—Al parecer, la muchacha ha identificado a su agresor con nombre y apellidos, incluso por su apodo, señor. Ha asegurado que fue el Marqués.

Salcedo y don Fabián se miraron entonces. La tranquila seguridad que había presidido los actos del cura hasta el momento le abandonó, y en sus marcadas facciones se instaló por unos segundos la angustia y el desconcierto más absolutos.

—No... No puede ser —balbuceó—. El Marqués nunca haría una cosa así.

—El padre de la muchacha asegura lo contrario —afirmó el capitán, con las cejas alzadas en señal de victoria—. Vaya, don Fabián, finalmente sí tendré que trabajar en domingo, pero no se apure. Esta conversación aún no ha terminado.

Con el corazón encogido y el ánimo trastornado, el párroco los vio alejarse con buen paso, mientras rezaba una plegaria ferviente y silenciosa por el Marqués. Le sabía capaz de muchas cosas llegado el caso, pero jamás de forzar y maltratar a una mujer. Apasionado admirador del sexo débil, el Marqués gozaba de sus favores siempre que lo deseaba o necesitaba. Su alta escala de valores le impedía cometer con ellas semejantes atropellos.

Así pues, solo quedaban dos opciones.

O bien la muchacha mentía atemorizada por el verdadero culpable, o bien, y eso era lo más preocupante, alguien se estaba haciendo pasar por el Marqués con unas intenciones tan ocultas como mezquinas.

# 8

—Vamos, mi niña. Ya te pedí perdón cuando salimos de la iglesia. ¿Tan orgullosa eres que no me lo concederás?

Aquellas habían sido las palabras que lograron ablandar el corazón de Elena, seguidas de una escueta explicación por parte de Juan acerca de las razones que lo llevaron a amenazar a Rosalía si su conducta imprudente volvía a repetirse. No era que ella no comprendiera que se había comportado como una campesina libre de ataduras morales y egoísta; simplemente, su mutismo durante la misa y de camino al cortijo había sido tan empecinado que Juan se vio obligado a ceder para que el estado de las cosas volviera a ser óptimo.

Para corroborar sus intenciones aparentemente amistosas, les prometió a las jóvenes un paseo a caballo, solas, pero sin traspasar los límites de La Dorada, algo que pareció complacer finalmente a Elena.

Tan solo unos minutos fueron necesarios para que las dos camparan por sus dominios, acompañadas por el silencio espeso de la naturaleza que les rodeaba. Con el único sonido de los latidos de su corazón martilleándole en los oídos, Catalina seguía a duras penas a su prima que, en aquellos momentos, ascendía pendiente arriba hasta detenerse en lo alto de un barranco.

Elena se llenó los pulmones de aire puro. Con un gesto de la mano, abarcó todo lo que la vista alcanzaba a ver mientras Catalina apenas se atrevía a calcular la profundidad de semejante abismo y palidecía por falta de resuello.

—Mira todo esto, Lina —murmuró con admiración—. ¿No es hermoso?

Por primera vez aquella tarde, Catalina se tomó un respiro para hacer lo que su prima le decía.

La belleza abrumadora del paisaje le hizo olvidar sus propias miserias; el verde apagado de los arbustos que minaban el terreno pedregoso le transmitió una tranquilidad casi divina, pero la cantidad de pequeñas cuevas y recovecos que se alcanzaban a distinguir en las faldas de las numerosas colinas y el impenetrable monte le hizo concebir un nuevo temor.

—¿Y si Paquillo estuviera escondido por ahí? —inquirió con un estremecimiento involuntario—. Tenías que haber dejado que Leo nos acompañara. Así al menos estaríamos más seguras.

—¿Bandoleros aquí? Ay, Lina, tú y tu eterno pragmatismo.

—Entonces, por favor, no dejes que mi imaginación romántica se dispare y dime qué hacemos aquí.

Con increíble facilidad, Elena descendió de su caballo y señaló un punto en concreto tras ellas, en un pequeño montículo cubierto de ramas y arbustos.

—Esto se llamó siempre el «Barranco del ángel», pero nunca supe por qué. Ahí detrás —dijo caminando hacia donde señalaba— está el escondite que Pablo y yo utilizábamos de niños cuando no deseábamos ser encontrados.

—Envidio la libertad en la que creciste. Ojalá yo la hubiera tenido. Así al menos sería más diestra en el arte de montar.

—¿A que es precioso este lugar?

Elena la ayudó con el caballo y caminaron hacia allí con las bridas fuertemente sujetas.

De repente escucharon un ruido.

—Buenas tardes, señoritas.

Las dos jóvenes se volvieron sobresaltadas.

—Pablo... —dijo Elena con una sonrisa en la boca.

Todos los músculos de Catalina se paralizaron por efecto de lo que, en principio, parecía producto de su imaginación desbordante.

Si alguien podía llamarse hijo de Damián Robles, aquel era Pablo Guerrero.

Ni todos los paisajes más hermosos del mundo juntos hubieran conseguido que Catalina permaneciera frente a semejante cúmulo de belleza masculina, muda de asombro. Pese a los humildes ropajes que vestía, estos se ceñían tanto a su figura que mostraban más de

lo que ocultaban, haciéndole parecer a sus ojos un antiguo dios pagano, con sus casi dos metros de figura imponente y músculos desarrollados a base de duro trabajo. Su boca permanecía abierta, pero no se cerró ni siquiera cuando aquel hombretón guapo y bien formado besó su mano sin despegar sus ardientes ojos castaños de su semblante, que volvió a recuperar de repente el color perdido días atrás.

Elena se percató de la reacción de Lina con una secreta alegría. Había pensado que, después de todo, un alejamiento provisional de Ronda no serviría para alejarla de su amante, pero inesperadamente se encontraba presenciando el ensimismamiento total de dos personas que la habían excluido tácitamente de un flechazo mutuo.

Carraspeó, pero contuvo la risa a duras penas cuando consiguió que Pablo abandonara la mano de Catalina y le prestara atención. Era tan parecido a su padre que los ojos se le llenaron de lágrimas. Alto y gallardo, todos sus gestos destilaban fuerza y decisión. Su rostro, de distinguida nariz aguileña, boca generosa y cálidos ojos, mostraba una determinación innata. Portaba una escopeta que había dejado a un lado para saludarlas, y cuando Elena lo abrazó prescindiendo de formalidades, recordó las palabras amenazadoras de Juan hacia él, comprendiendo que tuviera que ir armado.

Pablo decidió corresponder al abrazo.

A partir de ahí, todo atisbo de tirantez desapareció. Supo con exactitud que Elena había regresado para quedarse, y nueve años de distancia se esfumaron llevados por el aire de la sierra. La camaradería se instaló entre los tres, y comenzaron a hablar de lo que habían sido sus vidas en ese tiempo en el que todos se habían convertido en adultos, hasta que Catalina se tapó la boca incapaz de creer lo que estaba escuchando.

Sin ningún tipo de recelo, suponiendo que, si aquella dama que olía tan bien y le tentaba con su presencia estaba allí era porque contaba con la confianza de la señorita Elena, Pablo comenzó el escalofriante relato de la permanente tiranía instaurada por Juan Lomana en La Dorada sin percatarse de la reacción de Catalina, que sacudía la cabeza levemente para ahuyentar el nudo que aprisionaba la boca de su estómago.

En cambio, Elena escuchaba en silencio, a medida que su propio espanto se hacía mayor; las palabras de Pablo coincidían hasta tal punto con las de Rosalía que parecían una réplica exacta.

Cuando terminó, el silencio se abrió paso entre los tres, roto de inmediato por Elena.

—Muerto no le servirás de nada a tu madre y al resto de los jornaleros.

—Sin ánimo de ofender, señorita, usted es menor de edad, y una mujer —objetó Pablo—. Además, el señor me ha amenazado muchas veces.

—Y en alguna ocasión cumplirá su amenaza.

Aún incapaz de articular palabra, Catalina se dejó ayudar por los fuertes brazos de Pablo y se acomodó en la silla.

—Es imposible que Juan sea capaz de semejantes atrocidades... —balbuceó en voz baja, como en estado de trance.

Pero la mirada de Pablo parecía tan limpia y franca que, muy a su pesar, dudó de sus propias afirmaciones.

—El tiempo dirá si está usted equivocada o lo estoy yo —le contestó, con su mano en la cintura de la dama un segundo más de lo necesario—. Si me lo permiten, regresaré con ustedes. Tal y como están las cosas, no quiero preocupar a mi madre innecesariamente.

Elena asintió. Y entonces los vio.

A lo lejos, un grupo de guardias civiles a caballo avanzaba hacia ellos, deteniéndose de vez en cuando para interrogar a los campesinos que aún trabajaban las tierras de La Dorada a aquellas horas de la tarde.

El capitán Salcedo lideraba aquella pequeña patrulla de cinco hombres.

—Vienen a por mí. —La afirmación que oyó tras ella le indicó que también Pablo los había visto—. Apostaría mi cabeza a que ha sido obra del señor Juan.

La reacción de Elena no se hizo esperar. Descendió nuevamente del caballo y, sin cruzar una sola palabra le ayudó a esconderse en la vieja cueva, cuya entrada camufló con hojas secas y ramas.

—Quédate aquí —le ordenó—. Si no vienen a por ti, yo misma te avisaré. Asegúrate de que la escopeta está cargada; quizá la

necesites.

—¿Y si me están buscando?

Con el corazón a punto de escaparse por su boca, Elena lanzó una muda pregunta a Catalina.

—Contáis con mi total discreción y mi ayuda en lo que sea menester —dijo.

—En ese caso no has de preocuparte, Pablo —afirmó Elena con entusiasmo—. Aquí no te encontrarán. En cuanto a lo demás, Lina y yo nos ocuparemos.

Sin mucha convicción, Pablo dejó que Elena cubriera la entrada; acto seguido, ella y Catalina tomaron el camino que las llevaba directamente al capitán Salcedo y el resto de guardias, que comenzaban a aventurarse por terreno desconocido.

—Van a encontrarlo —susurró Catalina entre dientes.

—Antes se toparán con nosotras. Tú sígueme la corriente. Los entretendremos.

Catalina iba a replicar, pero a medida que se acercaban comprobó estupefacta la metamorfosis de su prima. La asombrosa habilidad con la que exhibía una sonrisa tan casta que hubiera impresionado a la misma Virgen del Rocío.

—Buenas tardes, capitán —saludó fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Salcedo devolvió el saludo gentilmente.

—Una tarde maravillosa para tomar el aire, ¿no le parece? —preguntó Elena sin abandonar su actitud puritana e inocente—. ¿Ha venido a presentarnos sus respetos? Si es así, permítame guiarle hasta mi casa. Le diré a la cocinera que prepare un poco más de las alcachofas rellenas y el pavo asado con manzanas que teníamos para la cena.

—Lamentablemente estamos de servicio, señorita.

—¿De servicio en La Dorada? ¿Ha sucedido algo que yo deba saber, capitán?

—No es seguro que salgan a cabalgar sin un hombre con ustedes. El señor Lomana me ha dado su permiso para buscar a alguien sumamente peligroso dentro de los límites del cortijo.

—¿Y qué es lo que ha hecho esa persona? —preguntó Catalina.

—Anoche violaron y apalearon a una joven en el pajar de este cortijo, señorita. Al parecer, Gloria, la víctima, reconoció a su agresor, y esta mañana su padre denunció el hecho en el penal.

Elena y Lina cruzaron una mirada, realmente perplejas. La joven formaba parte de la nueva plantilla contratada por Juan y servía personalmente a Catalina.

—Es cierto —corroboró su prima—. Hoy Gloria no ha aparecido por la casa.

—¿Quién ha sido capaz de tal vileza? —preguntó Elena con una indignación sincera.

—Al parecer, la joven lo conoce por su nombre. Lomana me informó de que el jornalero trabaja aquí, pero no lo hemos encontrado en su casa ni tampoco en el campo. Hemos interrogado a los campesinos y...

—¡Por favor, capitán! Nos tiene usted en ascuas. Estamos hablando de un delito muy grave.

—No es el único, al parecer. Su nombre es Pablo Guerrero, y su apodo, el Marqués.

Elena aferró las riendas con fuerza para no caerse del caballo. Las manos comenzaron a sudarle y las piernas le temblaron por la impresión ante una mentira tan flagrante; la sangre abandonó su cara y buena parte de su cuerpo, pero aun así se mantuvo erguida en la silla de montar, sin revelar ninguna emoción aparte del consabido espanto por la noticia recibida.

—¿Alguna de ustedes sabría decirme dónde puedo encontrar a ese hombre? No conozco la zona, y mis hombres tampoco andan muy duchos, que digamos. Al parecer por aquí hay miles de escondites.

Catalina abrió la boca dispuesta a hablar, pero un levísimo movimiento de cabeza de Elena le hizo abandonar sus propósitos.

—Apenas recuerdo a ese tal Pablo —aseguró al fin—. En cuanto a que ese joven sea el Marqués...

—Quizá la muchacha mintió para salvar su vida, o sencillamente se equivocó. Pero, ¿acaso usted puede arrojar algo de luz acerca de la verdadera identidad de ese bandolero? —quiso saber el capitán.

Aunque aparentaba serenidad, su interior bullía como un volcán a punto de entrar en erupción. ¡Ojalá conociera al Marqués con tanta certeza como él parecía conocerla a ella! Pero lo único que podía aportar eran conjeturas, nada que le permitiera advertirle acerca del peligro que corría, pensó. No obstante, si de algo estaba segura era de que Pablo y el bandolero no eran la misma persona.

—Me temo que no puedo ayudarle en eso, capitán —contestó finalmente—. Mi prima y yo regresábamos de nuestro paseo, pero si así lo desea puedo mostrarle los alrededores de La Dorada. Si ese hombre trabajaba aquí, quizá les haya visto y haya huido.

Catalina abrió tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas, pero una vez más la callada determinación de su prima la forzó a serenarse.

—Si ustedes no se han encontrado con nadie, dudo que haya seguido esa dirección —aseguró el capitán—. Además, no sería muy adecuado que perdieran su precioso tiempo en cosas de hombres.

—Entonces, espléndido. —La apresurada respuesta de Elena le hizo entornar los ojos con suspicacia—. ¿Serían tan amables de acompañarnos hasta el cortijo? Después de lo que nos han contado, nos sentiríamos mucho más seguras, ¿verdad, Lina?

Catalina asintió sonriendo; todo el aplomo del que siempre había hecho gala volvió a ella de golpe.

—Es usted tan... imponente —le aduló—. Cualquier mujer se sentiría a salvo en su compañía, capitán.

Su sexto sentido le advirtió de que algo no andaba bien del todo. Un destello de complicidad encubierta en la mirada que las dos damas intercambiaron vino a confirmar sus sospechas, pero no pudo precisar qué era lo que le hacía desconfiar. Probablemente fuera cierto que ninguna de las dos se había topado con nadie en su paseo.

***

*El agua actuaba sobre todo su cuerpo como un bálsamo curativo, relajándola y desinhibiéndola para propiciar una conducta libre de trabas y prejuicios.*

*Contuvo la respiración con su cabeza sumergida en el cálido remanso y buceó por sus profundidades; cuando emergió de nuevo, se encontró con que las manos firmes y suaves de Diego la sujetaron por los hombros. Parpadeó confundida ante su presencia arrolladora, pero sonrió con descaro cuando comprobó que, como ella, él también estaba desnudo y medio cubierto por el agua.*

*—Aquí estoy, princesa —le susurró con su encantadora sonrisa—. Solo tienes que llamarme y acudiré.*

*Le robó un beso tan fugaz como intenso, aplastando sus senos contra su pecho firme. Ella se dejó llevar y cerró los ojos con total abandono. Una inexplicable alegría llenó su corazón y la envolvió, pero cuando Diego se separó y abrió los ojos de nuevo, ahogó un grito de perplejidad.*

*Un rostro desconocido, cubierto con un antifaz negro, había sustituido al del caballero.*

*—A tus órdenes, cariño —dijo entonces el Marqués—. Dispuesto a satisfacer hasta tu más ínfimo deseo.*

*Alargó una mano y la atrajo hacia él para acariciar su espalda lentamente con las yemas de sus dedos, pero Elena lo apartó. Horrorizada ante aquella doble atracción, confundida, se alejó de él hasta que su imagen se convirtió en una bruma oscura que el viento se llevó lejos...*

Con un grito sobresaltado, Elena se incorporó hasta quedar sentada sobre la superficie fría y dura bajo la manta, con la única compañía de Leo y la vacilante luz de un quinqué. Parpadeó confusa, paseando su soñolienta mirada alrededor, hasta que por fin comprendió dónde se hallaba y lo que había sucedido sin poder evitar un suspiro de alivio.

Un sueño que revelaba sus principales incertidumbres y miedos.

Después de dos horas de infructuosa búsqueda en el enorme pajar, en plena noche y rodeada de paja empacada por los cuatro costados, no había conseguido encontrar nada que exculpara a Pablo de las acusaciones que se le imputaban. Desolada y agotada tras haber soportado una cena más en compañía de Juan viéndose obligada a callar, el cielo pareció abrirse sobre su cabeza cuando su

tutor pasó a alabar la labor del capitán Salcedo, tanto en su búsqueda como en su actitud cortés al acompañarlas a casa.

—¿No has buscado tú mismo? —le había preguntado—. Quizá podamos encontrar algo que nos diga quién es el verdadero culpable...

—Ni se me ocurriría pasar por allí —fue la rápida respuesta de Juan. Por su cara cruzó una expresión de repugnancia tan grande que Elena pensó que vomitaría la cena delante de ellas—. Además, una patrulla de la Guardia Civil se encargará mañana a primera hora.

Eso le había dado aquella idea que, dos horas más tarde, le parecía absurda y descabellada.

Después de la cena, había esperado con paciencia hasta que todos se recogieron en sus respectivas alcobas para aventurarse fuera, abrigada con una gruesa capa y con la única defensa de Leo. La incertidumbre la hizo dudar, pero la perseverancia pronto venció al miedo.

Amparada en el silencio de la noche, buscó inútilmente algo que delatara al verdadero culpable. Enseguida se dio cuenta de que era una empresa demasiado grande para ella sola. Pensó en regresar y avisar a Rosalía, o incluso contempló la posibilidad de sacar a Lina de su cama para que la acompañara, pero desistió cuando recordó que su prima había cabalgado hasta el escondite de Pablo para informarle de lo sucedido y, de paso, llevarle un poco de comida que Rosalía le había preparado.

—Necesitamos tu ayuda —le suplicó tras ponerla al corriente del paradero de Pablo—. Prepárale algo de comer y se lo haremos llegar.

Rosalía las había apoyado sin vacilar.

Sabía que aquella situación no se podía prolongar en el tiempo; era inevitable que, tarde o temprano, la perspicacia y el tesón del capitán Salcedo dieran su fruto. El tiempo apremiaba, y cuantos más aliados tuviera más posibilidades de éxito habría.

Elena sonrió al recordar las palabras de Catalina aquella misma tarde, cuando se quedaron solas en los establos después de su paseo.

Le había relatado lo ocurrido con Diego de Casanueva, pero cuando repitió hasta la saciedad que Pablo no era el Marqués, hubo

de explicar cómo había llegado a una conclusión tan tajante.

Por el rostro de su prima pasó una expresión de auténtica incredulidad.

—¿Con dos hombres distintos? Caramba, quién lo iba a decir. Naturalmente, eso descarta a Pablo.

—Y tú te alegras, porque mi hermanastro te ha deslumbrado más de lo que eres capaz de admitir.

—Si espero mucho tiempo, tendrán que quitarme las telarañas, ya sabes a lo que me refiero —confesó Lina con una sonrisa maliciosa —. Pero eso no le elimina como autor del maltrato a Gloria —objetó a continuación—. Si tú mantienes tu encuentro con el Marqués en secreto y Gloria no dice la verdad, Pablo será ejecutado por delitos que no ha cometido.

Para eso no había un remedio inmediato.

Tendría que encontrarse con Gloria e intentar persuadirla para que hablara a favor de Pablo, pero mientras tanto otras cosas urgían más.

Sabía que su hermanastro era inocente, pero cuando intentó hacérselo entender a Catalina chocó contra el muro de infranqueable realismo, aunque consiguió convencerla de que, al menos, se merecía una duda razonable hasta descubrir la verdad. A partir de ahí, trazaron un plan en el que Lina se escabulliría todos los días al atardecer y llevaría a Pablo algo de comida y todo lo necesario para que permaneciera oculto en su escondite.

Rendida a la evidencia, Elena apoyó las manos en el suelo para incorporarse, pero algo duro se clavó en la palma de su mano. Intrigada, acercó el quinqué y apartó la manta en el lugar exacto donde se había apoyado.

Allí, reluciendo bajo la luz de su lámpara, un reloj dorado de bolsillo era mudo testigo de lo que realmente había sucedido la noche anterior.

Elena entrecerró los ojos, horrorizada ante lo que comenzaba a forjarse en lo más recóndito de su cabeza, y con mano temblorosa tomó el reloj y leyó las letras grabadas en la tapa.

Las iniciales de Juan Lomana.

La prueba que delataba al verdadero autor de la paliza propinada a Gloria.

De pronto todo encajó con sorprendente facilidad para ella. Cada acto cometido por Juan había sido premeditado y cuidadosamente planeado para que ella viera a su hermanastro con la misma repugnancia con la que él contemplaba la posibilidad de poner los pies en aquel lugar.

Sin embargo lo había hecho.

—Dios mío... —murmuró para sí.

El miedo le atenazó las entrañas ante el aterrador descubrimiento de que no sabía a qué clase de monstruo sádico se enfrentaba.

Volvió a mirar el reloj en su mano. ¿Qué haría ahora? Si se lo mostraba al capitán Salcedo, Juan se defendería, estaba segura. Sería la palabra de un terrateniente y abogado respetado contra la de una simple mujer a su cargo y menor de edad. Él ganaría y las consecuencias para ella serían desastrosas.

Ahora entendía su consternación cuando, al consultar la hora, se dio cuenta de que no tenía su reloj. Elena achacó su disgusto a su valor material. Probablemente Juan no era consciente de que podía haberlo extraviado allí mismo, tal era la confianza que tenía en sí mismo y en sus propios planes.

Aún no sabía cómo, pero usaría aquel reloj en su propio beneficio, pensó con una expresión de obstinada valentía en sus ojos.

Finalmente, él tendría su merecido.

***

Como Juan había afirmado la noche anterior, a primera hora de la mañana el capitán Salcedo y cuatro de sus mejores hombres se presentaron a las puertas de La Dorada con la intención de poner su pajar patas arriba. Tanto Elena como Catalina acompañaron a Juan mientras este guiaba a la patrulla hasta el lugar indicado. Esperaron junto a él en silencio, sin traspasar la entrada para no entorpecer la labor de la Guardia Civil. Juan contestó amablemente a cada pregunta que el capitán le planteaba acerca del personal que entraba y salía del pajar con asiduidad, remarcando continuamente

su poca disposición para ese tipo de tareas más propias del capataz, hasta que su labor terminó sin los resultados esperados. Los cuatro guardias salieron murmurando y se alejaron de los señores del cortijo mientras Salcedo se detenía unos momentos a hablar con ellos.

—No hemos encontrado nada que merezca la pena —informó. —Supongo que con la confesión de Gloria deberá de bastarle entonces.

Los ojos astutos del capitán contemplaron la suficiencia de Juan sin ocultar su desagrado.

—No me gusta que me digan cómo he de hacer mi trabajo —aclaró con palabras que sonaron convenientemente bruscas—. No acostumbro a fiarme de una única confesión, señor Lomana. Por regla general, los testimonios bajo esas circunstancias suelen estar... adulterados.

—¿Quiere decir que Gloria ha podido declarar coaccionada? Salcedo se volvió hacia Elena y recordó que el último golpe del

Marqués había comenzado en la casa del Gobernador. Dudaba que un jornalero tuviera acceso a semejante palacete.

—De momento la muchacha no está en condiciones de hablar —informó—. Cuando pueda hacerlo, yo mismo la interrogaré. Entretanto, no puedo hacer otra cosa que fiarme de las palabras de su padre, aunque sigo sin tomarlo como algo concluyente.

—Así que seguirán buscando a Pablo Guerrero. Será un duro golpe para su madre. Ella está muy preocupada por el paradero y la suerte de su hijo, capitán.

Sus palabras reflejaban una tristeza que el capitán interpretó mal debido al candor con el que fueron dichas. Casi tan abatido como ella, sospechando que quizá ese jornalero no fuera más que una cabeza de turco, se encogió de hombros.

—Si le sirve de consuelo, le diré que no creo que ese Pablo sea el verdadero Marqués —aseguró, a la vez que se percataba de la súbita tirantez de Juan en respuesta a sus palabras—. Tengo razones de peso para pensar que no tiene nada que ver con el bandolero.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Catalina con asombro.

Con una sonrisa solícita que transformaba sus facciones duras en otras más amables, el capitán montó en su caballo y se reunió con el resto de sus hombres.

—Me temo que no puedo desvelar más detalles de la investigación, señorita —respondió—. Pero tenga en cuenta que la verdad saldrá a la luz. Ese Marqués acabará en el garrote, yo me encargaré de ello. Tengan ustedes muy buenos días.

Elena los vio marcharse con la inquietante sensación de que el único objetivo del capitán era atrapar al Marqués. La situación de Pablo pasaba a un segundo plano, y como mucho no sería más que un medio para alcanzar el objetivo principal ¡Si al menos tuviera la seguridad de que el bandolero saldría indemne! La incertidumbre por la suerte que correrían los dos hombres le causaba más angustia que su propia situación dentro de La Dorada, y su plan de mantener oculto a Pablo pronto comenzó a tambalearse.

***

Tres días más fueron necesarios para que su fingida complacencia y servilismo delante de su tutor se convirtieran en una dolorosa y lenta tortura. Cada vez le resultaba más repugnante aparentar lo que no sentía, atrapada entre la indecisión acerca de darle un destino apropiado al reloj de Juan y la tensión de tener que buscar constantemente un medio para evadirse de su vigilancia y procurar el sustento a Pablo.

Pero Juan comenzaba a confiar en ella, lo intuía. Sus miradas furtivas estaban cargadas de admiración y no de reproche, y las palabras que le dirigía desbordaban cariño.

Si Elena hubiera sabido que sus movimientos y los de su prima eran seguidos a cada momento, su percepción de las cosas hubiera cambiado radicalmente.

Desde el día del registro del capitán, dos pares de ojos observaban todas sus idas y venidas, malévolos los primeros, celosos, desconcertados e intrigados los segundos. Acechadas siempre por una sombra negra, aquel atardecer Elena sustituyó a su prima en su viaje diario hacia el escondrijo de Pablo.

Según las palabras de Catalina, Pablo se encontraba tranquilo y confiado en la pronta resolución de su problema. A esas alturas, su prima creía tan firmemente en su inocencia, que se había convertido en su principal defensora.

Sin embargo, Lina desapareció de su pensamiento cuando llegó al habitáculo en penumbras y lo examinó con atención. Aunque se encontraba vacío, los restos de una fogata y dos mantas oscuras, junto con la escopeta, daban fe de que Pablo no había huido y seguía allí.

Un poco más tranquila, ordenó a Leo que se quedara en la entrada de la cueva y depositó la comida de Rosalía en un rincón dispuesta a esperar su regreso, pero la voz ronca que oyó tras ella hizo que diera un respingo y se volviera sobresaltada.

—No te molestes en buscarlo, muchacha. Hace unos minutos que los guardias lo han apresado. Probablemente, a estas horas ese capitán presuntuoso esté informando a Juan Lomana.

Había llegado tan sigilosamente que no oyó ni uno solo de sus movimientos, como el día en que la sorprendió en la cascada y le arrebató la yegua y parte de su corazón, pero se percató de que Leo no había avisado de su presencia.

Para ser sinceros, el perro continuaba tumbado junto a la entrada como si nada hubiera pasado.

Una larga lista de emociones se sucedió en su interior. En realidad, tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos y besarlo con ardor, desperdigando a los cuatro vientos capas de virtud intachable, para reconocer ante sí misma que las más bajas pasiones la dominaban cuando del Marqués o de Diego de Casanueva se trataba.

¿Se podía desear a dos hombres a la vez?

En todo caso, sus últimas dudas se desvanecieron en el aire cuando se tomó su tiempo en contemplar la imponente figura del bandolero apoyado contra la fría pared de piedra con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Sácame de dudas, ¿quieres? —le dijo con su habitual sorna—. ¿Quién era semejante hombretón? ¿Tu amante?

—¿...Amante? —Ella parpadeó incrédula; a continuación soltó una carcajada—. Si todas tus deducciones son tan acertadas, deberías cuidarte del capitán Salcedo. De cualquier modo, no te creo, Marqués. Puede que Pablo haya salido a...

De dos zancadas, él estuvo a escasos centímetros de su cuerpo. Su potente olor masculino la envolvió con la fuerza de un vendaval. Instintivamente, ella dio un paso atrás. Se negaba a ser tan vulnerable a su cercanía, pero él avanzó uno más hacia delante.

—¿Acaso no has venido a encontrarte con él? —gruñó. Elena alzó las cejas, confundida al distinguir claramente los celos punzantes en cada una de sus palabras—. ¿Ya se cansó de tu prima?

—¿Cómo sabes...? ¿Me has estado espiando?

Hubiera hecho mucho más de habérselo permitido su condición, pensó él, pero la incertidumbre lo estaba carcomiendo por dentro. Después de su primer encuentro en el río, la desazón por volver a saborearla se había clavado en su cerebro como una dolorosa espina. Cuando por fin se había atrevido a mostrarse ante ella de nuevo como el Marqués, comprobó que había sustituido gustosamente a su prima en aquellas visitas desconcertantes a ese jornalero huido de la justicia.

Lejos de su habitual ironía juguetona, el bandolero apretó los labios y la sujetó por los hombros.

La mera posibilidad de imaginarla siquiera en brazos de otro hombre lo volvía loco.

—Yo hago las preguntas —le susurró categóricamente—. Nunca te mentiría en lo que a tu amiguito se refiere, pero si no me crees puedes volver a tu casa. Lomana te informará.

—¡Me estás insultando con tus insinuaciones ridículas! —De un brusco tirón, Elena se liberó de sus manos y tomó la escopeta de Pablo para amenazar al bandolero con ella.

Si realmente lo habían apresado era porque ella y Lina habían sido espiadas. De otra manera, era imposible que alguien que no conociera bien aquel terreno diera con el escondrijo.

Y si era así, solo se le ocurría una persona que hubiera podido delatar a Pablo y que saldría beneficiada con la detención del jornalero si finalmente era condenado.

—Era mi hermanastro el que estaba aquí escondido, ¡acusado de ser tú! ¡Ahora han prendido a un inocente!

Respiraba entrecortadamente. Los ojos se le llenaron de lágrimas que logró contener con determinación. Apretando los dientes con furia, bajó el arma, pero cuando el Marqués intentó acercarse, volvió a levantarla contra él.

—¡No des un paso más! —gritó—. Si te entrego, Pablo saldrá libre. Tú le delataste, ¿verdad? ¡Nos has seguido!

Una mujer hermosa y dominada por la ira podía resultar un polvorín, él lo sabía por experiencia propia.

Con las manos en alto, se mantuvo inmóvil.

—Yo nunca haría tal cosa —aseguró muy tranquilo—. Mi mayor afán es perseguir la injusticia, no alentarla. Nunca permitiría que alguien cargara con una identidad que me pertenece porque eso significaría su muerte.

—En tal caso, me acompañarás a las dependencias de la Guardia Civil y te entregarás para salvar a mi hermano —siseó ella en voz muy baja.

Sus manos temblaban sujetando la escopeta, pero a medida que hablaba, algo dentro de ella comenzaba a desgarrarse sin remisión. Vacilaba, y supo que él se había dado cuenta, porque en sus labios apareció algo similar a una media sonrisa.

—Voy a llevarte ante la justicia, no lo dudes —aseveró sin mucha convicción.

El Marqués volvió a cruzarse de brazos con tranquilidad y enarcó una ceja.

—No lo harás —afirmó, desesperadamente seguro de sí mismo—. Y, a menos que realmente seas una ramera que se deja manosear por el primero que se encuentra en el camino, a juzgar por nuestro primer y único encuentro me atrevería a afirmar que tampoco vas a dispararme. Por tu expresión sospecho que necesitas ayuda. Al parecer, tu... hermanastro es culpable de algo más grave que de hacerse pasar por mí, encanto.

—Eres un malnacido arrogante —le escupió contrariada porque, para su desgracia, nuevamente estaba en lo cierto.

¡Sí, necesitaba ayuda!, con más motivo ahora que Pablo estaba preso. Con un largo suspiro y los hombros caídos, dejó a un lado la escopeta y se derrumbó ante los ojos del bandolero. No pudo evitar que un sollozo entrecortado quebrara el silencio instalado entre los dos.

El Marqués estuvo junto a ella en un santiamén. La tomó entre sus brazos con ternura para calmar su angustia. Cerró los ojos y la apretó contra su pecho. Con la barbilla apoyada sobre sus rizos negros, aspiró profundamente su fresca fragancia mientras acariciaba suavemente su espalda y notaba cómo la tensión acumulada abandonaba su cuerpo, para dar paso al sosiego. Luego tomó su rostro con las manos y besó su boca tan dulcemente que Elena creyó que se derretiría a sus pies.

—Tu ropa de hombre me gusta más —bromeó cuando levantó su barbilla con un dedo—. Eres tan adorable que me robas todo atisbo de sensatez. Llevo días rondando tu propiedad, deseando poder tenerte para mí así, como ahora. Si supieras las horas que he empleado pensando en ti...

Su voz susurrante y persuasiva despertó en ella recuerdos vibrantes y llenos de frenesí. La simple idea de saberse observada por aquel hombre tan rudo, y a un tiempo tan tierno, hizo que un estremecimiento involuntario la recorriera de pies a cabeza. Deseosa de pronto de prolongar cualquier tipo de contacto físico con él, apoyó su mejilla en el pecho del Marqués.

—Pablo es inocente —afirmó con total convicción—. Solo ha caído en una trampa; si tú acudes a liberarlo también caerás.

Con el ceño fruncido, el Marqués la apartó lo justo para poder pensar con claridad. Poco dado a creer en la primera palabra de nadie, tuvo que admitir que la seguridad que aparecía pintada en aquellos inmensos ojos violetas estuvo a punto de convencerlo.

—Explícate —exigió.

—El hombre que agredió a Gloria la obligó a que mintiera sobre la identidad de su atacante. Así se deshacía de Pablo y ponía en bandeja al capitán la identidad del Marqués.

—No veo cuál sería la ventaja...

—El odio hacia mi hermanastro. —Elena posó la mano en su brazo con suavidad—. Hazme caso... Lo sé.

El bandolero se rascó la barbilla pensativo y se paseó de un lado a otro en silencio, hasta que de pronto se detuvo frente a ella.

—¿Qué pruebas tienes de todo lo que afirmas? —preguntó.

Elena suspiró. Capaz de sacar lo peor de ella, a un tiempo conseguía que se sintiera segura con él, pero a pesar de ello dudaba acerca de revelar su descubrimiento.

—¿Podremos confiar el uno en el otro? —preguntó, con el mismo aire receloso que él.

El Marqués volvió junto a ella y le acarició la mejilla.

—Si no tuviera en cuenta la salvaguarda de mi identidad y de tu buen nombre, te llevaría sobre esas mantas y haría el amor contigo hasta que me suplicaras que parase —le dijo con la voz impregnada de deseo—. Y sé con toda seguridad que tú no te negarías. ¿No es eso confianza?

Sin esperar respuesta, volvió a adueñarse de su boca con ímpetu en un beso fuerte y decidido que dejó constancia de la verdad de sus palabras. Sus manos descendieron por su cuello y rozaron los costados de sus pechos en una caricia tan familiar que ella se regocijó y entrelazó los brazos alrededor de su nuca mientras sus alientos se fundían en uno solo. Con movimientos lentos y seguros, abandonándose a la vorágine de deseo que aquella mujer despertaba en él, el Marqués deslizó los dedos a lo largo de su escote para aventurarse bajo el corpiño, rozando su piel tersa y recreándose en su respiración entrecortada cuando se llenó la palma con uno de sus pechos.

Lo sopesó durante unos instantes, demorándose en él con movimientos lentos, y la respuesta de su propio cuerpo no se hizo esperar. La opresión de los pantalones en sus genitales se hizo casi insufrible, y una bruma de urgente necesidad se adueñó de su cerebro impidiéndole respirar.

Mientras el beso se tornaba frenético, su otra mano la aferró por la cintura, y Elena contuvo un jadeo del más puro placer cuando los expertos dedos del Marqués sortearon con habilidad los inconvenientes de su vestimenta y atraparon su pezón, jugueteando

con él. Su cabeza abandonó toda cordura y se entregó plenamente a las sensaciones intensas y fulgurantes que el bandolero despertaba en ella. La sangre corría por su cuerpo asemejándose a inyecciones de fuego que aumentaron cuando el Marqués abandonó su boca y dejó que la punta de su lengua vagara por el cuello.

—Esto es solo una pequeña muestra de lo que despiertas en mí, señorita Robles —le oyó murmurar con la voz ronca por la pasión.

Turbada, sin comprender aún del todo las reacciones de su propio cuerpo, Elena se mordió el labio tratando de ahogar un gemido, pero cuando los dedos masculinos tiraron levemente de la punta de su pezón, no pudo evitar que un grito saliera por ellos. Complacido por su respuesta, excitado más allá de toda cordura, el Marqués comprendió que debía volver a detenerse. El dolor punzante en el bulto de su entrepierna delataba su pasión desbordante por ella, pero no quería lastimarla.

Se merecía algo mejor que un revolcón rápido y un asalto sin paliativos a su más que probable virginidad. No quería condenarla a una serie de encuentros ocasionales que terminaran abruptamente por la llegada de una muerte prematura el día que su suerte cambiara.

Quería amarla en la seguridad que le proporcionaría su verdadera personalidad; y con calma, no cayendo sobre ella como un animal en celo.

Con una maldición que se convirtió en un gruñido feroz de deseo no consumado, el Marqués se apartó de ella con brusquedad, como si su contacto le quemara.

—No puedo compartir mi lujuria contigo —dijo atormentado—. Nunca, óyeme bien, nunca una mujer me había tentado tanto, ni había deseado a nadie como te deseo a ti. Me he arriesgado contigo más de lo que lo he hecho con cualquier otra persona. ¿No es esa prueba suficiente de confianza?

Con la respiración entrecortada, Elena supo con certeza la clase de poder que podía esgrimir frente al bandolero. Si aquel hombre misterioso y viril tenía una debilidad, esa era ella. En aquel momento, decidió que podía confiarle su vida entera.

—Tengo el reloj con las iniciales de la persona que realmente maltrató a Gloria —admitió al fin—. Pero no puedo decirte su nombre. La vida de varias personas, incluyendo la mía, depende de ello.

—¿Tan influyente es ese desgraciado?

—Lo suficiente como para temerlo, créeme.

El Marqués apretó los puños y sus labios formaron una fina línea. Alardeando de nuevo de una desconcertante ternura, pasó el dedo pulgar por sus labios carnosos hasta arrancarle un largo suspiro de anhelo.

—Quebrantaré mi principio más arraigado para protegerte —aseguró con vehemencia.

—¿Vas a decirme quién eres en realidad?

—¡No puedo! —gimió desesperado—. No todavía. Pero mataré a cualquiera que intente hacerte daño.

Sus pasos apresurados alrededor de la cueva, asemejándose a un animal enjaulado, le dieron una idea de la batalla que se libraba en su interior, hasta que volvió a ella y la tomó de los hombros con autoridad.

—Tienes que usar esa prueba; de lo contrario, aunque lograra liberar a tu hermanastro, solo conseguiría convertirlo en un proscrito.

—No puedo mostrar el reloj a Salcedo —murmuró con la voz entrecortada por la congoja—. No creerá en la palabra de una muchacha frente a la de un hombre de prestigio.

—Entonces, ¡busca a alguien que sea lo suficientemente hombre para que te respalde!

Elena cerró los ojos con fuerza intentando visualizar a esa persona, mientras la boca del Marqués se acercaba a su oído.

—Un hombre fuerte y honesto, cuya presencia consiga intimidar incluso al bastardo que maltrató así a una mujer —le susurró, y en ese momento ella supo a quién debía dirigirse.

Con una sonrisa flotando en sus labios, no pudo dejar de pensar que, ciertamente, los métodos del Marqués rebosaban astucia. Sus palabras llegaron lejanas a su mente, pero dieron certeras en el blanco.

Él la enviaba hacia alguien sin nombre, pero ella se lo puso rápidamente.

El bandolero había demostrado con creces conocer su naturaleza mejor que ella misma, pero no quería seguir ahondando en emociones que permanecían tranquilas y apartadas mientras él no estuviera cerca.

Cuando abrió los ojos, se encontró sola de nuevo, aunque intuía que el Marqués no andaría lejos a partir de aquel momento. No perdió el tiempo en reflexiones inútiles; con decisión, abandonó el lugar. Alguien más la espiaba y conocía sus movimientos, y creía saber quién era.

Llegó a los establos con el corazón acelerado y desmontó, pero cuando llevó al caballo a su sitio, la vio.

Allí estaba de nuevo su yegua blanca, y junto a ella incluso creyó ver la sonrisa abierta de dientes blancos y las manos hábiles acariciando su lomo.

«Aquí la tienes, como te prometí».

Pero ella sabía que él no estaba allí. Tan solo era una entrañable visión que había regresado para turbarla y hacer de sus sentimientos un delicado embrollo que solo sus palabras y sus actos desharían.

Se le ocurrió pensar que había tenido que dejarla allí a plena luz del día. Había entrado en el establo a la vista de todo el mundo. Por eso se había expuesto tanto.

Como una exhalación, corrió hacia su alcoba y abrió la puerta de par en par.

Junto a su almohada, una solitaria rosa roja caló en ella más hondo que el mejor de los regalos.

Cuando comprobó que la ventana estaba abierta, supo que el Marqués había ascendido por la higuera para depositar allí su rosa.

Con ojos brillantes, Elena dejó la flor junto a su tocador y se metió en la cama. Necesitaba sentir la calidez de las sábanas y la seguridad de su propia casa, porque la esencia masculina del Marqués y su olor aún permanecían a su lado, rivalizando con el miedo que alteraba sus sentidos.

Estaba segura de que una mano perversa y cruel esperaba el momento propicio para saltar sobre ella. El vello de la nuca se le

erizó ante ese pensamiento y cerró los ojos ansiando caer pronto en los brazos del sueño. Quizás así se encontraría de nuevo junto al Marqués y su presencia etérea ahuyentaría los malos presagios con tanta determinación como despertaba en ella las emociones más profundas.

Quizá así la espantosa sensación de vacío en su interior se llenaría de una vez y para siempre.

# 9

—¿... Enamorarme?

Como si un disparo le hubiese alcanzado en pleno estómago, Diego de Casanueva dejó caer su espada a un lado y permitió que su hermano ganara por esa vez con una carcajada.

—¿...Enamorarme? —repitió, atónito por lo que acababa de escuchar por boca de Lorenzo.

Esperaba haber entendido mal.

Por desgracia para él, pronto descubrió que no era así.

—Dame otra razón por la que aún no te la hayas llevado a la cama —lo retó su hermano—. El amor te ha vuelto considerado con ella, por eso estás tan reticente y dudas a la hora de firmar el papel de la apuesta, ¿verdad?

Jadeante por el esfuerzo físico, Diego resopló ceñudo y acorralado por la lógica aplastante de su hermano. Después de secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano hizo una seña. Al instante una criada pareció surgir de entre las sombras del patio portando una bandeja con dos vasos de limonada fresca. Diego tomó el suyo y apuró su contenido sin apenas darse cuenta. Luego adoptó la posición de defensa e inició un nuevo combate a espada con Lorenzo, como cada mañana, para mantener su envidiable forma física y su agilidad mental, mientras pensaba qué contestarle.

Últimamente necesitaba con más frecuencia ese tipo de ejercicios. Desde que Elena Robles se había cruzado en su camino, era la dueña de sus pensamientos más íntimos, tanto que ni siquiera había vuelto a considerar la posibilidad de acostarse con otra mujer. Su autoimpuesta castidad pedía a gritos un gran agotamiento físico para evitar un comportamiento que, de pronto, le parecía vil y humillante para Elena.

Con el semblante serio por la concentración, pronto su mayor destreza con las armas le permitió dar pequeños pasos hacia

delante, obligando a Lorenzo a ponerse más a la defensiva.

—No deseo atarme a un matrimonio por una estúpida apuesta —exclamó sin abandonar su ataque—. No estoy al corriente de tus deudas, pero, si necesitas dinero, hay otras maneras de conseguirlo.

Al contrario de lo que él hubiera creído, Lorenzo no negó esa posibilidad.

—¿Por ejemplo?

—Pidiéndomelo —fue la tajante respuesta de Diego—. Nunca me negaría a sacarte de un apuro, pero un matrimonio es algo muy serio.

—¿Qué te sucede? Hasta ahora no te había conocido escrúpulos en lo que a mujeres se refiere.

—Tendría que engañarla —objetó él—. De otra manera, sé que jamás accedería a casarse conmigo. Ella adora su libertad.

Con un leve gruñido de frustración y movimientos rápidos y certeros, Diego volvió a tomar ventaja. Por su memoria desfilaron todos los atributos físicos de Elena en combinación con su vivo ingenio y sus palabras atrevidas y mordaces, y algo dentro de él comenzó a resquebrajarse, dejando abierta una grieta por la que se empeñaron en pasar emociones que no deseaba ni necesitaba.

Con mantener a raya el deseo físico que no dejaba de atormentarlo a cada momento tenía más que suficiente.

—Sería una mentira piadosa... A ella no le resultas indiferente, y a cambio obtendrías toda la fábrica, hermano.

—Demuestras una falta de escrúpulos alarmante —advirtió Diego con seriedad—. Y muy poca estima hacia lo que padre te dejó antes de morir. ¿No has pensado que, si yo gano, te quedarás sin recursos?

—Para eso tienes que ganar. —Con una oscura expresión en sus ojos, Lorenzo dejó entrever una sonrisa torcida—. Si realmente no sintieras nada por esa mujer, te estarías regodeando de tus progresos en vez de permanecer callado y reservado. No te reconozco.

Molesto por su insinuación y deseoso de que aquella conversación terminara, Diego imprimió más fuerza a sus movimientos con la

espada, hasta que, de una estocada firme, desarmó a su hermano y consiguió colocar la punta del arma en su garganta.

Como casi siempre, había vuelto a ganar.

—No eres el único —murmuró con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Si no confiara plenamente en ti, diría que estás seguro de que perdería la apuesta en caso de aceptarla sobre el papel.

—No me jugaría mi única fuente de ingresos si pensara de otra manera, ¿no crees?

Una idea fugaz y tan negra como la noche cruzó por la mente de Diego, pero la desechó de inmediato y retiró la espada, al tiempo que rodeaba con el brazo los hombros de su hermano y se unía a su actitud jovial sin reparos.

—Ella es diferente —dijo, con el orgullo impregnando cada una de sus palabras sin que pudiera evitarlo.

—¿Especial?

—Peculiar. Después de proponerle matrimonio por dos veces, las respuestas no han sido precisamente alentadoras. Otra en su lugar habría aceptado la más mínima insinuación al respecto.

—El otro día os sorprendí muy acaramelados. Seguro que encuentras un método de persuasión adecuado. Eres un hombre de recursos.

El recuerdo de su último encuentro consiguió encenderle la sangre. Diego maldijo para sus adentros. Cuando de Elena Robles se trataba, todo su autocontrol desaparecía evaporado por efecto del calor. Era alarmante la facilidad con la que perdía el dominio de sí mismo.

En ese momento apareció Máximo, su mayordomo, que se acercó a ellos con un par de toallas colgadas del brazo.

—Señor, una dama le espera en su despacho —le informó, con su habitual expresión adusta—. Es la señorita Elena Robles.

¡Ella había ido a buscarlo!

No pudo contener una amplia sonrisa mientras la idea repiqueteaba en su cabeza. Las palabras brincaban en su mente anticipándole el placer que vendría a continuación y todos los músculos de su cuerpo se tensaron haciendo que se comportara como un muchachito a la espera de su primera cita.

Oír su nombre provocaba más estragos en él que el mejor de los afrodisíacos.

Pero no haría honor a su fama si no actuaba con la seguridad que lo caracterizaba.

—Creo que tengo que dejarte, hermano —canturreó—. Una dama me espera.

Cuando estuvo solo, el semblante de Lorenzo adoptó una expresión tan sufrida y atormentada que pareció transformarse en el de otra persona.

¡Ojalá pudiera odiar a Diego como se merecía! ¡Si el viejo no le hubiera reconocido como legítimo, él sería el amo y señor de todo! No tendría que hacer sucias jugarretas para evitar mendigar un poco de lo que por derecho le hubiera correspondido.

Aunque debía admitir que no tenía noción alguna de administrar nada; el dinero le quemaba en las manos y las partidas de cartas le atraían como un imán. Eso su padre también lo sabía.

Con una sarta de insultos dignos de Diego en sus peores momentos, Lorenzo llamó a Máximo para que recogiera las espadas y se marchó para asearse y cambiarse de ropa.

Como de costumbre, Diego no se había equivocado con él; ni con sus sentimientos.

A pesar de su arrogancia, suficiencia y socarronería, lo quería; tanto que había sido incapaz de traicionarle o de hacerlo desaparecer.

Y hubiera sido muy fácil.

En el fondo, Diego de Casanueva era un hombre bastante simple, tan claro en sus emociones como el agua.

El problema eran sus malditos prejuicios, y el hecho de que realmente adoraba a Diego. En su fuero interno ansiaba poseer tan solo unas pocas de las muchas virtudes que adornaban a su hermano, pero con un largo suspiro se rindió a la evidencia.

Si algún día fuera capaz de hacerle daño, se sentiría como el más ruin y despreciable de los hombres.

***

La luz entraba a raudales a aquella hora de la mañana, acariciando el suave perfil de su boca y su mandíbula, y jugueteando con el brillo de su cabello negro.

Cuando Diego entró en el despacho y la vio junto a la ventana, los pies se le quedaron clavados en el suelo. Sus ojos ávidos se dedicaron a contemplarla tranquilamente, recreándose en las marcadas curvas de sus pechos, cuya plenitud se adivinaba bajo el atrevido corpiño verde botella, y que se veían adornados, una vez más, por una hermosa rosa roja en el centro.

Conteniendo una sonrisa de complacencia, Diego alabó aquella preciosa costumbre y consiguió moverse para cerrar la puerta y acercarse a ella. Sus ojos negros brillaron al posarse de nuevo sobre su cintura naturalmente estrecha. Cuando recordó lo que venía a continuación, la boca se le secó y la imaginación se le desbordó.

Aquella visión constituyó una auténtica transgresión a su virilidad.

Un soplo de aire fresco para su decadente conducta.

El mayor desafío con el que se había topado, al tener enfrente a una mujer que era su igual en todos los aspectos.

—Buenos días, princesa —saludó con voz profunda, y gentilmente se llevó una mano a sus labios—. Perdón por mi tardanza, pero tenía que asearme después de mi ejercicio físico diario. Tanto para mi hermano como para mí, es primordial mantener un buen equilibrio mental.

—No se excuse. Está usted en su propia casa, señor. ¿Cómo va la pierna de Daniel?

—Perfectamente, aunque espero que el motivo de tu presencia aquí no sea el de interesarte por el hijo del capataz.

Extrañado por su actitud distante, Diego intentó otro acercamiento. Como si los días no hubieran disminuido su ardor buscó su boca, pero ella apoyó el dedo índice en sus labios.

Maldición. Lo vio todo tan claro como el cielo de un día de verano. Lo reconoció en su rubor violento, en su mirada huidiza cargada de vergüenza o en sus movimientos forzados, y las palabras vinieron a confirmar sus sospechas.

—Mi visita no es de cortesía, ni tampoco de placer —dijo con frialdad, aunque el tono afectado de su voz la delataba—. Me

mueven razones mucho más importantes.

Necesitaba algo de él. Diego la instó a sentarse al otro lado de su enorme mesa de roble, mientras él se servía una copa de coñac y la invitaba a beber en su compañía.

Con aparente indiferencia, Elena rehusó la invitación. Permaneció envarada en su asiento, esperando a que él terminara de hacerse una opinión sobre su visita.

Aquello iba a resultar divertido. Con el rostro imperturbable dejó la copa sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla con los brazos cruzados.

—Bien —dijo—. Rechazas mi hospitalidad, demostrando que...

—Por favor, no se ofenda —le interrumpió ella con un gesto tan atribulado que Diego tuvo que contenerse para no correr a su lado —, pero el tiempo apremia. He venido a solicitar su ayuda.

—¿En nombre de qué, si puede saberse?

Elena pareció encogerse en su asiento. No iba preparada para esa clase de preguntas, pero enseguida improvisó una respuesta.

—En nombre de nuestra... amistad. —La última palabra fue un murmullo que él apenas escuchó.

Decidido a sacar provecho de tan inusitada situación, Diego abandonó su actitud indiferente. Sus ojos adquirieron el brillo cálido que acostumbraban a exhibir cuando ella estaba cerca, a la vez que sus rasgos se suavizaron con su habitual expresión afable y risueña.

Ella respiró tranquila.

—Pues que así sea —le oyó decir—. ¿Qué puedo hacer por ti, princesa?

«Abrazarme hasta que no pueda respirar; jurarme fidelidad eterna y seguridad completa a tu lado».

Su situación desesperada la impulsó a levantarse y darle la espalda. En La Dorada, Catalina y Rosalía esperaban impacientes el resultado de aquella conversación.

Diego la vio rebuscar en su pequeño bolso; esperó pacientemente hasta que se volvió con un reloj de oro en la mano. Mucho más tranquila, Elena tomó asiento de nuevo y le relató todo lo sucedido sin omitir nada, ni siquiera su encuentro con el Marqués. Le explicó

con sinceridad las razones que la habían llevado hasta allí con la angustia pintada en sus brillantes ojos.

Aguardó con el alma en vilo la reacción de Diego, pero la atención de este se hallaba en el objeto que hacía bailotear en la palma de su mano.

—¿Deseas que yo te acompañe ante el capitán Salcedo y avale tu versión con un reloj como única prueba? —preguntó con escepticismo.

—No sería justo. Le comprometería, y sé que no tengo una prueba concluyente. Demasiadas personas dependerían de la reacción imprevisible de Juan si saliera bien librado.

Diego estudió su expresión en silencio y asintió con gravedad.

—¿Le quieres? —preguntó.

—Le aprecio. Es mi tutor. Durante mi niñez lo consideré como un hermano —aclaró ella con el dolor de la traición. El suspiro de tranquilidad de Diego fue apenas perceptible—. Pero sé que fue él, señor. Debe creerme.

—Te creo.

Con expresión seria, Diego tomó la copa de coñac y se dirigió hacia la ventana, aparentemente tranquilo. Sin embargo, un sinfín de emociones le sacudían con tanta violencia que se sorprendía de que pudiera mantenerse en pie.

Elena estaba a merced de un perturbado, siendo carne de cañón para sus volubles caprichos.

Apretó el puño de su mano libre con el reloj aún en su palma, mientras intentaba controlar la rabia que comenzaba a fluir, buscando una solución.

—Por favor, mi hermanastro es inocente —la oyó decir con la voz quebrada por los sollozos—. Le suplico que...

Su enorme fragilidad le conmovió. Completamente desarmado, dejó la copa y el reloj en una mesita auxiliar cercana y en dos pasos estuvo junto a ella, deseoso de borrar aquella expresión de sus dulces facciones.

Acababa de descubrir que no soportaba ver llorar a una mujer.

Al menos, no a aquella mujer en particular.

Con extrema delicadeza, la tomó de las manos e hizo que se levantara de la silla y lo mirara.

—Sería un completo miserable si permitiera que me suplicaras —le murmuró, mientras limpiaba las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Aquel simple contacto hizo que el corazón de Elena se acelerara. Su cuerpo comenzó a reclamar otra serie de caricias, tiernas y atrevidas, osadas y ardientes, que había comenzado a conocer y que ansiaba en secreto desde el momento en que él había irrumpido en la estancia y la había desnudado con su mirada lenta y profunda.

—Estoy dispuesto a cumplir cada uno de tus deseos —continuó él. El sentido de sus palabras la hizo ruborizar—. Pero antes, debes abandonar La Dorada. Mientras Lomana esté allí, no es un lugar seguro para ti.

—¿Sufriría mucho si me ocurriera algo? —preguntó ella con exagerada dulzura. Sus ojos adquirieron un brillo malévolo que atrajo a Diego con una fuerza irresistible.

—Inmensamente. Te lo aseguro —respondió con voz profunda, acercando sus labios a los de ella mientras sus dedos se posaban en su cuello y le transmitían una tranquilizadora calidez.

—No puedo irme y dejar todo en manos de Juan. Destruiría mi futuro.

—Hay otras salidas.

Una de las manos abandonó su cuello. Con la yema del dedo pulgar acarició sus generosos labios, azuzado por la vista de Elena, que permanecía fija en su boca, y anticipando como una perversa delicia el beso dulce y profundo que no llegó.

Sus rodillas temblaron violentamente, tanto que habría caído al suelo si Diego no la hubiera tenido agarrada de su cintura, pero permanecieron en un silencioso duelo de voluntades, con sus bocas a medio suspiro de distancia, hasta que él le regaló una de sus encantadoras sonrisas.

—Tienes la increíble virtud de hacer que todo lo demás parezca mundano cuando te toco, pero no voy a quebrantar tu voluntad. Me ganaré tus favores. —Sus palabras la envolvieron, y sus ojos se

posaron en la rosa roja que adornaba su escote—. Si te casaras conmigo, estarías libre de Lomana y conservarías tus posesiones.

Bajo el tacto firme de sus manos, el cuerpo de Elena se tensó y su cara se apartó de la de él.

—Aunque yo accediera, Juan debería dar su consentimiento —objetó—. De cualquier modo, no deseo cambiar unos grilletes por otros, sino conseguir mi libertad.

—¿Eso es una negativa? —preguntó contrariado y sin soltarla.

—¿Me ayudará?

—Eso depende de lo que se me ofrezca —contestó muy serio—. ¿Vas a tutearme? Quiero oírte decir mi nombre...

—Eso depende de lo que se me ofrezca —repitió ella con insolencia, y reprimió un gesto triunfal cuando él entornó los ojos y apretó la mandíbula.

Pese a su aspecto vulnerable de rasgos aniñados, poseía una voluntad inquebrantable. Diego la soltó de mala gana.

Era consciente de que acababa de perder su primera batalla con una mujer.

—Así que quieres negociar... —comenzó a decir.

Sin previo aviso, a pesar de los reflejos de Elena, le arrancó la rosa roja del pecho y se la llevó a los labios.

—Una prenda de mi hermosa dama —canturreó. Con un suspiro exasperado ella extendió la mano. Por toda respuesta, Diego se apoyó en el borde de la mesa—. Veo que no eres fácil de distraer, pero te advierto que soy un rival muy complicado.

—Albergaba la esperanza de no tener que recurrir a ese tipo de artimañas, pero si he de regatearle su ayuda para Pablo, lo haré.

—No tergiverses mis palabras. Yo no pongo precio definitivo a mi ayuda; te la prestaré, eso es todo.

Elena no pudo contener su creciente indignación y tomó asiento de nuevo. Pese a todo, sabía que su ayuda no sería gratuita.

—¿A cambio de...? —se decidió a preguntar.

Diego se inclinó hacia delante, con una mirada insinuante y desvergonzada.

—No quiero renunciar a lo que despiertas en mí cada vez que nuestros caminos se cruzan, princesa. Ni pienso resignarme a no

tenerte como Dios manda.

—Le he rechazado dos veces. ¿Cuántas más necesita para darse por vencido?

—El desconocimiento hace que seas tan atrevida a la hora de dar un no por respuesta.

Elena parpadeó.

—No comprendo —admitió.

—Quiero que me permitas cortejarte. Nunca antes le he pedido esto a ninguna otra mujer, pero confío en que después de un tiempo prudencial puedas basar tu respuesta en la experiencia.

Elena se aferró a los brazos de la silla. Cerró los ojos. La simple posibilidad de llegar a saborear los dulces secretos que encerraban las palabras de Diego eclipsó todo lo demás, incluido el hecho de que estaba recibiendo semejante proposición de uno de los mayores sinvergüenzas de la comarca.

Cuando los volvió a abrir, se encontró con el semblante moreno y apuesto muy cerca del suyo.

—Todo cortejo persigue un fin —dijo ella sin aliento.

—El mío es el más noble de todos, te lo aseguro. —Con sus ojos negros centelleando de placer, Diego alargó una mano para acariciar su mejilla—. Vamos, princesa, confía en mí. Yo nunca te haría daño.

¡Sus palabras sonaban tan sinceras!

En realidad deseaba que ella le conociera. Lo adivinó cuando se adentró en la profundidad de los pozos oscuros de su mirada, cuando exhaló un suspiro de anhelo y cerró los párpados de nuevo.

Y ella ansiaba conocerle; se moría por aquel tipo de atenciones, deseaba sentirse halagada y pedía a gritos ser iniciada en el mundo misterioso del placer y el erotismo.

—De acuerdo —accedió—. Le doy dos semanas.

Él chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Cuatro —exigió, divertido por el regateo.

—Tres —contraatacó ella implacable—. Es mi última oferta.

Después de lo que pareció una eternidad, con un sonoro suspiro de contrariedad, Diego acabó por ceder.

—No te negarás a nada de lo que yo proponga —aseguró—. A nada. Esa, señorita, también es mi última oferta.

Con las fibras más íntimas de su ser vibrando al ser consciente de lo que acababa de acordar con el señor de Casanueva, Elena se dirigió hacia la mesilla auxiliar donde aún permanecía el reloj de Juan. Lo apretó contra su mano un instante fugaz dispuesta a guardarlo en su bolso, pero Diego la detuvo.

—Sin el reloj no podré ayudarte.

Elena se lo entregó y exigió la devolución de la rosa, pero él se negó con una sonrisa divertida en la cara.

—No te angusties —dijo—, la rosa volverá a su sitio, pero dime, ¿por qué tanto aprecio por una simple flor? Yo podría reemplazarla por otra de las muchas docenas que tengo en mi jardín.

—Pero no sería lo mismo, señor. Esta es especial.

—¿Es un regalo tal vez?

—Es algo personal —optó por contestar, desafiándolo en silencio a que la contradijera—. Me la regaló el Marqués, ¿sabe?

—Eres demasiado temeraria. ¿Y si te hiciera algún daño?

—No tengo miedo del Marqués —aseguró ella con petulancia.

—¿Conoces su identidad? Porque si es así y no lo has denunciado, tendré que…

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo se le ocurre?

—No sería de extrañar —comentó con cierta brusquedad—. Parece que te une una relación muy especial con ese bandido.

—No creo que le interese, aparte del hecho de que no sé quién es ni creo que lo sepa nunca.

—Te equivocas. —Diego sacó una pequeña daga de uno de los cajones de su mesa y se la ofreció—. A partir de este momento comienza mi cortejo, princesa. Por lo tanto, no podrás coquetear con otro hombre que no sea yo. Incluido el Marqués.

—¿Y para qué es esto, si puede saberse? ¿Para defenderme de sus asaltos?

Diego ignoró el sarcasmo y sonrió mientras le colocaba la rosa roja, de nuevo, entre los pechos, aparentemente ajeno al remolino de sensaciones que ese simple gesto provocaba en ella.

—Insisto en que abandones La Dorada —respondió—. No puedo dejar que corras peligro. Si tus sospechas son ciertas...

—No pierda el tiempo con eso —le interrumpió ella, alzando el mentón con tozudez—. Me moriré antes de abandonar las posesiones de mi padre.

El gesto de Diego se tornó serio cuando la sujetó por los hombros.

—¿Sabes que podría obligarte? —la amenazó, en un tono que no dejaba lugar a dudas.

—¿Forma esto parte del cortejo al que he accedido, señor?

Sus palabras sonaron tan frías que Diego llegó a desear maniatarla para evitar que cometiera una estupidez.

—No —le contestó con voz queda—, pero al menos acepta la daga como un presente, y tenla siempre cerca. Si él te pone una mano encima...

Dejó el resto de la frase en el aire. Elena guardó la daga en el bolso con un estremecimiento involuntario. Sabía lo que Diego sería capaz de hacer si Juan cometía el más mínimo atropello contra su persona. Lo leyó en la súbita frialdad de sus ojos.

No solo estaba dispuesto a erigirse en su paladín, sino que ayudaría a Pablo a cambio de algo que ella estaría gustosa de ofrecerle. Aún no sabía cómo, y ella no se atrevía a preguntarlo, pero estaba segura de que lo haría.

Cuando alzó su mirada hacia él y Diego vio la admiración reflejada en sus ojos violeta, algo muy cercano al pavor se adueñó de sus actos. Quiso advertirla acerca de los peligros que entrañaba su compleja personalidad, pero ella le abrazó con fuerza, y todas sus defensas y sus buenas intenciones se destruyeron.

En su lugar, un inquietante nudo en su garganta le impidió tragar saliva.

Era el primer contacto espontáneo que ella le demostraba. Y resultó más devastador que el mayor de los asedios.

—Pablo le estará eternamente agradecido —le susurró, con la boca pegada a su oído.

Diego la apartó de él para enmarcar su cara entre las manos.

—¿Y tú? —Aunque la misma idea le causara repulsión, tenía que preguntarlo—. ¿No te sientes... agradecida? Piénsalo bien, pues a pesar de nuestro acuerdo, nunca haré nada que no desees.

Elena sopesó el sentido de sus palabras y asintió sin vacilar.

—Creo que sabe que tiene algo más que mi gratitud, señor— respondió—. Tiene mi total confianza.

Él dejó escapar el aire de sus pulmones con resignación; no era lo que había esperado oír, pero aquello le pareció suficiente... por el momento.

—En ese caso, tu hermano estará libre en un par de días a lo sumo. Tienes mi palabra.

Esa vez fue él quien prolongó el abrazo, sorprendido al comprobar cuán necesitado estaba de ese tipo de atenciones. Acarició su espalda, y cuando ella se aflojó contra su pecho, su maldita conciencia lo aguijoneó de nuevo.

«No te enamores de mí —quiso gritarle en un arrebato de honestidad—. No soy merecedor de sentimientos tan sinceros».

—No soy ningún santo, Elena —le advirtió en cambio—. Solo espero que no lo olvides.

—¿Expiará sus pecados conmigo?

—Si tú me lo permites, así será.

Necesitaba convencerla para convencerse a sí mismo de que no era tan mezquino como sus actos dejaban ver. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero los demonios escondidos en algún rincón de su alma salieron para recordarle que no había sentimientos puros en su conducta con las mujeres.

De lo contrario, se involucraría demasiado. Correría el riesgo de sufrir.

Era mejor mantener aquella actitud risueña y superficial que tan bien había aprendido.

—¿Sellamos nuestro acuerdo con un beso? —propuso, con las manos aún alrededor de su cintura.

A Elena le pareció una buena manera de terminar aquella conversación y entreabrió la boca al tiempo que cerraba los ojos, a la espera de aquel beso prometido.

Pero los labios de Diego no se posaron en el lugar esperado.

Más bien lo hicieron un poco más abajo.

Justo al lado de su rosa roja, en un lugar más delicado y decididamente íntimo.

Ella dio un respingo y ahogó una exclamación de sorpresa con los ojos muy abiertos.

—¡Oh! —fue lo único que atinó a decir.

—Hablé de un beso, pero no especifiqué el lugar. Como ves, soy un hombre que sabe aprovechar sus ventajas, por mínimas que sean.

—No le servirán de nada. Mis defensas están muy bien pertrechadas.

—Iniciaré un asedio implacable, entonces. Quiero tu rendición incondicional.

Con los ojos entornados y la sangre demasiado caliente, Diego la dejó ir hasta la puerta. Allí la detuvo con una simple pregunta.

—¿Cuándo volveré a verte?

Elena inclinó ligeramente la cabeza hacia él, pestañeando muy despacio.

Una idea había comenzado a germinar en su mente.

Si todo salía bien, la compañía de Diego, además de sumamente complaciente, sería muy útil.

—Dentro de dos días vendré a buscarlo en mi calesa, a primera hora de la mañana —informó con voz melosa—. ¿Querría usted acompañarme a comprobar el estado de mis fábricas? Juan se negaría en caso de que lo supiera, pero necesito a alguien con experiencia a mi lado... Diego.

Había pronunciado su nombre a sabiendas del efecto que tendría en él. Otro en su lugar la hubiera maldecido por jugar así con su voluntad, pero él no pudo. Oír aquella palabra por primera vez de sus labios fue como escuchar el sonido acorde de todo un coro celestial.

Fue incapaz de negarse. Hubiera ido con ella a las mismas puertas del infierno si se lo hubiera pedido.

—Te estaré esperando, princesa —dijo—. Pero entretanto, no debes temer... Juan Lomana no será más una amenaza para ti.

Y Elena creyó a pies juntillas cada una de sus palabras.

# 10

Dos horas después de la visita de Elena Robles, Diego salió de su despacho con un plan bajo el brazo y el reloj de Juan Lomana a buen recaudo.

El tiempo apremiaba, así que ordenó que le prepararan la calesa cuanto antes.

—¿Sucede algo, hermano?

—Asuntos de negocios —respondió a Lorenzo—. He de ir a Ronda. Pero no te preocupes; estaré de vuelta para la hora de comer.

—¿Es por la dama? ¿Qué te ha dicho que te ha puesto en este estado?

—En otro momento te firmaré el documento de la apuesta, pierde cuidado. —Con paso rápido se dirigió a la salida, pero allí se detuvo —. A propósito, ¿sabías que ha aceptado ser cortejada por mí?

Se marchó con una perversa satisfacción antes de que su hermano pudiera coserle a preguntas, y en poco más de una hora se halló en la periferia de Ronda.

Dada la situación humilde de las personas que buscaba, había decidido comenzar por los barrios de clase más baja, a pesar de que su atuendo y la compañía de Máximo proclamaban a los cuatro vientos su porte distinguido y su condición adinerada. La gente lo miraba con recelo, pero no se negaban a contestar a sus amables preguntas, por lo que no le costó mucho dar con la casa de Salvador Ortiz y su hija Gloria.

Le sorprendió la repercusión que el delito cometido sobre Gloria había tenido; también el hecho de que todo el mundo diera por sentado que el Marqués había sido el autor. El bandido estaba perdiendo el favor de aquellos a quienes siempre había defendido.

Salvador Ortiz fue quien recibió a Diego.

Este ordenó a Máximo que se quedara fuera, y se dejó guiar por Ortiz hasta la alcoba de Gloria. Al parecer, el hombre no tenía recursos con los que pagar un médico para su hija, y debía ser él mismo quien se encargara de sus cuidados.

Cuando vio a la muchacha postrada en la cama, con la cara hinchada y cubierta con vendajes y emplastos, agradeció la silla que Salvador le ofreció y le rogó que lo dejara a solas con su hija.

Debía seguir el plan a rajatabla. Juan Lomana aún no debía morir.

Cuando Salvador salió de la habitación, Diego se acercó a Gloria.

A pesar de su estado lamentable, el recelo y la tensión de la muchacha se hicieron patentes, pero sus palabras amables y su voz persuasiva actuaron como un potente antídoto que ahuyentó los miedos de la chica. Sorprendentemente, el caballero no quiso arrancarle ninguna confesión. Tan solo le expuso sus hipótesis con una certeza tan evidente que ella no pudo negar la verdad de sus palabras. Creyó que él denunciaría al verdadero autor para liberar a Pablo Guerrero, pero se equivocó. Atendió a su silenciosa súplica y respetó el celo con el que intentaba salvaguardar su vida y la de su padre.

Tuvo en cuenta que ella tendría que declarar, y no quería hacerle pasar por ese mal trago; aún no estaba preparada. Pero sí que se encontraría dispuesta para lo que don Diego le propuso a continuación, en cuanto sus heridas se curaran gracias a los cuidados que le prodigaría el médico que el caballero pensaba enviarle.

Después, Diego abordó a Salvador en la segunda de las dos estancias que componían la humilde vivienda.

Cuando salió de allí, aspiró una bocanada de aire fresco para despejarse y mantener la cabeza fría, a pesar de lo que su propio honor le dictaba. Le dio una pequeña bolsa de dinero a Máximo y le ordenó que fuera a buscar al médico para que atendiera a la muchacha cuanto antes.

No solo impediría que Juan Lomana encontrara a Gloria y a su padre en caso de que fuera en su busca, sino que su casa de Ronda contaría con una nueva ama de llaves. Y El Capricho con dos nuevos

brazos para trabajar, tan ansiosos por hacerlo como fuerte y rudo era su dueño.

***

El humor de Juan Lomana cambió con brusquedad cuando una criada le anunció la presencia de Diego de Casanueva en su despacho, privándole así de su más que merecida siesta después de la comida.

—Buenas tardes, Lomana —saludó Casanueva sin moverse.

La frialdad de sus palabras hizo que Juan sustituyese su actitud arrogante por otra más cauta de inmediato.

—Me extraña verte aquí a hora tan inapropiada —apreció—. Normalmente es tu hermano quien cierra los negocios conmigo, así que deduzco que te urge tratar lo que sea personalmente.

Sin invitarle a que hiciera lo mismo, Juan tomó asiento, de modo que ahora Diego le daba la espalda. La zozobra se mezcló con la intriga inicial a medida que el silencio se hacía más denso y espaciado.

Por fin Casanueva se giró. Instintivamente Juan se echó hacia atrás en su silla.

El semblante de Diego era tan amenazador como un día de tormenta. De pronto la mano que descansaba en su bolsillo sacó el reloj dorado y lo movió delante de sus narices.

—Tienes razón. Lo que vengo a tratar es urgente y sumamente importante.

Juan abrió la boca extrañado, pero ningún sonido salió de ella.

Incrédulo, su mirada se quedó clavada en el reloj.

—Por lo que veo lo reconoces —confirmó Diego—. Y eso me facilitará las cosas.

—¿Qué haces tú con él? ¿Dónde lo encontraste? No me digas que alguien de tu servicio lo robó y lo has recuperado...

Diego se sentó frente a él; por alguna razón desconocida un incipiente temblor se apoderó de sus piernas.

—Todo hombre lleva una bestia escondida en las sombras, esperando el mejor momento para salir a la superficie —murmuró

Diego muy despacio—. No hagas que la mía salga ahora, echando sobre los demás las culpas de tus propios delitos.

—No voy a consentir que nadie venga a mi casa a insultarme y a mostrarme objetos de mi propiedad sin ninguna intención de devolvérmelos.

—En este momento me encantaría borrar ese gesto tan digno de tu cara a base de puñetazos, así que te aconsejo que te calles y me escuches. —Las palabras fueron dichas en un ronco susurro, remarcadas deliberadamente y provocando un gran agujero en el muro tras el cual se escudaba Juan—. ¿Las señoritas se encuentran cerca de aquí?

—Duermen. ¿Qué tienen ellas que ver con...?

—No deseo que escuchen nada de lo que he venido a decir —aclaró con dureza, y nuevamente exhibió el reloj ante sus ojos mientras chasqueaba la lengua—. Bonito ejemplar. Deberías tener más cuidado con él. Perderlo y dejar que otro lo encontrara en el pajar ha sido un verdadero desatino.

Comenzaba a comprender el pequeño juego al que Diego parecía decidido a someterlo. Las manos empezaron a sudarle, pero alargó una de ellas en un vano intento por recuperar el objeto.

Más rápido que él, Diego lo apartó de su alcance y meneó la cabeza.

—¿De quién estamos hablando? —se decidió a preguntar—. ¿Quién lo encontró?

—El verdadero Marqués. —Juan palideció—. Ese pobre hombre que está en la cárcel no es culpable de nada, tú y yo lo sabemos.

—¿Qué... tratas de decirme?

Con un resoplido de impaciencia, Diego se levantó de su silla y se acercó a él.

—Veo que no eres tan sagaz como yo pensaba —protestó, inclinándose hasta que sus ojos estuvieron a la par—. Fuiste tú y no Pablo Guerrero quien golpeó a Gloria. ¿Vas comprendiendo ahora?

Por el semblante de Juan pasaron diversas emociones, comenzando por el desconcierto y la sorpresa y terminando por una creciente indignación que hizo que su color pasara del blanco al

púrpura con inusitada rapidez. Dispuesto a no mostrar debilidad por haber sido descubierto de manera tan simple, se levantó de un salto.

—¡Espero que tengas alguna prueba más aparte de mi reloj para proferir esas acusaciones! —vociferó—. ¡De lo contrario, más vale que te vayas por dónde has venido!

—No pierdas los nervios aún, Lomana —siguió aguijoneándolo Diego sin apenas levantar la voz—. Nunca dije que este objeto fuera una prueba, pero ya que lo mencionas, te diré que también cuento con el testimonio de la víctima. ¿Contento?

La reacción de Juan fue totalmente previsible para él: apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se clavaron en sus palmas, le dio la espalda y se mantuvo en silencio.

—La avaricia es un pecado capital, y la herencia de la señorita Robles muy jugosa —continuó mucho más tranquilo—. Si eliminabas a su hermanastro, ya solo se interpondría ella, ¿no es así?

Juan se giró.

Todavía quedaban resquicios de su arrogancia cuando volvió a sentarse.

—En realidad no necesitas el reloj —aseguró. Diego asintió en silencio—. Estamos los dos solos. El servicio se encuentra muy lejos de estas dependencias. Has descubierto tu juego demasiado pronto. Si quisiera, podría acabar contigo ahora mismo.

—Demasiadas personas me han visto entrar, y mi mayordomo me espera fuera. No te arriesgarás.

Con la camisa empapada por un sudor frío, Juan se llevó una mano a la cara intentando ocultar su creciente desesperación.

—Si has podido denunciarme y no lo has hecho, ¿qué demonios quieres de mí? —gimoteó, reconociendo con ello todas y cada una de sus faltas.

Con una media sonrisa en sus labios, Diego apoyó las manos en la superficie de la mesa y se inclinó hacia él.

—No has negado ni una sola de mis suposiciones, lo cual me lleva a pensar que son ciertas —argumentó—. Sería demasiado generoso por mi parte entregarte por las buenas a las autoridades. La pobre Gloria se merece algo mejor. Serás tú quien libere a Pablo. No me importa cómo lo hagas, pero quiero ver libre a ese jornalero mañana

a primera hora. De lo contrario... Gloria hablará, y yo respaldaré su declaración.

Con un bramido de pura rabia, Juan tiró al suelo su silla y apoyó un dedo amenazante en su pecho.

—No si yo puedo impedirlo —siseó—. Acabará en el infierno, y tú también, Casanueva. Ándate con ojo.

—Reza para que nada me ocurra, porque de lo contrario todo saldrá a la luz. En cuanto a Gloria y a su padre, están lejos de tus sucias zarpas. Por cierto, aléjate de Elena.

—Es mi pupila —replicó Juan con aire triunfal.

—No voy a enredarme en inútiles y largas batallas legales contigo, pero sí te diré que voy a cortejarla.

—Si lo haces, denunciaré tu conducta licenciosa.

—No te lo estoy solicitando, Lomana. Te estoy informando de un hecho.

—Si tanto la quieres, demuestra tu valentía e intenta arrancarla de mi lado.

—Ella no es digna de ti, pero te la arrebataré legalmente —siseó, tan cerca de su cara que pudo oler su aliento envenenado—. No harás nada para impedirlo porque estás atado de pies y manos, pero si descubro que le has hecho algún daño, o que te le acercas siquiera, reza todo lo que sepas, porque no habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte de mí.

Con una última mirada desdeñosa, Diego se encaminó hacia la puerta sabiendo que Juan no iría tras él.

A fin de cuentas, ella seguía estando bajo su manto protector y a su merced.

Permaneció un rato más de pie, inmóvil, aún incapaz de creer lo que le acababa de ocurrir.

Debería ponerse en contacto con su cómplice cuanto antes, pensó. Su arrogante vecino había cometido el error de mostrarse demasiado civilizado, pero él haría que se arrepintiera de haberle dejado impune a pesar de tener las pruebas que lo condenaban.

Sí, vería el día en que Diego se tragara sus propias palabras víctima de sus errores. Moriría antes de consentir que Elena se alejara de su lado.

Haría cualquier cosa para retenerla junto a él.

***

Al día siguiente, bien entrada la mañana, mientras Diego supervisaba los cultivos de olivo montado sobre su enorme semental negro, Daniel se acercó a él con agilidad. Completamente restablecido de su accidente con la víbora, el chiquillo lo llamaba agitando los brazos.

—¡Don Diego! Un hombre le espera en el despacho para hablar con usted.

Diego lo subió al caballo y juntos regresaron a la casa principal. Luego, le dejó las riendas del semental con una suave palmada en el trasero.

—¿El señor de Casanueva?

El joven jornalero que tenía enfrente le sacaba al menos un palmo. Mantenía su cabeza baja en actitud de respeto, ligeramente avergonzado.

—Perdone mi falta de limpieza —se excusó antes de que Diego pudiera saludarle—. Acabo de salir de los calabozos; no he tenido tiempo de asearme para presentarme ante usted como corresponde y agradecer su gesto.

Con una mirada de reconocimiento, el terrateniente le ofreció su mano.

—Me alegra conocerlo y verle libre, Pablo Guerrero. Pero siéntese, por favor, y tome una copa de vino.

A pesar de su aparente aturdimiento, Pablo aceptó con toda la dignidad que la situación le permitía.

Diego tomó asiento frente a él y encendió un cigarro para ofrecerle otro a continuación.

—Así que es usted el hermanastro de la señorita Robles —comentó—. No se preocupe por su aspecto, me hago cargo. En realidad esperaba su visita, aunque no tan pronto, desde luego.

Esta vez el sorprendido fue Pablo, que inmediatamente se puso a la defensiva.

—¿Qué pretende poniéndome en libertad? —preguntó con frialdad —. No creo en la caridad gratuita de los señores adinerados.

—Yo en cambio sí creo en la gratitud de los campesinos. No quiero herir su orgullo, pero no he sido yo quien ha conseguido su liberación.

—Fue Lomana quien habló con el capitán Salcedo.

—Por eso él le explicará sus motivos —respondió Diego.

La media sonrisa irónica que cruzó por la boca de Pablo habló por sí misma.

—No volveré a La Dorada. Fue el señor Juan quien me delató.

—Así pues, ¿debo pensar que su visita tiene que ver con un trabajo?

—No voy a mendigar mi sustento.

Diego enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—No debería juzgar a todo el mundo por el mismo rasero, ni tampoco meterse en casa ajena a proferir insultos contra su dueño —le advirtió con aspereza—. No es prudente.

—Reconozco que sé lo que dicen de usted y del trato que dispensa a sus trabajadores, pero aún no he visto pruebas que avalen tales afirmaciones.

—Guarde ese ardor para su enfrentamiento con Lomana —prosiguió Diego con más calma—. Le aseguro que lo va a necesitar.

—No le comprendo.

—Si una familia tiene hambre, no les des de comer; enséñales a pescar, a cazar y a cultivar la tierra —recitó Diego, mientras sacaba de un cajón un sobre y se lo acercaba a Pablo—. Yo solo le he abierto el camino; desde los calabozos no hubiera podido hacer gran cosa, ¿no cree?

El campesino clavó sus desconfiados ojos en el sobre, pero no hizo ademán de cogerlo.

—Me gusta su filosofía de la vida —reconoció—. Pero aún no me ha dicho si cree en mi inocencia.

—¿Maltrató usted a Gloria?

—No, señor.

—Para mí, eso es suficiente. La señorita Robles le defendió a capa y espada... Y Gloria también. Ahora, acepte el contenido de ese

sobre, por favor.

Pablo lo abrió. Cuando vio lo que contenía, una mueca de desprecio se dibujó en su rostro a la vez que se lo devolvía a su dueño.

Qué estúpido y qué tonto confiado había sido. Por eso aquel terrateniente prepotente esperaba su visita.

El señor de Casanueva había tenido una bonita manera de hacerle ver de una vez cuál era el sitio que le correspondía en el mundo.

—Algunas conciencias no están en venta, señor —fue su airada respuesta—. Se ha equivocado usted conmigo. No vine hasta aquí buscando limosna.

—Ni yo estoy dispuesto a darla, créame. —Como si esperara su reacción, Diego le extendió un papel y lo mantuvo en alto hasta que Pablo lo recogió—. Si se toma la molestia de leerlo, verá que quizá sea usted el equivocado.

El documento comenzó a dar vueltas en sus manos, hasta que lo dejó sobre la mesa con expresión triste.

—No sé leer —confesó, con la cabeza gacha.

Diego no se sorprendió de oír aquello.

—Levante la cabeza, hombre —le animó—. Ser analfabeto no es una situación extraña ni una deshonra, mucho menos un delito para que se avergüence de ello, aunque si acepta las condiciones del préstamo, deberá ponerle remedio lo antes posible.

—¿Préstamo?

Pablo parpadeó confuso, pero cuando Diego volvió a ofrecerle el sobre, no lo rechazó.

—El barbero del pueblo tiene unas tierras no lejos de aquí —le informó—. Quiere deshacerse de ellas y las ha puesto a la venta. No son un latifundio pero son fértiles, y sus frutos abundantes y de buena calidad.

Demasiado bonito para ser verdad.

—¿Desde cuándo tenía planeado todo esto? —preguntó Pablo con desconfianza.

—Desde que su hermana vino a verme hace dos días para informarme de la situación de los jornaleros de La Dorada en general

y de la suya en particular. Los abogados trabajan rápido cuando se les paga bien.

El destello que brilló en sus ojos cuando nombró a Elena no pasó desapercibido a Pablo.

—Este documento es mi copia, pero tengo otra para usted —prosiguió Diego—. El montante del préstamo viene indicado en él. Su principal ventaja es que no hay intereses ni un tiempo predeterminado de devolución.

—Supongo que ahora me dirá que esto no tiene que ver con el hecho de que la señorita Elena sea mi hermana.

Diego sostuvo su mirada con una expresión indescifrable.

—Quizás haya influido, aunque no de la manera que usted piensa. —Le extendió una pluma previamente mojada en tinta, pero Pablo titubeó—. Solo tiene que estampar su firma junto a la mía; después habrá que esperar a que el barbero esté de acuerdo cuando usted mismo le lleve el precio íntegro de la finca.

Guerrero se había quedado sin palabras, incapaz de asimilar que realmente aquello le estuviera sucediendo a él.

—Pero mientras tanto... —objetó.

—Como le dije antes, sé de su situación. En mi cortijo hay sitio de sobra para usted y su madre.

Pero Pablo seguía desconfiando, y Diego dejó la pluma sobre la mesa.

—Le di mi palabra a la señorita Robles; ahora se la doy a usted. —Extendió la mano para que el campesino la estrechara—. No tengo ningún interés en provocar su desgracia gratuitamente, y usted no tiene dinero, ni un nombre que le respalde. Acaba de salir de prisión; es la única alternativa que le queda.

La mano seguía extendida, hasta que Pablo acabó por aceptarla.

Pensó en su madre, que llena de orgullo trabajaría su propia tierra. Y en Catalina. La muchacha que le había apoyado sin condiciones, con cuya presencia vibraba y por cuyos labios se moría.

Ella no se merecía un hombre indolente que se resignara a su suerte, sino alguien luchador que trabajara para cambiar su destino y procurarle una vida tranquila y cómoda. Allí tenía su primera oportunidad.

—Si mi hermana confía en usted, yo también —declaró—. No le decepcionaré, señor. Le devolveré su dinero, se lo aseguro.

***

Después de la visita de Lomana, el capitán Salcedo se dispuso a ir en busca de Gloria Ortiz para contrastar versiones, pero la inesperada aparición de su padre hizo que modificara sus planes.

Llegaba dispuesto a retirar la denuncia interpuesta contra Pablo Guerrero. Al parecer, él no había sido el agresor de su hija. Quería que la dejaran tranquila, pero se mantenía firme en su versión de que el Marqués era el verdadero culpable. Y corroboraba con ello las sospechas del capitán; Pablo Guerrero y el Marqués no eran la misma persona.

El capitán resopló.

Empezaba a estar harto de aquella historia en la que todos parecían estar jugando con él sin tener en cuenta que el Marqués era su principal objetivo. Así que, sabiendo que algo se tramaba pero sin poder demostrar nada aún, Álvaro no tuvo más remedio que dejar al campesino en libertad.

Con la vista fija en el mapa de la sierra y de las poblaciones cercanas a Ronda, golpeó la mesa con el puño en señal de frustración. El terreno era un maldito coladero lleno de agujeros por los que los bandidos se escurrían.

Para colmo, aquella mañana había recibido la desalentadora noticia de que el rey había concedido su indulto a Manuel Heredia, el Mulero, alguien que ahora era inmune a la acción de la justicia y cuyas andanzas pasarían pronto a formar parte de la España más profunda. Su paradero era desconocido; tal vez nunca sabrían si estaba vivo o muerto.

Pero el Marqués era harina de otro costal.

Tras una hora de infructuoso trabajo con el maldito mapa, el capitán lo apartó y estiró los brazos por encima de su cabeza para que el entumecimiento desapareciera. Acto seguido, sacó de su cajón varias notas que había ido recopilando a lo largo de sus

primeros días en Ronda, comentarios y observaciones acerca de las personas más influyentes de la comarca.

Junto a él tenía la lista completa de las personas que habían asistido aquella noche a la fiesta del Gobernador. Muchos de ellos habían acudido de otras provincias, y el capitán los había descartado de inmediato, junto con las mujeres y hombres de avanzada edad.

El Marqués se había infiltrado en las dependencias privadas del Gobernador, pero tuvo tiempo de ir a Málaga, liberar a los reos y volver a su casa, conservando su anonimato y demostrando ser un perfecto conocedor del lugar y del terreno que pisaba. Por tanto era un hombre de la tierra, de aquella tierra, con una gran habilidad para falsificar letras y firmas, facilitado información acerca de los presos, así como los uniformes.

Uniformes. Disfraces.

Los reos habían sido apresados el día antes de su liberación; no tuvo tiempo para encargar su confección a ningún sastre, y no le consideraba tan estúpido como para dejar su rastro en ninguna tienda.

Con el ceño fruncido, llamó al sargento y le enseñó la lista de invitados.

—¿Hay algún lugar cercano donde vendan disfraces y que sea de cierta discreción? —le preguntó.

El hombre se pasó la mano por su cabello cano.

—Solo se me ocurre el Mercadillo, señor —dijo—. Se celebra una vez por semana en el centro de Ronda, y es el punto de encuentro para los habitantes de la Serranía. Los gitanos y la venta ambulante, ya sabe.

—Gitanos... —repitió Salcedo, mientras encendía un cigarro con aire ausente.

De pronto abrió mucho sus sagaces ojos, como si una luz hubiera penetrado a través de la niebla espesa de sus pensamientos. Hasta sus duras facciones se dulcificaron mientras alargaba la lista que tenía enfrente al sargento.

—Mire esto —le instó, señalando la lista—. ¿Los conoce?

—Prácticamente a todos, señor.

—¿Quién o quiénes de ellos podrían tener algún tipo de afinidad con los gitanos?

Su subordinado no vaciló a la hora de señalar a uno en particular.

—Don Diego de Casanueva, señor —informó—. Su madre era gitana, y a los pocos días de nacer, don Fabián se lo entregó a su padre, quien lo reconoció de inmediato. ¿No lo sabía?

—No, claro que no —reconoció el capitán entre dientes—. A veces las cosas más evidentes son las más difíciles de ver.

—Es de dominio público, señor. Él nunca ha ocultado esa parte de su ascendencia. Supongo que si alguien puede tener una buena relación con esa raza de malditos, ese es don Diego, o en su defecto don Fabián. Su condición de religioso le obliga a ser caritativo con todos los hombres.

El párroco había aparecido en escena de forma abrupta e inesperada.

Con la avasalladora sensación de que se estaba acercando a la verdad, el capitán se echó hacia atrás en su silla. Cuando se quedó solo, cerró los ojos y relajó todos los músculos del cuerpo, mientras una sonrisa de satisfacción bailoteaba en sus labios.

La cacería había comenzado.

Álvaro Salcedo se relamió de gusto al pensar en la jugosa recompensa que le esperaba cuando alcanzara su objetivo.

# 11

Un experimentado seductor.

Un hechicero de mujeres, cuyos modales educados y gentiles afectaban gratamente a todas por igual, sin distinguir condiciones sociales ni edades.

Pero sobre todo, un hombre dispuesto a poner a los pies de Elena su energía, su inteligencia y hasta su último suspiro. Un caballero en el sentido más extenso de la palabra, cuya galantería había

irrumpido en su desconfianza trayendo consigo el aire fresco de la honestidad.

Rosalía pudo comprobar todo eso y mucho más aquella mañana de cielos grises, cuando acompañó a Elena bajo falsos pretextos y esta le presentó a Diego de Casanueva en la puerta de El Capricho. Acostumbrada a pasar desapercibida entre personas de alta alcurnia que ni siquiera reparaban en su presencia, su sorpresa fue mayúscula al experimentar todas aquellas emociones en sus viejos huesos de gitana.

—Estaba deseando conocerla, Rosalía —declaró él, tomando su mano para besársela—. Pocas personas cuentan con el privilegio de ser amadas por la señorita Robles como usted lo es, créame.

Era la primera vez que tenían con ella la deferencia correspondiente a una dama. Rosalía casi se atragantó con su propia satisfacción. Comprendió la magia que envolvió a Elena cuando él también besó su mano y la retuvo junto a su boca un poco más de lo que dictaba el decoro. Sus ojos sugerían recompensas prohibidas y era capaz de envolver a los dos en un aura misteriosa y atrayente, como si no hubiera más mundo que aquel.

Su pequeña había elegido muy bien, pensó con regocijo. Aquel hombre solo tendría ojos para ella si sabía jugar bien sus cartas.

Elena no pudo evitar una sonrisa al verla dormitar en el asiento de la calesa.

—Pobrecita —dijo—. Está mayor para estos viajes.

Aprovechando el despiste del aya, Diego se acercó más a ella y la tomó de las manos.

—Supongo que no se fiaba de mí. No la culpo. Hoy estás tan radiante que me es difícil conservar la compostura.

—Le has gustado —declaró ella tuteándolo por fin—. Se ha sentado frente a nosotros pavoneándose como una gallina clueca. Sin embargo, era necesario que viniera. Le dije a Juan que iba a misa y se empeñó en que Rosalía me acompañara. Así, él podía irse tranquilo de cacería, y Lina...

—Por todos los demonios del infierno, Elena, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? Va a enterarse de tu mentira. Si me lo permitieras, yo arreglaría esto en un santiamén.

—Los trabajadores de las fábricas guardarán silencio. ¿Me ayudarás a que así sea?

Diego reprimió otra maldición cuando pareció zambullirse en aquella mirada suplicante.

—¿Vas a recapacitar acerca de abandonar La Dorada?

Sus dedos comenzaron a moverse sobre sus manos, masajeándolas con su tacto suave, enviando corrientes de placer hasta el centro de su corazón.

Él pensaba convencerla con caricias, puesto que resultaban más efectivas que las palabras. Elena se recostó en su asiento y cerró los ojos, mientras se permitía soñar con esos mismos dedos deslizándose por otras partes de su cuerpo.

—Si no lo haces, tendré que evitar que Lomana se acerque a ti, y te aseguro que mis métodos van a ser más contundentes que los que he empleado hasta ahora —continuó Diego. Abandonó sus manos y tomó su cara para robarle un beso fugaz antes de que ella abriera los ojos—. No voy a permitir que vivas bajo el mismo techo que un tarado maltratador de mujeres.

—También es mi techo, no lo olvides. Marcharme equivaldría a rendirme.

Creyó que su testarudez le echaría atrás, pero se equivocó. A pesar de todo, él la contemplaba con firmeza, sin apartarse de su lado y transmitiéndole su calor y protección.

—No hay herencia ni bienes terrenales en el mundo que valgan la pena al lado de tu vida, princesa.

—Acepté el cortejo, y prometo fidelidad absoluta durante ese tiempo; no puedo darte más —objetó.

—Puedes y lo harás. Tres semanas suponen demasiado tiempo para muchas cosas. En un par de segundos puedes estar muerta, y yo no habré podido hacer nada para impedirlo. ¿Es que no te das cuenta?— La apretó contra su pecho—. ¿Qué tengo que hacer para que entres en razón?

Elena se apartó de él y lo miró arqueando una ceja.

—Sé mi maestro —pidió con voz persuasiva—. Enséñame cómo manejas tus negocios. Quiero aprender todo de ti...

Un ligero rubor tiñó sus mejillas cuando bajó la cabeza avergonzada por sus atrevidas palabras. Tal vez él se burlaría de su sugerencia o tacharía la idea de disparate, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas.

Diego aprisionó su barbilla con los dedos e hizo que alzara su rostro para poder verlo bien.

—¿Estamos negociando otra vez? —preguntó con una chispa graciosa en sus ojos negros.

—Si me dedicas tu tiempo, prometo ser más cauta y reflexiva —concedió Elena con una sonrisa—. ¿Qué dice a mi propuesta, señor?

Diego volvió a besarla, absorbiendo su aliento fresco y su sutil resistencia. Sus manos acariciaron su cuello mientras las de ella se entrelazaban en el cabello negro de él, y entonces se rindió a la evidencia.

Nuevamente, sería incapaz de negarle nada. Y menos aún en aquellas circunstancias.

—Creo que estoy a punto de saltar de alegría. Me has concedido un beso como es debido.

—Entraba dentro de los términos del cortejo, ¿no es así?

—Igual que mi completa dedicación a ti —afirmó—. Satisfaré tu curiosidad en todos los campos que desees, princesa. Me ocuparé de que adquieras tanta experiencia como la que admiras en mí. Solo espero que no te arrepientas, pues no soy ningún monje, y puede que acabes maldiciendo el día en que me encontraste en tu camino.

***

Diego no supo lo acertado de su decisión hasta que no acompañó a Elena a la fábrica textil y permitió que ella sola se presentara ante los trabajadores. Revestida de digna amabilidad, consciente de sus enormes limitaciones y su manifiesta ignorancia, pidió un guía que le mostrara las instalaciones y la llevara más tarde hasta el administrador.

Los operarios, en su mayoría hombres, no movieron un dedo. Sus ojos permanecían fijos en Diego formulando una silenciosa pregunta a la que él no tardó en responder. Sin que mediara palabra, dio un

paso al frente y deslizó un brazo por la cintura de Elena, pegándola a él.

Los trabajadores comprendieron al instante el significado de aquel gesto.

La señorita Robles contaba con el apoyo del señor de Casanueva, y ellos también.

Los recelos iniciales desaparecieron cuando Diego en persona acompañó a Elena hasta el lugar de trabajo del contable para explicarle en líneas generales el funcionamiento de las cuentas básicas de la empresa. Un hombre famoso por su ecuanimidad fue el mejor aval para que nadie volviera a cuestionar su presencia ni sus preguntas.

La visita a la fábrica de aceite fue un calco de la primera. Elena se movió sola por las instalaciones, desprendiendo confianza y autoridad. Su curiosidad era inagotable, como un niño que descubre el mundo por primera vez, mostrando a Diego el camino correcto hacia la conquista de su corazón.

Él supo inmediatamente cómo actuar.

Con sus ojos negros brillantes de orgullo, observó de reojo a Rosalía que, callada y apartada, disfrutaba de los progresos de Elena. La joven se movía de un lado a otro ávida por aprender, estableciendo una relación cordial con sus subordinados y calibrando cuidadosamente la información recibida de ellos. Demostraba costumbres que a otro podrían parecerle extravagantes en una dama de alta alcurnia, pero que Diego encontraba fascinantes. Su pasión era tan contagiosa que el calor que parecía desprender llegó hasta su alma, decidiéndolo a filtrarse en ella hasta hacerse indispensable.

Tanto como el aire que respiraba.

Impulsado por la agitación que brotaba de ella, le propuso visitar la conservera para luego comer en su casa, comprobando con sorpresa que Elena buscaba la aprobación de Rosalía antes de aceptar.

El aya era la llave maestra que le abriría los secretos de su cuerpo y de su espíritu.

Un duro escollo en sus firmes propósitos, pero nada que su labia y su encanto no pudieran superar.

Necesitaba quedarse a solas con ella para ganársela.

La primera oportunidad se le presentó inesperadamente al poco tiempo de llegar a la conservera, cuando Elena, después de estudiar con atención todo lo que su hermano Lorenzo le mostró acerca del funcionamiento de la fábrica, insistió en que deseaba ver el almacén donde apilaban las conservas antes de darles salida hacia el resto de España.

—El encargado del almacén estará allí, y Lorenzo puede llevarte —le dijo Diego—. No te preocupes, yo te acompañaré enseguida, en cuanto resuelva un asunto pendiente.

Con una sonrisa de satisfacción, ella se dejó conducir por Lorenzo, mientras Diego tomaba gentilmente del brazo a Rosalía y la guiaba escaleras arriba hacia su despacho.

—¿Yo soy su asunto pendiente?

Una vez en él, cerró la puerta y apoyó su hombro en ella mientras se cruzaba de brazos y la invitaba a sentarse.

—Algo tiene que ver —respondió. Acercándose a una mesa sirvió vino en dos copas y le ofreció una—. ¿Soy de su agrado, Rosalía?

Sin mostrar asombro por su tono directo, el aya bajó los ojos meditando la respuesta. Cuando volvió a alzarlos, se encontró con la imponente y masculina presencia de Diego junto a ella en una actitud que revelaba sus ansias de ser aceptado.

—He visto mucho en mis largos años de vida —le dijo, poniendo una mano menuda y arrugada sobre su brazo—. He vivido el amor en todos sus sentidos y he sufrido la infamia y la perfidia, pero nunca había sido tratada como una señora —reconoció con franqueza—. Ni siquiera por mis amantes.

Diego reprimió una carcajada.

—¿La he sorprendido? La mujer en sí merece todo tipo de atenciones por su propia naturaleza, independientemente de la posición social que ocupe.

—Es usted fuerte, y posee el poder y la inteligencia necesarios para conquistarla —le halagó—. No soy amiga de rodeos; sí, me gusta. Usted puede ayudar a mi niña a que sus objetivos se hagan realidad.

—Deduzco por sus palabras que aprueba mis fines, aunque desconoce mis métodos.

Rosalía torció la boca en algo parecido a una sonrisa maliciosa.

—Supongo que son los de todo hombre de su calibre —concluyó —, pero no me corresponde a mí valorar la honestidad de esos fines, señor. Si ella los conoce y consiente, yo también.

—No obstante yo me siento obligado a informarla, no le quepa duda —insistió Diego—. Dado el amor que Elena le tiene y el respeto que me merece... Esa es la principal razón de esta conversación.

Fuera de aquel pequeño cuarto, un creciente murmullo se alzaba por encima del ruido de las máquinas y le distraía de su propósito. El murmullo pasó a ser un preocupante conjunto de gritos, pero Diego los ignoró momentáneamente.

—Voy a casarme con ella —informó de pronto.

El aya hizo un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Una ya no espera este tipo de noticias a ciertas edades. ¿Ella sabe de sus intenciones?

—Por supuesto.

—¿Y ha... aceptado? —insistió con escepticismo.

Diego metió las manos en los bolsillos del pantalón y se paseó por el despacho, aparentemente absorto en sus pensamientos.

—No exactamente —admitió de mala gana—. Ha consentido en el cortejo previo al matrimonio, pero yo haré que acepte el resto. Siempre y cuando usted esté de acuerdo, claro está.

Rosalía se tomó su tiempo en contestar.

Aquel hombre era todo un caballero, con una firmeza que le invitaba a pensar que no abandonaría sus intenciones con respecto a Elena tan fácilmente. Estudió con atención su expresión, su mirada rebosante de determinación, y no dudó ni un instante de la veracidad de sus palabras.

Supo que poseía las cualidades necesarias para ser el amante perfecto, el fiel esposo, y una expresión de alivio se adueñó de su semblante severo.

—Si consigue que ella lo acepte por completo y la hace feliz con ello, tiene todas mis bendiciones, señor —manifestó. Como muestra

de agradecimiento Diego la levantó de su silla y estampó un sonoro beso en su mejilla.

Justo al mismo tiempo la puerta se abría de par en par y Lorenzo entraba por ella, con la cara tiznada de negro, y el pelo chamuscado. El olor a humo le invadió las fosas nasales y su sexto sentido le alertó del peligro. Un miedo atávico y profundo le atenazó la garganta para barrer con fuerza su entusiasmo sustituyéndolo por un frío glacial.

—Alguien ha provocado un incendio en el almacén... —farfulló su hermano apoyándose en la mesa—. Cerraron la puerta por fuera y Elena quedó atrapada dentro...

Diego palideció, y Rosalía ahogó un grito de espanto.

—Ella... Ella está...

No pudo continuar la frase. Un temor como jamás había conocido surgió de sus entrañas. Sujetó a Lorenzo por los hombros, mientras una voz cruel repetía en su oído la palabra maldita que él se negaba a pronunciar.

—Conseguimos abrir la puerta y sacarla a tiempo, tranquilo. Pero está inconsciente, y sus manos tienen fuertes quemaduras.

—Un médico... —susurró de pronto, consciente de lo que Lorenzo le estaba diciendo mientras la sangre volvía a correr por sus venas a un ritmo vertiginoso—. ¡Hay que llamar a un médico, maldita sea!

—¡He enviado al encargado! Alguno de los dos médicos de Ronda estará disponible…

Diego ya no lo escuchaba. Bajaba las escaleras de tres en tres como una exhalación. Tenía que volar a su lado, y ni un ejército entero hubiera podido disuadirle de lo contrario.

En un rincón, apartada de todo el desorden que el incendio había originado y del esfuerzo titánico de sus trabajadores por extinguirlo, yacía el cuerpo inerte de Elena. Con una agilidad impropia de alguien de su edad, Rosalía corrió a su lado y se arrodilló para poner su cabeza sobre el regazo, propinándole pequeñas palmaditas en sus mejillas y llamándola con voz suave.

Pero ella no respondía.

Los pies de Diego se volvieron tan pesados como el plomo. Hizo un esfuerzo sobrehumano por moverse mientras un sudor frío

empapaba todas y cada una de sus prendas de vestir, para arrodillarse al otro lado de la joven y buscar con sus dedos el pulso en su cuello desesperadamente.

La señal que le indicara que aún vivía.

Afortunadamente, no tardó en encontrarla: pequeños y constantes latidos bajo sus yemas que proclamaban a gritos que Elena había burlado a la muerte, aunque permaneciera inconsciente.

—Gracias a Dios no se ha asfixiado con el humo —murmuró aliviado.

Solo en ese momento se permitió clavar la mirada en sus manos.

El dorso enrojecido, la piel levantada y en muchas zonas en carne viva.

Diego cerró los ojos y apretó los dientes. Casi pudo sentir su dolor, su angustia, mientras las llamas se acercaban inexorablemente.

Y él no había estado allí para ayudarla.

—No se castigue, señor. No puede estar en más de un sitio a la vez —oyó decir a Rosalía, adivinando sus pensamientos—. Por suerte ha tragado tanto humo que tardará en volver en sí. De lo contrario, no habría podido soportar el dolor de las quemaduras.

—Aún respira. Eso es lo que importa.

Alguien posó una mano en su hombro. Cuando Diego se volvió y vio el rostro atribulado del encargado, el alma se le cayó a los pies.

Había vuelto solo. Ningún médico le acompañaba.

—No estaban disponibles, señor —le explicó consternado—. Uno de ellos se encuentra en casa del Gobernador atendiendo a su esposa, y no saldrá de allí hasta bien entrada la noche. El otro ha acudido a La Dorada. Al parecer, Juan Lomana ha resultado herido en una pierna en un accidente de caza.

Elena necesitaba atención urgente e inmediata.

Diego recordó lo que su hermano le había dicho.

«...Incendio provocado...».

No era el momento de hacer ese tipo de averiguaciones; la Guardia Civil se encargaría más adelante, aunque al menos ahora sabía con certeza que el bastardo de Lomana no había tenido nada que ver en el asunto.

Elena comenzó a toser de pronto. Con un atisbo de esperanza Diego tomó su cara entre las manos con delicadeza y la sacudió ligeramente, intentando que sus ojos se centraran en él.

Sus esfuerzos fueron en vano. La muchacha murmuró algo ininteligible y, tal y como los había abierto, volvió a cerrarlos, cayendo de nuevo en la inconsciencia.

—Esas quemaduras necesitan cuidados —reconoció mientras la impotencia lo consumía—. La llevaremos en la calesa hasta mi casa. No está lejos de aquí.

Sin dejar que la desesperación dictara el curso de sus actos, la cogió en brazos y salió con ella de aquel escenario dantesco. Su fortaleza interior se había hecho añicos cuando la vio allí, con su vestido destrozado y su pelo convertido en una maraña de rizos negros. El corazón se le había encogido tanto que creyó que le había desaparecido del pecho, pero un agudo sentido de protección consiguió abrirse camino a través de su sentimiento de culpa y le impulsó a actuar frente a todo el cúmulo de adversidades que de pronto se le presentaban.

Había perdido el almacén y buena parte de su producción anual. Eso sin contar con el inquietante pensamiento de saber que alguien de fuera, o peor aún, uno de sus propios trabajadores, había encerrado a Elena en el almacén y le había prendido fuego, mientras Lorenzo y el encargado la habían dejado sola; algo que tendría que aclarar con ellos cuanto antes.

Aun así, nada era comparable al terror experimentado ante la simple posibilidad de que ella hubiera muerto. Que le hubiera abandonado mientras él trataba de ganarse sus favores a través de su aya.

El tacto reconfortante de una mano en su hombro hizo que abandonara sus negras reflexiones. Cuando se volvió, se encontró con el rostro sereno y surcado de arrugas de Rosalía.

—Iré con usted y haré una pomada para aplicar a sus manos. —Con sonrisa segura, la gitana asintió a sus propias palabras—. Confíe en mí, señor. Sé lo que me hago. Entre los dos conseguiremos que sane.

***

No lejos de allí, pero a una distancia prudencial, una oscura figura observaba el desarrollo de los acontecimientos con una mezcla de expectación y contrariedad ante aquel inesperado desenlace.

Un disimulado suspiro de fastidio surgió de su boca, pero afortunadamente nadie pudo oírlo porque ya se alejaba de la conservera a buen paso y en dirección a su propia casa. Cuando pensó en el orden de los acontecimientos de aquella mañana tan extraña, aminoró su marcha hasta que se detuvo en uno de los bancos de la plaza y se sentó.

Le urgía descansar y ahuyentar de su persona el estado de crispación en el que se hallaba.

Se frotó las manos con ademán nervioso, cerró los ojos y rezó en silencio para que al fin Elena Robles hubiera encontrado la muerte, aunque luego sonrió con amargura.

Solo una cabeza tan simple como la de Lomana elaboraría un plan semejante esperando que tuviera éxito. El tutor de la muchacha le había contado todo el mismo día que habían liberado al jornalero, el muy desgraciado. Discutieron largo y tendido acerca de la situación, pero todas las soluciones pasaban por el mismo camino: acabar de una vez con la incómoda presencia de Elena Robles. Solo que en esa ocasión Juan no había aireado su amor platónico por alguien que comenzaba a detestarlo, sino que había dado la callada por respuesta. Y con ello, había facultado a su cómplice para que actuara como más le conviniera.

Durante nueve años había tenido infinidad de ocasiones y de medios para terminar con aquella jovencita demasiado independiente, y en cada una de ellas sus manos hubieran permanecido impolutas. Pero se había fiado de alguien que resultó ser un débil mental, un niño llorón mendigando una comprensión sensiblera que le provocaba náuseas.

Ocupando aún el banco de la plaza, se percató de que la lluvia había hecho acto de presencia; el Todopoderoso la habría enviado para auxiliar a los trabajadores de Casanueva en su empeño por extinguir el incendio que había provocado.

La oscura figura se encaminó a su casa con paso apresurado para evitar mojarse. Asistiría al entierro de la odiada Elena, derramaría lágrimas de pena y vestiría de riguroso luto, solo por un tiempo, por supuesto.

Después, resurgiría de sus cenizas como el Ave Fénix y abandonaría su parcial anonimato para ocupar todo el protagonismo que un día le robaron, junto con su orgullo y la fortuna Robles.

Lo que siempre debió ser suyo, por derecho y por amor.

# 12

Aquello que oía eran voces.

Algunas le resultaban familiares, como el murmullo acalorado de Diego peleando con la firmeza experimentada de don Fabián, o incluso el suave sonido apaciguador de Lorenzo, que entraba y salía de la habitación, aparentemente cumpliendo órdenes de su hermano.

Después, silencio.

La quietud densa e inamovible que acompañaba al solitario descanso del enfermo. El dolor que partía sus manos en dos mezclado con la resignación de abandonarse a dulces y desconocidos cuidados que aliviaban su tormento a ratos, hasta que después de un tiempo indeterminado, el peso de sus párpados se aligeró lo suficiente como para permitirle abrir los ojos. Estos se acostumbraron a la escasa luz reinante para ofrecerle una vaga visión de la estancia en la que se hallaba.

Muy lentamente, giró su cabeza buscando algo familiar en aquella alcoba amplia, decorada con muebles sobrios pero de innegable calidad, aunque no logró encontrarlo. Conforme la sensación de vértigo fue cediendo, usó los codos para incorporarse un poco más, hasta apoyar parte de la espalda sobre la almohada. Por el momento, era lo único de lo que se podía servir para moverse.

Aquel gesto debió de suponer un esfuerzo considerable para su debilitado organismo, pues un sudor abundante le brotó de cada poro, al tiempo que un estremecimiento sacudía su columna vertebral, como si estuviera desprotegida... Desnuda.

¿Lo estaba? Una inquietante sensación de desasosiego creció en su interior a la vez que dirigía su inquisitiva mirada hacia su propio cuerpo. Aquel vaporoso y desvergonzado camisón blanco que tapaba lo justo para aparentar decencia no era el elegante vestido con el

que ella había salido de La Dorada, y su tejido era tan liviano que le había hecho creer que no llevaba ropa alguna.

Con un nuevo vistazo a la habitación, Elena se dio cuenta de que aquella alcoba desconocida estaba decorada con un gusto claramente masculino. Con sus manos impedidas, el sabor a quemado en la garganta, semidesnuda y con un camisón que apenas le llegaba a la rodilla, cuyas mangas amplias facilitaban el acceso a cualquier parte de su cuerpo, creyó que realmente habría parecido muy vulnerable.

Incluso apetecible para según qué boca.

A medida que el sopor iba desapareciendo, Elena comenzó a pensar con más lucidez y a observar con más atención.

Los incipientes rayos de sol que se colaban a través de las rendijas de la persiana le dijeron que aún era temprano, y le permitieron discernir con más claridad la chimenea apagada que presidía la estancia, o el pequeño diván sobre el que alguien parecía estar descansando acurrucado.

En realidad, en ese momento podía escuchar con claridad sus suaves ronquidos, mezclados con otra serie de ruidos de origen desconocido que no se preocupó en identificar. Intrigada, intentó moverse en la gran cama, pero el borde de su camisón ascendió hasta medio muslo, mostrando buena parte de sus piernas. Temiendo que el desconocido se despertara y la viera de aquella guisa, intentó bajárselo con un brusco movimiento, pero solo logró que su grito de dolor lo alertara de inmediato.

Con agilidad, como si su sueño hubiera sido en realidad un duermevela, Diego se puso en pie y corrió hacia la cama para arrodillarse junto al cabecero y apoyar sus manos en los hombros de Elena.

—¿A dónde crees que vas? —la reprendió con voz suave, y nuevamente la obligó a tumbarse boca arriba.

Ella observó mejor su rostro cansado, los cercos oscuros bajo sus ojos y la barba densa que poblaba sus mejillas. Durante un segundo contuvo la respiración. Fue el efecto inmediato de aquella amplia sonrisa de alegría al verla consciente, o de la caricia que dispensó a su mejilla en un gesto familiar y dolorosamente cercano.

Él había sido su ángel de la guarda, el que había velado su sueño y había aliviado lo que parecía una larga agonía. El mismo que ahora la miraba con tanta dulzura que no pudo sino dejar que su dedicación absoluta la envolviera con su manto protector.

—Aún estás muy débil... Pero al fin has despertado —le oyó susurrar con alivio—. ¿Recuerdas lo que sucedió?

Ella asintió lentamente, mientras volvía a revivir las llamas que se alzaban implacables en el exterior del almacén y que traspasaban los deteriorados muros del recinto, mientras ella intentaba escapar y caía, quedando sus manos aprisionadas bajo una viga que se derrumbaba.

A partir de ahí, la oscuridad más absoluta.

—Has estado dos días inconsciente. El doctor nos aseguró que el ungüento preparado por Rosalía surtiría su efecto en poco tiempo, pero entretanto debes reposar, no moverte con brusquedad y, por supuesto, recuperar fuerzas lo antes posible.

—Gracias...

Aquella palabra salió de su boca con dificultad. Su voz sonó tan ronca que ni siquiera la reconoció como suya.

—No hay nada que agradecer. —La rudeza de su expresión iba dirigida a él mismo. De un solo movimiento se levantó y depositó un húmedo beso en su frente—. Si yo hubiera estado contigo, no habría pasado nada de esto.

—Tú no...

—No te fatigues hablando. —Un escalofrío sacudió sus hombros. Diego la cubrió parcialmente con la sábana—. Has tenido una fiebre muy alta, pero ahora que ha remitido puedes enfriarte.

—Huelo mal —manifestó ella arrugando su nariz.

Él sonrió y tomó su cara entre las manos.

—Rosalía ha hecho lo que ha podido con tu higiene personal dadas las circunstancias, pero el olor a humo aún sigue impregnado en tu pelo, aunque he de reconocer que los dos necesitamos asearnos. El doctor advirtió que era arriesgado que tomaras un baño tan pronto, pero no te preocupes, princesa. —Hizo una pausa para ofrecerle un poco de agua, que ella tuvo que tomar a pequeños sorbos—. Tenerte así cuando podías haber muerto es un regalo para

mí, y como tal merece una recompensa. Te doy mi palabra de que tomarás ese baño.

—El camisón...

Diego procuró no asomarse demasiado a aquel escote y alzó las manos.

—Yo no he tenido nada que ver —replicó—, aunque bien mirado, tenerte en mi cama tan ligera de ropa ha sido algo deliciosamente inesperado. Quizá aproveche esa ventaja.

Ella no tuvo más que seguir su ardiente mirada para descubrir que la areola de uno de sus pezones comenzaba a asomar por el borde del vertiginoso escote, así que ignoró el dolor que comenzaba a palpitar en sus manos e intentó cubrirse.

—No te muevas. —Con un movimiento lento y estudiado que evidenciaba su contrariedad, él mismo extendió la sábana hasta sus hombros—. Es una pena que algo tan hermoso tenga que permanecer cubierto. Me he comportado como un maldito fraile y seguiré haciéndolo en los próximos días, pero no te acostumbres. Tenemos un cortejo pendiente.

El aliento de sus palabras se posó en su cuello tan repentinamente que el calor volvió a su cuerpo como respuesta, superando incluso el malestar de sus manos. Elena volvió la cabeza hacia él. Un guiño cómplice y una media sonrisa burlona le indicaron que Diego bromeaba. Suspiró aliviada, pero él obsequió su gesto tomando su cara de nuevo y dejando caer una lluvia de besos sobre ella.

Hasta que, con esfuerzo, levantó sus manos hacia él en un gesto tan suplicante que el semblante barbudo y descuidado se ensombreció de nuevo por la inquietud.

—Vuelve a doler —gimió con voz trémula.

La reacción de su caballero andante no se hizo esperar. Sobre la mesilla de noche descansaba una palangana con agua y una esponja. Junto a ella, un frasco que Diego tomó para verter parte de su contenido en una cuchara.

—Láudano —explicó—. Es desagradable y no muy conveniente con el estómago vacío, pero te aliviará y te ayudará a dormir.

Ella lo tomó sin rechistar. Como recompensa, Diego la estrechó entre sus poderosos brazos mientras apoyaba la barbilla en sus rizos, sin importarle que el olor acre del fuego que se había adueñado de la alcoba se infiltrara también hasta su cerebro.

—Yo aliviaré tu sufrimiento —le aseguró con voz persuasiva—. Ahora que por fin has despertado he de ir a la conservera, pero Rosalía velará tu sueño. No tardaré, y cuando vuelva te juro que no me apartaré más de tu lado.

Hundió sus dedos en el enmarañado cabello negro y la mantuvo junto a su corazón un tiempo indefinido, hasta que oyó su respiración acompasada y notó que todos sus miembros se relajaban contra su pecho. Seguro de que la medicina estaba haciendo su efecto, colocó su cabeza sobre la almohada con infinito cuidado y depositó un beso fugaz en la punta de su nariz.

—Descansa, vida mía —susurró mientras se alejaba hacia la puerta.

Ella creyó escucharle en la distancia, pero no estuvo muy segura de ello, porque el dolor comenzaba a remitir al tiempo que se dejaba conducir mansamente hacia las profundidades del letargo sabiendo que, esta vez, sus agitadas pesadillas se verían por fin reemplazadas por un sueño largo y apacible.

***

Se estaba comportando como un jovenzuelo impaciente e inexperto. Por eso estaba allí, con su aspecto desaliñado y las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo, recogiendo los escombros calcinados del almacén con una pala y llenando las carretillas. Sudaba y trabajaba hasta la extenuación como uno más, controlando la situación en la conservera mientras Lorenzo se desplazaba a El Capricho para atender los asuntos del cortijo.

—Don Diego de Casanueva, supongo.

Tan inmerso estaba en sus propias cavilaciones que la voz profunda que oyó tras él hizo que se sobresaltara, aunque lo disimuló.

Cuando se dio la vuelta para ver quién lo había importunado parpadeó desconcertado. Aquel hombre uniformado cuya mano estrechaba se había presentado en su casa después del incendio, pero él lo había derivado a su hermano y al encargado del almacén.

—El famoso capitán Salcedo —saludó a su vez—. No esperaba su visita, pero como ve estoy muy ocupado, así que...

—No se preocupe, seré breve —lo interrumpió Salcedo—. Alguien tan difícil de encontrar debe tener muchas cosas interesantes que decir.

Los dos hombres se examinaron en silencio, hasta que finalmente Diego se alejó unos metros del lugar y sacudió el polvo de sus pantalones.

—No sé en qué puedo serle útil, capitán —aclaró con brusquedad —. Si mi hermano y el encargado han hablado con usted, ya tendrá toda la información necesaria acerca de lo sucedido aquí hace dos días.

—Confieso que llegué a sospechar de su actitud escurridiza, pero ahora que lo veo trabajando como uno más de sus empleados, reconozco que me ha sorprendido gratamente. ¿Cómo está la señorita Robles?

—Recuperándose. —Con un resoplido de impaciencia, Diego señaló los escombros—. Mire, si necesita algún listado de clientes habituales o del personal a mi servicio, el administrador se lo facilitará con mucho gusto. Ahora, si me disculpa...

No hubo dado dos pasos seguidos cuando las palabras del capitán lo detuvieron.

—La señorita es menor de edad pero usted la tiene en su casa, esperemos que con el consentimiento de ella misma y de su tutor legal...

Diego se cruzó de brazos. Ignoraba qué era lo que en realidad buscaba aquel hombre, pero presentía que no tardaría en saberlo.

—Soy su pretendiente formal. Pronto nos casaremos. ¿No se lo ha comentado Lomana? Si no me cree, puede interrogarlo. Tengo entendido que sufrió un accidente de caza y que está recuperándose lentamente en su casa de Ronda.

Salcedo asintió con aire pensativo.

—Paquillo y su partida merodean por los alrededores sembrando el pánico entre la población de la Serranía. Mientras tanto, el Marqués permanece oculto. No sabrá usted nada al respecto...

Diego se rascó la barba áspera y puso los ojos en blanco.

Comenzaba a exasperarse.

—A no ser que sospeche que cualquiera de esos bandoleros ha podido provocar el incendio del almacén, no alcanzo a comprender el sentido de ese comentario, capitán.

—El primero es un gitano. El segundo un hombre culto y, por lo tanto, adinerado —aventuró Salcedo, aunque aquella declaración no produjo ninguna reacción en Diego—. Esperaba que usted pudiera arrojar algo de luz al asunto, puesto que tiene de ambas cosas.

—¿Es mi vida privada o el origen de mi sangre algo relevante para descubrir quién intentó asesinar a la señorita Robles? — Salcedo apretó los dientes contrariado y negó con la cabeza—. Entonces, dígame, ¿cree que Paquillo o el Marqués han sido los artífices de este desastre?

—En realidad, supongo que son tan culpables o inocentes como el resto. A no ser que tengan algún asunto privado con usted y hayan decidido solventarlo de esta manera...

—«El resto» puede ser mucha gente, capitán. —Diego arqueó una ceja y chasqueó la lengua—. Parece que el Marqués le está quitando el sueño.

—Él caerá, como han hecho otros antes.

—Le deseo suerte en su empresa. Pero mientras tanto, le aconsejo que se deje de conjeturas y concentre sus esfuerzos en encontrar al culpable de todo esto.

—Según me han contado, es usted un hombre de recursos —apuntó Salcedo con secreta satisfacción—. La señorita se repondrá, y si el traidor está entre sus filas, lo descubriremos.

—No le quepa la menor duda. Cuanto mayor es el escollo superado, mayor es la grandeza espiritual del hombre que lo supera.

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Me alegro, porque exijo justicia, capitán.

—Quizá necesite ayuda... —reconoció con falsa humildad Salcedo.

—Y yo le reitero mi ofrecimiento —dijo Diego—. El administrador estará a su disposición.

Vencido por primera vez en mucho tiempo, el capitán supo que no conseguiría más del empecinado hermetismo que el terrateniente volvía a exhibir, así que con un suspiro de resignación se encaminó hacia las dependencias de la fábrica.

***

—Se está comportando como un enamorado recién casado, don Diego. ¿Se da usted cuenta?

Las palabras del aya martilleaban en su cerebro en forma de una luz de alarma que él desoyó por completo.

La semana transcurrida desde el incendio había servido para muchas cosas aparte de la notable mejoría de Elena. Sus manos estaban prácticamente curadas, aunque aún permanecían vendadas, y su curiosidad y vivacidad innatas habían vuelto a ella a medida que sus fuerzas la impulsaban a ir más allá de la puerta de su alcoba.

Durante ese intervalo de tiempo, Diego dejó de lado la conservera y pasó a llevar sus asuntos desde su casa. Descubrió así que pasar el tiempo con una mujer fuera de su cama podía resultar muy placentero.

Pero Elena no era cualquier mujer. Solo había que observar su recuperación para darse cuenta.

Aquella mañana habían recibido un telegrama de Catalina anunciando la celebración de una fiesta de disfraces en cuanto ella estuviera en condiciones de regresar, y la visita del doctor trajo buenas noticias: podrían volver al día siguiente si así lo deseaban.

La respuesta de Diego al telegrama de Catalina no se hizo esperar. Salió de su casa y regresó con dos vestidos que colocó sobre el diván de su alcoba aprovechando que Elena descansaba sola en su cama. Una costumbre que pensaba cambiar esa misma noche, pensó.

Por eso se encontraba allí en aquel anochecer espléndido, vestido tan solo con unos calzones y una larga, austera y oscura bata,

atizando el fuego que él mismo había preparado en la seguridad de que Elena aún dormía.

—Esta noche no me encuentro bien, don Diego —le había anunciado Rosalía momentos antes—. ¿Le importaría dar la cena a Elena solo por hoy? Supongo que me hace falta un buen descanso.

Por primera vez, y gracias a la complicidad encubierta de Rosalía, ambos disfrutarían de una cena en la intimidad.

Sus propósitos eran claros, pero a punto estuvo de olvidarlos cuando echó un vistazo a la cama para asegurarse de que Elena aún dormía, y se encontró de bruces con una auténtica visión, un ángel venido del más allá que lo llamaba con su voz suave y dulce.

La sábana se había retirado de su cuerpo, y el camisón se había alzado por encima de sus muslos, proporcionándole un pequeño esbozo de sus rizos negros entre las piernas. Una provocación directa y poco saludable para sus pasiones retraídas durante una eternidad. El reclamo para que abandonara por fin su absurda abstinencia y corriera hacia ella, haciendo a un lado el respeto a su pudor y el agudo instinto de protección que lo habían llevado a comportarse como un auténtico bobalicón.

Encendido por el calor femenino que parecía atraerlo con una fuerza irresistible hacia la cama, apretó la mandíbula y se concentró en disponer todo para la cena.

Necesitaría echar mano de todo su autodominio para seducirla lentamente, para persuadirla de la conveniencia de los planes que le rondaban por la cabeza. Sometido a sus más oscuras y bajas pasiones, esas que arrebatan el sentido y el orgullo, con tan solo una breve ojeada a sus pechos semidesnudos y a su melena deliciosamente desordenada, Diego supo que debería contenerse si quería que aquella noche terminara de manera conveniente.

—Diego...

La suave caricia de su voz le llegó al tiempo que sus ojos amatista parpadeaban soñolientos aún, abarcando con la mirada la cena perfectamente dispuesta sobre la mesa adornada con dos velas encendidas, cuyo aroma le llegaba a su nublada mente y despertaba sus sentidos. El sereno crepitar de los leños en la chimenea proporcionaba un confortable y estudiado ambiente.

Elena vio por el rabillo del ojo los dos vestidos colocados a un lado del diván, pero su atención se centró en el fuego que consumía la leña y caldeaba la alcoba.

Diego malinterpretó su escalofrío involuntario. Como una exhalación, fue hacia ella, maldiciéndose por su torpeza.

—¿Tienes miedo? —le dijo, mientras la ayudaba a levantarse—. No te preocupes, ahora mismo apagaré la chimenea.

Con una tenue sonrisa, ella le dio a entender cuán equivocadas eran sus suposiciones.

—¿A qué se debe todo esto? Es que no...

Se interrumpió al comprobar lo cerca que Diego se hallaba de su persona, lo fina que era la tela de su camisón... Y lo condenadamente guapo que estaba con su pecho semicubierto por la bata, el rostro moreno muy cerca del de ella, perfectamente rasurado y con aquella piel curtida que durante toda una semana ella había deseado tocar. Solo que aún no podía.

Con sus ojos negros clavándose en los de ella, Diego la tomó de la cintura con tanta fuerza que casi la alzó en vilo, temiendo quizá un rechazo que no se produjo. En cambio, comprobó complacido cómo ella estiraba los brazos por detrás de su cuello y alargaba su rostro hasta alcanzar el de él, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos.

Deseaba ser besada.

Y él se había consumido por dentro durante un tiempo interminable esperando poder satisfacer aquel deseo.

Se apropió de aquellos labios hechos para el pecado más sublime y absorbió el dulce néctar de su boca con frenesí mientras pegaba su cuerpo al de ella y sus manos recorrían su espalda en una lenta y maliciosa exploración. Era un beso destinado a robar el alma y recoger al descuido cualquier intento de resistencia para arrojarlo luego por la ventana.

La mejor expresión de todas las emociones contenidas durante una tortuosa e inmisericorde semana en la que ambos se habían tenido que contentar con miradas furtivas y suaves besos que derrochaban castidad.

Con un suspiro de parcial satisfacción, Diego la apartó de él, aunque no lo suficiente como para no sentir la presión de sus rosados pezones contra su pecho ardiente a pesar de la fina tela que los cubría, siguiendo el curso de su inquisitiva mirada.

Sabía que tenía que dar alguna explicación con respecto a las prendas del diván.

Una verdaderamente convincente.

—El vestido de gitana es para la fiesta de disfraces que tu prima organizará cuando te hayas repuesto por completo. El otro, mucho más elegante, para nuestra vuelta al cortijo —dijo, remarcando deliberadamente las últimas palabras—. Mañana nos iremos a La Dorada, y yo te acompañaré hasta la puerta.

Ella se puso tensa.

—Me temo que en ese punto nuestros criterios son dispares —respondió—. No creo que sea apropiado que te presentes allí como si...

—Un asesino anda suelto. Ya cometí el error de dejarte sola una vez. —Sin previo aviso, Diego la tomó en brazos y cruzó la estancia —. Solo te librarás de mí si a cambio tienes otro vigilante al menos tan insistente como yo, princesa. No sé, creo que Leo estaría bien.

—¿Y si me niego?

Quería parecer enfadada, pero el calor que brotaba de su pecho parecía sumirla en un estado de creciente excitación que la obligaba a suavizar el sonido de su voz.

—Oh, no importa. —Su tono despreocupado incluso la hizo sonreír. Últimamente sonreía muy a menudo—. Yo haré que prevalezca el sentido común, al igual que ha sucedido en esta última semana.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a utilizar? ¿Tu innegable fuerza física, o tu brillante ingenio?

Diego se encaminó con ella hacia la puerta entreabierta que daba a su aseo personal. Una encantadora excentricidad muy propia de alguien que disfrutaba con las comodidades, como ella había podido observar.

—Un hombre cabal hace uso de ambas cosas por igual, princesa.

Las palabras bailotearon cerca de su oído cuando él la dejó por fin en el suelo con extrema delicadeza y finura, temiendo que el dolor regresara a sus manos. Luego, como si fuera lo más natural del mundo, se desprendió de su bata y se quedó con aquella prenda ajustada y aún más desvergonzada que su camisón.

Para él no eran más que actos cotidianos y despreocupados, pero la boca de Elena comenzó a secarse cuando su mirada descarada y curiosa se quedó clavada en su magnífico pecho, en los músculos que, sin sobresalir demasiado, se remarcaban lo suficiente como para parecer esculpidos en piedra, y en el vello oscuro que aparecía entre sus pezones y bajo su ombligo, en una línea vertical que desaparecía tras el elástico de sus calzones.

Entonces, ante su más absoluta sorpresa, aquel bulto de considerables proporciones que presionaba la tela de la prenda comenzó a aumentar su tamaño.

Demasiado intrigada para mostrarse convenientemente escandalizada, Elena ansió poder tocar para descubrir a qué se debía aquel cambio, pero maldijo para sus adentros aquello que le impedía hacerlo. En su lugar, lanzó un largo y ruidoso suspiro de anhelo.

Diego sonrió. Con la respiración lenta y pesada, se acercó a ella y levantó su barbilla.

—¿No tienes hambre? —le preguntó ella con un hilo de voz—. La cena se estará enfriando...

—Son otra clase de apetitos los que me mueven ahora, y te aseguro que estoy hambriento. —Alentado por la reacción de ella al verlo semidesnudo, Diego tomó el camisón por los hombros con la intención de deslizarlo hacia abajo, pero ella dio un desconcertante paso atrás.

Solo en ese momento reparó en la bañera llena de agua caliente detrás de él.

—¿Qué haces? —le preguntó con tirantez.

—Cumplo las promesas hechas a una dama. Te dije que te proporcionaría un relajante baño. Aunque tus manos no pueden mojarse, el resto de tu cuerpo sí. —Después de una pausa, añadió —: Tú querías aprender de mí; yo te enseñaré todo lo que sé.

—No pienso dejar que me bañes desnuda.

Aquella afirmación categórica le enfrió la sangre tan rápidamente como su lenta e inocente mirada se la había encendido momentos antes. Confundido, se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Y por qué diablos no? —preguntó airadamente.

Elena bajó los ojos. No quería que nada en ella revelara la necesidad que le devoraba el corazón apartando de sí todo asomo de duda, la urgencia descarada que la consumía instándola a suplicar su contacto físico. El calor palpitante y punzante en su parte más íntima y femenina que reclamaba una clase de satisfacción hasta el momento desconocida.

Tenía que mentir. Otra vez.

—Me da... vergüenza.

Su voz apenas audible sonó como si realmente prefiriera ser besada por una cohorte de hombres picados de viruela antes que ser desnudada por él.

Pero Diego siempre tenía un as bajo la manga. Como si no hubiera oído nada, la tomó en brazos de nuevo y la sumergió en el agua de la bañera con el camisón incluido, ignorando sus insultos indignados y sus chillidos encolerizados, hasta que ambas cosas cesaron y contempló con una sonrisa de victoria su mohín altanero y enfadado, mientras mantenía los brazos colgando a ambos lados de la bañera.

—Esta es la única concesión que haré a tu pudor —le susurró mientras se arrodillaba junto a ella y tomaba una esponja con una mano y el jabón con la otra—. Tú no estás avergonzada. Quizás algo atolondrada, bastante desconcertada y un poquitín curiosa, pero no avergonzada... Eso no va contigo.

—¡Estoy indefensa y herida! ¡A merced de la rudeza de un hombre que dice ser un caballero y que me trata como...!

—...Como a una descarada mentirosa —concluyó él sin abandonar su tono de broma.

—¿Esta es tu idea de cortejo? —Decidida a borrar aquella expresión de autocomplacencia y seguridad, se preparó para lanzar todo el veneno de que era capaz por semejante atropello—. ¡El Marqués tiene más tacto conmigo!

Diego introdujo la esponja dentro de una de sus mangas y comenzó a frotar su axila, pero cuando oyó aquella afirmación se detuvo de inmediato. Permaneció con sus ojos fijos en el agua que empapaba la tela de su camisón y que la mantenía pegada a cada rincón de su piel, dejándola totalmente expuesta ante él, revelando todos los secretos de su cuerpo a través de su transparencia y arrancando de cuajo toda su capacidad de autocontrol.

La tensión se manifestó cruelmente en su pene, que se estiró y engrosó aún más.

Un hombre menos curtido que él en las artes amatorias habría tenido que sentir vergüenza de sí mismo.

Una bruma espesa le nubló los sentidos y le impidió moverse. Un gruñido sordo pugnó por salir de su garganta, pero él lo contuvo como pudo cuando oyó las palabras de ella que, lejanas, atravesaban la densa cortina de su pasión y encendían una luz de alarma en su cerebro.

—Al parecer, no estás tan indefensa como dices. —El sonido sereno de su voz le sorprendió incluso a él—. Tu lengua es afilada y certera, directa al corazón. Si fueras hombre e igualmente diestro con las armas, serías un gran soldado, aunque no pareces comprender que comparándome con ese bandolero solo consigues ensalzar mis virtudes.

—¡No pued...! ¡Oh!

La atrevida esponja, guiada por la experimentada mano de Diego, recorría ahora el contorno de uno de sus pechos con deliberada lentitud. Sus ojos se abrieron desmesuradamente para luego cerrarse con fuerza. Aquella caricia tibia y envolvente le hizo olvidar de pronto todo su enfado, pero la tensión que reflejaba su cuerpo era aún demasiado clara para él. La mano que masajeaba con descaro sus pechos comenzó a descender bajo la tela del camisón hasta efectuar lentos movimientos circulares en torno a su ombligo. Ella volvió a abrir los ojos. Se negaba a sucumbir a los dictados del deseo que Diego despertaba tan delicada como deliciosamente, así que intentó apartarse, pero él la sujetó por detrás de los hombros con su brazo libre para impedírselo.

—No te preocupes, mi amor —le susurró al oído—. Prometo dejarte hacer esto mismo conmigo cuando tú lo desees. Recuerda siempre que la limpieza es compañera de la santidad.

Los labios que lanzaban dulces palabras destinadas a reblandecer su corazón besaron el lóbulo de su oreja. Mientras con la punta de su lengua comenzó a recorrer la suave curvatura de su cuello, la esponja acarició la cara interna de sus muslos y trepó por ellos hasta alcanzar el lugar más íntimo de su cuerpo. Allí se detuvo, y ella abrió las piernas hundiéndose aún más en el agua, dejándose conducir por la lujuria ardiente y espesa que palpitaba en el centro mismo de su ser y lo abarcaba todo con sus inmensos brazos, a la vez que Diego abandonaba la esponja y pasaba a acariciarla con sus propios dedos. Muy lentamente al principio, con la palma de su mano en torno a su sexo, jugueteando con la abundante mata de rizos negros, enredando sus dedos en ellos y acercando su boca a la de ella para besarla hasta la extenuación. Hinchó sus labios, chupó y mordisqueó, arrancando así suaves gemidos de placer mientras su miembro se estiraba y endurecía aún más, hasta llegar a un punto especialmente doloroso. Una tensión irreprimible que se intensificó cuando pensó que realmente era el primer hombre que la acariciaba de aquella forma; el primero que profanaría el santuario de su virginidad.

Aunque no esa noche. Quería que ella se conociera a sí misma en su propia pasión, que pudiera darle tanto placer como él a ella. Iniciarla en los placeres carnales que ella había comenzado a abrazar con descaro y regocijo, mostrarle su verdadera naturaleza, tan evidente para él que con solo pensarlo estuvo a punto de dejar escapar su semilla.

Pero para ello debía proceder con más cautela, con más serenidad. Y si continuaba acariciándola de aquel modo, acabaría tomándola allí mismo, sin la más mínima consideración.

Con la respiración pesada, apartó su boca de la de ella y se forzó a pensar con coherencia, aunque aquellos pechos, con sus grandes areolas y sus pezones duros bajo la tela semitransparente, lo estuvieran tentando hasta la locura.

De un solo y desconcertante movimiento, Diego tomó el cabello de Elena entre sus manos y lo hundió bajo el agua para luego comenzar a frotárselo con energía.

—Ha sido muy buena idea meterte en el agua con... este camisón. Tus encantos harían pecar al mismísimo Jesucristo —dijo, avalando la afirmación con la mirada hambrienta de sus ojos negros —. Pero primero es la obligación.

Creyó que ella protestaría, pero no fue así. Cerró los ojos y se entregó a sus atenciones con abandono, sabiéndose vencida por el mágico tacto de él pero sin importarle nada, incluido el hecho de que tenía que depender de sus atenciones también para desprenderse del camisón mojado y secar su cuerpo y su larga melena.

Aquella vulnerabilidad le resultaba tan atrayente que no luchó contra los deseos que volvieron a asediarla cuando Diego la sacó de la bañera y la dejó desnuda ante él. Su mirada oscura y profunda era tan abrasadora que sus rodillas temblaron ante la anticipación de placeres ocultos y desconocidos para ella. No se arrepintió de comportarse como una licenciosa casquivana. Aquella tranquilidad serena le sirvió para degustar cada caricia de su pretendiente con deleite, mientras se dejaba envolver por una suave toalla y Diego la pegaba de nuevo a su cuerpo. Frotó su piel tersa y húmeda en pequeños círculos, avanzando en su encantadora incursión por los recovecos de su cuerpo y deteniéndose en lugares ocultos que ni siquiera creía que pudieran proporcionar algún tipo de placer.

—Mi pasión por ti es tan grande que me abruma. —Las palabras de Diego siguieron acariciándola mientras él la conducía de nuevo hacia la alcoba y la sentaba junto al fuego sin quitarle aún la toalla —. Pero esta noche no haré el amor contigo, princesa. Primero quiero que reconozcas tu propia pasión y su alcance, quiero mostrarte otras maneras de alcanzar el placer más absoluto...

Incapaz de formar una sola frase con sentido en su aturullada cabeza, Elena dejó que él comenzara a peinar su larga melena para desenredarla, con un peine que sacó de algún lugar y que probablemente habría sido usado por otras mujeres en aquellas

mismas circunstancias. Cuando terminó, Diego se apartó ligeramente y suspiró.

Cuidar así de una mujer, cepillar su pelo y disfrutar de su indefensión, era para él inaudito y excitante. Aunque todo lo que rodeaba a Elena Robles lo era.

—Cualquier monje enviaría al garete su voto de castidad por hundir sus dedos en una melena como esta —murmuró, ahogado en la fascinación que le producía verla allí sentada, de espaldas a él, silenciosa y sumisa—. ¿Te gustaron las caricias de antes, Elena? ¿Te gustaría repetirlas?

Su voz tembló por una sorprendente y desconocida inseguridad, pero ella lo miró por encima de su hombro y dejó que la toalla resbalara hasta su cintura. Aquella mirada era de todo menos candorosa e inocente, una silenciosa y satisfactoria respuesta a sus preguntas. Y la visión de sus jóvenes y turgentes pechos instándolo a disfrutarlos, una ofrenda demasiado suculenta como para ser rechazada. Ella se levantó, dejando caer por completo la toalla, y el pulso de Diego se disparó mientras sus pies permanecían clavados en el suelo y su oscura mirada se deleitaba en los botones rosados que se endurecieron bajo sus ojos, en sus caderas y en la incitante promesa de su sexo oculto bajo los húmedos rizos negros.

Aún no se habían secado, pero en caso de ser así, él haría que volvieran a mojarse.

No temió lastimarla cuando se acercó a ella y colocó las palmas de sus manos sobre sus pechos, comprobando con las yemas de sus dedos la suavidad de aquella piel que se le ofrecía sin reservas. Ni temió su rechazo cuando, con los dedos, comenzó a tirar de uno de los pezones hasta arrancar de su dulce boca un pequeño jadeo de placer. La joven se amoldó a él con una rapidez extraordinaria, y su pasión se descontroló. Con furiosa necesidad dejó que el deseo que latía en su ingle lo dominara y sustituyó los dedos por los dientes y la lengua. Chupó y mordisqueó a la vez que la sujetaba de la cintura con su brazo libre y permitía que ella se arqueara hacia atrás para facilitarle aquellos juegos eróticos, como si un diablillo le estuviera mostrando el camino a seguir.

—Por favor, Diego —suplicó ella con los ojos cerrados, mientras era conducida hasta el diván—. Por favor...

Aquel ruego enfervorizado casi consiguió que su miembro endurecido rompiera la tela de sus calzones. Diego agradeció haber tenido el buen tino de cubrirse de nuevo con la bata. De lo contrario, la considerable muestra de masculinidad que parecía tener vida propia podría haberla asustado cuando la hizo sentarse en la parte libre del diván para arrodillarse junto a ella.

—No te reprimas —le murmuró emocionado—. Entre nosotros no puede haber barreras ni palabras prohibidas. Debes hacerme llegar tus deseos más ocultos. Así comprobarás que las palabras de amor también son excitantes. ¿Quieres que te acaricie? ¿O prefieres que te bese?

La muchacha inocente que había habitado aquel cuerpo lo abandonó definitivamente cuando respondió:

—Deseo que me muestres todas las opciones entre las que pueda elegir.

No necesitó decir más. Con delicadeza, Diego le separó las rodillas y la arrastró hacia él, de modo que sus nalgas quedaron en el borde del diván. Una última mirada a su rostro, hermoso en su pasión y sensualidad, le bastó para saber que ahora era él quien tenía el control. Con una sonrisa de lobo, acercó su boca al sexo de Elena y sopló suavemente para apartar sus rizos. Inspiró con profundidad varias veces, tan ruidosamente que ella parpadeó confundida.

La expectación por saber qué le haría él le provocó una corriente de placer, vívida y cálida, que recorrió la curva de su espalda hasta posarse en su bajo vientre. Sintió la punta de su lengua recorriendo lentamente la carne dulce y suave de su esencia femenina. Comprendió entonces que lo que él había respirado momentos antes era su olor, su excitación fuerte y aromática, su esencia dulzona, almizclada, que se elevaba por encima de sus cuerpos y que revelaba que las palpitaciones urgentes y punzantes de su vientre y entre sus muslos exigían una pronta satisfacción. La lengua masculina profundizó aún más entre sus pliegues mojados y ardientes, recorriéndolos una y otra vez, arriba y abajo, en un ritmo

constante al que pronto se unieron sus caderas con movimientos instintivos y oscilantes.

—Tranquila, dulzura. —La voz de Diego apenas consiguió perforar la densa consistencia del calor espeso que amenazaba con ahogarla —. Abre bien las piernas y relájate. Así, muy bien...

Después de aquel breve inciso, Diego volvió a sujetar sus piernas por las rodillas y, con firmeza, comenzó a mover la lengua sobre su pequeño capullo rosado, en el centro mismo de su pasión, trazando círculos lentos y cálidos, hasta que las espirales de placer se hicieron cada vez más profundas, desembocando en deliciosas convulsiones que sacudieron todo su cuerpo. Ella gritó su desahogo, al tiempo que Diego hundía las manos en sus caderas y retenía en su boca cada temblor de su carne humedecida de deseo, mientras él mismo sofocaba su propio grito al alcanzar el clímax.

Estaba tan confundido como sorprendido por aquel inesperado desenlace. ¡Señor de los cielos!, todavía tenía la respiración acelerada y entrecortada cuando besó con reverencia los muslos de la mujer que le había hecho alcanzar el firmamento. Alzó los ojos para comprobar que sus pechos desnudos se agitaban aún por la explosión exuberante de placer desinhibido, y que su rostro volvía a estar encendido a pesar de que sus ojos permanecían cerrados. Con el sabor de ella aún en su boca, se irguió y la besó con ternura.

Ella lo miró como si hubiera regresado de algún lejano lugar, exhausta y atónita.

Evidentemente, satisfecha. Sorprendida ante la revelación que sus propias reacciones le habían proporcionado, pero satisfecha.

—Ahora comprendo... —balbuceó—. Oh, Dios, es como si... hubiera muerto.

—Hay quien lo llama «la pequeña muerte»... Pero tranquila, princesa. Tendremos muchas noches como esta. Tenlo por seguro.

Acarició su cuerpo de manera lánguida y perezosa. Con la seguridad del deseo saciado y sin comprender aún del todo como alguien tan deliciosamente angelical como ella había conseguido que su pasión explotara de un modo tan brusco e imprevisible sin ni siquiera tocarlo. Cuando pasó las yemas de los dedos por el contorno de sus caderas, su sangre volvió a inflamarse, pero un

escalofrío involuntario le indicó que debía llevarla a la cama y arroparla para que descansara.

Él también lo haría. En cuanto se cambiara de ropa para ocultar la reveladora mancha en la parte delantera de sus calzones.

Varias cosas había aprendido de aquella noche mágica y misteriosa, pensó. La primera, que toda su fama legendaria, junto con el control exhaustivo de sus pasiones, habían sido borrados de un plumazo por los delicados encantos de una virgen inexperta que lo volvía loco con su sola presencia.

La segunda era que por fin dormía en su cama, junto a ella, desnuda, vulnerable como una chiquilla, con la templanza de una mujer madura y la picardía innata de una campesina ligera de cascos.

Una combinación explosiva, un cóctel mortal para su cuerpo, que requería de más paciencia y menos inquietud que la que ahora le hormigueaba en el estómago cuando, con un brazo alrededor de su cintura, la atrajo hacia él y volvió a aspirar el dulce aroma que le transportó nuevamente hacia el paraíso que nunca abandonaría. No mientras ella siguiera a su lado.

Y no tenía intención alguna de dejarla marchar.

Abrazándola con más ímpetu, cerró los ojos y se abandonó a la etérea sensación de felicidad que flotó sobre ellos durante toda la noche.

En la alcoba, la cena permanecía fría en la mesa y el fuego de la chimenea terminó por extinguirse.

Pero el calor de sus cuerpos permaneció entre ellos hasta el amanecer.

# 13

Varias noches después, el patio principal del cortijo La Dorada rezumaba alegría y diversión. Provisto de farolillos y engalanado para la ocasión, los invitados que lo abarrotaban danzaban al son de la música de una pequeña orquesta situada en una de sus esquinas, ataviados con los disfraces más insólitos y variopintos, mientras los numerosos componentes del servicio corrían de un lado a otro con las bandejas repletas de bebidas, dispuestos a satisfacer los deseos de todos y cada uno de los asistentes.

Con sus manos sin vendajes y curadas, Elena disfrutaba del tacto suave de las del capitán Salcedo, que, con gesto serio y recta galantería, la conducía al compás de la música.

—Curiosa pareja la nuestra —le oyó decir con ironía—. Un capitán de la Guardia Civil con su uniforme de gala y una preciosa gitana.

Elena contuvo una sonrisa al pensar en la parte divertida de la situación. Por enésima vez en aquella noche, su mirada ansiosa buscó entre los invitados al hombre que había poblado sus sueños más íntimos y eróticos desde que había regresado a La Dorada.

No lo encontró.

Quizá su conducta hubiera herido su orgullo y no asistiera a la fiesta, después de todo. Aunque ella solo había seguido el consejo de Lina cuando esta supo de su... flirteo con Diego de Casanueva.

—No puedes acudir cada vez que él te llame —le había recriminado—. Hazte desear, prima. Retrasa vuestro próximo encuentro hasta el día de la fiesta.

Y eso había hecho. Rechazó cada una de sus prometedoras invitaciones argumentando ocupaciones ficticias mientras su cuerpo y su corazón clamaban por él.

Pero ahora él no estaba allí.

—...Es un milagro que después de semejante incendio solo se intoxicara ligeramente con el humo, y que sus quemaduras hayan sanado con tanta rapidez —estaba diciendo el capitán Salcedo.

Elena asintió, suspirando con resignación. De nuevo, como llevaba haciendo buena parte de la noche, tendría que contarlo todo con detalle.

—Una pomada a base de hojas de yedra cocidas en aceite y un poco de cera para darle más consistencia —recitó con aire aburrido —. Han estado cubiertas con algodón sin hilar y secas hasta que el algodón se ha caído.

—Por lo que se ve, su aya es una experta.

—Y usted nunca descansa. ¿No tiene ninguna pista acerca de la persona que intentó matarme?

—Esperaba que usted pudiera ayudarme en eso. Quizás algún pretendiente rechazado o despechado...

O un tutor demente, pensó ella con desasosiego, aunque afortunadamente su accidente de caza le libraba de toda sospecha, y le impedía asistir a la fiesta de disfraces.

Una garantía absoluta de que esta transcurriría con total normalidad.

—Nunca he tenido ningún pretendiente formal —informó—. Si ha hablado con Lorenzo de Casanueva o con su hermano, tendrá una idea bastante acertada de lo sucedido en estos últimos días.

—Algo he oído, en efecto.

Sus palabras cayeron en saco roto, a juzgar por la atención de que era objeto. Los ojos amatista se escapaban más allá de su persona, en busca del hombre que se había convertido en su protector y guardián, comenzando a mostrarle su propia naturaleza apasionada con un arduo tratamiento a base de besos y caricias. Su sola existencia la trastocaba, su licencioso recuerdo la inflamaba sobrepasando toda lógica.

Dependía tanto de sus atenciones que aún se preguntaba cómo había podido mantenerse firme en su decisión de no verlo hasta aquella noche.

—¿Y qué me dice de Diego de Casanueva?

Con la pregunta insólita del capitán volvió a la realidad. La música había cesado, así que se retiraron a un lado para poder hablar con mayor tranquilidad.

—¿Realmente está insinuando que Diego prendió fuego a su propio almacén conmigo dentro?

—Mi experiencia hace que recele hasta del ángel más puro, pero no, señorita. Solam...

—Le recuerdo que él se encontraba en compañía de mi aya cuando se desató el incendio. —Elena frunció el ceño ofendida—. Debería sujetar más su lengua y emplear esa agudeza mental en encontrar al verdadero culpable.

Sorprendido y superado por la locuacidad vehemente de una mujer que defendía con fervor a su improvisado salvador, el capitán se encontró de bruces con una situación novedosa que no supo cómo manejar. Hasta que la música, en forma de bolero y benditamente oportuna, llegó en su auxilio.

Como si su escandalosa metedura de pata con respecto al señor de Casanueva hubiera sido un pequeño desliz, Salcedo llevó a Elena nuevamente al centro del patio.

—Le pido disculpas si la he ofendido, señorita Robles, pero debe estar tranquila; le garantizo su seguridad a partir de ahora.

—Un propósito muy loable por su parte, aunque esa tarea debería dejármela a mí, ¿no le parece?

Elena se detuvo ante la voz profunda que oyó a su espalda. Cuando se giró, la imponente figura de Diego disfrazado de gitano le paralizó el corazón y le secó la garganta.

Después de una fugaz mirada apreciativa, Diego la pegó a él agarrándola por la cintura con ademán posesivo y sonrió ampliamente al capitán.

—Si no le importa, yo bailaré con ella —afirmó—. Esta pieza tiene connotaciones muy íntimas para nosotros.

Salcedo no ocultó su contrariedad, pero aun así se apartó caballerosamente.

—Toda suya —declaró.

«Eso espero. Con toda mi alma».

Diego ocupó su lugar y le guiñó un ojo cómplice a Elena mientras acercaba su boca al oído del capitán con una seria mirada de advertencia.

—Sería poco sensato y bastante estúpido por su parte pensar lo contrario, ¿no le parece? —añadió.

El macho dominante llegaba para marcar su territorio y reclamarlo, y Salcedo no tenía intención de acabar con la armonía de aquella fiesta. Se retiró sin molestarse en contestar a la muestra de celos del terrateniente, dedicando a Elena un breve saludo.

—Has tenido un bonito y poco caballeroso alarde. Al menos espero poder decir algo al respecto.

Sus palabras quisieron sonar frías, pero no consiguieron su objetivo. Después de haber guardado un largo y forzado periodo de castidad, Diego solo parecía prestar atención al vestido rojo de gitana, que se apretaba contra sus deliciosas curvas de mujer, mientras seguía el ritmo de la música y dejaba que los rizos sueltos de su espléndida melena negra le acariciaran la mejilla.

—No te enfades, princesa —le susurró con voz envolvente—. De alguna manera tenía que ahuyentarlo; se estaba volviendo fastidioso. Además, aún espero conseguir mi objetivo, ¿sabes?

Con su fascinante sonrisa acercó su boca hambrienta a la de ella reclamando su beso de bienvenida, pero Elena se apartó al instante.

—¡Aquí no! —exclamó entre dientes paseando su mirada por todos los invitados—. Si nos ven, llegará a oídos de Juan, y pensarán que...

—...Somos amantes. Lomana sabe que te cortejo y consiente, no te preocupes. En cuanto al resto... ¿Qué crees que han estado suponiendo todo el tiempo que has pasado en mi casa y en mi cama?

—Pero ahora es distinto. No puedo darte un beso tan abiertamente, por mucho que Juan consienta.

Sin dejar de bailar, Diego echó un vistazo a los invitados. Influidos por el alcohol que comenzaba a correr en demasía, algunas parejas se habían retirado a los rincones más oscuros, en busca de intimidad para dar rienda suelta a sus juegos amorosos.

—¿El problema es la gente? —Él la arrastró de la mano tras uno de los pilares que sujetaban los arcos del patio y aplastó su espalda contra la fría superficie antes de que ella pudiera emitir la más leve protesta—. Creo que ese inconveniente ya está arreglado. —La yema de su dedo índice recorrió la línea de su mentón con deliberada lentitud—. Y estaría definitivamente erradicado si te casaras conmigo. El matrimonio protegería tu reputación. ¿No te parece que este castigo ya está durando demasiado para ambos?

Como respuesta, solo recibió un orgulloso mohín de disgusto que no hizo otra cosa sino divertirlo aún más. Con su mirada penetrante clavada en ella, apoyó las manos en la pared y acercó su boca hasta que apenas los separaron un par de centímetros.

Sabía que su interior ardía por recibir aquel beso.

—Después de tantos días sin vernos, ¿este es el recibimiento que me dispensas? —Ella abrió la boca para replicar, pero él colocó un dedo sobre sus labios—. Espera, no me lo digas, vamos a ver... Tus manos están curadas, la fiesta es todo un éxito, tu prima y Pablo están más que entretenidos… ¡Claro! Estás enfadada por mi tardanza. En realidad, querías que te besara y te acariciara mucho antes, ¿verdad?

El tenso y palpitante deseo hizo que sus rodillas temblaran hasta chocar entre sí cuando fue consciente de su cálido aliento cerca de sus labios, del pecho visible a través de la camisa negra entreabierta, del fajín rojo en su cintura o sus ajustados pantalones que revelaban las dimensiones de aquel bulto entre sus piernas. Un pañuelo cubría su pelo negro y terminaba de formar aquel atuendo inquietante que le hizo comprender su error.

No estaba disfrazado de gitano, sino de bandolero.

El recuerdo fugaz de la facilidad con la que él había conseguido excitarla en su última noche juntos, fue suficiente para que ella misma, desvergonzada y atrevida, enlazara sus manos alrededor del cuello masculino y fuera al encuentro de su boca. Complacido por aquel apasionado arrebato, Diego no se negó. Satisfizo aquella necesidad urgente maravillado por su iniciativa, y al apartarse de ella se congratuló por el resultado de aquella súbita muestra de pasión.

—Vámonos de aquí —la apremió de pronto—. Como tú me has hecho notar, hay demasiada gente.

—Soy la anfitriona, Diego. No puedo ausentarme así como así.

—Esa actitud timorata no es propia de ti. A estas alturas no creo que nadie se sorprenda de verte conmigo. ¿Crees que yo te haría correr algún peligro?

«Sí, desde luego. Peligro de perder mi cabeza y hasta mi corazón en tus manos...».

Muy a su pesar, Elena sonrió.

—¿Y a dónde se supone que me llevarías? —preguntó, creyendo conocer la respuesta.

Diego se apartó de ella lo justo para cruzarse de brazos y alzar una ceja.

—A conocer a mi familia —fue su sorprendente respuesta—. A mi otra familia.

Elena supo a quién se refería de inmediato; la seria gravedad que exhibió en sus rasgos le dijo que aquel paso era algo sumamente importante y arriesgado para él.

—Serás la primera mujer que los visite como mi prometida —afirmó con voz profunda, y alargó una mano hacia ella animado por su silencio—. ¿Confías en mí, princesa? ¿Tanto como yo en ti?

Conteniendo la respiración, ella clavó su temerosa mirada en aquella mano tendida, dedos largos y finos que le habían arrancado gritos de éxtasis con sutil habilidad, encarnando a un tiempo todas sus virtudes y todos sus defectos.

La puerta abierta hacia el túnel de lo desconocido. La guía magistral que la llevaría hasta el mismo borde del barranco de las pasiones.

El primer asalto contra el fortín que rodeaba y protegía su corazón. Y sus emociones.

No dudó. Entrelazó su mano con la de él y sonrió ampliamente.

—El peligro me atrae —dijo, y todo lo demás quedó borrado de su mente y de sus sentidos.

Corrieron como un par de chiquillos a punto de cometer una travesura, esquivaron a los invitados que les veían huir extrañados y

salieron del patio de La Dorada, adentrándose en la negra oscuridad de la noche.

***

—¿Tienes miedo?

Elena negó con la cabeza. El movimiento provocó un delicado roce de su pelo contra la mejilla rasurada de Diego.

El silencio de la sierra a aquellas horas era pesado y profundo, tanto como la oscuridad que los envolvía. De vez en cuando, el sonido de algún animal nocturno rompía la monotonía y provocaba que ella se dejara mecer por el brazo de Diego en su cintura, acurrucando la cabeza en busca del calor protector de su pecho.

Con las estrellas como única guía, el semental de Diego abandonó La Dorada con un trote pausado y seguro, sin sobresaltos. Con aquella misma calma dejó atrás el Barranco del Ángel y una pequeña cabaña destartalada que servía de refugio a los pastores cuando el tiempo era inclemente.

Se habían internado en el corazón de la sierra casi sin darse cuenta, y el lejano y solitario aullido de un lobo provocó que Elena se estremeciera y se apretara aún más contra su cuerpo.

—¿Estás incómoda?

—Me has hecho montar a horcajadas.

Tras ella, Diego sonrió. Después de estar con el alma en vilo temiendo un rechazo a su propuesta, en un insólito alarde de valentía, Elena estaba por fin con él, desafiando con ello la doble moral de todos los presentes en la fiesta de disfraces.

Y ahora se preocupaba por la forma de montar.

—Has llevado pantalones de hombre. —Su voz profunda y melodiosa pareció arroparla—. Esta postura no te es desconocida.

Como respuesta, ella movió su trasero para acomodarse mejor, pero sus nalgas rozaron la punta de su miembro, que respondió al estímulo de inmediato. Diego reprimió un leve gemido de placer y depositó un beso sobre sus oscuros rizos, mientras disfrutaba de aquel inesperado regalo al compás del trote del caballo.

—¿Falta mucho? —preguntó ella con su mal disimulada curiosidad.

Si por él hubiera sido, habría cabalgado el resto de la noche sin detenerse, solo para conseguir que Elena se apretara de aquella manera contra su cuerpo y dilatara aún más el tumulto que había provocado entre sus piernas.

Cuando su espléndida cabellera le hizo evocar otros rizos en otra parte de su cuerpo, su sonrisa plácida se tornó aviesa y maquiavélica.

Aquella noche se proponía algo más profundo que un jugueteo erótico. Tomaría posesión de su cuerpo como el conquistador que culmina con éxito su asedio. La disfrutaría y le haría comprender las múltiples ventajas de una rendición sin condiciones. La sometería a sus deseos y se llevaría con él la llave que le permitiría acceder al cofre que guardaba su corazón.

Pero mientras tanto, otros eran sus propósitos. Diego señaló el fondo de una ladera, donde apenas se vislumbraban las luces de las fogatas y parecían oírse los ecos lejanos de voces alegres.

—Allí —le dijo, con un extraño pálpito en el corazón—. Parece que ellos también festejan algo.

Aferró las riendas del semental con fuerza para hacerlo descender por la empinada pendiente, mientras las voces y la música eran más audibles y las dudas de Elena más grandes.

—¿Y si no les gusta que me muestres dónde viven? —preguntó—. He oído que son personas de costumbres arraigadas, algunos vinculados con bandoleros.

—Si fuera el Marqués quien estuviera contigo, ¿tendrías miedo? —Ella no contestó. Diego suspiró, reconociendo lo inapropiado de sus palabras—. Los gitanos son nómadas. Si mañana volvieras a este mismo lugar, probablemente ellos ya se habrían ido.

—Si es así, nunca sabrás dónde se encuentra el resto de tu familia.

—Yo siempre sé dónde están.

A diferencia de lo que sus palabras parecían traslucir, ella no se mostró intimidada por la considerable cantidad de gitanos que salieron a su encuentro desde sus carromatos, recibiéndolos con

sonrisas cálidas y palmadas amistosas. Sorprendentemente, no se echaron atrás cuando Diego la tomó de la mano y se la presentó a todos, uno por uno, con la voz rebosante de orgullo. Prácticamente fueron llevados en volandas hacia el centro del amplio círculo cerrado formado por los carromatos, en medio de una cálida bienvenida, para dejarlos frente a una pareja de ancianos que, sentados en viejas sillas, parecían no disfrutar de la fiesta.

El pequeño paréntesis originado con motivo de su inesperada visita había tocado a su fin, y todos se entregaron de nuevo a su comportamiento desinhibido y alegre. Excepto aquel hombre de avanzada edad y vestido de negro, que parecía cargar todo el peso de su delgado cuerpo sobre una vara que agarraba con fuerza, mientras miraba a Diego con una severidad que hizo enmudecer a Elena, como si reprobara su actitud.

A través de las innumerables arrugas que atravesaban su rostro alargado, un ademán solemne acompañaba a su mirada oscura y penetrante, pero Diego tomó a Elena con fuerza de la mano y dio un paso adelante. La mujer que acompañaba al anciano, y a la que Elena reconoció como la gitana a la que había comprado el traje de montar en el Mercadillo, fue la primera en levantarse y acercarse a ambos con un gesto menos hostil y más inquisitivo.

—Por vuestra pinta se diría que sois de los nuestros —afirmó en tono seco—. ¿Estás en apuros, Diego?

—Solo hemos venido a compartir con vosotros un poco de vuestra famosa hospitalidad —aclaró él con voz serena—. Natalia, esta es mi prometida Elena Robles, una dama de belleza exquisita y futura dueña del cortijo La Dorada.

El viejo lo miró sorprendido.

—¿Es algo oficial? —preguntó con aspereza.

Diego se encogió de hombros.

—Acabo de hacerlo oficial ahora mismo.

Natalia se acercó y tomó la mano de Elena sin previo aviso. Con el ceño fruncido observó su palma concienzudamente y después la soltó con tanta brusquedad como la había agarrado.

—Los malos espíritus te rodean, muchacha —vaticinó—. Ya has sufrido por su causa, pero aún te quedan infiernos que padecer.

El rostro de Elena palideció, pero la carcajada de Diego vino a aligerar el escabroso peso de la situación.

—Las predicciones de la vieja Natalia no son fiables cien por cien, no te preocupes —le susurró al oído.

—Dios los cría... —masculló el hombre entre dientes con desprecio. Diego decidió ignorar su actitud e incluso prescindió de presentaciones más formales cuando la gitana les hizo un gesto con la mano para que la siguieran.

Apartados por fin de aquella incómoda mirada, ambos aceptaron un plato de sabroso estofado que Natalia les ofreció sin reparos.

—Id con los demás a divertiros —animó, con un matiz mucho más agradable—. Disfrutad de la fiesta, hijos.

—¿Qué se celebra?

Natalia hizo una pausa. Sus vivaces ojillos se posaron un segundo en Elena con desconfianza antes de responder.

—Irene acaba de parir gemelos —anunció por fin—. Dos niños hermosos y saludables.

—Francisco estará contento. Y vosotros también.

La gitana asintió antes de desaparecer para volver junto al viejo.

Solo entonces Elena se atrevió a abrir la boca.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—El hombre se llama Manuel, y es su esposo. Son mis abuelos, los padres de mi madre muerta.

La fuerza de aquella revelación la sobrecogió, y la tristeza que emanaba de ella la enterneció. Sin embargo, a la tenue luz del fuego, el perfil de Diego permanecía inmutable, sin revelar ninguna emoción, hasta que sus ojos negros fueron a su encuentro con una amplia sonrisa reconfortante.

—¿Sabes beber de una bota de vino? —le preguntó. Ella comprendió que no deseaba hablar más de aquel tema. Cuando negó, su ignorancia provocó risas y comentarios de los hombres y mujeres que los rodeaban—. No te preocupes —le susurró él en medio de la algarabía general—. Yo te enseñaré.

Eso fue precisamente lo que hizo. Recibidos como una pareja más por aquellas gentes de corazón abierto y alma generosa, compartieron comida, bebida, risas y música entre besos fugaces y

carantoñas a escondidas. Más tarde, parte de sus acompañantes abandonaron la juerga y un grupo de muchachas rodearon a Elena y la alejaron de Diego parloteando todas a la vez, emocionadas por contar entre ellas con una señorita sin mayores pretensiones que la de ser una más. Con descaro, las gitanillas le dedicaron miradas apreciativas mientras cuchicheaban y hacían llegar a Elena sus opiniones acerca del privilegiado físico de Diego de Casanueva sin ningún tipo de vergüenza.

Él la vio alejarse con una sonrisa benevolente y una mirada risueña que cambió en cuanto esta se posó en la faz impertérrita de Manuel Heredia, el Mulero, que lo reprendía en silencio con sus ojos fríos.

Demasiadas veces había temido sufrir las consecuencias de aquellas críticas implacables y silenciosas como para tenerlas en cuenta. Así que, encarándolo con valentía, se acercó a los ancianos y apoyó la espalda en el tronco de un árbol, a la vez que cruzaba los pies a la altura de los tobillos y encendía un cigarro sin inmutarse.

—Bonita hembra —le oyó decir con su voz áspera—. Para pasar un buen rato, o hacer que te caliente la cama si hace falta. Lo del matrimonio ya me parece apuntar muy alto dada tu situación actual.

Manteniendo sus ojos fijos en la hoguera para controlar su animosidad y el rechazo que aquel hombre inflexible siempre le había inspirado, Diego le ofreció un cigarro que el viejo no rechazó y decidió ignorar el comentario soez que acababa de escuchar.

—Está enamorado de ella —intervino Natalia—. Solo hay que ver cómo la mira.

Esta vez Diego no pudo por menos que sonreír.

—Esas son palabras mayores —declaró.

Sacudiendo su cabeza con testarudez, la gitana se dispuso a dejarlos solos.

—Ten cuidado, hijo —le advirtió poniendo una mano en su hombro—. Esa mujer me da mal fario.

—No deberías tomarte a la ligera las advertencias de Natalia. Si no estás enamorado, ¿por qué la tienes como tu prometida?

La pregunta había sido formulada con desdén. Cuando Diego por fin se dignó a mirar a su abuelo, vio que este parecía mostrar

verdadero interés en su respuesta.

Como si su futuro le preocupara realmente.

—La quiero para mí, Mulero —respondió con frialdad—. Solo para mí.

El viejo alzó las cejas en un gesto característico de Diego y torció la boca.

—Pues procura que tu tío no la vea —replicó con un ligero matiz de humor en su voz—. Si no, intentará quitártela a la menor oportunidad.

La simple mención de Paquillo siempre conseguía que una desagradable sensación de malestar se aposentara en su estómago y lo llenara de una incómoda desazón.

—Hablando del diablo —farfulló con desprecio mientras apagaba el cigarro con la suela de su zapato—. ¿Dónde está?

—Con su mujer recién parida, como debe ser.

Diego suspiró. A lo largo de su vida, las conversaciones con su abuelo siempre habían sido escuetas y llenas de tirantez, encaminadas a un solo objetivo y prescindiendo de las mínimas normas de educación.

Aquella no tenía visos de ser diferente.

Solo su sentido del honor y un extraño código moral lo llevaban a respetar su despotismo y su falta total de cariño y de arraigo familiar para con él. A fin de cuentas, era su abuelo. Un legendario y temible bandolero que la edad había convertido en un viejo encorvado sostenido por un bastón de avellano, y por el que solo podía sentir compasión, aunque aquella era una razón de peso para él.

—Paquillo está sobrepasando los límites y manchando sus manos con sangre inocente —le informó Diego con voz neutra—. Se está convirtiendo en un asesino odiado por todos, y el nuevo capitán de los Civiles no es hombre de moral laxa; cumplirá con su trabajo por encima de todo. —Después de una pausa, continuó—: Usted disfruta de su indulto, pero él no. Dígaselo.

El Mulero asintió. Los dos guardaron silencio entretenidos por el sonido lento y lánguido de una guitarra; notas largas y rasgadas que la mano de un joven muchacho sentado al otro lado de la hoguera arrancaba con maestría, a la vez que la acompañaba con su

melodiosa voz y seguía el compás con pequeños golpes de su pie contra el suelo.

—Parece ser que ese capitán mató a tres de los nuestros hace unos días, además de poner precio a la cabeza del Marqués. Quinientas pesetas para el que dé una pista que le ayude a atraparlo. —Diego enarcó las cejas, sorprendido—. Más sería demasiado para un delincuente de tres al cuarto como él.

La luz que despedían las llamas de la hoguera se posaba ahora sobre el cuerpo de la gitana que bailaba al son de la música, acariciando el contorno de sus curvas armoniosas y creando todo un juego de colores y tonos sobre los pliegues de su vestido rojo.

Las últimas palabras del Mulero ni siquiera fueron oídas por Diego. Embobado, se recreó en la esplendorosa melena negra que se abría por el ondulante movimiento de las caderas, mientras sus brazos se elevaban lentamente por encima de su cabeza. Con los dedos de las manos trazaba líneas imaginarias que rasgaban el aire de la noche, en una conjunción misteriosa y absoluta con la música y la voz del cantaor.

En una súbita demostración de dominio de la danza, la gitana ejecutó un nuevo y enérgico paso, haciendo que los volantes de su falda se enroscaran alrededor de sus piernas cuando dio un giro completo y se encaró con la mirada profunda de Diego. Los dulces rasgos de su cara hicieron que él la mirara boquiabierto, y con su pícara sonrisa, Elena movió su dedo índice invitándolo a terminar el baile con ella.

Con asombrosa agilidad, Diego saltó por encima de la hoguera y se plantó frente a ella, con el corazón desbocado y la sangre caliente. Sin mediar palabra, con sus cuerpos prácticamente pegados y los ojos de uno clavados en los del otro, terminaron aquel baile rebosante de energía sexual al unísono. Era la danza del apareamiento, que proclamaba con el lenguaje silencioso del cuerpo la representación de algo más íntimo e intenso: el vencedor y el vencido, el macho dominante tomando de la cintura a la hembra provocadora y robándole un beso visceral, torturador y lascivo con el que la marcaba como suya. Un beso que fue aplaudido y vitoreado por la totalidad de la concurrencia cuando Diego sujetó la cabeza de

Elena con una mano y la despegó de su boca, mientras alzaba el brazo libre en señal de triunfo.

Con la respiración acelerada por el baile y por el beso, Diego admiró una vez más los labios carnosos y entreabiertos que volvían a ofrecérsele y que, tan silenciosamente que apenas lo notó, formaron una sola palabra:

«Vámonos...».

Con aquellas letras bailando en su boca y las promesas carnales implícitas en ellas, Diego la cogió en brazos y juntos se alejaron del campamento gitano.

En su urgencia por desaparecer, no se dio cuenta de que, desde su silla, el Mulero lo miraba con un destello de orgullo contenido en sus cansados y humedecidos ojos.

# 14

El cuerpo de Diego la protegía del fresco de la noche, y su fuerte brazo la retenía contra su envolvente calidez, amortiguando así los violentos movimientos del galope de su semental, mientras cabalgaban en silencio hacia El Capricho.

—¿Estás segura? —le había preguntado cuando abandonaron el campamento gitano.

Con la cabeza apoyada en su pecho, Elena pudo sentir los alocados latidos de un corazón enfervorizado. Buscando un poco de consuelo a su incipiente incertidumbre, le rodeó la cintura con los brazos y se aferró a él, recordando la respuesta que le había dado.

Estaba dispuesta a convertirse en su amante.

Iba a ofrendar su bien más preciado a un consumado seductor, decidido a tomar posesión de su inocencia, al precio que fuera.

Todo en él parecía proclamarlo a los cuatro vientos cuando frenó su montura en las caballerizas del cortijo, alzándola en brazos antes de que ella pudiera objetar nada y consiguiera arruinar aquel momento mágico. Franqueó la puerta de su casa y subió las escaleras, sin posarla en el suelo. La cubría con su olor masculino, que parecía hacerla flotar a la vez que pequeñas chispas de placer comenzaban a surgir en su interior para llenarla de una cálida placidez.

Sin apartar la mejilla de su pecho, Elena apenas atinó a vislumbrar la figura espigada de Máximo, que les abrió la puerta de la alcoba impávido, antes de hacerse a un lado.

—Gracias, Máximo —susurró la voz afectada de Diego—. Puedes retirarte.

Con un asentimiento de cabeza, el mayordomo les deseó buenas noches y desapareció discretamente. Solo cuando consiguió cerrar la puerta de un pequeño puntapié, Diego la dejó en el suelo y permitió que deambulara por la habitación, mientras pasaba las yemas de los

dedos por la gran cama que la presidía y que aparecía abierta por uno de sus lados en una clara invitación.

Con la respiración acelerada a causa del apresurado viaje de vuelta, él la vio acercarse al gran espejo de cuerpo entero que llamó poderosamente su atención, contemplando a través de su reflejo la imagen que lo perturbó con cruel insistencia.

Sus pechos se movían agitados bajo el vestido, la boca entreabierta revelaba más de lo que callaba a través de sus labios carnosos. El deseo, en su estado más puro, titilaba en sus ojos violeta, mientras su cabello desordenado componía una mata deslumbrante y gloriosa, terminando de formar la imagen misma del pecado más delicioso y arrebatador.

Un estremecimiento cálido y enérgico la bañó entera cuando Diego se aproximó por detrás y volvió a apretarla contra su pecho en un fuerte y tranquilizador abrazo.

—No quiero que tengas miedo, porque entonces nos detendremos aquí y ahora. —Su aliento acarició su sien suavemente—. Prometo ser delicado contigo. Has de confiar en mí, como lo has hecho hasta ahora.

—No temo al dolor, Diego.

Él apartó su cabellera a un lado mientras depositaba pequeños besos en su nuca. Lejos de sentirse incómoda por aquel roce tan húmedo y liviano, ella movió su cabeza hacia delante para facilitarle el acceso a aquella parte de su piel, en un gesto alentador que expresaba a las claras su deseo de que continuara aquello que había comenzado.

—Quiero besarte más, mucho más. —El corazón de Diego pareció detenerse ante aquella nueva muestra de complacencia—. Te besaré por todas partes y durante toda la noche si así lo deseas.

Sus palabras la inflamaron, y la lenta tibieza que desprendían acabó por derretir los últimos vestigios de duda que aún anidaban en su mente.

Con un largo suspiro y decidido a mantener a raya su propio deseo, Diego hundió su cara en el cabello negro y la atrajo suavemente hacia él. Con la punta de su lengua comenzó a trazar pequeños círculos en algún punto especialmente sensible tras el

lóbulo de su oreja. Aquel jugueteo aparentemente inocente despertó sus incipientes y desconocidos apetitos carnales con la fuerza de un relámpago en mitad de una tormenta. Blanda y moldeable de pronto bajo su mano, Diego la hizo girar y tomó posesión de su boca, recibiendo con su aliento la promesa de oscuros placeres.

—¿De verdad harás eso? ¿Me besarás... por todo el cuerpo?

Las preguntas irreflexivas salieron de su boca apenas se despegaron sus labios, antes de que ella pudiera detenerlas, pero su delicada vacilación llegó certera a su punto más sensible haciendo jirones sus propósitos de iniciarla en los placeres de la carne con tanta lentitud como le fuera posible. Apretó la mandíbula para contener sus impulsos más bajos. En su lugar, sus manos le enmarcaron el rostro mientras apoyaba la frente contra la de ella.

—¿Quieres que lo haga? —Con total desvergüenza, ella asintió—. Pues así será.

La certeza de que él cumpliría su palabra hizo que la sangre se le encendiera, y todo su cuerpo se paralizó ante el descubrimiento de otra terrible verdad.

No sabría estar a la altura.

—Hazme llegar todos y cada uno de tus anhelos —le murmuró él, aunque la seguridad que demostró no consiguió apaciguar su creciente inquietud—. Solo así podré satisfacerlos. ¿Es eso lo que quieres?

—Me gusta que me toques. Quiero que me toques y que me acaricies, pero no sé si sabré hacer lo mismo contigo.

Aquel súbito alarde de sinceridad lo pilló desprevenido. Ella desvió al instante su mirada, mortificada y temerosa de que él se burlara, pero Diego rodeó su barbilla con los dedos para hacer que volviera a mirarlo.

—Nunca te avergüences de lo que acabas de reconocer. La otra noche compartimos solo una pequeña parte del goce que ambos podemos alcanzar de múltiples maneras. Yo te mostraré el camino si tú me dejas. Después, tu propio instinto te guiará. —Acarició su mejilla con los nudillos, y su sonrisa segura derribó otra barrera más —. ¿Estás preparada?

Elena se adentró en la profundidad de los ojos negros. Dejó que él volviera a besarla, tan tierna y profundamente que los sólidos muros de la incertidumbre se volvieron líquidos antes de deshacerse a sus pies.

—No sé si sabré... darte placer —objetó a pesar de todo.

—Aún no lo entiendes. Me da placer verte, olerte, oírte, incluso escuchar el sonido de tu respiración.

Ansiaba que tan solo una pequeña parte del deseo que lo inflamaba fuera compartido por ella. Diego dejó que su mano vagara por el pronunciado escote de su vestido y se acercó aún más.

—¿Quieres comprobar hasta qué punto mis palabras son ciertas? —preguntó con un matiz desenfadado en su voz, conseguido con inmenso esfuerzo—. Si así lo deseas, incluso podemos negociar...

Como por arte de magia, el agarrotado cuerpo de Elena se relajó y sus facciones se dulcificaron con una titubeante sonrisa cuando asintió.

—En ese caso —continuó él, en un tono mucho más íntimo—, tendrás que estar dispuesta a jugar conmigo al juego del amor, princesa... Y harás lo que yo te pida.

«Por todos los santos, ya te hizo el amor con la boca ¿Por qué tienes miedo?».

—De acuerdo —aceptó finalmente, sin un resquicio de vacilación —. Adelante.

Aquella simple palabra llevaba consigo unas connotaciones sexuales tan evidentes que ningún hombre en sus cabales habría rechazado tal invitación.

Su habitual desenvoltura con las mujeres disminuyó peligrosamente cuando tuvo que enfrentarse a aquella en particular. Pero una sonrisa comenzó a florecer en sus labios cuando pensó que, después de aquella noche, no habría nada que él no conociera de su cuerpo.

Conseguiría que deseara su compañía, su aliento y la protección de su presencia, y su sonrisa se ensanchó y le dio el valor necesario para su siguiente petición.

—Quítate la ropa —le rogó. De pronto su corazón se encogió ante la posibilidad de una negativa que, afortunadamente, no se produjo

—. Quiero verte desnuda de nuevo, cariño mío.

Inmersa en un denso silencio, ella inspiró con fuerza y alzó el mentón para ocultar la profunda turbación que la petición de Diego le causaba, no por su descaro, sino por el deseo ávido y espeso que se desprendía de ella. Con su firme mirada clavada en la de él y sus brazos cayendo sin fuerzas a ambos costados, consiguió que los dedos de sus manos se movieran con deliberada lentitud, como si siguieran los dictados de alguna mente perversa y experimentada, e hicieran que la parte superior de su vestido se deslizara hasta dejar visibles sus hombros y el nacimiento de sus pechos.

—No quiero que pienses que esto es producto del vino o de la fiesta, porque no es así. —Su voz no era la de una dama recatada, sino la de una mujer que ansiaba ser iniciada—. Mi único afán es... agradarte.

Diego asintió, y su ávida mirada se quedó clavada en el vestido que ella dejó caer a sus pies, en un remolino de voluptuosidad que se apresuró a apartar de un puntapié.

Presa de pensamientos que le harían arder en los fuegos del infierno, e incapaz de emitir sonido alguno, no pudo sino apreciar lo más cercano a una ensoñación que había tenido el placer de contemplar, hasta que el ronco murmullo que había permanecido aprisionado en su garganta reseca logró salir al exterior.

Bajo el vestido, ella había estado todo el tiempo completamente desnuda... si exceptuaba un par de atrevidas medias negras de encaje que le llegaban hasta medio muslo y que le hicieron ser consciente de su propia vulnerabilidad.

Toda su sangre fría y su dominio de la situación puestos a prueba por una nueva exhibición de complaciente carne desnuda, semicubierta por aquellas medias que lo invitaban a sumergirse entre sus muslos y que ahora ella se empeñaba en hacer desaparecer.

—No, por favor —pidió con un murmullo denso y oscuro—. No te las quites y déjame mostrarte el efecto que causas en mí con ellas puestas.

Sus ojos abrasadores se posaron en cada centímetro de su piel, acariciándola con tanta vehemencia como si lo hiciera con sus

hábiles dedos. Una mirada que se posó en el cabello que caía en hermosas cascadas sobre los pechos y parte de su espalda, para recorrer hasta el último poro de su exquisita piel morena, demorándose deliberadamente en el monte de rizos negros que coronaba sus muslos.

Diego dejó que sus ojos vagaran por el armonioso conjunto que se le ofrecía, las curvas pronunciadas que lo atraían con la fuerza ineludible de un huracán, y decidió que tenía ante él la expresión más cercana a la perfección. Descubrió consternado que sus piernas le fallaban cuando se acercó a ella y volvió a besarla, explorando su boca en profundidad antes de conducirla de nuevo al espejo. Allí se colocó tras ella, aturdido por la sangre que se agolpaba en sus sienes y repiqueteaba en su miembro erecto y palpitante. Más fascinado aun cuando Elena apartó la melena de sus pechos y dejó que él los contemplara a través del espejo.

Aquellos pezones que se endurecieron bajo su mirada hambrienta reclamaban una serie de atenciones que harían sonrojar al propio Lucifer.

—Sé que son tu debilidad y que te gusta admirarlos.

—También me gusta tocarlos, y saborearlos...

Sus manos mágicas se llenaron con ellos. Acariciaron su suave y sedosa tersura con delicadeza, mientras ambos observaban su imagen lujuriosa en el espejo, cómo el cuerpo de Elena se amoldaba al suyo como una segunda piel. Con las yemas de los dedos, Diego comenzó a frotar ambos pezones a la vez. Rozaba, acariciaba y apretaba, provocando intensas oleadas de placer. Un goce tenso y potente que se hizo ensordecedor y salvaje, una urgencia que se generó en el centro mismo de su ser, clamando por ser satisfecha.

En medio de un sofocado jadeo de placer, Elena echó la cabeza hacia atrás y se apoyó sobre el hombro de él, mientras sus nalgas desnudas se frotaron deliberadamente contra su ingle hinchada. Le provocaba con sus deliciosos contoneos de mujer virgen, llevándolo al borde del oscuro abismo de la locura.

Los dedos de una de las manos de Diego abandonaron la deliciosa tortura a la que había sido sometida y descendieron poco a

poco, deteniéndose en el triángulo húmedo, hasta que su aroma familiar pareció llenar la estancia entera y embriagó sus sentidos.

—Amor mío, mi deseo por ti es tan grande que me duele —murmuró con voz ronca.

Aquella última afirmación le llegó lejana. Elena intentaba atravesar la densa nube que abotargaba su cabeza mientras los dedos traviesos de Diego ahondaron más en su interior. La llenó de un placer inconmensurable que hizo que sus piernas se ablandaran hasta el punto de no poder sostenerla.

—Eres preciosa en tu pasión, ¿lo sabías? Por eso te traje hasta aquí. —Inhalando con fuerza su olor dulzón, Diego se forzó a mantener la vista fija en el espejo—. Quería que te vieras a ti misma, princesa.

Atrapado por la imagen que el espejo le ofrecía, Diego se sobresaltó cuando el cuerpo de Elena se tensó y su mano tomó la muñeca de él con decisión, alejando sus dedos de su centro de calor. Como si de pronto todo su ardor se hubiera enfriado, se giró hacia él con los ojos brillantes y una secreta idea bailoteando en ellos.

—Tú ya has disfrutado de mi desnudez —afirmó controlando su propia respiración agitada—. Ahora yo disfrutaré con la tuya.

A través de la compacta neblina que adormecía su resistencia y amenazaba con destruirla, Diego acertó por fin a comprender lo que se le proponía.

—¿Quieres que me quite la ropa mientras tú... me miras?

—Nunca he visto a un hombre desnudo. —Después de aquella impactante revelación, ella se aclaró la garganta—. He pensado que... bueno... podría ser excitante.

—Eso es seguro.

Alborozado porque semejante proposición viniera de una muchacha aparentemente inexperta, se desprendió de su ropa con sorprendente rapidez y se quedó ante ella con los brazos en jarras y las piernas abiertas. Al principio pensó que le agradaría lo que veía, hasta que las dudas comenzaron a martirizarlo. No recordaba la última vez que había retozado con una muchacha virgen. Era demasiado arriesgado, y siempre cabía la posibilidad de tener que reparar el honor perdido.

Si era la primera vez que ella veía a un hombre en ese estado, quizá huyera escandalizada. O lo que era aún peor, su espléndida muestra de masculinidad podría hacer que se asustara. Ansioso de pronto por descubrir las emociones de Elena, buscó con su mirada la de ella, y lo que vio le hizo respirar aliviado.

Nada de rechazo o miedo; tan solo aceptación, y una traviesa curiosidad que le hizo fruncir el entrecejo con verdadero interés mientras alargaba la mano en busca de aquello que le era desconocido y excitante.

Justo antes de que la punta de sus dedos llegase a tocarlo, su pene volvió a crecer bajo su atenta mirada, pero aquel pequeño detalle no pareció importarle. El inicial roce se convirtió en una corriente tórrida y espesa que traspasó su piel cálida a través del tacto firme y decidido de la mano, que ahora abarcaba sin miedo su miembro inflamado en toda su extensión y lo recorría hacia arriba. Finalmente los dedos de Elena llegaron hasta la punta, pero Diego la apartó, tomándola de la muñeca con firmeza.

A pesar de que deseaba con toda su alma que aquellas caricias se prolongaran hasta el infinito, negó con la cabeza a la silenciosa pregunta de Elena. Era una muda advertencia de que no podía vagabundear por aquel terreno peligroso sin causar un verdadero caos en su férrea resistencia. Al menos, no hasta que sus actos fueran mucho más íntimos y él pudiera liberar el torrente de su pasión sin miedo a hacer el ridículo.

Con la virilidad de Diego momentáneamente a salvo, la mano de Elena se demoró en cada pliegue de su cuerpo, en los músculos de sus brazos y su espalda, en su vientre plano, como si realmente supiera la especie de delirio embriagador que provocaba en él.

Sus caricias suaves y delicadas se prolongaron durante lo que pareció una eternidad, regalándole lengüetazos de placer que se arremolinaban alrededor del cuello y ejercían una presión incontenible que comenzó a oprimirlo. Víctima de un sutil encantamiento, Diego intentó que su espesa saliva regara su garganta, y apretó los dientes cuando echó otro vistazo al cuerpo femenino que estaba de nuevo frente a él.

Entonces su calma se desintegró, vencida por las firmes exigencias de su miembro, que se sacudía y corcoveaba como un corcel en busca de su hembra.

Con un gruñido que pretendía ser de protesta, la tomó de la cintura con decisión, de modo que cada milímetro de su piel tocara la de ella.

—¿Y bien? —preguntó con ironía—. ¿Soy del agrado de la señorita?

«Más que eso», pensó ella con abierto descaro.

Su cuerpo constituía un soberbio ejemplo de espécimen masculino.

—Sé admirar la belleza allí donde la veo —respondió entre jadeos.

Diego la aplastó aún más contra su cuerpo, de modo que los pezones erectos presionaron contra la aspereza del vello de su pecho con tanta firmeza que ella gritó de puro placer y se abrazó a él. Siguiendo los dictados de sus exaltados sentidos y de su propio instinto, rodeó la cadera de Diego con una pierna. Aquel suave contacto lo enervó de tal manera que a punto estuvo de derramar su semilla sin remisión.

La experiencia de todas las meretrices de la comarca juntas no hubiera logrado encenderlo tan rápidamente como aquella combinación diabólica de cándida inocencia y perversa malicia que lo subyugó y lo conminó a tomarla así, de pie y sin ningún tipo de consideración hacia su estado virginal.

Su torrente de pasión desmedida comenzó a desbordarse cuando besó su boca, delicadamente al principio, mientras la otra pierna de Elena terminaba de rodearlo y ella quedaba suspendida a horcajadas, colgada de su cintura y apretando aún más su suave vientre contra la cadera de Diego, minando su tenacidad hasta convertirlo en un volcán a punto de entrar en erupción. Sus manos rodearon las nalgas desnudas para sostenerla mejor, y la punta de su miembro rozó su hendidura húmeda y candente en una caricia tan lenta y embriagadora que amenazó con volverlo loco.

Imbuida por el frenesí erótico de aquel contacto tan intensamente íntimo, Elena apretó más su boca contra la de él, abriéndola e invitándolo a entrar en aquel rincón profundo y suave, en un beso

mucho más voraz y hambriento, insaciable y febril, que hinchó sus labios e hizo que sus dedos se clavaran en los hombros de Diego. Este la llevó hasta la cama y se dejó caer en ella, apartando de un manotazo las sábanas y apoyándose sobre las palmas de las manos para evitar abalanzarse sobre ella.

Apeló una última vez a su fuerza de voluntad y apartó su boca de la de ella. Se forzó a permanecer con la cabeza de su miembro rozando la piel satinada de su dulzura, pero aquel contacto lo alejó de toda cordura y lo abandonó al capricho de sus propias y oscuras pasiones. Ella rodeó su pene con la mano y lo guio hacia la entrada de su propio sexo, que se agitaba dominado por tensas palpitaciones demandando ser aliviadas.

Nublado por la visión de aquel cuerpo joven y vibrante debajo de él y excitado por la presión de las piernas alrededor de su cintura, Diego emitió un ronco gemido de frustración.

La corriente que emergió a la superficie con aquel gruñido lo impulsó a sujetarle el cuello con una mano para volver a devorar su boca con desesperada devoción.

Acababa de convertirlo en su más fiel esclavo.

—Lo siento mucho, princesa —se excusó con voz espesa por el deseo—. No podré aguantar mucho más en este estado.

Para su sorpresa, ella sonrió y respiró hondo.

—No te preocupes; yo tampoco podré hacerlo.

Tan solo creyó que la había oído pronunciar aquellas palabras, puesto que sus piernas lo empujaron levemente, lo justo para que la cabeza de su miembro se introdujera en ella.

Súbitamente tenso al encontrar la barrera del himen, Diego apoyó su peso sobre los brazos y se alzó un poco. Se arrepentía del dolor que le iba a causar, pero lo atravesó de un solo y firme embate. Después se quedó inmóvil cuando sus ojos se fijaron en la mueca que cruzó el rostro de Elena.

—Vida mía, lo siento. Tengo que parar —se excusó, en medio de la creciente vorágine que lo cubría por entero—. Has de acostumbrarte a mi... presencia. Si no, volveré a hacerte daño.

Ella asintió. El violeta de sus ojos se oscureció por el anhelo profundo de algo que comenzaba a nacer nuevamente en su esencia

femenina. Era de tal magnitud que borró el dolor y la arrastró a las profundas aguas de una pasión arrebatadora.

Él volvió a moverse, esta vez para penetrarla por completo. Las caderas de ella comenzaron a mecerse hacia delante, yendo al encuentro de él. Entonces todo cambió, y las reticencias de Diego quedaron olvidadas en algún rincón de su aturdida mente. Comprobó lo cerca que estaba de los deliciosos pezones rosados y decidió llenarse la boca con uno de ellos, mientras deslizaba una mano entre los muslos femeninos y encontraba el núcleo de su placer.

Con movimientos inicialmente suaves lo frotó y dibujó círculos concéntricos a su alrededor a la vez que entraba y salía de ella a un ritmo cada vez más rápido. El cuerpo de Elena comenzó a retorcerse debajo del suyo. La espiral de tenso desenfreno llegó al final y ella gritó una y otra vez el culmen de su pasión, mientras todas las fibras de su ser temblaban y su aterciopelado interior se veía sacudido por deliciosos estremecimientos que aprisionaron su miembro viril, envolviéndolo en un manto de líquido viscoso que lo empujó hacia la obtención de su propio y anhelado alivio.

El corazón iba a salírsele del pecho cuando, algún tiempo después, aún permanecían unidos. Él contempló su cabello desperdigado alrededor de su rostro, sus mejillas ardientes y sus labios irritados, y la vio abrir los ojos y parpadear aturdida mientras regresaba de su goce, completamente agotada y rendida a la evidencia de lo que acababa de experimentar.

Solo cuando los últimos resquicios de la pasión saciada desaparecieron, parte del dolor regresó. Pero aun así ella se negó a que Diego saliera de su cuerpo y dejó que la besara con una dulzura infinita, mientras aflojaba un poco la tensión de sus brazos y pasaba a apoyarse sobre los codos.

En aquel precioso momento, él habría alcanzado la luna y las estrellas para ella si así se lo hubiera pedido.

El color amatista de sus ojos se aclaró gradualmente, pero, de pronto, Elena desvió su mirada y respiró con profundidad.

—¿Qué te sucede, princesa? —Cuando recordó el regalo tan preciado que ella le había hecho, se retiró poco a poco y con

cuidado—. ¿Te duele mucho?

Aún conmovido por la intensidad emocional de lo que acababan de compartir, se irguió por completo para permitir que ella se incorporara y apoyara su espalda contra la almohada.

—No más de lo esperado —respondió sin mirarlo aún.

—¿Y qué es lo que te reconcome?

Elena encogió los hombros y hundió la cabeza, en un gesto tan descorazonadoramente triste que Diego ocupó el otro lado de la cama y la atrajo hacia su pecho, a la vez que una temible sensación atenazaba su conciencia.

—¿Te arrepientes?

Mientras lograba preguntar aquello, la cabeza que acariciaba se alzó y lo miró directamente.

—Creo que me he precipitado —declaró en un ligero murmullo. Los aullidos del corazón de Diego comenzaron a resonar en su cabeza hasta que casi le taponaron los oídos—. Me pregunto si tú... En fin, me he entregado a ti de una forma que... Pensarás que soy una fulana. Ahora que me has despojado de mi virginidad, ya no querrás nada de mí.

Los aullidos cesaron. En su lugar una extraña felicidad que no había conocido hasta el momento lo inundó por completo. Con una sonrisa de satisfacción, él tomó su cara entre las manos y rozó la punta de su nariz con los labios.

—Son muchas suposiciones a la vez —le dijo, con la voz aún afectada por el deseo—. ¿Qué te parece si contesto mientras tú dejas que te limpie?

Después de aquella expresión de tórrida lujuria, el acto le pareció una encantadora muestra de intimidad, así que asintió mientras su mirada vagaba de nuevo por su cuerpo desnudo. Él se acercó a una palangana y vertió un poco de agua, antes de mojar en ella una pequeña toalla y acercarse de nuevo a los pies de la cama. Con callada complacencia, Elena le permitió que la desprendiera de sus licenciosas medias y que pasara la toalla húmeda por la cara interna de sus muslos y por los sensibles pliegues de su sexo para retirar así los restos de sangre y semen.

Cuando terminó, depositó un tierno beso en cada parte de su cuerpo que antes había limpiado y alzó la cabeza para mirarla.

—Doy gracias a Dios y a todos los santos por bendecirme de esta manera con una mujer que se ha revelado tan apasionada como yo —afirmó—. ¿Cómo puedes pensar que te has sobrepasado en algún momento? Te has comportado tal cual eres, me has dado tu virginidad, y ahora solo puedo pensar en el momento en que seas mía otra vez.

—Pues hazlo de nuevo.

Con una sonrisa tan cautivadora que la dejó sin aliento, Diego ascendió con las yemas de los dedos por la curva de sus caderas hasta alcanzar de nuevo su más tierno secreto. En el momento en que rozó sus recovecos, ella se retiró estremecida y desconcertada, y él volvió a recostarse a su lado y tapó sus cuerpos desnudos y satisfechos con la sábana que había permanecido a los pies de la cama.

—Lo haré, no te preocupes, tantas veces y tantas noches como desees a partir de ahora —le susurró al oído, atrayéndola hacia él con el invisible lazo de su brazo fuerte—. Pero por hoy es suficiente. Acabas de comprobar que puede volver a dolerte, y por fortuna tenemos todo el tiempo del mundo para saciarnos.

—¿Me estás diciendo que no te has cansado de mí? ¿No te resulto... inexperta?

Con una risa queda junto a su cuello, Diego apretó más la espalda de ella contra su propio pecho en un abrazo más férreo. Con la mano cubrió uno de sus pechos causando con ello un pequeño terremoto en su virilidad, inicialmente en reposo, que se transformó en una caliente e íntima caricia en la hendidura entre los glúteos femeninos.

—¿Cansarme? —le escuchó murmurar, al tiempo que un lánguido adormecimiento se extendía por todo su cuerpo y comenzaba a transportarla hacia los brazos seguros del sueño—. ¿Inexperta? —repitió, y el leve contacto de los labios en su sien la acunó como a un bebé—. Descansa, mi amor, porque a partir de mañana nuestra vida será distinta...

«Nunca te dejaré marchar —afirmó su corazón pleno y satisfecho —. Siempre me pertenecerás. Desde ahora, tu destino estará ligado a mí para siempre...».

Creyendo que realmente le había oído pronunciar aquellas palabras, ella acomodó mejor su cuerpo al de él y disfrutó de su tacto seguro, al abrigo del calor que comenzó a envolverla.

Sabía que a la mañana siguiente corría el riesgo de ver las cosas de otra manera, pero hasta que la luz del amanecer los sorprendiera, aquel hombre era para ella, pensó con una imperceptible sonrisa flotando en sus labios.

***

Sus sueños tenían una inclinación claramente íntima. Esperanzadores, dulces, irremediablemente románticos.

Se negaba a abandonar la desbordante sensación erótica que le procuraban.

Aun así, regresó a su propia y esplendorosa mañana sonriente, aunque un día gris y nublado, más propio del otoño que de la primavera que estaba a punto de terminar, la recibió.

Tuvo bien presente lo sucedido la noche anterior. Todo lo sucedido. Y supo que aquello no había sido ningún sueño.

Con un movimiento perezoso y satisfecho, haciendo oídos sordos al dolor palpitante que habitaba entre sus piernas, alargó una mano para tocar... nada.

A su lado, la cama permanecía vacía.

Su amante se había ido, y a juzgar por el frío de las sábanas, lo había hecho hacía tiempo.

Privada de pronto de su calor, la sangre se le revolvió por el temor helado del abandono. Como si el letargo del sueño se fuera de pronto, despejada y sentada muy recta en el borde de la cama, buscó en la penumbra del amanecer algo que atemperara el brusco surgir del pánico. Pero solo consiguió que miles de campanas de alarma resonaran en su cabeza... Hasta que lo encontró.

Junto a ella y sobre la almohada, una rosa roja resumía en un solo acto todo lo sucedido.

Su cuerpo aún llevaba consigo las huellas inconfundibles de la pasión que los había desbordado. Ella había perdido su virginidad en medio del delirio que le provocaban las caricias de aquellas encantadoras manos.

No, no la había perdido, se corrigió en un arranque de franqueza. En realidad, se había desprendido de ella con alegría, arrojándola por la ventana con total abandono. Y cuando recordaba la manera cómo había sucedido, su cuerpo ardía en deseos de repetirlo, a pesar del dolor agudo que calentaba sus partes íntimas.

Poco a poco consiguió ponerse de pie. Se encaminó de nuevo hacia el espejo para contemplar en él un cuerpo distinto, con sus mejillas acaloradas y teñidas de un delicado color rojo, sus labios hinchados y sus ojos brillantes.

Diego había salido, posiblemente a atender alguna necesidad urgente, pero volvería, de eso estaba segura, se dijo a sí misma mientras tomaba la rosa roja y aspiraba intensamente su fragancia.

Cuando lo hiciera, la encontraría esperándolo más que dispuesta a todo lo que él propusiera. Incluido aquel matrimonio con el que tanto le había insistido.

Un aleteo fugaz sacudió su estómago cuando pensó en aquella posibilidad, pero no se asustó. Después de lo compartido con él, un verdadero mosaico de emociones la hizo concebir aquella posibilidad como una garantía de que, junto a él, nada malo le ocurriría.

Con algún tipo de melodía pegadiza saliendo a borbotones de sus labios, Elena se agachó y recogió su vestido de gitana. Realmente, Rosalía había tenido muy buena idea al insinuarle la posibilidad de no llevar nada debajo, pensó con una maliciosa sonrisa, y volvió a agacharse para recoger las medias, que permanecían abandonadas a los pies de la cama.

Entonces lo vio.

La esquina de un documento sobresalía ligeramente de debajo de la cama. Ella sucumbió a una curiosidad malsana. Tiró del papel que parecía abandonado en aquel rincón, dispuesta a entregárselo a Diego en cuanto apareciera por la puerta, pero mientras tanto... No haría daño a nadie si le echaba un vistazo, se dijo para excusar su impulsiva conducta.

Lo sujetó con ambas manos y lo desplegó ante sus ojos.

Y mientras avanzaba en su lectura, el corazón se le detuvo en el pecho y la sangre dejó de correr por sus venas. Tanto que un temblor se adueñó de cada gramo de su cuerpo y tuvo que sentarse nuevamente en el borde de la cama.

Observándolo como si aquello no le estuviera sucediendo a ella, volvió a leer el contenido del documento. Lo hizo varias veces, hasta que tomó aguda conciencia de lo que aquellas letras impresas significaban.

Una apuesta entre Diego y Lorenzo. Con ella y su matrimonio con Diego como objetivo.

La realidad, inmensa y cruel, caía sobre sus frágiles hombros con todo su peso para aplastar las ilusiones que apenas habían comenzado a nacer en su desconfiado corazón. Mientras, las lágrimas aparecían en sus ojos y le nublaban la visión.

A pesar de que ella las contuvo con estoicismo.

Todo aparecía allí asombrosamente claro; palabras que se clavaron en su alma como los aguijones de todo un enjambre de abejas furiosas, cerniéndose sobre ella y cubriendo sus nuevos y nacientes sentimientos con las espesas alas de un buitre en busca de su carroña.

Estaba en juego algo tan importante como la parte de la conservera perteneciente a cada uno, eso sin contar toda su herencia, que pasaría a manos de Diego en caso de conseguir ese matrimonio que, desde cualquier punto de vista, resultaría enormemente ventajoso para él.

Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos con fuerza, mientras permitía que las lágrimas los desbordaran y corrieran libremente por sus mejillas, comprendiendo de pronto cuál era el lugar que le correspondía en el juego de Diego de Casanueva.

«¡Bobalicona! —oyó que la llamaban las voces chillonas que habitaban en su maltrecho corazón—. ¡Estúpida! ¿Realmente creíste que él preferiría tu lamentable inocencia a la admirable experiencia de todas las hembras que han compartido su lecho? ¡Ilusa! ¡Solo te ha arrancado tu inocencia para deshonrarte y asegurarse así ese matrimonio!».

Elena estrujó el papel con una mano y la rosa con la otra mientras sacudía la cabeza.

Abrió la boca varias veces intentando respirar, pero la atmósfera de aquel lugar la oprimía demasiado como para poder limpiar el pecado de su cuerpo y de su conciencia. Supo inmediatamente que no podría permanecer allí ni un minuto más. Se abalanzó sobre la puerta para salir atropelladamente de la casa. Corrió como si un ejército entero de demonios la persiguiera y no miró atrás. Tampoco le importó el hecho de que alguien, incluido el propio Diego, la sorprendiera. Quería desaparecer de aquel escenario desvaneciéndose con el aire de la mañana, pero solo consiguió llegar hasta las caballerizas y ensillar un caballo al que clavó los talones con furia, traspasando rápidamente los límites de El Capricho.

A causa del galope descontrolado, el dolor punzante entre sus muslos se acrecentó, pero lo ignoró y azuzó al animal todavía más. El aire fresco de la mañana bañaba su cara y enfriaba las lágrimas de sus mejillas, los ojos le escocían y su respiración se hizo más trabajosa, como si sus pulmones no admitieran más cantidad de aire. Apenas lograba ver el camino de vuelta, pero nada la hubiera detenido. Sentimientos contradictorios pugnaban por hacerse un lugar en su aturdido cerebro: ira, decepción, tristeza y amargura, junto con la humillación de saberse el objeto de diversión de dos terratenientes en una noche de juerga.

Conocía la fama de Diego desde el principio. Sin embargo, nadie le había advertido de que sus palabras resultaran tan falaces, ni de que sus caricias y sus besos fueran tan traicioneros, y mucho menos de aquel vacío en su interior causado por el desamor y el desengaño, o de las consecuencias de su conducta, que a partir de aquel momento tendría que aceptar.

Cuando llegó a los establos de La Dorada permaneció sobre su montura un tiempo, rígida, mientras su mirada se perdía en algún punto indefinido, incapaz de hacer un solo movimiento. Sus manos aferraban aún las riendas del animal cuando una fuerza invisible la obligó a apearse.

Sus piernas la sostuvieron sobre el suelo cuando abandonó el caballo en manos de un mozo de cuadras y se encaminó hacia la

casa principal con paso lento, agotada y abstraída en sus propios pensamientos.

—Señorita, ¿está usted bien?

Las palabras del muchacho intentaron penetrar a través de la profunda niebla de la decepción, pero su consistencia era tan densa que se convirtieron en un murmullo que apenas llegó a sus oídos.

Pensó con ironía en el aspecto deplorable que debía de ofrecer en aquellos momentos, en contraposición con la imagen rebosante de alegre sensualidad que el espejo de Diego le había devuelto tan solo unos minutos antes.

El florecimiento de su sexualidad en estado puro, frente al más oscuro y vil desengaño instantes después.

Diego... Su nombre golpeaba su corazón maltrecho sin darle tregua, a pesar de que ella no deseaba recordarlo, ni evocar su aliento o sus experimentadas palabras de amor, susurradas al oído con un fin que no tenía nada de apasionado.

Como si el tiempo se hubiera suspendido para ella, se detuvo en el centro del patio con su mirada apagada, sin prestar atención a las criadas que corrían de un lado a otro gritando alarmadas.

Su mente aturdida no era capaz de asimilar la tragedia que se le avecinaba por su imprudencia, ni de comprender las palabras que el servicio parecía dirigirle y cuyos sonidos le llegaban amortiguados, como si hablaran en un idioma desconocido para ella.

Un zumbido persistente castigó su cabeza; los arcos que bordeaban el patio se movieron ante su mirada desvariada, y los adoquines del suelo parecieron tambalearse bajo sus pies. Su respiración se volvió agitada e irregular, y un sudor frío le recorrió el cuerpo instantes antes de que alguien la sujetara por los brazos e impidiera su caída. Cuando consiguió enfocar la mirada hacia la persona que tenía enfrente, se encontró con el rostro curtido de Rosalía surcado por la preocupación.

—¡Por fin apareces! ¿Dónde te habías metido?

Parpadeó confusa. La asfixiante sensación de vértigo fue desapareciendo gradualmente, hasta que se dio cuenta de que algo sucedía.

—Aya... —consiguió articular en su boca entumecida—. Aya, estoy bien, per...

Rosalía no la dejó terminar. Con gesto enérgico la empujó escaleras arriba precipitadamente, hasta que llegaron a la alcoba de Catalina.

—Tu prima te necesita —la informó con su voz rezumando severidad y tensión—. Acaba de perder el hijo que esperaba.

El frío se apropió de su cuerpo cuando oyó aquellas palabras. Dominada de pronto por el pánico más absoluto, Elena se olvidó de todas sus miserias, mientras Rosalía intentaba reconfortarla colocando una mano en su brazo.

—Está muy débil por la pérdida de sangre, pero lleva buena parte de la noche preguntando por ti —añadió, señalando hacia la alcoba —. Quiere hablar contigo, criatura.

# 15

La habitación se encontraba en penumbra, y un olor familiar a algún tipo de infusión que no logró identificar la recibió cuando cruzó la entrada.

Elena se quedó inmóvil junto a la puerta cerrada, hasta que su vista se acostumbró a la escasez de luz y distinguió a Catalina, que parecía descansar tranquila, boca arriba y envuelta en la suave textura de las sábanas recién lavadas y limpias.

La fina colcha que le llegaba hasta los hombros se movía al ritmo de su respiración acompasada y profunda. Ella se giró de inmediato, dispuesta a desaparecer de nuevo para no interrumpir su descanso, pero la voz apagada de su prima la detuvo.

—Elena... ¿Eres tú?

Conmovida, no pudo por menos que compadecer a Lina cuando asintió a su pregunta y se sentó en el borde de la cama, tomando su mano fría e inerte entre las de ella. De pronto tenía un montón de preguntas que hacerle y una situación delicada que no sabía cómo manejar, pero cuando vio su cara demacrada y mortalmente pálida, los cercos oscuros bajo sus ojos y su débil y trabajosa respiración, fue incapaz de articular palabra.

Su prima había estado a punto de perder la vida, y ella no hacía otra cosa que lamentarse por haber sido engañada por un calavera sin escrúpulos.

Se sentía como la más vil de las egoístas.

Y cuando Catalina fijó su mirada cansada en ella y asintió comprendiendo, aquella horrible sensación se acrecentó aún más.

—Anoche me acosté después de que todos los invitados se fueran, pero al poco tiempo fui en busca de un vaso de agua y me caí por las escaleras —le explicó en un suave murmullo apenas audible que Elena se apresuró en acallar.

—No es el momento de aclaraciones ni de reproches —intentó tranquilizarla, mientras acariciaba su frente sudorosa y escurría un paño en una palangana sobre la mesilla de noche para pasarlo por el resto de su cara—. Debes descansar y reponerte. Ya habrá tiempo para el resto.

Depositó un suave beso en su mejilla. Hizo ademán de levantarse, pero Catalina la agarró por la muñeca.

—No estoy tan débil —afirmó en un arranque de vitalidad.

—Rosalía me ha dicho que has perdido mucha sangre...

Lina tiró nuevamente de su muñeca, y ella no tuvo más remedio que volver a sentarse.

—Sin ella, posiblemente estaría muerta. —Como si tuviera que coger impulso para seguir hablando, tomó aire e intentó sonreír a pesar del sufrimiento.

Elena asintió. Las preguntas ordenadas en su cabeza peleaban por salir al exterior, pero refrenó su lengua. No quería incomodar aún más a su prima, provocando una conversación que debería haberse producido cuando descubrió que Catalina tenía un amante.

—Necesito confesarme con alguien. —La voz susurrante de Lina tembló un instante y sus ojos apagados se llenaron de lágrimas que logró contener momentáneamente—. Aunque no te lo creas, tú formas parte de todo esto, así que puedes preguntar lo que se te antoje. Yo resolveré todas tus dudas.

Leía su pensamiento, le daba carta blanca para mortificarla, pero Elena se negó, a pesar de que sus últimas palabras habían logrado captar su atención.

—En primer lugar, te preguntarás quién es el padre del niño que acabo de perder. Es Juan —prosiguió su prima. Un helado escalofrío hizo que su cuerpo se agitara con violencia—. Somos amantes desde hace cinco años. O al menos, lo éramos hasta que te acompañé a La Dorada. Desde entonces, otras han sido las receptoras de sus... atenciones.

Elena recordó el episodio ocurrido en casa del Gobernador la noche en que había conocido a Diego.

—No es posible... —musitó pensativa—. Yo estaba contigo casi todo el día, Lina. No tenías tiempo ni lugar para...

—En su casa de Ronda. Desde el momento en que la compró, fue nuestro punto de encuentro.

Su cuerpo se negaba a moverse, a pesar de que lo único que deseaba era huir de allí. No quería seguir escuchando cómo había sido engañada también por su prima.

—Tú sabías que Juan poseía aquella casa y nunca me dijiste nada. —Catalina asintió—. ¿Por qué me has mentido todo este tiempo?

Catalina desvió la mirada, mientras sus hombros se sacudían por fuertes y silenciosos sollozos que consiguió dominar.

—Compréndeme, por favor —suplicó—. Ni siquiera mi madre estaba al corriente. Tener un amante no es la mejor manera de conseguir un marido.

—¿Y acaso Juan te quería para otros fines?

Lina fijó sus ojos en la ventana un largo rato, como si lo que estuviera a punto de desvelar le resultara demasiado doloroso.

—Sus intenciones eran más que honorables… al principio —comenzó, mientras Elena retrocedía hasta la otra punta de la alcoba —. Pero sus planes cambiaron cuando te incluyó en ellos.

—¿A mí?

Lina asintió y bajó la cabeza. Incluso desde la distancia que ahora las separaba, la vergüenza y el arrepentimiento eran tangibles.

—Juan anda tras tu herencia como un perro tras un hueso —continuó—. Pero también te quería a ti. Su idea era casarse contigo para apropiarse de ambas cosas, y yo no podía desvelar mi secreto.

—Te oí. —Catalina le devolvió la mirada sin comprender—. La noche de la fiesta te escuché discutir con él. Sabía que tenías un amante, pero desconocía que fuera Juan. De lo contrario, nunca te habría dejado venir. Mi único propósito era alejarte de una compañía que consideraba perniciosa para ti.

Después de la confesión de Elena, Catalina enmudeció. Aparentemente, ignoraba el desastre que sus revelaciones habían provocado.

—Yo lo amaba —afirmó, como si esa fuera razón suficiente para cometer los más terribles crímenes—. Habría ido con él hasta el fin del mundo si me lo hubiera pedido.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué has esperado tanto para decirme todo esto?

—Diego de Casanueva —fue la fatigada respuesta de Lina—. Cuando vi tu interés por él y supe de su proposición de matrimonio, pensé que él conseguiría que aceptaras y te alejases de Juan.

Elena se sentó a los pies de la cama con la cara enterrada entre las manos. Por fin la espesa bruma que había paralizado su cerebro comenzaba a disiparse y le permitía pensar, ordenar, comprender.

Los actos de Catalina constituían en sí mismos los actos de una mujer... perdidamente enamorada.

—Nunca quise tu mal, Elena. —La sosegada desesperación de su voz caló en lo más profundo de su resentido corazón—. Solo quería conservar a mi lado al hombre que amaba. Por favor, por favor... Perdóname.

Ella alzó la cabeza lentamente y la observó. Examinó a conciencia su mirada suplicante, el sufrimiento de sus rasgos y sus mejillas mojadas, y quiso creerla. Quiso ver en aquella imagen lastimera a la atolondrada e impulsiva Catalina, con la boca demasiado grande para mantenerla cerrada convenientemente, pero que siempre tenía una palabra de consuelo y ánimo para todo el mundo. Deseó poder olvidar y comprender… Pero tan solo consiguió acercarse a ella y volver a pasar el paño húmedo por su frente. Pese a todo, la rabia contenida no había conseguido acabar con años de camaradería y de cariño sincero.

Como si todas y cada una de sus inquietudes aparecieran escritas en su cara, Catalina se apresuró a tomarla nuevamente de la muñeca para evitar que huyera.

—Mis sentimientos hacia Juan forman parte del pasado —le susurró muy despacio—. Pero a ti te sigo queriendo como a una hermana. Acepta a Diego…

De un solo y firme tirón, ella se apartó con la incredulidad reflejada en sus tristes ojos.

—Me has engañado, has mostrado tantas caras que ya ni siquiera sé cuál es la verdadera. ¿Y pretendes que siga tus consejos a ciegas? —De pronto se interrumpió; acababa de atar otro cabo—. ¿A quién más se lo has ocultado? ¿Sabe Juan que iba a ser padre?

Después enmudeció, respirando entrecortadamente mientras su prima parecía hundir más la cabeza entre los hombros.

—Reconozco que fue una estupidez mantener el embarazo en secreto —murmuró—. Pero te aseguro que nadie sabía de mi estado... Excepto Rosalía. Ella lo adivinó por las señales de mi cuerpo, pero ni mi madre ni Juan están al corriente, y me gustaría que siguiera siendo así.

—¿Y Pablo?

—Cuando lo conocí, todo cambió de golpe. Le amo, y él a mí —afirmó con pasión—. Mi embarazo es un secreto también para él, pero Rosalía ha enviado a alguien en su busca. ¿Puede venir a verme? —Tras meditarlo con calma, Elena asintió, y un amago de sonrisa apareció en los labios de Catalina—. Le contaré toda la verdad; lo haré con valentía y arriesgándome a perderle, al igual que he hecho contigo. De cualquier modo, entenderé que quieras que me vaya...

—No soy tan insensible como para abandonarte en tu estado. Pablo puede visitarte todas las veces que desee mientras estés convaleciente. A fin de cuentas, él es tan dueño de esto como yo…

Unos ligeros golpes en la puerta la interrumpieron, forzándola a mantener la compostura mientras abría y se hacía a un lado para permitir a su hermanastro entrar en la alcoba.

—Buenos días, señorita —saludó con gesto atribulado.

«¿Señorita? Ahora mismo estoy bañada en mi propia inmundicia».

Se tragó la observación con la dignidad que correspondía a una dama de buena cuna, desterrando todo sentimiento al rincón más apartado de su mente, allí donde no pudiera descomponer su cuidada fachada de piedra, fruto de años de duro entrenamiento, y consiguió besar su mejilla rasurada y limpia.

—Somos hermanos —dijo—. Mi nombre es Elena. Nada de «señorita» o «usted». Eres propietario de un trozo de tierra, que es más de lo que yo puedo decir en estas circunstancias. La mujer que amas está aquí, así que no tienes que pedirme permiso para nada.

En el largo corredor, Rosalía aguardaba su salida discretamente. Mirando hacia atrás, Elena vio cómo Pablo se arrodillaba junto al cabecero de la cama y llenaba la cara de su prima de miles de

besos, tal y como Diego había hecho en su día con ella, cuando despertó después del incendio del almacén.

Un nudo bloqueó su garganta y le impidió tragar saliva. Pero no pudo evitar conmoverse, a pesar de todo lo vivido en las últimas horas, cuando, con una mirada tan cómplice como las compartidas antaño, Catalina agradeció su gesto.

***

Apenas una hora después, su cabeza atormentada se encontraba descansando sobre el regazo de Rosalía, mientras esta acariciaba sus negros rizos y escuchaba el cúmulo de desgracias que la atosigaban. El dique improvisado para contener sus emociones resultó ser tan frágil que finalmente se rompió con la facilidad de una cáscara de huevo.

—Tu prima te ha hablado con la verdad en su corazón. Cuando el tuyo esté más sereno y puedas pensar con más lucidez, estoy segura de que sabrás perdonarla. Ella te quiere.

—¿Tú... sabías algo de lo que Juan se propone hacer conmigo?

Rosalía apretó los labios y levantó su cabeza del acogedor regazo para poder hablar cara a cara.

—Él me amenazó para que consiguiera que tú... Bueno, que lo vieras con otros ojos y que aprobaras su presencia. —Antes de que Elena pudiera reaccionar, la abrazó con fuerza—. No podía decirte nada acerca de sus planes, pero he intentado alejarte de él por todos los medios, criatura. Cualquiera es mejor, créeme.

Ella recordó la conversación que habían mantenido la mañana de la misa por su padre, y entonces comprendió. Su inteligente, su amorosa aya, se había asegurado de que caería en las manos de Diego para así alejarla de las de Juan. El abrazo se hizo más intenso, y el lazo invisible y brillante que las unió, indestructible.

—¿Incluso el señor de Casanueva? —preguntó—. Después de lo que sabes que ha sucedido, ¿aún piensas que él es mejor que Juan?

Para refrendar sus palabras, Elena sacó de entre sus pechos el papel que delataba la traición y se lo entregó a Rosalía. Solo al cabo

de unos segundos, cuando la gitana se lo devolvió con una sonrisa extraña, se dio cuenta de que no sabía leer.

—Una analfabeta como yo no te puede ser de gran ayuda. Pero sí puedo decirte que todo el mundo comete errores. Tu prima, don Diego, e incluso tú misma. —Su mano callosa se posó en la mejilla aún húmeda—. Cariño, ese hombre bebe los vientos por ti, está tan enamorado que no puede ocultarlo. Eso es evidente hasta para alguien ignorante como yo.

—No digas tonterías. Tú no eres ignorante, sino una persona sabia, y Diego no puede enamorarse de mí ni de ninguna otra mujer, al igual que Catalina no puede amar a Pablo como dice.

—A menudo el aprendizaje de la vida se realiza a través de experiencias dolorosas. —Su voz envolvente comenzó a tranquilizarla —. Si eres lo suficientemente inteligente como para sacar provecho de cada una de ellas, acabarás por ver las cosas de otro modo. Recuerda que errar es humano.

—Catalina me ha traicionado. Y Diego también.

—Tu prima se enamoró del hombre equivocado, niña —corrigió Rosalía moviendo la cabeza—. El amor puede gestarse a través del tiempo o aparecer en un segundo, y en los dos casos puede ser tan fuerte que te nuble el entendimiento. Recuérdalo cuando seas capaz de juzgar a la señorita Catalina o a don Diego con frialdad.

—¡Pero él me engañó! ¡Este papel lo demuestra!

Volvió a guardarlo en su cálido escondite con gesto nervioso.

La gitana alzó las cejas.

—Según me contaste, la apuesta fue hecha cuando apenas había pasado contigo un par de horas —objetó—, y ni siquiera lleva su firma.

—Pudo olvidarse de ponerla.

—También pudo olvidarse de la apuesta en cuanto compartisteis un poco más de tiempo juntos, algo que hablaría en su favor, ¿no te parece?

Su tono áspero no ocultaba la sencillez aplastante de su razonamiento.

¿Y si tenía razón?

No quería permanecer con su corazón suspendido entre el perdón y la cólera, vacilante e insegura.

—¿Y qué me dices de Juan? —aventuró volviéndose de nuevo hacia Rosalía—. ¿También sus intenciones son honorables?

—Su amor por ti se remonta a tu niñez; es enfermizo, pero extrañamente no quiere obligarte a aceptarlo, al menos de momento. Si don Diego te ha propuesto matrimonio, acéptalo —le advirtió la gitana—. Él te proporcionará seguridad y te alejará de Juan. Así tu herencia...

—...Pasaría a manos de mi marido —continuó Elena con desaliento—. ¿No te has parado a pensar que quizá sea esa la intención de Diego?

«Su única intención es conservarte junto a él hasta el fin de los días, solo que ninguno de los dos os habéis dado cuenta todavía».

—No me pareció un hombre codicioso, y por lo poco que sé de él, no necesita más de lo que tiene. —Rosalía se acercó a ella y volvió a acariciar su mejilla. Había tanta gravedad en aquel gesto que Elena comenzó a preocuparse—. Si esa propuesta viniera de su hermano Lorenzo, entendería tu postura. Es un hombre aficionado al juego y con unos recursos bastante más reducidos que los de don Diego, pero él...

Dejó la frase en suspenso, y Elena se preguntó qué era lo que su aya había visto en Diego que le hiciera defenderle con tanto fervor.

—No sé de dónde demonios sacas tal cantidad de información— comentó sacudiendo la cabeza—. Pero querría confiar en ti, aya.

«Necesito confiar en alguien».

Rosalía se acercó y la besó.

—Sabes que puedes hacerlo —respondió, mientras la angustia se anudaba en su estómago y apretaba con crueldad—. Nunca haría nada que pusiera en riesgo tu vida o que pudiera perjudicarte, chiquilla.

Sus ojos se humedecieron inesperadamente, y Elena se sumergió en ellos para ver ansiedad, temor y algo más, tenebroso y sórdido, y tan escondido que no pudo descifrarlo.

—Tengo que irme. Tengo que... pensar.

Desapareció apresuradamente, temiendo que la vieja gitana le contara más.

Y Rosalía lo agradeció.

El desengaño sufrido a manos de Diego de Casanueva tan solo sería un paréntesis. La conversación mantenida con Catalina le había servido para rasgar el tupido velo de la ignorancia y comenzar a ver la verdad, cruda y sin adornos, aunque no en toda su extensión.

Para eso Rosalía habría tenido que hablarle de su padre y de las circunstancias de su muerte, y aún no estaba preparada para ello.

# 16

Los infortunios acaecidos en las últimas horas habían emponzoñado su espíritu, empujándola hacia el vacío de la indecisión y el desengaño.

El destino caprichoso le había mostrado tan solo una pequeña parte de lo que hubiera podido ser su futuro, para luego cerrar la cortina de golpe, lanzándola al fondo de un peligroso precipicio, sin tener en cuenta cuán larga podía ser la distancia que la separaría del suelo, ni lo doloroso de su caída.

Por eso estaba allí, sentada junto a un árbol, a pesar de la humedad reinante y de las nubes que ocultaban los tibios rayos del sol, con la cascada familiar y el remanso tranquilo como único paisaje y con los brazos rodeando sus rodillas flexionadas.

En aquel pedazo de naturaleza en estado puro esperaba encontrar la paz que necesitaba para poner en orden sus pensamientos.

Paz y soledad.

Elena se inclinó un poco hacia delante, lo justo para que su barbilla reposara sobre las rodillas, y cerró los ojos aspirando con fuerza el aire fresco que parecía llegarle de la sierra.

Hasta que comprendió que era el olor de Diego lo que aún nublaba sus sentidos. La mezcla de tabaco, coñac o vino dulce en combinación con múltiples especias. El fresco aroma del campo y la serranía, que impregnaba su cuerpo y que permanecía allí, con una perseverancia ignominiosa. Como si los recuerdos que evocaba en ella se rieran de sus desdichas, negándose a desaparecer, susurrando su nombre al oído miles de veces para obligarla a pensar en él nuevamente.

Abocada sin remisión a encontrar una solución a sus problemas, reconoció que debía hacer algo con respecto a Diego. A pesar de no

desear verlo, sabía que no podría posponer ese momento de manera indefinida.

Había llegado a conocerle lo suficiente como para asegurar que iría en su busca en cuanto entrara en su alcoba y la encontrara desierta, con su rosa roja destrozada en el suelo como prueba de su precipitada huida. La buscaría hasta debajo de las piedras, no cejaría en su empeño hasta encontrarla, y cuando lo hiciera, ella debería tener una defensa preparada lo suficientemente sólida como para repeler sus argumentos.

No obstante, pese a la angustia que aquel pensamiento le causaba, no podía negar que no era nada comparado con el pánico que la recorría de pies a cabeza al pensar en Juan.

Su tutor había resultado ser el más ruin y calculador de los hombres.

Las confesiones de Catalina con respecto a él y a sus planes de matrimonio con ella le habían sorprendido, aunque no tanto como el hecho de que su prima fuera parte integrante de aquella trama compleja y tenebrosa.

Si no se mantenía firme y fuerte, Juan tendría vía libre para hacer con ella lo que le viniera en gana. Despreciaría la esencia de su espíritu y la condenaría sin remedio al peor de los destinos: ser su esposa.

Tan abstraída se encontraba en sus propios pensamientos que no oyó el ruido de cascos tras ella, hasta que las firmes pisadas sobre la hierba a su espalda la obligaron a levantarse y hacer frente al primero de aquellos escollos que parecían insalvables.

Cuando Diego la vio ante él, serena y muy digna, con la frente alta y los puños apretados, recordó una pequeña enseñanza que sus abuelos maternos le habían inculcado, cuando era un niño demasiado inocente para pensar en deudas de sangre. Para el Mulero y Natalia, toda persona llevaba consigo una estrella y un aura que lo rodeaba. El brillo de la primera se intensificaba cuanto mayor era su suerte, mientras que el color de la segunda hablaba de su estado físico y anímico.

El fulgor de la estrella de Elena se extinguía en aquellos momentos a pasos agigantados, y Diego pudo ver el aura que

rodeaba su cabeza con tanta nitidez como a ella misma, con aquel color apagado y gris que parecía engullirla.

Creyendo que la amenazante sombra de Juan Lomana había regresado, se acercó a ella dispuesto a llevársela con él sin más miramientos. Solo aquel motivo, y no otro, tenía que ser la causa de su marcha.

Elena observó su aspecto descuidado, la incipiente barba negra, el cabello enmarañado y las ropas sucias. Era evidente que había estado trabajando en el cortijo desde primera hora de la mañana, antes de correr en su busca.

—¿Cómo me has encontrado?

Diego la tomó del brazo cuando llegó a su altura, pero ella se soltó y retrocedió un paso.

—Te busqué en La Dorada, pero no estabas —explicó extrañado —. De vuelta he visto tu yegua blanca, y he supuesto que estarías aquí. —Con el ceño fruncido, intentó acercarse de nuevo, pero ella dio otro paso atrás—. ¿Qué sucede, princesa? ¿Por qué te fuiste así?

Con el pulso latiendo tan fuerte que era visible en su cuello, Elena le dio la espalda. Diego tuvo la horrible premonición de que se escurría entre sus dedos como un pez recién salido del agua.

—Aquí conocí al Marqués —confesó sin moverse ni un ápice, a pesar de que Diego se acercó un poco—. Aquí tuvimos nuestro... primer encuentro.

—Dime lo que te pasa, por favor. —Su voz profunda sonó más cerca de lo deseable—. ¿Qué tiene que ver ese bandolero con nosotros?

—Más de lo que tú crees. —Se volvió hacia él parcialmente, y con una mirada fría le ofreció el papel que ya le quemaba la piel—. Él jamás me hubiera hecho esto. Él siempre me respetó. He de darle la enhorabuena, Casanueva; finalmente se hizo con el trofeo.

Cuando Diego cogió el documento y comenzó a leerlo, sintió que el cielo se abría sobre su cabeza y que todos los santos que habitaban allí descargaban su furia sobre él. Ni la peor de las desgracias era equiparable a lo que pudo leer en el rostro de Elena cuando levantó la vista, lívido y buscando frenéticamente las palabras adecuadas antes de hablar.

Tenía que escogerlas con cuidado. De otro modo, perdería a aquella mujer para siempre.

—Esto es una estupidez de las muchas que mi hermano y yo hemos cometido a lo largo de nuestra vida. —Su voz sonó franca, tranquila, pero su interior hervía de incertidumbre—. Espero que no le hayas dado más importancia de la que tiene.

Ella no contestó. Se limitó a lanzarle mudos reproches mientras trataba de contener las lágrimas.

La maldita apuesta, algo en lo que no había vuelto a reparar desde el día en que ella acudió a su casa buscando ayuda para Pablo Guerrero, y que había quedado olvidada en algún rincón de su alcoba.

—No me molesta que hayas estado rebuscando en mi cuarto —añadió esperanzado—. Desde hoy puedes considerarlo tuyo.

Aquella pequeña declaración no consiguió ablandarla. Más bien al contrario, se mostró sorprendida y ofendida.

—No rebusqué —replicó, y sus mejillas comenzaron a teñirse de rojo por la creciente indignación—. Estaba bajo tu cama, asomando por uno de los lados.

—¿Crees que si fuera importante para mí lo hubieras encontrado ahí? —Los labios de ella temblaron, y Diego comenzó a sonreír—. Ni siquiera tiene mi firma, por Dios.

—La ausencia de una firma no prueba la honestidad de tus intenciones.

Estupefacto, Diego empezó a comprender. Su mirada fue tan clara para él como el agua de aquella cascada.

Realmente creía que había sido traicionada, objeto de un absurdo juego del que nunca debió formar parte, usada y arrojada con desdén al rincón del olvido.

Como otra más de sus amantes.

Con gesto firme y sin que le temblara el pulso, manteniendo su mirada en todo momento, rompió el papel en mil pedazos y tomó su mano con la palma hacia arriba para depositarlos en ella.

—Estás en tu derecho de pensar que lo que sucedió anoche fue una excusa para conseguir mis supuestos fines, pero lo cierto es que no quiero que te ausentes de mi cama nunca más —murmuró con

voz ronca y apremiante—. Si el problema era esta ridícula apuesta, has de saber que me olvidé de ella desde el momento en que te conocí, y aquí tienes la prueba.

—Estos pedazos de papel no significan nada —continuó ella implacable—. Me mentiste. Me has mentido todo este tiempo.

—Yo no hice tal cosa, y lo sabes.

—Me ocultaste tus verdaderas intenciones, que viene a ser lo mismo. —Sin poder controlar ya las lágrimas que empaparon sus mejillas, Elena arrojó los papeles lejos de ella y dejó que su rabia arrasara con todo lo demás—. ¡Me engañaste, maldito seas! ¡Solo querías comprobar si eras capaz de añadirme como un nuevo trofeo a tu lista de amantes! ¡Ver si sucumbía a tus... encantos como una más!

Diego ignoró su arranque de furia y la tomó de los hombros con firmeza.

Aquellas palabras arrojadas a su cara no eran más que verdades como puños que definían a la perfección sus intenciones. Y aunque solo eran aplicables a la noche en que la conoció, no podía reconocerlo; no en aquel momento.

—¡Me consumo por ti! ¿Es que no lo ves? —En su afán por hacerla entrar en razón, acercó su boca a la de ella, pero no intentó besarla—. No eres ningún pasatiempo para mí. Siento que ese papel absurdo te haya llevado a pensar lo contrario...

—El daño ya está hecho.

Con su cuerpo ardiendo ante el tacto cálido de aquellas manos, intentó separarse, pero él no la dejó. La mantuvo tan cerca como le fue posible, negándose a admitir la posibilidad de haberla perdido por un error estúpido. La abrazó en contra de su voluntad, y la pegó contra su pecho con fuerza, anulando cualquier clase de oposición.

—Déjame reparar ese daño —le dijo con la boca enterrada en su pelo negro—. No pienses que voy a retirarme tan pronto de este pulso que te empeñas a mantener conmigo, princesa.

Elena se debatió con fuerza para soltarse. En medio de su furiosa resistencia, él le permitió levantar la cabeza solo para poder contemplar los destellos de rabia de aquellos ojos que parecían hipnotizarlo.

—¿Por qué? —chilló, intentando golpearle con los puños—. ¿Por qué te empeñas en seguir hiriéndome? ¡Puedes ocupar tu cama con cualquier otra, incluso una cada noche si se te antoja! ¿Por qué quieres seguir tras de mí cuando te he rechazado?

—Ya no eres virgen. He arruinado tu futuro y debo repararlo.

Elena se negó en redondo. Sabía que solo era otro intento más para que aceptase casarse con él.

—No te preocupes, el error ha sido mío —respondió—. Te eximo de toda responsabilidad.

Contrariado por las lágrimas que inundaban sus ojos y cada vez más furioso, Diego apretó con más fuerza el lazo que sus brazos formaban alrededor de su espalda para inmovilizarla mejor.

—No soy ningún blando para que puedas jugar conmigo —murmuró entre dientes—. Ni tampoco alguien de quien te puedas deshacer cuando se te antoje. No voy a renunciar a lo que pasó anoche porque tú y yo somos iguales... ¿Acaso ya no confías en mí?

—¡No! —Aprovechando que la presión cedió ligeramente, Elena hizo otro intento de escabullirse, pero las manos de Diego la mantuvieron sujeta—. ¡Nunca seré como tú!

—Te recuerdo que anoche no eras del mismo parecer.

Pese a que todo su ser se agitaba con la violencia de un viento huracanado, su tenacidad no pudo evitar que Diego estampara en su boca un beso impetuoso, que dejó un rastro de fuego entre sus muslos, corroborando la certeza de sus palabras. Una realidad que aún se negaba a admitir ante ella misma; una evidencia tal que necesitaba borrarla como fuera. Esa fue la razón de que le clavara los dientes en el labio con tanta fuerza que él se apartó con un grito de dolor, probando, atónito, el sabor metálico de su propia sangre.

El deseo, primitivo y fulgurante, lo atravesó como un rayo.

—Si buscabas excitarme con lo que acabas de hacer, juro por Dios que lo has conseguido.

Su mirada se volvió feroz, y sus ojos se entrecerraron cuando la apretó más contra él. Con su miembro erecto presionándole el vientre, Elena se quedó sin palabras. Deseaba herirlo y a un tiempo lanzarse a su cuello y abandonarse en el misterioso interior de su boca.

Satisfecho por el resultado obtenido, Diego sonrió quedamente.

—¿Sabes lo que haría tu Marqués si te tuviera como yo ahora? —preguntó con sorna—. Yo te lo diré. ¡Te tumbaría aquí mismo, te levantaría las faldas y tomaría de ti lo que necesitara, lo quisieras o no!

—¿No te estás equivocando? Tú eres el traidor, el miserable que merece que lo abofeteen, no él. Conmigo, el Marqués es más caballero de lo que tú serás jamás.

Diego tan solo arqueó una ceja, decidido a ignorar aquella provocación cargada de reproches.

—Ahora que ya te has afilado las uñas en mi orgullo y has echado fuera toda la porquería que ensuciaba tu entendimiento, ¿me dejarás explicarme?

Elena no contestó. Permaneció con su respiración agitada mirándolo en silencio, hasta que él mismo se obligó a tranquilizarse.

—Vas a escucharme —siseó con brusquedad, esperando hasta que los brazos de Elena se relajaron un poco para continuar—. Crees que solo te quiero para calentar mi cama...

—Eso es evidente.

—Sí, claro que sí. Te quiero en mi cama ahora y el resto de nuestra vida. En este momento eres joven y bonita, pero cuando el paso del tiempo estropee tu piel y tu aspecto ya no sea tan apetecible, también querré que sigas ocupándola. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Daría la espalda al resto del mundo para tenerte a mi lado. Te quiero en mi vida, Elena. De lo contrario, nunca te hubiera propuesto matrimonio.

La mandíbula de ella tembló. Y su corazón comenzó a derretirse como el chocolate en el fuego.

Los ecos de aquella declaración desconcertante y profunda penetraron hasta las fibras más íntimas de su ser. A punto estuvieron de convertirla en una marioneta entre sus manos si no hubiera sido por los rescoldos de su furia, que aún ardían y que encendieron la hoguera de su temperamento, dotándola de la fuerza suficiente como para apartarse de él de un solo tirón, firme y seco.

—Tus palabras ya no tienen efecto en mí. Estás pinchando en hueso, señor de Casanueva —afirmó con desdén—. Te he regalado

lo más preciado que tenía; no me arrepiento ni te culpo por ello. Tan solo yo debo responder por mis actos, pero no obtendrás nada más de mí.

—¿Te atreverás a negar todo lo que compartimos anoche?

Una sombra de amargura cruzó por su negra mirada, y Elena desvió la suya.

—No —reconoció finalmente—. Fue lo más cercano a la felicidad que he experimentado hasta el momento.

Él se atrevió a pasar el dedo índice por su mejilla húmeda.

—Quiero recompensarte por todo el placer que me diste. —Decidido a tragarse buena parte de su orgullo, hincó una rodilla en tierra, tomando su mano delicada entre las suyas—. Quiero que me des otra oportunidad. Quiero que te cases conmigo.

Después de un instante de espeso silencio, ella volvió a levantar la vista y negó lentamente con la cabeza.

—Ni siquiera así conseguirás recomponer lo que ya es irreparable —sentenció—. Ya no confío en la honorabilidad de tus intenciones.

«¡Devuélveme los pedazos de mi corazón! ¡Ésos que se han ido con el viento y que tú rompiste!».

Diego se puso en pie y la sujetó del brazo. Su mandíbula se tensó en una seria advertencia.

—Puedo llevarte conmigo por la fuerza —aseguró.

Para corroborar sus palabras, comenzó a arrastrarla hacia su caballo. Elena no se resistió. Permitió que la llevara unos metros, hasta que él mismo se detuvo, extrañado por la ausencia de oposición.

Cuando la miró, vio en ella aquella determinación que era más hiriente que cualquier grito o insulto.

—Si me obligas —habló por fin—, te odiaré para siempre.

Otra vez aquella lengua cargada de veneno directo a su conciencia.

Diego suspiró.

Calló y se apartó de ella mientras su alma se encogía, haciéndose insignificante ante lo que acababa de suceder. Casi pudo tocar el espeso muro que los separaba; retrocedió al reconocerlo, tangible y real como su voluntad, y tan firme como una roca.

Elena ya no vio en él ningún signo de enfado, furia o frustración.

Solo un lago inmenso de tristeza.

—Has abierto un abismo entre nosotros, y solo tú lo cerrarás. —Con pasos lentos, le dio la espalda para volver junto a su caballo, pero antes de montar, se giró hacia ella—. No volveré a pedirte que te cases conmigo, ni volveré a buscarte.

Ella se cruzó de brazos con expresión obstinada.

Todo su cuerpo temblaba con tanta violencia que le extrañaba mantenerse en pie. Clamaba por correr junto a él y aceptar todas y cada una de sus palabras como ciertas; gritaba por sentir de nuevo sus besos y su abrazo protector. Pero el dolor era tan grande que no le permitía actuar según los dictados de su corazón.

Diego montó en su caballo y lo guio hasta donde estaba ella. Sobre su montura, gallardo y apuesto, con un pedazo de su denostada dignidad aún a salvo, se inclinó para estar más cerca de ella.

—No creas que esto es una despedida, ni tampoco una rendición —dijo—. Me he humillado ante ti, pero no volveré a hacerlo. La próxima vez, serás tú quien venga a mí. Tú me suplicarás el matrimonio que tantas veces te he ofrecido. Y para entonces... Seré yo el que decida.

Con la aflicción que envolvía sus palabras flotando en aquel ambiente opresivo, Elena lo vio partir al galope. Permaneció con sus ojos fijos en él, hasta que su silueta no fue más que un punto en la lejanía. Aún después siguió allí de pie, con aire ausente, aletargada y pensativa, hasta que por fin pudo reaccionar y, muy despacio, montó en su yegua blanca para regresar a casa.

***

Don Fabián se estaba cansando de esperar.

Y eso a pesar de que la paciencia era una de sus virtudes y de que Lorenzo le había asegurado que Diego no tardaría en volver.

Paseándose de un lado a otro del pulcramente ordenado despacho, decidió aguardar un poco más. El asunto que lo había llevado hasta allí era de suma importancia, al menos para él, pero

dio un respingo cuando la puerta se abrió de golpe y Diego apareció, tan pensativo y ceñudo como él.

—Buenos días, hijo —saludó, aunque a juzgar por el gesto sombrío que lo recibió, dudó de su afirmación—. Tu cara es todo un poema. ¿Es un mal momento para hablar?

Diego se acercó a la ventana y miró ensimismado a través de los cristales.

Un día oscuro de nubes amenazantes.

Fiel reflejo de su estado de ánimo.

—Para hablar con usted nunca es mal momento, padre. —Se dejó caer en la silla y encendió un cigarro—. ¿No quiere servirse nada?

Don Fabián negó con la cabeza y tomó asiento, observando con atención su aspecto triste.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó con cautela—. Tienes sangre en el labio.

Él se pasó los dedos por la herida y luego los contempló largo rato.

—Quise domesticar un animalillo salvaje. —Su voz intentó parecer despreocupada, aunque algo en los ojos de don Fabián le dijo que no lo había logrado del todo—. Pero tan solo conseguí que me mordiera.

—¿La señorita Robles no se amoldó a tus deseos? —Diego lo miró sorprendido, y el cura sonrió—. Soy religioso, no sordo. Anoche te la llevaste delante de toda la población de Ronda. ¿Qué esperabas? —Se encogió de hombros de tal forma que Diego no pudo evitar sonreír—. Hoy sois la comidilla de toda la ciudad.

—No es algo que me preocupe.

—Pero su virtud sí debería hacerlo. —El matiz severo de sus palabras consiguió que se hundiera aún más en su asiento—. Si tu único fin es seducirla, deberías pensar en que puedes destrozarle la vida.

«La advertencia llega demasiado tarde».

—¿Va a darme clases acerca de cómo tratar a las mujeres? —se burló.

—No, pero sí puedo dártelas de moral.

—Con la iglesia hemos topado —dejó escapar con ironía—. Padre, le aseguro que no es el mejor momento para sermones. Cuando quiera escuchar alguno, visitaré su iglesia.

—No seas impertinente, muchacho —lo reprendió don Fabián—. Y no mientas. Sé que ni aun en esas circunstancias me honrarías con tu presencia.

Ambos hombres se miraron con afecto, hasta que Don Fabián sacó un plano de entre los pliegues de su sotana y lo desplegó sobre la mesa.

Diego observó los dibujos con atención.

—¿Este es el asunto que le trae por aquí?

—Así es. Pero no seguiré, a menos que me demuestres que tu cerebro está tan lúcido y despejado como siempre. No es bueno que andes en otros menesteres mientras piensas en jugarte la vida.

—No crea todo lo que dicen de mí. La gente habla más de la cuenta, y tiende a exagerar los pequeños comentarios hasta agrandarlos demasiado.

—Por el bien de la muchacha, eso espero. Ella no se merece ser objeto de tus frívolas andanzas.

No necesitó decir más. Aunque le costó un esfuerzo supremo, consiguió arrinconar sus problemas con Elena y se transformó en un hombre distinto ante los ojos del cura.

—Es el plano de un paso frecuentado por la cuadrilla de Paquillo —dijo—. Conozco la sierra perfectamente, padre. No tenía que haberse molestado en...

—Mañana al atardecer, un grupo de guardias civiles llevará a dos reos por aquí, camino de Málaga. —Su dedo huesudo insistió especialmente en aquel punto.

Diego comprendió.

En silencio, se tomó su tiempo en sentarse de nuevo. Don Fabián estudió su expresión, pero en vista de que no hablaba, se decidió a continuar.

—¿No lo ves? —inquirió sin disimular su contrariedad—. Es un claro en mitad de la sierra, sin árboles ni rocas tras las que protegerse. Irán armados hasta los dientes. Cualquiera que se

aventure a rescatarlos tendrá que enfrentarse a un tiroteo abierto. Es una trampa.

Diego parpadeó con escepticismo.

—¿Una trampa? —repitió—. ¿Cómo está tan seguro?

—A algunos Civiles se les suelta la lengua con un par de copas de más —confesó el cura levantando una ceja.

—Si es una trampa, ¿qué es lo que está buscando entonces?

—Esta vez he podido advertirte. Pero, ¿qué pasará cuando no llegue a tiempo?

Diego comprendió el verdadero sentido de las palabras y los actos de don Fabián.

—No habrá venido a convencerme de que avise a…

Se interrumpió abruptamente cuando recibió la respuesta antes de que terminara de formular la pregunta.

—El capitán Salcedo anda tras el Marqués. Tarde o temprano lo atrapará. No es como el resto.

Eso significaba que era ajeno a sobornos y cualquier otro tipo de corrupción, pero aquello no le sorprendía. En realidad, lo había sabido desde el momento en que lo conoció.

—¿Le ha importunado de algún modo?

—Tuvimos una entrevista apenas llegó a Ronda, pero no te inquietes. —Don Fabián se levantó y se sirvió finalmente un pequeño vaso de vino tinto—. En poca estima me tendría si no supiera manejar las preguntas directas de un mozalbete presuntuoso.

—Entonces no hay problema. Por lo poco que he visto, aún está muy lejos de él.

—Al parecer es un hombre de recursos —aseveró don Fabián—. Ofrece una recompensa de quinientas pesetas a quien le proporcione una pista fiable.

—Una cantidad muy pequeña a mi modesto entender.

—Esa cantidad serviría para proporcionar a muchas familias una vida llena de comodidades. Familias que, dicho sea de paso, conocen la identidad del Marqués.

—...E ignoran lo que significa la palabra lealtad —terminó Diego, esta vez más cauto y menos temerario en sus observaciones—. En

realidad, venderían a su propio padre por bastante menos —reconoció al fin, rascándose la barbilla pensativo.

Don Fabián pudo respirar más tranquilo.

—Por fin has visto a dónde quiero llegar —suspiró con alivio.

—Sí, claro. —Diego recogió el mapa y se lo entregó al cura—. Pero ya sabía lo de la recompensa.

—¿Quién te lo dijo?

—Anoche hice una visita al Mulero. Irene había dado a luz gemelos, y Paquillo estaba con ella.

Don Fabián abrió unos ojos como platos. Diego se aclaró la garganta y rehuyó su mirada.

—¿La llevaste contigo al campamento gitano?

El carraspeo se acentuó.

—Sí... Bueno... —Como si temiera su reprimenda, la lengua de Diego comenzó a trabarse—. En realidad, quería que mi gente la conociera.... En fin, el Mulero y Natalia son mis abuelos y...

El penetrante y creciente sonido de una carcajada hizo que levantara la cabeza, atónito.

Don Fabián reía a mandíbula batiente, y cuanto más lo hacía, más aumentaba la incómoda sensación de parecer... ridículo.

Mortificado y desconcertado, se dirigió a él con el ceño fruncido.

—¿Puedo saber qué es lo que le hace tanta gracia? —preguntó con aspereza.

Don Fabián tuvo que esperar a que el ataque de risa cesara para poder contestar. Aún con una amplia sonrisa en sus labios, posó su mano sobre el hombro de Diego.

—Es peor de lo que me imaginaba —dijo, en un sentido que solo él conocía—. No puedo decirte más, hijo. Solo recordarte que el amor verdadero es muy difícil de encontrar. Y cuando ese milagro se produce, hay que luchar por él con uñas y dientes. Si la muchacha te interesa realmente, sé prudente.

Tiempo después de su visita, Diego se preguntaba qué era lo que impulsaba a todo el mundo a hablar de amor refiriéndose a él. Y a Elena.

Aquel era un sentimiento que le era completamente ajeno hasta el momento, y pensaba seguir así. Lo que sentía era pura y simple

lujuria. Obedecía solo y exclusivamente a pasiones de naturaleza más humana. Podría olvidarse de ella cuando quisiera, al igual que había sucedido con otras antes.

De hecho, fue lo primero que intentó hacer cuando recordó cómo había sido acusado por ella de una traición... Tan sincera como real, reconoció con un suspiro.

Sin embargo, se había postrado a sus pies para reparar aquella falta, le había suplicado perdón por su error y había vuelto a pedirle matrimonio, ¿y qué había hecho ella? Una vez más, había puesto a prueba su fama de mujeriego y había vilipendiado su dignidad ensalzando su propia feminidad como contrapunto, comportándose como una gata salvaje y volviéndolo completamente loco.

Quiso olvidarse de ella, pero su sabor único aún corría por sus venas. Era una sensación inquietante y enraizada en su interior, tanto que no podría espantarla con un movimiento de su mano como si se tratara de una molesta nube de mosquitos.

Se descubrió a sí mismo teniendo agudos y penetrantes... remordimientos.

Un estado desconocido para él cuando de una mujer se trataba, pero que le reveló que, finalmente, sí tenía un corazón. No uno al completo, por supuesto, pero sí una parte de él. Mutilado y cercenado después de abandonar a Elena en aquella cascada, pero corazón a fin de cuentas.

Aunque en ese momento le servía de muy poco.

Quizá Cupido lo estuviera usando para vengarse por agravios sufridos en el pasado, en todos aquellos años en los que poco le habían preocupado los sentimientos de las mujeres que dejaba en el camino.

Diego suspiró, y con gesto cansado se mesó el pelo revuelto. No era el momento de un profundo análisis de introspección, se dijo con amargura, sino de reconocer ciertas cosas ante sí mismo.

Como por ejemplo, el hecho de que no fuera capaz de obligar a Elena a irse con él.

«Él jamás me hubiera hecho esto, Diego. Él siempre me respetó».

Las palabras heridas y afligidas de Elena referidas al Marqués volvieron con inesperada fuerza para reírse de él, para solazarse con

su frustrante revés como si fueran un puñado de hadas malignas.

Si el Marqués hubiera aparecido aquella mañana junto a la cascada, estaba seguro de que ella le habría acompañado de buen grado. Se había entregado a él sin reservas y por completo en aquella noche inolvidable... pero los sentimientos más nobles los guardaba para aquel bandolero al que apenas conocía.

En un arranque súbito de celos, Diego apretó la copa en su mano y contuvo el impulso de estrellarla contra la pared.

¡Era increíble, decididamente inaudito!

¡Estaba celoso de un simple bandolero con las horas contadas!

# 17

La paz se había instaurado en La Dorada.

En los días posteriores a su debacle particular, Elena se convirtió en el ama que su cortijo llevaba necesitando desde hacía tiempo. Se levantaba con el alba y recorría las tierras supervisando el trabajo de los jornaleros y aprendiendo de ellos. Permanecía horas sobre su caballo, rodeada de peones que aprendieron pronto a respetarla. Después de todo, siempre era mejor el duro trabajo que mantenerse mano sobre mano, lamentándose por su suerte. Procuraba no emplear mucho tiempo en lo que había comenzado a considerar como distracciones inútiles. Lo que en un principio había sido una vía de escape para su castigada conciencia, desembocó en un amor incondicional hacia la tierra que la vio nacer. Un logro inesperado que la afianzó aún más en su firme decisión de pelear contra Juan o cualquiera que quisiera hacerse con la herencia de su padre.

Pasaba los días en las labores del campo, por duras e inclementes que estas fueran, pero las noches eran algo completamente distinto. Ausente con sus pensamientos, se acostaba temprano aduciendo un cansancio extremo, a solas con el desasosiego que le impedía conciliar el sueño y le hacía dar vueltas en la cama, con su cuerpo bullendo de deseo por el amante ausente.

En realidad esperaba que Diego se desdijera de sus últimas palabras y apareciera de pronto. Las ansias de aquel imaginario encuentro la acosaban a todas horas, y cuanto más fuerte era su empeño por permanecer ajena a ellas, con más ímpetu se manifestaban en su cabeza, que volaba libre sobre su almohada en cuanto el sol se ocultaba.

Aquella noche en particular no habría pasado de convertirse en un lúgubre reflejo de todas las anteriores, si no hubiera sido porque Leo se mostraba especialmente interesado en convertirse en el centro de atención de su ama. Parecía no atender a razones y daba vueltas por la alcoba, inquieto, hasta que comprendió que sus insistentes lametones, destinados a algún incomprensible juego, no conseguían

sus frutos. Los lamentos se convirtieron en gruñidos amenazantes cuando apoyó las patas delanteras sobre la puerta cerrada y comenzó a golpearla.

Fastidiada por tener que hacerle caso, Elena se cubrió con una bata al tiempo que cogía su quinqué encendido.

—Eres demasiado escandaloso —le susurró, mientras con la mano libre le indicaba silencio—. Voy a bajar a ver qué ocurre, pero tú, mi querido amiguito, te quedarás aquí, ¿entendido?

Leo se sentó obedeciendo la nueva orden. En cuanto salió de la alcoba, los ladridos y el golpeteo se acrecentaron, pero ella los ignoró y descendió hasta la planta baja, deteniéndose junto a la puerta del despacho de su padre.

Extrañada, había observado que por su parte inferior se filtraba un exiguo haz de luz. La abrió sin llamar, convencida de que quizá Catalina anduviera husmeando por allí.

No esperaba encontrarse a la persona que parecía estudiar con suma atención unos documentos desperdigados sobre la mesa, y que levantó la cabeza tan sorprendida como ella cuando la oyó entrar.

Sus pies descalzos se quedaron clavados en el frío suelo cuando comprobó que, por el rostro de Juan, mucho más demacrado que la última vez que lo vio, cruzaba una sonrisa que pretendía ser afectuosa y amable. Y lo habría sido, si ella hubiera ignorado todo lo que sabía gracias a Catalina.

Ciertamente, había sido una suerte que su prima se hubiera recuperado tan pronto de su aborto. De lo contrario, y con la inesperada vuelta de Juan, habrían tenido que improvisar una buena mentira para justificar su convalecencia.

—Buenas noches, mi niña. Menuda compañía inesperada y agradable...

Su voz halagadora no ocultó su mirada escrutadora cuando, cojeando visiblemente, se apoyó en su bastón para acercarse a ella sin perderse detalle de su vestimenta, mientras besaba su mejilla y la agarraba del brazo, instándola a que entrara para poder cerrar la puerta.

El sonido de la llave girando en la cerradura fue como una sentencia de muerte para Elena. Al instante comprendió el por qué del comportamiento de Leo, y recordó todas las advertencias de Diego acerca de Juan. Más pálida que la muerte misma, cerró los ojos y visualizó mentalmente la daga que él le había regalado, y que descansaba olvidada en algún rincón de su alcoba, junto con su perro.

Se juró a sí misma que, si conseguía salir de aquella con éxito, no volvería a separarse de ninguno de los dos.

—Pero ¿qué te sucede? No tienes buen aspecto... ¿Y qué manera de recibirme es esa? ¿No merezco un beso?

Elena volvió a abrir los ojos para fijarlos en el semblante aparentemente inocente de Juan. ¡Por el amor de Dios, se sentía como si su propio hermano le estuviera declarando su amor!

Las entrañas se le revolvieron, pero se controló; comprendió que si quería descubrir sus intenciones, debía esconder muy bien el miedo que su presencia le inspiraba y blandir su fortaleza y valentía como única arma.

Aparentando una tranquilidad que estaba lejos de sentir, tiró del brazo que aún sostenía su tutor y se alejó unos pasos.

—Me ha sorprendido encontrarte aquí, eso es todo —dijo, con una voz que pretendía ser firme—. No esperábamos tu regreso tan pronto. —Con un dedo tembloroso, señaló el bastón y se alejó un paso más—. ¿Cómo va tu pierna?

Sin ocultar su alegría, Juan cogió su quinqué y lo dejó sobre la mesa mientras tomaba una de sus manos para examinar su dorso con atención.

—Supongo que igual que tus manos —respondió, mientras acariciaba sus leves cicatrices con la yema de su dedo—. Y debo decir que mi recuperación no ha sido gracias a tus visitas.

—Yo también estuve convaleciente, Juan.

—En casa del desgraciado de Casanueva.

Juan soltó su mano y volvió a su sitio, con el rostro más tenso y el ceño fruncido. Pensativo, pareció no prestar atención al hecho de que Elena tuviera que sentarse para no mostrar el temblor de sus piernas, y apoyó los codos sobre la superficie de la mesa en silencio.

Después, ensimismado, guardó los documentos que estaba revisando y cerró con llave el cajón.

—Dadas las circunstancias decidí adelantar mi vuelta, pero me encontré con que todo el mundo estaba durmiendo —explicó con voz tranquila y suave—. Había pensado en posponer mi conversación contigo hasta mañana, pero ya que me has sorprendido con tu dulce presencia, aprovecharé la ocasión. —Con un largo suspiro, se inclinó levemente hacia delante—. ¿Cómo es que estás levantada a tan altas horas de la noche?

La espalda de Elena se pegó al respaldo de su silla.

—Insomnio —respondió simplemente.

—Las conciencias intranquilas suelen producir ese efecto. —Con un rictus severo en sus alargadas facciones, Juan encendió un cigarro y se echó atrás mientras aspiraba el humo—. ¿Qué tal la fiesta de disfraces?

Ella parpadeó desconcertada.

—Bien, supongo...

—¿No te resultó aburrida? Me dijeron que te fuiste antes de que terminara.

Sus manos se aferraron a los brazos de la silla para evitar dar un respingo. La pavorosa opresión que sintió en el pecho comenzó a marearla. Apretó los dientes cuando vio la mirada implacable y fría de Juan, reprimiendo los deseos de salir corriendo y aporrear la puerta, que permanecía cerrada con llave, pidiendo ayuda.

En su lugar, decidió enfrentar cualquier cosa que oyera en adelante con la verdad.

—No sé lo que habrá llegado a tus oídos —comenzó titubeante—, pero tú consentiste el cortejo de Diego.

—¿Eso te dijo? Vaya, al parecer domina la oratoria. De otro modo, no hubiera conseguido convencer a alguien tan inteligente como tú.

La sonrisa de Juan se ensanchó hasta tornarse benevolente.

Aquella noche ella aceptaría sus planes de futuro, y no importaba si la mentira era uno de los medios empleados para conseguirlo.

—Sabía que tú no te entregarías a él así como así —reflexionó con cierto aire de triunfo—. Lamentablemente, el daño ya está hecho. Eres impura, pero ha sido consecuencia de un error. Te disculpo,

aunque no te veo preocupada por el hecho de que ahora representes algo así como… una mujer con taras, imperfecta.

Su prepotente actitud de consabida indulgencia acabó con los temores de Elena y los sustituyó por la ira.

—No lo estoy. Siempre he confiado en ti, Juan. Por eso sé que has custodiado mi fortuna con celo y diligencia, ¿verdad? —Él no respondió a la provocación—. Llegado el caso, seguro que no habrá nada que una buena dote no pueda comprar.

—Pronto tendrás oportunidad de comprobarlo. En cuanto Casanueva pague por lo que ha hecho.

Elena se levantó de un salto para enfrentarlo con el ardor de la vergüenza reflejado en sus mejillas encendidas.

—No puedes culpar a Diego por lo que pasó —afirmó—. Yo lo acompañé por propia voluntad. Y volvería a hacerlo de presentarse la ocasión.

Juan no reveló ninguna expresión que reflejara sus verdaderos sentimientos. Se condujo con la templanza de un hombre maduro. Observó el pecho agitado de Elena, que subía y bajaba debajo de su bata, y su mentón alzado con orgullo, al tiempo que abandonaba su asiento y se colocaba tras ella, caminando de un lado a otro con su paso aparentemente torpe e irregular ayudándose por su amenazante bastón.

Ella no se atrevió a moverse. Mantuvo su silencio y su recta compostura mientras escuchaba el siseo de los pies de Juan arrastrándose cerca de ella.

Hasta que finalmente se detuvo junto a su espalda.

—Voy a pasar por alto el hecho de que te hayas comportado como una furcia —farfulló, tan cerca de su oído que consiguió sobresaltarla—. Incluso ignoraré que tu propia desvergüenza te lleve a defender comportamientos propios de una mujerzuela de la peor calaña. Finalmente, la propuesta que he de hacerte solucionará ese desaguisado. Pero lo que no consentiré ni un momento más es la mentira —continuó, y con una firme presión de sus manos la obligó a sentarse—. Ahora, escucha lo que tengo que decirte.

—No quiero oír nada que salga de tus labios. Diego solucionará el problema que tanto te escandaliza, en cuanto acepte casarme con

él. —Ella volvió a levantarse.

—No creo que lo aceptes así como así. Pero aunque fuera cierto, ese matrimonio se celebrará por encima de mi cadáver. Eres una maldita farsante, pero ya te enseñaré.

—Yo no miento, Juan.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas al hecho de que decidieras pasar el día visitando las fábricas en compañía de Casanueva, mientras yo te creía en la iglesia? ¡Siéntate! —bramó, y esta vez Elena no se atrevió a contradecirlo—. Estuviste a punto de morir.

Con las manos entrelazadas sobre el regazo, intentó borrar las huellas de su creciente pánico frotándolas contra su bata con disimulo.

—No niego que te engañé con el único fin de supervisar las fábricas de mi padre. De otra manera, jamás hubieras consentido esa visita —murmuró—. ¡Pero tú te has comportado aún peor que yo! Me tachas de ramera, pero al menos no utilizo las dependencias privadas del Gobernador para desfogarme.

Los puños de Juan se cerraron, y solo se abrieron para volver a conducirse hacia su silla, pero no hubo ni un solo grito o imprecación. Finalmente, tras lo que pareció una difícil batalla contra sí mismo, los rasgos de su cara se relajaron, y su odiada seguridad regresó a sus ojos cuando se clavaron en ella.

Así que sabía de su relación con Catalina. Y por lo que se veía, no acababa de enterarse.

Ella le había arrojado esas palabras a la cara con indignación... Como si realmente le importara. Aquel pensamiento hizo que la esperanza renaciera en su interior. Buscó con desesperación algún otro signo que le hiciera creer que sus besos y abrazos serían bien recibidos, pero la mirada que recibió le dejó bien claro que no era así.

Una fría cólera comenzó a ganar terreno.

—La estúpida de tu prima me dejó por un destripaterrones sin futuro. Ignoraba que estuvieras al tanto de nuestra relación, pero ahora me alegro. Eso me deja el camino más libre.

—También sé que durante años has mantenido tu casa de Ronda, aunque ignoro con qué fines me hiciste creer que acababas de

comprarla la noche de la fiesta del Gobernador.

—Yo te sacaré de dudas inmediatamente, no te preocupes. —Con la actitud del hombre que está a punto de declarar su amor a la mujer de su vida, Juan volvió a apoyar los brazos sobre la mesa—. Hasta ahora, era primordial que tú ignoraras ese tipo de detalles. No podía desvelar mis intenciones. Tú y yo vamos a casarnos, Elena. Y lo haremos cuanto antes.

A pesar de que ya lo sabía, el miedo y la repugnancia se adueñaron de su estómago a partes iguales. Tenía que rebelarse contra aquella sensación que le retorcía las entrañas y la obligaba a contener las náuseas. Era absolutamente necesario que lograra destruir aquella euforia para poder tener al menos una oportunidad de escapar.

—No podemos casarnos. Para la iglesia, el matrimonio entre tutor y pupila no es válido.

Dijo lo primero que le había venido a la mente, disfrazando sus palabras de un cándido misticismo tan convincente que él pareció considerarlas seriamente. Aunque tan solo fue un instante fugaz, justo antes de que adoptara un gesto alegre y despreocupado.

—Ese pequeño inconveniente estará arreglado en poco tiempo —aclaró—. En unos días tendré audiencia con el obispo de Málaga. Él me concederá la dispensa que he solicitado. Nuestro casamiento será totalmente legítimo a ojos de Dios y de los hombres. Así enmendaremos el error que ha supuesto la pérdida de tu virginidad.

Apenas conseguía contener la repulsión que le causaba su presencia... ¿Y pretendía que aceptara aquellos planes absurdos de buen grado?

—¿Y qué hay de mí? —preguntó indignada—. ¿Acaso mi opinión al respecto no cuenta? Ya he recibido otras propuestas...

Se había puesto de pie y, sin darle la espalda, se encaminaba muy lentamente hacia la puerta.

—Siento decirte que, en este caso, todo eso resulta totalmente irrelevante.

—No lo conseguirás... —murmuró Elena, con una mirada tan fría que le heló el corazón—. No te llevarás ni un céntimo más de mi dinero, y ni un centímetro de mi persona. —Alargó tanto el cuello

que su cara quedó a un par de milímetros de la de Juan—. Me moriré antes de permitir que me toques.

Con un rápido movimiento, él agarró su melena negra y tiró de ella hacia atrás, manteniéndola sujeta con el otro brazo para poder besarla a su antojo. Ella se resistió, luchó, lanzó insultos y gritos indignados y furibundos, pero no pudo evitar sentir su aliento y su boca invadiendo y lastimando sus labios.

Cuando se separaron, Juan ignoró la mueca de auténtica repugnancia con la que pretendió castigarle y la apretó más contra el calor de su cuerpo. Quería que fuera consciente de las razones físicas que lo llevaban a tomar una decisión como aquella.

—No permitiría que murieras —farfulló entre dientes—. Pero estaría dispuesto a matarte antes de permitir que vuelvas a ser de cualquier otro. ¿Me has oído bien?

—¡Me suicidaré! ¡Me quitaré la vida!

Juan la arrojó al suelo sin consideración. Ella cayó de bruces, pero cuando intentó levantarse, se encontró con un pie sobre su garganta.

—Abandona todo intento de huida, mi niña. Todo el personal del cortijo está advertido. Si escapas, o atentas contra tu propia vida con éxito, los responsables serán severamente castigados.

Cuando su agitada y acelerada respiración se niveló un tanto, Juan pasó la lengua por el lóbulo de su oreja. Las lágrimas de Elena brotaron tan abundantes como el alcance de la excitación de aquel ser abominable que la mantenía inmóvil.

—Vas a disfrutar de un largo encierro, hasta que yo tenga en mi mano la dispensa que me permita casarme contigo. —Con una risilla queda, Juan sustituyó su pie por el extremo inferior de su bastón—. Disfruta de esa soledad que te ofrezco, porque será la última de que dispongas.

Con la mejilla aún aplastada contra el suelo, Elena parpadeó para intentar ver su rostro. Sin embargo, tan solo consiguió que la presión sobre su cuello aumentara.

—Nunca te daré lo que Diego obtuvo de mí —amenazó como un último intento de lucha.

—Eso es obvio —respondió él con desdén—. La honra perdida con la persona equivocada no es algo que pueda recuperarse.

—No la perdí; se la di con gusto. —Trató de incorporarse, pero la rodilla de Juan en sus riñones se lo impidió—. No me doblegaré ante ti. Te desafiaré en cada encuentro que tengamos, me negaré a compartir contigo mi dinero y mi lecho... Mi alma y mi orgullo me pertenecerán solo a mí, y no conseguirás alcanzarlos por mucho que lo intentes.

Aquella determinante declaración de principios consiguió herirlo más que el reconocimiento de cualquier clase de relación con Diego de Casanueva. En su apremiante necesidad por ser aceptado, no le importó sobrepasar los límites de la razón para someterla a sus decisiones. Con un rugido de furia animal, Juan apartó su rodilla, pero cuando ella intentó levantarse y alejarse de él, una lluvia de bastonazos cayó sobre sus costillas.

Con cada golpe, Juan descargaba su amor frustrado, haciéndola comprender de una vez que sería para él, no importaba en qué condiciones ni bajo qué tipo de coacciones. Si tenía que encerrarla o castigarla por su comportamiento falto de moral, lo haría. Y sus gritos de auxilio y dolor solo conseguían servir de acicate a su irrefrenable deseo.

Volvió a tirar de su pelo hacia atrás, hasta que su cara se hizo totalmente visible para él.

—Voy a darte una última oportunidad para que reflexiones acerca de tu situación actual —le susurró entre jadeos, dividido entre el agotamiento físico y el placer sexual—. O aceptas tu destino a mi lado el tiempo que sea necesario, o me hago con la totalidad de tu fortuna de una forma mucho menos generosa para ti. —Tan bruscamente como la había agarrado, la soltó y permitió que su cara se estrellara contra el suelo—. Tómalo como un pago por todos estos años de servicio, cumpliendo la voluntad de un hombre estúpido que no supo ver más allá de su encantadora hija.

Sus últimas palabras le llegaron lejanas y confusas. Despojada de su dignidad, parpadeó para permanecer con los ojos abiertos, viendo cómo la puerta se abría y Juan gritaba órdenes que no logró descifrar. Con el gigantesco dolor, que parecía dividir su cuerpo en

dos, haciendo que su orgullo se rompiera en mil pedazos, creyó que realmente agonizaba y se hundía en el mar de la desesperanza, cuando a lo lejos, volvió a escuchar los ladridos desesperados y enloquecidos de Leo.

Nuevamente la advertía del peligro que ella no había querido ver.

Pero ya era demasiado tarde.

***

—Chiquilla, ya te lo he explicado muchas veces a lo largo de estos días. ¿Quieres hacer el favor de darte una tregua a ti misma? ¿Aún no has comprendido las dimensiones exactas de tus propios errores?

De pie junto a la ventana de su alcoba, Elena observaba el hermoso y despejado atardecer con la agonía del moribundo al que el tiempo se le acaba.

Y todo pese a que los días de convalecencia y su necesidad de cuidados habían servido para que ella y Catalina se reconciliaran.

Arrinconada por las enérgicas afirmaciones de Rosalía, se negaba en redondo a abandonar a su aya, por mucho que ella insistiera en que aquello era lo más conveniente.

—Él está enamorado de ti —tuvo que escuchar una vez más de la anciana—. No te rechazará.

«Entonces, ¿por qué te ha abandonado a tu suerte? —le reprochó su corazón marchito—. ¿Por qué no ha venido a por ti en todo este tiempo?»

—Yo lo hice —aseguró, sacudiendo su cabeza—. Nadie puede culparlo si en estos días ha encontrado a otra con quien retozar sin más preocupaciones.

—Para encontrar hay que buscar primero. Y el señor Diego nunca ha tenido que hacerlo. No sabría, así de fácil.

Con una mueca de dolor, Elena se dejó conducir hacia su tocador y se sentó frente al espejo, ignorando la imagen que éste le ofrecía mientras Rosalía le hacía un recatado moño con su ingente mata de pelo negro.

No podía ir a casa de Diego a ofrecerse como un virtuoso presente. Su moribundo orgullo de dama de buena cuna no se lo

permitiría. Pero el feroz encierro al que Juan la había sometido no le dejaba otra opción. Haría cualquier cosa antes de permitir que aquel hombre volviera a ponerle un solo dedo encima; incluso suplicaría ser aceptada de nuevo en la cama de Diego, como una simple amante si así lo decidía él.

Claro que solo el matrimonio la sacaría de su apuro, aunque supusiera dejar todos sus bienes en manos de su marido. Su decisión no podía ser tan mala si ese marido era Diego de Casanueva.

La suerte había querido que no tuviera ni un solo hueso roto, pero los moratones desperdigados por su espalda daban fe del sufrimiento pasado. Eran señales que Diego no tardaría en ver, por mucho que Rosalía se empeñara en taparlas con un vestido sin escote y un chal prácticamente enroscado al cuello.

—Debes irte ya —la apremió, empujándola hacia la puerta—. Tu prima te espera en el claro del río para acompañarte.

Con un suspiro largo y triste, acarició su mejilla un instante, despidiéndose de ella en silencio.

Sabía que podría pasar mucho tiempo antes de que ambas volvieran a verse.

***

Catalina se encontraba esperándola pacientemente, con dos caballos sujetos de las bridas y una sonrisa insegura en sus labios.

Leo comenzó a corretear a su lado con ademán alegre en busca de una ración extra de caricias, y Catalina se las dispensó con gusto.

—Veo que finalmente te has decidido. —Habló con total naturalidad, como si su antigua relación aún perdurara entre ellas.

—No puedo pedirte que me acompañes al cortijo de Diego —murmuró, mirando de reojo la reacción de Lina—. No me he comportado bien contigo.

En lugar de reprocharle la acritud demostrada en los últimos días, su prima sonrió.

—Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad. —Sin esperar a que ella se moviera, la abrazó y estampó un sonoro beso

en su mejilla—. Pablo me la dio a mí, y tú acabas de pedírmela, aunque no te hayas dado cuenta.

Elena correspondió al abrazo con fervor. Apretó los párpados, pero aun así no pudo evitar que las lágrimas volvieran a empapar sus mejillas, por segunda vez en un espacio escandalosamente corto de tiempo.

Cuando se separaron, ambas rieron como chiquillas. Las dos estaban inmersas en un llanto liberador y profundo que volvió a unir sus espíritus como cuando eran niñas.

—Siento mucho lo que te pasó, Lina —dijo con voz temblorosa—. Perder un hijo debe ser algo horrible.

El rostro risueño y exultante de su prima se apagó por unos instantes, cuando la sombra del dolor aún reciente planeó sobre él.

—Juan Lomana nos ha arrebatado muchas cosas a las dos —sentenció con actitud sombría—. Pero aún me queda la esperanza de creer que cada persona ha de responder por sus actos tarde o temprano. Al menos, así ha sucedido conmigo.

—¿Estás insinuando que la pérdida del bebé fue una especie de... pago?

Catalina se encogió de hombros. A pesar del corto espacio de tiempo pasado, era capaz de hablar de su desgracia con sorprendente valentía.

—Mi conducta no dejó de ser irreflexiva y licenciosa —respondió —. Pero no quiero hacerme mala sangre pensando en lo que pude haber tenido. Mi hijo hubiera sido un bastardo.

—Como Pablo.

Catalina asintió.

—Juan nunca se hubiera hecho cargo de él —afirmó con un deje de amargura—. Pero ahora solo ha de preocuparte la manera en la que Diego de Casanueva te acepte como su flamante esposa.

Las mejillas de Elena se encendieron al pensar en aquella remota posibilidad cuando ambas montaron en sus respectivos caballos.

—¿Crees que lo hará?

—¡Por favor, prima! ¿Te has mirado al espejo? —exclamó Lina con incredulidad—. Pareces una virgen a punto de ser sacrificada. Llevas la palabra «ayuda» tatuada en la frente.

# 18

Las cifras parecían bailar ante sus ojos. El estado de las cuentas del cortijo no conseguía concentrarlo con la suficiente energía.

Ella se había convertido en la dueña indiscutible de sus pensamientos.

Y por culpa de su gigantesco ego masculino, él la había abandonado a merced del destino.

Diego dejó la pluma de lado y se echó hacia atrás en su asiento. Con la mirada perdida, decidió guardar las cuentas por aquel día y entrelazó los dedos por detrás de su cabeza, hasta que sus nudillos crujieron.

No podía quitársela de la cabeza.

Todo le recordaba a ella. Relacionaba las rosas del jardín con los escotes pronunciados de sus espectaculares vestidos, y la molesta contabilidad con su inagotable curiosidad y su extraño sentido empresarial. A pesar de que las sábanas de su cama se cambiaban a menudo, no había conseguido que su olor desapareciera de la alcoba, y su sabor aún persistía en su boca.

Ni siquiera se había molestado en buscarse otro tipo de consuelos. Su hasta el momento exaltada lívido, se había apagado con tal contundencia que llegó a dudar que en algún momento volviera a sentir deseos de satisfacer a una mujer.

Había decidido dar a Elena un tiempo prudencial para que aquel genio desapareciera y regresara mansa a sus manos, pero comenzaba a dudar de la eficacia de sus actos. Y aunque la impaciencia lo devoraba por dentro, no era menos cierto que a veces era bueno dejar que la persona amada juzgara qué hacer con su propia libertad.

¿Persona amada?

Sacudió la cabeza. Decididamente, algún duendecillo de mente perversa se había ocupado de hacer un agujero en su cráneo lo suficientemente grande como para que por él se escapara el poco juicio que aún le quedaba.

Unos suaves golpes en la puerta de su despacho llegaron oportunos para rescatarlo de sus rebeldes emociones. Máximo hizo acto de presencia.

—Señor, dos damas solicitan ser recibidas por usted. Son la señorita Elena Robles y su prima Catalina.

Como si hubiera sido alcanzado por la hoja afilada de una navaja envenenada, Diego saltó de la silla. Instintivamente, se pasó una mano por su áspero y barbudo rostro con un suspiro. Debía de ofrecer un aspecto lamentable y descuidado, algo muy poco común en él, aunque, ¿qué más daba? Justo cuando comenzaba a pensar en correr a La Dorada para suplicar a Elena su vuelta, ella iba a su encuentro; no obstante, aquel pequeño detalle tendría que permanecer en secreto. Así que se aclaró la garganta, se alisó los pantalones y ordenó a Máximo que las hiciera pasar.

El tono apagado y recatado de su vestido lo asustó, y su casto peinado lo alertó de que aquella visita no era precisamente de cortesía. Al igual que el día en que ella acudió pidiendo ayuda para Pablo Guerrero, su aspecto constituía un mensaje oculto.

Solo tenía que leer entre líneas.

El problema era que se hallaba tan atónito por su presencia que le costó reaccionar a tiempo de no parecer un desconsiderado patán en su propia casa.

Ella deseaba parecer vulgar y desvalida, pero siempre alabaría su belleza y la dignidad orgullosa que no perdía la oportunidad de exhibir. Aunque se pusiera un saco de arpillera sobre la cabeza y ocultara todas las curvas de su cuerpo, seguiría siendo hermosa, se dijo para sus adentros.

—Buenas noches, señoritas —saludó, y se acercó a ella besando su mano con galantería.

Mientras Catalina respondía con el mismo tono decidido, Elena apenas movió sus labios, demasiado concentrada en notar el tan ansiado tacto de aquellos labios sobre sus cicatrices.

Por fin.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. —Diego les acercó dos sillas y clavó en ella su cálida mirada—. Pero siéntense, por favor, y cuéntenme a qué se debe su visita.

—Esperamos no haberlo importunado, don Diego. Sabemos que es usted un hombre muy ocupado.

—Cualquier ocupación debe quedar de lado ante la compañía de dos damas tan exquisitas.

Catalina rio abiertamente, pero Elena permanecía muda, sosteniendo su mirada e intentando descifrarla. Esperaba algún tipo de desplante de un momento a otro. En realidad, era lo que su conducta pasada se hubiera merecido.

—Qué gentileza la suya —continuó su prima.

—La ocasión lo merece. ¿Desean tomar algo?

Con una indiferencia que comenzaba a irritarla, Diego señaló la mesilla donde reposaban las bebidas.

—No, gracias —respondió Catalina—. El asunto que nos trae hasta aquí es de suma importancia, señor.

Desaparecida toda jovialidad de sus comentarios, Diego se percató de que Leo permanecía a los pies de Elena, dormitando. La bonita cara de ella se hallaba pálida y demacrada, y sin duda alguna había llegado hasta él muy bien acompañada. Como si un peligro la acechara, o huyera de algo.

A pesar del caos repentino que su presencia había provocado en su cuerpo y en su mente, decidió mostrar calma y no alarmarse ante las palabras de Catalina.

—¿Usted no quiere tomar nada? —preguntó a Elena, y se maldijo en silencio por el tono de su voz.

Un fraile franciscano la hubiera hablado con mayor rudeza.

—No bebo, como usted bien sabe.

Diego arqueó las cejas, y ella se mordió el labio. Ambos sabían que aquello no era cierto.

—Perdone mi torpeza —se excusó, con un brillo danzarín de sus ojos que la mortificó aún más—. Después de tanto tiempo, lo había olvidado.

—Sí, es cierto. Quizá demasiado. Mientras tanto han pasado muchas cosas, señor.

—Espero que buenas. —De pie entre las dos, se apoyó en el borde de la mesa con los brazos cruzados. La situación comenzaba a divertirlo—. De cualquier modo, la percepción del tiempo es algo muy personal, señorita Robles. No en vano yo creo que no ha sido tanto.

—Eso está claro. Muy probablemente usted lo ha pasado en buena compañía. Quizá por eso estos días se le hayan pasado tan rápido.

Sus palabras, llenas de ironía, provocaron que Catalina reprimiera una carcajada. Diego y su prima se miraban fijamente, pero mientras ella despedía chispas de furia por sus ojos, él se limitaba a recrearse en su actitud ofendida.

—Le aconsejo que no juzgue los hechos sin conocerlos antes. —Imprimiendo a sus palabras tan solo una parte del entusiasmo que sentía por verla allí, Diego se inclinó levemente hacia ella, pero Elena se levantó de la silla al instante—. De todas formas, no seré yo quien la saque de su error, señorita.

Desde su nueva posición, no pudo evitar que su mirada curiosa se escapara hacia el cuerpo masculino que tenía tan cerca. Con su habitual descaro, recorrió palmo a palmo su rostro moreno, el cabello brillante y negro, el pecho amplio oculto tras una camisa y un chaleco abierto y, por fin, sus piernas atléticas, aquellas caderas estrechas y firmes y el revelador bulto que marcaban sus pantalones.

Ella conocía bien las dimensiones de todo aquel conjunto que le nubló la mente, derribando las pocas reticencias que aún le quedaban.

Especialmente, las de aquello que tan bien remarcaban los pantalones oscuros.

Bajo sus ojos atentos, Diego cambió de postura y metió las manos en los bolsillos. El tamaño de sus genitales pareció agrandarse entonces, y ella solo pudo... suspirar.

A cambio, él sonrió.

Con las mejillas ardiendo a causa de la vergüenza, Elena desvió su atención de tan magnífico alarde de masculinidad de inmediato.

—Lamento comunicarle que sus líos de cama no son el objeto de nuestra visita, señor —informó en un intento inútil de parecer fría e indiferente.

En realidad, deseó tener un abanico para poder sofocar parte del calor que comenzaba a asfixiarla.

—En ese caso, quizá tenga la amabilidad de informarme al respecto, señorita Robles. —Con total parsimonia, Diego dejó el borde de la mesa y pasó a una cercanía más íntima—. ¿Acaso ya me ha perdonado?

La pregunta fue un susurro cargado de intencionada ternura que Catalina oyó, y que consiguió que Elena hirviera de indignación.

—No creo que nuestros asuntos sean de la incumbencia de terceras personas, señor —advirtió con voz tensa—. Esas palabras han sido una indiscreción por su parte.

—¿Por qué? Seguramente su prima no ignorará todo lo que ha pasado entre nosotros —bromeó, mientras señalaba a Catalina—. Aunque si lo que le molesta es que pueda desvelar ciertas intimidades, tendré que pedirle que nos espere fuera. Señorita, si es tan amable...

Lejos de sentirse ofendida por el comentario, Catalina se dejó acompañar por él hacia una sala contigua, donde el servicio la atendería como era debido.

Con un largo y paciente suspiro, volvió con Elena y apoyó su hombro en la puerta cerrada, con los brazos cruzados.

Estaban a solas, y debía disimular las ansias irrefrenables de acercarse a ella y acabar con aquella absurda disputa a base de besos.

—Ahora ya no hay nadie que nos incomode —dijo, mirándola con frialdad—. Espero una respuesta a mi pregunta, princesa.

—Si no te hubiera perdonado ya, no estaría aquí.

—¿Y por qué tengo la sensación de que estoy a punto de tirarte una cuerda para que consigas salir del lodazal en el que te has metido?

Elena retorció sus manos en un gesto nervioso y volvió a sentarse. Cuando levantó los ojos hacia él, prácticamente al otro extremo del despacho, la expresión de su intensa mirada la conmovió. El brillo que desprendía era tan intenso que eclipsaría al mismo sol, y suficiente como para iluminar la estancia entera sin necesidad de lámparas.

Era una mirada pura y limpia, agradecida pero cauta, que la hacía sentir como la más miserable de las mujeres.

Él merecía saber la verdad.

—Me gustaría creer que tu visita tiene que ver con nuestra última conversación. — Su voz varonil la arrancó del pozo de los remordimientos—. Quisiera pensar que tu único fin era hacerme llegar tu perdón para que nuestra relación prosiguiera con total normalidad.

Maravillada por lo que estaba escuchando, Elena se mordió el labio inferior, aún más arrepentida que hacía unos momentos.

—Si ese era tu deseo, ¿por qué no fuiste a La Dorada y me lo hiciste saber?

—Me limité a cumplir la voluntad de una dama. Y me comporté como un caballero que es siempre fiel a su palabra. ¿Vas a censurarme también por eso?

—No.

«Si tú no me hubieras dejado sola, nada de esto estaría pasando. ¡Tenías que haberme llevado contigo a la fuerza!».

La incoherencia de aquel pensamiento fue tan evidente que Elena procuró por todos los medios que no se manifestara más allá de su propia mente.

—Tu actitud me hace suponer que el motivo de tu visita no es nuestra última discusión —continuó Diego, con un largo suspiro de decepción que se clavó en su conciencia—. Aunque tu aspecto me preocupa verdaderamente, no voy a presionarte para que me cuentes qué es lo que pasa. Sé que necesitas mi ayuda, así que esperaré.

Él volvió a respirar hondo, y los ojos de Elena se llenaron de lágrimas que no pudo contener. Desvió su mirada e inclinó

ligeramente la cabeza, pero su silencioso tormento se hizo patente también para Diego.

Aquella presión pasiva y templada dio sus frutos.

—Juan planea casarse conmigo.

La fuerza de su confesión cayó sobre él con el peso inconmensurable de una losa, haciendo que su rostro moreno se tornara alarmantemente pálido.

—No puede hacerlo —murmuró con incredulidad—. Es tu tutor.

—Lo tiene todo muy bien pensado. Ha pedido al obispo de Málaga una dispensa. Luego, nuestro matrimonio será perfectamente legal. Dispondrá de mi herencia y de mi... cuerpo a su antojo, y nadie podrá impedírselo.

Así que esos eran los planes de Lomana. Condenar a Elena a una muerte en vida a su lado, mientras dilapidaba la fortuna de Damián Robles.

Con su oscuro ceño tan fruncido que apenas se podía apreciar el brillo glacial de sus ojos negros, Diego apretó tanto los labios que casi desaparecieron de su cara. Aparentemente pensativo, llegó hasta su mesa y apoyó los nudillos en ella. Luego, repentinamente, dio un enrabietado golpe sobre la superficie de madera.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—No lo sé... —contestó ella, estremecida y confusa—. Quizá en este momento ya se haya entrevistado con el obispo.

Diego cerró los ojos con fuerza. Intentaba contener olas inmensas de repugnancia que ascendían por su garganta cuando se imaginó aquellas sucias manos sobre el dulce cuerpo de Elena.

Un cuerpo que tan solo le pertenecería a él.

Cuando, después de lo que pareció una eternidad, volvió a abrir los párpados, se encontró con las encantadoras facciones femeninas desfiguradas por el dolor, a pesar del inmenso esfuerzo que Elena parecía realizar por recomponerse delante de él.

—Quizá debería decirte que te lo advertí, pero no suelo hacer leña del árbol caído. ¿Qué es lo que estás buscando exactamente?

—Quiero un protector —comenzó a decir.

Los rasgos duros y críticos de Diego se suavizaron un tanto.

—Eso ya lo tienes desde el día en que me conociste.

—Necesito... Un hombre de verdad.

—Creo que mi hombría está por encima de toda duda, princesa.

Elena se irguió, ya mucho más calmada, y se acercó a él. El color amatista de sus ojos se había oscurecido tanto que se asemejaba más al negro. Su voz recuperó el aplomo perdido.

—Quiero un marido —admitió al fin—. Alguien que reúna todas esas cualidades y en cuyas manos pueda dejar tranquila la fortuna que mi padre amasó para mí.

La habría alzado en vilo cubriendo su hermoso rostro de besos si no hubiera sido porque debía guardar las formas unos minutos más.

En vez de expresar su euforia como recompensa a la humilde actitud de Elena, él se irguió en toda su estatura y nuevamente se cruzó de brazos, mostrando una media sonrisa tan atractiva que ella creyó desvanecerse en el aire al contemplarla.

Con aquel gesto daba a entender que toda tensión entre ellos había pasado ya.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Elena asintió mientras sonreía también. Diego se rascó la barba y entornó los ojos.

Tenía que hacer algo para no tocarla... todavía.

—Si acepto —prosiguió—, será bajo ciertas condiciones que no admitirán réplica ni un no por respuesta.

—¿Y que son...?

—Viviremos aquí, en El Capricho —empezó a recitar, mientras se paseaba de un lado a otro—. De la administración de tu herencia ya hablaremos más adelante, pero quiero que tengas claro que, desde el momento en que nuestro matrimonio sea válido, yo seré el dueño de todos los bienes conforme a la Ley.

Ella asintió. En realidad, no esperaba otra cosa, pero había resuelto que siempre sería mejor la prudente tolerancia de Diego que las ansias avariciosas de Juan. Además, él la atraía tanto que le costó un esfuerzo adicional seguir prestando atención a sus palabras mientras paseaba su formidable cuerpo delante de ella.

—¿Eso quiere decir que aceptas? —preguntó con un hilo de voz.

—Rosalía vendrá a vivir con nosotros si así lo deseas —siguió él, ignorando su pregunta—. Pero solo después de que hayamos

disfrutado de unos días de intimidad.

Con una mirada cómplice, Diego cesó en sus paseos y se acercó a ella. Lentamente, tomó sus manos con las de él y las acarició.

A pesar de querer parecer serio y rudo, no podía dejar de sonreír.

Boquiabierta, Elena escuchaba la materialización de todas y cada una de sus peticiones, mientras sus caricias se introducían bajo su piel y a través de su tejido nervioso, para invadir hasta el último rincón de su cuerpo con su eterna y espontánea calidez.

Cerró los ojos, mecida por la suavidad de los dedos que masajeaban sus cicatrices, hasta que nuevamente su voz la sacó de sus ensoñaciones.

—Por último, este perro dormirá fuera de la alcoba —afirmó, señalando a Leo—. Por el momento, dos es un buen número para ocuparla.

—Al parecer, finalmente hemos llegado a un punto en común. Tú no tendrás que pedir mi mano más veces, y yo he aceptado el matrimonio.

—¿Acaso has dudado en algún momento de mis promesas? —Diego la acercó más a él y acarició el contorno de su rostro—. ¿Aún no sabes que nunca te abandonaré, que me importas? —Con un suave roce de labios, dio fe de que sus palabras eran ciertas—. ¿De qué otra manera iba a insistir tanto para convertirte en mi esposa?

Las caricias se intensificaron. El abrazo de Diego se volvió fuerte y decidido cuando sus bocas se unieron en un beso profundo que intentaba calmar necesidades pasadas. Las manos de Elena se entrelazaron alrededor de su cuello. Su boca se abrió más para recibir su exultante pasión, mientras sus alientos se confundían y las manos masculinas comenzaban a recorrer su espalda.

Lo hicieron con tanta fogosidad que ella tuvo que reprimir un grito de dolor cuando pasaron por todos y cada uno de los hematomas causados por Juan. Para disimular, apretó más su cuerpo contra el de Diego en la esperanza de que él no se diera cuenta.

Ya se ocuparía más tarde de aquel inconveniente.

Por el momento, se contentaría con detener los atrevidos avances de su futuro esposo, que comenzaba a acariciar con provocadora

perseverancia sus posaderas, presionándola aún más contra la descarada evidencia de su pasión, tantos días contenida.

—Si realmente vamos a casarnos, deberíamos esperar hasta ese momento para pasar a... tareas más íntimas, ¿no te parece?

—Sabes que en estos momentos me siento capaz de poner el mundo entero a tus pies —afirmó con voz ronca—. Pero tienes razón. Como diría don Fabián, la casa hay que empezarla por los cimientos.

Elena lanzó una pequeña carcajada maliciosa.

—Es un poco tarde para determinados cimientos —apuntó—. ¿Cuándo tienes pensado convertirme en la señora de Casanueva?

A pesar de la emoción y la esperanza que comenzaban a germinar en las profundidades de su corazón, el repentino gesto grave de Diego la arrojó de un manotazo a las fauces de la realidad.

—Quizá no llegue a tiempo, pero te juro que voy a intentarlo ahora mismo. —La tomó de los hombros con energía y no dejó que volviera a agachar la cabeza—. Partiré en busca de una solución, pero si no la encuentro... No permitiré que ese cerdo te ponga una sola mano encima. Mientras tanto, tú y Catalina permaneceréis aquí, ¿entendido? —Esperó hasta que ella cedió a sus peticiones para continuar—: Si Lomana regresa a La Dorada en tu busca, se llevará una buena sorpresa. Y si viene hasta aquí, te aseguro que se encontrará con toda la oposición de mis jornaleros y el personal de servicio al completo.

«Haré que lamente el día en que contempló siquiera la posibilidad de convertirte en su mujer. Lo mataré y mostraré sus entrañas a todo el que se atreva a pensar que tú no eres mía».

Pese a los gritos de justicia que luchaban por fluir a la superficie, Diego los mantuvo a raya y la abrazó con fuerza. Le insufló la seguridad que ella necesitaba para creer en sus palabras, y que él ni siquiera estaba seguro de poseer.

Cuando salió de su despacho, lo hizo con la mirada de Elena cargada de incertidumbre clavada en su cerebro, como un recordatorio de que no se podía permitir el lujo de fallarle.

Y no lo haría.

Desde que la había visto aparecer en su despacho acompañada de su prima, supo con escalofriante certeza que el talismán de su buena suerte había regresado.

Conseguirían ganarle la partida a Juan Lomana.

Después... Él se encargaría de aquella escoria, de una vez y para siempre.

***

El ruido de los aldabonazos en su puerta era inadmisible, tan ensordecedor que casi consiguió provocarle un ataque al corazón.

Sentado en la cama aún medio dormido, don Fabián se preguntó quién tenía la osadía de interrumpir su sueño en aquellas primeras horas de la noche. Tendría que ser alguien que no supiera de sus problemas para conciliarlo, pensó ofuscado; o una urgencia imposible de posponer para el día siguiente. De otro modo, la persona que seguía aporreando su puerta sin compasión recibiría todo el peso de su ira.

Lo que no esperaba era encontrarse con el semblante sonriente y socarrón de Diego de Casanueva cuando abrió con decisión y el ceño fruncido.

—Diego —balbuceó—. ¿Qué demonios...?

—¿Usted blasfemando? Vaya, nadie lo diría.

Diego ignoró el gesto contrariado de don Fabián y fue directo al comedor. Allí, se limitó a aguardar la presencia del párroco, sin abandonar su enigmática y alegre expresión.

Con callada resignación, el cura tomó asiento a su lado y suspiró.

—Sería inútil descargar mi enfado contigo, ¿verdad?

—Y además, perderíamos un tiempo que es precioso para mí.

—En ese caso, dime qué ha sucedido que sea tan grave como para que te presentes en mi casa de esta guisa. ¿Una extremaunción quizá?

—Más bien un matrimonio.

—¿Un matrimonio? ¿Y el de quién, si puede saberse?

—El mío. Con la señorita Elena Robles.

Don Fabián agradeció estar sentado. De otra manera, sus viejos huesos no hubieran aguantado el impacto de semejante noticia.

Las palabras de felicitación habrían acudido raudas a sus labios si se hubiera tratado de otra persona. Pero conocía al hombre que estaba frente a él, y las circunstancias que lo rodeaban le hicieron desconfiar de sus verdaderas intenciones.

—Si no puedes esperar a mañana para hacer todo como Dios manda, es porque algo ha sucedido —aventuró—. Diego...

—Ella consiente en el matrimonio. Juan Lomana pretende hacerla su esposa para tener acceso a su herencia, padre.

—Pero es su tutor...

—Ha solicitado una dispensa al obispo.

Don Fabián guardó silencio, pensativo. La desesperación de Diego era ahora patente, y comprendió su razonamiento.

—Elena Robles es menor de edad —objetó—. No puedo celebrar un matrimonio sin el consentimiento de su tutor legal. Quizá si habláramos antes con Juan...

—¿Sabe dónde está?

La esperanza que había en aquella pregunta le hizo reflexionar una vez más.

—Hasta esta misma tarde, en Ronda —murmuró pensativo—. Ahora que lo mencionas, me dijo algo de un viaje a Málaga cuando hablé con él, pero no especificó el día ni el objeto de ese viaje.

—Aún estamos a tiempo, padre. —De un salto se levantó y tiró del brazo de don Fabián—. Vámonos. Mi novia espera.

—Y más que tendrá que esperar. —De un tirón, el cura liberó su brazo y lo miró con severidad—. Si lo que dices es cierto, me juego mi puesto en la iglesia. El procedimiento a seguir implica que yo aguarde la resolución del señor obispo para actuar.

—¿Qué pasaría si Lomana obtiene la dispensa?

—El matrimonio se celebraría por todo lo alto, me temo.

Con las manos enlazadas a la espalda, Diego comenzó a pasearse pensando en una solución urgente a su problema.

—No consentiré esa unión —afirmó con determinación—. Haré lo que sea para impedirlo, pero si no lo consigo... Haré lo que sea para deshacerlo.

El tono escalofriante de sus palabras no dejaba lugar a dudas acerca de los métodos que sería capaz de emplear. No quería comprometer al párroco, pero tenía que ayudarlo de alguna forma.

—Padre, sabe que no le pediría esto si no fuera de suma importancia para mí —añadió a continuación, alzando las manos en un gesto de suma humildad.

Don Fabián contempló su estado con lástima. Parecía al borde del colapso. Y si sus palabras eran ciertas, en justicia no podía permitir que Elena se casara con alguien a quien no amaba. Con ello, solo conseguiría que Diego de Casanueva fuera profundamente desgraciado.

Adoptó el mismo aire pensativo que él, se rascó la barbilla y suspiró.

Diego cesó en sus paseos y lo miró con el alma en un puño.

—Bueno, en realidad yo no estoy enterado del contenido de esa entrevista con el obispo —comenzó—. Si el matrimonio se celebrara antes de la obtención de la dispensa...

—...Nadie podría culparlo por su ignorancia.

Si no hubieran sido un par de hombres hechos y derechos, habría besado la mejilla del cura.

En cambio, solo disfrutó de la copa de vino que le ofreció, antes de afrontar las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer.

# 19

La pequeña capilla de El Capricho aparecía bellamente adornada para la ocasión. A pesar de lo avanzado de la noche y del carácter inesperado de la noticia, un par de criadas reunieron las flores repartidas por la casa para colocarlas en la capilla, junto con el mayor número posible de velas.

Apenas habían pasado un par de horas desde que habían llegado al cortijo y Diego, acompañado de Catalina, ya parecía otro hombre. Sus pantalones oscuros y su chaquetilla granate resaltaban su tez morena y libre de barba. Decididamente, un traje adecuado y los efectos de haberse adecentado obraban milagros.

El sonido de su respiración contenida cuando clavó sus ojos en la puerta de la capilla, fue tan audible para los demás que tanto don Fabián como Catalina dirigieron su atención hacia allí.

Del brazo de Máximo, la otra persona que haría las veces de testigo en la ceremonia, Elena avanzaba lentamente por el pasillo central, con aire de solemnidad y sin atreverse a posar sus ojos en Diego hasta que el mayordomo no la dejó junto a él.

Con el pecho lleno de un extraño orgullo, él procuró no perderse ni uno solo de los detalles que adornaban a su novia. La observó tanto y tan intensamente, mientras don Fabián comenzaba la ceremonia, que, a pesar de permanecer con su vista fija en el cura, Elena no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de un delicado tono carmesí.

De alguna manera, Catalina había conseguido transformar el moño vulgar, con el que ella había aparecido en su casa, en un vistoso y alegre peinado que realzaba el brillo de sus bucles negros y dejaba libre la encantadora curva de su cuello.

Diego volvió a respirar, ya que al parecer en algún momento se había olvidado de hacerlo, y trató de concentrarse en las palabras de

don Fabián, pero le resultó tan difícil que prefirió centrarse de nuevo en aquel escote que descubría parte de su pecho, fruto de la improvisación de Catalina con unas tijeras.

El carraspeo inquieto de don Fabián hizo que le prestara por fin la atención necesaria. Cuando sacudió su cabeza con aire distraído, el párroco le repitió la pregunta.

—Sí, quiero —respondió.

El corazón de Elena palpitó alocado, tanto que pensó que sus latidos se verían a través de la tela de su vestido. Su cuerpo pareció elevarse varios centímetros por encima del suelo, como si levitara, flotando en una nube de incrédula dicha. Si no hubiera sido por el brazo firme de Diego, que rodeó su cintura y la sostuvo, se habría desplomado allí mismo.

¿Acababa de jurarle fidelidad eterna?

¿Diego de Casanueva, el mujeriego, se consagraba a una sola mujer de por vida y ante Dios?

La ceremonia prosiguió, pero Elena no pudo evitar lanzar miradas furtivas al soberbio hombre que le transmitía toda su seguridad y su calor a través del tacto de la mano en su cintura. Tan apuesto y gentil que le quitaba el aliento, había sido capaz de olvidar su discusión para acogerla bajo su ala protectora sin perder tiempo, encontrando una solución a su problema, sin importarle que nadie hubiera hablado de amor. Estaba convencido de que sus únicos motivos para aceptar el casamiento se concentraban en Juan y en su herencia, y no había querido escarbar más hondo.

En realidad, no parecía necesitarlo.

Cuando volvió a admirar su porte, toda su alma y todo su ser se llenaron de luz, y los avatares pasados quedaron olvidados en un rincón escondido. Los ojos de Diego atraparon su mirada y la sostuvieron. Le aseguraron que, a partir de aquel momento, nada malo le sucedería. Después, su mentón se alzó orgulloso hacia el religioso que seguía con la ceremonia. Con su perfil afilado inmerso en cada palabra del párroco, y su cabello rebelde perfectamente peinado, estaba tan guapo que se le hizo un nudo en la garganta.

El rostro de don Fabián la miraba ahora, con una sonrisa beatífica e inclinando ligeramente su cabeza hacia Diego. La ceremonia había

concluido. Aún no había anillo en su dedo; ni siquiera era consciente de haber dado su consentimiento, pero el párroco impartió sus últimas bendiciones y, con ellas, el permiso para que su marido la besara.

Eso fue lo que hizo. Santificó aquella unión frente a todos los presentes enmarcando su rostro entre las manos y posando sus labios sobre los de ella. Fue tan solo un roce, una leve fricción que hizo que ella entreabriera la boca poco a poco, instándolo a que profundizara más en aquella caricia.

Diego no se hizo de rogar. Prolongó el beso, con las manos en su cintura. Su boca se movió sobre la de ella con insistencia, creando pequeñas espirales de deseo punzante que se asentaron en su vientre, como un inesperado y placentero recordatorio de lo que sucedería en la intimidad de la alcoba.

Con un nuevo carraspeo de don Fabián, Diego sonrió: una curvatura de labios tan extraordinariamente sensual que le provocó un estremecimiento de puro goce, tan genuino como sumamente inapropiado si tenía en cuenta el lugar en el que aún se encontraban.

—Hijo, refrena tu impaciencia, ¿quieres? Ya tendrás tiempo de besarla como te plazca y en otro lugar que no sea la casa del Señor.

Diego alzó una ceja como respuesta a la reprimenda del cura y rozó su oreja con los labios.

—Eres mi mujer, princesa —susurró—. Y lo serás hasta que la muerte nos separe.

Solo cuando le oyó pronunciar aquellas palabras, Elena fue consciente de lo que acababa de suceder. Inmersa en un profundo trance, asintió en silencio y recibió la calurosa felicitación de los dos testigos y de don Fabián, antes de que todos firmaran la inscripción del matrimonio en el Libro de Matrimonios Secretos. Aquella era la prueba fehaciente de que el casamiento acababa de celebrarse; aunque se hubiera llevado a cabo en secreto, la presencia de dos testigos y del párroco que lo había oficiado lo hacía perfectamente legal.

Acababa de convertirse en la señora de Diego de Casanueva. Y con ello, le había entregado gustosamente todo el montante de su

herencia.

Recibió la felicitación de Catalina junto con su abrazo, pero apenas pudo reparar en sus agitadas emociones, puesto que los brazos de Diego la rodearon y la llevaron en vilo hacia la salida de la capilla.

—Padre, puede pasar la noche aquí si lo desea —le escuchó decir con voz apremiante—. A estas horas, los viajes resultan sumamente peligrosos, aunque sean cortos. Señorita, huelga decir que la misma oferta es extensible también para usted —añadió—. Ahora, si me disculpan, mi mujer y yo tenemos... asuntos pendientes. Les deseo buenas noches, y les agradezco enormemente su colaboración.

Era tanta la prisa por abandonar la capilla que no aguardó a que ninguno respondiera a sus palabras. Tomó a Elena en brazos, divertido al advertir su gesto avergonzado, para llevarla hasta su alcoba con paso firme y pequeños besos sobre su frente y su pelo.

—Pareces acalorada —le iba diciendo conforme ascendían los escalones—. ¿Quizá estás nerviosa?

Por toda respuesta, el cuerpo de Elena se apretó más contra su torso. Cuando él cerró la puerta y la dejó en el suelo con suma delicadeza, fue como si el resto del mundo dejara de existir. Tan solo ellos dos, compartiendo los secretos que se escapaban por sus miradas caldeadas y profundas. Diego comenzó a besar sus labios una y otra vez, sin darle tregua. Se desprendió de parte de su ropa hasta quedar con el pecho desnudo, muy cerca de ella, de sus manos y del tacto incendiario de sus dedos.

Con el mismo ímpetu atronador que él le contagió, Elena arrojó el chal a un rincón apartado de la alcoba, y sonrió cuando se abalanzó sobre su cuello.

—Nos hemos ido precipitadamente —logró decir entre beso y beso—. Qué pensarán de nosotros...

Sin abandonar la prometedora mirada de sus ojos, Diego se desembarazó del resto de su ropa con movimientos enérgicos hasta quedar completamente desnudo.

—No te preocupes por ellos —le pidió con voz profunda—. Ahora soy tu marido. Es a mí a quien tienes que dedicarte y a quien debes colmar de atenciones.

—No creo que estés tan necesitado de ese tipo de atenciones —apostilló ella alzando una ceja.

—Debes de estar equivocada, sin duda alguna. —Los ojos violetas se posaron sin remedio en su flamante sexo, que colgaba en reposo, hasta que la caricia sutil de su mirada consiguió que comenzara a aumentar de tamaño—. Si no recibo pronto tus atenciones, me condenaré para siempre en el infierno. Y tú no querrás que eso ocurra, ¿verdad?

Antes de recibir respuesta, volvió al encuentro de su boca con premura, en un nuevo asalto que aniquiló las pocas objeciones que repicaban como campanas de iglesia.

—Sé que no ha sido la ceremonia que tú esperabas, y que aún no hay un anillo que adorne tu dedo —le murmuró—. Te prometo que tendrás ambas cosas a su debido tiempo, pero por lo pronto ya has conseguido lo que te habías propuesto, ¿no es así?

—Aún no. —Con las palmas de las manos posadas en el vello duro y encrespado que salpicaba su pecho, ella permitió que Diego comenzara a deshacer su elaborado peinado—. No sé cómo agradecerte...

Con un nuevo y tierno beso, él consiguió acallarla.

—Somos un matrimonio —aclaró, y la ternura que iluminó sus ojos negros la hizo temblar—. Mientras el destino no lo remedie, lo seguiremos siendo para los restos. Entre nosotros no existen actos dignos de agradecer.

Volvió a apretarla contra su exigente cuerpo, pero ella se apartó de nuevo.

—No dejo de pensar que quizá nos hayamos precipitado —comenzó a excusarse. No podía dejar que Diego se acercara a ella más de lo necesario—. Apenas te conozco...

—Tienes toda la vida para eso. —Con el ceño fruncido al percibir la tirantez en su actitud, Diego le ofreció su mano—. En cambio, yo creo conocerte lo suficiente como para saber que hay algo que te impide comportarte conmigo como realmente eres.

La mano siguió extendida, y sus temores fueron esfumándose gradualmente cuando contempló de nuevo su resplandeciente y

turbadora desnudez y su miembro, que volvía a esconderse tras su nido oscuro como respuesta a su extraña conducta.

Diego abandonó momentáneamente sus intenciones iniciales de arrancarle la ropa y dar rienda suelta a los apetitos carnales que lo dominaban. Trató de normalizar su respiración agitada y el devenir de su propia sangre, mientras pensaba que, por alguna razón ajena a su entendimiento, ella necesitaba... tiempo.

Y él tendría que concedérselo.

—No me digas que te avergüenzas de verme desnudo —aventuró. Su tono divertido procuró ocultar sus crecientes temores. Sin embargo, el ligero temblor en su voz restó verosimilitud a sus palabras—. O quizá has decidido privarme de mis derechos como marido precisamente en nuestra noche de bodas.

Ella no respondió, pero aceptó su mano extendida mientras se acercaba de nuevo a él.

—Son demasiados los problemas que aún quedan por resolver.

—¿No confías en mí?

Sus manos hechiceras acariciaron el nacimiento de sus hombros, bloqueando cualquier respuesta negativa a su pregunta.

—Aún no sabes que no puedo soportar la impaciencia de tenerte cuando no estás conmigo. —El suave arrullo de su voz la elevó hasta que su propio corazón pareció desintegrarse y transformarse en polvo—. Siempre te busco en la esperanza de que compartas la misma estancia que yo, y cuando compruebo que es así, no puedo evitar acercarme a ti...

Siguió los dictados de sus propias palabras para seducirle tan solo con la fuerza irreprimible de su cálido aliento. La desprendió de faldas y enaguas y las arrojó al mismo lugar donde descansaba el chal. La suave iluminación de la alcoba pareció concentrarse entonces en la parte inferior de su cuerpo, que se mostraba ante él desprotegido y desnudo.

—Cuando estoy cerca de ti, rezo para que nuestra mutua soledad me permita tocarte —continuó. Las yemas de sus dedos vagaron por la cara interior de sus muslos hasta encontrar su encendida y húmeda feminidad—. ¿Sabías que cualquier mujer suspiraría por unas piernas como las tuyas? —Sus dedos juguetearon entre sus

pliegues palpitantes, creando en ella una corriente imparable de tórrido deseo que agitó su vientre con virulencia—. Estuve a punto de volverme loco cuando me las imaginaba alrededor de mis caderas.

Las insinuantes afirmaciones de Diego se abrían camino para llegar a la esencia misma de su alma. Con la boca entreabierta y los ojos cerrados, Elena apoyó las curvas flexibles de sus caderas contra su mano, demandando una mayor intensidad en sus caricias. Sin embargo, estas cesaron de pronto, y los hábiles dedos ascendieron hacia los lazos delanteros de su corpiño para desatarlos.

—Tengo grabado en mi memoria cada centímetro de tu cuerpo, princesa. —El corpiño cayó al suelo junto con el resto de su vestido, y Diego se quedó sin habla.

Como el día de la fiesta de disfraces, ella había decidido prescindir de las incomodidades de un corsé. Bajo sus vulgares ropas de monja, la diablesa que lo había tentado hasta alejarlo de todo asomo de sensatez acababa de manifestarse en toda su aplastante e indómita belleza, dejando escapar invisibles hilos cuyo olor se mezcló con el suyo, mucho más profundo e intenso, para introducirse por los huecos de su nariz y atraerlo con la fuerza inexorable del erotismo más misterioso.

—Me pregunto si en algún momento dejaré de sorprenderme al verte desnuda...

La lengua se movía lenta por su boca, y la saliva se volvió espesa cuando descendió por su garganta. Dominado por pasiones que actuaban ajenas a su propia voluntad, inmóvil y con los músculos más tensos que las cuerdas de una guitarra, alargó las palmas de las manos, pero se detuvo antes de rozar con ellas los pezones erectos de aquellos pechos que se le ofrecían sin reservas.

—¿Tan grande es tu deseo por mí?

Diego se llevó a la nariz la mano que había acariciado su sexo y aspiró profundamente.

—Ha sido una verdadera tortura —susurró con la voz afectada por la pasión. Sus palmas alcanzaron por fin la carne suave de sus pechos, extendiendo por ellos sus abrasadoras caricias hasta

desembocar en los rosados pezones—. Pero sintiéndote así, la espera ha merecido la pena.

Rendida a la magia desplegada por las experimentadas y seguras manos, Elena se abrazó a él y le permitió que rodeara su espalda sin reprimir un jadeo de placer.

—Tu labia lograría ablandar a una piedra —le murmuró al oído.

—Me conformo con ablandar las objeciones de cierta señora. ¿Lo he conseguido? —Con una risa queda, Diego la apretó aún más contra él.

Hasta que su espalda se puso rígida.

Un grito ahogado le impulsó a soltarla. Ella se apartó cabizbaja y avergonzada. Diego frunció el ceño desconcertado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Pero ella negó con la cabeza, y él tuvo que guiarse por su propio instinto para inspeccionar atentamente cada centímetro de su cuerpo, hasta apartar la inagotable melena de rizos y ver lo que finalmente acabó por resolver todas sus dudas.

Elena aguardó con el alma en vilo y todos sus sentidos alerta. Le oyó pronunciar una maldición queda. Pudo escuchar con toda claridad el sonido de su fuerte respiración.

Sabía que intentaba contener por todos los medios el río de su cólera.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

Arrastró las palabras con tanta dureza y frialdad que ella creyó que sería el objeto inmediato de su ira. Aun así, no pudo apartarse de él, ni girarse para encarar su mirada.

No se atrevía.

—Me castigó tratando de convencerme de que me casase con él —respondió, con una voz casi inaudible—. Después pretendió mantenerme encerrada, pero conseguí escapar con la ayuda del servicio y de mi prima. —Conteniendo las lágrimas de impotencia y de triste resignación, volvió su cabeza hacia atrás un tanto, pero la expresión de Diego permanecía oculta—. El resto ya lo sabes...

Un nuevo suspiro a sus espaldas le indicó que él trataba de asimilar la información con toda la rapidez que la situación requería. Apretó los párpados con tanta fuerza que las lágrimas acabaron

escapándose por ellos, y esperó el estallido de improperios que a buen seguro se produciría.

No contaba de ninguna manera con que Diego la obsequiara con miles de besos por todos y cada uno de sus moratones y dejara un reguero inconmensurable de ternura tras ellos, derritiendo el pertinaz agarrotamiento de su cuerpo y volviéndolo blando y sumiso.

—Lo hemos vencido —aseguró junto a su cuello.

Desde atrás, sus manos resbalaron por el contorno de sus pechos y sus costillas, atrapando sus nalgas para masajearlas con firmeza.

«Y yo acabaré por rematar a ese hijo de perra», clamó para sus adentros.

Aunque no podía hacer partícipe a Elena de tales pensamientos; era mejor dedicarse a apaciguar todos sus miedos e inquietudes. La tomó en brazos y la depositó sobre la cama sin una sola palabra, con su rostro tenso y sus ojos quemando cada parte que antes había sido acariciada.

Como si hubiera caído bajo el influjo de algún tipo de brujería, Elena permaneció sobre la cama boca arriba, mientras Diego desperdigaba los rizos de su cabello hasta formar un tupido marco alrededor de su rostro, inflamado de pasión. Después, comenzó realmente a reverenciar el cuerpo de su mujer como solo ella se merecía. La punta de su lengua trazó círculos alrededor de sus duros pezones y descendió hasta su ombligo, dejando tras de sí un rastro de deseo, punzante y agudo, que obligó a corresponder con voluptuosidad.

Diego enterró su rostro entre los suaves muslos femeninos, y un pequeño grito de placer se escapó de sus labios. Intentó sujetar su cabeza por el pelo para prolongar el calor latente en su entrepierna, pero él se escapó, y ascendió nuevamente para ir al encuentro de su boca y absorber de ella su corazón y su alma.

—Eres mía —afirmó. Ella se abrazó a él hasta que ambos quedaron de costado, el uno frente al otro—. Me colmas de extraordinario placer. A partir de ahora, serás mi pasión, la luz de mi vida...

Con delicada sensibilidad, Diego tomó una de sus piernas y la acomodó sobre su cadera, acercándola aún más a él. Una ligera

inspección de sus dedos le indicó que ella estaba tan excitada como él, e igualmente ansiosa por recibirlo. De un firme empujón la penetró, y a partir de ese momento todo su cuerpo quedó supeditado a sus directrices. Su carne joven y hambrienta se volvió arcilla bajo sus manos, y sus uñas se clavaron en la espalda de Diego con ahínco cuando sus envites fueron más profundos y rápidos.

—Ven a mí, amor mío. Vamos, ven a mí...

Con cada nueva embestida, su interior vibraba y se retorcía. Las palabras de Diego le llegaron lejanas, como si miles de abejas clavaran sus aguijones en su vientre, colmado con el sexo duro y enorme de su amante experto. Se retorció y gimió al borde mismo del paroxismo, y a la vez que la penetración se hacía más intensa, Diego la guio magistralmente hacia un clímax que la obligó a clavar los dientes en su hombro, al tiempo que sus gritos ahogados se mezclaban con los de él.

Instantes después, cuando aún permanecían íntimamente unidos, y los latidos de sus respectivos corazones eran perceptibles en el pecho del otro, Diego apartó el cabello húmedo de su cara y sonrió.

—Viviría con gusto dos vidas como esta solo para poder contemplar las señales de la pasión en ti —murmuró con voz entrecortada.

La besó con ternura, pero ella lo apartó ligeramente con gesto de gravedad.

—Te bastará con una si me prometes que no irás en busca de Juan.

Con su miembro aún dentro de ella y las huellas de su potente éxtasis coleando en todo su saciado cuerpo, Diego parpadeó desconcertado.

—Te estás aprovechando de la situación —le reprochó con dulzura —. Ahora mismo puedo llegar a ser la persona más vulnerable y débil del mundo.

—Prométemelo —insistió ella. Volvió a apretarse contra él, con tanto ímpetu que sus pechos se aplastaron contra el bloque infranqueable de sus músculos, y su masculinidad volvió a hincharse y a llenar su aterciopelada cavidad.

Con un gruñido de disconformidad, Diego acarició el muslo que aún permanecía sobre su cadera y apretó los labios.

Para ella fue más que evidente que accedería a cada una de sus peticiones.

—No entiendo por qué he de hacerlo. —Su voz ahogada sonó tan poco convincente que Elena sonrió—. Has sido ultrajada, y eres mi esposa.

—Como tú has dicho no hace mucho, ya lo hemos vencido, Diego. —Con un cariñoso gesto, intentó alisar su pelo revuelto—. Cuando nuestro matrimonio se haga público, sabrá que lo ha perdido todo. No podrá hacer nada.

—¿Temes por él?

Los celos que despedía el tono de su pregunta no hicieron más que dulcificar su respuesta.

—Temo por ti —aclaró. Sus labios se pasearon con total libertad por el hueco de su cuello, convirtiendo su tenaz oposición en una resistencia insignificante.

—¿Será posible que finalmente te importe un poco?

—Lo suficiente como para intentar arrancarte esa promesa.

Emocionado por la trascendencia de aquella confesión, Diego la abrazó y dejó que su dedo índice resbalara por la piel tersa de uno de sus pechos. No podía negar que eran su mayor debilidad.

—Parece que me he casado con una mujer con ideas propias —apuntó, frotándose hombro dolorido—. Y con una peculiar afición a clavar sus dientes en cualquier lugar de mi cuerpo, dicho sea de paso.

—Volveré a hacerlo si no entras en razón, te lo aseguro.

Diego supo que bromeaba, pero finalmente decidió darle gusto.

—Está bien —accedió—. Te prometo que no buscaré a Lomana.

—¿Puedo fiarme de la palabra de un caballero?

—Puedes fiarte de la palabra de tu marido —puntualizó él, y el resto de sus palabras murieron en su garganta cuando sintió la mano de ella acariciando persuasivamente sus genitales.

Blandos y calientes, se transformaron en piedras duras entre sus dedos. Él volvió a gruñir mientras el brillo de sus ojos le advertía acerca de los peligros que encerraban tan atrevidas caricias.

Su pene se agitó de nuevo en su interior. Se había negado a salir del abrigo satinado de su dulzura, después de que juntos consiguieran alcanzar todas las estrellas del cielo con las manos. Ella pretendía premiar su aparente sumisión con caricias que intentaban ser decididas, pero que aún demostraban su vacilante inexperiencia. Sus juegos inocentes y su candorosa mirada consiguieron su objetivo con tanta rapidez que apenas pudo pararse a pensar en los matices de la promesa que le acababa de hacer.

No visitaría a Lomana, pero otro lo haría por él.

Su esposa comenzaba a retorcerse bajo el calor lánguido de su abrazo protector. El goce extremo de la pasión sensual y libre volvió a resurgir. Había sido el primer escalafón hacia la consecución del placer en estado puro, pero Diego cerró los ojos y se dejó llevar por el templado calor del cuerpo tantas veces deseado.

Mientras comenzaba a conducirla a través de los intrincados caminos del disfrute carnal, fue consciente vagamente de que acababa de superar todas las barreras que, hasta el momento, se había impuesto de la mano de aquella formidable mujer.

Secretamente, se juró a sí mismo que no serían las últimas que derribaría aquella noche.

# 20

—Por favor, no te vuelvas y camina como si no pasara nada.

Estupefacto, Juan fue incapaz de moverse.

Con el frío cañón presionando sus riñones, el telegrama que acababa de recibir del Obispo de Málaga quedó olvidado, y la alegría al leer su contenido también.

Estaba siendo atracado en plena calle, y nadie parecía percatarse de ello.

Sus ojos oscuros evaluaron la situación tratando de encontrar algún aliado en la gente que pasaba por su lado, pero la presión del arma se intensificó.

—Sería un acto sumamente imprudente por tu parte, hazme caso — le susurró el desconocido, como si adivinara sus intenciones—. Vámonos a tu casa. Quizá en la intimidad de tu despacho podamos charlar más tranquilos.

—¿Desea hablar conmigo? Es curioso que quiera hacerlo en mi casa, con el servicio presente.

Tras él, la risa queda de su atacante le enfureció.

—No soy tonto, Lomana. Llevo vigilando tu casa desde el amanecer. Sé que estaremos solos, al menos el tiempo necesario.

Ambos apuraron el paso. Juan se vio obligado a penetrar en su casa y en su despacho con el desconocido tras él.

—En cuanto a mí —siguió escuchando, mientras el ruido de la llave al girar en la cerradura les dejaba aislados del resto de la casa —, creo que mi apodo habla por sí mismo. No en vano me llaman el Marqués. El pequeño detalle del arma es un seguro. De no existir, no hubieras accedido a mis requerimientos de buen grado, ¿cierto?

Nuevamente sorprendido por las revelaciones del bandolero, Juan no pudo evitar que esas ágiles manos comenzaran a registrar cada rincón de sus ropas. El cacheo duró poco, pero bastó para que

pudiera examinar con atención el aspecto del hombre embozado vestido de jornalero. A sabiendas de que su mayor corpulencia y altura le conferían cierta ventaja, el Marqués había dejado su pistola sobre la mesa, aparentemente concentrado en su tarea, oculto bajo un amplio sombrero de paja.

Finalmente, solo halló el telegrama recibido de Málaga y el manojo de llaves que abría todos los cajones del escritorio de su despacho y de La Dorada. Con una nueva amenaza, consiguió que Lomana permaneciera sentado en una silla mientras él leía el telegrama con atención. Después, se dedicó a abrir los cajones uno por uno para extraer toda la documentación que había en ellos y seleccionar la que le interesaba.

Desde su posición, Juan estiró el cuello con disimulo para escudriñar lo que el Marqués apilaba a un lado.

Eran las escrituras de propiedad de La Dorada y de las fábricas. Con los ojos entornados, Juan hizo ademán de levantarse pero, con un rápido movimiento, el Marqués tomó de nuevo la pistola y lo apuntó con ella.

—¿Qué demonios quiere de mí? —preguntó despacio.

—Nada que no haya encontrado ya.

Sin despegar su atenta mirada de las cuentas que parecía examinar, el Marqués resopló y negó con la cabeza.

Al parecer, no le gustaba lo que estaba viendo.

—Tus actos son realmente aborrecibles —comentó.

—¿Y me lo dice un vulgar ladrón?

—No más que tú, según parece —dijo, señalando los libros que acababa de dejar—. Una doble contabilidad... Cuando don Diego se entere, va a disgustarse mucho.

—¿Diego de Casanueva? —El Marqués asintió. En la boca de Juan se dibujó el amago de una sonrisa que desapareció en cuanto el bandolero se inclinó hacia él, con las manos apoyadas a ambos lados de la silla—. Él nada tiene que ver con esto. Casanueva...

—Es el propietario legítimo de la herencia de la señora Elena Robles desde anoche.

Juan se echó hacia atrás en su silla.

—Explíquese —exigió con cautela.

—Con sumo gusto. Anoche, Elena Robles y Diego de Casanueva contrajeron matrimonio secreto en El Capricho. A estas alturas, es más que probable que el matrimonio aparezca inscrito en el Libro de Matrimonios Secretos de la iglesia de Padre Jesús. Como verás, tan solo estoy recopilando toda la documentación que ahora pertenece a don Diego.

Juan contuvo la respiración. Intentaba pensar con lógica.

¿Sería posible que Elena hubiera hecho algo así?

—No le creo —murmuró sin mucha convicción—. Es poco probable que Elena o Casanueva tengan algún tipo de relación con usted.

—Te comprendo. —Con un suspiro, el Marqués se retiró un poco y se cruzó de brazos, tras guardar su pistola bajo los amplios ropajes —. Quizá te cueste aceptar el hecho de que, finalmente, ella consiguió que su herencia quedara depositada en las manos adecuadas.

—Se cree muy listo, ¿verdad? —Por toda respuesta, el Marqués alzó una ceja. Juan se levantó de la silla y se acercó a él—. Pero está muy equivocado si cree que voy a quedarme de brazos cruzados mientras se lleva una documentación que es mía.

—Ya no —insistió el bandolero.

—No soy un petimetre al que pueda intimidar. Está usted hablando con...

—… Una rata callejera de mente bastante limitada, con un miedo visceral a todo lo que no alcanza a comprender.

Súbitamente, el puño del Marqués se estrelló en su boca.

Juan tropezó con la silla antes de caer aparatosamente al suelo. Sintió la sangre del labio partido correr por su barbilla pero, antes de que pudiera levantarse para oponer resistencia, la mano del bandolero se enroscó en su cuello y apretó.

No le impidió respirar, pero sí lo mantuvo inmóvil.

—Sé lo que eres... —farfulló muy despacio. Cerró los dedos de su mano un poco más, hasta que la cara de Juan comenzó a tomar un preocupante color púrpura—. Y las señales en el cuerpo de la señorita Robles no han hecho más que confirmar mis suposiciones.

Con un gesto de desprecio, lo soltó. Juan se fijó en aquellas manos que mostraban alguna señal de trabajo duro, aunque no las suficientes como para suponer que pertenecían a un campesino.

Eran las manos cuidadas de un hombre acomodado.

Un hombre que lo conocía, y que en algún momento había intimado con Elena y con Diego de Casanueva, hasta el punto de revelar las señales de su paliza.

—Vaya, parece que a la putilla le gusta la variedad. —Su voz fatigada sonó lejana, pero muy audible para el Marqués—. No ha tenido bastante con Casanueva que también se ha liado con un rufián... Bueno, mejor así. Quizá cuando yo le ponga la mano encima también disfrute.

El bandolero arremetió contra él sin consideración y golpeó su cara nuevamente, para después levantarlo por la pechera de la camisa.

—Si vuelves a referirte a ella en esos términos, te mataré —siseó entre dientes.

—¿No ha venido a eso? Va a resultar que el aguerrido Marqués se acobarda a la hora de quitar la vida de alguien...

—Acabaría contigo gustosamente ahora mismo, desgraciado. Pero mi estricto código de honor me ata a la tarea encomendada.

—Su aspecto no es el de un caballero para poder presumir de honor.

—Demasiado a menudo las personalidades más deleznables se esconden tras impecables fachadas de respetabilidad, pero no voy a enzarzarme contigo en discusiones dialécticas que me hagan perder el tiempo.

El Marqués hundió su puño en el estómago de Juan. Y cuando este se dobló en dos gruñendo de dolor, un certero rodillazo hizo que acabara de nuevo con sus huesos en el suelo.

—Dime, Lomana, tú que eres tan valiente, ¿fue así como dejaste a Gloria Ortiz postrada en cama? —Sin darle tiempo a recuperarse, le propinó una patada en las costillas que le hizo caer de bruces—. ¿O tal vez conseguiste dejar fuera de combate a Elena de esta otra manera?

Juan se encogió en el suelo, pero no pudo evitar que el Marqués se arrodillara ante él y tirara de su cabeza hacia atrás.

—La única razón por la que no rompo todos los huesos de tu cuerpo a golpes es porque tengo que asegurarme de que vas a cumplir mis órdenes, y que lo harás con la mayor rapidez —siseó con odio muy cerca de su oído—. En cuanto te pongas en pie, volverás al telégrafo y responderás con una amable negativa a la dispensa del señor obispo. —Su mano tiró nuevamente del pelo, arrancándole un largo gemido de dolor—. Después, no solo desaparecerás de la vida de Elena, sino también de Ronda.

Con un juramento proveniente del más hondo desprecio, soltó su cabeza y lo empujó con el pie lejos de él.

—Por alguna razón que desconozco, ella no quiere que su esposo manche sus manos contigo, pero recuerda que yo estoy libre de semejantes escrúpulos. Harías bien en temerme, Lomana... Si vuelvo a verte por aquí, o te atreves a acercarte a Elena, acabaré contigo de la peor manera que puedas imaginar.

A través de sus párpados entrecerrados, Juan pudo vislumbrar cómo el Marqués recogía toda la documentación apartada y el manojo de llaves y se dirigía a la puerta.

Tiempo después, cuando pudo abrir los ojos y el espantoso dolor que le atenazaba las costillas cedió lo suficiente como para ponerse en pie, Juan comprobó que los pedazos del telegrama enviado por el obispado permanecían desperdigados alrededor de su mesa, y que él estaba solo de nuevo.

Aunque esa vez era diferente.

El esbozo de un nuevo plan para recuperar la herencia de los Robles comenzó a tomar forma en su aturullado cerebro, pero antes debía correr a la iglesia para verificar las palabras del bandido, y si éstas eran ciertas, dirigirse hacia el telégrafo.

El Marqués le sometería a una férrea vigilancia para asegurarse de que cumplía con sus directrices, estaba seguro de ello.

Pero aquella vigilancia le convenía.

De otro modo, no conseguiría hacer creer al bandolero que realmente había desaparecido de la vida de Elena.

***

Horas después, y tras asegurarse de que Juan Lomana seguía uno a uno los pasos dictados por el Marqués, Diego permanecía encerrado en el despacho de sus abogados, pasando a su nombre todas las posesiones de la herencia de Elena y ultimando infinitos detalles que surgieron al abrigo de la nueva situación. Inmerso en gestionar sus nuevas posesiones de la manera más ventajosa para su esposa, ignoraba que, a cierta distancia de él, una persona rebuscaba entre los cajones del despacho de su casa con desesperación. Y su objetivo no tenía nada que ver con Elena Robles ni con su fortuna, sino con cierto documento donde se contemplaba una apuesta realizada entre Diego de Casanueva y su hermano, y que debería hacer desaparecer cuanto antes si quería que su principal fuente de ingresos no se esfumara.

Después de recibir la buena noticia del matrimonio de Diego, Lorenzo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ocultar su zozobra y felicitar a su hermano como se merecía, solo para poder concentrar sus esfuerzos en el baúl donde Diego guardaba su ropa.

A punto de darse por vencido, se sentó en el suelo con aire derrotado. Comenzaba a pensar que quizá el documento se hallara en El Capricho, cuando un pequeño bulto en el fondo del baúl llamó su atención. Un conjunto de papeles escrupulosamente doblados y cuyo volumen fue la causa de que Lorenzo se fijara en ellos.

—Por fin —musitó.

Se dispuso a desplegarlos para destruirlos cuanto antes, pero su sorpresa fue mayúscula cuando ante sus ojos apareció un plano detallado de la Serranía, con varios puntos remarcados, y junto a él, una carta que Lorenzo se apresuró a leer.

Cuando terminó, tuvo que apoyar su espalda en el lateral del baúl mientras la carta resbalaba de sus manos y él se esforzaba por ordenar toda la información que acababa de descubrir.

En la misiva, don Fabián explicaba la situación de tres bandoleros que habían sido apresados en las cercanías de Ronda por asaltar un tren de mercancías que se dirigía a Madrid. A tenor del afecto de sus palabras, no cabía duda de que era Diego el destinatario de aquella

carta. Sin usar su verdadero nombre en ningún momento, le agradecía de antemano su colaboración para evitar que los ladrones llegaran a su destino en Sevilla, y se dirigía a él por el apodo que se clavó en el corazón de Lorenzo como la punta de una afilada daga.

El Marqués.

El bandolero y Diego eran la misma persona.

El hermano envidiado durante tanto tiempo, el hijo bastardo convertido en primogénito y heredero legal de todos los bienes, el atractivo caballero que arrasaba entre las mujeres con su innato encanto y sus modales impecables, era en realidad el delincuente más buscado y más famoso de toda Andalucía.

Durante años había conservado su tapadera de respetabilidad a la vez que se convertía en la peor pesadilla de la Guardia Civil. Mientras él tenía que conformarse con las migajas legales que decidió dejarle su padre, aumentadas en parte por la aparente bondad de Diego, su imponente hermano mayor se aprovechaba de las ventajosas circunstancias de su posición para cometer delitos, amparado por don Fabián.

Cegado por la rabia y los celos, Lorenzo volvió a coger la carta y salió de la casa.

Si la doble vida de su hermano era puesta al descubierto, Diego de Casanueva acabaría en el garrote, y él terminaría heredando todos y cada uno de sus bienes. Respirando entrecortadamente a causa de la indignación, llegó hasta el palacete del Gobernador y solicitó ser recibido por él con urgencia. Al parecer, este se hallaba ocupado en otros asuntos y la petición le fue denegada, pero cuando insistió argumentando que poseía información sumamente importante acerca del Marqués, consintió en recibirle.

Una vez en sus dependencias privadas, Lorenzo no perdió el tiempo. Tampoco vaciló a la hora de entregarle la carta de don Fabián y esperó hasta que esta fue leída.

—Don Fabián conoce la identidad del Marqués... ¿Puedo preguntar cómo se ha hecho usted con este documento, señor?

Lorenzo abrió la boca... Y en ese instante la sensatez pareció hacerse un pequeño hueco entre el despecho que había campado a sus anchas por su afectada sesera.

Dudó. La mano le tembló cuando quiso recuperar la carta y no lo consiguió.

No fue capaz de delatar a su hermano.

Improvisó una trémula respuesta que satisficiera la vaga curiosidad del Gobernador para proteger a Diego. Sabía que su grado supino de estupidez provocaría la detención de don Fabián de manera irrevocable, y cuando su hermano lo supiera, no habría nada en el mundo que lo salvara de su ataque de ira.

Salió a trompicones de las dependencias privadas del Gobernador, tropezó varias veces, y cuando dio la vuelta a una esquina, no pudo evitar vomitar en plena calle.

Aquel había sido sin duda su acto más abominable y repugnante. No solo había estado a punto de traicionar la confianza que Diego siempre había puesto en él, sino también su amor fraternal y su generosidad sin límites, después de invadir su intimidad. No contento con eso, había hipotecado la libertad de un hombre que, pese a todo, era justo.

Se odió a sí mismo. Odió su debilidad.

Ni siquiera volvió a entrar en la que ya no consideraba su casa. Se sintió como un paria, un traidor sin escrúpulos movido por la codicia más despreciable, cuando montó en su caballo y se alejó de allí a toda prisa.

No miró atrás. Se internó en la sierra, y solo cuando estuvo seguro de que nadie le observaba y de que estaba solo, se sentó en el suelo para enterrar su cara entre las manos y llorar como un niño.

***

Después de compartir un almuerzo frugal con sus abogados, Diego se encaminó hacia su casa con el montón de papeles bajo el brazo, dispuesto a descansar lo justo antes de emprender el regreso al cortijo.

Se había ausentado del lado de su mujer demasiado temprano. Aunque había dejado dicho adónde iba y el propósito de su viaje, lo cierto era que ya comenzaba a añorar su presencia, sus atenciones y todo lo que conllevaba su ansiada compañía.

No esperaba la noticia que le aguardaba.

—El padre Fabián ha sido detenido, señor —le espetó Máximo nada más llegar—. Dicen que conoce la verdadera identidad del Marqués.

Incrédulo, Diego le pidió que repitiera una a una sus palabras. Solo cuando comprobó que el mayordomo no mentía, decidió tomar cartas en el asunto de inmediato.

No podía ser. Era imposible.

Pero debía asegurarse y, de ser cierto, ayudar al hombre que había sido todo para él: su mentor, su amigo y su segundo padre.

Se apresuró a visitar al Gobernador Civil. Era el único camino posible para conocer qué era aquello tan evidente como para provocar la detención de un religioso. Su actitud arrogante cuando abordó al servicio de la residencia del Gobernador no les dejó otra opción que permitir su paso hacia el despacho, prescindiendo de las formas y las cortesías inútiles.

—Vaya, don Diego. Si lo hubiera pedido con educación, también le habría recibido, se lo aseguro.

Con una mezcla explosiva de desconcierto e indignación, Diego ignoró el comentario irónico del Gobernador. Se esforzó en pedir de forma sosegada explicaciones acerca de la detención de don Fabián. Al tiempo, sus ojos despiertos no perdieron detalle de la llave que el Gobernador sacó del bolsillo de su chaleco para abrir uno de los cajones del escritorio.

—Comprenderá usted que esta prueba es lo suficientemente clara con respecto al padre, ¿verdad?

Completamente, pero no se lo dijo. En su lugar, leyó de nuevo la carta que don Fabián le había dirigido hacía tantos años, cuando le había encomendado su primera misión, y que él había guardado como un entrañable recuerdo.

Un presentimiento tan negro como las alas de un cuervo se cernió sobre él; supo quién había sido el artífice de aquel desastre incluso antes de que el Gobernador le confirmara sus peores sospechas.

Con la cólera subiendo por su garganta y golpeando sus labios, insistió en la inocencia de don Fabián. Incluso suplicó la libertad

provisional del párroco mientras se aclaraban los hechos, pero todo resultó inútil.

Con expresión grave y el cuerpo tenso, agradeció al Gobernador su explicación y comentó algo acerca del lugar donde guardaba las llaves de su despacho.

—La última vez el Marqués invadió mis dependencias —le respondió—. Ahora, tendrá que abordarme personalmente si quiere obtener algo, ya sabe... Hoy en día hay mucha inseguridad, don Diego.

A él le costó un gran esfuerzo contener su creciente enojo, y más aún sobreponerse al hecho de que Lorenzo hubiera tenido algo que ver con aquel sórdido plan. Mientras se dirigía hacia su casa con paso resuelto, intentó serenarse, aunque no lo consiguió.

Lorenzo no se hallaba allí, y al parecer había desaparecido también de Ronda. El muy cobarde no era capaz de afrontar las consecuencias de sus propios actos, ni de darle una simple explicación acerca de lo sucedido, pero no importaba.

En ese momento lo primordial era volver junto a Elena y evitar que se enterara de lo ocurrido.

Había intentado sacar a don Fabián de su apuro por las vías legales, pero sus esfuerzos no habían dado el resultado esperado.

Ahora le tocaba al Marqués. Él emplearía métodos más turbios, pero no actuaría solo, pensó Diego con una retorcida sonrisa. Su hermano Lorenzo le ayudaría. Cuando consiguiera dar con él y rompiera su atractiva cara a puñetazos.

Solo después de aliviar su ira y su desconcierto le pediría explicaciones, y cuando las recibiera... le obligaría a actuar de acuerdo con lo que siempre había esperado de él.

***

Dos noches después, los ruidos y gritos apagados en el exterior de la casa principal de La Dorada sacaron a Catalina de su apacible sueño.

Se dirigió a la ventana, adormilada, para ver que un aterrador resplandor iluminaba la noche proveniente del almacén cercano.

Elena le había dicho en una ocasión que allí se guardaba la parte de la cosecha destinada a la conservera de Diego.

Y estaba ardiendo.

Se puso la bata y tomó un quinqué encendido para bajar las escaleras a toda prisa, pero en la planta baja se encontró con un auténtico caos. Un grupo de hombres armados hasta los dientes y con el rostro totalmente oculto amenazaba a todo el servicio al completo, mientras que otros impedían, a base de tiros, que los jornaleros penetraran en la casa.

Petrificada, Catalina se armó de valor y se unió al resto de criadas que gimoteaban temblorosas y suplicaban.

El cabecilla se hizo oír por encima del coro de lamentos.

—¡Busco a los señores de esta casa! —gritó.

Las criadas enmudecieron, y Rosalía lanzó una mirada de advertencia a Catalina que ésta ignoró.

—No se encuentran —dijo, dando un paso al frente—, pero yo puedo servirles.

El ladrón la examinó en silencio antes de continuar señalando con un movimiento de cabeza el grupo de criadas.

—¿Quién de ellas es Rosalía?

—¿Para qué la buscan?

Un simple acercamiento del hombre bastó para que Catalina diera un paso atrás, pero no evitó que este la agarrara del brazo con crueldad.

—Una señoritinga valiente... —apuntó, y los demás le rieron la broma—. Si no me dices quién es, tú sufrirás lo que está destinado a ella.

—Suéltala, desgraciado. Yo soy la que buscáis.

Rosalía se adelantó con arrojo, e inmediatamente dos hombres la arrastraron hacia donde estaba su jefe. El pequeño alarde de Catalina dejó de interesarle. Sin mediar palabra tomó a Rosalía del cabello suelto y le rajó el cuello con su afilado cuchillo de lado a lado.

La sangre comenzó a manar a borbotones. Catalina corrió a su lado intentando taponar la herida con sus propias manos. Con un alarido de espanto, comprobó que su inmaculado camisón se teñía

de rojo y que la vida de Rosalía se escapaba sin remisión. Cuando alzó sus ojos llenos de lágrimas hacia el asesino, tan solo pudo ver el reflejo de la tenue luz del quinqué en el filo del cuchillo.

—Lo diré bien alto y solo una vez, para que todos os enteréis —exclamó, limpiando la hoja en la pernera del pantalón—. La partida de Paquillo ha estado aquí. Haced llegar la noticia a los señores del cortijo cuanto antes.

# 21

—¿Te encuentras bien, princesa?

Elena se dejó arrullar por los brazos protectores de su marido, que la llevaron al borde de la cama, donde ambos se sentaron. Se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz en el pañuelo de Diego antes de asentir, en un intento de convencerse.

Necesitaba la clase de consuelo que él le estaba procurando y agradecía su fortaleza, pero la pena y la furia luchaban encarecidamente en su interior. A la congoja de tener que enterrar a su aya, se unió la noticia de saber que don Fabián había sido encarcelado.

—Acabamos de enterrar a la persona que siempre consideré como mi madre, y allí mismo me he tenido que enterar de que don Fabián está preso y que tú me lo ocultaste. —Con un largo suspiro, se apartó de él y lo miró de soslayo—. Me encuentro todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias.

—Solo quería protegerte. Alguien te encerró en el almacén de mi conservera para después prenderle fuego. Ahora asesinan a Rosalía, una de las personas más queridas por ti. Dime qué debería hacer.

Alargó una mano para acariciar su mejilla, pero ella lo rechazó.

—No hay relación entre ambos sucesos —repuso con voz fría—. Nadie sabe quién provocó el incendio de la conservera.

—¿Y crees realmente que Paquillo fue quien acabó con la vida de Rosalía? —preguntó él con escepticismo.

—Lo proclamó a los cuatro vientos. ¿Por qué habría de hacer algo así si no?

—Querida, debes tranquilizarte y confiar en mí. Estoy casi seguro de que Paquillo no ha tenido nada que ver en este asunto. Alguien ha podido suplantar su personalidad con otros fines.

«Por su bien, más vale que así sea», proclamó en silencio.

—Oyéndote hablar, parece que lo conoces mejor que nadie.

Diego se colocó frente a ella tomándola de los hombros. Ansiaba más que nada en el mundo hacer desaparecer aquella tristeza de sus ojos, confesarle todo su pasado y el porqué de sus actos. Pero aún no podía, y con ello solo conseguía sentirse como el más mentiroso de los hombres.

—No voy a quedarme quieto si eso es lo que te preocupa —aseguró—. La muerte de Rosalía también me ha afectado, lo creas o no.

—¡Entonces detenle, Diego! Hace dos días que él y su cuadrilla irrumpieron en La Dorada. ¡El tiempo corre a su favor!

Sus ojos amatista refulgían con una súplica esperanzada, pero se apagaron cuando él ladeó la cabeza y se alejó de ella pensativo.

—Sabré cómo actuar llegado el caso —fueron sus cáusticas palabras.

Su incomprensible reticencia hizo que la ira la dominara. Con un grito de pura frustración se abalanzó sobre él y le golpeó el pecho con los puños cerrados, intentando provocarle tan solo una pequeña parte del dolor que la desgarraba por dentro.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó, mientras él sujetaba sus muñecas con aparente facilidad—. Si tú no me ayudas... ¡Recurriré al Marqués! ¡Iré a buscarlo y le rogaré si es necesario!

Nuevamente herido por la presencia constante del bandolero entre ellos, Diego la sujetó con más fuerza y la acercó a él. Sus hermosos pechos se agitaban bajo el corpiño, sus mejillas se encendieron por la indignación y su explosión de genio fue una admirable muestra de que volvía a la vida después de haber abandonado peligrosamente su habitual vitalidad.

Estaba realmente preciosa.

Pero él debía parecer duro e inflexible.

—Está usted hablando con su marido, señora, no con el capataz de estas tierras. Modérese.

Su tono no admitía réplica, pero Elena decidió desafiarlo y presionarlo. Alzó el mentón, aspiró hondo y controló sus nervios.

—No voy a consentir que ese hombre se escape —aseguró en un susurro, y esperó a que Diego aflojara la presión de sus manos para continuar—: El capitán Salcedo ya está informado de lo que ha

ocurrido, pero tú y yo sabemos que unos cuantos Civiles no lo detendrán.

—Por fin dices algo sensato. —Con un largo suspiro de resignación, los ojos negros se volvieron cálidos cuando él acarició su mejilla—. Si prefieres la ayuda de ese bandolero a la mía, es que dudas de mi valentía...

—No puedes alardear de algo sin demostrar tu valía primero.

En vez de comportarse como un macho incivilizado, decidió apelar a la compasión y al cariño que seguramente Elena le profesaría.

—¿Me estás arrojando a un destino incierto y lleno de peligros? ¿Prefieres arriesgarte a que regrese herido, o incluso a que no regrese, antes que esperar el momento propicio? Creí que ya había demostrado mi coraje con creces.

Elena inclinó la cabeza para evitar reconocer que tenía razón. Realmente no soportaría verlo herido o muerto por haberle obligado a cumplir sus deseos.

—Tus palabras revelan una cobardía poco digna en un caballero —concluyó implacable.

—Me hago cargo de la situación perfectamente. No es necesario que te rasgues las vestiduras tan pronto, ni que intentes herirme con el filo envenenado de tu lengua.

Se alejó de ella con una triste sonrisa en sus labios, y se quitó la chaqueta. Con toda la intención de ponerse cómodo, sacó de su cinturón la pistola que siempre llevaba consigo y la colocó descuidadamente sobre una de las mesillas de noche.

—Un cambio de aires nos vendrá bien a los dos —continuó—. Mañana nos iremos a Ronda y pasaremos allí unos días, hasta que las aguas vuelvan a su cauce.

«Hasta que consiga idear un plan que saque a don Fabián de la cárcel mientras intento descubrir quién está detrás de la muerte de Rosalía», añadió en silencio, pero su bonita mujer no parecía dispuesta a darle tregua. Necesitaba descargar su rabia, y él era el principal destinatario.

—Mi opinión debería contar, ¿no te parece? —preguntó con falsa dulzura—. No puedes obligarme a acompañarte si no lo deseo.

—Puedo hacer muchas cosas, querida. Soy tu marido.

Al parecer, él pensaba sostener aquella pugna con tranquilidad.

Elena suspiró exasperada.

—No creo que seas capaz de intentar imponerme tu voluntad si yo me niego —le desafió.

Con un gruñido de frustración, Diego la tomó por ambos brazos y la pegó a él. Tenía el firme propósito de vencer su resistencia con su proximidad, a sabiendas de que un simple contacto lograría derretirla, pero el calor que desprendía su cuerpo lo turbó al momento. La cercanía de aquella mujer era realmente peligrosa, pensó con un ramalazo de orgullo. Quizá por eso había estado siempre tan empeñado en hacerla su esposa.

—Estás cometiendo un gran error —le advirtió con el ceño fruncido.

—Creí que tendrías en cuenta mi capacidad de decisión. —Intentó zafarse, pero resultó inútil—. Evidentemente, veo que no es así.

—A pesar de que posees una gran inteligencia, ahora no eres dueña de tus propios actos. No puedes hablar de ningún tema con la suficiente objetividad.

—¿Y eso por qué?

—Porque estás en plena rabieta, provocada por el torrente de acontecimientos que te desbordan. —Acercó su boca a la de ella, y su aliento fuerte y decidido hizo que se aproximara a él—. Pero no te preocupes. Tengo la paciencia suficiente como para esperar a que tu arrebato caprichoso cese para que hablemos después con más cordura.

Consciente de que su arranque de desesperación estaba cediendo, fue al encuentro de su boca para acabar de convencerla, pero solo pudo conseguir un ligero roce de labios. Alguien decidió interrumpir aquel momento con unos discretos golpes en la puerta, los cuales lograron que ambos parpadearan confundidos, como si acabaran de salir de algún misterioso hechizo, y se separaran al tiempo que Diego ordenaba pasar a la criada.

—Perdón, señor —se excusó—. Abajo está su hermano, y dice que le urge hablar con usted.

—El hijo pródigo ha vuelto —comentó Diego con tanta severidad que Elena temió por Lorenzo.

Con un rápido movimiento, él la atrajo de nuevo para pegar la boca a su oído.

—Esta conversación aún no ha terminado, Elena —le advirtió, y sin más preámbulos abandonó la alcoba.

No solo no había terminado, sino que apenas acababa de comenzar en lo que a ella se refería, pensó Elena cuando sus ojos se posaron en el arma que Diego había dejado sobre la mesilla.

Si quería una esposa sumisa, la tendría, resolvió con sorprendente tranquilidad mientras cogía la pistola con aire pensativo. Una actitud sosegada la ayudaría más que enfrentarse con él.

Bueno, eso y el láudano que Diego guardaba en un cajón para casos de emergencia... Sin lugar a dudas, aquel era uno de esos casos, añadió, y su sonrisa se acentuó.

***

Cuando comprobó el aspecto andrajoso de su hermano, su barba de varios días y su suciedad, Diego llegó a la conclusión de que quizá pudiera llegar a perdonarlo, tal era el grado de lástima que le inspiraba. Pero su decepción y su furia no se aplacarían por aquel cúmulo de detalles sin importancia, ni mucho menos.

Cerró la puerta tras él despacio. A continuación, se acercó a Lorenzo y, sin una sola palabra, estrelló el puño en su mandíbula con tal fuerza que este salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas.

Después, permaneció de pie largo rato con la respiración agitada, hasta que finalmente pudo dominarse y aguardar a que Lorenzo se recompusiera y volviera a incorporarse.

—Supongo que me lo tenía merecido —afirmó, frotándose la mandíbula dolorida y afrontando la dura mirada de su hermano con humildad.

A cambio, Diego se sentó y dejó escapar el aire de sus pulmones ruidosamente.

—En realidad, te merecías mucho más —le reprochó con voz apagada—, pero he decidido ser condescendiente contigo. Al menos hasta que me des una explicación y me digas qué es lo que don

Fabián te ha hecho para que provoques su desgracia de esta manera.

—No iba contra él, sino contra ti.

—¿Contra mí?

El gesto contrito de Lorenzo se acentuó. Desafiando por segunda vez aquella mañana los límites de la paciencia y la generosidad de su hermano, se sentó sin que él lo invitara.

—Llevo fuera dos días completos con sus noches; te aseguro que he tenido tiempo de sobra para pensar y reflexionar —comenzó sin titubeos.

—No lo dudo.

—Mi presencia aquí no es producto de la irreflexión, sino algo meditado a conciencia. —Con un carraspeo nervioso, Lorenzo se atrevió a levantar la vista hacia Diego. Este lo miraba inflexible—. Aun a riesgo de ganarme otro golpe como el que acabo de recibir, he de decirte que lo sucedido no ha sido más que un arranque de celos. Por ello y por las consecuencias que he provocado, vine a... En fin, me gustaría que me perdonaras, hermano.

Subrayó deliberadamente la última palabra, pero no pensaba moverse mientras no escuchara alguna respuesta por parte de Diego. Estaba tan inmerso en el prolongado silencio que sobrevino, que se sobresaltó cuando su hermano le ofreció una copa de coñac.

—Cógela. Te aseguro que te hará falta. —Lorenzo obedeció—. Ahora me vas a explicar eso de los celos. Porque, francamente, salvo que envidies a mi esposa y su dote, confieso que no entiendo nada más.

—Padre siempre te prefirió a ti. Estaba enamorado de tu madre aun estando casado con la mía, y no dudó a la hora de reconocerte como hijo suyo. —Hizo una pequeña pausa y tomó un sorbo de coñac—. Con ello, te dejaba legalmente toda su herencia y me negaba lo que hubiera sido mío.

—Las razones de padre para que yo me encargara de todo no tenían nada que ver con el orden de nuestro nacimiento ni con nuestras respectivas madres, y tú lo sabes mejor que nadie.

—Es posible, pero no podrás negarme que fue una situación injusta para mí.

Diego suspiró más calmado. Se había imaginado aquel encuentro como una pelea sangrienta entre dos personas que habrían dejado sus lazos de sangre a un lado. Pero al escuchar a Lorenzo, la compasión arrastró con ella el amor fraternal que siempre había permanecido allí, agazapado y negándose a desaparecer a pesar de la traición cometida.

—Nunca pretendí arrebatarte lo que consideraba tuyo —acabó admitiendo—. Te di las responsabilidades que consideré oportunas, y habrías tenido más si me hubieras demostrado inteligencia a la hora de manejar tu propio dinero.

—Lo sé. —Con los hombros inclinados hacia delante, decidió levantarse para enfrentar a su hermano—. Te aseguro que el daño que le he causado a don Fabián fue totalmente fortuito.

—Yo no calificaría de esa manera la tarea de poner patas arriba mi baúl para encontrar la carta que, más tarde, entregaste al Gobernador en pleno uso de tus facultades.

—Solo buscaba la apuesta que hicimos con respecto a tu matrimonio con Elena. Diego, te lo juro. Tienes que creerme.

Diego lo hizo. A punto de echarse a llorar, aquellos ojos implorantes y aquel rostro blanco como la nieve no podían esconder una mentira tan descarada y cruel.

—Sigo sin entender qué fue lo que te llevó a delatar al padre frente al Gobernador, ni qué te impidió hablarle del Marqués —objetó aún con desconfianza.

—Supongo que fui consciente de mi insignificancia al lado de vuestros actos, y los celos al verme relegado del afecto y la camaradería que os ha unido siempre hicieron su trabajo a la perfección. —Lorenzo dejó su copa sobre la mesa y desvió la mirada de su hermano—. Me dolió tu traición, pero cuando pude delatarte, fui incapaz de hacerlo. Esa es toda la explicación.

Diego volvió a examinar su aspecto, impulsado tpor el tono apaciguador de su voz y por la consistencia de sus argumentos. Lorenzo lo conocía lo suficiente como para admirar su facultad para colocarse en el lugar de los demás antes de emitir ningún juicio.

Por su expresión ceñuda y concentrada, como si viera a través de él, supo que era precisamente eso lo que Diego estaba haciendo en

aquel momento.

—He estado a punto de desaparecer para siempre, pero creí conveniente regresar para ayudar al Marqués en todos sus frentes —aventuró, en la esperanza de que aquellas intenciones empujarían a su hermano a aceptar su petición de perdón—. Y por lo que he sabido esta mañana, tiene varios abiertos, ¿no es así?

Vaya, se había olvidado de que ahora Lorenzo también conocía su identidad, pensó Diego con expresión huraña. Y no solo parecía aceptarla, sino que no le había hecho ni una sola pregunta al respecto.

Sin duda, después de su descubrimiento tendría docenas de ellas en su cabeza; no conocería a su hermano si no estuviera en lo cierto, pero su prudencia le sorprendió gratamente.

—Al incendio del almacén de la conservera tenemos que sumar la pérdida de la cosecha de La Dorada —afirmó con brusquedad, aunque su corazón comenzaba a reblandecerse peligrosamente—. Alguien asaltó el cortijo y asesinó a Rosalía mientras acababa con nuestras provisiones.

—¿En quién estás pensando?

La tranquilidad y el aplomo que exhibía su hermano nuevamente, como si ya se considerase perdonado, volvió a sorprenderle.

—Lomana está al corriente de mi boda con Elena. Hace unos días le hice... El Marqués le hizo una visita —se corrigió—. Aunque dudo que aún siga en Ronda, es muy probable que haya contratado una cuadrilla de pendencieros desarrapados para ejecutar a Rosalía y enviarme una especie de mensaje.

—¿Le crees tan cobarde?

—Ha sido capaz de las peores villanías, créeme —añadió. Lorenzo no se atrevió a preguntar más detalles—. Sin embargo, es demasiado impulsivo, y sus actos no suelen ser muy meditados. Quizá no actúe solo.

—Si lo que dices es cierto, explicaría que otra persona intentara asesinar a Elena el día del incendio del almacén mientras él acababa de herirse en una pierna —concluyó Lorenzo.

—Sea como fuere, está claro que Paquillo no cometió el asalto La Dorada.

—¿Cómo estás tan seguro?

Diego tardó en responder. Dijera lo que dijese, daría a entender que conocía al bandolero más de lo que debía admitir, pero no estaba dispuesto a dar más explicaciones de las necesarias.

No aún.

—Es un asesino sin escrúpulos, pero actúa por necesidad —aclaró —. Hubiera saqueado la casa, violado y matado indiscriminadamente. Sin embargo, todo permanecía en su sitio. —Encendió un cigarro con aire ausente—. El jefe de la banda preguntó por Rosalía antes de matarla, y tan solo destruyeron las provisiones destinadas a la conservera.

—Supongo que tu mujer estará destrozada. Esa vieja gitana era como una madre para ella.

—En estos momentos tiene un fuerte ataque de... insatisfacción. —Diego reprimió una sonrisa al recordar su discusión con Elena, pero Lorenzo rio abiertamente.

—Caramba, hermano, es la primera vez que reconoces que una mujer está insatisfecha a tu lado.

Aplacados toda su ira y buena parte de su enfado, Diego miró a su hermano fijamente. Sus ojos le transmitieron la complicidad de la que siempre habían gozado con tanta fuerza que no pudo evitar perdonarlo en aquel mismo momento. Ambos se fundieron en un largo y fuerte abrazo que acabó con todas las rencillas posibles.

—Esto significa que volvemos a ser hermanos...

Con expresión seria y solemne, Diego lo apartó y colocó las manos sobre sus hombros. Su ceño fruncido le hizo dudar, pero el sentimiento de protección que su hermano mayor siempre había manifestado hacia él volvía a hacerse patente.

—Aún no te has ganado mi perdón.

—No tienes más que decirme lo que he de hacer.

—Tendrás que ayudar a arreglar lo que has provocado.

Una expresión audaz cruzó por el rostro de Lorenzo.

—Déjame que me adecente un poco y que descanse lo suficiente.

Diego asintió y le dejó marchar. Evitó preguntarle dónde demonios había pasado los últimos días, pero ya habría tiempo para eso, pensó.

***

La mano de Diego colgaba laxa por el lado derecho de la cama, y sus sonoros ronquidos avalaban el hecho ineludible de que se hallaba dormido, tan profunda como despreocupadamente.

Elena se levantó de la cama con sigilo y sumo cuidado, pero pronto quedó patente que ni todo un coro de trompetas hubiera conseguido despertar a su marido.

Decidida, se vistió con rapidez y cogió de la mesilla de noche la pistola de Diego, pensando que, desgraciadamente, desconocía todo acerca de las armas. Llegado el caso, no sabría dispararla.

De forma impulsiva, le retiró un mechón de pelo de la frente y dejó en ella un beso fugaz. Él se movió mínimamente, y ella se recordó que ya era media tarde. La espera para asegurarse de que el láudano en el vino de Diego hacía su efecto había resultado ser demasiado larga. Si no se apresuraba, la noche la sorprendería en mitad de la sierra, buscando a Paquillo para darle su merecido.

Se recogió el pelo y se dispuso a abandonar la alcoba, pero echó una nueva mirada a Diego. Su apoyo desde la muerte de Rosalía había sido total. Su presencia la había reconfortado, y su aliento la había animado, haciéndole olvidar su pena.

A cambio, ella se había ocupado de que aquella comida en particular fuera especial e íntima. Al menos lo suficiente como para que no hubiera testigos del progresivo desvanecimiento de su esposo. Se mostró tan dulce, que las sospechas que su comportamiento levantaron se diluyeron con el potente somnífero de su vino. Cuando llegaron al postre, Diego parpadeaba insistentemente y se echaba la mano a la cabeza, y cuando propuso una siesta, juntos y desnudos, ella no se negó.

Pero no se retractaría, se dijo con tristeza. Se lo debía a la memoria de Rosalía. No podía esperar a que él decidiera cuál era el mejor momento para actuar. Una demostración de desconcertante cautela que estaba segura de que también habría alcanzado al Marqués. Por eso solo contaba con su persona y su arrojo.

No dejó de pensar en esto mientras se apropiaba del caballo de Diego y abandonaba el cortijo, para internarse en la sierra y seguir

el camino que él le había mostrado la noche de la fiesta de disfraces. Después de todo, no podía ser tan difícil, pensó. Todo el mundo sabía que Paquillo era gitano. Aunque fueran nómadas, debía intentar localizarlo allí primero.

El fin justificaba los medios, se repetía a sí misma una y otra vez mientras el sol comenzaba a perder fuerza y la claridad se iba con él. Y su fin era el más loable de todos, aunque ya comenzaba a creer que los medios utilizados para llegar a él eran, como mínimo, insuficientes.

Tiempo después, totalmente concentrada en sus pensamientos, detuvo su caballo en medio de la cima de un cerro, desorientada y desconociendo por completo el tiempo que llevaba cabalgando.

El cielo azul se vistió de tonos carmesíes y anaranjados. Elena escudriñó con atención el paraje que la rodeaba.

Reconoció aquel valle como el lugar donde los gitanos habían establecido su campamento la noche que Diego la llevó allí, pero la explanada permanecía desierta.

Llevada por la impaciencia y el pesar, había actuado con impulsividad, pero la realidad acababa de imponer sus propias reglas. Tal vez el famoso bandolero se hallara en la otra punta de la provincia, pensó con desánimo. Y todo habría resultado baldío.

Con un resoplido de resignación, Elena retrocedió de vuelta al cortijo, pero en ese instante sus ojos divisaron algo que la hizo contener la respiración.

Estaba tan sorprendentemente cerca de ella que tuvo que bajar del caballo y acometer el resto de la distancia a pie.

El tenue destello de una pequeña fogata junto a la entrada de una cueva llamó su atención con tanta fuerza que, haciendo caso a su instinto, echó el cuerpo a tierra y sacó la pistola, estirando el cuello por el borde de la cima. Pudo oír el sonido estridente de voces varoniles que se entremezclaban, y forzando un poco más la vista, consiguió distinguir el diabólico perfil de Paquillo.

Gracias a los carteles que abundaban por las calles de Ronda y de los pueblos aledaños, todo el mundo conocía sus rasgos. Tal y como ocurría en aquel momento, ni él ni sus compinches temían ser descubiertos, a juzgar por los gritos y las risas que lanzaban al aire.

Elena no lo dudó. Le apuntó con la pistola y con toda la intención de hacer justicia.

No obstante, no tuvo tiempo de medir las consecuencias; tras ella, el frío cañón de un trabuco se posó en su nuca y la obligó a arrojar su arma.

El silbido apreciativo del hombre que la había descubierto la paralizó.

—Pero si es la mujer del Marqués... Un inesperado regalo para Paquillo, seguro.

Los empujones sucedieron a sus palabras; ella descendió la pendiente a trompicones, cayendo al suelo de bruces justo a los pies de Paquillo.

El silencio se hizo a su alrededor. Poco a poco y sin demostrar el pavor que la dominaba, Elena se puso en pie y sacudió su vestido antes de mirar con soberbia al bandolero. Inmediatamente, sus cinco hombres abandonaron su cena y la rodearon con un murmullo amenazador, pero sus ojos no podían despegarse del aspecto feroz de su jefe. Tan alto como Diego, y más fornido que él, su mirada fiera ocultó su inicial desconcierto cuando la examinó con descaro.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tu peor pesadilla.

Aquello pareció divertirlo.

—Una yegua valiente... —murmuró, y hundió los dedos en sus mejillas para examinar más de cerca su cara—. ¿Qué pasa, Pedro? ¿Ahora llueven mujeres del cielo?

Los demás rieron la ocurrencia mientras el aludido se adelantaba y le entregaba la pistola de Diego.

—Te apuntaba a la cabeza con esto —informó—. Tú dirás.

Paquillo frunció el ceño aún más, y la presión en las mejillas aumentó.

—Te han pillado espiándonos... —comentó pensativo—. ¿Qué cojones andas buscando?

Ignorando su lenguaje vulgar, apartó el rostro del tacto repugnante del bandolero y alzó el mentón con orgullo.

—He venido a matarte —declaró sin vacilar—. Vas a pagar por haber asesinado a una buena mujer, malnacido.

Paquillo la miró asombrado, antes de lanzar una carcajada que enseguida fue coreada por el resto.

—¡Tiene gracia la chiquilla! —exclamó. Al apartarse, ella pudo ver el mango de una gran navaja asomar por el costado de su cinturón —. ¡Y yo que pensaba que Pedro nos había traído el postre para nuestra cena! Tendrás que explicarte mejor, cariño. No sería la primera mujer que mando al otro mundo.

Con un nuevo murmullo de conformidad, Paquillo se acercó a ella y apretó con las manos el nacimiento de sus pechos.

—Una cara bonita y buenas tetas —murmuró concentrado en su tarea—. ¡Aquí parece haber carne para todos, muchachos!

—Ten cuidado con lo que haces. Es la hembra del Marqués.

Los ojos desconfiados del bandolero recorrieron todo el terreno que les rodeaba antes de clavarse en el hombre que había hablado.

—No te preocupes, ella ha venido sola —respondió a la mirada inquisitiva—, pero quizá deberías...

—Alabo el gusto de ese rufián con suerte —lo interrumpió Paquillo, antes de volver a agarrarla de la cintura para pegarla a él como si nada hubiera pasado—. Pero mientras la reclama no creo que le importe que la disfrutemos un poco. A fin de cuentas, los dulces así no abundan. Comprenderá que la compartamos con él.

Con un movimiento firme, Paquillo la arrastró hacia el tronco de un árbol y apoyó su propia espalda en él mientras la mantenía sujeta con los brazos.

—Será mejor que me sueltes, desgraciado —le susurró agitándose con furia y tratando de liberar sus manos para poder defenderse—. Soy un bocado demasiado delicado para boca tan vulgar. Si el Marqués supiera lo que pretendes hacer conmigo, te arrancaría los testículos de cuajo.

—Mmm, una mujer fina. —Con una sonrisa siniestra, Paquillo deslizó una mano bajo sus faldas para apretar sus muslos—. ¿Piensas que solo yo te probaré? —Con un gesto de cabeza, señaló al resto de la cuadrilla—. Detrás de mí vendrán ellos, cariño. Aquí compartimos todos los botines. Y aún más cuando reservas semejante tesoro entre estos muslos tan prietos. A no ser que quieras matarme de esta manera...

Elena dejó de forcejear y procuró centrar sus pensamientos para actuar con lógica. Debía dejar de pensar en Diego o en el Marqués; de nada servía ya desear que aparecieran a tiempo para salvarla de un destino que ella misma se había buscado, así que se concentró en encontrar la manera de hacerse con la navaja que Paquillo guardaba y que estaba tan cerca de sus manos.

Con otros cinco hombres de los que defenderse, sus posibilidades eran muy reducidas, aun suponiendo que pudiera acabar con el bandolero que la mantenía bien sujeta, pero tenía que intentarlo al menos. Y habría de hacerlo con mucha convicción si quería que mordiera el anzuelo.

Relajando todos los músculos de su cuerpo con un profundo e inaudible suspiro, Elena sonrió tan lenta y seductoramente como pudo.

—Solo hay una forma de averiguar cómo quieres morir, ¿no te parece?

Sus palabras fueron tan lentas y suaves que la treta consiguió el resultado esperado. Los ojos de Paquillo se oscurecieron aún más, y su sonrisa se ensanchó como respuesta a la insinuación; con una nueva carcajada, dejó libres sus brazos para sujetar su cara entre las manos y la besó.

# 22

Apenas tuvo la oportunidad de apretarla contra él, cuando un silbido amenazador lo distrajo lo suficiente como para impedir que una navaja cercenara su oreja izquierda. No obstante, el filo cortó parte de un mechón de pelo antes de clavarse en el tronco del árbol donde se apoyaba, a escasos milímetros de su cabeza.

La mano de Elena, a punto de alcanzar el arma de Paquillo, se detuvo de golpe. Ella se apartó lo justo para atisbar a Diego que, como una aparición, se abalanzó sobre ellos con tanta rapidez que apenas pudo evitar caer cuando la agarró del brazo y la empujó lejos de él.

El silencio volvió a hacerse el amo cuando Diego rodeó el cuello de su oponente para mantenerlo sujeto, mientras con la mano libre recuperaba su navaja y le presionaba el estómago con ella.

Paquillo sonrió confiado. Lejos de sentirse amenazado, sus ojos fríos se dirigieron al resto de la partida. Pero los demás mostraban tal respeto hacia Diego que el bandolero vaciló.

—Vuelve al caballo —ordenó él tajante. A pesar de que ni siquiera se había molestado en mirarla, Elena supo que se refería a ella.

Confundida, se alejó prudentemente de los dos hombres. No era momento para hacer conjeturas acerca de la providencial aparición de su marido, pero con independencia de lo que sucediera después, le costó contener su euforia al verlo. Su presencia era admirada y respetada por todos los presentes, incluido Paquillo, y la amenaza latente en él bastó para que los demás se olvidaran de ella.

Gracias a Dios, su buen juicio le advirtió de que no debía desobedecer las órdenes de Diego, pero aun desde su caballo, las palabras de los bandoleros se hicieron bien audibles.

—Ella vino a mí, Marqués —se defendió Paquillo. Para demostrar sus buenas intenciones, puso sus brazos en alto dejando que Diego

lo desarmara con facilidad—. Yo no hice más que seguir mis instintos.

—Te lo diré solo una vez y de manera muy clara, para que puedas entenderlo. —La presión de su mano aumentó, y el cuello del bandolero se puso más rígido—. Si vuelves a acercarte a ella, te cortaré los cojones y los colgaré en lo más alto de la plaza de Ronda, para que todos puedan contemplarlos.

La punta de su navaja rasgó la camisa de Paquillo, y éste contrajo el vientre de forma instintiva. Aquella señal era suficiente prueba de que cumpliría todas sus amenazas.

—Ahora que has liberado a tu dama ya puedes soltarme —balbuceó con voz ronca, pero Diego negó con la cabeza.

—Aparte de tus partes íntimas, también te cortaría la lengua, pero eso tiene que esperar. —Con la respiración aún agitada por la ira, guardó su navaja para sustituir la presión de su mano por la del antebrazo—. ¿Fuisteis vosotros quienes asaltasteis La Dorada hace unos días?

—Confieso que me habría encantado, pero si hubiera sido yo te aseguro que no habría dejado títere con cabeza. Y según he oído por ahí, no hubo ninguna pérdida que lamentar, salvo la muerte de una vieja gitana.

Diego no abandonó su expresión feroz cuando señaló al resto de la cuadrilla.

—¿Y ellos?

—¿Mis hombres? Por Dios, Marqués, parece mentira que no los conozcas. Serían incapaces de ir a mear sin pedirme permiso.

—Pues tendrán que hacerlo —le interrumpió Diego—. Todos tendréis que hacerlo si queréis seguir a salvo en la sierra. De lo contrario, yo mismo os denunciaré.

Desconfiaba de todos, pero no tenía alternativa. No podía actuar solo para lo que se proponía hacer, y Lorenzo y Máximo no eran suficiente ayuda. Buscó otro camino que no supusiera confiar su vida a un puñado de traidores sin escrúpulos, pero no lo encontró. Con un exabrupto, que les hizo bajar la cabeza avergonzados, empujó a Paquillo lejos de él.

—El padre Fabián ha de ser liberado —informó—. Doy por hecho que sabes que está preso, y conoces el penal mejor que cualquiera de nosotros. Os ayudó cuando lo necesitasteis; ahora, él os necesita.

El tono del murmullo que escuchó a continuación le indicó que, al menos, considerarían su propuesta.

—Nuestra ayuda no es gratuita, Marqués.

Paquillo se había enderezado y lo miraba con sonrisa socarrona, sabedor de que podía aprovecharse de su desesperación.

Diego echó un vistazo a la cima de la pendiente, desde donde Elena lo miraba.

—Si escuchas mi propuesta, tendrás la oportunidad de enfrentarte al capitán Salcedo —concluyó finalmente, rogando para que el trozo de queso fuera lo suficientemente grande como para ganarse la colaboración de aquellas ratas.

***

—Diego, por favor...

Él la ignoró. Con la mandíbula apretada y tan dura como el mármol, esquivó su mirada suplicante y abrió la puerta principal para conducirla a la alcoba.

Elena buscó argumentos de peso que avalaran sus razones y aplacaran la ira de su marido, algo que caldeara la escalofriante frialdad que le había mostrado camino de Ronda, pero enseguida supo que todos sus esfuerzos resultarían inútiles.

Resollaba como un toro embravecido cuando aguardó a que ella se sentara en el borde de la cama.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

Se le ocurrió que aquella pregunta podía ser mejor que mostrar un tímido propósito de ser perdonada, pero él no respondió enseguida. De espaldas a ella, la tensión de sus músculos proclamaba su lucha para dominar su ira y su decepción, antes de enfrentarla.

—Considerando el hecho de que eres mi esposa, estoy en situación legal para hacer contigo lo que me plazca. Incluso podría

encerrarte en la celda de un convento de clausura y tirar la llave al río. A no ser que te ofrezcas para otra cosa...

Elena tembló. A pesar de que no había gritado, aquel tono sosegado era aún más escalofriante que el peor de los alaridos.

—La pena me impulsó a actuar como lo hice. Quizá podrías perdonar mi necia conducta —aventuró mansamente.

A pesar de que su mirada furibunda proclamaba su estado de ánimo, Diego suspiró y masajeó su frente. Intentaba ahuyentar los efectos del láudano todavía presentes en su cuerpo.

—Reconozco que es una proposición tentadora —dijo—, pero del todo punto inviable. Sobre todo después de ver cómo te apretabas contra Paquillo. ¿Sabes? Ahora empiezo a comprender tus verdaderas intenciones al drogarme. —Se mantuvo a distancia, como un volcán a punto de estallar—. Así te librabas de la presencia de tu marido mientras te encontrabas con tu amante.

Con una exclamación de perplejidad, Elena se levantó de un salto y abrió la boca varias veces, antes de que por ella consiguiera salir una réplica lo suficientemente contundente.

—Tú conocías mis intenciones con respecto a Paquillo —se defendió—. Incluso te quité tu pistola y la llevé conmigo. Esas acusaciones son ridículas.

—Oh, sí, querías hacerle pagar por el asesinato de Rosalía... Un asesinato que, dicho sea de paso, no fue cometido por él ni por nadie de su partida.

—¡Pero yo creía que sí!

—¿Y qué me dices de la daga que te regalé? ¿No te parecía un arma peligrosa contra él?

El desengaño y el sarcasmo se entremezclaban en sus palabras. La furia y los celos lo cegaban. Sin decir una palabra, ella le mostró la liga que sujetaba sus medias hasta medio muslo y que contenía la funda de la daga.

—Desde mi último encuentro con Juan no he vuelto a separarme de ella —declaró—. ¿Contento?

—Falta un mundo para que eso ocurra.

A través de la ira que lo dominaba, no pudo evitar sentirse atraído por su formidable belleza. Su mirada especulativa se posó en el

pronunciado escote con lujuria, y ella decidió acercarse a él. Tocó su mejilla vacilante pero, como si su contacto le quemara, Diego se apartó con brusquedad. No podía permitir que sus deseos impusieran sus propias reglas, al menos si quería que su cabeza funcionara con un mínimo de éxito y consiguiera ahuyentar de sí la imagen de Paquillo tocando el cuerpo de su mujer, mientras ella parecía tan complacida de que así fuera.

—Has puesto en peligro tu vida, y con tu intento de mantenerme al margen, también la mía.

—Diego, no fue mi intención, pero quiero que comprendas. —Sus ansias de reconciliación solo lograron que su expresión huraña aumentara—. No podía esperar a...

—Y decidiste actuar por tu cuenta —la interrumpió él con brusquedad—. No confiaste en mí lo suficiente como para dejar que yo arreglara el asunto, ¿verdad? ¡Era mejor poner en entredicho mi hombría y actuar por tu cuenta sin prever las consecuencias! Santa Madre de Dios... ¡Me drogaste! —repitió incrédulo.

—¡Pero yo nunca pensé que no fueras capaz de solucionar el problema! ¡Yo sé que el Marqués... que tú...!

Se interrumpió bruscamente en el momento en que Diego se volvió hacia ella con el ceño fruncido y una expresión de estupor en el rostro, comprendiendo de pronto.

—Tú lo sabías… —farfulló—. ¿Desde cuándo?

—Prácticamente desde el principio —murmuró con temor—. Me besaste bajo dos identidades diferentes, pero reconocí tu boca, aunque no me atrevía a confesártelo. Para ti era crucial mantener el anonimato. Me dijiste que te descubrirías ante mí llegado el momento; confiaba en tu franqueza.

—Y yo en la tuya. —Con aire pensativo, Diego se pasó la mano por el pelo—. Si me hubieras preguntado después de la boda, te habría contestado sin vacilar.

—Decidí tomarlo como... un juego —añadió ella, y suspiró profundamente.

Durante unos momentos interminables, él comenzó a atar cabos con el ceño fruncido, pensativo. Comprendió de pronto ciertas actitudes que en su momento le habían parecido desconcertantes,

hasta que su cabeza volvió nuevamente al tema que había conseguido envenenarle la sangre sin poder evitarlo, como si su reciente descubrimiento no tuviera mayor importancia.

—Ahora entiendo —prosiguió—. No estabas satisfecha con un bandolero y decidiste buscarte los favores de otro; un asesino y un ladrón sin conciencia.

—¡Quería matarlo!

—¿A besos?

Elena rechinó los dientes igual de enfurecida que él por su cabezonería.

—¡Solo quería distraerlo para quitarle la navaja! —gritó—. Puede ser que me merezca un castigo... ¡Pero no me trates como a una cualquiera!

—¡Así es como te has comportado, maldita sea!

Se sintió incapaz de contenerse por más tiempo. Alentado por la atracción animal que lo dominaba con su cercanía y acuciado por la necesidad de demostrar su poder sexual sobre ella, Diego la arrastró contra la pared, aprovechándose de su fuerza y de la sorpresa. Elena luchó contra él, intentó lastimarlo con las manos y los pies, pero su formidable cuerpo parecía un muro de granito contra el que se estrellaba una y otra vez, y su boca aplastó la de ella en un beso exigente que no admitía réplica. Marcaba su territorio como el macho primitivo que imponía su voluntad a la hembra, y el deseo regresó de forma tan fulgurante que alcanzó su ingle y la hinchó repentinamente.

Sus respiraciones se agitaron. El cuerpo de Diego arremetió contra el de ella aún más, provocando que agudas espirales de placer incontenible germinaran en su vientre y calentaran la sangre de todo su cuerpo. Esperaba una lucha más encarnizada, una oposición más firme, pero súbitamente las manos de ella se enlazaron en su cuello y su boca presionó más contra la de él, hasta que un lánguido gemido salido de su garganta le paralizó los sentidos y todo asomo de sentido común.

Con un gruñido varonil y primigenio, Diego deslizó una mano por entre sus piernas y bajo su ropa interior. Elena reprimió un profundo

y lascivo jadeo; su breve exploración le sirvió para comprobar que su mujer estaba empapada, excitada y lista para recibirlo.

Ella abrió los muslos para que sus caricias se hicieran más profundas y arqueó la parte inferior del cuerpo contra su mano. Los dedos se le ablandaron impregnados del rocío de su feminidad. Pero finalmente la sensatez se filtró por su nublado cerebro cuando se apartó de ella aturdido, confundido y tan furioso que su puño golpeó la pared junto a su cabeza, al tiempo que emitía un grito de frustración.

—Maldición... —farfulló entre dientes, soportando el dolor lacerante que castigaba su miembro erecto.

Elena parpadeó confundida, pero permaneció inmóvil y en silencio. Observó cómo la mirada ardiente de su marido se volvía sombría y triste cuando la clavó en ella incrédulo, como si estuviera seduciendo a Belcebú en persona.

—No pienses que me tienes comiendo de tu mano por el hecho de que no pueda evitar tocarte —murmuró mientras se encaminaba hacia la puerta—. Aún soy el amo de esta casa, y tu marido.

—Nadie lo ha dudado nunca, Diego.

Como si no la oyera, poco a poco el ritmo de su respiración volvió a la normalidad y recuperó su habitual compostura.

—No puedo consentir que nada me distraiga ahora. He de liberar a don Fabián, y no voy a arriesgarme a que tú cometas otra imprudencia mientras estoy jugándome la vida. Quizá no pudiera acudir en tu ayuda.

—Pero puedes acabar herido...

Diego decidió ignorar la chispa de dulzura que emanaba de su aparentemente sincera preocupación.

—Ahora, tú, mi querida señora, te quedarás aquí encerrada hasta que vuelva. Gloria será la responsable de todo lo que intentes y consigas, te lo advierto.

Con paso firme, se encaminó hacia la puerta. No podía pasar un segundo más en su compañía sin caer sobre ella y hacerle el amor apasionadamente, pero su voz fría lo detuvo.

—Si te atreves a encerrarme, te aseguro que te arrepentirás.

Él se volvió muy lentamente. Por primera vez en aquella noche aciaga para ambos, alzó una ceja con la seguridad que lo caracterizaba.

—Me muero de miedo con solo pensarlo —respondió con sarcasmo, y sin más dilación cerró la puerta tras él y dio media vuelta a la llave.

***

El asalto a la prisión de Ronda se realizó al amparo del silencio de la noche.

En un principio, resultó tan sigiloso y efectivo que los guardias civiles encargados de custodiar su entrada apenas se dieron cuenta hasta que los bandoleros no cayeron sobre ellos.

Para entonces, ya era demasiado tarde. Un grupo de hombres se materializó de la nada y los dejó fuera de combate de sendos golpes en la cabeza. Mientras, otros tantos llegaban por la parte de atrás y lanzaban una gruesa cuerda desde el Puente Nuevo. Diego y Lorenzo, apostados en la base de uno de los pilares del puente, ascendieron por ella sin esfuerzo, mientras Máximo permanecía escondido al cuidado de los caballos. Una vez arriba, solo tuvieron que dejarse guiar por el grupo de bandoleros y escalar hasta una ventana abierta, tras la cual se hallaba el pasillo que conducía a las celdas.

Comunicándose entre ellos por señas, con sus cabezas cubiertas por pañuelos y sendos embozos sobre sus rostros, no tuvieron dificultad en dar con la celda de don Fabián. Pero tanto Diego como Lorenzo tuvieron que sacar sus espadas y pelear con dos guardias que les descubrieron al doblar una esquina. Acostumbrados al ejercicio físico y al arte de la esgrima, pronto se deshicieron de ellos, pero no pudieron evitar que dieran la voz de alarma, haciendo que don Fabián se levantara de su catre de un salto y se asomara a los barrotes para ver qué sucedía.

Sus viejos ojos parpadearon incrédulos cuando reconoció a los dos hombres que estudiaban la manera de abrir la cerradura mientras otros dos bandoleros vigilaban.

—El Marqués y... ¿Lorenzo? —masculló desconcertado, como si aquello fuera una más de sus pesadillas.

—Hágase a un lado, padre —ordenó Diego, sacando su pistola—. No hay tiempo para abrir la puerta de otra manera.

El cura obedeció sin rechistar. Al tiempo que el disparo reventaba la cerradura, alertaba a los Civiles de su presencia.

Con sus sentidos alerta, Diego lo arrastró fuera de la celda.

—Ahora debe irse con Lorenzo —le apremió—. Pedro le conducirá al campamento gitano.

El inicial desconcierto por el ataque sorpresa se había transformado en un conjunto de gritos y disparos entremezclados, convirtiendo la prisión en un fortín minado de guardias que habían estado esperando una posible visita del Marqués. La capacidad previsora del capitán Salcedo había incrementado el riesgo de que toda la operación se saldara con varios muertos por ambas partes, y aquel recordatorio llevó a Diego a pensar en Paquillo y en la falsa promesa que había tenido que hacerle.

—¡Venid los dos conmigo! ¡Corréis un grave peligro si os quedáis! Posiblemente los guardias os superen en número...

Don Fabián tuvo que gritar para hacerse oír entre el estruendo del enfrentamiento, que se extendió hasta sus pies cuando uno de los bandoleros que les acompañaban cayó muerto de un disparo. El cura habría corrido la misma suerte si los excepcionales reflejos de Diego no lo hubieran impedido al empujarlo lejos de él, al tiempo que hería a un guardia en el hombro.

Rápidamente ayudó al párroco a levantarse e hizo una señal a Lorenzo con la cabeza.

—Esto se nos está yendo de las manos ¡Llévatelo y seguid el plan a rajatabla!

Su hermano intentó oponerse, pero un nuevo empujón le hizo entrar en razón. Diego los vio finalmente desaparecer hacia el puente. Solo entonces abandonó los pasillos de las celdas y corrió en busca de Paquillo y del resto de bandoleros. Se internó en pleno corazón de la refriega, y sustituyó su pistola por la enorme navaja que siempre lo acompañaba en las situaciones límite. Algunos

cuerpos yacían en el suelo sin vida, pero él los ignoró y repelió los ataques de los guardias sin causar daños irreparables.

Debía asegurarse de que el párroco se ponía a salvo. Ya habría tiempo más tarde para pensar en la manera de que volviera a ocupar su cargo eclesiástico, libre de toda sospecha. Pero mientras tanto, y esquivando el ataque de otro joven guardia, avanzó con agilidad, buscando entre los cuerpos inertes y los que aún mantenían una encarnizada lucha, hasta que por fin los vio.

El capitán Salcedo retrocedía hacia una pared cercana arrastrándose por el suelo, mientras Paquillo lo apuntaba con su trabuco.

Su reacción no se hizo esperar. Corrió hacia ellos y embistió al bandolero para derribarle, aunque su velocidad no fue suficiente para impedir el disparo que dio de lleno en la pierna de Salcedo. El alarido de dolor y la sangre que comenzó a manar del muslo fueron suficiente demostración de que, en cierto modo, Paquillo había errado el blanco, pero el grito feroz del bandolero y sus cuerpos enzarzados en un violento abrazo le obligaron a ignorar el estado del capitán.

Los dos hombres rodaron golpeándose, hasta que finalmente el bandolero quedó sobre él. Con un grito colérico, comprendiendo que el Marqués nunca había tenido intención de dejar al capitán a su merced, Paquillo sacó una navaja de algún lugar de su ropa y levantó la hoja sobre el corazón de Diego. Sus ojos lo miraban desorbitados; estaba dispuesto a acabar con él. Sin embargo, no contó con la mayor juventud del Marqués. Con un rápido movimiento, Diego agarró la muñeca que empuñaba la navaja y comenzó un pulso cruel e implacable para impedir que la hoja se le clavara en el pecho. El alarde de fuerzas no tuvo un vencedor claro hasta que un disparo pareció aflojar la presión que el brazo de Paquillo ejercía hacia abajo. Su mirada despiadada se quedó fija en el semblante de su sobrino unos segundos, y seguro de que aquella detonación había dado de lleno en la espalda del bandolero, Diego aflojó su mano.

Aquel fue el primer error del Marqués.

Paquillo se desplomó sobre él. Hundió la navaja en su hombro, traspasó los tejidos y le arrancó un grito de dolor. Respirando tan rápidamente que apenas podía controlar el aire que entraba en los pulmones, Diego se quitó de encima el cuerpo de su tío y se arrancó la navaja con un solo movimiento. La sangre comenzó a manar a borbotones cuando se puso en pie renqueante. Quiso taponar la herida con su mano derecha, en un vano intento de contener la hemorragia. Un sudor frío le recorrió la frente cayendo sobre sus párpados; la visión se le nubló, y comprendió que debía salir de allí cuanto antes. Miró a su alrededor balanceándose mientras las fuerzas lo abandonaban, hasta que frente a él, vio cómo el capitán Salcedo sostenía en su mano el trabuco que Paquillo había soltado cuando él le embistió.

Con él había efectuado el disparo que le había salvado la vida. Ambos hombres se miraron en silencio unos instantes. El agradecimiento que los ojos del capitán despidieron fue debidamente correspondido con una muda inclinación de cabeza por parte de Diego, antes de que corriera en la dirección contraria, desapareciendo por la parte trasera de la prisión y desvaneciéndose en la oscuridad de la noche como un siniestro fantasma.

Salcedo ordenó a sus hombres que lo persiguieran para detenerlo, pero fue inútil. Aún poseía agilidad suficiente como para colgarse de la cuerda que le había servido para acceder a la prisión. Pero las fuerzas le fallaron a mitad de camino, y aunque se agarró a ella con ahínco y se detuvo en un par de ocasiones para recuperar el aliento, sus manos se hallaban resbaladizas por la sangre, y no pudo evitar caer pesadamente al suelo.

Su cuerpo se derrumbó a los pies de Máximo y Lorenzo; con un gruñido sordo quiso incorporarse para facilitar la huida a sus compañeros, pero el dolor de la herida lo desgarraba y la debilidad le impidió alzarse. Los oídos comenzaron a silbarle, pero aún pudo oír las voces de alarma de su hermano que cargaba su cuerpo sobre la silla de montar con la ayuda de Máximo.

Finalmente la buena suerte del Marqués, esa que tanta fama le había procurado, parecía haberlo abandonado en su hora más oscura.

# 23

—Señora, aquí tiene su tila, como me pidió. Tómesela; le irá bien.

Elena sujetó la taza con fuerza; sin poder evitarlo, evocó con extraordinaria viveza la tensa expectación y el miedo atronador cuando aquella noche, varios días atrás, la puerta de su alcoba se había abierto de par en par con Máximo y Lorenzo arrastrando el cuerpo ensangrentado de Diego hasta la cama.

La taza de tila tembló, pero la mano reconfortante de Gloria se posó sobre la suya mientras se sentaba a la mesa que presidía la gran cocina de la casa.

—Don Diego se está recuperando, señora. El peligro ha pasado; no se preocupe más y tranquilícese.

Parecía algo sencillo, pero para Elena resultaba tan complicado como intentar desenredar los complejos sentimientos que la habían acompañado durante aquel tiempo interminable.

Su mente fatigada regresó a las primeras horas después de la llegada de Diego, cuando tuvo que vencer el pánico que la paralizó en un primer momento para coser la herida y evitar que la pérdida de sangre fuera aún mayor.

—Parece que la cuchillada ha sido limpia, señora —le había explicado Máximo—. Si cierra bien, habrá que esperar que no haya infecciones que compliquen la situación.

—No podemos avisar al doctor; o mucho me equivoco, o dentro de poco alguien llamará a la puerta. —Ante la mirada interrogante de su cuñada, Lorenzo prosiguió—: Hemos tenido que esperar para regresar sin ser vistos, pero saben que el Marqués está herido y oculto. Es cuestión de tiempo que lleguen hasta aquí.

Cuando esa llamada se produjo, y con una capacidad de improvisación digna del hombre que deliraba sobre la cama, se había pellizcado las mejillas y alborotado el cabello, dejando uno de

sus hombros descubierto mientras los golpes en la puerta se repetían.

El truco consiguió su objetivo. Fingió fatiga y cierta insatisfacción, pestañeó con coquetería; se mostró tan solícita con el viejo sargento y sus dos ayudantes que estos no se atrevieron a objetar nada acerca de la situación que a todas luces parecían haber interrumpido.

—Don Diego de Casanueva y yo acabamos de contraer nupcias hace unos días, sargento... —Dejó la frase en suspenso y acentuó su sonrisa—. Nos ha sorprendido en medio de... Bueno, no creo que deba dar detalles a alguien de su edad...

Abochornado, el sargento balbuceó una disculpa y se retiró. No se atrevió a exigir la presencia de Diego, y con ello le había salvado la vida.

Fue el principio de la lucha de su marido por su vida. Elena no podía evitar sufrir al verlo consumido por la fiebre y el delirio, sumido en el dolor a pesar de sus esfuerzos por mantener la herida limpia y seca. Tampoco podía pensar en otra cosa que no fuera arrancarlo de las garras de la muerte. Inundada de una ternura capaz de derribar montañas, no se permitió contemplar otra posibilidad que no fuera su curación.

Con el paso de los días, Lorenzo pronto volvió a la conservera para aparentar normalidad, y ella se vio obligada a salir acompañada por Gloria, como correspondía a una dama. Fue así como se enteró de que el ataque a la prisión mantenía conmocionada a buena parte de la población. Don Fabián permanecía en paradero desconocido a pesar de las batidas que se organizaban en su busca, pero aquel había constituido el único éxito de una misión que resultó un baño de sangre por ambas partes. Fue la triste victoria del capitán Salcedo contra la banda de Paquillo, que resultó masacrada. Si exceptuaba la alegría de saber que este había acabado muerto, el clima de eterno duelo que presidía las calles en aquellos días resultaba opresivo.

Y la nueva actitud de Diego, desconcertante y humillante hasta el límite.

Apenas recuperados las fuerzas y el conocimiento, se había negado a verla. No toleraría su presencia, así se lo había hecho

saber Máximo, pero ella no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente.

El cargo de conciencia que arrastraba era demasiado pesado para sus frágiles hombros. No podía soportar el hecho impuesto de mantenerse a cierta distancia de él.

—No desea verme —gimió, con la cabeza hundida entre las manos.

—Señora, la paciencia de don Diego es tan inagotable como la fama del Marqués, pero usted la ha sobrepasado con creces. —Las afirmaciones de Máximo hicieron que lo mirara sorprendida—. Aunque sus sentimientos son profundos.

—Solo está dolido, pero es un hombre a fin de cuentas —añadió Gloria con malicia—. Y usted es su mujer, no una joven inexperta y virgen. Debe sacar partido a sus armas de seducción, a su belleza...

Para el caso, y a juzgar por el interés que parecía despertar en él, bien hubiera podido presentarse en forma de vieja con la cara llena de verrugas, pensó Elena con desaliento.

—Nunca he llevado la iniciativa —confesó, conteniendo a duras penas el llanto—. En realidad, no estoy segura de saber hacerlo.

Gloria dirigió una mirada a Máximo cargada de intenciones. El mayordomo se acercó y depositó junto a ella el montón de útiles de baño que portaba para el aseo de Diego.

—¿Me permitirá hacerle partícipe de mi experiencia limitada, señora? —le dijo la criada.

—Don Diego está a punto de tomar su baño —le informó Máximo, con una mano sobre su hombro—. Déjese aconsejar por Gloria y hagan las paces. Así todos seremos un poco más felices en esta casa.

***

Su peor enemigo y la mujer de su vida convivían en el mismo cuerpo.

Aquella era la preocupante conclusión a la que había llegado cuando, esa misma tarde, tuvo que escuchar el sermón de su hermano a favor de su esposa al negarse una vez más a recibirla.

—No estaría de más que dejaras entrar un poco de sensatez en esa cabeza tan dura —le había recriminado con sequedad—. Ella y Máximo te han cuidado con mimo. Su preocupación por tu estado era auténtica. No ha salido de la alcoba hasta que la fiebre no te ha bajado.

Su mitad angelical había velado por él día y noche, esperando su recuperación para pegarle luego el tiro de gracia, pensó con ironía.

¿Sensatez? Si fuera sensato, la repudiaría, se alejaría de su nefasta influencia y la abandonaría a su suerte como si fuera un cachorrillo a merced de las aves carroñeras que pronto caerían sobre ella.

Herido en su cuerpo, su orgullo tampoco permanecía ileso. Ella había averiguado la verdadera identidad del Marqués desde que la había besado en la cascada primero y en El Capricho después, y la muy astuta había guardado un sabio silencio.

Pero había dado la cara por él la noche que lo habían herido, susurró la voz de su conciencia, arriesgándose a ser descubierta y arrestada como cómplice del Marqués. Y había cosido su herida con amorosa dedicación. Además veló por él, cuando la fiebre le consumía y lo dejaba sin fuerzas.

Una criatura encantadora cuya piel cremosa y tersa había saboreado en multitud de ocasiones, con unas curvas que lo llamaban apasionadamente. Y olía tan bien...

Diego se enderezó un poco en la bañera repleta de agua caliente y cerró los ojos. Aspiraba profundamente su perfume, como si la fuerza de su imaginación exaltada consiguiera que sus más íntimas fantasías se hicieran realidad.

Incluso podía sentir el calor de su cuerpo cerca de él, envolviéndolo en un halo de misterioso magnetismo que le conminó a seguir con aquel delicioso sueño.

—Estás demasiado tenso. Si me lo permites, yo haré que te relajes...

Diego abrió los ojos y se sujetó a los bordes de la bañera para evitar dar un salto.

Ella realmente estaba allí, y sus dedos se habían posado en su hombro sano para acariciarlo y masajearlo, intentando aflojar la

tirantez de sus músculos agarrotados.

Por Jesucristo Crucificado, sus reflejos no podían estar tan afectados como para no haberla oído entrar y pillarlo desprevenido... Vulnerable. Aunque bien mirado, seguro que ella había previsto su reacción, y a decir verdad, hasta que recuperó el conocimiento, habría tenido infinidad de ocasiones de verlo aún más indefenso.

—Creí haber sido claro en mis órdenes —respondió en tono frío, sin ninguna intención de mirarla a la cara—. Ignoro en qué momento el servicio de esta casa ha decidido pasarlas por alto, pero he de decirte que Máximo es el encargado de todo lo que atañe a mi persona.

—Eso era antes de que nos casáramos.

Los dedos se hundieron más en su carne. Diego contuvo un gemido de placer. Debía reconocer que esa clase de atenciones no tendrían el mismo efecto viniendo de su mayordomo.

—Para bien o para mal, esto sigue siendo un matrimonio —apostilló con crueldad—. No obstante, no deseo que te esfuerces. Quizá te resulte una tarea demasiado desagradable.

—Nada de eso. —Elena detuvo el tacto balsámico de sus manos unos instantes, sustituyéndolo por un acercamiento más íntimo—. Como veo que tu rechazo no es tan claro como yo temía, aprovecharé este momento para pedirte disculpas por mi comportamiento.

Así que eso era todo. Buscaba la manera de arrastrarse ante él para que la perdonara.

Su respiración expectante sonó muy cerca de su oído, y la punta de uno de sus rizos tocó la base de su cuello de forma apenas perceptible, pero más que suficiente para que su cuerpo reaccionara de inmediato.

—Sé que fui una niña consentida y malcriada cuando te exigí cosas que iban más allá de toda lógica —continuó ella con voz suave.

—Y de toda prudencia.

Elena asintió en silencio. Diego continuaba profundamente resentido, pero estaba dispuesta a derribar aquella barrera.

—Tienes razón —aceptó, volviendo a sus caricias, que se extendieron por el resto de su espalda—. Pude haberte matado con el láudano, pero tu respuesta fue correr a salvarme de mi propia necedad cuando aún no eras dueño de todo tu entendimiento. Te doy las gracias por ello.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Tu agradecimiento no es necesario, pero sí lo son tus disculpas.

—Sé que estás comenzando a disfrutar con mi compañía, aunque te empeñes en ser un insufrible orgulloso. —Sus manos salieron del agua para abandonar su cuerpo.

—¿Cómo he podido ser tan cruel y despiadado?

—Y también malvado, y cretino —siguió ella ignorando el sarcasmo—. Una persona cuya influencia es claramente perjudicial para mí.

Diego cerró los ojos a la vez que reprimía una sonrisa. El sentido de aquellas afirmaciones se contradecía con la voz aterciopelada e insinuante que las pronunciaba.

Elena estaba decidida a no tomarlo en serio, que era el mejor camino para conseguir sus objetivos.

—No sabía que mi presencia te resultara tan repulsiva —respondió con sequedad—, pero si así es, no deberías haber entrado aquí contraviniendo mis órdenes para buscar una redención a todos tus actos.

Un perdón que, por otra parte, él ya le había concedido antes de que ella se lo hubiera pedido. En realidad, cuando se llenó las palmas de las manos con jabón y comenzó a pasarlas por la parte de su pecho libre de vendajes, comprobó con desaliento lo cerca que se hallaba de concederle todo aquello que le pidiera.

Los devaneos con el propósito de seducirlo se llevaron por delante su patética intención de resistírsele, y los círculos que las manos femeninas comenzaron a formar alrededor de sus pezones y su abdomen plano hicieron que la sangre se le encrespara en las venas.

—Tus esfuerzos por mostrarte desagradable son inútiles. —La voz melodiosa no abandonó su tono tranquilo cuando se filtró a través de su afectado cerebro—. No estoy interesada en una confrontación abierta contigo.

—¿Puedo preguntar en qué estás interesada entonces?

Quiso parecer duro, pero su pregunta fue un claro ejemplo de que comenzaba a enarbolar la bandera blanca de la rendición, y el suspiro contenido cuando ella acercó la mejilla a la suya, una muestra irrefutable de que todos sus sentidos se hallaban supeditados a aquel tacto incendiario que repasaba a conciencia cada músculo y cada pliegue de su cuerpo.

—Solo cumplo con la promesa que un caballero me hizo cierta noche en este mismo lugar —respondió la bruja endemoniada.

Diego entornó los ojos intentando concentrarse y recordar; cuando lo consiguió, maldijo en silencio su verbo fácil.

También maldijo su cuerpo traicionero, que actuaba a instancias de su mente y respondía con tórrido ardor a las caricias que recibía.

—Aquellas palabras fueron dichas con un fin muy claro que ya se cumplió —replicó tratando de imprimir seguridad a su afirmación—. Te eximo de semejante obligación.

Elena sonrió tras él.

—No obstante, juré que haría esto mismo ante el altar y en presencia de Dios.

—¿Juraste que me bañarías?

—Juré cuidarte.

—Oh, sí, es cierto. Quizá debieras revisar el conjunto de tus votos matrimoniales. Creo que la fidelidad también estaba entre ellos.

—Yo jamás te he sido infiel. Y la obediencia también estaba entre esos votos.

—¿Me quieres hacer creer que vas a someterte a mis decisiones?

Como respuesta, la mano firme de su mujer descendió lentamente siguiendo la línea bajo el ombligo y desapareció en el agua.

—Eso es exactamente lo que pretendo.

Todos los músculos de Diego volvieron a ponerse en tensión. La sangre le golpeó en las sienes y en los oídos. Cuando Elena tomó en su mano uno de sus testículos con delicadeza, su miembro se alargó aún más. Los dientes le castañetearon al ser dolorosamente consciente de que cada gesto, e incluso cada palabra, habían sido cuidadosamente medidos y estudiados por su bella esposa. Se

estaba comportando como la más experimentada de las cortesanas, y lo que era aún peor, él lo recibía con alegría y licencioso abandono.

Había perdido la cabeza; si ella no fuera tan condenadamente hermosa, tan peligrosamente seductora, habría tenido al menos una oportunidad. Pero en vez de eso, sus sesos hervían dentro de su cráneo, y el estómago se le tensó hasta un punto verdaderamente inaceptable. Incluso para sí mismo.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula aún más. La mano de Elena acariciaba ahora ambos testículos con movimientos lentos y decididos.

Aquello le provocó otro doloroso y completo centímetro de erección.

Ella se desplazó a un lado de la bañera con una amplia y malévola sonrisa. Al hacerlo, Diego sintió en el dorso de su mano el roce de algo suave. Cuando abrió los ojos, estos confirmaron sus sospechas: de cintura para abajo, su mujer estaba completamente desnuda, con el sedoso vello del pubis aún cerca de su mano, que se aferraba con desesperación al borde de la bañera.

Elena abandonó las demoledoras caricias de su entrepierna y estiró la mitad superior de su cuerpo hasta el otro lado de la bañera, donde comenzó a frotar su costado izquierdo aparentemente ajena al seísmo que provocaba en él. Una camisola semitransparente que apenas le llegaba a la cintura cubría su busto. Los pechos se balancearon al compás de los movimientos de su mano. Las puntas rosadas y buena parte de la prenda se sumergieron en el agua caliente, y cuando ella se irguió, fueron plenamente visibles a través de la tela mojada que se adhería a ellos, presentándose como una suculenta ofrenda que mostraba con orgullo y sin pudor. Tan cerca de su boca que solo tenía que alargar un poco el cuello para probar uno de ellos.

—Soy su más fiel esclava, señor. Estoy dispuesta a complacerlo en todo cuanto desee.

Los trazos eróticos de sus palabras cayeron pesadamente en su conciencia, pero él no quiso analizarlas. Tan solo podía pensar en aquel cuerpo lleno de fascinante sensualidad abriéndose a él,

vibrando envuelto en espasmódicos movimientos como respuesta al placer que pensaba ofrecerle.

La mano de Elena regresó a su punto más débil y sus dedos rodearon el tronco duro y fuerte de su virilidad erecta. Lo acariciaron con movimientos dictados por algún demonio despiadado, y cuando presionaron su cabeza, Diego gruñó con ferocidad y agarró su muñeca.

—Estoy herido —se quejó con voz ronca. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, supo que la pasión desbordante también se había apoderado de su voluntad—. Pero si sigues con estos juegos, pronto estaré muerto.

Sus fosas nasales se dilataron para recibir su olor. La respiración de ella se hizo rápida e irregular. El brillo de sus ojos se acentuó, y una perversa sonrisa iluminó su cara.

—Pero yo no quiero que mueras —respondió con fingida inocencia —. ¿Puedo hacer algo para evitarlo?

—Quizá si me besaras... Vamos, ven aquí.

La herida se había mojado y le dolía a rabiar, pero se encontraba lo suficientemente recuperado como para alzarla en vilo y meterla con él en la bañera. A horcajadas sobre sus caderas, Diego no tuvo que mostrarle nada más. Sus instintos la llevaron a acomodar sus piernas flexionadas a ambos lados para que él pudiera acoplarse en su interior. Se adueñó de su boca con insaciable voracidad, como un hambriento al que de pronto ponen ante los mejores manjares, aplastando el pecho contra la tela empapada de su camisola para reclamar lo que tanto tiempo llevaba necesitando.

Elena no se resistió. Respondió con igual ardor y abrió su boca para recibirlo, al tiempo que frotaba su hendidura contra su miembro duro buscando alivio para los remolinos de deseo que presionaban su vientre.

Las manos de Diego le aferraron las nalgas y la guiaron hacia su propio sometimiento. La cabeza de su miembro presionó contra la entrada de su sexo y él impulsó a Elena hacia abajo, hasta que se encontró totalmente sumergido en su interior. Su acometida lo ahogó con alivio y gimió, pero ella apoyó las manos en el borde de

la bañera y se elevó lo suficiente como para que solo la punta permaneciera dentro.

—¿El maestro ha vuelto al fin?

Diego volvió a empujarla hacia abajo hasta quedar nuevamente enfundado entre sus satinadas paredes.

—Tú no necesitas instrucción, princesa... —Abrió la boca cuando ella volvió a moverse, y un gruñido sordo se escapó por ella—. Aunque la lección de hoy será magistral, siempre que haya una alumna dispuesta a aprender.

Con las rodillas bien ancladas junto a sus caderas, Elena se enderezó de nuevo muy ligeramente.

—Es la segunda vez que me metes en el agua vestida —afirmó en un susurro entrecortado.

—Pues habrá que remediarlo cuanto antes.

Esforzándose por no perder el control de su cuerpo demasiado pronto, Diego le quitó la camisola y la arrojó lejos de ellos.

—¿Estoy recibiendo una muestra de tu perdón?

Nuevamente se irguió, dejando su virilidad en un desprotegido y lamentable estado.

El grito frustrante que surgió de su garganta le avisó de que había llegado demasiado lejos en aquel duelo de voluntades. De un brusco empujón, Diego volvió a ensartarla profundamente.

Ella jadeó y tomó el control.

Al fin, Diego de Casanueva había capitulado; le cedía el mando. Inició la lenta y apasionada cabalgada de una cópula perfecta en la que ella conducía los movimientos de vaivén. Friccionó el sexo de Diego y lo aprisionó entre sus paredes resbaladizas. Sus cuerpos se acercaron aún más; las caderas de Diego se elevaron cuando el ritmo de las acometidas aumentó. Los dedos crispados se aferraron a su cintura y la alzaron hasta alcanzar la altura de su corazón. Los pezones enhiestos rozaron su piel, y su miembro se agitó en el centro que bullía entre sus piernas. Elena se abrazó más a él, hasta que sintió que se perdía entre aquellos muslos y se enterró en ellos con más fuerza, atrapando su boca ebrio de deseo.

Mordió sus labios y exploró con su lengua al mismo tiempo que entraba y salía de ella: un ritmo trepidante que la obligó a tensar

todo su cuerpo, justo antes de recibir con un grito agudo el clímax que atemperó sus palpitantes estremecimientos.

Intentó separar su boca de la de él, pero Diego se lo impidió. Sujetándola firmemente por la nuca, bebió de ella hasta el último rastro de su intenso clímax mientras sus propios gemidos se entremezclaron con los de ella, hasta que su pasión acabó por estallar también, cruda y libre, como última expresión de su unión.

Después, el cuerpo de Elena se desplomó agotado, y su aliento agitado desembocó cálido en la curva de su cuello. Dios, disfrutaba tanto con aquel contacto… Sin que su sonrisa se borrase, con los ojos cerrados por un breve instante, él la abrazó con más fuerza. Sus movimientos apasionados habían provocado que el agua de la bañera se desbordase encharcando el suelo, pero tenía poco sentido pensar en algo tan nimio en aquellos momentos.

Depositó un suave beso en la densa y negra melena que lo cubría por completo. Ella estaba feliz y satisfecha.

Y él acababa de tocar el más alto de los cielos.

***

Varias horas más tarde, cuando la noche aún era cerrada, ambos yacían desnudos bajo las sábanas, mientras las brasas de la chimenea aún caldeaban la alcoba. Los vendajes de Diego habían sido reemplazados por otros limpios, y su herida por fin estaba seca. En el ambiente flotaba el penetrante aroma almizcleño de sus repetidos actos de amor. La cabeza de Elena reposaba tranquila sobre su hombro sano, al tiempo que él la atraía con su brazo ileso hacia los alborotados latidos de su corazón, y sus dedos se enredaban entre los rizos de su pelo con gesto ausente.

—¿De verdad me hubieras echado del baño?

Diego arqueó una ceja y sonrió. Apenas tenía fuerzas para gran cosa más.

—Fuiste muy lista. Si te hubiera oído entrar, no habría permitido que me tocaras siquiera. En cuanto lo hiciste, supe que me tenías en tus manos.

—Ya sabes que uso muy bien mi cabeza.

—En combinación con el resto de tu cuerpo.

Ella dejó resbalar las yemas de los dedos por el pecho curtido de su marido.

—¡Bueno! —continuó él con desenfado—. Al menos tengo el consuelo de dejarte satisfecha...

—Eso es lo que usted se cree, señor, pero aún falta mucho para que eso suceda.

Con una pequeña carcajada, Diego comenzó a acariciar la parte externa de su muslo.

—Jesús, eres insaciable —murmuró—. Y no tienes piedad de mi estado.

—No me refiero a esa clase de satisfacción, tonto —lo reprendió con dulzura. Súbitamente el destello de sus ojos se volvió grave—. Quiero saber todo de ti, Diego. No deseo una reconciliación de papel mojado.

Él asintió con un nudo en la garganta. Había llegado el temible momento de sincerarse por completo con su esposa. Debía desenterrar su pasado para justificar su presente y poder optar así a un espléndido futuro.

—Confianza total. —Ella asintió—. En fin, supongo que no tengo otro camino. Puedes preguntar lo que te plazca, princesa.

—¿Cómo llegaste a convertirte en el Marqués?

—Mi madre murió cuando yo apenas tenía unas horas de vida —comenzó—. Y mis abuelos y tíos me culparon de ello. Le habían advertido acerca de su relación con un payo, pero ella no les hizo caso y se quedó encinta.

—Debió suponer una amenaza para tu padre, y un golpe muy duro para tus abuelos.

—Para el Mulero no había nada lo suficientemente duro —prosiguió él con desdén.

Elena levantó la cabeza de inmediato y lo miró boquiabierta.

—¿El Mulero es tu abuelo? Aquel anciano del campamento gitano… ¿era el Mulero?

—Y Paquillo mi tío materno —añadió Diego, escupiendo las palabras como si siempre hubieran sido una maldición—. En verdad

tengo una familia muy pintoresca, ¿no te parece? Espero no haberte asustado con tanta sinceridad.

—Para nada. Es apasionante. Pero aún no me has explicado...

—Para ellos era un lastre del que debían deshacerse. Y eso hubieran hecho de no haber mediado don Fabián. Él informó a mi padre de mi existencia, y enseguida fui reconocido como su legítimo hijo.

Trató de sobreponerse a la amargura que aquella parte de la historia aún le producía para poder continuar. Cuando lo hizo, le habló de los años en los que había sido obligado a pasar temporadas junto a sus abuelos gitanos, de cómo el Mulero le había exigido ciertos sacrificios, como recompensa por la pérdida irreparable de su hija, cuando tuvo edad para ello.

—No comprendo cómo un abuelo puede ser tan desalmado como para obligarte a convertirte en el Marqués —murmuró ella, abrazándolo fuerte.

—La clase de persuasión que utilizó conmigo fue más bien emocional —aclaró Diego—. Él sabía que la educación que mi padre me procuró era severa y con un alto concepto de la moral y la virtud. Simplemente, se aprovechó del sentimiento de culpa que él mismo me había inculcado durante años.

—Pero, ¿y don Fabián o Máximo?

—Muchos de los proscritos que pueblan la sierra lo son por necesidad. Don Fabián solo me requería cuando veía una gran injusticia. En cuanto a Máximo, su lealtad está fuera de toda duda. Se ha convertido en mis ojos y mis oídos en los lugares donde mi presencia y mi fama no serían bien recibidas.

—Pasaba desapercibido en ciertos ambientes...

—Así es. Gracias a él siempre he sabido dónde se encuentra mi familia gitana.

—Por eso supiste llegar al campamento la noche de la fiesta —musitó pensativa—. Y por eso llegaste al lugar donde estaba Paquillo con tanta rapidez.

«Gracias a Dios que lo hice», aseveró en silencio, apretándola más contra sí.

—Solo me he servido de mi inteligencia y de las posibilidades que me daba el hecho de ser un rico terrateniente —explicó.

—Tus contactos y tus habilidades. —De pronto, Elena se apartó de él con los ojos muy abiertos—. ¡Claro! Eso era lo que estabas haciendo la noche en que nos conocimos, ¿verdad?

—Me sorprendiste cuando salía del despacho del Gobernador —confesó Diego con una sonrisa—. Acababa de preparar los papeles necesarios para hacerme pasar por un capitán de la Guardia Civil cuando choqué contigo.

—¿Pretendes que crea que nuestro encuentro fue casual?

—En cierto modo, sí. Yo planeaba un acercamiento a ti, pero no de esa forma.

De pronto, un temor oscuro y siniestro se apoderó de su corazón. Elena lo besó repetidas veces antes de volver a abrazarse a él.

—¿Quieres a tu familia? —le preguntó.

Diego suspiró. Supo que años de visitas periódicas al campamento, para facilitar el roce con sus abuelos y tíos maternos, solo le había procurado una fría indiferencia, pero no quiso hacerla partícipe de ello.

—Nos une una especie de obligación moral, pero es difícil de explicar —respondió—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero que acabes con el Marqués. No deseo volver a verte ensangrentado y al borde de la muerte, o, peor aún, en el garrote de alguna plaza pública a punto de ser ajusticiado.

Eran palabras duras, pero no exentas de razón.

Realmente, si quería formar una familia, tendría que establecer una separación más profunda entre Diego de Casanueva y el Marqués. La simple disociación de personalidades, que siempre le había llevado a hablar del bandolero como de una persona ajena a él, ya no le serviría.

—Al menos puedo constatar que realmente te preocupas por mí —repuso con cierto aire divertido—. Y eso deshecha la posibilidad de que vayas a atentar de nuevo contra mi persona.

Un pequeño golpe en su pecho le advirtió de que no debía bromear en esas circunstancias.

—Hablo en serio —refunfuñó ella con el ceño fruncido—. Ya sabes que me importas.

Con una risa complaciente que disimulaba sus temores, Diego la tomó de las muñecas y la acercó a él para estampar un sonoro beso en su boca. En realidad, abrigaba la esperanza de que pudiera desligarse definitivamente de la incómoda personalidad del Marqués cuanto antes. Incluso contemplaba aquella posibilidad con alegría.

—Me encantaría darte gusto, encanto —susurró, imitando la voz rasgada que el bandolero usaba cuando estaba con ella—, pero no va a ser posible, al menos de inmediato.

—Te advierto que no voy a aceptar ni una excusa más.

—No son excusas, princesa. Tengo que recuperar la carta que incrimina a don Fabián, y he de hacerlo en las próximas horas. El tiempo corre en su contra.

Ella frunció el ceño, pensativa.

—No puedes —dijo finalmente—. Estás herido y eres demasiado vulnerable.

—No hay otro momento. Hoy es viernes, el día en que el Gobernador se pasa la noche entera de juerga, bebiendo y retozando con prostitutas hasta altas horas de la madrugada.

Esperaba que se conformara con aquella escueta declaración, porque no pensaba darle más explicaciones. Confiaba en que el agotamiento físico después de sus ardorosas prácticas amatorias le impidiera cavilar, pero cuando ella enfrentó su mirada, suspiró resignado.

—Diego, he estado pensando...

—Una peligrosa costumbre viniendo de ti.

Ella arrugó el ceño todavía más.

—Soy una mujer con cerebro —proclamó molesta por su insinuación.

—Y con mucho tiempo libre. Quizá deberías aprovechar ambas cosas en algo propio de mujeres.

El intento de desviar la conversación por otros derroteros no produjo el efecto deseado.

—Sabes que entre mis virtudes no figura la costura ni labores similares —replicó ella, sentada ahora frente a él con los brazos

cruzados.

—Eso es cierto. Tus aficiones son bastante más excéntricas. Pasan por la contabilidad, los pantalones ajustados y montar a caballo como un hombre. Eso sin mencionar tu gusto por los bandoleros.

—Estoy casada con uno. Por eso quiero ayudarte a recuperar la carta.

Diego enmudeció, preparado para otra guerra de argumentos que no pensaba perder.

—Ni se me ocurriría poner tu vida en peligro —explicó secamente —. Mi respuesta es no, y no hay más que hablar.

—Eso es injusto. Si crees que me quedaré de brazos cruzados esperándote, cuando posiblemente ni siquiera regreses, estás muy equivocado. Te aseguro que esta vez no dejaré que me encierres.

Los ojos negros despidieron un brillo peligroso.

—Tengo muchísimo interés en saber cómo piensas impedirlo.

Ella saltó de la cama y enderezó su espléndida desnudez frente a él, con sus piernas abiertas, las manos apoyadas en sus caderas y una mirada desafiante.

—Estás tan débil que podría tumbarte de un solo empujón —declaró presuntuosa.

—Yo podría hacer lo mismo con un solo dedo.

—No hace falta que seas tan desagradable. —Debía cambiar de táctica. De un momento a otro, su firme mirada se transformó en un brillo lastimero, y sus cejas se arquearon suplicantes.

Aquellos ojos se clavaron en lo más profundo de su alma. Diego apretó los dientes luchando enconadamente consigo mismo para reunir más fuerza, pero cuando oyó su voz supo que había perdido la batalla de nuevo.

—Por favor, Diego. —Sus palabras lo acariciaron persuasivas—. Te prometo que no te molestaré. Acataré tus órdenes al pie de la letra.

Maldición, no podía soportar ni un segundo más aquella expresión suplicante.

—Elena, no te va a servir de nada que hagas eso... —le advirtió.

—No seré un estorbo, te lo juro. Y una mujer siempre puede ser útil.

Si a ella le ocurriera algo por culpa de su imprudencia… Tensó su mandíbula, pero al menos pareció considerar la posibilidad.

—Te ceñirás al plan —ordenó súbitamente serio.

Ella asintió con esperanza.

—No toleraré ni una sola objeción —añadió.

—Ni una sola.

Por fin, clavó sus ojos negros y penetrantes en ella un instante, antes de resoplar y rascarse su barbilla en un gesto de rendición.

—Ahora ven a la cama y escucha atentamente —dijo con resignación.

—Te aseguro que no te arrepentirás.

Él dudó de que así fuera, pero el grito de euforia de Elena mientras se acomodaba a su lado logró que sus dudas se disiparan con extraordinaria rapidez, como si en realidad nunca hubieran existido.

***

A pesar de que toda Ronda estaba al tanto de sus costumbres disolutas, al Gobernador le gustaba engañarse pensando que no era así. Por eso dejaba su calesa a buen recaudo y acudía a los prostíbulos cercanos a pie, en la creencia de que nadie que se considerara lo suficientemente respetable se encontraría vagando por las calles a aquellas horas.

A veces cometía el error de pensar que tenía menos años de los que en realidad curvaban sus espaldas. Por eso ingería demasiado vino y se empeñaba en cumplir en la cama como un mozalbete pletórico.

En aquella ocasión en particular, el sonoro eructo y el consiguiente vómito en plena calle así se lo confirmaron.

El Gobernador parpadeó con mucha dificultad. A punto estuvo de caerse cuando se detuvo para intentar enfocar su extraviada mirada y reconocer la puerta de su propia casa. Solo esperaba que su mujer no se percatara de su estado, pensó, mientras recorría la distancia trastabillando de un lado a otro de la calle. Incluso tropezó en una ocasión, pero unas manos firmes lo sostuvieron.

—Vaya, menudo hombre me acabo de encontrar...

La voz aterciopelada que lo halagaba parecía demasiado joven y dulce como para ser real, pero él levantó la mirada siguiendo el curso de su fino olfato y vio que, efectivamente, una muchacha gitana lo ayudaba a apoyarse sobre una pared.

—Está usted muy borracho, señor Gobernador —rio la desconocida, tomando una de sus manos con la palma hacia arriba —. ¿Quiere que le lea la buenaventura?

El hombre intentó hablar, pero las palabras se le atragantaron cuando un nuevo acceso de vómito le obligó a inclinarse de espaldas a ella. Cuando pudo recuperarse un tanto y se enderezó, buscó con la mirada a la joven gitana cuyo perfume lo había atraído, pero la calle permanecía desierta, y el Gobernador se sentó en el suelo sin recato y sonrió con los ojos cerrados.

Después de todo, quizá la joven gitana si era una hermosa visión producto de su indecente borrachera.

***

—Estaba tan bebido que ni siquiera se ha dado cuenta. —Con aire triunfal, Elena agitó el manojo de llaves ante los sorprendidos ojos de Diego—. ¿Ves? Te dije que una mujer podía ser útil.

—Y estabas en lo cierto. Conmigo habría recelado.

Rápidamente tomó las llaves y estrechó a Elena entre sus brazos mientras la besaba con orgullo.

—Definitivamente, tienes más valor que muchos hombres que conozco —dijo, parafraseando alguna de las primeras palabras que el Marqués le había dedicado.

—¿Ahora qué debo hacer?

Con una atractiva sonrisa, Diego se colocó el embozo y palmeó su trasero.

—Ve a casa —ordenó—. Yo no tardaré.

—¿Es allí donde debo esperarte?

Se acercó más a ella para acariciar su mejilla, después de guiñarle un ojo.

—¿Dónde sino? —preguntó a su vez—. El lugar de una mujer obediente está en la cama... Aguardando la vuelta de su esposo completamente desnuda.

Ella se unió a la chanza sonriente. Esperó hasta que la silueta de Diego se mezcló con la negrura de la noche y desapareció en la lejanía.

Caminaba resuelta a cumplir las sugerencias de su fogoso marido, pero apenas cruzó la calle cuando descubrió la silueta de un hombre que encendía un cigarro apoyado en la pared. Estaba tan cerca de ella que su repentina aparición le provocó un sobresalto y le hizo dar un paso atrás, ahogando un grito de sorpresa.

—Buenas noches, mi niña. —Cuando oyó aquella voz, el corazón se le detuvo y la sangre se le congeló en el cuerpo—. Caramba, después de tu repentino matrimonio creí que no lograría abordarte sola y desprevenida.

—Juan.

—Ese soy yo. —Con calma, encendió un quinqué con su cigarro y lo acercó a su cara sonriente—. Aunque comprendo que no te fíes de la apariencia de nadie. Después de todo, ser la esposa del Marqués tiene sus riesgos.

Su primer impulso fue huir, pero las piernas tardaron en responderla. Cuando finalmente lo hicieron, retrocedió unos pasos, pero no pudo seguir. A su espalda, alguien la sujetó con fuerza mientras tapaba su nariz y su boca con un pañuelo impregnado en éter. Intentó soltarse y luchar, incluso gritar, pero la droga pronto penetró por su boca abierta y sus fosas nasales, haciendo que las fuerzas la abandonaran gradualmente. La silueta sonriente de Juan frente a ella comenzó a diluirse ante sus ojos, y sus manos aferraron las de su atacante con fuerza, clavándole las uñas y arrancándole un agudo grito de dolor.

Después sus párpados se cerraron y la oscuridad más absoluta se cernió cobre ella.

# 24

Una inquietante sensación en la base de su cuello le avisó de que algo andaba mal.

Y los ansiosos gruñidos y lamentos de Leo al otro lado de la puerta no contribuyeron en nada a su tranquilidad.

Diego tuvo que apartarlo con la mano para poder pasar. Fue entonces cuando su pie tropezó con algo que no tuvo dificultad en recoger, a pesar de la penumbra que aún reinaba en la casa.

Con el ceño fruncido y cada vez más preocupado, optó por dirigirse a su despacho para leer el contenido del papel que tenía en la mano, al tiempo que acariciaba la cabeza de Leo para intentar calmarlo.

Fracasó. El perro tiró de su manga, brincando y gimoteando cuando encendió la lámpara y desplegó el papel.

De pronto, todo pareció cobrar sentido. El hormigueo en su nuca, la extraña actitud de Leo e, incluso, los potentes latidos de su corazón.

Elena había sido secuestrada. A cambio de su vida, se le exigía la entrega de las escrituras de propiedad de La Dorada y de las fábricas al día siguiente. Para efectuar el trueque, debía esperar instrucciones y no denunciar el hecho a la Guardia Civil.

Su alma se encogió. El pavor le estranguló la boca del estómago paralizándole los músculos. El aire explotó en sus pulmones, y con un alarido de rabia y frustración subió hasta su alcoba.

De pie en el umbral de la puerta, pudo ver que la cama se hallaba vacía.

Las emociones se agolparon en su cerebro comprimiéndolo. Soltó un grito desde el fondo de su alma que hizo que todos los habitantes de la casa se acercaran a ver qué sucedía. Él se encaminó hacia el lecho y se sentó en el borde. La nota resbaló de sus manos. Estaba tan abrumado por las voces que estallaban en su conciencia

señalándolo como el culpable del destino de Elena, que no se dio cuenta de que Lorenzo la recogía para leerla, tan atónito como él.

El nudo de su garganta se hizo más firme, invencible, hasta que su propio ahogo le hizo entender la naturaleza de todos sus sentimientos.

Se hallaba total, irrevocable e irremediablemente enamorado de su mujer.

Y la magnitud de aquella emoción fue de tal envergadura que hizo tambalear el suelo bajo sus pies.

Todos parecían haberse dado cuenta de ello mucho antes que él. Se golpeó la frente al comprender que el autor del secuestro también lo sabía y se aprovechaba de ello.

—Lomana —murmuró con ferocidad, maldiciendo su propia estupidez.

Debió de haber supuesto que el malnacido no se quedaría de brazos cruzados después de su visita.

Al imaginarse la situación de Elena, el resto quedó borrado de un plumazo.

Su princesa, el bastión sobre el que giraba su vida, su corazón, había desaparecido.

Y él debía pensar con claridad para poder ayudarla. De lo contrario, jamás se lo perdonaría.

Se hallaba demasiado encolerizado, pero recorrió la habitación intentando vencer su abatimiento y ordenar sus pensamientos. Mientras, oía lejanas las palabras de apoyo de Lorenzo, Máximo y Gloria. Tuvo que parpadear para ahuyentar el miedo a un nuevo fracaso que resultaría mortal para ella, para aferrarse a la nueva realidad y cambiarla, hasta que los ladridos insistentes de Leo llamaron su atención. El perro lo intuyó de inmediato, puesto que se sentó frente a él meneando la cola expectante e inquieto.

Con el ceño fruncido, Diego echó otro vistazo a la nota, esta vez más detenidamente. Luego su oscura mirada osciló de esta al perro, y nuevamente al papel, hasta que su tenebrosa expresión se suavizó y adquirió parte de la seguridad que siempre lo acompañaba.

Como una exhalación, cogió una prenda de Elena y volvió al despacho seguido por los demás. Tomó una pluma y añadió algo en

aquel siniestro ultimátum.

—¿Me puedes explicar qué demonios vas a hacer?

El enojo de su hermano demostraba que no era la primera vez que formulaba la pregunta, aunque él no le hubiera oído antes.

—Ir en su busca —fue la contundente respuesta—. Sacarla de donde quiera que la tengan retenida.

—Aunque Juan Lomana la haya raptado, no sabes dónde se encuentran.

Lorenzo podría recitar la Biblia en verso que no sería escuchado. Diego solo parecía tener ojos para Leo cuando sacó la carta recuperada de don Fabián y se la mostró.

—A veces, cuando Dios cierra una puerta, el diablo abre una ventana —fueron sus crípticas palabras—. Pero necesito vuestra ayuda. No puedo conseguirlo yo solo.

De inmediato, contó con el apoyo de los tres, y por primera vez desde que había puesto los pies en su casa, Diego sonrió. Aun con la carta del párroco, cayó en la cuenta de que, a esas alturas, algún sirviente del Gobernador se preguntaría qué demonios hacían las llaves de su escritorio sobre la mesa del despacho con todos los cajones abiertos.

—Gracias. Cada uno de vosotros tendrá un papel importante en esto, os lo aseguro. Ahora, escuchad con atención.

—Pero señor, quizá debiera aguardar, tal y como reza la nota. ¿Y si alguno de nosotros falla?

Diego demoró su astuta mirada en las angustiadas facciones de Gloria antes de contestar.

—En el caso de que fracasemos, yo me ofreceré como moneda de cambio. —Su enigmática sonrisa pronto tuvo explicación—. Lomana ganará prestigio y fama, además de la herencia de Elena, si el Marqués se entrega a cambio de su vida.

Así, mientras los primeros bosquejos del amanecer se abrían camino a través del espesor de la noche, el Marqués comenzó a explicar su plan.

***

—Qué destino tan caprichoso. Después de todo, puedes salvarte si aceptas mi nueva proposición de matrimonio. No debiste casarte en secreto.

La voz susurrante le llegaba lejana. Su sonido parecía retumbar entre paredes vacías. La cabeza aún le daba vueltas cuando abrió los ojos muy despacio. La escasa luz de la estancia apenas le permitió distinguir la fría piedra que le rodeaba. Su mirada extraviada se fijó en la silueta oscura que se inclinaba ligeramente hacia ella. Parpadeó hasta reconocer a Juan que, vacilante, alargaba una mano y tocaba su frente. Con un jadeo de repugnancia se alejó de él.

Su cuerpo tomó repentina conciencia de que se hallaba sobre el duro suelo de una de las muchas cuevas que poblaban la sierra. Cuando intentó hablar, la firme mordaza atada alrededor de su boca se lo impidió. Quiso resistirse, pero los calambres que sacudieron sus brazos y sus manos, atadas a la espalda, se lo impidieron.

—Llevas demasiado tiempo dormida, por eso tus brazos están entumecidos. —Nuevamente la voz de Juan le hizo recordar su precaria situación—. Si te portas bien, te quitaré la mordaza antes de que ella vuelva, ¿de acuerdo?

Elena no sabía a quién se refería, pero aun así asintió sin mucha convicción.

—Así me gusta. —Sus labios se curvaron en una sonrisa insegura —. Verás, he sido testigo de todos tus movimientos y de los de tu marido en los últimos días, por eso he averiguado que Diego de Casanueva y el Marqués son la misma persona. —Ignoró el suspiro que se escapó a través de la mordaza y continuó—: Después de la huida de don Fabián, se me ocurrió pensar que quizá fuera relevado de su cargo por el obispado. Teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones que pesan sobre él, es muy posible que anulen todos los actos que ofició, incluido tu matrimonio con Diego. Pero aún puedes salvarte si me aceptas —añadió esperanzado—. Antes de que me des tu opinión al respecto, creo justo que sepas toda la verdad acerca de mí y de las razones de mi conducta.

Hizo una pausa cuando Elena clavó sus ojos desconcertados en él. Sus facciones se transformaron prodigiosamente cuando un

profundo gesto cruzó por ellas. Si no hubiera llegado a conocerle, podría haber jurado que aquel gesto era de profundo... arrepentimiento.

—No sé en qué momento exacto me enamoré de ti, ni puedo precisar cómo ocurrió cuando todo lo planeado iba encaminado a lo contrario, pero así fue —comenzó, con la cabeza inclinada para no soportar su mirada—. Creo que te quiero desde que eras una niña y te pegabas a mí ansiosa por obtener mi atención, pero lo cierto es que desde entonces me he dedicado en cuerpo y alma a conseguir tu... amor, sin que con ello perjudicara mis intereses.

Hizo otro intento por acercarse a ella, pero Elena apartó la cara.

Él no insistió más. Sus ojos parecieron velados por una inmensa tristeza cuando volvió a clavarlos en el suelo para proseguir con su relato.

—Como a estas alturas ya sabrás, el plan para hacernos con tu herencia se remonta al momento en el que tu padre murió en aquel duelo adulterado por mí —prosiguió, sintiendo su mirada indignada incluso sin levantar él la suya—. Yo manipulé la pistola de tu padre para que errara el tiro y falleciera. Para corroborar su muerte, compré el silencio del doctor Esteban Pinto. Él certificó su fallecimiento aceptando cierta cantidad a cambio; pero aunque desapareció, volvió hace unos meses, exigiendo más dinero a cambio de su silencio. Tuve que deshacerme de él. No obstante, fui demasiado imprudente. Rosalía presenció nuestra conversación y el desenlace de la misma. —Se encogió de hombros con ademán impotente—. Afortunadamente para mí, la Guardia Civil no creyó su declaración cuando escuchó la mía; no tuve otro remedio que amenazarla para que se mantuviera en silencio. Le exigí que te hablara en mi favor para lograr tu amor a cambio de su vida, y ella aceptó.

Pero nunca lo había hecho. Ahora Elena comprendía la razón de aquel afán para que ella acabase casada con Diego, el por qué de que su aya la arrojase a los brazos de su actual marido una vez que pudo conocerlo un poco mejor, sin pararse a pensar si el señor de Casanueva era lo más adecuado para ella.

El corazón le golpeó el pecho y el sudor la empapó. Las mejillas le ardían y las muñecas comenzaron a despellejarse por el forcejeo con las cuerdas; no estaba segura de querer oír más.

—La vieja supo comportarse durante una temporada. —El zumbido lastimero de Juan pasó a ser la voz habitualmente fría—. La verdad es que decidí dar a Rosalía un tiempo prudencial para que se enmendara, pero cuando supe de tu matrimonio secreto con Diego de Casanueva, comprendí que me había traicionado. No tuve más remedio que acabar con ella y enviar un mensaje a Casanueva a través de unos cuantos muertos de hambre que se hicieron pasar por los secuaces de Paquillo. Como comprenderás, no podía ensuciarme las manos con semejante asunto.

Él había sido el asesino de Rosalía. Se sintió repentinamente agotada, con el cuerpo rígido, pero aún tuvo que asistir a la última declaración de Juan mientras las lágrimas inundaban sus mejillas.

—Espero que esta confesión sirva para que me perdones, mi niña —se atrevió a decirle—. No hubiera soportado llevarte al altar con todo este peso sobre mi conciencia.

—Te has olvidado del papel que Catalina, y yo misma, hemos jugado en todo esto. ¿Por qué no le dices que te habías aliado conmigo y que todo lo que consigas habrás de compartirlo con mi hija cuando nos hayamos deshecho de ella?

Los dos dieron un respingo, sobresaltados por la voz firme que resonó en la cueva con inusitada fuerza. Juan se puso en pie y se apartó de Elena para encarar la figura severa y grave de su tía Elvira.

Era la última persona a la que hubiera esperado ver en aquellas circunstancias.

—Tampoco le has hablado de las razones que nos han llevado a tenerla aquí, por lo que veo —le reprochó con desprecio.

Como si aquella situación rocambolesca fuera lo más natural del mundo, se desprendió de su capa oscura con gesto enérgico y se arrodilló junto a ella.

Su tía no tenía tantos escrúpulos como Juan. La indiferencia demostrada resultó tan hiriente que, aun cuando la liberó de su mordaza, la hizo permanecer muda de asombro y estupor, mientras

la examinaba como quien se asegura de que la mercancía con la que va a comerciar se encuentra en perfecto estado.

—Comprendo que mi aparición haya originado en ti cientos de preguntas, querida —afirmó—. A fin de cuentas, nunca tuviste un carácter sumiso. Más bien era vivaz y demasiado... incómodo. Pero deberás esperar para saciar tu curiosidad.

—Tía... Usted no puede...

Su vacilante murmullo se vio interrumpido por la potente voz de Elvira.

—Afortunadamente está en buen estado —informó a Juan, dando fe de que realmente era ella quien manejaba las riendas—. Así debe permanecer hasta que su marido aparezca con las escrituras de propiedad.

Así que en eso consistía su secuestro. Ella era el instrumento para lograr los documentos de todas sus propiedades. Una vez conseguidos, acabarían con ella y entregarían a Diego a las autoridades, alardeando de haber desenmascarado al Marqués.

No podía consentirlo. Tenía que sobreponerse a todo cuanto acababa de escuchar para salir con vida de aquella situación. Diego acudiría a la llamada con el único propósito de salvarla, estaba segura. Pero su herida aún estaba reciente, y sus fuerzas muy mermadas. No podría hacerlo solo.

Súbitamente su mirada espantada y atemorizada fue sustituida por otra mucho más firme y serena.

Creía haber dado con una solución, una pequeña luz al final del túnel que calmó los temblores de su cuerpo y la obligó a usar parte de su ingenio.

—Tiene usted razón, tía —comentó, observándolos—. Sé que voy a morir en cuanto consiga aquello que lleva buscando durante años, pero antes dígame una cosa. Si solo yo me interponía entre usted y mi dinero, ¿por qué no acabó conmigo cuando era una niña?

—Buena pregunta —rezongó Elvira, dirigiendo a Juan una mirada de reproche—. En realidad, hubiera sido mucho más fácil que ahora, pero tu querido tutor tenía otros planes para ti.

Así de sencillo. Elvira pareció satisfecha con su propia explicación, puesto que la ignoró y se acercó al fuego que ardía en mitad de la

cueva para calentar sus manos.

—Si lo hubiera hecho, Catalina se habría casado con Juan mucho antes y con más garantías —siguió hostigándola Elena—. Nunca hubiera venido conmigo a La Dorada, y ella y Pablo no se habrían conocido. Y claro está, su embarazo hubiera llegado a buen término, puesto que no se habría caído por las escaleras aquella noche...

Había conseguido su objetivo. Su tía se irguió y permaneció de espaldas a ella con los puños apretados, mientras los ojos de Juan se abrieron desmesuradamente.

—Ah, yo pensé que ya lo sabíais... —dejó caer fingiendo sorpresa —. Al parecer no era así.

Consiguió ponerse en pie sin dejar de observar con atención la reacción de ambos. Debía sembrar la duda entre ellos.

Y como esperaba, el único destinatario de la creciente ira de su tía pareció ser Juan.

—¿Dejaste encinta a Catalina?

Él levantó los brazos. En aquel preciso instante la presencia de Elena pasó a ser secundaria.

—Acabo de enterarme, Elvira, te lo juro —se excusó—. De cualquier modo, todo puede ser una treta para hacer que nos enfrentemos, ¿no te das cuenta? Una maniobra de distracción para intentar huir.

—Siempre podéis preguntárselo a ella.

Sus entrañas se revolvían solo de pensar que, durante nueve años, había estado en manos de alguien tan repugnante como la persona que tenía ante ella y que la miraba ceñuda. No quiso pensar que el plan de casar a Juan con Catalina, después de haberse deshecho de ella, surgiera en verdad de aquella mente enfermiza, pero supo que así era cuando su tía se acercó a ella y examinó con pavorosa intensidad cada gesto de su cara, esperando encontrar tal vez uno que la delatara.

Comprendió que Catalina no había sido más que una víctima de la codicia y la locura de otros.

—Lo haré, no te inquietes —le respondió con voz queda—. Cuando tu marido y tú hayáis dejado de ser un maldito estorbo.

La saliva se atascó en su garganta, al tiempo que sostenía con valentía la mirada de Elvira.

Acababa de recordar que la daga de Diego seguía a buen recaudo junto a su muslo.

—Intuyo que el momento de las confesiones aún no ha pasado —aventuró alzando el mentón—. Pero antes de que prosigáis con vuestra lista de atrocidades, me gustaría que me llevarais afuera. No creo que os guste que me haga mis necesidades encima.

Una nueva mirada de entendimiento entre ellos, y Elvira la giró para liberarla.

—Supongo que no me queda otra que acompañarte y desatarte para evitar que manches tus ropas. —Con un empujón firme la sacó de la cueva y juntas caminaron un buen trecho hasta un lugar protegido por arbustos, cuya cima desembocaba en el borde de un barranco—. Así al menos evitaremos el olor desagradable.

La obligó a ponerse en cuclillas junto a un matorral y acto seguido se alejó.

—Termina pronto, ¿quieres? —la instó—. Cuando amanezca del todo, habrá demasiada luz para que estés aquí.

Ella no contestó. Se levantó las faldas y acarició la funda que guardaba la daga mientras miraba a su alrededor, pero no fue capaz de empuñarla aún.

Por Dios Santo, aquella era la persona que se había encargado de ella los últimos nueve años. Necesitaba conocer las razones que la habían llevado a cometer una traición de tal calibre.

—Siempre pensé que me quería —exclamó con decepción—. Nunca la hubiera creído capaz de esto.

—En realidad, no tengo nada personal contra ti, querida. —De espaldas a ella, su tía pareció levantar la cabeza y alzar los ojos al cielo—. Tu padre era mi prometido, ¿lo sabías? Íbamos a casarnos, y yo disfrutaría de los bienes que ahora gestiona tu marido... Hasta que la zorra de tu madre se interpuso en mi camino. —A medida que hablaba, el desprecio y la amargura lo invadieron todo—. Damián se enamoró de ella, y a mi padre le daba igual quién de las dos pasara a ser su esposa, siempre y cuando fuera una de nosotras.

El resto no necesitaba de más explicaciones. Atormentada por los celos y las ansias de venganza, se había aliado con Juan para deshacerse de su padre y de ella misma, prometiéndole a cambio el disfrute de la herencia a través de su matrimonio con Lina.

Elena sacó la daga con sigilo y se irguió con cuidado dispuesta a luchar por su vida, al tiempo que un temor helado se adueñaba de todos sus sentidos.

—Supongo que no sabrá nada acerca del oportuno incendio que estuvo a punto de matarme en la conservera de Diego... —comenzó, al mismo tiempo que avanzaba en dirección a ella con la daga en alto.

—Juan tenía demasiadas reticencias con respecto a ti, y yo estaba harta de esperar. En aquella ocasión fallé, pero ahora no lo haré. Tú y tu marido arderéis en el infierno, y detrás irá ese inútil sentimental. Ya me encargaré de mi licenciosa hija después.

—Eso está por ver.

Elvira se volvió sobresaltada al oír su voz con tanta cercanía, pero hizo gala de unos excepcionales reflejos cuando interceptó la daga que Elena dirigía directa a su corazón. Por unos momentos, ambas mantuvieron un forcejeo que acabó siendo parejo. La juventud de Elena se veía mermada por el éter y las horas que había pasado atada. Elvira apretó la muñeca hasta que la daga cayó al suelo, pero no consiguió vencerla del todo. Con un nuevo impulso de su sobrina, ambas tropezaron y cayeron al suelo rodando pendiente abajo, hasta que sus cuerpos enlazados se precipitaron por el borde del barranco y desaparecieron por completo.

***

Cuando Juan se alejó unos pasos de su escondite, extrañado por la tardanza de Elvira, algo cayó sobre él como un pesado fardo desde arriba y le aplastó contra el suelo. Un golpe seco y contundente al que siguió un conjunto de movimientos rápidos para hacerle levantar y pegar su espalda a uno de los laterales exteriores de la cueva.

—Bonita casa, Lomana. ¿Esta es ahora tu residencia habitual?

Juan maldijo haber sido sorprendido de esa manera, armado tan solo con una navaja que Diego de Casanueva no tardó en encontrar, y apretó los dientes.

—No puedo aspirar a otra cosa desde que recibí tu visita... Aunque debí suponer que conoces la sierra mejor que yo, Marqués.

Sus palabras no tuvieron el impacto deseado. Al amparo de la luz del incipiente amanecer, vio que, a cierta distancia de Diego, Lorenzo observaba la escena junto a dos caballos y a Leo, que gruñía y enseñaba los dientes.

Intentó defenderse, pero el antebrazo del Marqués presionó su tráquea.

—Te aseguro que no estoy de humor para escuchar acusaciones ridículas —resopló con fastidio.

—Quizá hayas traído lo que necesitas para recuperar a tu mujer...

Diego apretó la mandíbula y su presión sobre el cuello de Juan.

—Puedes estar seguro —afirmó—. Es lo que yo necesito y lo que tú te mereces.

La punta de la navaja se desplazó entonces hacia su hombro izquierdo y, de un firme movimiento, hundió la hoja, arrancándole un grito de dolor.

—Con esto bastará por el momento —apuntó, ignorando los intentos de Juan por taponar la herida.

Sin titubeos, lo sujetó contra la roca mientras limpiaba la navaja y la sustituía por el cañón de una pistola que apoyó en su frente.

—Eres un bastardo —farfulló Lomana con los dientes apretados—. Puedes estar seguro de que pagarás por esto. Te denunciaré a los Civiles...

Diego le mostró la prenda de Elena que llevaba consigo con aire victorioso.

—Los podencos andaluces son excelentes para seguir el rastro de una presa. Después de guiarme por el fino olfato de mi perro a través de la oscuridad, no tengo la menor intención de pasar más tiempo tomándote en serio —murmuró, poniendo los ojos en blanco en señal de impaciencia—. Así que dime de una buena vez quién tiene a mi mujer y dónde está.

Juan evaluó con seriedad la mirada feroz de Diego. Estaba seguro de que acabaría con él si no hablaba. Y no pensaba en absoluto arriesgar su pellejo de esa manera.

—Está con su tía Elvira —confesó con la voz entrecortada—. Pero no sé dónde, o si regresarán.

Aquella revelación consiguió sorprenderlo. Siempre había sospechado que Juan contaba con un cómplice, pero jamás se hubiera imaginado que fuera alguien tan cercano a Elena. Le costó vencer su repugnancia cuando frunció los labios y pasó a agarrar la pistola por el cañón.

—Una sabandija como tú no podía actuar solo —afirmó—. Tu capacidad mental es demasiado limitada.

No le dio otra oportunidad de replicar: el golpe seco de la culata junto a su sien consiguió aturdirlo. Luego, le indicó a Lorenzo que se aproximara y sujetó a Leo para evitar que se abalanzara sobre Lomana. Desgraciadamente, lo necesitaba vivo para sus planes, y su instinto le obligó a abarcar con la vista el paisaje del barranco.

Un horrible presentimiento le decía que Elena no estaba lejos.

—Ya sabes lo que hay que hacer, hermano —ordenó.

Sin una palabra más corrió tras Leo. Aunque había sido una noche demasiado intensa y sus piernas acusaban el cansancio, lo ignoró. Perdería la vida antes de permitir que Elena desapareciera para siempre; sencillamente no lo consentiría.

Cuando alcanzó al perro, este daba vueltas sobre sí mismo con la cabeza inclinada y sus vivarachos ojos fijos en algo que relucía en el suelo.

Era la daga que le había regalado.

Su hallazgo bajo aquellas circunstancias solo quería decir una cosa: ella la había desenfundado con la intención de defenderse. Y había fracasado.

Con todos los músculos de su cuerpo en tensión, acarició el filo de la daga. Intentaba mantenerse sereno, pero Leo volvió a reclamar su atención saltando sobre el borde del barranco. Ladraba hacia su infinita profundidad y echaba breves miradas a donde él se encontraba.

El corazón se le paralizó cuando comprendió lo que el perro trataba de decirle, pero extrañamente aquel aviso tuvo el efecto contrario en el resto de su cuerpo. Se aventuró al borde del abismo con tanto ímpetu que tropezó y llegó a él arrastrando su pecho por el terreno pedregoso que precedía al final del barranco. Las piedras y la tierra rasparon la herida de su hombro, y el dolor lacerante sobrevino a la sensación húmeda en su pecho. Con toda seguridad, alguno de los puntos de su herida se había abierto y la sangre estaba empapando su camisa negra; si la Guardia Civil llegaba a tiempo, avisada por Máximo, agradecería haber elegido aquella camisa, se dijo, aunque el resto de sus pensamientos se bloquearon cuando dirigió su mirada hacia abajo.

—Santo Cielo... —murmuró.

Elena alzó la cabeza al oírlo. Solo Dios sabía cómo, pero la suerte había querido que, en su caída, sus manos se toparan con aquella gruesa rama que sobresalía, a la que se aferró para evitar morir, aunque su tía Elvira no había corrido la misma suerte; su cuerpo yacía al fondo del barranco.

Diego no se lo pensó. Haciendo fuerza con las piernas, dejó que la mitad superior de su cuerpo se balanceara hacia abajo y estiró el brazo para extender la mano.

Sus dedos consiguieron rozar los de Elena.

—Vamos, princesa, cógete a mí —la instó, dispuesto a forzar su posición hasta donde fuera preciso.

Ella fijó sus ojos espantados en aquella mano que se le ofrecía, pero sus palmas comenzaron a resbalar por la superficie rugosa de la rama. Gritó cuando su sujeción comenzó a ceder. Miró hacia abajo, a la distancia enorme que la separaba del suelo y del cuerpo de Elvira.

—Diego... —balbuceó. Su mirada suplicante le dijo que comenzaba a flaquear.

No podría aguantar mucho más tiempo.

—¡No mires hacia abajo! Vamos —repitió, con la voz rota por el esfuerzo—. Confía en mí, por favor.

Sus ojos negros la miraron con firmeza, y entonces ella no dudó. Soltó la rama con una de sus manos para cogerse a la de Diego, y él

consiguió alzarla lo suficiente como para sujetarla por la muñeca. Después comenzó a tirar de ella hasta conseguir arrancarla de la rama que comenzaba a resquebrajarse. Elena se aferró a él, pero su cuerpo era aún un peso suspendido en el vacío que no podía ofrecer ayuda a la hora de ser izado de nuevo a la superficie.

El esfuerzo de Diego fue hercúleo. No prestó atención al dolor que castigaba su hombro izquierdo cada vez con más insistencia y, con un último grito, la alzó hasta que ella misma pudo alcanzar el borde del barranco. El ímpetu empleado fue tal que cayó de espaldas, pero cuando la oyó sollozar, agotada y probablemente tan asustada como él, pudo incorporarse para ir a su encuentro.

De rodillas sobre la superficie áspera, Elena se aferró a él con desesperación, feliz al estar de nuevo entre sus brazos. Diego la apretó contra su pecho unos instantes interminables. Esperó para separar su rostro, pero ni siquiera trató de ponerse en pie; el temblor que gobernaba sus piernas no se lo hubiera permitido. Necesitaba sentirla junto a él, mientras su calor lo envolvía y él calmaba su llanto hasta convertirlo en un leve sollozo.

—Tesoro mío... —La apartó para cubrir su boca con un beso estrepitoso y alegre, ansioso y dulce, antes de comenzar a inspeccionar su cuerpo en busca de cualquier daño—. ¿Estás bien?

Ella sonrió emocionada y asintió, enseñándole las palmas de sus manos magulladas y sus muñecas, despellejadas por las ligaduras.

—Juan y mi tía urdieron todo el plan... —Un nuevo sollozo sacudió sus hombros cuando echó la vista atrás—. Fue ella quien me encerró en el almacén de...

—Chissst, calla, mi amor. —Diego le acarició la cabeza y volvió a acercarla a su pecho—. No puedo creer lo cerca que he estado de perderte, lo cerca que...

—Buenos días, señores. —La voz profunda que oyeron tras ellos les hizo volverse—. Me alegro de verles sanos y salvos. Su mayordomo me avisó de cierto hecho producido en su propia casa con la que, al parecer, se ha convertido en su mujer. Pero por lo visto usted se ha encargado de solucionar el problema.

Diego se levantó renqueante por el esfuerzo y arrastró con él a Elena. Bajo su brazo, ella le rodeó la cintura con ademán posesivo

para enfrentar la presencia del capitán Salcedo que, acompañado por Lorenzo y Máximo, señalaba un punto donde dos de sus hombres se detuvieron con Juan esposado.

—Le agradezco que haya venido personalmente, capitán. Como verá, la situación requería de una rápida intervención. La vida de mi mujer dependía de ello.

—Me hago cargo. —Descendió de su caballo con dificultad, cojeando y portando la nota en la que Juan informaba del secuestro de Elena—. La firma del Marqués habla por sí misma.

Diego apoyó la cabeza de Elena contra su hombro izquierdo. La humedad de la camisa se pegó a su mejilla y ella trató de apartarse, pero él se lo impidió haciéndole comprender el por qué de su gesto.

—Veo que está notablemente recuperado de su herida en la pierna —apuntó Diego. Salcedo enarcó una ceja por toda respuesta —. Me alegro, porque va a necesitar de todo su valor para meter al Marqués entre rejas. Ahí tiene su ascenso. El Marqués está en sus manos, capitán.

Salcedo volvió a examinar la nota. Su fruncimiento de cejas le dijo que no confiaba en las pruebas ni en los gritos de Juan proclamando su inocencia. Ordenó a sus hombres que le registraran, y cuando uno de ellos le extendió el documento, encontrado en uno de los bolsillos de su chaleco, Salcedo lo examinó concienzudamente antes de volver a fijar su atención en Diego.

—Es la carta que incrimina a don Fabián —informó sin ocultar su desconcierto—. Hasta anoche, se encontraba en el despacho del Gobernador.

—Otra prueba más de la identidad de ese malnacido. ¿Quién sino el Marqués liberaría a don Fabián para robar después la prueba que lo relaciona con él?

—Me temo que demasiadas personas —fue la airada respuesta del capitán y, de un enérgico movimiento, rasgó la camisa de Juan a la altura de su hombro izquierdo.

Sin poder dar crédito a lo que veía, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

Un aparatoso vendaje cubría la herida producida por un arma blanca, que aún sangraba. Al parecer, el maldito no había sido capaz

de conseguir que cerrara del todo y nadie se la había cosido convenientemente.

Si se molestaba en preguntar por el origen de la herida, se arriesgaba a escuchar toda una sarta de mentiras e incoherencias.

Con la mirada desorbitada y el rostro congestionado por la furia, Juan volvió a oponer resistencia y quiso acercarse a Elena.

—Mi niña, diles que yo no soy el Marqués. ¡Tú conoces la identidad de ese bandido! ¡No puedes dejar que me condenen así!

Ella lo miró con fría indiferencia mientras se abrazaba más a Diego.

Haría lo imposible para que Juan sufriera lo que se merecía.

—Capitán, él tiene razón —dijo con sorprendente templanza y, sin dudar, lo señaló con el dedo—. Me secuestró junto con mi tía Elvira Cifuentes. Mi relación con el Marqués se remonta a tiempo atrás...

—Entonces, ¿usted sabía cuál era su identidad?

Un apretón en su cintura le indicó que no debía arriesgarse, pero Elena ignoró la advertencia.

—Sé que tenía que haberlo denunciado antes, pero le ruego que me comprenda, capitán. Desde los diez años, este hombre fue mi tutor, casi como mi hermano. Quise protegerlo y darle tiempo para que se enmendara. —Con un suspiro que pretendía ser de desolación, volvió su mirada triste a Juan—. Él pretendía casarse conmigo, pero al descubrir que yo ya lo había hecho antes con Diego, los celos le empujaron a raptarme para así poder tenerme a mí y a mi fortuna.

—¿Sabe que puedo arrestarla por haber obstruido la acción de la justicia?

—Sí. Y si así lo ordena, lo aceptaré. Pero antes he decidido apelar a la humanidad de la que tantas veces ha hecho usted gala en mi presencia, capitán.

Salcedo vaciló. Tras él, los gritos y las imprecaciones del preso, cercanos a la locura, no le dejaban pensar con claridad, pero la historia de Elena Robles no estaba exenta de credibilidad.

Aunque la herida de Lomana podía haber sido producida en otras circunstancias, y en ese caso nada tendría que ver con el Marqués.

Apretó los puños. Los aullidos y lamentos proferidos por Juan no se correspondían con la personalidad generosa del hombre que le había librado de la amenaza de Paquillo en el penal.

—Cooperaremos con usted en lo que sea necesario. —Diego extendió una mano para que él la estrechara—. Recuerde que Gloria Ortiz trabaja para mí. Seguro que acudirá gustosa al penal para identificar al hombre que la agredió.

Los sagaces ojos de Salcedo se entrecerraron; tenía la impresión de ser el comparsa de un escenario cuidadosamente preparado. Tuvo la tentación de forzar la confesión de Casanueva amenazándolo con la vida de Elena, pero comprendió que sería demasiado ruin. Y tras Diego, un regimiento de personas estaría dispuesto a avalarlo con las coartadas que fueran necesarias para probar su inocencia.

Por otra parte, junto a sus hombres tenía a una sanguijuela que, en cualquier caso, estaba lejos de ser inocente y cuyos probables delitos se habrían remontado a lo largo del tiempo, sin lugar a dudas. Un delincuente que le ayudaría a escalar posiciones dentro de la Guardia Civil.

No muy convencido aún, estrechó la mano que Diego le ofrecía.

—Ya tiene a un culpable, Salcedo —afirmó el terrateniente, al mismo tiempo que reclamaba la carta de don Fabián con la mano libre extendida—. ¿No le parece demasiado cruel permitir que un buen hombre permanezca escondido por un error? Ambos sabemos que su estricta idea de justicia es lo que le ha llevado a esa situación.

—No debería estar usted tan interesado en ese párroco —replicó —. A no ser...

—Creo que ese punto ya está aclarado —lo interrumpió Diego—. Al igual que su esperado ascenso, ¿verdad? Sería injusto que no intentara salvar el honor de un hombre generoso al que me une toda una vida.

Salcedo consideró las posibilidades. Le sería sumamente fácil comprobar si Casanueva tenía una herida de arma blanca en su hombro izquierdo, pero descubrió que no deseaba hacerlo. Por otra parte, la relación de don Fabián con el Marqués era tan clara para él como la verdadera identidad de quien tenía enfrente.

Ambos se debían la vida.

Finalmente, decidió dejarse vencer por la astucia de un hombre con un corazón que rebosaba nobleza y hacia el que solo podía sentir gratitud.

—*Quid pro quo*, don Diego. —Con un suspiro de derrota le entregó la carta al fin—. Usted me facilita mi ascenso y yo la libertad de don Fabián.

Diego asintió en señal de agradecimiento.

Todos esperaron hasta que los Civiles desaparecieron por completo, junto con los gritos desesperados de Juan, para expresar su más absoluto alivio. Mientras los vítores de Lorenzo y Máximo resonaban en mitad de la sierra, Diego tomó a Elena en brazos y la alzó en vilo sin tener en cuenta la sangre de su herida ni el dolor; solo podía dar vueltas sobre sí mismo con ella en alto. Aunque todavía quedaba la intervención decisiva de Gloria y la declaración de su mujer, el plan había salido a la perfección, pero la sombra de preocupación de Elena al tocar su camisa mojada no se fue ni aun en plena celebración. Cuando él dirigió su sonrisa satisfecha a apaciguar sus temores, los otros dos hombres se apartaron con discreción.

—Dios mío, la herida ha vuelto a abrirse —aseveró, tan espantada como emocionada—. Habrá que coserla de nuevo.

—Y tendrás que hacerlo bien, princesa. No podemos permitir que en la ceremonia se escape la sangre y manche mi elegante traje de novio.

Boquiabierta, Elena lo miró a los ojos. ¿Le estaba proponiendo un segundo matrimonio? Sus brillantes pupilas así parecieron decírselo, y el corazón comenzó a galopar en su pecho. No obstante, la muerte había llamado a su puerta con demasiada insistencia, y sus sentimientos hacia Diego habían cambiado radicalmente. No accedería a continuar con aquella situación a menos que estos fueran correspondidos. No se trataba de compartir la fogosa pasión que los unía en la cama, sino algo mucho más profundo que crecía en lo más recóndito de su alma y que exigiría de él en la misma medida.

El problema radicaba en que no se atrevía a preguntárselo directamente, así que eligió una opción menos arriesgada.

—Debes quererme mucho para desear casarte conmigo dos veces —aventuró, y la serena placidez que brotó de sus ojos brillantes le respondió.

Diego atrapó su boca con furiosa necesidad. Bebió la miel de sus labios y aspiró su perfume pletórico, mientras pensaba en cómo aquella muchacha inocente se había convertido en el pilar que sostenía su vida. Descubrió su secreto y lo guardó con celo demostrando estar a la altura de sus expectativas. Era el eje de su existencia y su debilidad, hasta el punto de estar dispuesto a cambiar su vida por la de ella.

¿Cómo no iba a amarla?

—Creo que me enamoré de ti cuando te presentaste en mi casa pidiendo ayuda para tu hermano —confesó él, atraído por el brillo de sus ojos.

—Viniste a por mí.

—Hubiera recorrido los confines del mundo por ti, cielo —afirmó con rotundidad.

—En ese caso, estaré encantada de aceptar tu segunda propuesta de matrimonio.

Se colgó de su cuello y recompensó la apertura de su corazón con un beso profundo, hasta que un exagerado carraspeo le obligó a apartarla de mala gana para llevarla hasta los caballos.

—Me siento sumamente halagado de que así sea. —Con un hondo suspiro de alivio y una mirada de complicidad dirigida a su sonriente hermano y a su mayordomo, la depositó sobre el semental para montar tras ella—. Lo cierto es que te amo, y desde que eso ocurrió no tuve ni una sola oportunidad de escapar.

Aunque de haberla tenido, posiblemente la hubiera arrojado por aquel barranco, pensó, mientras ella elevaba su rostro y adelantaba nuevamente sus labios demandando un beso que él se apresuró en darle. Después, serena y satisfecha, se acurrucó contra su pecho y cerró los ojos.

Tras ellos, Lorenzo y Máximo escoltaron a la pareja hasta el cortijo alzando los ojos al cielo.

Realmente, Diego de Casanueva se había encontrado por fin con la horma de su zapato.

# Epílogo

CORTIJO LA DORADA, CINCO MESES DESPUÉS.

Cuando recordaba lo cerca que había estado de perderla, no podía creer en su buena suerte al conservarla a su lado.

Diego observó atentamente el gesto relajado de Elena mientras conversaba de forma distendida con don Fabián, sentado a su lado. No pudo evitar sentir admiración por ella, después del mal trago sufrido cuando tuvo que informar a su prima acerca del triste destino que había corrido Elvira.

No resultó fácil consolar a Catalina por la pérdida de su madre y por su participación en el plan para asesinar a Elena. No obstante, demostró una inusual fortaleza cuando, un mes después de que Juan Lomana hubiera sido ajusticiado acusado de ser el Marqués, así como del asesinato del doctor Esteban Pinto, ella y Pablo Guerrero se casaron. La declaración de Elena acerca de la confesión de Juan sobre los asesinatos y sobre el duelo que acabó con don Damián Robles fue determinante, puesto que gracias a ella Juan se derrumbó y acabó delatando a los hombres que asaltaron La Dorada y mataron a Rosalía. Por su parte, la identificación física de Gloria Ortiz se reveló como totalmente decisiva, aunque todo transcurrió de forma diferente en lo que a Elvira Cifuentes se refería.

A pesar de las reticencias de Elena a la hora de dar detalles sobre los motivos de su tía para apoyar a Juan, fue la propia Lina quien se negó a guardar un periodo mayor de luto por la muerte de su madre, y don Fabián, restituido por fin en su función de párroco, no vio razón alguna para prolongarlo. Alguien cuyos miserables actos habían sido sobradamente probados no merecía mayores condolencias.

El apoyo incondicional de su marido la ayudó a superar su pena, a sobrellevar la profunda vergüenza que el recuerdo de Elvira le

ocasionaba y que había sido la causa de su prudente retirada de la vida social. Pero aquella noche ambos se mezclaron entre la multitud de invitados que llenaban el patio central del cortijo, sentados en torno a la enorme mesa atestada de viandas de todas clases, desde ensaladas y sopas hasta pescado, pasando por pavo asado con manzanas o perdices adobadas en escabeche.

Diego se acercó a su hermano mientras observaba cómo el viejo párroco comía con fruición.

—Don Fabián parece totalmente repuesto de su penosa experiencia con la justicia —comentó entre risas.

—Tu boda parece una auténtica bacanal romana. ¿No crees que es excesivo?

Diego alargó una mano hasta las piernas de Elena y dejó que sus dedos discurrieran a lo largo del muslo, hasta alcanzar el punto de unión entre ellos. Allí se detuvieron; ella se enderezó inmediatamente en su asiento cerrando las piernas. Sin desviar la mirada al frente ni un milímetro, su rostro se tiñó de rojo, pero en un acto manifiestamente desvergonzado, volvió a abrirlas en clara invitación.

Diego sonrió. No podía evitar tocarla en las situaciones más inverosímiles, simplemente por el placer de verla encenderse bajo su contacto por leve que este fuera.

—¿Excesivo? —repitió, lanzando un beso a la mirada desafiante de su mujer—. Después de no saber si la volvería a ver con vida, nada es demasiado para ella, Lorenzo.

Su hermano asintió.

Lomana había sido ajusticiado hacía unas semanas.

Al fin, el Marqués había muerto.

Y Diego se encontraba celebrando su boda, algo que recordarían durante mucho tiempo todos los habitantes de Ronda. No solo por el banquete, sino por el inesperado regalo con el que su mujer decidió agasajarlo en la misma puerta de la iglesia una vez terminada la ceremonia.

Los ojos negros dirigieron una mirada furtiva a la pareja de ancianos que tenía cerca.

—Elena y Máximo los llamaron —le había dicho don Fabián en un intento de aplacarlo—. Al parecer, tu mujer les habló de la nobleza de tu corazón. Les advirtió que, si insistían en su actitud hostil contigo, perderían un nieto excepcional para siempre.

Ante la mirada sorprendida de Diego, el cura había asentido con vigor.

—Creo que también alabó la lealtad que te había llevado a acceder a sus peticiones a pesar de ser injustas —agregó—. En fin, los convenció echando mano del Marqués.

Diego había decidido pasar por alto la inesperada situación que se le presentaba, ignorando deliberadamente la presencia de sus abuelos. Nada más lejos de su intención empañar la felicidad de Elena discutiendo acerca de un tema que ella había expuesto con la mejor de las intenciones.

El Mulero lo miraba fijamente. Cuando él parpadeó volviendo al presente, el viejo inclinó la cabeza a modo de saludo y Diego correspondió.

Aquella inesperada visita le había obligado a ofrecerles un apacible retiro en El Capricho, aprovechando que nadie parecía relacionar a su abuelo con el temible bandolero que una vez fue, y siguiendo el desconcertante curso de su alto concepto del honor. Ciertamente, su esposa demostró conocerle demasiado bien, se dijo. De otro modo, no hubiera sabido que la indiferencia que sentía hacia sus abuelos podría transformarse en lástima y, con el tiempo, desembocar quizás en un ligero afecto.

Pero solo quizás.

—Espero que no te hayas molestado demasiado con la invitación que les hice. —La suave voz de su mujer se elevó por encima del murmullo de los invitados—. ¿Crees que aceptarán tu propuesta de vivir con nosotros?

Diego se encogió de hombros.

—Confío en que su orgullo así se lo permita —afirmó con una mirada de admiración dirigida a ella—. Después de saber lo que les dijiste para convencerlos, solo puedo sentir un vanidoso orgullo, princesa. —La mano que permanecía en su muslo lo presionó

levemente. Ella reprimió un respingo mientras Diego sonreía divertido—. Ignoraba que me tuvieras en tan alta estima.

—Eres un mentiroso. Has de saber que la falsa modestia no te sienta nada bien.

Él se concentró en contemplar a su radiante esposa. El corpiño de su vestido claro realzaba sus pechos a través de un pronunciado escote, y el peinado que Lina le había confeccionado dejaba libre su cuello para que luciera un hermoso collar de amatistas a juego con el anillo que llevaba en el dedo, y que el día anterior él le había regalado.

—¿Has visto a Catalina y Pablo? —Mientras hablaba, Elena elevó una copa en su dirección.

—No parece que el escándalo de tu tía les haya afectado demasiado.

—El veto que les ha impuesto la sociedad no les ha echado atrás a la hora de casarse. Parecen tan felices...

—Tanto como tú.

—Es imposible que sean tan dichosos como yo. —Sus ojos brillantes se posaron unos instantes en él antes de volver a su prima con cierto aire de melancolía—. Capearon las críticas de las convenciones sociales y consiguieron que su noviazgo fuera tranquilo. Como el nuestro.

Diego casi se atragantó al oír el comentario.

—Oh, sí, recuerdo a la perfección cómo me dejaste la noche que te conocí, cuando creía que te meterías en mi cama sin más —comenzó a recitar con fingida gravedad—. O el láudano que prácticamente me mata y cuyos efectos aún persisten —añadió con deliberada exageración—. Eso sin contar con que tuve que rescatarte de las manos de mi propio tío y que casi caigo por un barranco al recogerte de una rama de la cual estabas colgada. Aunque lo mejor de todo fue el rodillazo que asestaste al Marqués en la entrepierna y que estuvo a punto de dejarme impotente. ¿Qué hombre se resistiría a semejante caricia?

—No debiste sufrir mucho. Apenas unas horas después, estabas flirteando conmigo y advirtiéndome acerca de denunciar al bandolero.

—Creo que por entonces aún ignorabas mi doble identidad, ¿no es cierto? Si tu puntería hubiera sido mayor...

En un desconcertante movimiento, mientras asentía sonriente, Elena se zafó de los dedos masculinos y plantó su mano en el bulto que llenaba el centro de sus pantalones, consiguiendo que se agrandara de inmediato ante sus insinuantes movimientos.

—Deja de quejarte tanto. Gracias a Dios aún conservas tus atributos —comentó con ligereza, y su sonrisa se acentuó.

—Es una auténtica suerte que así sea. El nuestro fue un cortejo muy... accidentado, pero todavía puedo demostrarte ciertas cosas.

—Aquí hay demasiada gente.

—En ese caso habrá que esperar al postre para subir a la alcoba. —La punta de su lengua recorrió con disimulo el lóbulo de su oreja —. Somos los novios de esta boda, ¿recuerdas?

Un pequeño vistazo a los pechos de su esposa y a sus labios entreabiertos fue suficiente para que comprendiera que no conseguiría aguardar a que la cena terminara.

—Afortunadamente comienzo a acostumbrarme a la atracción sexual que despides —añadió—. De otro modo no podría soportar semejante castigo.

—Uy, pobrecito, qué mal te he tratado.

Ella se apretó más contra él y volvió a tocar su miembro erecto con la mano. El tacto provocativo le hizo perder la compostura con escalofriante rapidez.

—¿Consigo reparar con esto todos los males que te he ocasionado? —prosiguió, con el destello travieso de sus ojos envolviendo su corazón pleno de amor.

—Es un comienzo —aceptó él. De un solo salto echó atrás su silla y la obligó a levantarse para tomarla entre sus brazos y besarla.

El ruido de palmas y pitos que provocó fue ensordecedor. Los gritos de ánimo se prolongaron tanto como el beso, pero cuando se apartó de ella, ambos supieron que no podrían aguardar para disfrutar de su intimidad. Mientras la mantenía sujeta por la cintura, Diego alzó su copa abarcando con un solo gesto a todos los presentes.

—Señores, les agradecemos su asistencia a esta fiesta, pero para nosotros esta debe continuar... en otras dependencias. —Una nueva oleada de gritos lo interrumpió—. Nuestro deseo es que sigan disfrutando de la celebración. ¡Nosotros por nuestra parte haremos lo propio!

Ignoró la lluvia de felicitaciones y de sugerencias subidas de tono acerca de lo que podía hacer aquella noche y cogió a Elena en brazos para subir hasta la alcoba. La puerta cerrada amortiguó el sonido de las voces, pero no lo distrajeron. Posó a su mujer en el suelo y llenó sus labios de pequeños besos, antes de apartarse de ella y sorprenderla con unos documentos que puso a su disposición de inmediato.

—Esta es una de las razones por las que no me enfadé contigo cuando vi que el Mulero y Natalia formaban parte de los invitados a mi boda —le dijo, con una luz bailando en sus ojos oscuros—. Yo también tengo una sorpresa para ti.

Elena aparcó su fogosidad en cuanto leyó con detenimiento los documentos que hablaban de la cesión por parte de Diego de la herencia que su padre le había dejado al morir.

Ella sería la propietaria a partir de entonces, y sus decisiones al respecto tendrían plena validez.

Perpleja, lo leyó de nuevo, hasta que finalmente comprendió el alcance del gesto de su marido y reparó en la fecha.

—Lo tenías todo preparado desde que don Fabián nos casó en El Capricho... —musitó incrédula.

—Veo que te he sorprendido gratamente.

Elena asintió con los ojos muy abiertos y pensando en Lina. Cuando cumpliera la promesa que un día le había hecho a Pablo, este se convertiría automáticamente en su hermano legítimo y heredero de parte de sus bienes, consiguiendo que Catalina fuera acogida de nuevo en el círculo al que siempre perteneció.

—Decididamente, es mejor que cualquier joya —afirmó en un murmullo—. Pablo estará muy contento cuando por fin le ceda su parte. Porque podré hacerlo, ¿verdad?

—Eres la legítima dueña, princesa. Puedes hacer lo que se te antoje. —Con los brazos abiertos y una sonrisa de plena satisfacción,

Diego esperó su reacción—. Ahora viene cuando me besas para agradecerme mi infinita generosidad.

—Querrás decir tu infinita arrogancia —le corrigió, mientras satisfacía sus exigencias e iba al encuentro de su boca.

Riendo como dos chiquillos que acaban de descubrir el amor, se abrazaron y comenzaron a besarse con ardor, hasta que ambos acabaron demasiado excitados como para continuar con el juego. Se miraron en silencio repentinamente serios, y con inusitada avidez comenzaron a desprenderse de sus ropas mutuamente, hasta que se desplomaron sobre la cama con su piel desnuda cubriendo la del otro y sus manos acariciando, tocando lo que de pronto volvía a parecer nuevo.

Y es que cada vez que hacían el amor era una experiencia inédita para Diego; como si la mujer que en ese preciso instante se amoldaba a su cuerpo y respondía con un ímpetu abrasador a sus íntimas y apremiantes caricias, se pudiera permitir el lujo de no dejar de asombrarlo a cada momento.

Pero así era. Ella encarnaba todo lo que había terminado por desear en la vida; la única mujer que estaba a su altura. Recibió aquella conclusión con alegría mientras se hundía en su interior y cabalgaba de su mano hasta el culmen de su éxtasis. Fue una explosión de deseo compartida que les abocó hacia aguas mucho más tranquilas, con sus cuerpos aún unidos, sudorosos y agitados por los vibrantes espasmos del intenso clímax que acababan de experimentar.

—Te amo, mi vida —le susurró él, con la voz entrecortada por la pasión satisfecha y una profunda mirada en sus ojos negros—. Y creo que nunca podré dejar de hacerlo.

—Eso espero. —Con una mueca de fingida advertencia, Elena lo atrajo para besarle de nuevo, negándose a que él abandonara el interior de su cuerpo—. De lo contrario, empezaré a pensar que hubiera hecho mejor en casarme con alguien como el Marqués.

Diego colocó un dedo en su boca.

—El Marqués ha muerto —le recordó con el ceño fruncido, pero luego sus labios formaron una amplia sonrisa—. Aunque no me

negarás que él se ganó tu corazón con aquel beso junto a la cascada.

—No estuvo mal —reconoció al recordar el tumultuoso encuentro, y rio ante la expresión de perplejidad de su marido.

—No deberías menospreciar así las artes amatorias de un hombre, sobre todo si este está presente, cariño.

—Espero que ese hombre me perdone por semejante atrevimiento.

—Solo si tú lo amas tanto como él a ti. —Ante su silencio, Diego se apoyó sobre sus antebrazos y examinó su rostro a conciencia—. ¿Qué me dices, princesa?

—¿Acerca de qué?

—¿Me amas?

—Creo que ya sabes la respuesta.

Diego asintió, pero poco a poco se retiró de su interior para recostarse a su lado, atrayéndola hacia su pecho con enloquecedora dedicación.

—Me gustaría oírtelo decir —le susurró—. Mi ego masculino necesita ciertos regalos de vez en cuando.

Ella se abrazó más a él con un suspiro casi interminable cuando la respuesta le vino a la mente sin necesidad de buscarla. Diego de Casanueva había sido su caballero andante, su salvador y el bandido que le había abierto las puertas del amor y la pasión. Junto a él se sentía invencible, viva. Su pasión por la vida y su lucha por lo que siempre consideró justo, eran valores encumbrados en la cima de un corazón noble y de un espíritu luchador que ella también poseía, y que no salió a la luz hasta que no tuvo la fortuna de conocerlo.

Lo amaba más que a sí misma, pero no pudo evitar juguetear un rato con él antes de reconocérselo.

—He conocido a varios Diegos durante nuestra relación —objetó pensativa—. ¿De cuál de ellos debo prendarme?

—Solo hay uno con diversos matices —le respondió él, sombrío—. El bandolero nunca fue una opción.

—¿Estás celoso de él?

—Confieso que hubo momentos en los que deseé matarlo con mis propias manos, pero ahora que ha desaparecido, me siento mucho

más tranquilo.

Ella asintió y enredó sus dedos en el brillante cabello negro de Diego.

Por fin comenzaba a comprender la encrucijada en la que se había encontrado cuando ella se cruzó en el camino del caballero y también en el del bandolero. Solo había deseado que todo tuviera un buen final para ofrecerle una vida completa y tranquila, como ella se merecía.

Emocionada ante las conclusiones que se le revelaban por fin, lo besó larga y profundamente para tratar de apaciguar los aullidos que llenaban su corazón de incómodos remordimientos.

—He sido muy egoísta —murmuró conteniendo las lágrimas traicioneras que asomaban a sus ojos—. Quise tener a los dos hombres para mí cuando sabía de antemano que eso era imposible.

—Yo fui el principal culpable al jugar contigo de ese modo. Si mi conciencia puede soportarlo, la tuya también, mi amor. No deberías estar llorando.

—Pero me comporté como una estúpida. —Diego pasó su pulgar por su mejilla húmeda. Aquel gesto familiar y tierno acabó por abrir por completo las puertas de su llanto—. No comprendí lo que pretendías hasta que no me has formulado la pregunta.

—A la que, por cierto, aún no has dado respuesta.

Con el magnífico cuerpo de su marido brindándole su calor y reconfortando una vez más su espíritu, apenas llegó a imaginarse los celos que debieron atormentar a Diego cuando ella nombraba al Marqués cada vez con más insistencia.

—No es propio de un mujeriego sentirse tan inseguro acerca de los sentimientos de una mujer —comentó.

—Mis andanzas en camas ajenas terminaron el día en que te conocí, aunque no te lo creas.

—Bien, en ese caso complaceré tu petición. —Con una radiante sonrisa de felicidad, Elena alargó sus manos y las posó en las mejillas masculinas—. Te amo, Diego, tanto que mi vida no tendría sentido sin ti.

Los ojos negros se llenaron de inmensa satisfacción, y un beso profundo recompensó su declaración. Pero ella aún no había

terminado.

—A partir de mañana no volveremos a hablar del Marqués, ni siquiera entre nosotros. —Él asintió, y ella comenzó un nuevo asalto al turbador conjunto de músculos con su tacto seguro y firme—. Pero antes de aceptar, déjame decirte que eres un tonto. Deberías saber que hace tiempo que te elegí como mi audaz compañero y mi valiente paladín.

—Siempre fue un honor servirte, cariño.

—Y un orgullo para mí —añadió ella cuando sus caricias se volvieron más intensas y arrancaron un murmullo de hondo placer masculino—. Has de saber que Diego de Casanueva siempre fue mucho mejor que el Marqués y le ganó la partida con creces... Tanto que, en realidad, nunca imaginé que acabarías convirtiéndote en el bandido que tomó por asalto mi corazón.

Aunque eso era lo que había terminado por suceder, aceptó para sí misma. Un dulce acoso que había terminado por obtener una rendición total y sin condiciones, pensó con alivio. Finalmente, su cuerpo se fundió con el de él para bailar nuevamente la danza del amor mientras comenzaban a besarse.

# Agradecimientos

Todos los que me conocen saben que esta novela forma parte de un deseo; a ellos en general va mi agradecimiento, pero no sería justa si no nombrara a algunos en particular.

A Manoli y Gustavo, mi inspiración. Sin ellos, esta historia no se hubiera plasmado en papel, ni hubiera salido de los confines de mi escritorio por primera vez, hace ya siete largos años.

Desde entonces, muchas cosas han cambiado. Entre ellas, esta reedición de una historia muy especial para mí. Mi primera historia publicada en su día, que vuelve a ver la luz con otra cara…

La preciosa cara de uno de los personajes de la trama, bajo la mano experta y mágica, una vez más, de Marien. Millones de gracias, preciosa, por poner tu talento a mi disposición. Como siempre, ¡lo has clavado!

He revisado la historia de Diego, Elena y El Marqués con todo mi cariño, con mimo y atención, pero sin cambiar su esencia, ni la trama, ni siquiera el orden de las escenas o la extensión de los capítulos. Considero que es una deferencia que debo a las personas que ya leyeron La Heredera en su momento.

Con todo, no puedo evitar emocionarme al releer cada línea, recordando la razón que me llevó a escribirla.

Por eso, y por último, va por ti, Pilar. Allá donde estés, sé que me escucharás y sonreirás como siempre solías hacerlo.

Y por todos vosotros, mis lectores.

Se os quiere.

# Casualmente Valentina

# Prólogo

RONDA, MÁLAGA, MARZO DE 1883

Gregorio Luján estaba muerto.

Su cadáver parecía mirarme implacable, sentado en su silla de roble y con la cabeza ligeramente ladeada. De su pecho sobresalía el mango de una daga alrededor del cual una mancha inmensa de sangre teñía su camisa, desembocando en un escandaloso charco a sus pies. Podría haberme asustado por todo lo que aquel inesperado recibimiento suponía, pero solo resoplé con fastidio, mientras dirigía mis ojos hacia el aspecto inmaculado del despacho en penumbra. Nada parecía fuera de lugar. Como si el viejo hubiera acogido a su atacante con los brazos abiertos.

Rodeé la mesa con cautela, deteniéndome en la ventana cerrada. La oscuridad de la noche era tan densa como el silencio. Un inquietante hormigueo me recorrió la columna vertebral, recordándome que me sobraban las razones para caer presa del pánico. Casi esperaba que, de un momento a otro, aquel rostro me hablara. Eso sería más normal que el sospechoso silencio en el que él y yo nos veíamos envueltos, aunque, en aquellos momentos, yo era el más indefenso de los dos. «¡Huye! —gritó mi cabeza—. ¡Olvídate de lo que has visto!». No le hice caso. Quedaba claro que la prudencia no era una de mis virtudes, y menos cuando mi única posibilidad de escapar a mi destino acababa de evaporarse como el humo.

Miré a mi alrededor con recelo, pensando que el asesino podría encontrarse entre la ausente servidumbre de Luján. Desde luego, razones no le hubieran faltado. El despotismo de don Gregorio con sus subordinados era tristemente famoso, y el orden que me rodeaba parecía indicar que el asaltante era alguien conocido.

Al percibir la completa oscuridad que se extendía más allá del despacho, recordé que me había encontrado la puerta principal abierta de par en par. Una invitación que había aceptado gustoso, dirigiéndome a la única estancia que parecía arrojar una pequeña ráfaga de luz, sin pararme a pensar que aquello podría suponer una temeridad. Pero la prisa que me movía procedía de la más absoluta desesperación.

Volví a resoplar con más fastidio que antes y me senté frente al cadáver de Luján. Lo mirara por donde lo mirase, yo, Lorenzo de Casanueva, estaba en un serio aprieto con una difícil salida, que pasaba por la única hija de don Gregorio: Marina Luján. Como si no fuera suficiente desgracia que mi hermano Diego y aquel hombre hubieran acordado mi unión con ella sin consultarme antes, ahora el padre de la muchacha estaba muerto. Marina era una total desconocida para mí. Ignoraba todo acerca de su persona: si era hermosa, alegre e inteligente o si, por el contrario, estaría amargada por su larga y forzada soltería.

Mi estómago se contrajo al pensarlo, pero volvió a relajarse cuando recordé que Diego me había asegurado que Marina era una muchacha muy joven. Un

excelente partido. Y para ser sincero, fue lo único que me aseguró de ella, para pasar a ser contundente con el resto: yo vivía en su casa y bajo sus reglas. Debía sacrificarme por el bien común. Aun así, intenté mostrarme razonable para hacerle ver que nada lograría si yo me oponía.

El altar significaba para mí un auténtico cadalso. Era un pobre cordero a punto de ser sacrificado. Sí, de acuerdo, quizá ese sacrificio fuera muy pequeño en comparación con todo lo que arreglaría, pero me veía incapaz de renunciar a cualquiera de las tres cosas sagradas en mi vida, a saber: la familia, la independencia que mi cargo al frente de la fábrica me otorgaba y la libre elección de compañía femenina que se derivaba de esa independencia. Y no necesariamente por ese orden.

Lo último que deseaba era echarme una cadena al cuello en forma de muchachita mojigata e ignorante, instruida por un puñado de monjas que nada sabían acerca de satisfacciones masculinas, para quien los «asuntos» maritales serían una condena. Tan frágil como una figurita de porcelana china. Una fría compañera de cama que no despertaría en mí ni el más mínimo chispazo de interés. Pero como Diego no daba su brazo a torcer, me vi obligado a tomar la segunda opción viable: convencer a Luján. Iba cargado con una buena lista de defectos acerca de mi persona en la esperanza de que, cuando los oyera, él mismo se diera cuenta de que yo era lo menos adecuado para su hija.

Pero me recibía su cadáver.

Sin alterarme, comencé a pensar en todo tipo de posibilidades. La primera se reflejaba en Marina. A partir de aquel inesperado momento, la única heredera del banquero. Llevaba horas devanándome los sesos para encontrar una salida mucho más honrosa y menos perjudicial para mi varonil fama cuando, de pronto, aquel matrimonio comenzó a parecerme mucho menos desagradable. Mi unión con Marina me convertiría en el único administrador de unos bienes que, con la muerte de su acaudalado padre, serían mucho más cuantiosos de lo que podría suponer una simple dote. Un dulce tan apetitoso como para pensar en mantener el buen nombre de mi esposa, por mucho que esta supusiera una espina clavada en mis partes íntimas. Porque si atendíamos a la segunda posibilidad, eso era exactamente lo que podría suponer mi compromiso.

En aquel despacho solo estábamos Luján y yo. Cualquiera que entrara en ese momento ataría cabos en una dirección equivocada. Tenía que reconocer que aquello parecía lo que no era: el futuro yerno del banquero, vencido por la ambición, se asegura la sucesión en su patrimonio antes de que la boda se lleve a cabo. El severo retortijón de tripas que sentí al pensarlo me llevó a tomar la única solución posible: debía avisar a los Civiles de lo ocurrido, pese a ser, en apariencia, el único testigo de aquel macabro descubrimiento.

Mucho más satisfecho conmigo mismo, me levanté resuelto a salir del despacho.

Quizá fue el exceso de confianza y de vino lo que hizo que bajara la guardia y no viera venir el ataque. Cuando quise darme cuenta, alguien había surgido de las

sombras para empujarme contra la mesa de Luján, con tanta fuerza que el borde se clavó en mi estómago. Gruñí de dolor, pero intenté reponerme con rapidez. Seguramente aquel hombre era el asesino de don Gregorio; mi inesperada presencia lo habría cogido desprevenido y ahora intentaba escapar.

Me armé de valor para impedírselo. Apoyándome en la superficie de la mesa, me giré, dispuesto a presentar batalla, pero tan solo pude forcejear un poco cuando me inmovilizó, agarrando mi garganta hasta que el aire me faltó. Los ojos me lagrimearon y la sangre comenzó a presionarme en los oídos. La luz era demasiado pobre para distinguir sus rasgos, pero pude ver el parche que cubría su ojo derecho antes de que una espantosa mano de seis dedos se estrellara en mi rostro.

Intenté protegerme, pero no me sirvió de gran cosa. Nuevamente aquel puño deforme golpeó mi mandíbula, derribándome al suelo. La sangre atascaba ahora mi garganta y me impedía respirar; manaba a borbotones, empapando mi cuello y mi camisa.

—Tú te quedarás aquí, amigo mío.

Le oí pronunciar aquellas palabras con un extraño tono rasgado, casi burlón. No pude abrir los ojos para cerciorarme de lo que había visto. Tosí y me arrastré como una serpiente herida, pero el dolor era tan insoportable que ni siquiera pude pedir ayuda. Con un último esfuerzo, intenté retener los vestigios de consciencia que aún me quedaban justo antes de oír pisadas a lo lejos. Escuché un sordo gruñido y quise incorporarme al sentir la presión de una mano en torno a mi brazo, pero las fuerzas me abandonaron y todo se volvió negro a mi alrededor.

# 1

POSADA DE ADELA, AFUERAS DE BENAVENTE, ZAMORA, FINALES DE AGOSTO DE 1886

Rafael Mejía abrió los ojos de par en par, antes de frotarse la cara para poder orientarse mejor. ¿Dónde estaba? Carraspeó y se incorporó en la cama hasta posar los pies en el suelo. Cuando la luz del quinqué le permitió ver los austeros y escasos muebles de la estancia, recordó de inmediato. ¡Por todos los demonios! ¿Cómo podía haberse quedado dormido tan profundamente? Soltó un juramento. Ramona, una de las complacientes chicas de la posada, le había cedido gustosamente aquella habitación para que descansara, pero el breve intervalo se había convertido en un profundo sueño del que acababa de despertar.

Se acercó al espejo, pero casi tuvo que retroceder, asustado por la imagen que aparecía en él. ¡Jesús, menudo aspecto! Con el pelo castaño revuelto, la cara cubierta por una sombra oscura de barba y los ojos aún medio cerrados, acababa de pulverizar la imagen que mostraba a toda la villa: un hombre atractivo, elegante y distinguido. Aunque, al menos por esa noche, tendría que contentarse con lavarse un poco con el agua de la palangana, antes de intentar en vano alisarse los pantalones y las arrugas de la polvorienta camisa, para abandonar la alcoba con paso apresurado.

El ambiente del salón principal de la posada estaba tan cargado de humo que los ojos comenzaron a escocerle. Su amiga Adela disfrutaba de un lleno espectacular. Lo corroboraba un conjunto ensordecedor de voces de lo más variado, que iban desde las risas de los parroquianos hasta los gritos de alguna discusión provocada por las partidas de cartas y el exceso de vino, observaciones obscenas e incluso exclamaciones reprobatorias cuando algún moscón inoportuno se pasaba de la raya.

Rafael se dirigió al mostrador, devolviendo el saludo a un par de Civiles, vestidos de paisano y apostados junto a la puerta lateral que daba paso al patio trasero. Después, centró su atención en la jarra repleta de vino que Ramona le sirvió, con su habitual desparpajo y un par de gloriosos pechos que meneó ante su mirada indiferente, antes de dirigirse a una solitaria mesa en un rincón igual de solitario. Aquello era justo lo que necesitaba para poder analizar su plan en el poco tiempo del que disponía. Claro que no todos opinaban como él. Adela lo vio derrumbarse sobre la silla y consultar su reloj de bolsillo antes de comenzar a beber. Suponiendo cuáles eran las prisas que le nublaban el gesto, pidió a Ramona un vaso y se dirigió hacia allí, soportando su mirada asesina mientras tomaba asiento.

—Dichosos los ojos, Mejía —saludó, casi gritando para hacerse oír—. Hacía mucho tiempo que no te dejabas caer por aquí.

Rafael comenzó a resoplar. Se avecinaba otra conversación de las suyas, fingiendo una pelea a través de la cual le recriminaría todos sus actos pasados, presentes e incluso futuros. Siempre había sido así entre ellos, a pesar de que sus encuentros se espaciaban irremediablemente en el tiempo.

—El trabajo me ha tenido lejos más de lo esperado —se excusó.

—¿Descansaste bien?

—Demasiado bien, para ser exactos. Incluso me olvidé de bajar a saludarte.

—Claro… ¿Y no será que la baronesa Guzmán te ha dejado por fin libre y por eso andas tan distraído?

El nuevo resoplido fue más audible y menos resignado.

Su fama le ponía muy difícil mantener la discreción en una villa como Benavente, donde los rumores corrían como la pólvora. Él y su amigo Santiago Canales se habían convertido en auténticos héroes locales desde que, hacía años, detuvieron a un anarquista demente que pretendía volar dos carromatos atestados de trabajadores de la baronesa, con una buena carga de explosivos en medio del camino.

Esa posición aventajada para muchos no lo era tanto para él. Le había costado privacidad, sobre todo cuando el nombre de la baronesa se mezclaba con el suyo. ¿Y todo por qué? Por el empeño de ciertas personas en ver sentimientos complicados donde no los había. Para él, su corazón era el órgano que latía dentro de un espectacular cuerpo, nada más. Incluso la baronesa se había dado cuenta, antes de que la tomara por una amante demasiado pegajosa. No tuvo que convencerla de que su interés sexual se había convertido en simple cariño, ni lidiar con lágrimas y gritos, para su tranquilidad. No hubiera sido la primera vez que debía soportar escenas difíciles de catalogar, como mínimo.

—No tengo ganas de hablar del tema —dijo con sequedad.

—Pero lo harás de todos modos —insistió Adela—. Estás demasiado tenso como para no acceder a una conversación intrascendente con una buena amiga.

—Tus conversaciones nunca son intrascendentes, aunque te lo agradezco. Ahora el Flaco ocupa toda mi capacidad de atención. Ese puñetero contrabandista me ha quitado el sueño.

—Tanto como antes te lo quitaba la baronesa.

—¿Quieres bajar la voz? —le advirtió él, inclinándose hacia delante—. Nunca ha sido mi intención destrozar reputaciones ajenas, y la de Claudia menos todavía. Para esta villa, mi relación con ella siempre ha sido estrictamente profesional.

—¡Por favor! —exclamó Adela con su desparpajo habitual—. Eres el personaje más reconocido y respetado de Benavente, tan influyente como ella. Seguro que todo el mundo celebraría vuestra boda.

¡Boda! Rafael decidió terminarse el vino de un trago para ahogar el espanto que aquella palabra le producía. No podía evitar sentir escalofríos al oírla.

—Con qué alegría echas el lazo sobre cuellos ajenos —protestó—. No me convienen las ataduras de ningún tipo. Corro demasiados riesgos en mi trabajo.

—Te sobra gente para correr esos riesgos por ti. —Adela respondió a la mirada oscura de Rafael con una sonrisa despreocupada—. Y ella te prestó el capital con el que Santiago y tú creasteis vuestra empresa.

Así había sido. Enclavada en medio de dos importantes ríos que regaban sus huertas y las de los pueblos aledaños, Benavente disfrutaba de una posición privilegiada para el tránsito de transportes. Desde allí, Los Vigilantes de Castilla, la empresa fundada por él y Santiago, había extendido su fama, realizando trabajos en los puntos más diversos del país.

Formada en su mayoría por hombres de Benavente y alrededores, su misión era actuar complementando la labor de la Guardia Civil. Una especie de escolta privada para aquellos que requirieran de sus servicios, tanto para el transporte seguro de mercancías como para la discreta investigación sobre personas. Y Claudia había tenido mucho que ver en el asunto.

—A la baronesa ya le devolví el favor prestado, tanto en moneda como en especie. Está satisfecha en ambos sentidos. —Su dedo índice recorrió el borde del vaso con ademán pensativo—. A partir de ahora, ella no será más que una buena amiga.

—Demasiado prepotente, aunque muy civilizado —opinó Adela, volviéndole a llenar el vaso—. Recibiría la noticia con gusto si no fuera por esa cara avinagrada que estoy obligada a soportar desde que me he sentado a tu lado.

—Que Dios no te dé lo que no quieres.

—Solo intento hacer la buena obra del día. Ha sido decepcionante ver cómo ignoraste el precioso busto de mi Ramona hace un momento. ¿A quién le amarga un dulce?

—A quien se ha empachado con ellos, como es mi caso —replicó con espantosa indiferencia, mientras encendía un cigarro y aspiraba el humo—. Son ya tantos que ni siquiera me alteran.

—Esa soberbia que te gastas acabará pasándote factura. —Él chasqueó la lengua con fastidio, pero no hizo más. Adela era una de las privilegiadas que podía hostigarle sin miedo a las consecuencias—. Algún día no muy lejano alguien te dará a probar un poco de tu propia medicina, Mejía. Acuérdate de lo que hoy te digo.

—Solo espero que, para entonces, mi memoria sea tan buena como tu vista —le respondió—. Parece que no me has quitado el ojo de encima.

—Desde que te vi aparecer por las escaleras. Un espécimen como tú no pasa desapercibido así como así.

Rafael la miró de reojo, sin saber si aquello era un halago o una crítica. Y era mejor no averiguarlo.

—Tienes un éxito rotundo con la posada —dijo, cuadrando sus anchos hombros en el respaldo de la silla y estirando las piernas por debajo de la mesa.

—Tu presencia aquí siempre origina un pequeño revuelo, ya lo sabes.

—Es normal que la gente me quiera expresar su agradecimiento. Les he proporcionado un trabajo distinto del que se ofrece en las fábricas de harina

—añadió sin reparos—. Incluso el alcalde se siente aliviado en sus jornales de invierno[1]. Un poco de variedad no está nada mal.

—Eso es precisamente lo que tenemos aquí, querido. Variedad.

—Nunca entenderé por qué la lamas «posada» cuando presentas otra clase de servicios —replicó él, desplegando su primera sonrisa de la noche.

—Porque lo es. —Adela hizo chocar sus vasos con un chispazo travieso en los ojos—. En mi casa, los hombres comen suculentos manjares y duermen en una compañía inmejorable. Quizá si te sirvieras de ambas cosas, el carácter se te endulzaría.

—Tendría que ser algo sublime —comentó, haciendo un calculador recorrido por las mujeres que iban y venían entre las mesas—. No perdería el tiempo en otra cosa, y ya conozco tu material.

—Voy a hacer como que no te he oído. —Adela frunció el ceño. Por mucho tiempo que pasara, nunca terminaría de acostumbrarse a esa soberbia tan espontánea—. Si dejaras de mirarte el ombligo, verías que la mayoría están dispuestas a hacerte un servicio completo gratis. Permíteme que te diga…

—¿Y si no te lo permito?

—Te lo diría igual —insistió ella, cruzándose de brazos con obstinación—. Cualquier cardo del camino tiene un tacto más suave que tú. Sigue mi consejo y sé más galante con las damas.

Rafael entrecerró los ojos, como si realmente considerara la propuesta… Hasta que arrojó el cigarro para enlazar las manos en su nuca, con la indiferencia de aquel que oye llover.

—En primeras —comenzó a recitar—, yo no veo por aquí a ninguna dama. Y, en segundas —añadió con las cejas alzadas, antes de que ella pudiera protestar—, soy atractivo y elegante, con posesiones suficientes como para deslumbrar a cualquier mujer que presuma de serlo. No necesito la galantería para seducirlas, a juzgar por cómo ellas se abren de piernas en menos tiempo del que tú emplearías en llenarme de nuevo esta jarra de vino.

Parecía convencido de lo que decía, y no era de extrañar. Aquel era el efecto que provocaba en las mujeres. Él ignoraba qué clase de morbosa atracción veían en sus modales bruscos y desdeñosos, o en la frialdad de sus actos. No era ningún mujeriego. Si besaba, acariciaba o fornicaba, lo hacía por pura necesidad física. Pero, cuanto más ponía de manifiesto su indiferencia con respecto a satisfacciones ajenas, más suspiros de anhelo despertaba.

—Eh, pare el carro, Su Graciosa Majestad —se burló Adela, con una exagerada inclinación de cabeza—. Esas fanfarronadas son la muestra de que necesitas con urgencia las atenciones de una mujer, pero lo único que conseguirás el día menos pensado será una patada en los innombrables.

—Menos guasa. Toda la que se acerca a mí sabe a lo que atenerse. Ni miento, ni engaño ni ofrezco amor eterno.

Adela le dedicó una carcajada llena de admiración. Aquel hombre poseía una capacidad de adaptación encomiable. Igual alternaba con lo más selecto de la sociedad, haciéndose notar para bien en el Casino de la villa, que jugaba partidas de cartas en la posada junto a sus trabajadores apostando como el que más, se remangaba la camisa para faenar con el capataz de su finca o empuñaba un arma para cumplir con cualquier misión como un Vigilante más. Y lo hacía sin perder aquel aire de respetuosa cercanía que todo el mundo se sentía obligado a ofrecerle.

—Pues date por contento si ahora mismo no te pateo el culo por bribón deslenguado —le respondió, fingiendo enfado.

—En el fondo estás deseando que pasemos el tiempo como dos gallos de pelea. —Él le guiñó un ojo, totalmente inmune a sus advertencias—. Te encanta mi manera de ser, como a todas. Tienes la suerte de contar con mi presencia. Por eso no me echarás.

—No te echaré porque suelo ser bastante generosa con mis amistades —puntualizó Adela, sin que aquella retahíla de «autohalagos» la enervara lo más mínimo. Se conocían lo suficiente como para utilizar la mutua sinceridad sin que pareciera ofensa.

—Qué bien —replicó Rafael, satisfecho ante su cara de espanto—. Así podrás hacerme una oferta: dos fulanas por el precio de una.

—Déjate de monsergas, Mejía. Nuestra amistad no alcanza a tanto. En mi local hay muchas formas de matar el tiempo, pero todas previamente remuneradas.

Con gesto exagerado, bamboleó sus voluminosos pechos delante de una mirada masculina que no demostró ningún interés.

—¿Te estás ofreciendo como candidata? Mira que tengo pocas tragaderas, y menos cuando la edad de la mujer en cuestión supera ciertos límites…

Adela se echó hacia atrás en su silla. Acababa de decidir que la mejor manera de encarar la grosería innata de aquel hombre era alegrándose con más vino.

—No entiendo qué vio la baronesa en ti, aparte de tu portentoso físico —murmuró, dándose por vencida.

—Le bastó con eso —se jactó Rafael, con una petulante sonrisa en sus sensuales labios—. Al resto se empeñó en llamarlo «amor». Por eso terminé con ella.

—¡Serás…! —A falta de un adjetivo adecuado, Adela se propuso utilizar el mismo tono irónico que él—. Y para ti, hombre sabio y prudente donde los haya, ¿qué es el amor?

—Una palabra ridícula a la que ciertas personas recurren para excusar sus tontas debilidades con el sexo opuesto —manifestó con demasiada prisa.

Un poco tarde, se dio cuenta de que la había ofendido. En cuanto recordó que fue un amor lleno de falsas promesas y un deshonroso abandono los que, hacía ya muchos años, la habían empujado a su actual vida. Con un lamento apagado, se frotó la nuca antes de acometer el rostro pálido y la mirada fría de su amiga. ¡Por

la Santa Inquisición! Ahora tendría que elaborar una disculpa, algo que se le daba peor que mal. Y todo por no haber sujetado la lengua a tiempo.

—Esto… Adela…

Intentó pronunciar la palabra «perdón», pero como esta parecía empeñada en no materializarse, alargó una mano para tocar el brazo de la mujer en un intento por reconfortarla.

—Déjalo, Mejía. Sé que tus intenciones son buenas. Ha pasado demasiado tiempo, y demasiados hombres, como para que aún escueza. En el fondo tienes más razón que un santo. —Con una triste sonrisa, señaló la puerta abierta del patio trasero por la que apareció Cosme, uno de los hombres de confianza de Rafael, cedido por este para encargarse de la seguridad de las mujeres que trabajaban en la posada—. Creo que ya tienes vía libre para hacer lo que quieras.

—Se agradece.

No parecía en absoluto incomodado por el desliz. La expresión que ahora adornaba sus ojos castaños era tan adorablemente canalla que Adela no pudo evitar ser benevolente con él.

—Cualquier cosa es buena para el héroe de Benavente —concedió.

—¿También prestarme el patio de atrás?

—Si es para bien, por supuesto. —Con un guiño cómplice, Adela terminó acariciando su áspera mejilla—. Incluso estoy dispuesta a perdonar la jarra de vino y el uso de mi alcoba, si me dices quién es el siguiente incauto que estará en tu punto de mira cuando el Flaco haya caído.

—Siempre negociando para sacar el mayor provecho de cada situación… —apuntó él chasqueando la lengua—. Si te lo contara, sabrías tanto como yo, pero que conste que pagaré mi cuenta religiosamente.

Visiblemente satisfecho por el efecto causado, la dejó y apartó a Cosme del grueso de la clientela.

—¿Ya está todo preparado? —preguntó con disimulo. Cosme asintió—. Confiemos en que Samuel haya hecho bien su trabajo.

—Pondría la mano en el fuego por él. Es el hijo de mi mejor amigo, patrón. Recomendado por mí.

—Ha demostrado su valía infiltrándose en la banda del Flaco para ganarse su confianza.

—Samuel los ha tenido bien puestos para mantener el tipo, fingiendo ser uno más, hasta que todos han sido apresados —añadió Cosme.

—Todos excepto el Flaco.

—A ese está a punto de llegarle la hora. Seguro que se ha tragado toda la información que Samuel le ha hecho llegar. De lo contrario, ya le hubiera cortado el pescuezo. —El hombre señaló el aspecto desarmado de Rafael—. Quizá debería procurarse algo con lo que defenderse.

—Si me ve así, bajará la guardia.

—De todos modos, si necesita compañía ahí fuera, no tiene más que pedírmela —insistió, no muy convencido.

Él la rechazó con amabilidad y avanzó hacia la puerta que daba acceso al patio. Antes de traspasarla, cruzó una mirada de entendimiento con los dos Civiles que lo habían saludado con anterioridad. Seguro de que habían comprendido su significado, enfiló el camino hacia la trampa perfectamente planeada.

# 2

Valentina no quería abandonar aquel escenario tan bucólico. A esas horas el calor todavía arreciaba de lo lindo, aunque fuera en el patio trasero y al aire libre, pero ella se consideraba una privilegiada. En las noches de verano como aquella, siempre se ofrecía voluntaria para recoger la ropa ya seca y sustituirla por la que lavaban al atardecer, en el río, o bien en la pila de la que disponían cuando la primera opción no era viable.

Se consideraba una persona voluntariosa, trabajadora y llena de tesón, que se levantaba con el alba y se acostaba cuando el atardecer ya quedaba lejos. Aunque ahora estuviera remoloneando. Aquella era una de las pequeñas cosas por las que merecía la pena vivir en la posada, alejada de la villa, junto a Adela, Cosme y el resto de las muchachas. Su familia.

Valentina nunca había conocido a su madre, pero Adela se había convertido para ella en mucho más que eso. Maestra, amiga e incluso confesora cuando la situación lo requería. De Cosme sabía que estaba casado, pero Dios no le había bendecido con ningún descendiente. Ellas llenaban ese vacío. Si algún cliente borracho quería marcharse sin pagar la cuenta, él le persuadía de lo contrario. Si, por el contrario, algún lugareño no aceptaba una negativa, allí estaba Cosme para hacerle recapacitar.

Era hermosa. Como cada una de sus compañeras. Un precioso ramillete que Adela manejaba con la maestría que los años le habían procurado, aunque nunca les imponía límites ni compañías. Siempre estaba sonriente, canturreando por las esquinas. Adela solía decir que, cuando ella entraba en alguna estancia, las penas salían corriendo, porque no había sitio para las dos.

Los soñadores ojos azules de Valentina volaron más allá del pequeño muro que separaba la posada y el patio, de los establos donde descansaban los animales de los muchos viajantes que pernoctaban allí. Cargó con el canasto y pasó junto a los bultos que Cosme había apilado en el muro, cuando el sonido de un golpe seco a su espalda la obligó a detenerse. Se giró intrigada, pero alguien se le acercó por detrás y presionó su cuello con la punta de un cuchillo.

—Silencio, bonita. No te pasará nada si te portas bien, ¿de acuerdo?

Valentina se vio arrastrada junto a la mercancía. Aunque intentó resistirse, el desconocido la levantó en volandas. Ella cerró los ojos con fuerza, pero el chasquido de una cerilla al ser encendida le hizo abrirlos. Gracias a la noche estrellada y a la intensa luz de la luna, distinguió a la perfección la silueta masculina que se elevaba por encima del resto de las sombras, encendiendo un cigarro con total tranquilidad.

—Suéltala, Flaco. Esto es entre tú y yo.

El contrabandista la arrojó al suelo y sustituyó el cuchillo por una pistola con la que apuntó al desconocido.

—Debí suponer que tú estabas detrás de todo esto, Mejía.

—En efecto, debiste suponerlo. —Valentina sintió un tirón que la levantó del suelo—. Márchate de aquí cuanto antes —la instó una voz profunda, grave y muy varonil—. Estás en peligro.

Y muy lejos de esquivarlo. Llena de curiosidad, se arrinconó tras los bultos para observar la escena, sin un asomo de miedo.

¿Cómo iba a marcharse ahora? «Flaco» era un apodo demasiado popular como para que ignorara a quién pertenecía, y el apellido del hombre que lo enfrentaba le suscitó una inmediata admiración. Ni se le ocurriría perderse la oportunidad de contemplar cómo conseguía detenerlo. De espaldas a ella, Mejía se acercó a su asaltante con los brazos elevados a la altura del pecho.

—Un gesto muy galante el tuyo —alabó el Flaco con sorna—. Últimamente dejas bastante que desear como hombre.

—Ay, Señor, y yo que te creía más listo…

Su voz sonó aburrida, pero Valentina percibió el peligro que arrastraba con ella. Sin apartar la vista tanteó el suelo, buscando algo con lo que defenderse en caso de que lo precisara. Quizá su improvisado y, en apariencia, desarmado salvador, necesitara ayuda.

—Lo soy —escuchó replicar al contrabandista—. Averigüé que esto es una trampa urdida por ti.

—Premio para el caballero. —Rafael apoyó una de las manos tras él, en el borde de la pila destinada a lavar la ropa, mientras Valentina tomaba una afilada piedra—. Junto a esa puerta, dos Civiles esperan una señal para intervenir. Si disparas podrás acabar conmigo, pero al menos uno de ellos conseguirá reducirte. De cualquier manera, estás acabado. No me hagas perder el tiempo y ríndete de una vez.

—¿Ante alguien con los brazos en alto? ¡La baronesa te ha derretido el cerebro!

Valentina permanecía extasiada por lo que estaba viendo y oyendo. ¿Realmente aquel hombre pretendía reducir al Flaco así, por las buenas? ¿Sin ni siquiera una mísera navaja escondida en algún lugar que le sirviera de defensa?

—Estás acorralado —afirmó Mejía, sacudiendo la mano en su dirección.

El contrabandista emitió un gruñido de rabia.

—Pues te aseguro que tú no vas a salir airoso del asunto —farfulló con odio.

Con la rapidez que lo caracterizaba, el Flaco dirigió el cañón del arma directamente a su pecho. A la vez que Rafael se precipitaba hacia adelante para detenerlo, Valentina daba la voz de alarma, lanzando la piedra sin que le temblara el pulso. El impacto en su frente hizo que el contrabandista se tambaleara, pero Mejía no permaneció ileso, como ella esperaba.

El Flaco disparó. Rafael se llevó la mano al interior de su muslo derecho con un gruñido de dolor, pero cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el borde de la pila. Casi al mismo tiempo, los Civiles hacían su aparición, aunque con demasiada lentitud. Recuperado del golpe de la piedra, el Flaco huyó, saltando el muro con agilidad.

—Don Rafael, ¿está usted bien? Señor…

Cosme se había arrodillado junto a él, pero su voz comenzó a espaciarse en el tiempo. Ya que no podía incorporarse, Rafael parpadeó para intentar que su visión fuera más nítida. En su aturdimiento, creyó ver el hermoso rostro de un ángel que se acercaba y le susurraba palabras que no pudo entender. Después de todo, era perfectamente consciente del golpe que acababa de darse en la cabeza.

Aquella muchacha de aspecto tan puro solo podía ser un sueño. La antesala de la inconsciencia en la que pronto cayó sin poder evitarlo.

—Toma. Vas a necesitarlo.

Valentina cogió la pequeña palangana y el paño inmaculado que le ofrecía Ramona con muy poca convicción.

—¿Y tú? ¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó.

—Anoche no tuve compañía —susurró su amiga, estirando los brazos para desperezarse.

—¿No te encuentras bien?

Era la única explicación que se le ocurría. Ramona era una exuberante belleza rubia de baja estatura, curvas pronunciadas y simpatía a raudales, cuya compañía se rifaban los asiduos a la posada.

—Últimamente mi estómago se revuelve como si lo hubiera llenado de aceite de ricino. La comida no me para en él lo suficiente como para que me aproveche —se quejó. Después, señaló la cama que se veía a través de la puerta entreabierta—. Además, solo él hubiera merecido la pena.

—¿Quieres encargarte tú?

—¡Ni harta a vino! —exclamó Ramona con espanto—. Dicen que es un hombre perverso con las mujeres, que en la intimidad las somete a verdaderas aberraciones…

—No exageres.

—Eso afirman las comadres que van a lavar la ropa al río. Y no quisiera ser yo la destinataria de su furia cuando despierte y sepa que el Flaco escapó. Si tú te has ofrecido voluntaria…

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Valentina con impotencia.

—Entonces date un homenaje —invitó, alejándose en dirección a su alcoba—. Pero cuando vuelvas, no te olvides de contarme con detalle, ¿de acuerdo?

Valentina sonrió para tranquilizarse. No quería admitir que las palabras de Ramona la habían dejado temblando de incertidumbre. ¿Y si era cierto y aquel hombre despertaba para encontrarla como única compañía? Tenía que comprobarlo.

La alcoba permanecía envuelta aún en las últimas penumbras de la noche, pero a través de la ventana abierta de par en par, comenzaban a penetrar los primeros destellos del amanecer.

Con el sigilo propio de un gato, dejó la palangana y el paño sobre la mesilla de noche, encendió el quinqué y acercó una silla al cabecero de la cama, para poder

observar con más detalle el espectacular ejemplar masculino que comenzaba a embelesarla.

Estaba desnudo, salvo por una sábana que tapaba convenientemente sus partes íntimas. Una tentación demasiado fuerte como para que Valentina la ignorara, dispuesta como estaba a examinar a sus anchas la impresionante anatomía que se le ofrecía. Estaba claro que Ramona había exagerado. Un hombre corrompido por los más turbios placeres no podía tener ese aspecto tan sereno y… complaciente. Ni aquellos cabellos de textura aparentemente fina y cálido tono castaño que apenas le cubrían la nuca. Pese a la barba oscura y aún demasiado corta que poblaba su rostro, ella pudo advertir la rectitud de la nariz, la mandíbula cuadrada, el hoyuelo profundo que dividía la firme barbilla en dos, e incluso la aparente suavidad de los apetecibles labios. Sin duda, aquel no era el aspecto de un demonio, sino más bien el de un dios. Y lo tenía para ella. «Toca antes de que despierte y decida convertirte en su nueva perversión sexual».

Con un simple vistazo, comprobó que su femenina dignidad seguiría a salvo si pasaba la mano por todo aquel armonioso conjunto. Y un solo roce bastó para verse sacudida por una intensa descarga, tan potente y desconcertante que retiró la mano al momento. Su mirada desembocó en unos dedos largos con invitadoras palmas hacia arriba. No podía creer que aquellas manos fueran crueles y despiadadas con nada de lo que entrara en contacto con ellas.

Valentina lanzó un par de inspiraciones profundas y se puso en pie. Apreció los hombros anchos y el pecho amplio, cincelado por firmes músculos que provocaban atrayentes ondulaciones en la piel morena. El olor masculino que llenaba la alcoba al completo la atrajo tanto que se encontró rozando con las yemas los pezones oscuros salpicados de vello, hasta que estos se endurecieron y el corazón se le aceleró. Estaba fascinada por lo que le ocurría. Su respiración se volvió irregular, un calor repentino comenzó a ahogarla, y un agudo dolor se instaló en aquel íntimo punto de unión entre los muslos.

Se preguntó qué pasaría si, dando la espalda a su costumbre de no besar jamás a un hombre en la boca, lo hiciera con aquel. ¿Qué importaba? Nadie le exigía que cumpliera con las imposiciones hechas a sí misma. Y había reglas que merecería la pena saltarse, siempre que el premio fuera algo parecido a lo que descansaba en aquella cama.

Decidió tocar con más firmeza, siguiendo el perfil de los músculos duros hasta que sus propias reacciones la obligaron a apartarse. «Indiferencia» era una palabra que acababa de dejar en desuso. ¡Por todas las almas del Purgatorio, aquel hombre era peligroso! Lo eran su presencia, su olor penetrante e incluso su pasiva cercanía.

¡Señor, qué calor hacía! Su mirada descendió por las caderas estrechas, intentando concentrarse en las largas piernas parcialmente descubiertas. Y su curiosidad fue en vertiginoso aumento cuando comenzó a levantar la sábana que cubría los genitales. Ante las dimensiones de lo que allí descansaba, dejó escapar el aire de los pulmones poco a poco. Estaba viendo algo fuera de lo común. Y ella

tenía con qué compararlo, pero ¿qué pasaría si lo tocaba? ¿Despertaría? Alargó la mano dispuesta a averiguarlo, pero en aquel momento alguien presionó su hombro. Ella reprimió un grito, y la sábana volvió a su lugar.

—Por mí no te detengas, cariño. Es normal que te atraiga. —Con una sonrisa comprensiva, Adela cerró las ventanas sin hacer el menor ruido y observó sus mejillas ardientes—. Es bello, ¿verdad?

—Es realmente hermoso —reconoció, aún sofocada.

—Y fuerte, además de extraordinariamente vigoroso —añadió Adela en un susurro—. Nosotras también tenemos derecho a sentir deseo. Te ha gustado lo que has visto.

«Tanto como lo que he palpado. Tendría que estar manca y ciega para permanecer impasible».

—Solo curioseaba —se excusó, sin que sonara nada convincente.

—¿De cintura para abajo? —remató Adela, con un comprometedor suspiro—. Aunque no te lo reprocho. Pocas veces tendrás clientes de esta… talla.

Valentina se tapó la boca para evitar una carcajada. Casi suplicó volver a contemplar la poco usual «talla» de aquel hombre cuando Adela pasó el paño húmedo por los brazos y el torso desnudo, hasta hacerlo descender por sus caderas estrechas.

—Parece que lo conoces mucho —aventuró.

—Menos de lo que me gustaría, pero sí. Conozco casi toda su vida y la de los que trabajan con y para él.

—Cuéntame.

—¿El qué? ¿Los rumores o mi humilde experiencia?

La cara comenzó a arderle, pero no por la vergüenza. Lo que prendía en sus mejillas tenía que ver más bien con ciertos pensamientos que comenzaron a poblar su cabeza, cuando el paño húmedo relamió aquella parte tan poderosa y tentadora en la que sus ojos azules se quedaron cómodamente aposentados.

—Las dos cosas, por favor —pidió en un susurro.

—Los rumores dicen que es mordaz y calculador, con un innegable atractivo que hace estragos entre las mujeres. No les falta razón. —Adela se abstuvo de decir que esos estragos se traducían a menudo en horribles desengaños, y se guardó el reciente desenlace de su historia con la baronesa—. Nunca ha tenido ninguna intención de comprometerse.

Valentina frunció el ceño. Allí tumbado, boca arriba y con cierta expresión de paz, parecía totalmente inofensivo.

—Ahora, la verdad —insistió.

Adela sonrió. La muchacha había vivido en la posada lo suficiente como para saber que riachuelos de rumores podían desembocar en mares de cotilleos.

—Yo conozco a un hombre rudo y apasionado, que huye de cualquier sentimiento que pueda complicarle la vida, sin molestarse en recoger los pedazos de lo que destroza al hacerlo. Solo una cosa requiere de toda su atención y mimo.

—¿Que es…?

—Su trabajo. Tiene más consideración con sus clientes y empleados que con cualquier mujer, sea de la clase que sea —terminó, encogiéndose de hombros con displicencia—. Es un hombre de grandes apetitos, cielo. Si sigues empeñada en cuidar de él, has de saber que, cuando despierte y te vea, tu compañía le atraerá. Quizá incluso quiera pagar por ella, lo que pienso pedirle si finalmente se decide. —Terminada su tarea, se acercó a Valentina y le pellizcó la mejilla—. No veo más problema, ya que tu interés te ha traído aquí mucho antes de que despuntara el día.

—Sabes que soy de las que despierta al gallo para que cacaree —se apresuró a aclararle. No quería que Adela pensara que aquel cliente no le era para nada indiferente.

Pero debió de suponer que no iba a lograr engañarla con tanta facilidad. Con expresión condescendiente, Adela besó la mejilla que antes había pellizcado.

—Sí. Te levantas al alba para rezar, como las monjas —bromeó, lanzando una firme carcajada—. ¡Válgame el cielo! ¡Ni que Dios nuestro Señor no las escuchara de día!

Valentina no respondió a la broma. Estaba demasiado concentrada viendo cómo el cuerpo de Mejía era cubierto con la sábana de un modo más decente. Tuvo que controlar el violento temblor que, estaba segura, sería visible para todo aquel que se fijara en ella. Cuando lo logró, Adela ya se había marchado. Ahora el quinqué no era necesario. Los rayos de luz que penetraban por la ventana tocaron cada centímetro de aquella piel húmeda y curtida como si la bendijeran con ello.

Lanzó un suspiro de anhelo, de codicia y de resignación. Tenía que atender sus obligaciones, pero, antes, se inclinó hacia el rostro de Rafael. Con el ceño fruncido, clavó su mirada curiosa en aquella boca generosa y, en un súbito arranque de espontaneidad, posó los labios sobre ella, dejando un ardiente rastro que se enfrió en cuanto corrió hacia su alcoba.

# 3

Un puñetero tamborilero le aporreaba el cráneo. Rafael sintió cómo el colchón de la cama se hundía a su lado, antes de que algo húmedo le refrescara la frente, y unos dedos comenzaran a masajearle el cuero cabelludo con deliciosa insistencia. Las caricias le resultaron vagamente familiares, y el olor que las acompañaba le impulsó a mover los párpados. El aroma, fresco y atrayente, comenzó a afectarle. Cuando lo identificó, abrió los ojos por completo.

Era el olor de una mujer recién aseada, y enseguida supo por qué lo había percibido con tanta intensidad. Estaba dulcemente arrinconado por un par de pechos, embutidos en una escotada blusa blanca y alzados por un ajustado chaleco oscuro. Dos perlas brillantes, tan cerca de su cara que temió acariciarlos con la punta de las pestañas si parpadeaba.

Levantó la vista con disimulo. La dueña de semejantes delicias parecía tan enfrascada en sus cuidados que no se dio cuenta del examen al que era sometida. Entonces se quedó sin habla y recuperó todo su ingenio.

Nunca había visto tanta belleza junta. Unos ojos enormes, del color del cielo en verano, iluminaban las mejillas, tan blancas como su escote; una graciosa nariz respingona; la forma suave de los labios pequeños y llenos, e incluso las pecas que aparecían delicadamente diseminadas por todo aquel conjunto celestial. ¿Y qué decir de su cabello? Rafael pensó que seguía soñando cuando la luz se abrió paso a través de él, arrancándole brillantes reflejos cobrizos que simularon ser llamas en sus largos rizos. Apenas si había sujetado unos cuantos mechones en su nuca. El resto flotaba como una nube que cubría sus hombros, la espalda e incluso parte de su pecaminoso busto.

Estiró los miembros agarrotados para acomodar mejor la imprevista respuesta de su cuerpo ante semejante beldad. Había ciertas cosas que ni siquiera una sábana podría ocultar convenientemente. Y que un caballero debería disimular, aunque lo que tuviera delante no fuera una dama, sino la más hermosa de las apariciones.

—Preciosos —dijo, con voz pastosa.

La muchacha lanzó un pequeño grito de sorpresa y se puso en pie de un salto, colocando una de sus manos sobre aquel escote tan tentador.

—¿Cómo dice?

—Tus pechos —aclaró Rafael, señalándolos—. Son preciosos. No deberías tapártelos así.

Ella le devolvió la mirada con curiosidad, ladeando la cabeza para observarse la zona sin disimulo. Sus mejillas se sonrojaron como una apetitosa manzana que él deseó tener en su boca.

«Mmm… Deliciosa».

—¿Usted cree?

—Yo y toda la población masculina de Benavente.

—Hay quien opina que son demasiado pequeños.

—Eso es porque sus ojos no saben apreciar los encantos de una mujer. O porque sus manos son muy grandes. —Complacido, se observó las suyas antes de mostrárselas—. En cambio, estas parecen del tamaño justo para ellos.

Ella movió sus exuberantes rizos, y los reflejos rojizos hicieron que la imaginación de Rafael se disparara hacia los que guardarían el secreto más íntimo entre sus muslos. Incluso creyó percibir el delicioso aroma que brotaría de ellos. Se consideraba un hombre de espíritu duro, acostumbrado a lidiar con la cruda realidad demasiado a menudo. No era nada fácil impresionarle, pero la muchacha lo había conseguido en apenas unos segundos.

Era eso, o que su larga abstinencia sexual le estaba pasando factura, pensó.

—Aún está bajo los efectos del golpe —concluyó la joven, volviendo a su tarea—. ¿Cómo se encuentra?

—Yo diría que estoy en la gloria. —Bajo la sábana, Rafael movió el muslo vendado—. Alguien se ha tomado muchas molestias conmigo.

—Cosme y Samuel lo subieron hasta aquí, y Adela le curó la herida. ¿Acaso no recuerda nada de lo ocurrido, señor Mejía? Porque es usted Rafael Mejía…

—O lo que queda de él. Y tú, mi ángel salvador.

—No llego a tanto.

—¿Fuiste tú quien apedreó al Flaco? —La muchacha asintió con una modesta sonrisa, dejando que sus párpados cayeran poco a poco—. He de agradecer tu puntería. De no haber sido por ella, el disparo se habría desviado al centro. Ahora estaría lamentando una pérdida mucho mayor.

—Todos la estaríamos lamentando.

—¿Tú también?

Quizá no estuvieran hablando de los mismos lamentos. Ni de las mismas pérdidas.

—Me atrevería a decir que más que usted. Solo al gran Rafael Mejía se le ocurriría enfrentarse a un contrabandista con lo puesto.

¡Ah, era eso! Y la condenada no lo decía con admiración, sino con un reproche más provocador que su escote.

—La idea era que los Civiles aparecieran mucho antes y mucho más rápido —explicó.

—Pues la idea no fue buena. Con pedrada incluida, el Flaco escapó.

Valentina estudió la reacción de Rafael. Pasado el primer momento de sorpresa, la curiosidad fue ganando terreno. Esperaba encontrarse un monstruo vociferante que echaría fuego por la boca antes de atarla a la pata de la cama para consumar todas sus aberraciones, pero solo apreció un leve chasquido de lengua y una mirada indiferente.

—Al menos tú estás a salvo. Esperemos que el Flaco no decida volver.

—¿Piensa que se atreverá, sabiendo que muchos de sus hombres están aquí?

—Quién sabe. Que haya errado el tiro por culpa de una mujer habrá herido su orgullo. —Fingiendo seriedad, extendió una mano hacia ella—. Por si acaso, deberías acostarte conmigo. Así podrás seguir protegiéndome de sus ataques.

¡Oh! ¡Se estaba divirtiendo a su costa! Valentina estuvo a punto de lanzarle el paño húmedo a la cara por haberla alertado de aquella forma, cuando lo único que pretendía era tenerla a su lado tan desnuda como él.

—Creo que no queda muy claro quién protegió a quién —apuntó, luchando consigo misma para no brindarle la respuesta adecuada.

—Claro como el agua, señorita. Tú me salvaste.

Estaba más que complacido por sus réplicas. Así se lo decía su gesto, pero los ojos penetrantes parecían dos lagos inmensos del color de la miel… fría. Demasiado cínicos, aunque podría ahogarse en ellos si no echaba mano de toda su profesionalidad para evitarlo.

—Por si no se ha dado cuenta, no soy ninguna señorita —aclaró con un suave carraspeo.

—Cosa que celebraré en cuanto pueda llamarte de otra forma. ¿Cuál es tu nombre?

—Valentina.

—¿Valentina qué más?

—Valentina a secas —respondió, bordeando la cama.

Rafael tuvo que hacer un esfuerzo extra para centrarse en la conversación, cuando el trasero de Valentina-a-secas se acercó peligrosamente a su cara mientras ella se peleaba con la hoja recia de la ventana.

—Está bien. Acércame un poco de agua para refrescarme la garganta —ordenó. A cambio, recibió una mirada recelosa y muy turbia—. No deberías ser tan desconfiada. Seguro que has oído hablar de mí.

—Desde luego. Pero suelo olvidarme de ciertas órdenes cuando se dan de forma tan despótica, vengan de quien vengan.

—El cliente más selecto de la posada debería gozar de ciertos privilegios —insistió con su sorna habitual—. Quien paga, manda.

—Si intentaba impresionarme, no lo ha conseguido. —Ella puso los brazos en jarras, atrayéndolo como si fueran dos imanes—. Aquí, el más humilde se equipara al de gran enjundia. La cama no entiende de clases.

En eso estaban de acuerdo. Un completo consenso que se manifestó bajo la sábana que lo cubría y que desapareció cuando, sin ninguna delicadeza, Valentina sujetó su cabeza y le acercó el vaso para que pudiera beber, arrancándole un leve quejido.

—Cuando me conozcas mejor, sabrás que soy un portento de humildad —afirmó en cuanto pudo.

—Ya veo que los rumores son ciertos. No escatima en halagos hacia sí mismo. —Con la misma rudeza, lo dejó caer sobre la almohada, provocando otro gruñido—. Alguien debería decirle que es un error pensar que todo gira en torno a usted. Sus arranques de sinceridad podrían provocar la risa a más de uno.

Rafael estuvo a punto de aullar a la luna llena como si fuera un lobo. ¿Por qué no había coincidido antes con aquella hermosura? ¡Demontres! ¡Al fin una mujer que mostraba su descontento como era debido, en vez de deshacerse en premeditados desmayos o llorar como una plañidera! Eso sí que comenzaba a ser intrigante. Y divertido. Y, sobre todo, excitante. ¿Qué sucedería si le mostraba sus intenciones de una manera más gráfica?

Decidió averiguarlo. Apartó la sábana y dejó su desnudo cuerpo al descubierto, junto con la rebelde evidencia de su admiración hacia ella, provocando un nuevo batir de pestañas. Valentina permaneció con la vista clavada en cada centímetro de carne expuesta, antes de colocar el paño húmedo en la frente despejada. Se le había olvidado respirar. ¡Realmente deberían prohibir que semejante cúmulo de belleza masculina pisara por negocios como aquel!

—No son esos los cuidados que necesito ahora, Valentina.

¡Dios, cómo pronunciaba su nombre! Como si cada letra resbalara por sus labios, después de lamerla. Con algo más que verdadero interés.

—Entonces, pida por esa boca, señor Mejía —lo invitó, completamente acalorada.

Él tiró de su brazo para sentarla a su lado. Los ojos castaños se entrecerraron cuando dirigió la mano hacia donde realmente deseaba notarla. Aunque de haber sostenido un trozo de carbón incandescente se hubiera quemado menos, ella comenzó a moverla con sosiego. «Muy lista», pensó Rafael con un gemido. Y aún más experimentada. Con las puntas del hermoso pelo cobrizo haciéndole cosquillas en el pecho, y la astucia propia de una…

—Raposa —concluyó en voz alta.

—Debería cubrirse —aconsejó ella, sin apartar los ojos de Rafael.

—¿Por qué? Estoy en un burdel y hace calor.

—Está en una posada, y podría haber corrientes.

¿Qué tenía aquella muchacha por dedos? ¿Antorchas encendidas? El tacto suave era tan impetuoso que, a su lado, los fuegos del infierno parecían simples chispas. Su tibieza pronto se convirtió en un ardoroso señuelo que lo endureció todavía más, si es que aquello era posible, haciendo que se estirara como un felino satisfecho. Totalmente receptivo a sus caricias.

—Posada a veces, burdel la mayor parte del tiempo —corrigió a duras penas—. Y tú trabajas en él. Gánate el jornal.

—Aprecio que está usted muy bien dotado. —Valentina frunció el ceño, conteniéndose para no estrujar sin contemplaciones lo que tenía en la mano—. Es una lástima que no pueda decir lo mismo del resto. Lo que le sale por la boca deja bastante que desear, y no suena nada caballeresco.

—Si te resulto tan desagradable, ¿por qué permaneces aquí? Seguro que cualquiera de tus compañeras estará deseosa de relevarte.

«Domínate, Valentina. Nunca has tenido excesivos problemas para hacerlo». Claro que nunca se había topado con alguien tan vanidoso y apuesto como aquel sujeto.

—Al final, acabaré por marcharme —advirtió.

—No lo quiera Dios.

—La única razón por la que no lo hago es porque me comprometí a cuidar de usted.

—Pues prosigue y no te entretengas —ordenó Rafael, acomodando las manos detrás de su cabeza—. Vamos, dulce ángel. Muéstrame el camino al cielo.

Valentina examinó los ojos entrecerrados y la expresión de deleite. Nada parecía incomodarlo, pese a que ella comenzaba a tener los nervios crispados. Quizá un oportuno escarmiento pondría a cada uno en su lugar.

—Me parece que el cielo queda un poco lejos de aquí —respondió con una risilla malévola.

—No para mí. Si me dejas, te confiaré un secreto.

—Adelante. Mis labios estarán sellados.

—Tampoco es necesario llegar a esos extremos. —Rafael adelantó la cara solo por el placer de volver a olerla. Sus ojos se oscurecieron y su aliento se volvió más espeso—. Verás… Estoy encadenado a esta posada.

—¿Y eso desde cuándo?

—Desde que te he visto y hasta que consiga lo que quiero. —Acercó su boca a la de ella, obedeciendo a una extraña inercia. Deseaba degustarla entera. Comprobar si la piel que ocultaba era tan suave como la que mostraba, pues acababa de averiguar que era de la clase de mujeres que le complacerían por entero—. De todo lo que Adela ha adquirido últimamente, tú eres lo más novedoso. Ninguno de los muebles de esta alcoba valdría nada en comparación contigo. Y eso que todavía no te he probado.

—¿Me está comparando con los muebles?

Ella se apartó como si hubiera recibido una bofetada en plena cara. No era que le importara su opinión al respecto, pero ¿acaso no acababa de hacerle un cumplido? Él creía que sí. No comprendía ese enfado que se esforzaba por controlar.

—Señor Mejía, ha de saber…

—Cuánta formalidad. Rafael me gusta más.

—Señor Mejía —insistió, cruzando los brazos por debajo del busto y haciendo que este se apretara más contra la tela de la blusa—. No soy un objeto más de esta posada, ni un medio para que usted desahogue sus ignominiosos impulsos. Tengo mi dignidad.

—Que aumentará su valor después de pasar la noche conmigo. Eres empleada de Adela y yo, tu cliente. Uno de los mejores, me atrevería a decir.

—Por el momento, tan solo es un hombre que ha estado inconsciente a causa de un golpe en la cabeza. Le he brindado mis cuidados, pero yo elijo a mis clientes —le corrigió, con un sosegado tono de advertencia—. No entra en mis cálculos encamarme con un impertinente de gustos perversos que me haga pasar un mal rato.

Dicho esto, extendió nuevamente la sábana para cubrirlo hasta el cuello. ¡Aquello tenía un valor infinito! ¿Acababa de llamarlo «impertinente»? Y, por si fuera poco, ni siquiera parecía interesada en la deslumbrante masculinidad que mostraba, y que ella acababa de tapar con tanto ímpetu.

—¿Quieres decir…? —Rafael carraspeó, incapaz de creerse lo que empezaba a comprender—. ¿Quieres decir que debo pedirte permiso para besarte? No estoy acostumbrado a solicitar semejante cosa. Y menos a una muchacha de Adela.

Valentina apretó los labios y entrecerró los ojos. Comenzó a considerar seriamente la posibilidad de marcharse de aquella alcoba para no volver, pero la incontrolable atracción que la mantenía acalorada se lo impidió.

—Nunca es tarde para las buenas mañas —replicó, sentándose de nuevo—. Ha de saber que no suelo besar a los hombres en la boca, señor.

—Me he despertado sin apenas molestias; por si eso fuera poco, tú eres lo primero con lo que mis ojos se encuentran. ¿Crees que me conformaría con unos cuantos besos en la boca? —De inmediato, los rasgos de su cara comenzaron a relajarse—. Tengo otros muchos sitios deseosos de sentir tus labios. Todos de cintura para abajo.

—Pero yo no tengo por qué engancharme a sus deseos.

Con un apagado gruñido, Rafael enlazó su mano con la de ella para atraerla.

—¿Y ahora, señorita Sabelotodo? —murmuró, a escasa distancia de su boca—. ¿Quién enganchó a quién?

La sintió aspirar con fuerza. Parecía a punto de ofrecerle los labios, pero en cambio… ¡Puso los ojos en blanco, con una expresión de aburrimiento en la cara! ¡Eso sí que resultaba humillante! Su contacto no le provocaba sudores, ni se le aceleraba la respiración o se mordía los labios. Tampoco parecía impresionarle su fama o su dinero. ¿Estaría perdiendo facultades?

—Dejémoslo en tablas —desafió ella con falsa dulzura.

—Parece que me he topado con una golfilla interesante. —Los ojos de Rafael adquirieron un brillo lascivo—. Vamos ganando en confianza y hablando el mismo idioma.

—Suelo entenderme bien con los hombres, sea cual sea su lengua.

«Veremos cómo te defiendes con la mía, hermosura».

—Así que te gustan los juegos de palabras…

—Me gustan los juegos en general. —Valentina se inclinó hasta que sus pechos casi alcanzaron la altura de su boca—. Dígame, señor Estirado, ¿usted nunca se divierte?

—Era lo que me disponía a hacer ahora mismo. —Con gesto significativo, señaló la parte de su cuerpo que más ardía, oculta bajo la sábana. ¡Estaría encantado de mostrarle las muchas formas de diversión que se le ocurrían!—. Él y yo necesitamos distracción urgente.

—Pues si planea hacerlo conmigo, tendrá que buscar otro momento. —Con un suspiro despreocupado, Valentina se enderezó—. Sangrantes dolencias de mujeres, ya sabe.

Pero aquel hombre no estaba dispuesto a dejarse convencer con tanta facilidad, por muy veraz que fuera su excusa. La sometió a un completo y descarado examen con aquellos ojos castaños que, después de darse un festín con su cuerpo para dejarlo tembloroso y anhelante, se detuvieron en los de ella.

—Tu aspecto parece muy saludable —concluyó—. Si tú estás indispuesta, yo soy monje.

—Entonces quizá deba regresar pronto a su retiro, fray Mejía —replicó ella, frunciendo su encantador ceño—. No se fíe de las apariencias. Ese tipo de inconvenientes físicos pueden llevarse mejor de lo que usted se piensa.

Rafael apretó la mandíbula hasta que los dientes le rechinaron. Nunca había tenido que pagar para obtener favores sexuales, pero aquella hembra que tanto le divertía bien merecía el exceso.

—Mi intuición no suele equivocarse. Eres de lengua rápida —exclamó, cuando Valentina ya alcanzaba la puerta—. Supongo que tus dolencias no te impedirán utilizarla conmigo. ¿Qué sabes hacer?

«Mandarlo al carajo» fue la primera respuesta que le vino a la mente. Ramona tenía razón. El señor Mejía era tan atractivo como insufrible. Y ella tenía cosas mejores que hacer que lidiar con sus groserías. Pero algo en su insinuación le hizo considerar la posibilidad de seguir con el escarmiento.

—A ver, déjeme pensar… —Se cruzó de brazos y se golpeó la barbilla con el dedo, fingiendo buscar una respuesta—. ¡Ya sé! ¡Traerle la cena!

—¿Traerme la… cena?

—Bueno, eso y afeitar caras descuidadas —añadió, cada vez más satisfecha al ver su total desconcierto—. Enseguida vuelvo. ¿Me esperará?

¡Como si no supiera la respuesta! Rafael siempre había paseado sus virtudes como algo muy reconocido por los demás, pero acababa de comprobar que toda regla tiene su excepción: jamás lo habían dejado plantado de una forma tan escandalosa. De hecho, seguía mudo cuando Valentina volvió, con un humeante estofado en una mano y los enseres para el afeitado en la otra, que abandonó para colocar una almohada adicional a su espalda.

—Me he dado un golpe en la cabeza y tengo el muslo vendado, pero puedo comer solo —advirtió, levantando una mano cuando ella intentó llenarle la boca—. Adela te necesitará.

—Adela se ha mostrado más que conforme con mi tarea. Estoy a su entera disposición.

«Para lo que usted guste», le faltó decir. Y fue una pena que no lo hiciera, porque él no se hubiera hecho de rogar. Intuía una noche mucho más apasionada de lo que se le había presentado en meses.

—Si no quieres ampliar tu abanico de favores, no deberías hablar en términos tan ambiguos. Podría dar lugar a malos entendidos.

—Ningún mal entendido, señor. Me ha comprendido perfectamente.

—¿Ni siquiera accederás por una suculenta recompensa? —sugirió, tragándose una exclamación lastimera al recordar su estado—. No soy escrupuloso.

—Pero yo sí.

Tres palabras que sirvieron para que Rafael, por primera vez en su vida, claudicara ante unos dulces encantos. Se limitó a abrir la boca para engullir el estofado en silencio, e incluso se dejó limpiar las comisuras de los labios con la servilleta.

—Ahora le afeitaré —siguió Valentina—. Por favor, procure no moverse, ¿quiere? Ya he visto suficiente sangre para una temporada.

Rafael tuvo que apretar los labios para contener la risa.

—Muchas gracias —dijo, cuando su cara se vio libre de barba—. Eres muy habilidosa. Si pudieras acercarme el tabaco…

—Cómo no. Siempre complaceré las peticiones hechas con amabilidad.

Solícita, Valentina cogió el tabaco y el papel y se sentó a los pies de la cama. Rafael presenció cómo cogía un pliego para llenarlo con la cantidad exacta de tabaco antes de enroscarlo, distribuyéndolo a lo largo del papel. Inexplicablemente se encontró contemplando aquella acción inocente embelesado. En su efervescente imaginación, no era un cigarro lo que Valentina modelaba, sino la piel húmeda de su erección. Con los delicados dedos moviéndose a lo largo de su miembro hinchado y caliente, hasta que comenzara a sacudirse y palpitar de puro goce.

Le costó trabajo respirar, y más aún regresar a la realidad, cuando Valentina acercó el extremo libre del papel a la punta de la lengua para humedecerlo. Los ojos le ardían siguiendo los movimientos lentos de aquella lengua. ¡Que el diablo se lo llevara! Le haría falta algo más que un cigarrillo para calmarse. Estaba tan tenso de deseo que tardó en reaccionar cuando Valentina se lo ofreció.

—¿Así está bien, señor?

Rafael se forzó a asentir, dejando que ella le pusiera el cigarrillo en la boca y lo encendiera. Solo por repetir semejante experiencia, estuvo a punto de deshacerlo y rogarle que volviera a liarle otro.

—Perfectamente, gracias —respondió con voz oscura, dando una profunda calada.

—Samuel está fuera, solicitando verle. ¿Puedo decirle que pase? Ahora ya está presentable para recibirlo.

Y tremendamente insatisfecho, lo que agravaría su humor. Pero no era el momento de insistir más sin arriesgarse a que Valentina le arrojara el plato vacío a la cabeza. Aquel ángel de cabello cobrizo parecía indiferente a sus comentarios. Incluso se atrevería a decir que le divertían. En un último intento por obtener al menos una despedida, alargó el brazo y la llamó.

—¿Desea algo más?

«Un montón de cosas, cada una más indecente que la anterior».

—Que me traigas el desayuno por la mañana.

—Si no está en condiciones de bajar a por él, tendré que seguir encargándome yo, qué se le va a hacer —respondió Valentina con resignación, como si la tarea le molestara.

Aunque Rafael sabía que no era así. Fuera lo que fuese aquello que el destino le tenía reservado, estaba seguro de que ese encuentro sería el primero de una larga lista.

Él mismo se encargaría.

# 4

—Patrón, ¿está escuchándome?

¡Qué pregunta más tonta! Por supuesto que… no. En su mente solo tenían cabida unas cimbreantes caderas meneándose con suave delicadeza, mientras su dueña hacía rato que había desaparecido por la puerta. Aún no sabía a qué se debía la alteración que le recorría desde el último pelo de la cabeza hasta los dedos de los pies, abarcando todo lo que había en medio, pero si no le ponía un remedio inmediato, las palabras de Samuel se perderían tras los pasos de Valentina, tal y como había hecho su acostumbrada frialdad.

Carraspeó carraspeó con fuerza y fingió interés en el sobre pulcramente cerrado que el muchacho sacudía ante sus ojos.

—Eh… Sí, claro —afirmó con el ceño fruncido—. Me decías que…

—Esta misma mañana ha llegado esto a su casa —repitió Samuel—. Un sirviente lo ha traído hace unas horas. Pensé que podría ser importante.

El nombre que aparecía en el sobre atrajo de inmediato el interés de Rafael.

—Don Diego de Casanueva —leyó con asombro—. ¿Diego de Casanueva?

—Sí, señor. El hermano del hombre que asesinó a aquel famoso banquero… ¿Cómo se llamaba?

—Gregorio Luján —completó Rafael, abriendo el sobre a toda prisa.

—El mismo. —Samuel ocupó una silla, a la espera, mientras estrujaba su ajada gorra entre las manos—. Yo también conozco la historia. El tal Lorenzo de Casanueva, prometido de su hija Marina, lo asesinó y después huyó.

—Las malas lenguas dicen que acabó con don Gregorio para quedarse con todo el montante de la herencia una vez casado con Marina.

—Pero el banquero ya había designado a otro heredero para su fortuna —añadió Samuel.

—Jaime Chacón.

Aquellas dos palabras le rasparon la garganta como las ortigas en la piel fina. Chacón estaba en su punto de mira por varias razones, y ninguna de ellas honorable. El inesperado heredero de la banca Luján se había hecho notar a base de múltiples negocios con una legalidad más que dudosa, granjeándose varios enemigos deseosos de descubrir sus miserias. Sin embargo, su interés en él no se debía a ningún encargo. Esta vez, la cuenta la pagaban ellos.

—Fue una pena que la joven Marina terminara por suicidarse, al saber de la muerte de su padre —comentó Samuel con tristeza—. Murió en pecado mortal.

—Me trae sin cuidado los pecados que se llevó con ella —añadió Rafael, desplegando la carta—. Aquel asunto se cerró por la imposibilidad de encontrar a Lorenzo de Casanueva. No comprendo qué puede querer su hermano de mí.

—Pues apresúrese a leer la carta, patrón.

Él dirigió una fugaz mirada al rostro expectante de Samuel. A veces sus empleados se tomaban demasiadas confianzas, pensó, antes de que el trazo firme e impecable de Casanueva ocupara toda su capacidad de concentración y de sorpresa:

*Estimado señor Mejía:*

*Me dirijo a usted en la esperanza de que, de un modo u otro, ponga un poco de paz en mi vida. Quizá pueda pensar que mi modo de abordarlo es demasiado brusco, pero la situación lo requiere, como pronto comprobará.*

*Empecemos por el principio. Hasta esta parte del país han llegado la naturaleza de sus ocupaciones y su fama de hombre discreto al servicio de sus clientes. Así como yo he conocido de su seriedad en los negocios, le supongo enterado de los tristes acontecimientos que, hace más de tres años, empañaron mi buen nombre y el de mi familia. Es por eso que no me extenderé en ellos.*

*Mi hermano Lorenzo era un hombre de vida disoluta. Responsable con su trabajo, pero totalmente inepto con los demás aspectos de su vida. No viene al caso explicarle los motivos económicos que me impulsaron a concertar su matrimonio con la señorita Marina Luján. Solo le diré que el hecho desagradó tanto a Lorenzo que, incapaz de convencerme para que deshiciera el compromiso, se dirigió al domicilio de don Gregorio Luján, dispuesto a intentarlo con él. Esto último solo lo supongo, puesto que, desde aquella noche, no he vuelto a ver a mi hermano. Lo siguiente que supe fue que habían asesinado a don Gregorio, y que uno de los gemelos de oro de Lorenzo había aparecido en la escena del crimen. Prueba suficiente para acusarle.*

*De él, ni rastro. Los Civiles registraron todas mis posesiones. Asediaron mi casa suponiendo que tarde o temprano Lorenzo volvería. Tanto mi esposa Elena como yo tuvimos que sufrir durante días los interminables interrogatorios a los que nos sometieron, aunque aquello no fue lo peor.*

*Por culpa del escándalo, la delicada situación financiera de nuestra fábrica de conservas se agravó. De no haber sido por la herencia de mi esposa, el negocio familiar se hubiera ido a pique. Nuestros clientes recurrieron a proveedores más «seguros», y estuvimos al borde de la bancarrota, por no hablar del escarnio público al que fuimos sometidos por los envenenados juicios de valor que tuvimos que soportar.*

*No voy a extenderme más con mis padecimientos sociales, pero sí he de explicarle ciertas cosas antes de solicitar su ayuda.*

*Lorenzo no era un asesino. Se preguntará si poseo alguna prueba que avale mis palabras. La verdad es que no. Después de casi cuatro años, aún sigo aferrándome a la imagen que tenía de él. Era alguien falto de buen juicio, pero nunca un criminal, por mucho que las pruebas digan lo contrario. Además, me parece francamente extraño que don Gregorio Luján prescindiera de su descendencia legítima en su testamento en beneficio de un sujeto que trabajó*

*para él: el director de una de las sucursales de su banca, y el más beneficiado con su muerte, Jaime Chacón.*

*Sí, señor Mejía, eso es lo que opino. Porque ni siquiera Marina, en el caso de que no hubiera buscado su propio y triste destino, habría ganado las riquezas de su padre. ¿Y Lorenzo? Sinceramente, no me cabe en la cabeza que planeara la muerte de Luján antes de haber contraído nupcias con Marina, esperando ser el dueño de sus bienes, cuando ni siquiera contemplaba la posibilidad de aquel matrimonio con agrado.*

*No pretendo inducirlo a ninguna opinión por anticipado. Solo quiero exponerle mis argumentos para que usted mismo llegue a sus propias conclusiones. Para mí resulta incontestable que Jaime Chacón fue el único que salió bien parado con aquella muerte. Ahora, sus negocios son tan numerosos como las estrellas del cielo, y su legalidad me suscita tantas dudas como la respuesta que puedo obtener de usted.*

*No le pido que averigüe qué fue de mi hermano, sino que limpie mi nombre. Que mi esposa pueda caminar con la cabeza alta sin que la señalen con el dedo. Que mis hijos lleven mi apellido con honor, no con vergüenza. Que demuestre la culpabilidad del que, creo de todo corazón, es el verdadero instigador del asesinato de Luján.*

*Usted es la persona idónea para ello. Su trayectoria lo avala, aunque le imagino un hombre, quizá, demasiado ocupado como para perder su valioso tiempo en asuntos de los que ya nadie se acuerda. Si es así, lo entenderé, pero, por si considera lo contrario, le adjunto un talón para pagar sus servicios por adelantado.*

*Todo lo daré por bueno con tal de que la memoria de mi hermano ocupe el lugar que le corresponde.*

*Aguardando su respuesta, me despido con un afectuoso saludo.*

*Diego de Casanueva.*

Rafael admiró la espléndida cifra que adornaba el talón adjunto. Más de un conocido suyo mataría por acceder tan solo a la mitad de lo que Casanueva le ofrecía. Estaba inmerso en una perplejidad tan grande que le costó un esfuerzo inmenso aparentar normalidad delante de Samuel.

—¿Sabes algo de don Santiago? —refunfuñó, devolviendo toda la documentación al sobre—. Debo consultar esto con él.

—Llegó de su viaje esta tarde. Desea verlo mañana a primera hora, si está usted en condiciones. Un sirviente me dio el recado.

—Mañana sin falta estaré allí.

—Señor, el golpe de la cabeza fue muy fuerte, y tiene una pierna herida. Don Santiago no tendrá inconveniente en desplazarse hasta aquí si es menester.

—No será necesario, pero gracias por tu preocupación.

—Como guste, entonces. —Samuel dio un par de pasos hacia la puerta, pero, antes de marcharse, añadió—: Fue una pena que el Flaco acabara por escaparse.

Le hubiera hecho falta a usted un arma.

Rafael no se molestó por tan atrevido comentario. Incluso sonrió al recordar la velada crítica de Valentina momentos antes sobre el mismo tema. Cerró los ojos y se permitió una pequeña carcajada llena de seguridad al evocarla. Valentina. La muchacha de los rizos rojizos y las manos ardientes. La de los pechos perfectos y las suaves caderas. La del aroma fresco y el tacto de algodón, que acababa de hacerle olvidar que Samuel se había marchado, que su amigo Santiago había regresado y le aguardaba o que, bajo su almohada, descansaban las inquietantes confesiones de un hombre atormentado que requería de sus servicios.

Horas más tarde y no muy lejos de allí, un par de hombres se reunían junto a una casa ruinosa y apartada, envueltos en una tácita espera. Uno de ellos, apodado el Tuerto, preparó una pequeña fogata junto a la que ambos se sentaron para compartir una bota de vino, antes de que el segundo hablara.

—¿Era necesario que nos reuniéramos aquí? —se quejó—. El lugar apesta.

—Algo se estará pudriendo cerca. Estos días el calor aprieta.

—El fuego tampoco es necesario. La noche está tan despejada que soy capaz de distinguir tus dientes podridos a la luz de la luna.

Con una mano deforme de seis dedos, el Tuerto señaló el parche que cubría su ojo derecho.

—Yo no puedo decir lo mismo —bromeó, soltando una áspera carcajada—. Si ya has acabado de quejarte, vamos al tema que nos ocupa. Dentro de pocos días, el señor Chacón enviará una partida de hombres a Portugal para comprar una gran cantidad de explosivos.

—Sin el Flaco y su banda, resultará mucho más complicado traer el cargamento hasta aquí.

—El señor Chacón sabrá arreglárselas —replicó el Tuerto, bebiendo nuevamente de la bota—. Pero para poder hacer tratos con la gente de Portugal, no debe sentirse presionado, ¿me comprendes?

Sonrió satisfecho cuando lo vio asentir. Aquel hombre le gustaba: manso y potencialmente sobornable. Pese a que trabajaba para Mejía desde el principio y gozaba de su total confianza, don Jaime había descubierto su debilidad: la urgencia de la desesperación, que le había convertido en un traidor a Mejía. La lealtad incondicional y el agradecimiento que desembocaban en una sincera amistad no eran sentimientos que procuraran el bienestar a corto plazo. El dinero de Chacón no era tan limpio como el de Mejía, pero servía para lo mismo y aplacaba malas conciencias.

—Mal asunto que don Jaime haga negocios con los portugueses.

—No nos corresponde juzgar sus métodos —respondió el Tuerto—. Nos da de comer a cambio de mantener la boca cerrada… Y por la tuya ya debería haber salido algo que me alegre la noche.

—Solo sé que don Rafael ha recibido una carta con un contenido lo suficientemente importante como para mantenerlo en secreto —informó, cada vez

más molesto—. Si quieres averiguar más, tendrás que esperar. Don Santiago ha requerido la presencia de don Rafael mañana. Sospecho que el señor Chacón y esa carta serán dos de los temas que tratar.

—¿Solo puedes ofrecerme sospechas? ¡Carajo! Ya sabes lo que hará don Jaime con ellas cuando se entere.

El Tuerto se levantó con agilidad y sacudió sus pantalones con la mano deforme. Luego, apuró un último trago de la bota antes de extinguir la fogata con un puntapié que la cubrió de tierra.

—Mañana podré ponerte al corriente de todo con más detalle —añadió el espía.

—Más te vale. Si no resultas útil, el señor Chacón me encargará que acabe contigo.

Su interlocutor se incorporó lentamente, acariciando el mango de la pistola que llevaba colgada del cinturón, con un amago de sonrisa insegura en la cara.

—Tu sentido del humor es muy agudo, Tuerto —observó en un susurro—. Eres muy gracioso.

Pero ambos sabían que no bromeaba. Aquellas palabras permanecieron flotando sobre su cabeza como un negro nubarrón cuando el Tuerto se marchó anunciando un nuevo encuentro a la mayor brevedad posible. Estaba inquieto. Lleno de temor. No podía evitar sentir cierta lástima hacia quien le había tendido la mano, mostrándole una salida honorable a sus problemas personales, pero sabía que don Jaime solo se quedaría satisfecho si le entregaba la cabeza de Mejía.

# 5

Santiago Canales había vuelto. Eso era evidente, y no solo por su presencia en la biblioteca. También por el orden espartano que lo presidía, la alegre luminosidad que entraba por la ventana a través de la cual parecía mirar absorto y, sobre todo, el conocido olor a incienso que brotaba de algún rincón. Cuando Santiago oyó entrar a Rafael, se volvió con expresión risueña.

—¡A mis brazos, amigo! —exclamó, exultante.

Rafael resopló ante aquella exagerada efusividad, pero finalmente se fundió con él en un cordial abrazo.

—Caray, ¿qué te ha pasado? —dijo, echándose atrás para verlo mejor. Tenía el pelo por los hombros y una tupida barba—. ¿Te dio pereza ir al barbero?

—¿No te gusta? A las mujeres con las que he alternado les encantaba. Y me pareció la mejor imagen para recibir a mi amigo del alma, al que hace meses que no veo.

—No hace falta que seas tan melodramático —le reprochó, al tiempo que se servía una copa de vino tinto antes de sentarse—. Al final, Samuel tendrá que entrar para defender mi honorabilidad.

—Si Samuel te ha acompañado, es que el altercado ha sido más grave de lo que me imaginaba.

Con una sonrisa torcida, Rafael enarcó las cejas.

—Se te ha echado de menos —comentó simplemente.

—Ya lo veo. Falto por unas semanas y, mientras tanto, abandonas a Claudia y el Flaco logra escapar, después de atentar contra tus atributos masculinos.

—¿Atributos masculinos? Por todos los diablos, Canales, ¿se puede saber dónde has estado metido? Entre tus frases pomposas y tu aspecto siniestro, empezaré a pensar que ya no eres un caballero.

—Una palabra cuyo significado parece que has olvidado, junto con otra igualmente importante: inteligencia. ¿Querrías explicarme por qué has dejado a la única mujer capaz de soportar esa soberbia que te gastas en los últimos tiempos? —Perfectamente sentado en su silla, Santiago comenzó a hojear unos documentos que descansaban sobre la mesa—. Si no supiera que has estado al cuidado de Adela, juraría que tu extraña conducta es producto del golpe que te diste en la cabeza.

—Algo muy importante te traerás entre manos para hacerme salir de la posada con tanta prisa.

—Tú primero, chico.

Rafael tomó un sorbo de vino, tratando de infundirse un poco de templanza. Su cabeza no andaba muy centrada, en parte por el golpe y en parte por no despedirse de Valentina como él hubiera deseado. Aquella mañana, ella no había aparecido. Supuso que sus deberes la habrían llevado con otro cliente más

agradable que él, pero la idea le provocó una incómoda desazón de la que aún no se había desprendido.

—Las buenas noticias corren deprisa —afirmó después de un fuerte carraspeo—. Espero que tú traigas una generosa ración de ellas, porque tenía en mente una compañía mucho más agradable que la tuya para esta mañana.

—¿Vas a decirme que has dejado a Claudia por un calentón con una de las chicas de Adela?

—Claudia y yo ya habíamos terminado.

Fue lo mejor que pudo aducir para no parecer lastimoso. Los ojos oscuros de su amigo se abrieron estupefactos, un instante antes de obsequiarle con una sonora carcajada que provocó un gruñido malhumorado.

—¡Estás utilizando evasivas porque no quieres confesar más de la cuenta! —exclamó Santiago, observándolo como si fuera una extraña especie de animal—. ¿A qué santo tendré que encender una vela para mostrarle mi agradecimiento?

«A santa Valentina-a-secas», estuvo a punto de responderle.

—Veo que has vuelto con ganas de bromear —lo acusó, frunciendo el ceño.

—Siempre es mejor que enzarzarnos en una discusión acerca de Claudia.

Otro gruñido y una mirada esquiva fueron sus respuestas más inmediatas, aunque se barruntaba que había algo más profundo tras la preocupación de Santiago por la baronesa. Algo que había esperado su momento por respeto, guardado en lo más hondo del corazón de su amigo, hasta salir en forma de oportunos reproches.

—A veces un hombre se harta de comer siempre el mismo manjar, por mucho que este sea de rancio abolengo —se excusó.

—Debo advertirte que estás a punto de cambiar la mejor de las exquisiteces por unas simples sopas de ajo, créeme. Tengo mucha intuición, chico.

En intuición, como en años, le sacaba bastante ventaja. Para él, Santiago era algo más que su mejor amigo y socio igualitario: una mezcla extraña de mentor, hermano mayor y padre indulgente, que daba como resultado el único hombre capacitado para cantarle las verdades sin miedo a morir en el intento. Por eso le había molestado aquella comparación.

Valentina podía ser muchas cosas, pero nada tan simple como unas sopas de ajo.

—Ya que pareces dispuesto a sacarme los colores, veamos si esto te baja un poco los humos —dijo, ofreciéndole la carta de Diego de Casanueva con una sonrisa pretenciosa.

Conforme fue leyéndola, el rostro atractivo de Santiago palideció hasta tal punto que Rafael se preguntó si su barba también se volvería blanca. Esa seriedad fue el primer indicio de que las bromas habían quedado a un lado. Volvían al trabajo.

—Es increíble —murmuró finalmente.

—¿El qué?

—Echa un vistazo. —Santiago le ofreció los documentos que había estado hojeando—. Y ahora, dime si mi llamamiento no merecía dejar abandonada a la más hermosa de las mujeres.

Rafael se tomó su tiempo antes de decírselo. Terminó de examinar los informes y se dirigió a la ventana, pensativo y con el rostro oscurecido por la preocupación.

—¿Sabes lo que acabas de darme? —preguntó, señalando los papeles con una mirada sagaz.

—¿Un enorme motivo para creer en coincidencias?

—Mucho más que eso, amigo. —Volvió a sentarse y prácticamente devoró toda la información—. Así que Jaime Chacón planea hacer llegar un enorme cargamento de explosivos a Madrid, con un más que probable destinatario republicano, valiéndose de los contrabandistas. Si esto es cierto…

—… querrá decir que el golpe propinado a la banda del Flaco ha sido indispensable para complicarles las cosas —terminó Santiago.

—¿Me estás diciendo que ese zarrapastroso trabaja para Chacón?

—Apostaría mi mano derecha a que es así.

Rafael levantó la vista de los papeles con gesto grave.

—En estos momentos el Flaco debe de estar furioso, además de padecer un fuerte dolor de cabeza. Tendremos que extremar las precauciones. —Santiago lo miró sin comprender, pero él solo movió una mano en dirección a los papeles—. Ahora asegúrame que la fuente de toda esta información es fiable.

—Sorprendí a uno de los hombres de Chacón en una tasca de mala muerte, borracho como una cuba y con ganas de soltar la lengua. Incluso me hizo un regalito.

Con expresión de gato relamido, Santiago sacó del cajón un plano que desplegó ante los asombrados ojos de Rafael.

—Es la sierra de La Culebra —recitó—. Conocemos la zona.

—Esperemos que mejor que los contrabandistas.

—¿Por qué está señalado el castillo de Alba de Aliste? Sus ruinas son de difícil acceso —objetó Mejía, golpeando con el dedo el lugar citado—. Demasiado cerca del río Esla y de Portugal.

—Por eso lo habrán elegido para depositar la mercancía. ¿Te das cuenta? —Santiago puso los documentos sobre el plano—. Lo tenemos todo, chico. Solo nos falta organizar una emboscada para hacerles caer.

—En realidad solo tenemos las confesiones de un borracho —le reprochó—. Bien podrían haber sido un falso señuelo. Y, en caso contrario, Chacón habrá variado los planes.

Santiago se sirvió vino. Lo iba a necesitar.

—Contaremos con los hombres que hagan falta. Sabes que no tienes más que pedir, y los Civiles se pondrán a tu disposición sin dudarlo, sean cuales sean tus intenciones —replicó—. ¿De qué tienes miedo?

—No es miedo, sino recelo. Para empezar —insistió Rafael—, explícame qué relación puede tener Chacón con los republicanos, porque no me lo imagino

defendiendo ideales ajenos.

—Nos gobiernan los liberales de Sagasta, mientras la regencia de un rey recién nacido la ejerce su madre. La situación política del país no invita a muchas alegrías que digamos…

—Precisamente. Sagasta es el mayor superviviente político del que tenemos constancia, amigo. Un hombre que conmutó una pena de muerte por el asunto de la sublevación del cuartel de san Gil hace más de veinte años, por un destierro en Francia… ¿Conoces a muchos que salgan tan bien librados de una conspiración contra la reina Isabel II? Al parecer, era una mujer de armas tomar.

—No conozco a más que lo hayan intentado y que vivan para contarlo, pero ignoraba que estuvieras tan bien informado.

—El Pacto del Pardo firmado entre él y Cánovas garantiza la alternancia pacífica de gobiernos, al menos hasta que nuestro rey pueda decidir por sí mismo —prosiguió Rafael con dureza, ignorando el comentario—. Si yo lo sé, Chacón también. No lo creo tan inconsciente como para suponer que puede romper ese pacto.

—Chacón es el accionista mayoritario de la principal empresa constructora del ferrocarril en esta provincia. Un oportunista al servicio del mejor postor. Cuando pueda prescindir de los contrabandistas, los explosivos llegarán a su destino escondidos en uno de esos vagones. Los republicanos pagarán muy bien sus servicios. ¿Qué importan los ideales?

—Por lo que cuentas, parecería que se está fraguando un auténtico golpe de Estado.

Santiago se encogió de hombros ante el escepticismo de Rafael.—Un atentado a gran escala con un pez gordo de por medio —explicó—. Quizá el propio Sagasta, o la mismísima reina regente.

—¿Lorena[2]?

—No conozco a otra. ¿Quién sabe? En ese sentido, no he podido probar nada.

Rafael se inclinó hacia delante cuando volvió a desplegar la carta de Casanueva para refrendar sus propias conclusiones.

—Si hay algo de verdad en todo lo que me dices, significaría que Chacón habría urdido esos planes contando con un buen colchón económico —murmuró—. Podría haber ordenado la muerte de Luján para hacerse con toda la fortuna…

—Empleándola bajo la tapadera de negocios lícitos, como la construcción del ferrocarril.

—Seguramente chantajeó a don Gregorio para conseguir sus propósitos. —Asintió a sus propias palabras, totalmente inmerso en la carta de Casanueva—. El suicidio de Marina Luján le facilitó las cosas.

—No le imagino actuando de otro modo, pero tendremos que probarlo. ¿Eso quiere decir que aceptamos el encargo de don Diego?

—¿Bromeas? Por supuesto. —Los ojos de Rafael se volvieron tan fríos como su afilada sonrisa—. Es la excusa que necesitábamos para verlo en el garrote. —Su

ademán oscuro buceó en todas las posibilidades, mientras recorría el despacho de lado a lado—. Pero aún me pregunto qué hace Chacón aquí. Hasta donde yo sé, vivía en Málaga.

—¿No te lo dije? —Por la expresión de advertencia que le respondió, supo que no—. Sus padres eran de Zamora, y él se trasladó aquí hará unos meses. Al parecer, piensa abrir una sucursal de la Banca Luján en la ciudad. Pertenece a esta tierra tanto como nosotros, chico.

—Apostaría lo que fuera a que le sacará provecho. —Rafael volvió a sentarse con aire derrotado—. De momento tiene la sartén por el mango.

En vez de palabras de consuelo, Santiago le mostró otro sobre que él se apresuró en abrir.

—Es la invitación para la fiesta de cumpleaños de Claudia, que se celebrará dentro de una semana —descubrió, confuso—. Esto solo demuestra que, al igual que yo, estás invitado, pero no entiendo qué tiene que ver con Chacón.

—Él será uno de los asistentes, chico. Ahí tienes tu oportunidad.

Rafael no conseguía salir de su asombro. ¿Claudia conocía a Jaime Chacón? Controló su euforia, pero no pudo evitar sonreír ampliamente. Tanto que la boca le dolió.

—Si no fueras un hombre, te besaría —bromeó—. No tenía pensado asistir a la fiesta, pero te puedo asegurar que ahora lo haré. Quizá nuestra amistad común con Claudia le haga dar algún paso en falso.

Santiago abrió la boca dispuesto a añadir algo más, pero luego lo pensó mejor. Por muy amigos que fueran, uno siempre tenía derecho a guardarse ciertas cosas. Sobre todo si tenían que ver con el amor, pensó, mientras recogía el grueso de los informes y la carta de Casanueva en un cajón.

—En vista de que ya tienes todo claro, ¿qué te parece si celebramos el éxito de nuestra misión en la posada? —propuso—. Seguro que ambos nos lo merecemos.

—Antes he de responder a Casanueva y visitar a la modista de Claudia.

—No te conocía esos gustos por la moda —aventuró Santiago, arqueando una ceja.

—Cuidado, Canales. No soy yo quien se ha peleado con el barbero —bromeó Rafael, chasqueando la lengua—. Tengo un encargo que hacer, y me consta que esa mujer es una excelente profesional, pero nos vemos esta noche en la posada. Y que vayan Samuel y Cosme. A todos nos vendrá bien el descanso.

—Una buena partida entre los cuatro regada con vino en abundancia, como siempre. ¿No vas a contarme más?

Por toda respuesta, Rafael le dedicó una sonrisa llena de enigmas. Acudiría a la fiesta de Claudia, aunque no lo haría solo. Abrigaba la esperanza de convencer a cierta muchacha con aires de grandeza para que lo acompañara, con algo que adularía la vanidosa coquetería que toda mujer poseía.

# 6

—¡Está aquí! ¡Vamos!

Valentina se dejó arrastrar por Ramona al interior de la posada, justo detrás del mostrador.

Desde allí, no tuvo dificultad en distinguir al culpable de su inesperado estado de ansiedad, que bebía y jugaba en buena compañía. Con el cabello castaño revuelto en un delicioso desorden y el chaleco gris abierto, dejando una generosa porción de pecho al descubierto a través de la camisa. Toda una artillería pesada dispuesta para hacer picadillo sus convicciones al respecto.

—Ramona, no sé a quién te refieres —mintió, con el corazón bombeándole a un ritmo frenético.

—¿A quién va a ser? ¡Al señor Mejía! Seguro que ha está aquí por ti. Si no, ¿a cuento de qué iba a dejarse caer por aquí? Le interesas.

—Pues él y su interés pueden irse por donde han venido.

Sintió tras ella la presencia de Adela justo cuando pensó que sus mentiras la condenarían para toda la eternidad.

—¿Fue muy seco contigo? —La mujer se acercó a ellas, repentinamente interesada en la conversación—. ¿Qué pasó, cielo?

¿Qué iba a pasar? Que aún le picaban los dedos al recordar la suavidad de aquella íntima porción de piel masculina, tirante y ligeramente húmeda a causa de unas caricias que habrían despertado las perversiones más inconfesables. Le pasaba eso y mucho más.

—Las calderas de Pedro Botero[3] son más acogedoras que él —rezongó.

—No suele dejar indiferente a nadie —le disculpó Adela—. Pero le gustas, quién sabe hasta qué punto.

—No soy yo la que fantasea día y noche con que uno de mis clientes más fieles cambiará mi vida. Esa es Ramona.

La aludida meneó su rubia melena y señaló la salida.

—Mi hombre está muy bien acomodado —afirmó, con el fervor de una mujer enamorada—. Y esta noche la pasaré con él. Ahí fuera está esperándome uno de sus empleados, para llevarme directamente a su cama. Solo tiene ojos para mí.

—Y que siga así, por el futuro económico de la posada. —Adela le acarició la sonrosada mejilla con una triste sonrisa en la cara—. Mi querida niña, hay una gran diferencia entre llevarte a la cama y llevarte al altar, pero, siempre que sea de tu agrado, estaré encantada de recibir el pago por adelantado.

—¡Entonces ahora vuelvo! —chilló Ramona entusiasmada, mientras corría a la salida.

—A ti te pasa algo. —Valentina dio un respingo al notar el dedo acusador de Adela en su pronunciado escote—. Has estado todo el día muy callada.

—He tenido demasiado trabajo, eso es todo.

—Y un cuerno. —Los ojillos oscuros la inspeccionaron como si fuera capaz de leerle la mente—. Algo te preocupa. ¿No será Mejía?

—Qué tontería. —Su mirada azorada buscó refugio en los clientes, hasta que vio una mano alzada—. Ahora mi preocupación es que aquel hombre de allí tenga su bebida.

Se fue sin aguardar respuesta, tan apurada por escaparse de aquella conversación incómoda que no reparó en lo cerca que había pasado de Mejía.

Para él fue como si una ráfaga de aire fresco le hubiera robado toda capacidad de concentración en la partida. Acababa de comprobar que, cuando aquella muchacha merodeaba por los alrededores, su cuerpo se convertía en un maldito polvorín. Una molesta tortura con la que estaba dispuesto a terminar, cuando unas voces alteradas a su espalda le pusieron alerta.

—Vamos, preciosa. Solo quiero pasar un buen rato. Para eso estás. ¡Tengo monedas suficientes! Si pongo un par de reales más, ¿te abrirás la blusa?

—Ningún dinero que venga de usted conseguirá semejante milagro, se lo aseguro.

Rafael reconoció al instante la voz serena de Valentina. Dejó las cartas sobre la mesa y se volvió con disimulo, para ver cómo un lugareño la sujetaba del brazo.

—¿Y si unimos los cuartos de mi compañero?

—He dicho que no. ¿Acaso no entiende el significado de esa palabra?

Rafael frunció el ceño. Estaba allí para optar a la compañía de Valentina, y el patán que la retenía contra su voluntad le estaba proporcionando la ocasión perfecta. No consentiría que nadie más la disfrutara. Alrededor de ella comenzó a formarse un murmullo intrigado, pero ninguno de los presentes movió un solo músculo para ayudarla.

—No se preocupe, patrón. Ahora mismo los echo de aquí.

Cosme hizo amago de levantarse, pero Rafael lo detuvo con un gesto de la mano.

—Yo me encargo —dijo.

Por el camino, tomó una manzana del frutero que adornaba un rincón del mostrador y la frotó contra la manga, antes de apoyar la punta del pie en el asiento del hombre.

—Buenas noches, caballeros —saludó, con el codo cómodamente aposentado en su muslo—. ¿Algún problema con ella?

Sus ojos se dirigieron a Valentina una fracción de segundo, antes de sacar una enorme navaja con la que partió un trozo de manzana que se llevó a la boca. Pero aquellos mastuerzos tenían demasiado vino encima como para percibir la amenaza.

—Nada que no podamos arreglar —dijo uno de ellos, envalentonado.

—Me ha parecido oír la opinión de la muchacha al respecto con mucha claridad.

—Eso es porque no hemos ofrecido lo suficiente —apostilló el otro—. Se ha puesto un precio muy alto.

Rafael masticó la manzana sin despegar los ojos de los borrachos.

—¿Y dónde tenéis la gorra? Lo digo para que esta gente os eche unas monedas. Los estáis entreteniendo con vuestro espectáculo.

Una mirada furibunda a su alrededor bastó para que los curiosos se dispersaran.

—La zagala se cree dueña de tesoros únicos —comentó el primero, agarrándola con más fuerza.

—Ah, es eso… —Sin abandonar su aparente calma, dejó la manzana sobre la mesa y limpió la hoja de la navaja en la chaqueta raída del borracho—. Verás, esta moza es mía, ¿comprendes?

—Pero, señor, yo la vi primero.

Rafael contuvo un juramento. Frente a él, Valentina lo observaba entre sorprendida y halagada.

—Te lo explicaré mejor —insistió—: sus tesoros son muy caros, charlatán. Solo yo podré pagarlos, y solo a mí me los entregará.

Su mirada amenazante se reflejó en la hoja de la navaja cuando simuló comprobar su limpieza. Al fin, el hombre comprendió el mensaje e inmediatamente retiró las manos, adoptando una postura más sumisa.

—Tengamos la fiesta en paz, señor Mejía —reconoció.

—Tengámosla, pues.

Con el mismo gesto despreocupado, tomó a Valentina del codo y se la llevó.

—¿Usted por aquí? —la oyó comentar, fingiendo sorpresa—. No lo había visto.

—Ya. —Ella lo miró de soslayo. Estaba claro que no se había creído su poco convincente mentira—. Al final, las ataduras de la posada resultaron ser más fuertes de lo que pensé.

—Ha acudido a socorrerme con mucha rapidez.

Por el rabillo del ojo, Rafael pudo contemplar su sonrosada boca aún entreabierta por la admiración. Sonrió para sus adentros. La mansa ovejita terminaría en el redil antes de lo esperado.

—¿Te he sorprendido? —preguntó, deslizando los labios contra la suave mata de cabello cobrizo—. A ellos también. No creo que vuelvan a molestarte mientras yo esté aquí.

—Va usted armado.

—Siempre voy armado. Lo del Flaco fue un error que no se repetirá.

—Y ahora tendré que agradecérselo.

Rafael alzó una ceja con seguridad. Parecía a punto de sacar la lengua para relamerse cuando dejó que Valentina se soltara de su mano.

—No será necesario. Pienso cobrarme el favor —dijo—. Tráenos más vino.

Le tendió la jarra vacía con la mirada del cazador que acorrala a un indefenso cervatillo, sin perderse detalle de las curvas que desaparecían tras el mostrador.

—¡Larga vida al poder de las mujeres! —proclamó Santiago, alzando el vaso.

—Soy inmune a ese poder —respondió, molesto, tratando de ignorar los tres pares de ojos que lo observaban burlones, y sus consiguientes risotadas.

—Yo diría que ella lo está empleando con muy buenos resultados. —Aún sonriendo, Santiago retomó la partida de cartas—. De momento, ha conseguido que acudas aquí solo para volver a verla.

—Ja, ja, qué risa. —Ni muerto reconocería aquella verdad—. Yo siempre he tenido a cuanta mujer he querido.

—Pues esta se te resiste, chico. Es muy bonita, pero parece un hueso duro de roer.

—Solo es apariencia. —Rafael volvió a buscarla con la mirada sin pretenderlo. Maldición. El vino estaba relajando su sentido práctico—. Si te fijas bien, verás que me observa con interés en cuanto tiene oportunidad.

Con gesto circunspecto, Cosme le hizo una seña con el dedo para que se acercara.

—Haga caso a la voz de la experiencia, patrón —cuchicheó—. Acabará corriendo detrás de ella antes de que cante el gallo, pero tenga cuidado: la pequeña gallinita le puede salir respondona.

—¡Y entonces, la bestia que le ruge en los calzones tendrá que beber en otro abrevadero! —apostilló Samuel, medio ahogado por la risa contenida, mientras señalaba el centro de sus pantalones.

—Señores, creo que alguien aquí está olvidando cuál es su sitio. —La mirada de Rafael fue tan dura que las nuevas carcajadas se cortaron de cuajo.

—No te enfades con ellos —intervino Santiago—. No tienen la culpa de que resultes tan poco convincente. Además, en los asuntos del corazón no hay quien mande.

—El corazón no tiene nada que ver con este asunto en particular.

Era otro músculo el que se revolvía en cuanto intuía su presencia. El mismo que protestó cuando ella se acercó, con la jarra rebosante de vino y un encantador fruncimiento de cejas.

—Usted no gasta de eso, ¿verdad? —lo acusó, demostrando que había escuchado lo suficiente—. Frío y sin conciencia, como un enorme trozo de roca.

—¿Hablas por experiencia propia?

—Ya sabe la respuesta —replicó Valentina, arropando su fugaz triunfo por un eco de risillas—. La insatisfacción hace que baje sus defensas, señor. Ahora hay un poco más de calidez en sus ojos.

—¿Ves? Eso te demuestra que soy un hombre muy poco común al que no le gusta dejar las cosas a medias. Nada de lo sucedido ayer noche terminó de forma conveniente, Raposa.

Así que la muchachita tenía ganas de pelea. Pues se la daría. De esa forma sería mucho más placentero seducirla. Y cuando hubiera pasado una más que satisfactoria noche con ella, no tendría problemas en convencerla para que acudiera con él a la fiesta de cumpleaños de Claudia.

No veía razón alguna para privarse del placer mientras realizaba su trabajo.

—Debería visitar otros ambientes más adecuados a su posición —le advirtió Valentina, sin apartar su mano de la mesa cuando la de él la cubrió—. En este

lugar, su reputación podría caer tan rápido como ha subido.

—Eso depende del tipo de reputación que desee conservar. Es una cuestión de prioridades. Ahora, mi prioridad eres tú.

Se estaba divirtiendo. El brillo insinuante de sus ojos la recorrió entera, seguro de que la encendía a su paso. A esas alturas, cualquier otra estaría más que dispuesta a cumplir con las exigentes alteraciones de su cuerpo, pero ella le sostuvo la mirada con indiferencia.

—Dudo que se encuentre en disposición de discernir semejantes cuestiones —apreció—. Está borracho.

—Bah, borracho. Un poco afectado, eso sí, pero borracho… ¿Quieres que te lo demuestre?

—Me encantaría saber cómo pretende hacerlo sin levantarse del asiento. Lo contrario lo dejaría en evidencia.

—Supongo que una mujer de mundo como tú sabrá jugar al tute. —Las expectantes miradas de los que los rodeaban pasaron de uno a otro con rapidez—. Dadas mis escasas facultades y mi nula conciencia, no tendrás problema en ganar la partida.

—La conciencia tiene poco que ver con esto. —Un hombre casi tan alto como Mejía, con el pelo por los hombros y una tupida barba, le cedió su asiento con ademán afable. Tanto Samuel como Cosme abandonaron su lugar, dispuestos a disfrutar del espectáculo—. Pero imagino que querrá más. ¿Cuál será la apuesta? Yo no tengo dinero, ni poseo bien alguno…

—Posees uno de los más codiciados por mí: un beso.

El cuerpo de Valentina se sacudió al apreciar su mirada posada en ella mientras barajaba las cartas y comenzaba a repartirlas. Estaba tan seguro de su respuesta como de que, fuera quien fuese el ganador, habría un beso y ella se olvidaría de todos los presentes, de la disimulada vigilancia de Adela e incluso de sus propias reglas al respecto.

—Trato hecho —aceptó, con una enigmática y deliciosa sonrisa, antes de que la batalla comenzara.

Solo un par de minutos más tarde, la sonrisa se le había borrado de la cara. Se dio cuenta del error cometido cuando Mejía comenzó a tomar ventaja y en su semblante pareció instalarse una expresión de perverso júbilo que iba en aumento. Oh, sí, parecía muy concentrado en lo que hacía. Ni siquiera le prestaba atención. Todo lo contrario que ella, inmersa a esas alturas en el olor penetrante que le llegaba del hombre, con los ojos más fijos en su camisa entreabierta que en el abanico de cartas que sostenía en la mano.

Cuando quiso darse cuenta, el pequeño grupo de espectadores cantaba la victoria de Mejía y lograba encenderle las mejillas de vergüenza. Necesitaba aire fresco. Soledad. Lo que fuera con tal de evitar lo inevitable.

Echó la silla atrás y farfulló algo antes de salir al patio atropelladamente. El corazón le ardía en el pecho, las piernas le temblaban y los dientes le castañeteaban. Nunca debió haberse dejado llevar por aquella provocación

encubierta, ni por la potente virilidad que su contrincante había lucido todo el tiempo con despreocupado orgullo, pero tenía que mostrarse callada.

—Te has enfadado. No sé si es debido a tu derrota en la partida, pero estás enfadada.

Valentina dio un respingo. Gracias a la luz de la luna llena, pudo ver el gesto desconcertado de Rafael cerca de ella, a la espera. Enseguida olvidó su propósito de morderse la lengua. Le resultaba imposible con él. Aquel hombre la sacaba de quicio. Comenzaba a rechazarlo con tanta fuerza como comenzaba a desearlo.

—Se ha creído usted mi dueño por el solo hecho de alejarme de un par de borrachos —lo acusó con voz áspera y las manos en las caderas, manteniendo las distancias—. ¿Cómo debería tomármelo?

—Como lo que es. Hubiera afirmado ser el mismísimo rey ante esos haraganes, con tal de sacarte del apuro.

Las alarmas sonaron en la mente de Valentina como campanillas. Ahora se mostraba amable. Un peligro mucho mayor, porque no sabía cómo enfrentarlo. No debía acercarse a él, pero se acercó.

—Reconocer determinados comportamientos como ridículos debería ser de obligada prescripción médica —apuntilló con un resoplido.

—Yo no creo que mi comportamiento haya sido ridículo.

—Lo dice con la lengua lenta y la voz pastosa por el vino. Puede que usted no lo crea así, pero le aseguro que el resto de la humanidad opinaría lo contrario.

No se movió del sitio cuando Rafael se acercó con cautela, aunque tampoco hubiera podido hacerlo sin caer al suelo fulminada. Aún se preguntaba cómo él parecía tan tranquilo cuando ella estaba al límite de su resistencia. Hasta que sintió una mano rodeándole el brazo, y aquel aroma, mezcla de vino y tabaco, golpeando su aturullado cerebro.

—¿Y cuál es tu sentencia? —le preguntó con jactancia—. Me interesa conocerla. Mucho.

—Que se parece demasiado a un cretino, y que mañana verá las cosas de otra manera.

—Escúchame.

Pero no estaba interesada en escuchar más. Pasó por su lado dispuesta a entrar de nuevo en la posada cuando un golpe seco a su espalda, seguido de una sonora maldición, la obligaron a volverse, para ver a Mejía tendido en el suelo cuan largo era.

—¿Qué le ha…?

—La próxima vez que quieras huir de mí, hazlo en un lugar más iluminado. —Rafael dio un puntapié al lavadero de madera que alguien había dejado en medio del patio—. He tropezado con esto.

A Valentina la situación le pareció tan cómica que no pudo evitar un agudo ataque de risa, tan fuerte que los ojos comenzaron a llorarle y el estómago a dolerle. No tuvo en cuenta la expresión ofendida de Rafael, y esperó a poder

enderezarse para ofrecerle una mano que él rechazó, totalmente herido en su hombría.

—Para dedicarse a proporcionar seguridad y atrapar malhechores, demuestra ser un poco patoso, señor.

—Solo cuando tú estás cerca, marisabidilla.

Lo dijo intentando defender el poco orgullo que le quedaba, pero solo provocó otra oleada de carcajadas que Valentina no se molestó en contener. Y no pudo reprochárselo. Allí despatarrado, escuchando el fresco sonido de su voz como si fuera música celestial, le resultaba muy difícil parecer ligeramente honorable.

—¿Se encuentra bien? —consiguió preguntarle al cabo de un rato. Oh, desde luego, aquella inesperada lección pondría su inconmensurable petulancia a la altura merecida.

—Lo estaré en cuanto dejes de reírte de mí. —Con una mano aún en la boca, Valentina lo vio incorporarse, sacudirse los pantalones y, finalmente, resoplar derrotado—. De acuerdo, lo reconozco. Me he comportado como un cretino.

—Sé que lo hace porque tiene sus facultades mentales algo mermadas, no por puro convencimiento.

—No creo haber conocido nunca a una mujer tan testaruda como tú. —Rafael la agarró de los hombros para evitar que intentara escaparse de nuevo, recordando muy a su pesar las premonitorias palabras de Cosme—. ¿Sabes cómo me has hecho quedar ahí dentro, con todos los presentes viéndome correr detrás de ti?

—Supongo que ambos hemos sido el hazmerreír de la posada.

—Quizás a ti no te importe, pero a mí sí —susurró, atrapándola entre los brazos. Tenía que hacerle comprender que no estaba dispuesto a renunciar a ella. Ni a las agudas y sosegadas réplicas que incentivaban su ingenio, ni tampoco a la caricia de su cabello, al aroma de su cuerpo o a la suave tortura de su tacto—. ¿Acaso Adela no te ha enseñado humildad? Si es así, no te preocupes, descarada. Yo me encargaré de que la aprendas.

Valentina contuvo la respiración cuando sintió las manos de Rafael recorriendo la deliciosa curvatura de su espalda y continuar más abajo, presionándola contra la dureza evidente que sufría. Agradeció que el firme cerco la mantuviera prisionera. De lo contrario, no hubiera dudado en echarle los brazos al cuello.

—Usted dista mucho de lo que considero un buen maestro —lo desafió—. Un niño caprichoso y mimado por todos, que necesita una buena azotaina, eso parece.

—Estaría encantado de recibirla, si fueras tú quien me la diera. —Su cuerpo estuvo a punto de convulsionarse con solo imaginar aquellas manos blancas palmeándole el trasero.

—Dejaré el privilegio a otra que pretenda la santidad. Yo ya he llenado el cupo de impertinencias con usted.

Parecía dispuesta a dejar caer el cielo sobre su cabeza, pero sus palabras eran tan ásperas como dulce y sumisa su cercanía. Rafael emitió un ronco gruñido de

protesta, antes de acercar la boca a aquel cuello tan delicado. No le importaba que ella percibiera su grado de excitación. Inclinó la cabeza y aspiró el olor de su piel. Valentina pudo sentir el aliento acelerado con el que le calentaba la carne. Se aflojó contra él y cerró los ojos, permitiéndose apoyar la frente contra el hombro masculino, cuando una risa queda y victoriosa la obligó a ponerse tensa de nuevo.

—Al menos puedo enseñarte que las deudas son de obligada retribución, hermosura. Está en juego el honor del deudor, pero también el del acreedor.

—¿Por eso está aquí? —preguntó, sin ocultar su desilusión.

—No imagino razón más importante.

Rafael cedió lo justo para permitirla maniobrar. Y lo hizo con disgusto. Había descubierto un secreto placer en tenerla así, aparentemente belicosa, pero totalmente rendida a él. Envolviéndolo en un colapso de emociones desconocidas.

—Si solo pretendía el dichoso beso, no era necesaria tanta parafernalia.

—Entonces demuéstrame tu honradez y salda la deuda —invitó, dejándola libre para cruzarse de brazos.

El corazón le taponaba la garganta, pero estaba decidida a salir airosa del apuro. Apenas tuvo que ponerse de puntillas para depositar un casto beso en la frente de Mejía.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer con la boca? —preguntó, más que sorprendido.

—No, pero no especificó nada más al respecto.

Rafael volvió a atraparla y posó los labios en el hueco de su cuello, provocándole un cálido e inesperado latido entre los muslos. Tendría que explicarse mejor.

—Esto podría considerarse un beso —le mostró, dejando que sus labios discurrieran por la clavícula—. Y esto también se acerca bastante. —Mordisqueó la tierna carne, enfebrecido de pronto al comprobar que ella emitía un suave jadeo de placer—. De momento respetaré tu opinión acerca de tomar tu boca, pero esa parte acabará por ser mía, como todas las demás. Yo te deseo y tú también a mí, así que vámonos arriba. Ahora. Tus servicios te serán ampliamente recompensados.

—Mi profesión requiere frialdad. —«Y en este momento estoy lejos de tenerla».

—Si hubiera querido frialdad, me habría quedado en mi casa. Ni yo te la pido ni tú serías capaz de dármela. —Las manos masculinas se desplazaron por los costados, arrancándole otro suspiro de anhelo. Vagaron seguras sobre la blusa y cercaron con suavidad sus pechos—. Deberías dejarte llevar por el placer, para variar.

Rafael los masajeó con delicadeza, mientras uno de sus fuertes muslos pedía paso entre los de ella. Valentina sintió el fuego en las entrañas cuando él comenzó a moverlo sobre la tela de la falda con lentitud, sabiendo a la perfección la humedad que provocaba e intensificándola al frotarla con más precisión. Mucha más, a juzgar por la debilidad que comenzó a invadirla y por la sensibilidad que asediaba su intimidad. Gimió y alzó las manos buscando un sostén en el robusto y

ardiente cuello, apretándose más contra él. Rozó con los labios la parte del pecho descubierto, y sin que pudiera remediarlo, lo tocó con la punta de la lengua.

Una riada de tórrida lujuria atravesó a Rafael, anudándose en su ingle. La sangre se concentró en un único punto y comenzó a presionar cuando aventuró una mano bajo el escote de la blusa blanca.

—Cada vez que te haces la digna conmigo me excitas tanto… —confesó, con la cara enterrada entre los rizos cobrizos—. Mi querida señorita, a este paso, ninguno de los dos llegaremos a la alcoba.

Aquellas palabras fueron la fórmula mágica para que Valentina despertara de su sensual letargo. Apartó la cara de aquel formidable pecho y clavó las uñas en los brazos masculinos hasta que estos aflojaron la presión. El fuego de la pasión dio paso a una creciente indignación imposible de ser contenida.

—Estoy muy lejos de ser una señorita —farfulló jadeante, mientras el muslo de Rafael volvía a su lugar y ella se alisaba la falda—. Tanto como de ser su querida.

—Tiempo al tiempo, Raposa. Tiempo al tiempo.

Rafael la dejó marchar. Al final, no le había hablado de la fiesta de Claudia. Se tuvo que emplear a fondo para no ir tras ella y llevarla a la alcoba en brazos, como si fueran un par de recién casados ansiosos por disfrutar de su noche de bodas. El estado lamentable en el que se encontraba no necesitaba otra persecución, sino un buen baño en agua helada que le templara los ánimos. Aunque su mayor consuelo para soportar el dolor de la hinchazón era saber, a ciencia cierta, que no era el único insatisfecho.

Horas más tarde, bastante más calmado y en la acogedora soledad de su alcoba, pudo desnudarse sin que las manos le temblaran al hacerlo. Fue entonces cuando vio las señales de uñas en uno de sus antebrazos. Medias lunas rojizas que le produjeron satisfacción suficiente como para acelerarle el pulso.

Por mucho que ella se escabullera de él escudándose en razones ridículas, acabaría en su cama. Y le gustaría tanto que repetiría hasta hartarse. Rio con ganas. Aquella bruja suya de cabellos llameantes sabía ponerlo en su lugar. Si no se andaba con cuidado, terminaría suplicando. Y todo ¿por qué? «Porque la deseas como nunca has deseado a ninguna mujer». Él mismo se sorprendió ante aquella claridad de ideas. «¿Hasta qué punto?», siguió preguntándose. No podía precisarlo con exactitud. ¿Hasta donde el sol se ocultaba al anochecer? ¿Hasta el límite de su propia razón?

«No», se respondió, en un incómodo arranque de honestidad. «Mucho más allá».

# 7

Valentina empapaba las enaguas en el agua del río, frotándolas contra el lavadero como si fueran su peor enemigo. Siete días. ¡Una semana! Ese era el tiempo que Rafael Mejía había permanecido alejado de la posada. Insultante para cualquier vanidad femenina, sobre todo después de comprobar con cuánta facilidad sucumbía a aquellos encantos tan masculinos. No podía dejar de pensar en él. Ni de día ni de noche. Era hora de poner en práctica una de las máximas de Adela: «Aléjate del hombre cuyo atractivo te impida realizar un buen trabajo, cielo. Al final, la niña que todas llevamos dentro saldrá perjudicada».

Pero ella tenía muy poco de ingenua, y mucho de tenaz. Cuando se proponía algo, lo conseguía. Ahora pretendía olvidarse de los ardientes devaneos, del peligroso moreno de su piel, de la dureza de sus músculos —de todos sin excepción— y de la miel de sus ojos. Incluso dejaría de soñar con aquella boca tan jugosa por la que no salían más que firmes despropósitos.

Gimió disgustada y abandonó su tarea. Vencida por el calor, el trabajo y la lucha consigo misma, se desató los cordones de la blusa y empapó un pañuelo en el agua, escurriéndolo directamente entre los pechos. Eso sí que era un delicioso respiro. Con los ojos cerrados y una sensual sonrisa en los labios, pasó el pañuelo por el cuello, la nuca y el rostro, cuando una voz profunda sonó a su espalda.

—¿Refrescándonos un poco?

Aquella socarronería solo podía venir de una persona. Valentina se apresuró a atarse los cordones antes de enfrentar la avariciosa mirada, demasiado lasciva y nada caballerosa, clavada en la prenda mojada. Pero no estaba solo. El hombre que le había cedido su silla el día de la partida de cartas lo acompañaba, aunque apenas reparó en él.

—Ignoraba que le gustara observar intimidades ajenas —soltó. Si pensaba que la iba a amedrentar, estaba muy equivocado.

—No suelo mirar sin permiso. —Rafael apoyó los antebrazos en la silla de montar y arqueó las cejas con indiferencia, pese a que la imagen de aquellos pechos semidesnudos todavía le hacía hervir los sesos—. Solo me proporcioné una visión privilegiada del espectáculo.

Ella le respondió con una altiva mirada, pero su corazón se detuvo de golpe cuando apreció los ajustados pantalones oscuros y la camisa gris, arremangada hasta los codos y abierta casi hasta la cintura. El cabello castaño parecía tan alborotado que se lo hubiera peinado con los dedos de no haber sido por ese eterno aire indolente con el que se paseaba por el mundo.

—Un «buenas tardes», para empezar, estaría muchísimo mejor —apreció.

—Ya que en su día no tuve el placer ni la ocasión, permíteme presentarme. —El acompañante de Mejía inclinó la cabeza con respeto—. Soy Santiago Canales, para servirte en lo que se tercie.

—Encantada de conocerle. ¿Usted también ha disfrutado de las vistas?

—¡Oh, no, no! —Canales sacudió las manos—. Acabo de incorporarme. Rafael me ha hablado tan bien de ti que, después de la partida del otro día, decidí acercarme a la posada.

—Me halaga usted, señor. No soy merecedora de tales atenciones.

—¿Queréis dejarlo? Tanto azúcar me va a ahogar. —Rafael elevó los ojos al cielo para evitar que el mohín reprobatorio de Valentina le afectara, hasta el punto de ofrecerle la cortesía que parecía pedirle. Al final, sus ojos volvieron a ella. Y al final, terminó cediendo—. De acuerdo —rezongó—. Empecemos de nuevo: buenas tardes, Valentina. Hace un día muy hermoso. ¿Qué te parece si damos un paseo? Tengo que tratar cierto asunto contigo.

Soltó un bufido ante la sonrisa victoriosa de Valentina y miró para otro lado. Se había pasado la maldita semana sin poder quitársela de la cabeza. Pensando en un modo de convencerla para llevarla a la fiesta de la baronesa, hasta que terminó buscándola en la posada con ansiedad mal disimulada. ¿Y Adela acababa de aconsejarle paciencia para conseguir su propósito? No se creía capaz de tal proeza. ¡Lo que daría por ver una sonrisa de placer dirigida a él, en vez de aquel gesto de disgusto! En ese punto, el mentón de la muchacha se alzó con orgullo, y ya no pudo pensar en fiesta alguna.

—¿Sabes montar? —le preguntó.

—Sé hacer muchas cosas que usted desconoce. Montar a horcajadas es una de ellas.

Los ojos de Rafael relampaguearon. Llegaba más que dispuesto a comprobar esas habilidades, siempre que él fuera la montura.

—En ese caso, he de pedirle a Santiago que te preste su caballo. ¿Te parece bien?

Mejor que bien, pero Valentina contuvo su entusiasmo limitándose a aceptar con un rígido movimiento de cabeza. Santiago volvió a la posada cargando con el canasto de ropa recién lavada y Rafael se apeó, ofreciéndole la mano con galantería. Pensó que el gesto le agradaría, pero solo recibió una mirada ceñuda.

—Puedo subirme sola, gracias.

—No tengo ninguna duda. Aun así, insisto.

No le dio opción. Posó las manos en su cintura y la elevó con facilidad a pesar de las protestas.

—Cuanto antes terminemos, mejor —refunfuñó, cuando Mejía ocupó su lugar—. ¿De qué quería hablarme?

—Mal empezamos con esa actitud, Valentina.

—No puedo adoptar otra postura con usted, dadas las circunstancias.

«Juro que esta noche te mostraré todas las posturas que puedes adoptar conmigo». Afortunadamente, logró contener el pensamiento. Estaba resuelto a reprimirse, a pesar de que solo podía imaginársela con el vestido azul oscuro lleno de pliegues y volantes que le aguardaba en la posada. La gargantilla de zafiros, a

juego con unos pendientes, había tenido un precio prohibitivo, pero sabía de antemano que merecería la pena.

Y mientras sus ensoñaciones vagabundeaban en esa dirección, Valentina seguía esquiva, provocándole una enojosa frustración que no sabía cómo atajar. Quizá su torpe comportamiento en la posada la había disgustado. O a lo mejor estaba ofendida porque no le demostró su interés con la suficiente insistencia. ¿Sería capaz de averiguarlo? Lo cierto y verdad era que él nunca se había molestado en desentrañar pensamientos femeninos. Siempre resultaban demasiado complicados para su acusado sentido práctico.

—¿Debo pedirte perdón por lo sucedido la semana pasada? —aventuró—. Desde ahora te digo que no pienso hacerlo. Volvería a repetir cada paso.

—¿Incluido el que le hizo tropezar con el lavadero?

—Ese sobre todo —afirmó, al ver su sonrisa traviesa—. Y también los besos, y las caricias en…

—¡Pare, por favor! ¿Es que no teme que alguien lo oiga y arruine su reputación?

—Aquí solo estamos tú y yo. Nadie más sabrá que tienes debilidad por mí. Seré discreto.

—Allá usted con su conciencia. —Valentina apretó los dientes. ¡La vanidad de aquel hombre era infinita!

—Habíamos quedado en que no tengo conciencia. Tú te encargaste de hacérselo saber a todos los parroquianos de la posada.

¿Por qué tenía la impresión de que aquellas palabras sonaban a un reproche que pedía explicación? Una explicación que ella estaba dispuesta a dar, lejos de sentirse incómoda. Como si fueran dos viejos amigos. O dos viejos amantes.

—No suelo formarme ideas previas acerca de los clientes de la posada, entre otras cosas porque, o bien no los conozco, o los conozco demasiado. —Valentina no se atrevió a mirarlo. No quería comprobar cómo le caía su primera revelación—. Pero con usted fue diferente.

—Tenías una imagen idealizada de mí, provocada por los rumores.

—Digamos que esa imagen no coincidió del todo con la que, hasta ahora, me ha mostrado.

«Seco y autoritario», estuvo a punto de añadir. Rafael dirigió sus ojos hacia ella. Parecía tan espontánea que contuvo el impulso de besarla. Si nadie lo remediaba, tendría que recurrir a ese instinto caballeresco que nunca se había molestado en utilizar, pero que ahora veía tan necesario como el comer, para llevársela a la cama.

—Estoy deseando demostrarte lo complaciente que puedo llegar a ser —ronroneó, deteniendo los caballos. ¡Al fin hablaban de algo interesante!—. Seguro que tienes muchos amantes. ¿Cuántos han sido hasta ahora?

—No los llevo en cuenta, pero los suficientes.

—Entonces no tendrás inconveniente en aceptar a uno más —le susurró muy despacio, con la mano posada en su brazo.

—Eso es cuestionable, señor. Soy muy selectiva. Y usted, muy poco conveniente para mí.

La boca masculina se acercó, capturando su mirada. A continuación se entreabrió y exhaló un tibio suspiro que le caldeó las entrañas. Aquello comenzaba a rezumar peligro… Los ojos de Valentina quedaron clavados en los labios llenos que, de forma inexplicable, se detuvieron a medio camino.

—Todo tiene un precio —dijeron los labios de Rafael—. Incluso tú. Ponlo, y yo lo pagaré.

—¿Cree que puede comprar todo lo que se le antoje? —exclamó ella, apartándose con indignación. ¿Cómo podía ser tan encantador un momento y tan desagradable al siguiente?—. ¡Yo no vendo amor!

—Dejarías de interesarme si lo hicieras. —Rafael acortó distancias. No estaba dispuesto a consentir más alejamientos—. Lo que ambos necesitamos es mucho más carnal, y bastante menos ilusorio que el amor.

—Bonita frase. Me pregunto qué diría su actual amante si la oyera.

—No lo sé. Te lo diré cuando tenga una.

¿No la tenía? La cara se le incendió por la vergüenza cuando atinó a ver su expresión divertida.

¡Menuda tonta!

—Pese a que hasta el momento solo ha soltado insensateces, me veo en la obligación de disculparme —reconoció—. Se rumorea que la baronesa Guzmán y usted… Ya sabe.

—¿Y qué más se rumorea?

—¿De verdad quiere saberlo? —Él asintió. Con un ligero carraspeo, Valentina irguió los hombros y miró al frente—. Se dice que usted tiene el apasionamiento de un fraile entregado al voto de castidad.

—Así que un fraile. — La carcajada de Rafael fue tan fuerte que Valentina estuvo segura de que habría llegado hasta la villa—. No te creía capaz de dar pábulo a comadreos de lavanderas. Espero que tengas una opinión propia basada en la experiencia.

—Siento decirle que me la guardaré. Explotaría de vanidad si la conociera.

—¿Lo que acabo de oír es un halago?

—No se acostumbre. No suelo prodigarlos.

Rafael volvió a reír. ¡Por Satanás! La estaba impresionando. Tanto como para que ella intentara disimularlo, sin conseguirlo.

—Comprendo que Adela hable maravillas de ti —admitió con admiración—. Solo con tus bravatas de moza orgullosa le habrás hecho ganar más de una pequeña fortuna.

—Se hace lo que se puede.

—No todo lo que se puede. Me pregunto por qué te niegas a aceptarme en tu cama como si fueras una virgen virtuosa.

Valentina enmudeció. No podía explicarle que, con él cerca, enviaba bien lejos su objetividad, sus principios profesionales y su nombre al completo. Prefirió

recurrir al truco del dulce pestañeo para desviar la conversación.

—Por favor, señor Mejía —ronroneó, a sabiendas de que había conseguido su objetivo—. No me diga que nunca le han dado un no por respuesta.

—Entonces, no te lo diré. Así ha sido siempre, pero las negativas no me echan para atrás. Vengo dispuesto a ganarme el sí.

—¿En qué está pensando? —le preguntó con acritud.

Los ojos ambarinos se oscurecieron de placer.

—En exigir la revancha.

—Para exigirla, antes hay que perder.

—Si no recuerdo mal, hace unos días tú fuiste la perdedora —señaló, apartándose para cruzarse de brazos—. He decidido darte otra oportunidad.

—¡Qué generoso! No necesito otra oportunidad.

—Yo sí.

—Veo que ya tiene todo pensado…

—Solo pediría una carrera hasta aquel árbol de allí. —Rafael chasqueó la lengua, aparentando desinterés—. Aunque, teniendo en cuenta tu natural fragilidad femenina, entenderé que no aceptes. Qué lástima.

Valentina no pensó en la emoción que le recorría el cuerpo, ni en su respiración contenida. Aquella provocación había sido demasiado descarada como para rechazarla.

—De acuerdo —gruñó ofendida—. Alguien tiene que ponerlo en su sitio.

Rafael espoleó su caballo, pero enseguida le dejó ventaja. Quería disfrutar del espectáculo de verla cabalgar, con los mechones de su cabello flotando y las caderas moviéndose sobre la silla de montar. ¡Sí, señor! Aquella era la hembra que le quemaría las sábanas. Todo en ella se lo decía. Sus partes íntimas coleaban en su presencia como si ella fuera el único estímulo disponible. Y para él, lo era. De pronto, visualizó con exactitud su acto sexual: rudo, elemental, intenso. Se la imaginó retorciéndose, suplicándole. Creyó ver el rostro inflamado de pasión, la boca gimiendo, exigiéndole más…

Rafael pestañeó para alejar aquellas fantasías antes de perderse en ellas. De lo contrario, el caballo que montaba no sería lo único brioso que debería dominar. Valentina lo recibió en la meta apeada de su montura. Con las mejillas arreboladas, una sonrisa radiante y unos pechos que se agitaban por el esfuerzo. La viva imagen de la vitalidad. Él la imitó y se colocó a su lado.

—Eres una excelente amazona —la elogió con voz profunda, pasando los nudillos por el contorno de su mandíbula—. Has ganado la carrera. Puedes pedirme lo que quieras.

—¿Me dirá ahora eso tan importante de lo que quería hablarme? —preguntó.

Rafael soltó una exclamación, golpeándose la frente. ¡La fiesta de la baronesa! Se había olvidado por completo.

Con gesto especulativo, observó la figura fina y elegante, el delicado contorno de los pechos y la suave profundidad de sus caderas, hasta llegar a los pies enfundados en unos zapatos gastados.

—¿Sabes bailar el vals? —dijo de pronto.

Valentina recordó aquellas tardes ociosas en las que ella y Ramona habían bailado alguna que otra jota en la posada, entre risas y tarareos. Aquello era lo más cerca que había estado de bailar el vals.

—Me defiendo —aventuró.

—Excelente. Veámoslo. —Posó una mano en su cintura y la atrajo hacia él, pero ella lo miró con desconfianza y se puso rígida.

—¿Qué pretende hacer?

—De momento, solo bailar —respondió, con su expresión más inocente—. Quiero comprobar tu desenvoltura.

Antes de que pudiera objetar nada, se encontró pisoteando la hierba reseca de la mano de Rafael, dejándose llevar por los compases de una melodía canturreada por él. Sus miradas se enlazaron, y el agarrotamiento desapareció. Se vio envuelta en su voz de barítono, con un ritmo creciente de vueltas vertiginosas, y acabó riendo divertida. Se sentía pletórica en sus brazos, protegida del mundo entero. Muy mujer. Pero su apabullante presencia la obligó a detenerse.

—Así que el imperturbable Rafael Mejía sabe cantar y bailar —dijo, soltándolo como si su tacto la quemara—. Quién lo diría.

—Canto y bailo divinamente, señorita. Y creo haberte demostrado que tengo poco de imperturbable.

Desde luego. Solo tenía que recordar los escarceos en el patio de la posada, o el envolvente calor de hacía unos minutos. Eso sin contar con las ardientes intenciones que no perdía oportunidad de demostrarle.

—Seguro que tiene muchas tablas en el tema —apuntó, enrojeciendo hasta las orejas.

—Claro que las tengo. Soy un caballero.

—Espero que se comporte como tal.

—Con una dama, siempre. Con una mujer, nunca. —No hizo falta que le dijera a qué categoría pertenecía. La profundidad de su mirada se lo aclaró al momento—. Y ahora, vayamos al tema que nos ocupa.

Sí, sería lo mejor. De lo contrario, corría el riesgo de que el corazón se le saliera por la boca.

—Esta noche la baronesa celebra su cumpleaños —prosiguió Rafael—. Quiero que seas mi acompañante.

—¿Su… qué? —Ella se señaló a sí misma, con los ojos desorbitados por la sorpresa—. El calor comienza a afectarlo. Soy una empleada de Adela, señor. Visto y actúo como tal.

—Discrepo de eso último, pero no voy a discutir contigo —zanjó, moviendo la mano—. En cuanto a la indumentaria, en la posada encontrarás un vestido y ciertos accesorios que cambiarán tu imagen hasta el punto de hacerte irreconocible.

—No piensa lo que dice.

—Llevo pensándolo demasiado tiempo. —Inclinó el rostro y exhaló un breve suspiro junto a su cabello. Pese a que Valentina era alta, su cabeza tan solo le llegaba a la barbilla—. Eres preciosa, y bailas mejor que bien. Por otra parte, mi honorabilidad está fuera de toda duda. Poseo una enorme finca dedicada al cultivo de la vid, cerca de aquí. Se llama La Albacara, y mi idea es terminar la velada en mi cama. Contigo. No necesito más.

Su perplejidad era tal que ni siquiera protestó cuando Rafael volvió a alzarla hasta la silla de montar. Solo pensaba en aquel hombre soberbio exigiendo su compañía como si ella fuera la mejor de las opciones, mientras seguía aferrándola por la cintura con los ojos centelleando de expectación.

—Soy de condición humilde y poco recomendable —objetó con un hilo de voz—. Cuando se den cuenta, su reputación quedará por los suelos.

—Tú ocúpate de tu aspecto, que yo lo haré de mi reputación. —Las manos la presionaron ligeramente—. No me has dado una respuesta.

—Lo haré en cuanto me suelte.

Rafael se obligó a apartarse. Si no reprimía su ímpetu, terminaría por arrancarle la ropa y poseerla en mitad del campo. Aquella galantería forzada comenzaba a resultar un verdadero fastidio.

—¿Y ahora?

Estaba a un paso de suplicar por sus favores. Algo muy parecido a lo que le sucedía a ella cuando lo tenía cerca. Se convertía en un inmenso e interminable suspiro.

—De acuerdo —accedió—. Pero usted cargará con las consecuencias.

—Te aseguro que no olvidarás esta noche —murmuró con una oscura sonrisa de victoria.

Regresaron a la posada en un cómodo silencio. En la puerta, él se despidió besando respetuosamente el dorso de su mano, aunque sus pensamientos eran bastante más incendiarios. Se preguntaba si habría acertado con las medidas dadas a la modista.

Varias horas después, parado al pie de la escalera que conducía a las habitaciones de la posada, tuvo la respuesta. Valentina descendía por ella con la elegante majestuosidad de una reina. El corpiño de raso se adaptaba a sus curvas, realzando las formas delicadas de los pechos con el escote cuadrado, y los pliegues de la falda caían transversalmente, otorgándole mayor elegancia. Llevaba el cabello recogido a base de trenzas cuya desembocadura ocultaba un pequeño sombrero ladeado, para terminar en varios mechones rizados descansando sobre uno de los hombros. El brillo de los ojos azules se acentuó cuando los posó en él, en su traje oscuro lleno de sobriedad y en el poder que irradiaba su potente y masculina presencia. Alto, gallardo e imponente. Como un apuesto demonio. El atractivo de aquel hombre era demoledor.

—Está usted muy elegante, señor Mejía.

Por una fracción de segundo, el mundo dejó de existir para Rafael al apreciar la tímida sonrisa que afloró a aquellos labios. Solo pudo responder al halago con un cortés movimiento de cabeza. Parecía otra mujer. Sofisticada y muy apetitosa. Estaba encantadora. Y él se hallaba tan absorto en su contemplación, tan cautivado, que no se dio cuenta de la presencia de Adela hasta que esta no le propinó un disimulado codazo.

—¿Se nota demasiado que es un hombre quien ha elegido el vestido?

—Se nota demasiado que lo lleva con donaire —puntualizó Adela—. Ramona se ha pasado media tarde elaborando el peinado. Por el resto, la manga no existe y el escote deja muy poco a la imaginación.

Rafael intentó mirarla de un modo más crítico y menos embelesado.

—Va a un baile, acompañada por mí. Esos detalles son perfectamente legítimos —apuntó—. No me des clases de protocolo a estas alturas.

—Ni se me ocurriría.

—Nunca vi dinero mejor empleado —añadió entusiasmado—. Debería ser pecado mortal deslumbrarme con semejantes encantos.

—Siempre he creído en los milagros de un buen coño envuelto en sedas. ¿Tú no?

—Te lo diré por la mañana —respondió, cubriendo la palma extendida de Adela con un montón de billetes.

—Pero mira que eres rancio, Mejía…

—Según con quién, Adela. Siempre hay excepciones.

La mujer se guardó los billetes entre los pechos y los vio marchar, más que satisfecha por el resultado. Había vivido lo suficiente como para saber distinguir ciertas cosas. Y lo que veía en los ojos de Mejía no era nada pasajero, ni interesado. Valentina no sería fruta de un solo bocado. Eso seguro.

# 8

La mansión de la baronesa estaba ubicada unos metros antes del famoso paseo de la Mota. Poseía estancias lo suficientemente grandes como para albergar una recepción de envergadura, pero en aquella ocasión, la fiesta se llevó a cabo en el inmenso jardín de la parte posterior, aprovechando el buen tiempo reinante. La amplia extensión de césped se hallaba iluminada por el sereno y despejado atardecer, con varias lámparas sujetas a la pared de la fachada esperando a la noche para ser encendidas. Varias mesas alargadas contenían todo tipo de manjares. Parte del numeroso servicio de la baronesa ofrecía bandejas con vinos y licores, y apostada en un cómodo rincón, una pequeña orquesta amenizaba la tranquila velada.

Valentina se hallaba tan sorprendida por el lujo mostrado, que tardó en percatarse de que las risas y murmullos iban disminuyendo su volumen a medida

que ella avanzaba del brazo de Mejía. Incluso olvidó la agradable y respetuosa conversación que habían llevado por el camino, hasta que él se la recordó.

—Me decías que no eran necesarios los regalos que llevas puestos. —Rafael abarcó a los presentes con un gesto de la mano—. Pero mira el efecto que acabas de provocar.

Así que el progresivo silencio era por su causa. Valentina clavó los ojos en el suelo. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—El que usted buscaba —replicó—. Poseo mi propio gusto en la elección de vestuario. No necesito que nadie decida por mí.

—Era un regalo. No podía consultarte al respecto sin desvelar la sorpresa. ¿No afirmabas que te sentías agradecida?

—Mucho —reconoció.

—¿Como cuánto?

—No suelo medir la gratitud en dinero, señor Mejía.

Rafael contuvo una sonrisa por el tono de ofensa que, sin embargo, no le impedía mostrarse impresionada ante todo lo que veía.

—Yo tampoco —murmuró, inclinándose en su dirección—. Pero lo añadiré a la cuenta de favores.

—Como guste —respondió ella, con una expresión ausente que cambió en cuanto la mano masculina frotó la suya con delicadeza—. ¿Sucede algo?

—Tienes las manos heladas a pesar del calor. Pareces nerviosa.

—Lo estoy. No sé quién es la baronesa.

—Es la mujer que saluda a Canales. —Rafael la señaló con un leve movimiento de cabeza—. Claudia es muy correcta y agradable. Se mostrará tan cercana que pronto olvidarás su rango y tus nervios.

No se habían vuelto a ver desde que habían roto su relación hacía tres meses, pero estaba tan hermosa y elegante como la recordaba. Esperaba que esa elegancia se extendiera también a su inesperada acompañante, porque de lo contrario, esta caería presa de un ataque de vergüenza insuperable. Y, por extraño que pudiera parecer, comenzaba a preocuparle el bienestar de Valentina. Rafael siguió acariciando su mano, transmitiéndole una reconfortante tranquilidad. La escuchó lanzar un breve suspiro, no sabía si de contrariedad o de gusto, pero pronto salió de dudas.

—¿Qué es esto, señor Mejía? —le dijo, con un chisporroteo malicioso en los ojos—. ¿Arrumacos?

—Los arrumacos son para los novios. Yo aspiro a algo mejor contigo. Mucho mejor, si la suerte me es propicia.

Valentina ni siquiera escuchó su última e insinuante afirmación. Solo pudo apreciar la mirada afable que la baronesa le dirigió en cuanto los tuvo delante. Aunque no terminaba de fiarse. Si daba crédito a los chismorreos, llegaba colgada del brazo del que había sido su amante. No la hubiera censurado si se lanzaba sobre ella cual furiosa esposa de pescadero. Pero Claudia Guzmán mantuvo la serenidad de su rango en todo momento. Era más joven de lo que Valentina se

había imaginado, y también más bella. El recogido de su cabello oscuro llevaba un discreto adorno, a juego con un elegante vestido gris perla que parecía resaltar la suavidad de sus curvas y la elegancia innata de sus facciones. En un primer momento, Valentina no supo qué hacer. Hasta que captó en la distancia la disimulada reverencia hecha por Santiago para indicarle el proceder correcto, y se apresuró a imitarle. Claudia extendió una mano que Rafael no dudó en besar.

—Bienvenido, Rafael —saludó, con una voz casi tan fresca como la de Valentina y una correcta sonrisa—. Ya casi no esperaba tu asistencia. Aunque supongo que el retraso es debido a tu hermosa acompañante.

—¿Qué puedo decir? Mujeres. —Mejía desvió la atención de Claudia a Valentina, con un gesto tan goloso que consiguió hacerla enrojecer—. Te presento a…

—Su prima carnal por parte de… madre. Me llamo Valentina Hidalgo, señora.

Rafael no sabía qué le sorprendía más: si el atrevimiento al dirigirse de esa manera a la baronesa, o la mentira que acababa de salirle por la boca. Decidió disculparle lo primero, y cedió a lo segundo cuando ella le suplicó en silencio que no la descubriera.

—Ignoraba que tuvieras familia cerca de aquí —comentó la baronesa.

«Yo también», respondió él para sus adentros. Ya le exigiría explicaciones.

—He estado interna en un colegio para señoritas en Valladolid los últimos dos años. —La mano femenina volvió a estrujarle el brazo—. Casualmente iba a pasar unos días en casa de Mej… De Rafael, cuando él me habló de su recepción. Espero no haberla molestado con mi inesperada presencia.

—Oh, para nada. A mí también me encanta prescindir de las rigideces del protocolo en cuanto tengo oportunidad.

—Así que es usted Rafael Mejía.

El hombre que permanecía a la izquierda de Claudia, conversando con otros dos, se volvió en su dirección en cuanto escuchó su nombre. Rafael nunca lo había visto, pero no tuvo más que apreciar la mirada sibilina de ojos claros, la cabellera rubia y la falsa sonrisa para imaginar de quién se trataba. Aunque esperaba a alguien al menos tan alto como él, mucho más corpulento y bastante más… moreno. Rudo, no con aquella finura tan peligrosa. Todos sus músculos se pusieron en tensión.

—El hombre que salvó a los campesinos de una muerte casi segura a manos de aquel anarquista. El mejor emblema de esta villa, enemigo acérrimo de delincuentes y contrabandistas, celoso guardián de la legalidad —recitó el desconocido, tendiendo una mano que Mejía no dudó en estrujar con firmeza—. Ya estuve departiendo un rato con su socio Canales, pero lo esperaba. Al fin tengo el gusto de conocerlo.

—Al fin.

—Es todo un honor.

Mejía reprimió un exabrupto. «Un lobo con piel de cordero».

—Y supongo que usted es Jaime Chacón —decidió responderle—. El flamante heredero de la banca Luján.

—Veo que los dos nos conocemos a la perfección. Ya estoy al tanto de sus últimos movimientos. Fue una lástima que el Flaco se le escapara, señor Mejía.

—Para unos más que para otros. Comprendo que usted, modelo de todo el que aspira a un golpe de fortuna como el suyo, lo encuentre amenazante.

—Yo representaba la mano derecha de don Gregorio —presumió Chacón con sus modales empalagosos. La mirada amenazante de Mejía le impulsó a retirar la mano, pero este la mantuvo sujeta—. Tampoco creo en los golpes de suerte, sino en el trabajo constante. Como usted.

—Cuánto me alegro. —Rafael ejerció más presión sobre los dedos. Le hubiera gustado tener la satisfacción de oírlos crujir—. Algún día me explicará eso del vagabundo que llegó a ser rey.

—Quizá en una de esas timbas a las que es tan aficionado. —Con un disimulado tirón, consiguió liberarse para interceptar dos copas de vino y ofrecerle una—. Unos gustos peligrosos para la profesión que ha elegido, si quiere saber mi opinión.

Su opinión le importaba menos que nada, pero se guardó de hacérselo saber.

—A veces el trabajo lo requiere —afirmó—. Las partidas de cartas son ideales para hacer negocios, y el vino abre muchas bocas que, en otras circunstancias, permanecerían cerradas. Lo demás son baladronadas de nuevos ricos corrompidos por la envidia. No será usted uno de ellos, ¿verdad?

—No tendría el honor de contarme entre las amistades de la baronesa si lo fuera. Y si hacer negocios con ella parece tan rentable como estoy viendo en usted, pronto le haré un par de propuestas.

—Mis negocios con la baronesa son asunto mío, señor.

—Rafael es un hombre diligente y de palabra. —Claudia decidió intervenir. Los dos hombres parecían dispuestos a despellejarse vivos—. Su acto heroico le ha valido el respeto de todos.

—Lo sé, querida, lo sé —canturreó Chacón. En un intento por cambiar de tema, alzó la copa en dirección a Rafael—. Pero, por favor, señor Mejía, no se moleste conmigo y hagamos partícipes de nuestra conversación a estas dos hermosas damas. De lo contrario, pronto caerán rendidas de puro aburrimiento.

La presencia de Valentina atrajo de inmediato a Chacón. Llevó su mano a los labios, en un gesto cortés que revolvió las tripas de Rafael en el acto.

—Me pareció escuchar que es usted prima del señor Mejía. Encantado de conocerla. —Ella correspondió al saludo inclinando la cabeza—. Y dígame: ¿va a quedarse mucho tiempo con su primo?

—Eso aún está por ver —respondió Rafael por ella.

—En ese caso, me gustaría bailar esta pieza con la dama. Si usted da su permiso, señor Mejía.

—Adelante. Si a ella no le importa, a mí tampoco.

Pero sí que le importaba, y mucho. Tanto, que se extrañó de no apreciar el humo asomándole por las orejas cuando los vio alejarse.

La había vestido solo para él. No para aquellos imberbes que se asomaban a su escote con aviesas intenciones, y mucho menos para Chacón. Se había preocupado en parecer un caballero digno de confianza, e incluso la había iniciado en los pasos del vals. Y ahora aquel rufián la llevaba por la pista de baile entre cuchicheos y risas sugerentes. Creyó que la mandíbula se le rompería de un momento a otro. Eso le pasaba por dejarse enredar en mentiras incomprensibles de rabizas con carita de ángel y voz de sirena.

—No te preocupes. Chacón no se atreverá a sobrepasarse en mi casa. Mantendrá las formas.

Aquello era más que dudoso. Rafael terminó el contenido de su copa para sustituirla rápidamente por otra llena. Valentina parecía tan a gusto con su acompañante que el malestar se convirtió en un descomunal enfado.

—Deberías haberme advertido de que lo conocías —recriminó a Claudia, con una voz más áspera que la estopa.

—No creí que fuera importante. Este personaje es de los que buscan desesperadamente amistades como la que yo le puedo proporcionar, con el objetivo de escalar posiciones sociales. Pero Santiago acaba de informarme acerca de su investigación sobre él. —Después de una pausa, añadió—: Espero que no pienses ir a esas ruinas tú solo. Es demasiado peligroso.

Rafael ni siquiera la escuchaba. Todo había salido al revés, pensó, mientras abordaba la tercera copa de la noche. Después de un frío intercambio de acusaciones veladas en el que habían medido sus fuerzas, Chacón aprovechaba un pequeño despiste para arrebatarle su trofeo.

—¿Rafael…?

—¿Sí? —Por fin se volvió hacia Claudia, aunque no del todo. Su furia contenida solo le permitía prestar atención a las manos de aquel enclenque de piel blanca sobre el talle de Valentina, empujándola hacia un rincón más apartado cuando terminó el vals. Con un esfuerzo sobrehumano, intentó recordar cuál había sido la última observación de la baronesa—. Ah, pierde cuidado —replicó—. No trabajo solo.

Se alejó de ella con paso resuelto. Con unas copas de más, la imaginación se le disparaba con tanta rapidez como la vista se le nublaba. Ahora ya no los distinguía, pero pensaba encontrarles. Y recuperar lo que tantas pesetas le había costado, para disfrutarlo en estricta intimidad y hasta que el sol despuntara.

Claudia lo vio desaparecer entre los invitados que le mostraban su afecto, más o menos interesado, y sus esperanzas se fueron con él. Le costó trabajo volverse al sentir el tacto reconfortante de la mano de Santiago en su hombro.

—Una muchacha muy bonita —apreció.

—Además de joven, elegante, desenvuelta y con unos modales impecables.

Claudia asintió con rigidez.

—¿Es en realidad su prima?

—¿Tengo que contestarte a eso?

«Acabas de hacerlo», pensó ella en medio de una intolerable tristeza que le impedía respirar. Con un tembloroso suspiro que pretendía controlar las lágrimas de feroz impotencia, Claudia Guzmán negó por toda respuesta, decidida a dedicarse al hombre que la invitaba a salir de su amargo desengaño con una desconcertante y novedosa veneración.

—Es usted la sensación de esta noche, señorita. ¿Se ha fijado en todos los pretendientes que podría llevarse de vuelta a Valladolid?

¿Cómo no fijarse? Valentina no sabía si su mareo era producto de la bebida o de la cantidad de hombres que le habían presentado sus respetos. Ya había perdido la cuenta de las proposiciones recibidas, honorables unas, más atrevidas otras.

—Lo cierto es que nunca pensé que un vals diera para tanto —murmuró, intentando mantener las distancias, pese a que Chacón le cogía la mano con insistencia.

—Ha sido una compañera de baile espectacular —la halagó—. Los jóvenes casaderos aquí presentes harán cola para conseguir sus favores.

—No se quite importancia, señor. Si alguien causa sensación allá por donde va, es el flamante heredero de don Gregorio Luján. Confieso que quise conocerlo desde el momento en que supe de usted, pero este era el último lugar donde esperaba encontrarlo.

Aquel comentario provocó una sonrisa de suficiencia, pero no lo distrajo tanto como para que Valentina pudiera librarse de sus avances.

—Uno siempre vuelve a sus raíces, y en este caso, las mías están en Zamora —informó, cada vez más orgulloso—. Poseo una casa allí. Tal vez, si su estancia en la villa se prolonga, pueda invitarla a conocerla.

—Tal vez. —Valentina contuvo una repentina oleada de náuseas ante la idea—. Ya veo que la herencia de Luján le ha abierto muchas puertas.

—¿Conoce usted la historia?

—Como el resto del país. Que esté en compañía de monjas no significa que haya permanecido aislada del mundo. —Aprovechando un ligero carraspeo, consiguió apartarse un poco—. Sé que su benefactor fue cruelmente asesinado.

—Por quien iba a convertirse en su yerno. —Chacón meneó la cabeza con aire lúgubre—. Un hombre ruin que escapó de la justicia.

—Es increíble el giro inesperado que puede dar la vida. Supongo que usted sería el hombre de confianza de don Gregorio. De lo contrario, no comprendo cómo su hija quedó fuera del testamento en su beneficio.

«Eso se ha comentado siempre en la posada», estuvo a punto de añadir. Pero recordó a tiempo que aquella noche ella ni siquiera conocía la existencia de semejante antro de perversión.

—Veía por mis ojos —se jactó él—. Aunque todo hubiera sido distinto si Marina Luján no hubiera muerto.

Valentina detuvo su paseo y le dirigió una interrogante mirada que él se apresuró a satisfacer, más hinchado que un pavo. ¿Realmente se sentía orgulloso de aquellos hechos tan macabros?

—Marina huyó del internado en el que estaba cuando supo de la muerte de su padre. Días después, su cuerpo apareció en el fondo de un barranco, con una nota donde pedía perdón por quitarse la vida. Una verdadera pena. —Cada vez más satisfecho consigo mismo, se apresuró a rodear los hombros de Valentina con un brazo cuando la vio estremecerse—. Yo mismo me hubiera encargado de encontrarle un porvenir adecuado a su posición.

Enseguida supo que mentía. No había ni una pizca de honestidad en su ávida mirada cuando la recorrió entera, mientras ella apreciaba lo lejos que se encontraban del resto de invitados. Aún más mareada que antes, echó la vista atrás para comprobar cómo Rafael lanzaba dardos envenenados directos a su espalda, en forma de mirada tenebrosa.

—¿Tiene usted frío?

—No, no. —Valentina se apresuró a deshacerse del brazo disimuladamente—. Es que el destino de la pobre Marina siempre me ha provocado pavor.

—No debe sofocarse por ello. Lo pasado, pasado está.

Chacón decidió dar aquella conversación por concluida. Nunca se había topado con Marina antes de su muerte, pero de haberlo hecho, la habría pisoteado como a un insecto, para evitar que le fuera arrebatado aquello que consideraba un justo pago por las humillaciones soportadas a manos del déspota de Luján. Aunque no sería muy conveniente que Valentina Hidalgo lo supiera si pretendía acostarse con ella. Y eso era lo que pretendía. Mejía parecía cuidarla con mucho celo. Ese cacique arrogante tenía los días contados. Pero si, mientras tanto, conseguía meterse entre las piernas de aquella preciosidad, provocaría un serio varapalo a su orgullo.

Ella pareció leerle el pensamiento, puesto que retrocedió con extrañeza cuando él extendió una mano en su dirección, apartándolo de un pequeño empujón.

—Señor —le advirtió, poco menos que escandalizada—. Le aconsejo que no intente sobrepasarse conmigo. Soy una mujer decente.

—Perdone si mis actos la han confundido. —Inmediatamente, su actitud rayó en la humildad más absoluta—. Ni se me ocurriría…

Valentina le interrumpió con un ligero carraspeo. No le convenía mostrarse excesivamente cortante. A pesar de su apariencia endeble, aquel hombre podría reducirla con facilidad si se lo proponía, sin que ninguno de los invitados se diera cuenta.

Con gesto expeditivo, señaló la mansión de la baronesa mostrando su sonrisa más candorosa. No trabajaba donde trabajaba para no saber cómo deshacerse de una compañía poco recomendable.

—Tengo ciertas necesidades que atender. —Sus pestañas se sacudieron con timidez—. ¿Me esperará aquí?

Chacón apenas pudo controlar su euforia. Las palabras de la joven sonaron tan insinuantes que fue incapaz de oponerse.

—Por supuesto, querida —afirmó—. Faltaría más.

# 9

Apoyada en un gran escritorio colocado bajo la ventana, Valentina echó un vistazo a través de los cristales para asegurarse de que había dado esquinazo a Chacón. No tenía idea de dónde estaba, y no se atrevía a encender el quinqué por miedo a ser descubierta. Tuvo que conformarse con la débil luz proporcionada por la luna y el reflejo de la iluminación del jardín, para ver la tentadora cama situada cerca de ella. El mareo provocado por el alcohol había ido remitiendo, pero regresó con rapidez cuando el desconcertante sonido de la llave girando en la cerradura la hizo volverse extrañada, agarrándose al borde del escritorio para no perder el punto de referencia.

Sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra, apreciaron una figura oscura que se movía hacia la cama, arrojando sobre ella parte de su ropa. Quienquiera que fuese, se estaba poniendo cómodo, al menos de cintura para arriba. La silueta soltó un largo resoplido, avanzó unos pasos y se cruzó de brazos.

—¿Señor Mejía…? —aventuró, con el corazón martilleándole el pecho.

—Esto lleva camino de convertirse en costumbre, Raposa.

Sí, era él. Nadie más podría utilizar un apodo haciéndolo parecer un cumplido.

—No sé a qué se refiere.

—A tu manía de escabullirte en cuanto tienes oportunidad, aunque he de reconocer que en esta ocasión has acertado. El pobre don Jaime está buscándote como un alma en pena. Ya me contarás por qué te empeñaste en acompañarlo para abandonarlo después.

—Un caballero no se dedica a perseguir a una mujer para encerrarse con ella en una alcoba.

—Así estarás a salvo de Chacón —se burló él—. Tenía que proteger la honra de mi queridísima prima.

Mejía llevaba varias copas de más. Su aliento olía a vino. Estaba tan cerca que podía distinguir a la perfección el vello oscuro de su pecho desnudo. Además, estaba enfadado, y tenía motivos. Valentina inspiró hondo para alejar la ligera modorra que todavía dominaba sus actos y puso los brazos en jarras.

—Ha venido buscando una explicación —aventuró.

—Entre otras cosas que no tardarás en averiguar, pero podríamos comenzar por ahí.

Los ojos de Rafael comenzaban a estar tan acostumbrados a la penumbra como los de ella, pero su cabeza andaba mucho más confundida. No sabía qué le impulsaba a buscarla cuando no la tenía cerca, ni tampoco qué era aquella emoción que le clavaba los dientes en el pecho al ver cómo ella disfrutaba con Chacón. La necesitaba, y estaba dispuesto a conseguirla. Poco importaba dónde o en qué circunstancias.

—No hace falta que estemos encerrados —la escuchó decir, con el mentón alzado en su dirección.

—Deja que sea yo quien juzgue eso, ¿de acuerdo? Adelante. Te escucho.

El flujo de aire que le llegó a los pulmones se cortó de cuajo cuando sintió las suaves yemas de Mejía resbalar por su cuello hasta masajearle la nuca. Estimulándola para que confesara.

—Yo… No quería que nadie me relacionara con la posada. Por eso inventé el asunto de nuestro parentesco y me fui con Chacón. Lo hice por usted.

—Esta noche estás tan hermosa que ni tu propia madre te reconocería. Nunca debiste marcharte de mi lado.

—Estará furioso por eso.

Rafael se acercó tanto a ella que los reflejos plateados de la luna le permitieron ver parte de su adorable perfil.

—No —respondió, rozando con los labios el lóbulo de su oreja—. No podría. ¿Quieres saber las razones?

Valentina asintió, reclinada sobre el escritorio.

—Porque al fin obtendré mi recompensa —prosiguió—. Porque tu imagen me obsesiona desde el día en que te conocí. Porque percibo placer y excitación en tu olor, en tus suspiros entrecortados y en el sudor que cubre tu piel. Y también porque pienso cobrarme todo ese agradecimiento que dices sentir hacia mí. —Ella gimió. Rafael no necesitó más para saber que la excitaba tan solo con sus palabras. Una mano la sujetó por el cuello, mientras la otra envolvía su cintura. Le encantaba tenerla así, a su merced, tierna y vulnerable. —Te dije que serías mía, y el momento ha llegado. Esta vez, no aceptaré otra respuesta que no sea tu entrega total a mis deseos. Nada de excusas ridículas, ni remilgos propios de monjas.

—S-Señor Mejía…

—Señorita Raposa…

—Estoy a punto de… caerme.

—Rodéame con tus brazos, y podré sujetarte mejor.

Sus labios rozaron los de ella antes de que pudiera protestar. Permanecieron revoloteando sobre su boca como si fueran un ave de rapiña, y esperaron pacientemente la recompensa.

Valentina suspiró. Los estremecimientos de arrebatadora excitación que le deshacían el cuerpo eran muy poco profesionales, pero tan placenteros que terminaron por obligarla a echarle los brazos al cuello para ofrecerle la boca al completo. La abrió, y recibió el voluptuoso ataque de su lengua como si fuera maná caído del cielo. Se encrespó como un furioso oleaje. Adelantó los pechos hasta que estos chocaron con el torso de Rafael. Sintió el ardor en los labios al tiempo que las manos masculinas evitaban que se moviera. Gimió ante un ataque tan impetuoso, pero no lo hizo por el dolor, sino por el placer crudo y sin ambages que se apoderó hasta de su última gota de sangre. ¿Eso era lo que se sentía al ser besada por un hombre?

No faltaba nada. Ni los fuegos artificiales, ni las mariposas en el estómago… ni la firme suavidad de una boca que había provocado aquella catástrofe en sus objeciones. No fue un beso delicado, ni tierno. Fue ardiente, visceral, turbio y firme. Sencillamente inolvidable.

En ese instante, supo que ningún otro provocaría aquellas sensaciones en ella. Que podría confiarle su alma y su vida. Movió la boca siguiendo sus compases y enredando los dedos en el cabello castaño, compartiendo salivas, suspiros e incluso su imperante excitación, hasta que Rafael se apartó aturdido, recibiendo a cambio un lamento disgustado.

—¿Se va a separar tan pronto? —gimoteó Valentina.

—¡Bendito Dios! Nunca pensé que pudieras excitarme tanto con un simple beso…

—¿No era eso lo que quería?

Rafael atrapó su rostro entre las manos, mirándola fijamente. Su aliento era fuerte y entrecortado.

—No, Tina. Quiero mucho más, y lo tendré ahora mismo.

Inició el asalto sin contemplaciones. Comenzó por deshacerse con habilidad del corpiño del vestido, tan ansioso por averiguar lo que escondía en su interior como un niño abriendo el precioso envoltorio de una caja de dulces. No le importaba no verla en su plenitud. Quería olerla, palparla. Saborearla como el más exquisito de los placeres. Dar rienda suelta a todos los instintos enardecidos por el alcohol. Pero ella intentó detenerlo sujetándole los brazos.

—Estamos a oscuras —objetó.

—Mejor. Perderemos el tiempo tocándonos. —Llevó una de las manos de Valentina a lo largo de su pecho, hasta que sintió los dedos enganchados en el borde de los pantalones—. Y saboreándonos. —El murmullo de sus besos inició el camino junto a su sien y recorrió la mejilla, para terminar atrapando entre los dientes el mentón que lo tenía tan obsesionado, con un quedo gruñido—. Incluso mordisqueándonos. Comprende que sería muy sospechoso que una luz iluminara la alcoba de la baronesa.

Valentina se puso rígida en el acto. ¡Estaban en la alcoba de la baronesa! No pudo evitar que la falda resbalara hasta el suelo en un delicioso murmullo. Se hallaba indefensa ante él, prácticamente desnuda y sintiendo la dureza de los músculos contra sus pezones doloridos de deseo. Demasiado vulnerable a sus caricias, a sus besos e incluso a sus palabras. Pero se incorporó levemente y apoyó las palmas en el pecho ardiente de Rafael.

—¡No podemos hacer esto aquí! —gimió desesperada.

—No solo podemos, sino que debemos—. Demostró su habilidad deshaciéndose de las enaguas y el polisón con rapidez—. Llevas demasiada ropa.

—No, señor. Solo lo que se considera adecuado para…

—Lo que yo decía. Demasiada ropa.

Con una sonrisa tan oscura como la noche, Rafael la tomó por la cintura y la aupó en el borde del escritorio para acoplarse entre sus piernas. Sus manos

comenzaron a desplegar magia cuando la desposeyeron del corsé. Acariciaron la piel desnuda de los hombros como si sus dedos fueran fuelles que avivaran llamas. Descendieron por los brazos y desaparecieron bajo la parte inferior de la camisola, abarcando su torso para sujetarla con firmeza. Estaba tan desconcertado por lo que acababa de despertarse en él que solo pudo seguir la fuerza de sus instintos. Incluso creyó sentir el espesor de la sangre en las venas cuando recorrió el valle que discurría entre los pechos de Valentina. Unos pechos que, sin duda, serían su perdición. Comenzó a acariciarlos. Un lamento apagado le brotó de los labios justo antes de sentir cómo las delicadas puntas se endurecían al paso de sus pulgares. Atolondrado por el caos que comenzaba a gobernarlo, levantó la camisola para atrapar en su boca los botones oscurecidos.

—¿Sientes mi excitación? —le susurró él, entre inspiraciones profundas que lo obligaron a quitarle los pantaloncitos de algodón con rapidez—. ¿Puedes comprobar cómo me tienes? Estoy así por ti y solo por ti, Raposa. ¿Vas a dejar que muera en este estado?

—También podría… suplicárselo.

Con aquello no contaba. Rafael se detuvo. Estaba entre las piernas más suaves que había tocado en años, por Dios Santo. Y unas simples palabras, dichas entre complacientes jadeos apasionados, le impulsaban a considerar la posibilidad de no tomarla sobre el escritorio, ni sobre la cama, ni contra la pared. Ni siquiera en el suelo. Tenía que darle una oportunidad de desdecirse, por mucho que aquello le supusiera una noche infernal soportando el intenso dolor en su ingle y otro, mucho más inconfesable, en su orgullo.

Maldición.

—Dime que no deseas esto, Tina. Dime que prefieres otra compañía que no sea la mía, y entonces me iré.

Sacudió la cabeza con desolación, pero la respuesta de Valentina fue inesperada, audaz y completamente desinhibida. Iba a suceder, y ella no podía ni quería evitarlo. Bien sabía Dios que necesitaba entregarse a él. Calmar las voces de sus primitivos instintos y atenuar la indecente presión que le castigaba el vientre. En un descomunal arrebato de pasión, lo atrajo hacia ella rodeándolo con las piernas y lo besó con absoluta desesperación.

—Me cobraré cada real pagado por ti en esta alcoba hasta que me satisfagas como es debido —advirtió Rafael—. Después me acompañarás a mi casa. Salvo que tú no lo quieras así.

Esperó con el alma en un puño, pero Valentina sonrió.

—No deseo otra cosa —murmuró, mordisqueando sus labios con toda la sabiduría de las de su clase.

Fue suficiente. La acercó al borde del escritorio sin vacilar, y comenzó a acariciar la carne tierna de sus jóvenes muslos. Podría vivir eternamente entre ellos.

Valentina adelantó las caderas cuando sintió a Rafael aferrándola con determinación. Comenzaba a desear que la tocara más arriba. Y más adentro. Sus

piernas abiertas quedaron suspendidas en el borde del escritorio. Él deslizó una mano entre ellas, antes de posar la palma sobre el triángulo de sedoso vello. Lo palpó. Parecía abundante. Suave, rizado y húmedo. Perfecto.

Siguió besándola con más fuerza, con más ímpetu, al tiempo que deslizaba los dedos por el tierno interior que lo aguardaba. Pronto estuvieron tan mojados que comenzaron a resbalar al mismo ritmo que su lengua.

¡Dios, estaba a punto de estallar!

Valentina no dudó en llevar sus labios por los músculos de aquel pecho endurecido. Apretó las nalgas masculinas, moviendo la erección hacia delante para restregarla contra su vientre caliente.

Rafael emitió un gemido de pura agonía. Quería hundirse en ella. Estaba tan desesperado que dejó de acariciarla para desabrocharse los pantalones y liberarse. Comenzó a susurrarle ardorosas palabras al oído en el instante en que buscaba la entrada al paraíso. Clavó los dedos en las caderas de Valentina y, de un solo empujón, irrumpió en su cuerpo con ferocidad y un rugido de parcial satisfacción, que murió en su boca cuando sintió cómo rasgaba la carne virgen, al tiempo que ella ahogaba un grito de dolor contra su hombro. Las piernas permanecieron rígidas en torno a sus caderas. Para Rafael, fue como si alguien lo arrancara de una nube de dicha para estrellarlo contra el suelo. Estaba tan atrapado por el grado de excitación al que Valentina lo había llevado que solo pudo apoyar las manos en el escritorio, presionando su frente con la de ella y apretando la mandíbula, completamente frustrado.

—¡Maldita sea mi estampa! —gruñó—. ¡Eres virgen!

«Ya no», se respondió a sí mismo. Valentina permanecía quieta, intentando dominar el ardor en sus entrañas. Comenzaba a sentirse confundida y muy culpable.

—No… te… muevas —ordenó él con un silbido entrecortado.

No se le hubiera ocurrido desobedecer, ni siquiera cuando Rafael se retiró de ella poco a poco para darle la espalda. Estaba sobre el escritorio de la baronesa, vestida con la camisola y las medias que le llegaban a la rodilla. Acababa de perder su inocencia. Pero solo podía observar cómo Mejía intentaba detener el torrente de su pasión antes de que el ridículo fuera aún mayor.

Después de lograr no derramarse en su interior, para él era prioritario calmar el dolor. Apretó la punta de su miembro erecto con la mano, pensando en algo desagradable: viejas desdentadas y chepudas con verrugas en la cara, meretrices gordas como cerdas de cría… Cualquier cosa que alejara de sus sentidos el olor de Valentina. El sabor que aún le inundaba la boca. La entrega ardiente que había ablandado sus dedos. Su respiración se fue normalizando paulatinamente, en medio de un tenso silencio roto tan solo por el sonido de los pantalones volviendo a su lugar, seguidos por el resto de la ropa que descansaba sobre la cama.

Valentina contuvo el aliento cuando vio cómo él se giraba en su dirección. Deseó que volviera a besarla. Que la reconfortara quitándole importancia al

asunto, pero él permaneció inmóvil, tan furioso y sorprendido que solo fue capaz de entregarle sus ropas.

—Vístete —ordenó, con tanta frialdad que ella sintió deseos de abofetearle—. Enviaré a Canales para recogerte y llevarte a mi casa.

Necesitaba alejarse de ella para pensar con detenimiento.

—Yo no puedo…

—¡Ya lo creo que puedes! ¡Si has fingido tan bien hasta el momento, seguirás haciéndolo! —bramó, con un dedo implacable extendido en su dirección—. Canales vendrá a recogerte para llevarte a La Albacara. Pagué por una noche completa contigo, Tina. Esa noche aún no ha terminado.

Lo vio desaparecer, cerrando la puerta con cuidado. Los efectos del alcohol se habían evaporado por completo, pero ella se veía incapaz de reaccionar. Clavó su mirada en las prendas que cubrían sus brazos y comenzó a vestirse con expresión ausente. Estaba tan perdida en sus pensamientos que, cuando sintió la puerta abrirse de nuevo, ni siquiera se volvió. ¿Qué más daba quién encendía el quinqué de la mesilla? Por ella, bien podría ser el mismísimo Belcebú dispuesto a llevársela al infierno. Sus dedos temblorosos aún se peleaban con los cordones del corsé cuando recibió una inesperada y segura ayuda.

—Dime que no te ha forzado.

Valentina no supo si reír o llorar al reconocer la voz de Santiago Canales, que le apartaba las manos heladas para terminar la tarea. Le otorgó aquella parcela de confianza. Le hubiera otorgado otras mucho más paternales, de no ser porque su orgullo le impedía derrumbarse ante un extraño.

—¡Dime que no te ha forzado! —gritó, tomándola de los hombros.

Valentina se volvió horrorizada y sacudió la cabeza.

—¡No me ha forzado! —exclamó sin problemas. Aunque sabía que su aspecto debía inducir precisamente a lo contrario.

Santiago le arrebató el vestido y la ayudó a ponérselo, como si estuviera componiendo el aspecto de una criatura llorosa.

—Ahora, ¡dime que lo odias y que no quieres volver a verlo! —insistió—. Dímelo, y te devolveré a la posada por mucho que él haya ordenado lo contrario.

Valentina abrió la boca más que dispuesta a refrendar sus palabras… Pero se dio cuenta de que no podía odiarle. Por mucho que su actitud cobarde se lo mereciera, y por mucho que deseara tenerlo enfrente para herirlo de una y mil formas. Sentía rabia, dolor, humillación. La firme bofetada del desengaño, pero no odio. Necesitaba volver a verlo. Tanto como salir de aquella alcoba para respirar el aire fresco.

—Él pagó por mí. Adela me exigirá que cumpla.

Santiago resopló y la cubrió con su chaqueta. Sabía de primera mano que Adela jamás la forzaría a algo así, pero si a ella le servía como excusa, él no era quién para contradecirle.

Después de una precipitada despedida de Claudia, la ayudó a subir en su berlina particular e iniciaron el camino hacia La Albacara en el más absoluto

silencio. Los ojos azules de la muchacha permanecían brillantes, fijos en algún oscuro punto del exterior. Santiago sabía que contenía el llanto, pero también que comenzaba a fraguar una extraña determinación, que no menguó cuando tomó el farol que iluminaba el interior de la berlina y la llevó hacia el portalón de madera de la casa principal.

Valentina ni siquiera veía hacia dónde era conducida. Solo se dejó guiar por Mercedes, la única sirvienta de Mejía que aún permanecía despierta, hasta una de las alcobas del piso superior.

—Parece que Rafael aún no ha regresado. Puedes ocupar su alcoba, mientras tanto.

Cuando reaccionó a las palabras de Santiago, tenía las mejillas empapadas y los ojos arrasados, con una debilidad tan grande que tuvo que agarrarse al picaporte de la puerta para no caer.

—No se vaya, por favor —suplicó—. No me deje sola.

—No voy a irme a ningún sitio, Valentina. Estaré aquí para lo que necesites.

Le sonrió intentando reconfortarla, y ella quiso devolverle el gesto con un temblor de labios.

—Gracias, señor Canales —murmuró, antes de entrar en la alcoba.

# 10

—¿Has llegado aquí, bramando como un becerro herido, para decirme que Valentina era virgen? Querido, todas lo somos hasta que decidimos lo contrario. No esperes que me sorprenda.

El puño de Rafael se estrelló en el mostrador desierto de clientes con tanta fuerza que el vaso de vino se tambaleó y Adela dio un respingo.

—¡Creo que es algo de suficiente importancia como para que dejes tus revolcones! —gritó él, con otro golpe seco—. ¿Tú lo sabías?

—Deja de comportarte como un novio ultrajado, ¿quieres? No suelo hacer ese tipo de preguntas indiscretas a las muchachas que vienen buscando un trabajo, día sí y día también. Ellas saben dónde están acudiendo. Cada una demuestra sus habilidades. Si la necesito, la acepto.

—¿Eso sucedió con Valentina?

—Como con el resto. Tiene manos de ángel para la cocina, y en aquel momento me urgía alguien como ella. Yo soy un completo desastre.

Así que era la cocinera. No su ramera más cara, ni la más solicitada. Ni siquiera la más experimentada. ¡Era la maldita cocinera! Aquello explicaba que nunca la hubiera visto pululando entre los clientes. Y también los sonrojos, las recatadas respuestas, los tímidos aleteos de pestañas e incluso la más bonita de sus sonrisas. Porque no podía negar que era muy, muy bonita. Su mano estuvo a punto de hacer estallar el vaso cuando echó otro trago, antes de mirar a Adela con fuego en los ojos.

—No eres una mujer indolente con tus negocios —afirmó—. Valentina no había compartido cama con ningún hombre hasta la fecha. Lo sabías.

—Eso no significaba que fuera virgen. Simplemente, que era selectiva —reconoció la mujer, encogiéndose de hombros—. Si has venido aquí buscando una cabeza de turco…

—¡He venido buscando una maldita explicación que me impida retorceros el pescuezo a las dos!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que nunca compartió alcoba con un hombre en la posada, pero que no sé si lo hizo antes? Has desvirgado a una mujer, Mejía. Seguro que no es la primera vez que lo haces. No se acaba el mundo por eso.

No, pero su mundo particular comenzaría a cambiar de un modo drástico. Estaba más que convencido.

—¡Me ocultó su condición deliberadamente! —siguió vociferando.

—Entre mis normas no está la obligación de que la cocinera sea una amante experimentada —proclamó Adela, con un suspiro paciente—. Ni tampoco la de obligarla a compartir su tiempo con cualquier cliente. Mis chicas se conducen con los hombres como creen oportuno. Si Valentina te ocultó su virginidad, deberás averiguar el porqué.

—¿Y no te pareció extraño que, de repente, ella decidiera salir de su cocina solo por mí?

Adela observó con detalle el aspecto lamentable que ofrecía, con la chaqueta colgada del brazo, la camisa mal abotonada y el cabello desgreñado. Parecía tan confundido que estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Eres conocido y estás de muy buen ver. Se encaprichó contigo —explicó, encogiéndose de hombros—. No se deja ver entre la clientela, pero si quería darse el gusto y, de paso, engordarme la bolsa, miel sobre hojuelas. De todas formas, si tan poco te ha gustado la experiencia, podrías habérmela devuelto.

Rafael lanzó un gruñido apagado y enterró la cara entre las manos. Había arrebatado la inocencia a una muchacha que, pese a trabajar de cocinera en un lugar como aquel, podía ser tan pura como la mismísima Virgen. No. Pura no era. Ni inocente. Al menos en el sentido que él daba a esas palabras. Sabía lo que hacía cuando lo acariciaba, cuando dejaba caer suspiros en su oído y cuando le mordisqueaba el pecho. Lo sabía con precisión, y un perverso conocimiento que no había adquirido en un colegio de monjas, precisamente.

—Valentina está en La Albacara, y allí seguirá por el momento —respondió, con un gesto de total amargura—. Lo que te he pagado por ella es suficiente para cubrir la ausencia.

—Ah… Entonces no te ha disgustado tanto. —Adela hizo tintinear una llave ante sus ojos y le alargó la botella que él había exigido nada más entrar en la posada—. Ve arriba a calmarte. Yo estoy demasiado ocupada para atender remordimientos de conciencia. Ramona se encuentra mal.

El gesto duro de Rafael se relajó de inmediato.

—¿Puedo hacer algo? Tengo gran amistad con el doctor. Acudiría enseguida.

—Los males de Ramona son más complicados. —Rafael interpretó sus palabras a la perfección. No era la primera vez que veía a alguna de las muchachas pasar por ese tipo de trances, pero aún le sobrecogía la naturalidad con la que Adela las ayudaba a salir del apuro, de una manera u otra—. Aunque se agradece el gesto, tú deberías ocuparte de tu «enfermedad» particular.

—¿De qué hablas? Estoy perfectamente sano.

Tomó la botella y subió las escaleras agarrándose a la balaustrada para no caer, ante la sonrisa condescendiente de Adela.

—Si lo estuvieras, no correrías a esconderte en mi posada como un conejo asustado —le replicó—. Y no pongas esa cara de ofendido. De haber sabido antes que Valentina era virgen, te hubiera cobrado el doble, querido.

Él no se molestó en responderle. Cerró la puerta de la alcoba y se derrumbó en la cama sin desvestirse. ¿Para qué? No iba a poder dormir. Solo podía pensar en Valentina. En su olor fresco, en su piel suave y en sus labios húmedos recorriéndole el pecho. Apretó la mandíbula. El cuerpo le hervía de nuevo. Necesitaba un desahogo rápido, y estaba en el lugar adecuado. Cualquiera de las muchachas de la posada haría que su noche atormentada tuviera un final feliz.

Pero la quería a ella. A nadie más. Pudiera ser que estuviera borracho, pero sabía reconocer la entrega sincera de una mujer. Y la de Valentina lo había sido.

Aquello no leo ayudó a conciliar el sueño. Apenas había conseguido cerrar los ojos cuando los primeros rayos del amanecer lo obligaron a abrirlos de nuevo. Se incorporó a duras penas. Ciertas obligaciones morales lo reclamaban. En concreto, una con formas armoniosas y cabellos rojizos a la que había confundido con una ramera, y, lo que era aún peor, a la que había tratado como tal. Aunque, si lo miraba bien, él era el engañado. No debería sentir aquel mazazo en el pecho al que ni siquiera sabía cómo llamar, pero que se acentuaba si imaginaba lo que habría sucedido con Valentina en su ausencia. Aunque hubiera actuado de otra manera de haber sabido su situación.

¿O no?

Cada vez más preocupado, se tocó la frente para tomarse la temperatura. Le extrañaba sentirse de ese modo. ¿Estaría enfermo? Seguro que no sería nada grave ni permanente. En realidad, todo se reducía a un par de pechos jóvenes, llenos de vibrante sensualidad, que le caldeaban las manos mucho antes de que estas se llenaran con ellos, nada más. Y nada menos. Dos razones lo suficientemente poderosas como para que se dirigiera hacia la modista de Claudia, en vez de regresar a La Albacara.

Rafael elevó los ojos al cielo y soltó una lista interminable de groserías, antes de preparar en su mente un discurso en el que, por supuesto, él no tuviera que disculparse. Si el tiempo no hacía algo al respecto, el día iba a ser muy largo.

Todos los nubarrones amenazantes iban con él cuando, ya en su despacho, se dejó caer en una silla y se frotó con insistencia el tabique nasal, intentando ahuyentar el espantoso cansancio que lo agarrotaba.

—El lobo vuelve a su guarida para lamerse las heridas.

Abrió los ojos, sorprendido al encontrarse con el semblante socarrón de Santiago cerca de él.

Había estado tan inmerso en sus preocupaciones que ni siquiera lo había visto, pero se levantó de la silla al instante. Sabía que, tras ese tono aparentemente tranquilo, le esperaba toda una muestra de autoridad. Bienintencionada, pero implacable.

—Qué bien que apareces, chico —prosiguió Santiago, acercándose aún más para examinar su calamitoso aspecto como si fuera un padre decepcionado—. Pensé que habías emprendido un nuevo viaje rumbo a lo desconocido, después de haberte comportado como un miserable con dos mujeres en una misma noche. Ni el mejor de los hombres lo hubiera hecho peor de habérselo propuesto.

—¿Ella sigue aquí? —preguntó, metiendo las manos en los bolsillos y dirigiéndose a la ventana.

—Eso creo.

—¿Eso crees?

—Anoche, mientras estábamos en la fiesta de Claudia, alguien entró en mi casa y se llevó los informes.

Rafael se giró por completo, sin un asomo de la resaca que hasta el momento había arrastrado con él, pero con mucha más perplejidad.

—¡La carta de Casanueva estaba con esos informes! —advirtió.

—También se la llevaron. Sabían lo que buscaban y dónde hacerlo. No faltaba nada más, ni había ningún signo de violencia. Un trabajo digno de nuestros mejores hombres.

—¿Eso quiere decir que era alguien conocido por nosotros? —La inesperada noticia le hizo buscar un inmediato culpable—. ¿Samuel? Fue él quien me acompañó a tu casa el día que me los mostraste.

—Pero esperó fuera. Es poco probable que conociera el contenido de nuestra conversación. Además, gracias a él la banda del Flaco cayó en manos de los Civiles. Está descartado —aclaró Santiago—. Ha podido ser cualquiera que haya estado en mi despacho más de tres veces seguidas, sea un poco observador y trabaje a las órdenes de Chacón. Apostaría la cabeza a que es el destinatario de los informes. No guardo la documentación bajo llave, pero a partir de ahora tendré que empezar a hacerlo. Como comprenderás, tuve que marcharme en cuanto supe de la noticia, pero los Civiles ya están trabajando en ello. Los ladrones no llegarán muy lejos.

Rafael volvió a sentarse, frotándose la áspera barbilla con su habitual gesto ausente. Pensar que podrían contar con un traidor entre sus filas era inquietante, pero no se acercaba ni con mucho al pensamiento que lo asaltó.

—Valentina… —murmuró de pronto.

—¿Valentina? Chico, esa hembra te tiene sorbido el seso. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho?

—¡Valentina! —volvió a gritar poniéndose en pie, con los ojos desorbitados por el miedo y más blanco que la cal—. ¡Está en peligro!

—Aparte de tu persona, no se me ocurre otro peligro que pueda acecharla.

—Si tus informes ya obran en poder de Chacón, intentará atacarnos para evitar que los recuperemos —explicó, ignorando la ironía—. Y qué mejor manera de hacerlo que a través de mi prima Valentina Hidalgo. Ella se presentó de ese modo anoche.

—¿Piensas que Chacón podría enviar a alguien para perjudicarte?

—A mí o a ella. Cree que somos parientes.

La seguridad de Rafael se convirtió en nieve derretida al imaginarse a Valentina en manos de aquellos desalmados. El aire se le quedó clavado en la garganta y la sangre dejó de circular por sus venas, pero su cerebro comenzó a funcionar.

—Quiero en La Albacara a todos los hombres disponibles, armados hasta los dientes —ordenó, señalándolo con el dedo—. Que vigilen las lindes día y noche, mientras Valentina se encuentre aquí. Y envíame a Samuel. Necesito que se convierta en su sombra cuando yo no pueda hacerlo.

—¿Tanto tiempo piensas tenerla contigo?

—El suficiente como para evitar que corra riesgos. ¿Algo que objetar?

Santiago liberó parte de la tensión contenida a través de un largo suspiro, y se puso en pie para estar a su altura.

—Bastantes cosas. Y aunque no estoy muy seguro de que quieras oírlas, te las voy a decir. —Rafael se cruzó de brazos, dispuesto a escuchar todo su rosario de faltas—. Me extraña que quieras hacerte cargo de la seguridad de esa muchacha por iniciativa propia, convirtiendo tu finca en un cuartel general, cuando lo más sencillo sería devolverla a la posada. También me extraña que cuentes con que ella acepte tus planes antes de consultárselos. Son consideraciones que nunca has tenido con nadie, pero, dados los remordimientos que debes de sentir, lo puedo comprender. Lo que me indigna en grado sumo es la indiferencia con la que has tratado a Claudia. Una mujer que te ha ayudado a ser lo que eres. Alguien de quien te has olvidado en beneficio de una rapaza de pésima reputación a la que apenas conoces y con la que compartiste la alcoba de Claudia, humillando a ambas hasta el infinito.

Desde luego, se había despachado a gusto. Y todo ello sin levantar la voz.

No le quedaba otra que intentar convencerle de que sus planes eran los más adecuados para todos. Principalmente para Valentina.

—Ella es la cocinera de la posada —confesó, desviando su culpable mirada—. Anoche tuvimos ciertas… sorpresas que debemos aclarar.

—No quiero que la hagas sufrir más. No consentiré que la utilices a tu antojo, ya sea una cocinera o la mejor de las damas. Si lo haces, te las verás conmigo.

¿Ella había sufrido por su causa? Eso era peor que una flagelación en toda regla.

—Las circunstancias me obligaron a hacerlo, pero no fue mi intención —reconoció, cabizbajo—. No voy a casarme con ella, si es lo que pretendes. Conoces mis impedimentos y mis prioridades. Me debo a ellos.

—No es necesario llegar hasta el altar para tratarla como se merece. Solo piensa que nunca será para ti. Nunca.

Santiago remarcó la última palabra, sabiendo el efecto que causaría. Los dos hombres se sostuvieron la mirada, comprendiéndose en silencio, hasta que Rafael meneó la cabeza, dando por concluido lo que, para ellos, no había supuesto más que un simple roce.

—Todos tenemos momentos de debilidad, y a veces es muy difícil evitarlos —tuvo que reconocer, refiriéndose a Valentina—. Pero no entiendo qué me impide echarte de mi casa a patadas, Canales. Te metes en mi vida con demasiado atrevimiento.

Sus palabras eran tan oscuras que hubieran hecho huir al más aguerrido de los hombres, pero no a Santiago. Él solo mostró una amplia sonrisa.

—Algún día me lo agradecerás —canturreó, pasándole el brazo por los hombros para llevarlo hasta la puerta—. Ahora, sube a tu alcoba y aplaca a tu encantador «momento de debilidad». Dile lo hermosa que es, lo hechizado que estás por sus ojos, regálale flores… Saca tu encanto, chico. Seguro que lo tienes.

—¿Estoy recibiendo consejos de un experimentado seductor?

—Por supuesto —rio Santiago—. Halágala. Esas cosas derriten a las mujeres.

Él no quería derretirla. Solo protegerla, y a un tiempo mantenerla apartada de él para no causarle más daño del que ya le había causado, pero no lo confesó.

—Han robado en tu casa —rezongó—. Seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—No me perdería esto por nada del mundo —replicó Santiago, divertido—. Mientras tanto, le diré a Mercedes que ponga un cubierto más en la mesa porque me invitas a comer. Es lo menos que merezco después de haberme hecho cargo de Valentina de una forma tan desinteresada.

Rafael comenzó a subir las escaleras con el firme convencimiento de que Valentina aceptaría sus planes en su completa totalidad y sin tener que explicarle sus razones. Al menos hasta que recuperaran los informes y detuvieran a Chacón. La casa era lo suficientemente grande como para que ambos no coincidieran durante el día. Una alcoba alejada de la suya remediaría tentaciones nocturnas. Sería la manera más cómoda y sensata de manejar aquel inesperado problema con forma de mujer.

Pero su resolución se evaporó como el agua en el fuego en cuanto oyó su voz entonando una alegre canción. Cuando giró el picaporte de la puerta y se asomó, fue su elaborado discurso el que desapareció. Supo que, a partir de ese momento, no tendría escapatoria posible.

# 11

Valentina le daba la espalda. Apenas tuvo tiempo de apreciar el barreño de madera que ocupaba buena parte de la alcoba, los hilos de vapor que aún salían del agua y las huellas de pisadas que aparecían alrededor.

Cuando vio la estilizada figura, envuelta en una toalla que dejaba los hombros al descubierto y buena parte de las pantorrillas, sufrió una parálisis generalizada. Estaba mudo. De asombro, de admiración y de complacencia. Porque ahora ella bailaba un vals imaginario. Y sus suaves contoneos provocaron una lenta pero progresiva caída de la toalla, hasta que el borde quedó prendido en la curva de sus caderas.

El enfado de Rafael quedó en el olvido. No le hubiera costado ningún trabajo recrearse la vista en aquella estampa hasta que fuera demasiado viejo para hacerlo. Ella disfrutaba del momento, pero él comenzaba a padecerlo. Apretó los párpados y aspiró en profundidad el olor que había tomado posesión de la alcoba. Maldita fuera la debilidad que le impulsaba a recordar el tacto algodonoso de aquella piel en sus manos. La increíble sensación de sentirse bañado en su interior, envuelto entre sus piernas. No era ella quien estaba alterada, como había asegurado Canales, sino él. Cada vez más. Si no fuera porque consideraba aquella delicia patrimonio exclusivo de sus ojos, la habría llamado para demostrarle lo equivocado que estaba.

Armándose de valor, cerró la puerta tras él y se cruzó de brazos. Debía mostrarse ofendido, no apenado, y mucho menos excitado. Aunque era precisamente así como se sentía.

—Pensé que estarías lamentando la pérdida de tu virginidad, no celebrándola. Cada vez me sorprendes más.

Valentina dio un respingo y se apresuró a cubrirse con la toalla, aunque ni siquiera un carromato repleto de toallas podría protegerla de su mirada abrasadora.

—¿No te han enseñado a llamar a las puertas antes de entrar? —preguntó vacilante—. ¡Estoy desnuda!

—Como si importara a estas alturas. —Rafael chasqueó la lengua mientras ella retrocedía, hasta que sus pantorrillas dieron con el borde de la cama—. No suelo mostrarme tan considerado con mis pertenencias.

De todo lo escuchado hasta el momento, aquella era la frase más lapidaria que había tenido que soportar. Le hubiera dado de bofetadas de no ser porque apreció su mirada triste. Decepcionada.

—Eso no es del todo exacto, Mejía —replicó, con una firmeza que estaba lejos de sentir.

—Tan exacto como que tú y yo estamos aquí ahora. Anoche lo arreglé con Adela. Ya sé que eres la cocinera de la posada. Un poco casquivana para ser

virgen, pero cocinera, a fin de cuentas.

—¡Yo era una mujer virtuosa! —proclamó, echándose la mojada melena hacia atrás. No le daría la satisfacción de verla llorosa y débil.

—Curiosa afirmación. Sobre todo si tenemos en cuenta que, nada más conocerme, no tuviste reparos en acariciar mi rab…

—Yo era una mujer virtuosa —repitió, mucho más despacio y con mucho más énfasis.

—¿Te refieres a esa virtud que guardabas bajo siete llaves? Lástima que las perdieras todas por culpa de la bebida.

Rafael se acercó tanto que ella tuvo que reclinarse sobre el colchón. Enredó un dedo en los mechones rojizos, mientras la otra mano se posaba cerca de su cadera. Por su expresión, Valentina pudo adivinar sus pensamientos. Y parecían tan humillantes que los ojos comenzaron a escocerle.

—Te arrepientes, ¿verdad? —musitó.

—Jamás me arrepentiré. Pero debiste hablarme de tu condición mucho antes.

—¿Hubieras cambiado de opinión?

—No —respondió sin vacilar—. Hubiera actuado de otro modo. Con más tacto y… calma. He debido de ocasionarte mucho dolor.

—Tranquilo, lo superaré.

Él se inclinó más. No pasaría nada si la besaba. Solo un poco… Pero antes de rozar sus hermosos labios, ella volvió la cara.

—No estamos casados, Mejía —murmuró, en cuanto oyó un suspiro resignado—. Lo que hicimos anoche era pecado.

Rafael dejó caer los dedos hasta el borde de la toalla. Un solo tirón, y la tendría desnuda.

—Además piadosa… —gruñó, malhumorado por el rumbo de sus pensamientos—. ¿Debo rendir cuentas ante algún padre protector de tu virginidad? ¿Ante algún hermano o novio herido en su honor? —Ella sacudió la cabeza con espanto—. En ese caso, lo que ocurrió anoche fue una muestra de lujuria por la que no me importaría arder en el infierno.

—¡Eres un blasfemo! —le gritó, apartándolo de un limpio manotazo.

—Y tú una pequeña hipócrita por no reconocer que anoche te condujiste por algo muy distinto del arrepentimiento.

—¡Me sedujiste!

—Te dejaste seducir.

Valentina decidió que no soportaría más aquella presión. Tenía que posar su mirada en cualquier otro sitio que no fuera aquel rostro exigente y atractivo. ¿En el espejo que colgaba de la pared? ¡No! Allí solo vería reflejada su imagen azorada, pero ansiosa. La dejaría resbalar por los pantalones oscuros que enfundaban tan bien las piernas fuertes y musculadas, acogiendo con elegancia al culpable de su insomnio. ¡Allí tampoco! Él se daría cuenta de lo que le rondaba por la cabeza. Seguro. No tenía más alternativa que enfrentar los ojos que se clavaban

en cada centímetro de su piel. Y lo hizo con un centelleo que resultó claramente extraño para Rafael, pero muy incómodo, porque lo llenó de remordimientos.

—No me merezco esa mirada —afirmó, apartándose lo suficiente como para que ella pudiera erguir la espalda—. Si tuvieras un poco de decencia, te arrepentirías de lo sucedido anoche y no volverías a conducirte de ese modo conmigo.

—Antes tendrás que aceptar las críticas, Mejía.

¿Qué críticas? ¡El único comportamiento criticable había sido el suyo, y así se lo haría comprender! Con un gruñido furioso, volvió a inclinarse sobre ella y golpeó el colchón, provocándole otro sobresalto.

—¡Te aconsejo que no juegues conmigo! ¡No estás en las mejores circunstancias para hacerlo! —rugió—. ¿Por qué me engañaste?

Valentina no supo qué responder. ¿Cómo iba a decirle que su curiosidad la había llevado hasta él y que una potente atracción sexual hizo el resto? ¿Que había despertado en ella una pasión que ni siquiera era consciente de poseer? ¡Se reiría de ella! Y eso, en el mejor de los casos. En el peor, ni siquiera la creería.

—¡No te engañé! —exclamó—. Diste por sentadas ciertas cosas porque trabajaba en la posada. No tengo la culpa de eso.

—Quiero una explicación. Me la debes, después de lo sucedido.

—Me abandonaste en cuanto hiciste tu descubrimiento. No creo deberte explicación alguna.

Rafael gruñó con desesperación. Se preparó para seguir vociferando, cuando una idea le cruzó la mente.

—El matrimonio… —masculló, incrédulo—. ¿Buscabas comprometerme para que accediera a casarme contigo? ¿Intentabas cazar a Chacón porque también era un buen partido? ¿O en realidad trabajas para él y querías tenderme una trampa? ¡Habla!

Parecía a punto de asesinarla. Era tal su prepotencia que Valentina estuvo a un paso de marcharse de allí, sin esperar a vestirse. Pero sus suposiciones le resultaron tan graciosas que comenzó a reírse.

—No sé cuál de las tres posibilidades me parece más absurda, aunque reconozco que la primera me atrae —exclamó—. ¡Así podría mandarte al cuerno como es debido!

Rafael retrocedió, desconcertado por el ataque de ira.

—Ahora me dirás que te forcé —afirmó con sorna, alargando una mano que ella se apresuró a esquivar—. Que no sabías lo que hacías porque eras inocente. No admitirás que hubieras seguido hasta el final, de no ser por mi descubrimiento. Pero te olvidas de que llevo conmigo tu olor más íntimo. —Sin que sus miradas se apartasen, se chupó los dedos lentamente, uno a uno. Aquel gesto fue tan deliciosamente erótico que las pupilas azules se dilataron sin remedio—. Aún saben a ti. Son tus peores enemigos, Raposa. No voy a casarme contigo, pero tampoco renunciaré a lo que me corresponde por derecho.

¿Ahora ella le correspondía por derecho? Valentina ahogó un lamento de impotencia.

—¿Insinúas que voy a meterme en tu cama después de lo sucedido en…?

—Nada más lejos de mis intenciones. Solo me aseguro de que no cometas otra estupidez con Chacón, eso es todo.

—No entiendo qué tiene que ver él en esto.

—Tu dignidad quedará intacta. Eso es lo único que debes entender ahora —afirmó Rafael, caminando hacia la puerta—. Sería capaz de enfrentarme a un tigre furioso antes que intentar seducirte de nuevo.

Los ojos de Valentina brillaron de furia. ¡Demostraba la sensibilidad de un maldito toro de lidia!

—La gente murmurará —insinuó entre dientes.

—Que lo hagan. Nadie podrá censurar que sea hospitalario con mi prima, ¿verdad?

Rafael tuvo su respuesta en cuanto volvió la cabeza para mirarla. Aquel aspecto tan desvalido, pese a que aún presentaba batalla, lo venció. De tres zancadas estuvo junto a ella, envolviéndola con los brazos y boqueando, como un pez fuera del agua. Solo se atrevió a rozar la punta de su nariz con los labios. Continuar hubiera sido arriesgado.

—«No deseo otra cosa», me dijiste —le susurró al oído.

—No lo recuerdo —respondió ella, intentando mantener las distancias.

—La memoria tiene las patas muy cortas, Tina.

—Es la mentira, Mejía.

—En tu caso, esa también. —De repente, como si aquella muestra de ternura no significara nada para él, se alejó—. Deberías vestirte y bajar a comer. Puedes enfriarte.

La dejó con un temblor mucho más acusado que el que pretendía erradicar, seca en algunos lugares de su cuerpo y desoladoramente húmeda en otros, pero con su determinación intacta. La confinaba en su finca, dispuesto a no cobrarse aquello para lo que había pagado. ¡La había comparado con un tigre furioso! Nadie hacía eso sin sufrir una serie de calamitosas consecuencias. Creía que se había topado con una perita en dulce fácil de manejar, pero ya se daría cuenta de lo dura que podía llegar a ser. En cuanto lograra dominar su atracción hacia él. Sin duda, un extraño fenómeno para el que, de momento, no tenía explicación. Se asomó a la puerta al tiempo que Mercedes, la joven sirvienta que la había ayudado a acostarse por la noche y a preparar su baño por la mañana, se presentó ante ella.

—El patrón me envía para ayudarla a vestirse.

Valentina la arrastró al interior de la alcoba y cerró la puerta.

—Tú y yo tenemos casi la misma estatura —apreció—. Supongo que contarás con alguna ropa aparte del uniforme que vistes, ¿verdad?

—Solo un par de faldas y otras tantas blusas, señorita. El jornal no da para mucho más.

—Suficiente. —Con una sonrisa radiante, Valentina señaló la puerta—. ¿Podrías prestarme algo para ponerme?

—P-Pero usted tiene este vestido tan hermoso… Y don Rafael se enfadará.

Los ojos azules resplandecieron de perversa satisfacción.

—Deja que yo me ocupe de don Rafael —concluyó.

Rafael tuvo un ejemplo claro del lugar que ocuparían sus imposiciones cuando Valentina apareció en el comedor, con una amplia sonrisa dedicada a Canales y el aspecto de una bonita campesina, con el cabello húmedo campando por su espalda, una blusa blanca y una sencilla falda marrón. No sabía de dónde había sacado el atuendo, pero tuvo que reprimirse para no soltarle lo hermosa que estaba mientras ocupaba una silla al lado de Canales y frente a él.

Maldición.

—¿Se puede saber por qué te has puesto eso? —se quejó—. Tienes un vestido precioso y muy caro que deberías usar.

—Buenos días, don Santiago. Qué placer tenerlo en esta mesa —saludó, ignorándolo.

—El placer es mío, Valentina.

—Al fin alguien amable. —Lo dijo con dulzura, e incluso batió sus pestañas como solo ella sabía. ¡Y Canales le respondió besándole la mano!—. Así podré mantener una conversación animada y libre de… reproches.

Rafael comenzó a perder interés en la sopa castellana que le servían. No le consideraba amable. Y sus palabras eran reproches. Una provocación en toda regla.

—Es una pena que pienses así, porque tu estancia aquí será larga —amenazó entre dientes—. Muy larga, en vista de tu actitud.

Pero Valentina no mordió el anzuelo. Para el caso que le hizo, bien podía haber anunciado el Diluvio Universal.

—Desde que lo conozco, su trabajo me ha suscitado curiosidad, señor Canales. —¿Desde que lo conocía?—. Dígame: ¿en qué consiste exactamente?

—Bueno… Yo creo que Rafael podría ilustrarte.

—Te aseguro que puedo, Raposa.

—Me encantaría que me informara acerca del tema, señor Canales —insistió ella, alzando el mentón.

Algo reptó por la columna vertebral de Rafael cuando tuvo que escucharles departir sobre los Vigilantes, con una Valentina sonriente y un Canales que se lo estaba pasando en grande. Intentó digerir la sopa lo mejor que pudo. ¿Por qué no le preguntaba a él? Sin duda, estaba en condiciones de conversar como un ser civilizado. ¡Demonios, aquella era su casa! Tendría que hacerse oír.

—Ejem… —carraspeó, con el único objetivo de llamar la atención.

El turno de preguntas y respuestas continuó como si tal cosa.

—¡¡Ejem, ejem!! —El carraspeo fue tan fuerte que le raspó la garganta, pero al menos se dignaron a mirarle—. Perdonad que os interrumpa, pero se os va a

enfriar el asado que acaban de servir.

Menuda frase célebre. Después de dirigirle una mirada tan helada como los témpanos que colgaban del tejado en invierno, Valentina siguió conversando con Canales. No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que ella pretendía castigarlo por su conducta. Ni tampoco para comprobar que comenzaba a conseguirlo cuando, al cabo de una eternidad y siempre después del postre, anunció que se retiraba, llena de tranquila dignidad.

—Intenta hacerte morder el polvo, chico.

—Lo peor de todo es que acabaré por hacerlo —admitió Rafael, trasladando su furibunda mirada de la puerta abierta a Canales—. Me parece que no he sido muy amable con ella.

—Pues aún estás a tiempo. ¿A qué esperas?

A que sus ánimos se calmaran, entre otras cosas. Apenas una hora después, cuando Santiago ya se había ido, él seguía paseándose por el suelo de baldosas de su alcoba, observando ceñudo la inmaculada colcha de ganchillo que cubría la cama de forja. No se había comportado como el mejor anfitrión, pero eso no justificaba que Valentina huyera de él hasta el punto de no estar en la casa. Ya se había asegurado de que era así.

Salió en dirección a los establos y ensilló uno de los caballos. Valentina no estaba en las construcciones destinadas a los animales, ni tampoco en el pajar. No se la veía por los alrededores de la casa principal, ni por las del personal que trabajaba en la finca. Cada vez más inquieto, Rafael se dirigió a los viñedos, desiertos de campesinos. Oteó incluso las zarceras de las dos bodegas donde preparaban el vino, pero no había ni rastro de ella. Hasta que apreció el reflejo rojizo de una larga cabellera en medio del reseco prado, que daba paso a una frondosa mata de arbustos que protegían la entrada al río.

Valentina tenía los brazos desnudos llenos de flores silvestres. En cuanto lo vio aparecer, las agarró con más fuerza. ¡Estaba tan guapo! Un conjunto atractivo de arrogancia, soberbia y seguridad que la miraba serio desde la montura, y al que respondió con su gesto más indiferente.

—Tienes una casa muy desangelada —dijo, señalando las flores con un movimiento de cabeza.

—No suelo pasar mucho tiempo en ella —respondió él con solemnidad, aún sobre el caballo.

—He pensado que podría alegrarla un poco. Así me mantendré ocupada mientras tú me obligas a saldar deudas.

Acababa de darle donde más le dolía con la contundencia de un luchador experimentado y la delicadeza acostumbrada, pero no podía consentir que se creyera una prisionera. Resopló y se apeó del caballo sin soltar las riendas. Aunque ambos se debían una buena ración de explicaciones, auguraba que él iría primero.

—Hemos empezado con mal pie —reconoció—. La clase de intimidad que compartimos anoche merece que, al menos, intentemos entendernos.

—Ya no tiene remedio, Mejía. No soy tan ingenua como para no saber lo que hacía al entregarte mi virginidad. Ningún hombre querrá acercarse a mí con intenciones honorables.

Rafael la miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Y quién ha dicho que algún hombre tenga que acercarse a ti? —refunfuñó con el ceño fruncido—. Estás conmigo. Ni necesitas a otro ni te conviene tenerlo.

—Si te explicaras mejor…

Valentina dejó las flores y tomó asiento en una pequeña elevación del terreno. Antes de darse cuenta, él se encontró a su lado, observando el extraordinario color de sus ojos. Cuando estaba enfadada, poseían el tono turbio del mar embravecido. Sin embargo, ahora el azul era claro y despejado. Sereno. Alguien debería dedicarles algún poema, pensó, aunque inmediatamente sacudió la cabeza con espanto. ¿Él, pensando en poesía? ¡Menudo dislate! Mejor haría en intentar convencerla de sus planes por las buenas, en vez de ejercer de trovador.

—¿Vas a seguir mirándome como un pasmarote mucho más tiempo?

Rafael parpadeó. No, claro. Debía ponerla en su lugar cuanto antes. O bien coger su mano helada y frotársela para que entrara en calor. Se decantó por lo segundo.

—Estoy dispuesto a pasar por alto lo que me has hecho sufrir en la comida —empezó—. No dejó de ser una evidente lección de modestia.

—Muy necesaria, por cierto.

Sus ojos se oscurecieron. Una cosa era reconocer el sufrimiento, y otra hacer lo mismo con ciertos defectos, por mucho que fueran ciertos.

—Dentro de dos días comenzarán las Ferias de Septiembre en la villa —anunció con solemnidad—. Me acompañarás. A todo. Paseos por la Mota, bailes en el Casino, fiestas populares…

—Claro, mi señor —murmuró Valentina, bajando la mirada con falsa sumisión—. Como mi señor quiera. Yo solo estoy aquí para servir a mi señor.

—No soy tu señor.

—Estoy presa para satisfacer todos tus deseos.

—No estás presa. —La segunda parte era más cuestionable—. Puedes marcharte cuando quieras. Ya no hay deuda que saldar.

Los ojos de Valentina se alzaron esperanzados. A juzgar por el gesto de Rafael, aquellas concesiones parecían resultarle incluso dolorosas. Quizá se mereciera una pequeña tregua en su ofensiva.

—Siempre he creído en las segundas oportunidades —dijo, aunque su expresión seguía siendo recelosa—. No me iré.

—Dios es generoso, Tina. —¡Al fin! Rafael se contuvo para no elevar las manos al cielo en señal de gratitud—. Y compasivo.

—Pero yo no lo soy tanto, Mejía. He dicho que no me iré, no que te acompañaré a la Feria.

Su mirada distante le habló a las claras.

Quería reconocimientos, pero… ¡por los fuegos del infierno! ¡Jamás había tenido que hacer algo tan complicado! Se revolvió el pelo mientras se ponía de pie y desabrochaba un par de botones de la camisa. De repente, sentía que se ahogaba.

—Está bien… Perdón —murmuró, con la boca pegada al cuello, la lengua seca y la mirada esquiva.

—Creo que no entendí bien. ¿Has dicho «corazón»? —preguntó Valentina, con una aparente ingenuidad que le valió un funesto gruñido.

—¡No! ¡He dicho perdón! ¡Per-dón! —Antes de pensarlo, Rafael se arrodilló a sus pies, colocando las manos a ambos lados de sus caderas para acariciarle los muslos—. ¡Por tratarte como si fueras una cualquiera! ¡Por dejarte sola en la alcoba de Claudia! ¡Y por no aparecer por aquí hasta bien entrada la mañana! ¡Ya está dicho! Ahora, ¿vendrás conmigo a la Feria? Porque, si aceptas, no consentiré que utilices más estas ropas de campesina. Tendremos que ir a por tu vestuario nuevo.

—Después de lo sucedido anoche, me ofreces otra fiesta —musitó, sin mucho convencimiento—. Y más trajes.

—Ahora no es el momento de ciertas dignidades, ¿de acuerdo?

—Creí que había quedado claro que…

—Muy claro, pero los encargué con el que luciste ayer —la interrumpió—. Mañana estarán listos. Si no son de tu agrado, la modista se quedará con ellos. ¿Qué más quieres?

Que siguiera mirándola con aquella adoración en los ojos castaños, tocándola y caldeándole el regazo con el fuego de su aliento. Aunque no habría nada de malo en aceptar ciertos presentes. Sobre todo, si servían para hacerle sentir que realmente era lo que parecía.

—No soy hombre de discursos grandilocuentes ni floridos —continuó Rafael, en vista de que ella persistía en su silencio—. Pero te regalo algo mucho mejor. Mi compañía y mi protección total, ya que has decidido permanecer aquí. Y en esta ocasión no consentiré que me dejes plantado.

Las exigencias habían salido de nuevo a relucir, junto con otro ramalazo de orgullo. ¿Qué hacía él de rodillas, pronunciando aquel «perdón» más veces que en toda su vida, para luego dar todo tipo de explicaciones?

Se levantó de un salto y la obligó a hacer lo mismo. ¡Ella tenía la culpa! ¡Le nublaba el entendimiento! ¡No podía pensar con claridad! Aunque no había sido tan grave descargar su conciencia. Se sentía jovial, eufórico. Incluso noble. Y Valentina se lo merecía. ¡Era tan hermosa! Con las mejillas ligeramente sonrosadas, las pequeñas pecas en el escote y aquellos enormes ojos que lo miraban como dos faros encendidos. Sus labios comenzaron a curvarse hacia arriba al contemplarla, hasta formar una sonrisa abierta, desinhibida, sensual y totalmente devastadora. Digna de enmarcarse como el mejor de los cuadros. Un peligro para el equilibrio mental de Valentina. Si la utilizara más a menudo, resultaría sencillamente arrollador.

—Solo aceptaré tu propuesta si prometes comportarte como un hombre de honor —le exigió en un susurro—. No quiero que ciertos errores vuelvan a repetirse.

—Te doy mi palabra de que no se repetirán. Me he postrado a tus pies —afirmó—. Ninguna mujer puede presumir de haberme tenido en semejante estado. Me has arrancado confesiones de las que solo respondería ante Dios, y me he disculpado. ¿Necesitas más pruebas?

—Humm… —Le había dado su palabra. Y parecía sincero—. Creo que tengo suficientes. Solo espero no arrepentirme de mi decisión.

¿Eso quería decir que lo perdonaba? El brillo de sus ojos se lo confirmó cuando se dejó alzar hasta la silla de montar y él se acopló tras ella, pegándosela al pecho para sujetar las riendas del caballo.

Iniciaron el regreso a casa con paso lento. Valentina sostenía las flores en el regazo, y Rafael apoyaba la barbilla sobre el sedoso cabello, inhalando el inconfundible aroma a limpio que siempre la rodeaba. Ella cerró los ojos, pero la inesperada imagen de un hombre rubio con crueles ojos claros hizo que tensara la espalda y despertara de su ensueño.

—¿Y si nos encontramos con Chacón? —preguntó. Había tanto temor en sus palabras que Rafael estrechó el cerco en torno a su cintura.

—Estarás a mi lado, no al suyo —afirmó con contundencia—. Recuerda que me debes un baile.

—Deberías tener cuidado, Mejía. Si continúas comportándote de forma tan galante, voy a empezar a pensar que realmente puedes llegar a ser dulce.

Tras ella, Rafael sonrió. «Un auténtico caballero», pensó. Eso debería ser, para no tomar su alcoba por la fuerza y hacer lo que tanto llevaba deseando. Todo en la primera noche.

# 12

Valentina había pasado una noche para olvidar. Y todo porque el hombre que dormía en la alcoba contigua a la suya había decidido comportarse como un perfecto caballero en la cena, correcto e irreprochable. Nunca estuvo más cortés… Ni más atractivo.

Se levantó con los primeros rayos del amanecer y se enfundó de nuevo la blusa de cordones y la falda marrón. Sin ayuda, se recogió los rizos en un sencillo moño y bajó las escaleras, dispuesta a prestarse para lo que fuera necesario.

Una enorme tartera colocada sobre la placa oscura y caliente y el aroma a pan que salía del horno de leña encendido fueron lo único que la recibió en la cocina. Observó con agrado el aspecto inmaculado de las paredes encaladas y el suelo de baldosas oscuras. En un rincón, una pequeña alacena contenía varios tarros con especias que desprendían su propio aroma. Sonrió al percibir la familiar mezcla de olores. No tardó en encontrar una cuchara de madera con la que probar el guiso. «Delicioso», pensó, mirando a su alrededor hasta encontrar un pequeño habitáculo a la izquierda cuya entrada se hallaba cubierta con una cortina oscura. La descorrió. Tres estantes a cada lado recogían las masas de pan listas para ser horneadas y, en el más alto, Valentina pudo distinguir una pequeña cesta de mimbre. La cogió y salió de la casa canturreando. Pensaba en las zarzas que había visto el día anterior cerca del río. Sopas de ajo con vino y moras como menú de desayuno. Valentina sonrió al imaginarse la cara que pondría Rafael, pero su gesto se ensombreció enseguida. Otra vez él. Siempre él. A todas horas desde que sus caminos se habían cruzado, por obra y gracia del Flaco. Lo tenía en el pensamiento cuando comía, cuando trabajaba y también cuando descansaba. Permanecía allí justo antes de dormirse, y era lo primero que la saludaba al despertarse.

Suspiró y cerró los ojos. El olor refrescante que le llegó del río y la silenciosa paz de la naturaleza la ayudaron a afianzarse en su decisión. Con peores toros había lidiado en su vida. Y este en particular no parecía tan bravo como lo habían pintado. Si conseguía doblegarlo, sería una victoria muy dulce.

Siguió canturreando mientras empezaba a coger moras. No se dio cuenta de que estaba demasiado lejos de la vigilancia de cualquiera de los hombres de Mejía, ni tampoco oyó las pisadas a su espalda.

Cuando sintió su cercanía, ya fue demasiado tarde. Un brazo la inmovilizó, haciendo que la cesta de mimbre rodara por el suelo, y el filo helado de un cuchillo le acarició la garganta.

—Menuda sorpresa… Si es el pequeño gorrión que me apedreó en la posada. Contigo no contaba. —El corazón se le paralizó de miedo al reconocer la voz del Flaco—. Mira tú por dónde, cumpliré el encargo del patrón y, de paso, me daré un enorme gusto.

Valentina intentó revolverse, pero el contrabandista la sujetó con más fuerza. Solo le quedaba una salida: gritar tanto y tan fuerte como pudiera. El Flaco pareció adivinar sus intenciones y la arrastró hacia la orilla del río, traspasando los arbustos y la maleza acumulada.

—Te juro que si lo intentas siquiera, te degüello, después de cargarme a tu amante, ¿me oyes?

Valentina asintió, con los ojos anegados en lágrimas y un solo pensamiento: Mejía, Mejía, Mejía.

Ella estaba a su lado. Rafael abrió los ojos confiado, pero bufó con desilusión al encontrarse solo en la cama. Una susurrante maldición surgió de su boca mientras se frotaba la cara, desprendiéndose de los últimos rastros de sueño. Valentina se había acostado en aquella cama. Por eso las sábanas aún llevaban su olor, cubriendo un creciente y doloroso entusiasmo ante la idea de que podrían volver a arroparla. ¿Qué tenía aquella mujer para que sintiera ese incómodo revoloteo en el estómago cada vez que pensaba en ella? Él no era galante, ni cortés. Pedía y se le daba. Necesitaba y se le satisfacía. No podía consentir que sus ímpetus naturales se redujeran a un montón de miradas lascivas y hambrientas, deliberadamente ignoradas por la otra parte. Las cosas nunca habían funcionado así. Al menos, hasta que se había topado con Valentina y su voluntad de hierro.

Con otro resoplido de resignación, se vistió con su camisa de faena remangada hasta los codos y los viejos pantalones oscuros que utilizaba para montar, antes de acercarse a la puerta de la alcoba contigua para comprobar que estaba vacía. La ausencia de Valentina no le inquietó. Samuel estaría vigilándola. Un pequeño descanso para sus instintos desatados.

Se le presentaba una mañana muy interesante con la modista, entre telas, volantes y escotes. Pero mientras el momento llegaba, llevaría en el carro un par de barriles hasta las bodegas.

Comprobó que el capataz había dejado todo dispuesto e inició un camino que cortó de cuajo cuando, a varios metros de él, vio a Mercedes saliendo del pajar, con la falda arrugada y el peinado descompuesto. Tras ella apareció Samuel, ajustándose el cinto de los pantalones con precipitación, antes de colgarse la escopeta al hombro. Rafael lo interceptó, con un creciente presentimiento agarrotándole el pecho.

—No has tardado mucho en buscar distracciones.

—Yo… Patrón… —El rostro de Samuel enrojeció de vergüenza—. Es que…

—Sí, ya. Eres un hombre y te gusta la sirvienta. —No necesitaba explicaciones ante algo tan evidente—. ¿Y Valentina?

—No lo sé, patrón. La perdí de vista mientras estaba en… el pajar.

Rafael agarró las riendas del carro con tanta fuerza que el cuero casi le cortó las manos cuando señaló a Samuel con un movimiento de cabeza.

—¡Sube! —ordenó—. Más te vale que no le haya sucedido nada, porque, de lo contrario…

Azuzó a la mula y recorrió buena parte del terreno, abarcando con la vista todo lo que le era posible, hasta que distinguió una solitaria cesta de mimbre junto a las zarzas. Detuvo el carro y avanzó a pie, seguido por Samuel. Agradeció contar con la escopeta del muchacho, porque él iba completamente desarmado cuando, unos metros más allá, se encontró cara a cara con el Flaco y su cuchillo sobre la garganta de Valentina. Se detuvo en seco y separó las manos del cuerpo. Por el rabillo del ojo, vio que Samuel apuntaba al Flaco con la escopeta, pero percibió sus dudas.

—Suéltala —ordenó con voz serena.

—Es la segunda vez que me pides lo mismo con esta rapaza. Debes de quererla mucho. —El filo del cuchillo provocó un hilillo de sangre en el cuello de Valentina—. Tú por ella, Mejía. Ese es el trato.

Sus ojos no se apartaron de los de ella. Enrabietados, coléricos, furiosos por aquel miserable que la utilizaba para llegar hasta él. No consentiría que nadie la tocara.

—De acuerdo —dijo, avanzando un paso.

—Que suelte el arma —exigió el Flaco, señalando a Samuel con un movimiento de cabeza—. O ella morirá.

Los ojos de Rafael se entrecerraron. Si cedía, ninguno de los dos saldría vivo.

—Dispara —susurró al muchacho, sin despegar apenas los labios.

—Podría dar a Valentina, patrón.

—No lo harás. Dispara.

Era el peor momento para titubeos ridículos. Aquel delincuente se había colado en sus tierras y estaba amenazando a una mujer que era suya. Razones suficientes para que, al ver su indecisión, le arrebatara la escopeta y apuntara al Flaco él mismo. El contrabandista sonrió lentamente.

—Sabes que acabaré con ella, Mejía.

—Antes tendrás que acabar conmigo. Y eso va a resultarte mucho más complicado. Mis manos no tiemblan como las de Samuel.

No le dio más opción. Inspiró para concentrarse en el blanco que se mostraba tras la cabeza de Valentina. Le disparó entre los ojos, y casi gritó de alegría cuando el cuerpo del Flaco cayó al suelo, muerto en el acto. Golpeó el pecho de Samuel al devolverle la escopeta y se adelantó. La tensión acumulada daba lugar a un temblor de piernas difícil de disimular, que desapareció al ver cómo ella se volvía hacia el cadáver para propinarle un puntapié en las costillas.

—¡Cerdo, desgraciado, sanguijuela inmunda! —le chillaba con los puños cerrados—. ¡Estoy harta de que amenaces mi cuello! ¡Me tienes hasta el coñ…!

—¡¡Valentina!! —la increparon los dos hombres al unísono, totalmente boquiabiertos. ¿No debería estar llorando, aterrada por el mal trago que acababa de pasar?

Ella los miró alternativamente. Como si lo hecho y dicho no hubiera sido más que una simple anécdota, se remangó las faldas y caminó entre ellos con la frente alta.

—Servidora llegó al límite de su paciencia —se justificó.

Dos pares de atónitos ojos la vieron sentarse en el carro, antes de que Rafael reaccionara a su propio desconcierto. Había estado a punto de perderla. Para siempre. Y uno de los culpables estaba a su lado, con la escopeta al hombro. Hizo lo que nunca antes había hecho. Sin mediar palabra, derribó a Samuel de un puñetazo en la mandíbula.

—Llama a los Civiles y encárgate de sacar «eso» de mis tierras —siseó, señalando el cadáver del Flaco—. ¡Si vuelves a descuidar tus obligaciones por un revolcón, te la cortaré y haré una elegante corbata con ella, para evitar futuras tentaciones!

Lo mantuvo en el suelo con una simple mirada de advertencia. Durante un tiempo interminable, solo escuchó la respiración apresurada de Samuel. Vio en sus ojos destellos de insubordinación. De ira contenida. Fogonazos de rebeldía que no casaban con alguien leal ni sumiso. Pero decidió ignorarlos, en vez de castigarlos como se merecía. Ahora lo más importante era ella. Corrió hacia el carro y comenzó a palpar el cuerpo entero de Valentina, buscando cualquier tipo de lesión. Ni siquiera prestó atención a los cordones desatados de la blusa, que ponían a la vista sus pechos casi al completo. Incluso volvió a atárselos pudorosamente. No parecía atender a otra cosa que no fuera la palidez extrema de su rostro. La ansiedad que lo asediaba era tan grande que se apresuró en sacar un pañuelo para limpiar con ternura la sangre que le corría por el cuello.

—¿Estás bien? —Ella asintió. Debía permanecer sentada para evitar caerse por la impresión, pero ese parecía el único daño sufrido—. La herida solo es un rasguño —aseguró Rafael, antes de acomodarla sobre el regazo y abrazarla. Se tomó su tiempo en calmar los violentos temblores a base de fugaces besos en el cabello enmarañado y lentas caricias a lo largo de la espalda. La siguiente pregunta que debía hacerle escocía bastante más—. ¿Se… sobrepasó?

—No. —El suspiro aliviado de Rafael apenas se notó—. Pero habló de un encargo que le había hecho su patrón. Algo que tenía que ver contigo, puesto que me quería cambiar por ti.

Debería darle algún tipo de explicación. Y no podía inventarse una que justificara la esperada presencia del Flaco en La Albacara.

—Tenemos razones para pensar que el Flaco trabajaba para Chacón —admitió.

—Tú no le resultas simpático y él no es trigo limpio, pero de ahí a buscar tu muerte, va un trecho. Tienes demasiada imaginación, Mejía.

—No tanta. Ciertas cosas he de verlas con mis propios ojos —replicó, más relajado. Las mejillas de Valentina volvían poco a poco a su color habitual, y las manos heladas recuperaban la temperatura adecuada, señal inequívoca de que se tranquilizaba—. Si me hubieran dicho que serías capaz de golpear a un cadáver

mientras hablabas como la mujer de un carretero, no me lo habría creído. Pero me ha encantado. Tienes mi permiso para repetirlo cuanto quieras.

Ella parpadeó, aún confundida. Después, comenzó a sonreír muy levemente.

—Me alegro de que vinieras a buscarme —confesó.

—Buscaba a una Raposa con pinta de sirvienta para compartir mi desayuno y acompañarme a elegir un vestuario más selecto y adecuado —informó Rafael, con un brillo danzarín en los ojos—. Tú cumples todos los requisitos.

Su intento de reconfortarla fue tan espontáneo y dulce que el temblor de Valentina regresó. No le gustaba cuando se mostraba así de encantador, con esa seguridad tan varonil. Ni tampoco cuando hablaba de ese modo tan atractivo y envolvente, haciéndola sentir la única mujer del mundo. Lo prefería soberbio y cínico, ¿verdad? Para nada. En realidad, comenzaba a adorar esa sensibilidad medida que le ofrecía a cuentagotas. Se apretó más contra él.

—Lo mataste, arriesgándote a…

—En la vida hay ciertos riesgos que debes correr si quieres tener opciones de victoria. Nunca había matado a un hombre. —La mandíbula tensa y los labios estirados fueron una señal del terror que también él había experimentado. No le importaba que ella lo descubriera. Lo único que le importaba era que no se moviera de donde estaba—. No vacilaré en repetirlo ante cualquiera que vuelva a amenazar tu vida. Te prometo que nunca tendrás que volver a pasar por esto.

Dejó un beso húmedo y cálido en la pequeña herida del cuello, pero ella lo apartó. Estaba tan sobrecogida por la trascendencia de sus confesiones que tomó su cara entre las manos y acarició con reverencia las mejillas ásperas por la barba.

—Gracias —dijo, antes de besarlo en plena boca.

Rafael se dejó hacer. Disfrutó y movió los labios al compás dictado por ella, hasta que se dio cuenta de que el calor que desprendía no provenía del trasero de Valentina sobre sus muslos, sino de él mismo. Se separó la distancia de un suspiro, y miró en todas direcciones.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Valentina.

—Buscar —le respondió, con una ligera curvatura de labios—. Si este es el agradecimiento que me espera, estoy dispuesto a terminar con todos los maleantes de la comarca ahora mismo. —Ella se ruborizó, y él contuvo un gruñido. ¡Señor, cómo le gustaba que hiciera aquello! Pero, a continuación, intentó apartarse de su regazo, algo que él no le permitió—. ¿No estás a gusto conmigo?

—Hace calor.

—Podríamos refrescarnos en el río. Juntos. Tenemos tiempo.

Contuvo un brinco al escucharse. ¡Esas proposiciones serían su absoluta perdición! Debía aprender a manejarlas, para no sucumbir ante ellas. Valentina echó la vista atrás . Samuel ya se había ido, pero el cadáver del Flaco continuaba allí.

—Me conformo con que me dejes respirar —apuntó con los ojos brillantes.

Rafael meneó la cabeza. Estaba jugando con él. Y no solo no se enfurecía como debía, sino que actuaba como un manso cordero. Francamente penoso, pero

más que agradable.

—No puedo —replicó con voz profunda—. Es peligroso que te alejes.

—Ya, pero ahora estamos demasiado cerca.

—Nunca estarás lo suficientemente cerca de mí, Raposa.

Sus pupilas se dilataron cuando se atrevió a mordisquearle el mentón. Ahora sí que el calor provenía de Valentina. Un ardor sublime que fue aumentando conforme los labios de Rafael comenzaron a repasar a conciencia las pecas de su escote, pero que menguó de intensidad en cuanto él notó una leve resistencia.

—Por favor, compórtate como es debido —le pidió entre suaves jadeos, apresurándose a ocupar su lugar en el carro, fuera de aquellos muslos duros y poderosos—. Sé que puedes hacerlo.

Rafael apretó los dientes. Ahora le pedía compostura. Y cuando Valentina pedía eso, él no sabía a qué atenerse. Había comprobado que sus modales eran más propios de una dama que de una cocinera, pero estaba seguro de que el temperamento de la cocinera saldría a relucir de nuevo. Solo tenía que darle un motivo.

Tomó las riendas y azuzó a la mula para regresar a casa. Los barriles y las bodegas habían quedado relegados a un plano insignificante en su cabeza. Solo pensaba que debería controlarse mucho más para evitar que los loables propósitos de respetar a Valentina cayeran a la altura del betún. Algo que su varonil orgullo no estaría muy dispuesto a aceptar.

—«Sería capaz de enfrentarme a un tigre furioso» —le recordó ella, imitando su tono de voz grave—. A veces lo que decimos tiene más predicamento de lo que pensamos, Mejía.

Rafael dirigió sus ojos entrecerrados a la ligera sonrisa de los labios femeninos. ¿Eran imaginaciones suyas, o ella disfrutaba de su pequeña victoria? Ya no estaba seguro de nada, pero, por primera vez, se arrepintió de unas palabras y unas intenciones que tendría que cumplir.

—Santa Valentina ha vuelto —rezongó, pensando que nuevamente se avecinaba un día muy largo y tortuoso.

# 13

Los armoniosos acordes del vals llenaron cada rincón del salón principal. Aquella tarde, el Casino de la villa se vestía de gala para acoger a los numerosos visitantes que lo abarrotaban. El ambiente era sumamente agradable y selecto, pero los murmullos y el baile menguaron su intensidad en el momento en que la baronesa, acompañada de Santiago Canales, hizo acto de presencia. Los asistentes se acercaron para presentarles sus respetos, pero Canales señaló a otra pareja que seguía bailando, inmersa en su propio mundo.

El hombre solo tenía ojos para su compañera, y lo comprendía. La muchacha lucía espectacular con aquel vestido verde que estilizaba sus formas delicadas, el talle estrecho y la elegancia innata de los brazos desnudos.

—Puedes soltarla, chico. No creo que vaya a escaparse. Además, estás babeando.

Rafael dio un respingo al escuchar la voz de Santiago a su espalda y se giró. Su aspecto era mucho más elegante con el pelo corto y sin barba.

—Has cambiado tu imagen —apreció—. Te has quitado unos cuantos años de encima.

—Muy observador, y más teniendo en cuenta que acabo de sacarte de quién sabe dónde —bromeó Santiago, guiñando un ojo cómplice a Valentina—. Me alegro de volver a verte.

Cuando Rafael se percató de la presencia de Claudia, endureció la mandíbula. Valentina se había quedado muda, y no se lo reprochaba. Él mismo se habría excusado por su comportamiento en la fiesta de Claudia… Si fuera un hombre cabal, claro. Pero no lo era. Por eso no había devuelto a Valentina a la posada tras la muerte del Flaco. No… Era mejor sufrir martirio en el taller de la modista.

¡Caray! Él siempre se había considerado un experto en desnudar, no en vestir. Pero aquel día comprobó lo placentero que podía resultar lo segundo. Sobre todo cuando Valentina se mostró tan entusiasmada con todo el vestuario adquirido, que fue mucho más de los encargos hechos a la modista. Polisones, corsés, enaguas y recatados camisones de un blanco virginal que le alborotaron la sangre con solo imaginárselos sobre aquel cuerpo de aspecto delicado y pasión avasalladora.

No era conveniente que perdiera la cordura de ese modo, pero, ¡diantres! Incluso alguien como él se merecía ciertos estímulos de vez en cuando. Y el estímulo que había elegido vivía con él, llenaba su casa de flores y elaboraba una exquisita compota de manzana con la sirvienta. En aquel momento, su escote estaba tan cerca que podía contarle las pecas. Y también capturárselas con la boca. Una a una.

«Refrena tus impulsos, Mejía, o terminarás por tenerla sobre tu regazo». Carraspeó para alejar semejantes imágenes de la mente y se dirigió a la baronesa.

—Estás muy hermosa, Claudia —alabó, besando su mano con galantería.

—Es una grata sorpresa verla aquí, señora —añadió Valentina—. No sabía que gustara de esta clase de diversiones.

—Siempre he sentido debilidad por los bailes de sociedad. ¿Qué tal su estancia en La Albacara, señorita Hidalgo?

—Productiva. —La cara le ardía cuando se miró a Rafael, implorante—. Creo que en algún lugar se está celebrando una competición de cucañas. ¿Podemos ir a verla, primo?

—No es un espectáculo apto para nosotros —replicó Claudia—. Además, acabamos de llegar. No sería apropiado.

—Pero tampoco es mala idea. —Santiago inclinó la cabeza en su dirección—. Tengo entendido que hay un palco para acoger a las personalidades de la villa, alcalde incluido. Allí estaréis en una compañía inmejorable, mientras yo trato ciertos asuntos con Rafael.

Pero Mejía no parecía estar de acuerdo. Era el primer día de Feria. Fuera de aquellas paredes, el pueblo llano estaría repartido entre el baile de la plaza Mayor, las exposiciones de ganado, ubicado en la plaza del Grano, y la competición de cucañas. Ninguna de las tres alternativas le atraía. No deseaba compartir a Valentina con nadie más, fuese de la clase que fuera, pero suspiró al ver el adorable ceño ligeramente fruncido.

—Bailemos un par de piezas más —sentenció, aprovechando que el pequeño revuelo causado por la presencia de Claudia tocaba a su fin, y la música volvía a sonar—. Después, iremos a las cucañas.

—Creo que eres cliente habitual del Casino —observó Valentina, dejándose llevar por él—. No veo necesario que nos vayamos tan pronto.

—Tú propusiste las cucañas.

—Eso fue antes de que planearas dejarme con la baronesa a las primeras de cambio. —Rafael desplegó una cálida sonrisa, pero ella no se dejó impresionar—. Ya he visto tu extraordinaria afición a las partidas de cartas. ¿Por qué no tratas tus asuntos con Canales aquí?

—Porque suelo frecuentar el Casino cuando la timba es de alto copete. Y ahora no veo que haya ninguna.

—Comiénzala tú. Es algo que se te da muy bien, como ya tuve ocasión de comprobar en la posada.

—Ah, pero si lo hiciera, el desenlace no sería, ni mucho menos, igual de satisfactorio que aquella. —La sonrisa se acentuó. Acercó la boca a su sien para rozarla con los labios. ¡Qué bien olía! Y su sabor era muchísimo mejor. Podía dar fe de ello, como del tacto tierno de sus partes más ocultas, o de la evidente virginidad que no dudó en entregarle… Sacudió la cabeza con decisión. Si no conseguía bloquear esos apasionados desvaríos, la integridad de su elegante traje correría peligro—. No te preocupes tanto. Para Claudia somos parientes, ¿recuerdas?

Valentina no había podido olvidarlo hasta el momento, tampoco a partir de entonces, cuando emprendieron camino hacia las cucañas.

Junto a una de las puertas de la iglesia de Santa María del Azogue, dos hombres tocaban un organillo. Brincando a su son, Valentina distinguió a los cuatro hijos de Bernarda y Florencio, el cestero. Un poco más allá estaba Eusebio, el afilador, que pasó por su lado tambaleándose por el vino. Por fortuna no se fijó en ella cuando se detuvo junto a una mujer que revolvía, en un enorme cuenco de metal, los ingredientes necesarios para confeccionar almendras garrapiñadas, llenando el ambiente de un cálido y penetrante aroma dulzón.

—Calle de Alfonso XIII, calle de Alfonso XIII… —mascullaba ensimismado—. ¿A quién se le ocurre cambiarle el nombre? ¡La Rúa! Así se seguirá llamando por muchos nombres que le pongan.

Valentina bordeó tres de los cinco ábsides de la iglesia y llegó a la plaza de La Madera, abarrotada de gente que jaleaba y animaba a dos hombres que intentaban ascender por sendos postes, embadurnados con grasa animal.

—Tengo que dejarte un momento —le susurró Rafael—. Pero el alcalde y sus acompañantes os dispensarán todas las atenciones necesarias hasta que vuelva. Estarás bien.

Antes de que pudiera contradecirle, se encontraba en el palco principal, sentada junto a la baronesa, que inclinaba levemente la cabeza hacia ella sin desviar su mirada de las cucañas.

—Rafael necesita ser tratado con mucho tacto y suavidad, aunque no lo parezca —le susurró la baronesa disimuladamente al oído—. ¿Tú posees esas cualidades?

—N-No sé de qué me habla, señora —logró pronunciar.

—No pretendo luchar contigo para recuperar a alguien que, en realidad, nunca fue mío —siguió Claudia—. La resignación es un valor que todo el mundo tendría que saber adoptar llegado el caso, pero, si realmente no sientes nada por él, deberías alejarte. Podrías hacerle daño.

Por la boca abierta de Valentina hubiera pasado una diligencia al completo. ¿Se referían al mismo Rafael? ¿El hombre que se creía el centro del Universo? ¿El patrón poderoso a quien todo el mundo debía favores, y que dispensaba prebendas a quien consideraba oportuno? ¿El que paseaba su atractivo delante de cuanta mujer quisiera alabarlo, para luego menospreciarlas con su habitual soberbia?

Sí, eso parecía.

—Buenas tardes, señorita Hidalgo. Qué sorpresa encontrarla aquí. Ya veo que se ha recuperado de su desvanecimiento.

Valentina controló la repentina necesidad de huir de allí cuando reconoció a Chacón.

—El… desvanecimiento… —comenzó, a la espera de que el propio Chacón le aclarase el resto.

—El que sufrió en la fiesta de la baronesa. ¿Tan mal estaba que no lo recuerda?

—S-Sí… —tartamudeó. De buenas a primeras, el calor la abandonó. Tenía las manos heladas cuando Chacón se llevó una de ellas a los labios—. F-Fue un simple m-malestar.

—Me alegra oírlo. Claudia me explicó que había tenido que marcharse antes de tiempo debido a su salud.

¿La baronesa la había excusado? Eso merecía agradecimiento, como mínimo.

—Sí, bueno… Ni siquiera tuve tiempo de avisarle como se merecía, don Jaime.

—Jaime para usted, querida. —Bajó la voz para que solo ella pudiera oírle, provocándole un repentino escalofrío—. Si he de serle sincero, su compañía me agradó tanto que pensaba solicitarla de nuevo al señor Mejía. No esperaba encontrarla en acontecimientos tan mundanos, pero, ya que ha sido así, ¿puedo disfrutar del espectáculo con usted?

Valentina apreció que la baronesa estaba inmersa en una animada conversación con el alcalde. No le quedó más remedio que aceptar.

—Estaré encantada de que lo haga —mintió.

Chacón apenas había tomado posesión de su asiento, cuando una sombra oscura y amenazante se plantó ante ella con el pelo revuelto, la chaqueta colgada al hombro, el chaleco desabotonado y la camisa descolocada. Eso sin contar con los labios tensos y una mirada fiera que cambió en cuanto se hizo un lugar entre ella y Chacón, a base de empujones.

—Seguro que él no estará tan encantado ahora que al fin me tenéis entre vosotros, mi querida prima. —Como si lo dicho no fuera más que una broma, Rafael ofreció una mano que Chacón dudó en estrechar. Aún le dolían los dedos por su último saludo—. Buenas tardes, don Jaime.

—Buenas, don Rafael.

—Qué alegría verte en tan buena compañía. —Su semblante duro fue directo a ella. Acababa de olvidarse de todo. Solo era capaz de ver el peligro en aquel canalla que le susurraba con voz meliflua. Su presencia le envenenaba el entendimiento—. ¿Sabes lo que es una carabina?

—¿Un arma de fuego? —preguntó Valentina con aparente inocencia.

—Además de la persona que velará por que tu integridad y buen nombre permanezcan intactos. Esta tarde, yo soy tu carabina. —Bajó aún más la voz—. Y el único hombre con derecho a mirarte. De los demás derechos, mejor ni hablamos.

Valentina le correspondió con un mohín oscuro, turbio e incluso atormentado. Para él, absolutamente delicioso.

—¡Si sirviera de algo, te enviaría con el tío Segismundo! —le murmuró ella entre dientes.

—¿Quién es ese buen hombre? ¿Alguien de tu familia?

—No. —Lo miró airada, pero una lenta y malvada sonrisa curvó sus labios. Se cobraría su pequeña venganza—. Es el hombre que castra a los puercos en el pueblo vecino.

Rafael abrió la boca entre divertido y sorprendido, preparando una respuesta a la altura de las circunstancias, cuando el incómodo visitante que tenía al lado lo interrumpió.

—Hablando de puercos —dijo, sacando un inmaculado pañuelo blanco, con sus iniciales bordadas, para taparse la nariz con un gesto de repugnancia—. ¿No les resulta nauseabundo el olor que pulula por aquí?

—Tengo una finca con animales, don Jaime. Los olores naturales no me repugnan.

—Entonces he de suponer que el exceso de trabajo le tiene tenso. De ahí su cara de disgusto.

Podría llamarse así. Era exceso de trabajo lo que Valentina le proporcionaba dejándose ver en compañía de semejante sujeto. Era tensión lo que le impulsaba a comportarse como un torpe patán sin que pudiera remediarlo, cuando lo que de verdad deseaba era estrujar el cuello de aquel barbilampiño con pinta de endeble y mente retorcida por acercarse a su mujer de aquella descarada manera. Pero Chacón aguardaba otra respuesta, y él no era hombre que desperdiciara las oportunidades cuando se presentaban. El banquero buscaba carnaza. Mucha y de buena calidad.

—Mis clientes son muy exigentes —apreció Rafael, encogiéndose de hombros.

—Todos lo son.

—Algunos más que otros. Diego de Casanueva es mi última «adquisición». —Rafael permitió que un oportuno silencio siguiera a sus palabras. Chacón intentó ocultar la desazón, pero su mandíbula se tensó demasiado—. Su fama ha traspasado fronteras, por unos motivos muy poco halagüeños. Es un terrateniente malagueño que quiere recuperar la honorabilidad de su apellido, perdida por los acontecimientos que destrozaron la reputación de su familia, hace unos años.

—Una verdadera pena. ¿Y cómo pretende limpiar su nombre?

—Con trabajo duro. Su hermano Lorenzo fue acusado de la muerte de don Gregorio Luján. Seguro que sabe de lo que hablo.

—Habla del asesinato de mi mentor. Todo el mundo conoce esa historia. Pero no parece usted un patrón adecuado para hacer frente a misiones tan importantes. No debería rodearse de tanto pueblerino maloliente.

—Soy lo que soy cuando debo serlo. En eso estriba el buen hacer de un patrón —recitó Rafael, moviendo la mano como si en realidad estuviera comentando lo inusual del tiempo reinante—. Claro que usted ignora lo que es eso.

La cara de Chacón palideció. Valentina pudo ver cómo sus puños se cerraban y cómo los ojos claros adquirían un brillo glacial. Y decidió intervenir. El comportamiento de Mejía estaba dejando bastante que desear, por mucho que sus palabras escondieran verdades del tamaño de montañas.

—La situación se está volviendo embarazosa —le susurró entre dientes.

—Sé que no quieres estar con él. Si quieres, lo echaré de aquí a patadas.

—Pareces un gañán.

—Esa boca, Raposa. Al final, tendré que lavártela con jabón.

—Eres un auténtico grosero —siguió ella, ignorando la advertencia y las manos cálidas que abrigaban una de las suyas.

—Sí, y muy desconsiderado. Pero algún día te explicaré el porqué de mi conducta.

En cuanto él mismo la comprendiera. Cosa que no tuvo tiempo de analizar, puesto que el odioso personaje volvió a interrumpirles.

—Es evidente que usted y yo tenemos puntos de vista diferentes. ¿Qué le parece si los dirimimos ahí abajo? —Con una sonrisa tan fría como sus ojos, Chacón comenzó a quitarse la chaqueta—. Vamos, don Rafael. Una competición de cucañas para nosotros. No se negará, ¿verdad? Su prima puede pensar que es un cobarde. Por no hablar del resto de la villa…

En esa ocasión, los ojos ambarinos se entrecerraron con ferocidad. La palabra «cobarde» llevaba consigo demasiada provocación como para ignorarla. Ni siquiera si Valentina intentaba detenerlo sujetándolo del brazo.

—Mejía, ese poste no es un juego de niños.

¿Se preocupaba por su bienestar? La cálida sensación que le llenó el pecho no le impidió levantarse y dejar su torso desnudo.

—Pierde cuidado. Está todo controlado. —Luego se dirigió a su contrincante y señaló a la concurrencia, con una siniestra sonrisa en los labios—. Usted primero, don Jaime.

Valentina los vio descender del palco y abrirse camino hacia las cucañas con el corazón paralizado. ¡Que perdiera cuidado! Sería más fácil conseguir que un ciego recuperara la vista. La corpulencia y estatura de Mejía eran mayores que las de Chacón. Por lo tanto, su rapidez sería menor. ¡Había sido un necio al aceptar el desafío! Quiso dar la espalda a tan dantesco espectáculo, pero no pudo. Sus ojos se clavaron en los músculos que trabajaban para ascender más rápido que Chacón, a pesar de la grasa que le hacía escurrirse, en los muslos que trepaban, mientras los gritos de todos los presentes parecían alzarlo hacia la meta.

Sin embargo, a punto de llegar a la meta, Mejía se inclinó hacia atrás hasta que sus ojos se encontraron con los de ella. No podía creerlo. ¡Quería impresionarla! Él esbozó una media sonrisa justo cuando su distracción le hizo perder adherencia a la superficie del tronco. En medio del griterío general, sus brazos y piernas resbalaron. La superficie rugosa le levantó la piel de las manos y el pecho mientras caía aparatosamente al suelo.

—¡Mejía!

El grito de Valentina se elevó por encima del progresivo silencio. En lo alto del segundo tronco, Chacón exhibió un gesto de satisfacción que sabía a victoria, pero nadie le prestó atención. Todos parecían pendientes de la reacción de Valentina, que llegaba hasta Rafael. Todos menos él, demasiado atolondrado por el golpe como para reaccionar como era debido. Y cuando pudo, no quiso hacerlo. Su cabeza descansaba sobre el regazo de Valentina, mientras las manos frías de esta examinaban los numerosos raspones que sangraban.

—Acabas de cometer una solemne estupidez, ¿lo sabías?

La primera de muchas si no se apartaba de ella. Lo intentó. Con toda la capacidad mental que le quedaba. Pero no pudo.

—Maldición, Valentina.

—¿Estás bien?

—No puedes tenerme así, tan cerca de ti. Ni mirarme la boca de ese modo —gimió, cada vez más desesperado—. Esto no es sano, por Dios.

—Has sufrido un buen golpe en la cabeza. Solo dices incoherencias.

Rafael se levantó con un gruñido y la arrastró con él. Si quería coherencia, se la daría. Delante de todo el que quisiera contemplarlo, ¡y al diablo con los supuestos lazos de sangre, con los buenos propósitos y con la puñetera moralidad! La aplastó contra su pecho y le arrebató hasta el último aliento en el mejor beso de su vida.

No le permitió una negativa, pero sí una respuesta. Y la obtuvo. En la manera de fundirse con la humedad de su lengua, en las manos ansiosas alrededor de su cuello. O en el suspiro que ella depositó entre sus labios, en medio de una unánime exclamación de sorpresa general que le obligó a apartarse, consciente de lo que acababa de suceder, pero en modo alguno arrepentido.

—¿Lo entiendes ahora? —le preguntó, en forma de encendido susurro—. Esto era lo que quería explicarte.

A la baronesa no le pasó por alto la respiración acelerada de Santiago mientras Rafael besaba apasionadamente a Valentina delante de todos, desvelando la verdadera naturaleza de su relación. Incluso el imperturbable Jaime Chacón parecía congestionado de ira.

Cuando los ojos oscuros de Santiago se clavaron en ella, dio un paso atrás. Estaba realmente furioso.

—Vámonos —susurró, tomándola del brazo—. De lo contrario, iré allí y le romperé la cara.

Claudia se dejó llevar hasta la berlina, donde Santiago relevó al cochero para conducir él mismo. No supo hacia dónde se dirigían hasta que no vio los restos de muralla medieval que los rodeaban cuando Santiago la hizo bajar de la berlina. Su mirada ausente se fijó en la Torre del Caracol, unida por un arco a los restos del castillo que las huestes de Napoleón habían dejado en pie. Apreció que, en uno de sus laterales, las enredaderas se habían alimentado de la desidia para hacerse fuertes. Examinó su imponente planta cuadrada, presidida por el escudo de la familia Pimentel, en contraposición con las casuchas que, a su espalda, se apilaban pegadas a la muralla derruida. Parecía que era la primera vez que contemplaba aquello, pero en realidad solo trataba de contener las lágrimas mientras disimulaba su desazón sentándose sobre una de las piedras.

Santiago se acercó, examinando su aspecto con verdadera preocupación, y ella no pudo más.

—No me mires así, por favor —le suplicó, en medio del llanto—. Él nunca me engañó. Fue sincero conmigo cuando comenzó, y también cuando terminó.

—¡No tiene derecho a hacer lo que ha hecho delante de ti!

—Valentina es muy hermosa. Y no alberga ninguna mala intención.

—No creo que estés al corriente de eso. Bien puede ser una…

—Sé reconocer el amor cuando lo veo —lo interrumpió Claudia—. Él no es para mí.

—Ni para nadie. ¡Rafael no ama a Valentina! Ese descastado solo se ama a sí mismo.

Claudia no pudo rebatirle. Sabía que tenía razón. Hubo pasión en su relación con Rafael, deseo y lujuria, pero no amor. Nunca la había mirado como a Valentina. Y nunca lo haría. Deseó poder lanzar sobre ella toda su frustración, pero, en cambio, le había ofrecido sus consejos. No podía odiarla. Solo comprenderla. Con una incómoda afinidad y cierta complicidad que no se podían explicar con palabras, pero que la habían llevado a tapar su huida de la fiesta de cumpleaños ante Chacón. Ojalá fuera tan resolutiva como el hombre que ahora se sentaba a su lado.

—Rafael no es nadie para despreciarte de esa manera —murmuró Santiago.

—No me ha despreciado. Solo se ha dejado llevar.

Él alargó una mano para limpiarle las lágrimas con las yemas de los dedos. El contacto le resultó agradable. Más que eso, recapacitó. Muy íntimo. Algo que tenía que haberla hecho huir de allí, pero que solo la hizo sentir querida. Importante para otro que no fuera Rafael.

—Si te hace daño a ti, también me lo hace a mí. No quiero que sufras más, Claudia. No llores más, por favor.

La mano que había acariciado su mejilla recorrió el contorno de su rostro, mostrando lo que ella nunca había visto. Repasó las comisuras de sus labios con dedos dubitativos, hasta que se decidió a besarla, esperando algún tipo de rechazo. Seguro que lo habría. No en forma de gritos e insultos, pero lo habría. Al principio solo rozó los labios, pero ella no se apartó. Estaba demasiado turbada por lo sucedido. Todavía no era capaz de mirar a Rafael con la indiferencia que debería. No podía pensar con claridad, pero, si algo sabía, era que necesitaba aquello. Los dos parecían necesitarlo.

Él intensificó el beso y la atrajo hacia su pecho. Claudia disfrutó con la fugaz sensación de paz que la embargó, hasta que los firmes movimientos de su boca despertaron sensaciones que aún pertenecían a Rafael.

Ambos se separaron, excitados y avergonzados por igual.

—Por el amor de Dios, Claudia, lo siento, lo siento… Esto no debería haber ocurrido. Parezco un maldito oportunista.

Aunque no lo era. Santiago se mantuvo cabizbajo. Se había aprovechado de la debilidad de Claudia para dar rienda suelta a sus impulsos, contenidos por lealtad. Si el comportamiento de Mejía había sido vil, el suyo no parecía mucho mejor. Pero la mujer por la que llevaba suspirando una cantidad indecente de tiempo volvió a sorprenderle, poniendo una mano en su mejilla y sonriéndole como si fuera un ángel y no un demonio.

—Soy adulta, Santiago. Sé lo que hago —murmuró—. ¿Podrías llevarme a casa? Necesito descansar.

# 14

—Cada pecado conlleva su penitencia.

Y el suyo debía de ser muy grave, a juzgar por la expresión ceñuda de Valentina desde que habían regresado a La Albacara. Aun así, él había accedido a acudir a su alcoba para recibir sus cuidados. En ese momento ella le daba la espalda, así que pudo observarla a placer mientras pensaba en lo ocurrido.

¿Cómo había accedido a dejarse mimar como un cachorrillo desvalido? Aunque los mimos parecían no haber llegado aún por parte de aquel ángel inmaculado de abundantes mechones de glorioso cabello cobrizo repartidos por el escote y parte de su espalda. Con la luz de los dos quinqués que les alumbraban mostrando las finas líneas de los pechos, la estrecha cintura y la suave protuberancia de sus caderas. Las piernas largas y bien torneadas…

Rafael cerró los ojos. Diversas imágenes de ella comenzaron a asediarlo. Valentina sonriendo. Valentina parpadeando con coquetería y pasándose la lengua por los labios. Los ojos de Valentina brillando de miedo… O de pasión.

Valentina rodeándolo con las piernas y envolviéndolo en su aroma fresco.

Valentina ofreciéndole el Paraíso.

Un movimiento enérgico, que tenía muy poco de dulzura y mucho de venganza, hizo que se pegara al respaldo de la silla.

—Maldición. ¿No puedes ser más delicada? —gruñó—. Seguro que puedes hacerlo de otro modo.

—Seguro. Pero me siento demasiado decepcionada contigo como para eso.

—Al fin te decides a hablarme, aunque sea para quejarte —refunfuñó él, arrugando la frente—. Pensé que el calor te había hecho enfermar. O que te había comido la lengua el gato.

—Esperemos que el gato que se comió mi lengua haya quedado empachado —apuntó Valentina con disgusto—. Desde luego, se esmeró en ello.

—No creas. El apetito de ciertos gatos puede ser… insaciable.

—No me tomé demasiado trabajo en averiguarlo. —Los centelleos divertidos en los ojos de Rafael se apagaron cuando ella señaló sus múltiples lesiones—. Fue una suerte que no te rompieras la crisma, ¿sabes? Afortunadamente, mi conversación con la baronesa me advirtió acerca de tu verdadera… naturaleza, a tiempo para socorrerte.

—¿Hablaste de mí con Claudia?

—Sí, pero no te emociones, Mejía. Todavía no me inspiras la pena necesaria. Solo me comentó cierta sensibilidad tuya que, dicho sea de paso, no veo por ningún lado. Al parecer, te conoce muy bien.

Él se había dado cuenta de su decepción. Intentó distraerle echándose el pelo hacia atrás para atender un corte junto a su ceja izquierda. Y lo logró. Rafael cerró

los ojos con fuerza, ahuyentando de su cabeza la silueta de unos pechos firmes presionando contra la tela del camisón.

—Claudia no es más que una amiga —aclaró con la voz ronca.

—Nunca dije lo contrario. —Aunque lo pensaba. ¡Vaya si lo pensaba!

—No sois comparables. Hay muchas diferencias entre las dos.

—¿Como cuáles?

—Tú vives en mi casa, Raposa. —¿Pudiera ser que estuviera celosa? Sí, si daba crédito a la mirada llameante y al mentón tembloroso—. Sigues conmigo.

—Por poco tiempo.

—El suficiente. Además, está el beso.

Valentina frunció el ceño. Lo único que deseaba era olvidar ese tema. Aquel sinvergüenza conseguía que perdiera la cabeza con tan solo un roce de labios. Con lo sucedido en las cucañas, había conseguido mucho más.

—¿Quieres hablar del beso? —le preguntó, intentando contener su disgusto.

—Así sabré qué te tiene tan enfadada.

—No estoy enfadada. Solo avergonzada.

—Mentirosa —murmuró, reprimiendo una sonrisa—. Reconozco que no me comporté como debería, pero eso no te da derecho a ensañarte con mis heridas.

—¡Has dejado bien claro a toda la villa que no somos primos! —le recriminó, arrojando el paño húmedo sobre la palangana para evitar restregárselo en la cara—. ¡Ahora mismo, debo de ser el chisme más jugoso en años! ¡Lo mínimo que te mereces es que me ensañe contigo!

—Esos detalles no parecieron importarte mucho cuando me correspondiste como lo hiciste.

—¡¡¡Ooohhh!!! ¡Acabarías con la paciencia de un santo!

—Pero no con la tuya. Vamos, Tina. ¿Qué más da lo que piensen? ¡Déjales que maquinen! Mientras estés aquí, no te afectará en absoluto.

Él estaba por encima de los convencionalismos, y el qué dirán le importaba un comino. Podía pagar su compañía y la de cien como ella sin que nadie le censurara. Bueno, no exactamente como ella. Había recibido pocos besos como aquel en su vida, pero no parecían afectados por igual. A él aún le ardía la boca, y ella pensaba en las puñeteras habladurías.

—Mañana tendré el cuerpo dolorido y lleno de moratones —prosiguió, con su gesto más desvalido—. ¿No es esa suficiente penitencia?

—¿Y qué pasa con la baronesa?

—Claudia no significa nada para mí. No tienes de qué preocuparte.

—Vaya una prepotencia… —suspiró Valentina, con los brazos en jarras—. No es eso lo que me preocupa.

—Menos mal. Pensé que el beso había dado lugar a malos entendidos entre nosotros.

—Al contrario, aclaró bastantes cosas a todo el mundo —replicó, mortificada por el reflejo divertido que apareció en los ojos castaños—. Fuiste muy injusto con la baronesa. Y provocaste un escándalo.

—Desconozco el origen de tu preocupación por Claudia, pero lo último que yo pretendía era humillarla.

—Todavía te quiere. ¿Crees que se merece el trato que le diste?

Ni siquiera había pensado en ello con Valentina entre los brazos. ¿Cómo iba a pensar en nada más, con aquella lengua explorando el interior de su boca, y los pechos tiernos quemándole la piel magullada? ¿Y cómo iba a suponer que después se erigiría en defensora de Claudia? Deberían ser enemigas declaradas, no sutiles aliadas. Eso sí que le halagaría.

—Parecía muy serena cuando se fue del brazo de Santiago —apreció, encogiéndose de hombros.

—¿Y eso te importa?

—Hace tiempo que dejó de importarme lo que ella haga.

—Por supuesto. Una actitud sumisa hubiera sido más satisfactoria para ti —rezongó ella con un resoplido—. Que te guardara la ausencia, mientras tú vas picando de flor en flor sin preocuparte por sus sentimientos. Muy bonito.

—No termino de entenderte. Pensaré que tu comportamiento es algo propio de mujeres que escapa a mi comprensión.

—¿Cómo puedes ser tan obtuso?

—¿Obtuso?

Valentina se plantó frente a él, con una mirada tan elocuente que le hizo sentir culpable incluso antes de escucharla.

—Veo que tienes varios problemas con las palabras —proclamó—. Menos mal que yo suelo expresar mis sentimientos con mucha más facilidad.

—Ah, sí —replicó él, cada vez más ofuscado. ¡Por los arcángeles! ¿Alguien podría indicarle cómo conducirse adecuadamente con aquella hembra? Dijera lo que dijese, siempre se equivocaba—. Tú eres muy modesta. Y también sincera.

—De lo contrario, no podría decirte que te has comportado de forma ruin.

—A lo mejor, expreso mis emociones… de otra forma —insinuó Rafael, entrecerrando los ojos—. A lo mejor, tampoco estoy contento. ¿No has pensado que tu pasión en la plaza y tu consiguiente frialdad en esta alcoba pueden tenerme, cuando menos, confundido?

—¡Yo debería estar furiosa, no tú!

—Hay motivos para todos. ¿Qué me dices de tu coqueteo con Chacón?

¿De verdad acababa de decir eso? Rafael se mordió la lengua hasta que casi le sangró, pero no logró que las palabras volvieran a su boca a tiempo para remediar el pequeño chispazo de victoria que apreció en los ojos azules.

—Eso no debería importarte. A no ser que estés celoso, claro.

—En una relación como la nuestra no caben los celos, Raposa. Ni tampoco esta clase de intimidad.

Se había apresurado demasiado en negar lo evidente, pero se moriría varias veces antes de reconocer que aquella furia incontenible sentida al verla en compañía de su enemigo podía parecerse en algo a los celos.

Decidió ahorrarle ese mal trago a su orgullo masculino y refunfuñó con disgusto. Valentina lo miraba, con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho. Tan magnífica con las mejillas encendidas y los rizos desordenados, que se vio en la obligación de levantarse para huir, antes de hacer algo de lo que tuviera que arrepentirse.

Sin embargo, ella lo empujó para volverlo a sentar.

—¿A dónde te crees que vas?

—A mi alcoba. Seguro que Mercedes será más cuidadosa conmigo.

«Y mucho menos tentadora».

—A otro perro con ese hueso, Mejía. La conmiseración ajena no es mi fuerte. Me comprometí a cuidarte, y pienso hacerlo.

Estaba siendo vilmente asaltado por una mujer de palabra. Rafael inspiró con fuerza y echó la cabeza atrás cuando ella se inclinó sobre su cara para seguir atendiéndolo. El escote del camisón se abrió lo justo para que posara sus ojos en él, y la integridad de los brazos de la silla comenzó a correr serio peligro.

—Si no te estás quieto, tardaremos más de la cuenta.

Él ni siquiera se movió, aunque Valentina se hallaba muy lejos de la comodidad esperada. Con medio cuerpo proyectado hacia delante, tenía que hacer equilibrios para no caer, así que terminó sentándose a horcajadas sobre el regazo de Rafael.

La piel salpicada de pecas ocupó su campo de visión. El olor fresco envolvió todos sus sentidos. Percibió el calor del trasero femenino, un leve movimiento cuando ella se inclinó todavía más. Estaba atrapado. El aire le ardió en los pulmones cuando sintió cómo la única parte de su persona que podía llamarse «noble» empezaba a agrandarse de forma escandalosa.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró apenas.

—Lo que dije que haría. ¿Se puede saber en qué estás pensando?

Piel cremosa, complacientes senos desnudos, suaves y acogedores muslos… Le resultaba imposible pensar en otra cosa. Un alivio rápido entre sus piernas, solo eso. Sí, ¿por qué no?

—No parecen unos cuidados m-muy a-apropiados —balbuceó.

—¿Tan mal estás? —Rafael asintió, conteniendo el aliento cuando ella le ofreció una sonrisa cargada de intenciones, mientras acariciaba las heridas de su rostro con cuidado—. Entonces tendré que emplear otros métodos. Pero, para eso, deberás decirme dónde te duele con exactitud.

—Aquí —comenzó él con voz lastimera, señalándose la frente. Valentina se apresuró a repasar el arañazo con los labios—. Aquí —siguió, conteniendo un lánguido gemido cuando esos mismos labios se posaron en la sien con ternura. Así que se trataba de eso… ¡Jesús!—. Aquí también. —Se estremeció cuando sintió la punta de su lengua repasando otro raspón del cuello. ¿Pensaba curarle de ese modo tan adorable? ¿Al completo?—. Por aquí… —Valentina le acarició la mandíbula endurecida mientras seguía la dirección del dedo con la boca. Removió el trasero para acomodarse, y su erección se agrandó—. Y por aquí también. En realidad, me duele el cuerpo entero.

—Oh, pobrecito mío.

El corazón de Valentina estuvo a un paso de explotar. Debió imaginar que sentarse sobre él de aquella forma supondría demasiada provocación. Que desataría la atrevida lujuria con la que las manos masculinas rebuscaron bajo el camisón para comprobar que realmente estaba tan desnuda como parecía, antes de amasar sus glúteos con calma.

Notó el roce áspero de la tela de los pantalones contra su carne, y los dedos guiarse a la perfección por toda su intimidad. Con una perfección absoluta y milimétrica.

El paño se le escurrió de las manos para poder agarrarse al respaldo de la silla.

—Mira lo que has provocado. Estarás satisfecha.

—Mucho.

Y él aún más. Alzó las caderas lo justo para restregar a Valentina contra él. La sujetó por la cintura y buscó su boca, pero un chispazo de razón comenzó a penetrar en su cerebro. Aquello no estaba bien. Nada bien. Aunque era tan condenadamente placentero… No pasaría nada si primero se divertían y luego la devolvía con Adela.

La mera idea le pareció tan repugnante que se mordió los labios para evitar insultarse a sí mismo. Debía poner las cosas en su lugar, antes de arrancarle el camisón y arrojarla sobre la cama. Antes de que su dedo volviera al empapado interior que lo acogería gustoso, antes de que aquellas piernas lo atraparan, antes de que…

—Dime que me detenga —gimió contra su cuello—. Oblígame a parar, porque no creo que pueda hacerlo solo.

—No pienso hacer tal cosa.

Un tibio suspiro y un jadeo entrecortado respondieron a sus caricias. Valentina sabía que estaba llegando demasiado lejos, pero no le importaba. La sangre le ardía, sus músculos internos se estremecían y los miembros le temblaban. Todo el cuerpo era un clamor por él cuando volvió a besarlo.

Solo cuando la lengua de Valentina le abrasó la boca, el sentido común pareció llegar a la mente de Rafael. Pequeñas dosis que le advirtieron del peligro real de lo que estaba a punto de suceder.

¡Por todos los diablos del infierno! ¿Qué tenía aquella mujer para llevarlo al límite de su resistencia con tanta rapidez? Estaba tan excitado que hubiera podido penetrarla en aquel preciso momento. Aunque lo que hizo fue apartarla, sujetándola por los hombros para mirarla con ojos turbios.

Impensable en él. Pero totalmente real. Aquella situación se le estaba yendo de las manos. Terminaría por desquiciarlo.

—Vas a acabar conmigo, Tina.

De un suave empujón, la obligó a ponerse en pie. Después se apresuró a darle la espalda. Debía aparentar desidia, y el descomunal bulto que lucía no ayudaría demasiado.

—No comprendo qué es lo que está pasando —oyó a su espalda.

Ni él tampoco. La había tenido totalmente rendida. Solo para sus ojos, para sus oídos, para su boca y sus manos. Pero la rechazaba. Y además, deseaba que ella lo rechazase de igual modo para hacerle el trago más fácil.

—Hemos estado a punto de copular como animales —murmuró.

Eso era lo que él deseaba más que nada en el mundo… Si exceptuaba no provocar más desgracias en la vida de Valentina. Si exceptuaba la opinión que llegara a tener de él. Si exceptuaba una catarata entera de razones que consideraba más importantes que el mero acto sexual y su necesidad física.

—¿Así calificas lo que sucedió en casa de la baronesa? —Rafael se giró lo justo para ver el desconsuelo más absoluto en las pupilas azules, aún dilatadas de deseo no satisfecho—. No te creo, Mejía.

—Utilizo a las mujeres según mi conveniencia. No es ningún secreto. Tú eres una más.

Mentira. Estaba lejos de ser una más, y ella lo sabía cuando se acercó a él para presionar su endurecida entrepierna sin comedimiento alguno.

—En ese caso, tomarás lo que necesitas para que «esto» se calme. —Hablaba y actuaba con tanta seguridad que la boca de Rafael se secó, y sus calzones volvieron a mojarse—. ¿O quizá mis orígenes no son apropiados para el mayor cacique de la villa? ¿Es eso? No te preocupes, Mejía. Según tus palabras, solo buscarías un alivio en mí, así que… adelante.

Acababa de insultarlo de la manera más sutil conocida por él: le desafiaba a comportarse según su modo natural, intuyendo que sería incapaz de hacerlo. Porque parecía dolida. Y él comenzaba a arrepentirse de haberla probado. Tanto como de haberla rechazado.

—Si lo repetimos, correremos riesgos innecesarios. —Las palabras se le volvían arena en la boca cuando se dirigió a la puerta—. Hace días te dije que haría lo que fuera para evitar seducirte.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

¡Señor! ¿Cómo no iba a gustarle? ¿Acaso su cuerpo no se lo había confirmado con la suficiente claridad?

Rafael no pudo responderle como se merecía. Por su bien, esperaba que no tuviera cabida en su casa, ni en su cama. Mucho menos en su vida. Esta ya era demasiado complicada. Debía obligarla a marcharse por propia voluntad, antes de lastimarla.

El pesar se volvió cólera en cuanto cerró la puerta de su alcoba y escuchó los quedos sollozos al otro lado. La gruesa pared de adobe no parecía suficiente para ocultarlos.

Llenó un vaso de vino y lo vació de un trago para serenarse. ¿Qué demonios le estaba pasando? Desde la fiesta de Claudia, no era él. Con una hembra como Valentina sobre las piernas, jadeando y empapada de deseo, el antiguo Rafael no hubiera dudado ni un segundo. No se comprendía a sí mismo. El cuerpo le suplicaba ese revolcón. ¿Qué le impedía volver y tomar lo que tanto necesitaba? La lealtad. La honestidad. La sensatez. Viejos amigos que elegían el peor

momento para reaparecer, susurrándole al oído que no se permitiría arruinar aún más el futuro que ella podría obtener con otro hombre.

La sangre le ardió en las venas al pensarlo. Tendría que volver a nacer para permitirlo. Antes, la convertiría en su amante.

Con un gruñido, Rafael estrelló el vaso contra el suelo. No debía sucumbir ante tal grado de insensatez. Porque aquello que rumiaba era una insensatez notoria, descomunal y muy inoportuna. Tenía que sacudírsela de encima, y solo se le ocurría un lugar donde hacerlo.

Se cubrió con una camisa y una chaqueta y salió de la casa. El ambiente fresco del exterior pareció aligerar sus espesos pensamientos. Algo más tranquilo, se dirigió a los establos, pero Samuel lo interceptó.

—¿Se va usted, patrón?

—Necesito… —Rafael suspiró. No iba a explicarle lo que buscaba en realidad—. ¿No tenías la noche libre?

—Joaquín me pidió que se la cambiara. Pensé que, después de lo de esta tarde, agradecería tenerme por aquí.

Y tanto. Rafael le presionó el hombro y torció la boca, en un gesto que pretendía ser amistoso. El encontronazo ante el cadáver del Flaco parecía haber quedado en el olvido.

—No la pierdas de vista —ordenó con suavidad, señalando la ventana por la que aún se filtraba algo de luz—. La he dejado algo… alterada.

Salió de La Albacara sin esperar respuesta. Era su propia alteración la que buscaba exterminar como la mala hierba. Y estaba convencido de que se dirigía al lugar adecuado.

# 15

Valentina se apresuró a vestirse con la ropa prestada de Mercedes. Después se recogió los rizos en un cómodo moño y frunció el ceño. Nada adelantaría lamentándose por lo sucedido. Seguro que Mejía dormiría a pierna suelta, totalmente despreocupado. Él había sido muy claro en sus intenciones. Y su cuerpo se había encargado de contradecirlo.

Con un sollozo apagado, Valentina se dirigió a la puerta. No pensaba huir como una rata, aunque necesitaba aire fresco. Afrontar aquel reto era como intentar domar un caballo salvaje, con la dificultad añadida de que, hasta el momento presente, nadie le había puesto el bocado.

Salió al exterior, para darse de bruces con Samuel.

—¿Vas a pasear? —preguntó el muchacho.

—Pensaba hacerlo sola.

—Mi cabeza correría serio peligro si te quitara el ojo de encima.

—Quiero disfrutar de un poco de intimidad —insistió, apresurando el paso.

—La tendrás si me dices a dónde vas.

—Voy a… —«A ningún sitio en particular, pero no vas a creerme si te lo digo»—. A la villa.

Samuel la agarró del brazo para detenerla. Colgada del hombro, llevaba una enorme escopeta.

—Perfecto —dijo—. En un momento ordenaré que preparen la berlina de don Rafael y yo mismo la conduciré.

—¿No ibas a permitirme intimidad?

—Valentina… Que ya me conozco el paño. No quiero más problemas con el patrón por tu culpa.

Así que a Mejía le preocupaba su bienestar. ¿Por qué no le extrañaba? Aquel bruto engreído con el orgullo inflado, dueño moral de medio Benavente, no tenía derecho a controlarla de aquella manera, pero aceptó a regañadientes por Samuel.

Apenas cinco minutos después, habían llegado a las afueras de la villa.

—Quiero dar un paseo —afirmó, levantando el mentón con tozudez—. Necesito soledad.

La expresión de Samuel se acercaba a la de un santo a punto de sufrir martirio cuando la dejó adelantarse unos cuantos pasos. Alcanzaron los paseos de La Mota y nuevamente la calle de Alfonso XIII, esta vez en sentido inverso al recorrido esa misma tarde. A diferencia de entonces, no parecía haber nadie que interrumpiera el devenir de sus pensamientos. Ni siquiera el sereno, vigilando la paz nocturna. Hasta que lo vio.

Por el otro lado de la calle, una figura finamente trajeada se acercaba a ellos. La sangre se le solidificó. Reconoció el peligro y se puso rígida. Quiso retroceder con disimulo, pero ya era demasiado tarde. Jaime Chacón la abordó con sonrisa

pérfida y una afilada mirada que paseó con verdadero interés por cada rincón de su persona.

—Buenas noches, Valentina. —El trato de «señorita Hidalgo» había desaparecido—. Esta es una hora un poco inoportuna para que te pasees sola, ¿no te parece?

—No está sola. Tiene compañía.

Samuel dio un paso al frente, pero Chacón se quitó su elegante chaqueta para echarla sobre los temblorosos hombros de Valentina, dejando a la vista la culata de una pistola.

—Vamos, muchacho, guárdate tu arma, que conmigo no la vas a necesitar —aseguró—. La chica y yo somos viejos conocidos. ¿Venías a verme, preciosidad? Me alojo en el mejor hotel de la villa. ¿Quieres verlo?

—Ella no irá a ningún sitio sin mí.

El aliento de Chacón apestaba a alcohol cuando la rodeó con el brazo. Y un borracho furioso era peligroso. Samuel descolgó la escopeta del hombro, pero ella alzó la mano.

—No pasa nada —advirtió—. He de hablar con el señor.

—Si te dejo con él, el patrón me matará. Este hombre es…

—Sé quién es este hombre.

—Qué afortunada. Yo todavía no sé quién eres tú. —Chacón la aprisionó contra su pecho y comenzaron a caminar en dirección al Hotel Mercantil, dejando atrás a Samuel—. Aunque espero averiguarlo pronto.

Valentina se resistió. ¿En qué demonios estaba pensando para irse con ese hombre? Si se merecía algún tipo de explicación, sin duda podría dársela en presencia de Samuel.

—Después de lo de esta tarde, tenía muy claro que me cobraría el ridículo que me obligaste a hacer —murmuró Chacón, apretándola cada vez más contra él—. He estado mucho tiempo pensando en la mejor manera de hacerlo, y cuando salgo del hotel con una resolución tomada… apareces delante de mí, vestida como realmente te corresponde.

—Jaime… —balbuceó ella, librándose del abrazo.

—A partir de ahora, don Jaime para ti, ricura. Las confianzas se fueron con tu mentira.

—Si lo que desea es que le hable del incidente de esta tarde, no es necesario que lo hagamos en el hotel —añadió, pasando por alto el tono resentido—. Baste con decir que…

—Eres la ramera de Mejía. Alguien inusualmente importante para él, por razones que desconozco. Eso ya lo entendí, pero, ¿sabes? Me preguntaba si también podrías ser mía. Solo hasta que regrese a Zamora. Seguro que yo puedo subir la oferta de ese metomentodo.

—Suélteme, por favor —pidió, controlando el temblor de su voz—. De lo contrario, me obligará a pedir auxilio.

—Qué educada —se burló con una carcajada—. Adelante. Grita. Nadie se molestará en ayudar a una mujerzuela que se va con un cliente, y el sereno hace tiempo que pasó.

Probablemente estaba en lo cierto. Solo se tenía a sí misma para salir del paso.

—¿Qué insinúa? —consiguió preguntar.

—¿Te parece que estoy insinuando algo?

—Me parece que yerra el tiro. No estoy en venta, señor.

—Entonces me serviré gratis. —Sin que le diera tiempo a reaccionar, Chacón estampó el puño en el mentón de Valentina. El golpe la aturdió lo suficiente como para que su forcejeo terminara—. Y pensar que estaba dispuesto a comportarme como un caballero contigo…

Las últimas palabras le llegaron distorsionadas. Un terrible mareo la obligó a apoyarse en él para poder continuar de pie. La consciencia apenas le llegó para saber que era prácticamente arrastrada hacia un lugar donde, al parecer, había otra persona. Les escuchó intercambiar unas risas y trató de alzar la cabeza, en un último intento de pedir ayuda. Pero los párpados le pesaban demasiado, y solo pudo resistirse levemente cuando sintió que era izada al hombro, para después ser arrojada sobre una cama.

—Ya estamos, chiquilla. Veamos ahora lo que tiene a Mejía tan encandilado.

Cuando sintió el tacto repugnante de una lengua intentando abrirse paso, despertó de su aturdimiento.

—¡No!

Comenzó a tirar de la camisa de Chacón para quitárselo de encima. Se retorció, pero sus muñecas quedaron aprisionadas por encima de la cabeza.

—Eso es. Despabilada y dispuesta a luchar, como a mí me gusta. Esto será una seria advertencia para Mejía.

Valentina abrió la boca, pero él la cubrió con la suya para ahogar cualquier grito, mientras le levantaba las faldas y le rasgaba las enaguas.

Los gemidos de angustia pasaron a ser quedos sollozos desesperados. Intentó ladear la cabeza y cerrar los ojos, pero Chacón la obligó a mirarlo. Y lo que vio la aterró.

—Te noto algo ausente, Mejía. Y muy desesperado. ¿Andas necesitado de algo?

Él la miró como si estuviera viendo a una extraña, antes de derrumbarse sobre el mostrador de la posada.

—Más que las putas en Cuaresma, Adela.

—¿Y mi Valentina tiene la culpa?

—Tu Valentina es… —«Una diablesa con aspecto de ángel inmaculado, que consigue hacerme arder de deseo con cualquiera de sus actos inocentes»—. No, no tiene la culpa.

—¿Entonces estoy presenciando un arranque de moralidad?

Rafael alzó la vista hacia su amiga. Adela hacía verdaderos esfuerzos para mantenerse seria, al otro lado del mostrador.

—Ya sabes que la moralidad no es lo mío —se defendió.

—Eso era hace unos días. Pero de un tiempo a esta parte no te reconozco. —Mostrando una ligera sonrisa, Adela señaló a la espléndida joven que se acercaba a él, meneando los pechos como si fueran su mayor tesoro—. Quizá mi pequeña Ana te quite de encima esos remilgos que pareces tener con Valentina.

Pudiera ser, si se tomara la molestia de fijarse en la muchacha, que ahora le hacía ojitos. Pero cuando se decidió, comprobó aterrorizado que no le atraía lo más mínimo. Había acudido allí esperando poder desahogar su frustración sexual con cualquier hembra que quisiera complacerle, y ahora resultaba que veía a Valentina en cada paso que daba. Si cerraba los ojos, incluso percibía su olor, el sonido fresco de su risa… ¡Dios, cómo la deseaba! Comenzaba a creer que era una pura obsesión cuando la áspera voz de Adela le arrancó de sus ensoñaciones.

—Si Ana no te interesa, no hace falta que lo demuestres así. Se irá con otro y ya está. —De hecho, ya se había ido cuando Rafael miró a su lado. Perfecto. Así se ahorraba una disculpa que no sentía—. Quizá sea buena idea que Valentina vuelva a la posada.

—Es la mejor idea, pero está bajo mi protección.

La negra ceja de Adela se alzó con escepticismo.

—Bonita manera de llamarlo —concluyó, dando a entender que no creía ni una sola palabra—. En fin, si a ti te sirve para justificarte… Mira, Samuel acaba de entrar. Así no tendrás que correrte esta juerga tú solo.

Los sentidos de Rafael se dispararon cuando vio a Samuel acercarse a él sofocado. No necesitó oír el relato de los hechos para saber que algo grave había ocurrido, pero, aun así, los oyó. Y un cargamento entero de bilis le llenó la garganta. Balbuceó unas palabras de despedida a Adela y arrastró a Samuel a la salida. Le faltaba el aire.

—¿Estás seguro de todo lo que me dices? —preguntó, agarrando al muchacho de los hombros.

—No había nadie más en la calle, patrón. Ella se fue con Jaime Chacón a su hotel.

Rafael se revolvió el cabello mientras paseaba de un lado a otro, con el aspecto de una fiera a punto de saltar sobre su presa. ¿De dónde había sacado la absurda idea de que ella se quedaría en cama, lamentándose de su suerte, para después abandonar La Albacara? Había decidido combatir su rechazo ¡ni más ni menos que con Chacón! ¡La mataría con sus propias manos! ¡La encerraría de por vida! O mejor aún. ¡Primero la encerraría y luego la mataría! Aunque antes debía encontrarla sana y salva.

—¡Debiste impedirlo! —bramó—. ¡Tenías que haberle disparado! ¡Cualquier cosa antes de permitirlo!

—Patrón, él es el poderoso y yo el humilde. ¿Quién cree que hubiera salido peor parado?

Prefirió no responderle. Se dejó llevar en la berlina hasta el lugar y ordenó a Samuel que esperara fuera.

Las imágenes de Valentina mancillada a manos de aquel sádico se sucedían en su cabeza para aterrarlo cuando, a base de amenazas, consiguió que el recepcionista le revelara la habitación de Chacón.

Subió los escalones de tres en tres, y de una fuerte patada prácticamente tiró la puerta abajo.

El espectáculo que le recibió lo dejó sin palabras. Todas las formas imaginables de castigo desaparecieron de su mente.

El cuerpo de Chacón se cernía sobre el de Valentina, amortiguando el sonido de unos lloros intermitentes. Sus faldas ascendían más allá de la rodilla, y por el escote descolocado de la blusa asomaba un pecho al completo. Pudo verla patalear con desesperación. Incluso distinguió una mano colarse más arriba de sus muslos.

El muy hijo de perra ya tenía los pantalones desabrochados. Y se había puesto cómodo. Sobre el colchón, asomaba la silueta de una pistola.

—¿Quién se atreve a importunarme? —le oyó gruñir.

—Yo, señor mío. ¿Le sirve?

No midió sus fuerzas, ni consideró el peligro. Consumido por la cólera, se abalanzó sobre él con un alarido de rabia y lo arrancó de Valentina, arrojando el arma al otro lado de la habitación.

Un certero golpe en la mandíbula dejó a Chacón fuera de combate. Con otro bramido, Rafael lo empotró contra la pared, presionándole la tráquea con el antebrazo. El malnacido estaba tan desconcertado y bebido que solo movió las manos en un patético intento de defensa cuando los golpes comenzaron a lloverle en todas direcciones. Su rostro tomó un preocupante tono azulado y la sangre que manaba lo tiñó de rojo. Pronto la única sujeción que tuvo fue esa garra que lo dejaba sin respiración, pero Rafael se detuvo cuando oyó la voz de Valentina.

—¡Vas a matarlo, Mejía! Basta ya, por favor… Te meterás en un serio problema si sigues…

Sus ojos feroces se desviaron un instante hacia los azules de Valentina. Ella trataba infructuosamente de cubrirse, con las pupilas dilatadas por el terror y un aspecto tan endeble que toda su rabia se convirtió en auténtica preocupación por ella. En ternura.

—Si vuelve a tocarla, le mataré —murmuró con desprecio, alzando el puño hacia Chacón en señal de advertencia—. Ninguna súplica le salvará.

Se olvidó de él con rapidez y se sentó junto a Valentina para cubrirla con su chaqueta. Acarició el mentón que tanto le gustaba, enrojecido por el golpe recibido, y murmuró una maldición entre dientes.

—Tranquila, ángel mío. Ya pasó todo. —Las manos de Rafael comenzaron a acariciarle la espalda, apretándola contra su corazón—. ¿Te ha…?

—No lo logró —sollozó. Él la ayudó a levantarse, con la cabeza baja y el ceño muy fruncido—. ¿Estás enfadado conmigo?

—Ya hablaremos de mi estado de ánimo. Ahora lo importante es sacarte de aquí.

Valentina señaló el cuerpo inerte de Chacón con el dedo, incapaz de controlar el fuerte estremecimiento que la sacudió.

—Mañana te verás envuelto en un escándalo.

—El recepcionista consiguió su puesto en el hotel gracias a mis influencias. Se mantendrá callado —afirmó Rafael, tomándola en brazos con toda la delicadeza de que era capaz—. Y Chacón no es más que un advenedizo. Le conviene que esto no trascienda.

Ella percibió la voz tranquilizadora a través de la cólera, y no dudó en recostarse contra su pecho. Ninguno pronunció palabra hasta que estuvieron en la berlina. Allí, Rafael la apretó con más fuerza. Valentina se acurrucó, como si fuera una criatura indefensa buscando el cálido refugio de su inquebrantable abrazo.

Él no le quitó la vista de encima en todo el trayecto. Permaneció atento a su palidez y a cada estremecimiento. Incluso a la frialdad extrema de sus manos.

«Borra de tu mente lo que pudo haber ocurrido, Mejía. No ocurrió. Ella está bien. Y seguirá bien mientras esté contigo».

—Samuel te avisó. —Rafael asintió, incapaz de mirarla a los ojos sin liberar el incómodo nudo que le estrangulaba—. No descargues tu furia con él. Quiso acompañarme, pero no le hice caso.

—Ya lo sé.

Valentina controló un silencioso sollozo. Aún estaba muy asustada.

—Y viniste a buscarme —musitó.

—Parece que ese es mi destino. Seguir tus pasos.

—Me salvaste de mi propia necedad. Gracias.

Rafael tomó aire. ¡No podía ser que estuviera a un paso de emocionarse como una débil mujer! ¡Y pensar que, tan solo unos minutos antes, buscaba el cuerpo de cualquier otra para consolarse!

—No tengo suficientes brazos para mantenerte alejada de todos los peligros que te acechan —consiguió articular sin parecer patético—. Pero sí que me bastan para abrazarte y acariciarte, Raposa.

Las manos de Valentina se enlazaron alrededor de su cuello. Su sedoso cabello le acarició la mejilla, y su quedo suspiro, el alma.

—Voy a empezar a pensar que eres mi caballero matadragones.

El pecho de Rafael estuvo a punto de desplegarse como las vistosas plumas de un pavo real. ¿Le había llamado su «caballero»? ¡Jesús, María y José, qué orgulloso se sentía por ello! Pero no debía demostrarlo. Sería muy poco apropiado para un hombre duro y cínico como él.

—Solo velo por mis intereses —se apresuró a aclarar, carraspeando para hacer que su voz sonara más profunda—. Es mi trabajo.

¿Acababa de reconocer que ella era uno de sus intereses? Afortunadamente, llegaron a La Albacara antes de que perdiera el resto de su dignidad por el camino.

La depositó sobre la cama como si fuera un pajarillo herido y se sentó en el borde para observarla. El rostro de Valentina volvía a recuperar el color, y sus

manos, la calidez del sosiego. Rafael apretó los dientes. Todo había sucedido por su culpa. Si no la hubiera desdeñado de aquella forma tan brusca, ella no se habría marchado de la casa. Tenía que remediarlo, pero no sabía cómo. Nunca había hecho algo semejante.

—Espero que seas consciente del peligro que has corrido —la regañó con suavidad, acariciándole la mejilla—. La próxima vez, intenta castigarme de un modo menos contundente. Has estado a punto de provocarme un infarto.

—No pretendía castigarte. Solo…

—Dejemos las explicaciones para mañana. —Rafael enmarcó su rostro con las manos y la besó con suavidad. Quería asegurarse de que estaba realmente bien. De que seguía respondiendo a sus estímulos con creciente interés, y lo logró cuando escuchó un quedo gemido que le obligó a apartarse con fastidio—. Que pases buena noche.

Se puso en pie con los puños apretados y la mirada atormentada, preparado para otra larga noche de insomnio, cuando ella lo detuvo.

—No te vayas, por favor.

—Valentina, tengo que descansar. Y tú también.

—Puedes hacerlo aquí. Conmigo.

Rafael miró el espacio vacío que ella palmeaba como si fuera la entrada al infierno.

—Solo hay una cama —aventuró, lleno de pánico.

—No me importaría compartirla… para dormir.

¡Y se suponía que no quería castigarlo! Si aceptaba, se vería seriamente incapaz de mantener las manos lejos de ella.

—¿Quieres que durmamos juntos? —Valentina no dudó en asentir, con mirada suplicante—. ¿Que me acueste contigo, pero sin fornic…? —Se contuvo a tiempo. No era el momento de mostrarse tan soez como solía—. Dudo que pueda. Estoy llegando al límite de mi resistencia.

—Tengo miedo. No podría conciliar el sueño sin alguien a mi lado.

Rafael vio cómo su mentón temblaba. No fingía. Le necesitaba y le tendría, por mucho que a la mañana siguiente lo echara de su lado por haberse comportado con ella como un cretino aquella maldita tarde.

—Entenderé que no quieras. —Valentina se había tapado hasta el cuello y lo miraba suplicante—. Ya sé que no te intereso.

—¿Que no me interesas? —preguntó él, completamente pasmado.

—Antes me has ayudado porque tu honor de caballero te lo exigía. —Acompañó las suaves palabras con un ligero batir de pestañas—. No me gustaría que te vieras obligado a nada más.

—Por favor, no hagas eso —suplicó.

—¿El qué?

—Eso. —El aleteo se repitió, y el color de sus ojos se dulcificó por la ternura—. Si sigues mirándome así, conseguirás que me derrita como el hielo en verano, Raposa.

Pero ella no pareció darse por aludida, y Rafael terminó lamentándose en silencio. De haber tenido alguna duda acerca del camino que seguir, aquel gesto acabó de decidirlo.

—Está bien —accedió, con su aspecto más lúgubre—. Tú ganas.

Volvió a sentarse y se quitó las botas y la camisa. No se atrevió a desvestirse más, por miedo a hacer un ridículo difícil de olvidar. Se acostó junto a ella y extendió un brazo, manteniendo la mirada clavada en el techo.

Valentina apoyó la cabeza en el pecho y le rodeó la cintura. Ningún sonido salió de su boca cuando Rafael la abrazó y enredó los dedos en los desmadejados rizos rojizos, masajeándolos hasta lograr una relajación total.

No supo cuánto tiempo estuvo en esas condiciones, pero cuando confirmó que al fin se había quedado dormida, su maquinaria mental comenzó a ponerse en marcha. Sentía. ¡Santo Cielo, sentía! Y ni siquiera sabía que pudiera hacerlo. Pero aquella manipuladora de emociones que tenía al lado parecía bailar sobre su conciencia despreocupada. Sabiendo lo que conseguía con cada paso que daba.

Hasta el momento, su preocupación por Valentina había surgido de un interés meramente físico. Ahora no. Ahora nacía de algún desconocido lugar. Era un anhelo más de su corazón, pero que su honor decretaba imposible. Y lo llenaba de terror. No debía sentir así. No se lo podía permitir, ni Valentina tampoco. Pero no podía evitarlo.

Se la acercó a los labios para besar varias veces su cabello alborotado, en la seguridad de que no interrumpiría su sueño. Apeló a todos los santos del cielo y a cada demonio del infierno. Decidió ponerse en sus manos, porque si esa ansia arrolladora por complacerla, librándola de todo mal a costa de sí mismo, tenía el nombre que le bailaba en la cabeza, estaba perdido.

—Llega tarde, señor.

La luz del quinqué de Ramona iluminaba una silueta espigada, elegante. Inconfundible para ella. Había acudido a su cita en las ruinas de la muralla medieval, pero la imagen de su amante no auguraba nada bueno. La hizo temblar.

—Una mujerzuela como tú no tendrá otra cosa mejor que hacer. —La voz ronca despidió un ligero olor a alcohol que le provocó un estremecimiento de temor. Sabía lo que solía suceder cuando él tenía unas copas de más—. Tengo un recado para ti.

—Usted dirá.

—Se trata de la mujer amancebada con Rafael Mejía. Averigua lo que puedas sobre ella.

¿Valentina? Ella dio un paso atrás y alejó el quinqué de su cara para ocultar una expresión de pánico y desconcierto.

—Pero, señor, no veo cómo puedo serle de utilidad —aventuró.

—Trabajas en la posada. No hay mejor lugar para recoger información.

Palideció. Tenía que hacer algo, y enseguida supo el qué. Con la mano libre, Ramona buscó sus testículos y los acarició, en la esperanza de conseguir una

relación sexual inesperada que lo alejara de ese objetivo.

—¿La mujer le gusta más que yo?

—No es asunto tuyo —respondió, con un largo gruñido de gusto cuando los expertos dedos acariciaron el miembro endurecido—. Mañana por la tarde Mejía emprenderá un viaje de negocios. Ella se quedará sola. Y yo tendré mi oportunidad.

—Es muy poco tiempo. Si no lo logro…

—Lo lograrás. Estoy casi seguro de que proviene de la misma cloaca que tú. —De repente, el hombre agarró su suave mata de pelo rubio y tiró hacia atrás—. Puede que incluso sea una de tus compañeras y te estés haciendo la inocente para protegerla. ¿Es así, furcia del demonio?

—¿Cómo puede pensar eso de mí? ¡Yo le amo, señor! ¡Vendería mi alma al diablo por usted!

—Una mujer de tu ralea no ama a los clientes que se meten en su cama. ¿Sabe tu patrona que andas suspirando por mí?

Ramona vaciló, pero otro soberbio tirón la obligó a responder.

—¡Ella fue quien me animó a acudir aquí! —gimió—. ¡He de decirle algo de suma importancia!

El agudo dolor en el cuero cabelludo disminuyó en el acto.

—Habla.

—Señor… Estoy encinta. De usted.

Pasó un largo rato lleno de silencio, antes de que recibiera respuesta. El quinqué permanecía en el suelo. Por esa razón, Ramona no pudo ver su expresión mientras recibía la primera bofetada que la llevaba al suelo.

—¡Levántate! —le oyó rugir. A pesar de que las piernas apenas la sostenían, obedeció—. ¡Suponiendo que tu preñez fuera cierta, ni siquiera sabrás quién es el padre!

—¡Una mujer sabe esas cosas!

—Una mujer, puede que sí. Una puta despreciable, no —siseó, clavándole los dedos en el antebrazo para obligarla a ponerse en pie—. Pero he de reconocerte arrojo para intentar asegurar la suerte de tu bastardo.

Ramona no pudo responder más que con un breve gesto de asentimiento. La cara le ardía.

—Es s-su hijo, señor —balbuceó entre jadeos entrecortados—. Lo juro.

—Los favores tienen un precio, querida Ramona. Y más si es uno de esta enjundia. ¿Estarías dispuesta a pagarlo? —Ella asintió sin dudar—. Entonces, hablemos.

—¿Ahora?

—No. Después. Ahora tengo un asunto urgente que tratar.

Se acercó a ella respirando fuertemente. La sujetó por los brazos y la giró, empujándola hacia la piedra que poco antes le había servido de asiento. El ímpetu fue tan grande que Ramona tuvo que apoyarse en ella para no caer de bruces. En

un principio no comprendió, pero las manos del hombre levantándole las faldas y tirando de su ropa interior con fuerza le aclararon las dudas.

Hubiera sido una estupidez gritar, llorar o forcejear en algún sentido. Cerró los ojos y arañó la dura superficie de la piedra cuando sintió unos dedos profanando su santuario más íntimo. Las uñas se le quebraron, y las yemas comenzaron a sangrarle.

—Por favor, ¿quieres poner algo de tu parte? ¡Estás más seca que una maldita vieja! Esto es como hacerlo con un muerto…

Ella ahogó un gemido de dolor. Sintió el cuerpo poderoso sobre su espalda, la lengua empapándole el cuello. Y la penetración. Dura, fría. Su cuerpo reaccionó como se esperaba ante un ataque semejante. Adelantó las caderas para librarse de él, pero el hombre la rodeó por la cintura y volvió a tirar de su cabellera hacia atrás.

—¿No dices que me amas? —jadeó—. Pues compláceme…

Ramona abrió los ojos en aquel instante. Y comenzó a aborrecerle cuando tuvo que obedecerlo. Movió su trasero en círculos buscando un ligero alivio al dolor ardiente que sentía, pero solo consiguió provocar más placer en él.

—Oooooh… Sí, Ramona, sí…

Arremetió contra ella con más fuerza y velocidad. Ramona apretó los labios conteniendo un grito. Sintió que se rompía en mil pedazos, pero al fin, después de lo que pareció una horrible eternidad, él se estremeció antes de vaciarse dentro de ella, pero ni aun así la dejó en paz. Siguió apresándola con el brazo, permitiendo que los hilos de líquido lechoso gotearan por sus muslos, mientras comenzaba a relatarle sus planes abyectos que terminarían de echarle la soga al cuello.

—Ahora, te diré lo que debes hacer.

# 16

Lo primero que vio Valentina cuando abrió los ojos fue una figura inmóvil sentada en una silla, a los pies de la cama. Había dormido tanto y tan profundamente que le costó reconocer a Rafael. Llevaba una camisa granate desgastada y mal abotonada, con unos pantalones marrones y sus habituales botas. Los ojos ambarinos estaban fijos en ella. Tenía la mandíbula endurecida, los labios apretados y el hoyuelo de su barbilla medio oculto por la barba.

Poco sospechaba ella que tras ese aspecto tan duro se escondía una incertidumbre de horas que le había llevado a deambular por la casa como gallina sin cabeza, aguardando a que al fin despertara. Pero supo que había llegado la hora de las explicaciones cuando escuchó su breve suspiro.

—Mientras te observaba, estuve a punto de besarte —afirmó Rafael con voz inflexible—. Ahora solo pienso en darte una azotaina.

—Ambas cosas serían igual de desagradables.

Él resopló con resignación cuando la vio sentarse sobre la cama arrastrando la sábana hasta el cuello, pese a seguir vestida.

—¿Has descansado bien? —le preguntó, armándose de paciencia.

—Hasta que he abierto los ojos y escuchado tus impertinencias.

—Tomaré tus palabras como un producto de la confusión. —Rafael se dirigió hacia la mesilla de noche, donde reposaba una bandeja con un cuenco lleno de vino y un pedazo de pan. Lo cogió y migó el pan en el cuenco—. Con el estómago lleno pensarás mejor.

Valentina estudió su aspecto. Estaba demasiado serio cuando acercó la cuchara llena a su boca. Nada de sarcasmos, ni cinismos, ni arrogancias. Preocupante.

—¿Qué es esto? —le preguntó, arrugando la nariz con desagrado.

—«Sopanvino». ¿No lo has tomado nunca?

—Mis desayunos siempre han sido más copiosos.

—Es vino con azúcar y pan —aclaró él, dispuesto a darle de comer—. Un reconstituyente que vas a necesitar si piensas seguir luchando conmigo.

—No quiero luchar contigo.

—Me alegro. Yo no soy tu enemigo, Raposa.

Ella apartó la cara ante la cercanía de la cuchara.

—Puedo tomarlo sola, gracias.

—Favor con favor se paga. —Rafael le metió la cuchara en la boca sin admitir más negativas. Repitió la operación en silencio hasta que el cuenco estuvo vacío, y después fijó los ojos en la pared—. Te fuiste con él. He de suponer que voluntariamente. ¿Crees que, después de lo ocurrido, merezco algún tipo de explicación? ¿O piensas que es pedir demasiado?

Ambos sabían a quién se refería. Había tanta pena en su actitud que Valentina estuvo a punto de vomitar el desayuno por culpa de los remordimientos.

—Quise dar un paseo por la villa y apareció él. No me pareció peligroso —comenzó—. Estaba confundida por tu rechazo.

—Ya te dije que no podemos…

—Pero dormiste conmigo. En mi cama.

Y nunca experimentó tortura más placentera. Rafael se revolvió el pelo. ¿Cómo explicarle las razones que le habían llevado a comportarse de aquel modo con ella? Incluso a él le resultaban difíciles de comprender.

—Lo repetiría solo para que tú descansaras y te olvidaras de lo sucedido —confesó.

—Tus palabras dicen una cosa, y tus actos, otra —continuó ella, implacable—. Deberías aclararte.

—Por favor, sé razonable.

—Si fuera razonable, me hubiera alejado de aquí a la primera oportunidad. —Valentina se fijó en los cercos oscuros bajo los ojos castaños. Sí que estaba agotado—. No me preguntes qué vi un día en ti para aturullarme por tu persona, porque no lo sé. Ni aun teniéndote delante logro averiguarlo.

—Es halagador que yo te haya interesado de ese modo. Lo festejaría por todo lo alto, si no fuera porque anoche estuviste a punto de ser violada. —En un rápido intento por mostrar la preocupación que de verdad sentía, acarició el moratón de su barbilla—. ¿Te duele mucho?

—No tanto como mi orgullo.

—Esto no quedará así —murmuró con los ojos entrecerrados.

—¿Vas a denunciarle?

—Te expondría a un escándalo mayor que el de las cucañas. Ni yo lo haré, ni lo hará él. —Agachó la cabeza y entrelazó los dedos de las manos. Se sentía defraudado. Desengañado. Y aquel descubrimiento solo contribuyó a que su confusión regresara. Deseó acariciar el rostro áspero y descuidado para asegurarle que nadie más que él gozaba de su interés y sus atenciones, alisarle el cabello desgreñado y susurrarle cálidas palabras de disculpa, pero no lo hizo—. La paliza debería bastar para que desaparezca por una temporada.

—¿Por una temporada?

—Chacón es un hombre muy peligroso. Mi interés en él tiene que ver con hechos que ocurrieron hace tiempo. —Rafael alzó los ojos al fin, pero fue para levantarse y dirigirse a la puerta—. Nunca quise involucrarte en ellos, aunque parece que he conseguido lo contrario.

Trataba de mantenerla alejada de algún asunto turbio que implicaba a Chacón.

«Esto será una seria advertencia para Mejía». Valentina contuvo un estremecimiento de pavor al recordar la amenaza de aquellas palabras. Y una sensación de indescriptible soledad cuando Rafael se alejó.

—¿A dónde vas?

—Te rescaté de una pesadilla —comenzó a enumerar, sin volverse todavía—. Te ofrecí consuelo y seguridad absoluta.

—Mejía…

—Incluso te respeté. ¡Ni siquiera te toqué más allá de lo que tú permitiste! No espero gratitud, pero sí el reconocimiento de ciertos errores como propios.

Valentina se hundió en el colchón. Se sentía tan enferma de culpabilidad que no dudó en asentir.

—Tienes razón —murmuró—. Tu comportamiento conmigo no fue precisamente noble, pero no tengo excusa para lo que sucedió después. Lo siento.

—Nadie volverá a hacerte daño mientras yo pueda evitarlo —le aseguró con desánimo—. Pero si decides marcharte…

Dejó la frase en suspenso y desapareció, dejándola aún más desconcertada.

Acababa de darle la oportunidad de abandonarlo. Y estaba a punto de tomarla.

Ella siempre había presumido de un envidiable espíritu combativo. No era de las que daban la espalda a los problemas o rehusaban desafíos. Sin embargo, Rafael Mejía la había vencido. Había traspasado todas las líneas posibles del comedimiento y la paciencia. Lo más sensato era reconocerlo.

Con un inexplicable nudo en la garganta, se alisó como pudo la ropa de Mercedes y se recogió el pelo frente al espejo. Aunque no veía bien. La cortina de lágrimas se lo impedía.

Salió de la casa con todo el sigilo de que fue capaz. Lo último que deseaba era encontrarse con él, con aquella actitud abatida de arrepentimiento que lo hacía tan vulnerable. Tan diferente. Tan encantador, tan adorable…

Pisó los establos con firmeza y pidió al mozo que le ensillara una mansa yegua gris que permanecía al fondo.

La decisión estaba tomada. No pensaba volver a rebajarse hasta el punto de parecer ridícula, para después recibir un nuevo y airado rechazo.

Iba a huir de lo que era un hecho en su corazón.

Iba a huir de él.

—Si el tiempo sigue así, tendremos que adelantar la vendimia.

Rafael se incorporó para quitarse el sombrero de paja y limpiarse el sudor de la frente. El recorrido por las tierras a lomos de su caballo terminaba en esas últimas vides, junto al capataz. Aunque le importaban un comino las uvas, el tiempo y la vendimia. Su cabeza regresaba una y otra vez a las palabras acusadoras de Valentina. «Si fuera razonable, me hubiera alejado de aquí a la menor oportunidad». Una lanza clavada en el costado le hubiera ocasionado menos destrozos. ¡Era la primera vez que demostraba tanta angustia por otro ser humano! ¡Eso merecía un poco de consideración, al menos! «Mejía, tú tampoco eres ningún santo. Podrías haberle hablado de esos planes que te rondan por la cabeza». No hubiera estado mal. Fugarse con aquella hermosura. Dar la espalda a sus responsabilidades y perderse con ella en el mar infinito de placer que sin duda le proporcionaría.

Rafael sacudió el cabello húmedo de sudor. Empezaba a considerar un chapuzón en el río, cuando registró la imagen de una mujer sobre su preciosa yegua gris. Entonces se olvidó del chapuzón, del sol calentándole el pecho y la

espalda desnudos y del capataz que le observaba extrañado. Era Valentina. Salvo que él hiciera algo al respecto, le abandonaba.

Volvió al caballo y lo lanzó a un endiablado galope para detenerla. No tardó en alcanzarla, pero ella se dio cuenta de su presencia y azuzó a la yegua. Estaba claro que no deseaba ser atrapada por él cuando acometió las vallas que cercaban La Albacara, para salir a campo abierto.

—¡Valentina, cuidado!

Ella no aminoró la marcha. Condujo la yegua hacia una pronunciada pendiente que daba paso al río, y se detuvo en la orilla. Dejó las riendas en la rama de uno de los numerosos árboles que protegían la entrada al río, consciente de que no tenía escapatoria. Con un grito de frustración, volvió a ascender la pendiente a pie, para darse casi de bruces con un jadeante Rafael, que trataba de recuperar el aliento.

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó entre varios resoplidos—. ¡Casi te matas ahí arriba! ¿En qué diantres pensabas?

—¡En perderte de vista! ¡En olvidarme de ti, ya que lo de anoche no fue más que un… «acto de servicio»!

Rafael retrocedió extrañado, desconcertado y cada vez más furioso. Ella parecía a un paso de echarse a llorar. O de arrancarle la piel a tiras. Cualquiera de las dos posibilidades hubiera sido adecuada para calmar el destello iracundo que oscurecía el azul de sus ojos.

—¿En serio piensas que lo que hice anoche…?

—¡Lo hubieras hecho por cualquier otra, sí!

Él le dio la espalda y se alejó un par de pasos. ¡Aquella mujer lo sacaba de sus casillas! Lanzó una exclamación exasperada y luego volvió, señalándola con el dedo.

—¡Traerte a mi casa ha sido un completo desatino! —vociferó—. ¡Me he pasado todo este tiempo intentando hacerte desaparecer de mi mente, y así es francamente complicado!

—Pues yo haré que tus deseos se conviertan en realidad.

Pasó por su lado dispuesta a marcharse, pero Rafael la tomó del codo.

—Espera —susurró, con aquella voz sosegada, varonil y profunda que conseguía paralizarla—. Dije que lo he intentado, no que planee conseguirlo. Solo te pido unos minutos más a mi lado.

—No veo por qué debería concedértelos.

—Porque te deseo. Porque alejarte de mí sería un castigo aún más insoportable que tenerte a mi vera, incluso para alguien tan detestable como yo. Y porque sé que tú, aunque aparentes indiferencia a causa de tu rabia, no puedes evitar temblar de ansiedad cada vez que te toco, que me acerco o te susurro al oído. Ayer me lo dejaste muy claro. —Rafael la tomó de los hombros y la giró lentamente hacia él. De dónde procedía aquel arranque con pinta de confesión era un enigma, pero no pensaba pararse ahí—. Ahora, dime por qué escapas de mí como si yo fuera el diablo en persona.

—Si no eres el diablo, te pareces bastante —apreció Valentina, señalando su aspecto desaliñado—. He sido una tonta, pero ahora comienzo a verlo todo muy claro.

—Explícame esa claridad de ideas.

—Tu rechazo ha sido por mi bien —continuó, con las cejas alzadas y los brazos en jarras—. Eres algo así como un buen samaritano. Te estaré inmensamente agradecida.

Quiso pasar de largo otra vez, pero él se pegó a su espalda y le caldeó la nuca con su fuerte respiración.

—Demuéstramelo —exigió en un susurro profundo.

Las piernas de Valentina comenzaron a temblar.

—¿El qué?

—Tu agradecimiento. Demuéstramelo.

—Ya lo tienes de palabra. ¿Qué más necesitas?

No debió preguntar aquello. No debió. Porque Rafael le pasó un brazo por la cintura para explicarle mucho mejor sus necesidades.

—Esto —comenzó, apartando los mechones de pelo para poder besarla tras la oreja—. Y esto —añadió, repasando la humedad de aquella piel a conciencia, y provocando firmes pinchazos en el interior de su vientre—. Y también esto otro…

Valentina estaba a un paso de la rendición cuando la mano libre de Rafael se coló bajo la blusa. ¡Oh, Señor del cielo! ¡Era tan placentero sentir las yemas de los dedos largos acariciar su pezón hasta endurecerlo! Gimió y aflojó la espalda contra él. Sus rodillas chocaron entre sí y el cuerpo entero sufrió un violento temblor. Pero algún extraño resto de cordura la hizo considerar lo que estaba a punto de concederle.

Aún no se había producido una auténtica declaración de intenciones.

—No permitiré que juegues conmigo de este modo. —Nunca nada le había costado tanto trabajo como desprenderse de aquellas caricias, armada con todo su orgullo—. Ya me hiciste daño una vez. Necesito que seas consecuente.

¡Al maldito demonio! Rafael se negó a controlarse más. Ardía por ella y la tendría. A cualquier precio.

—¡Condenada muchacha! —gimió desesperado, con los puños apretados para contener el flujo sanguíneo que ahora castigaba su ingle—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que me arrepiento de lo ocurrido ayer? ¡Sí, tengo remordimientos y te pido disculpas! ¿Que soy el culpable de que Chacón te pusiera las manos encima? ¡Nunca terminaré de echármelo en cara! ¿Que hace un momento me comporté como un pazguato en tu alcoba, regañándote como si fueras una niña malcriada? ¡Lo reconozco, maldita sea! —Se acercó a ella con un gruñido y tomó su rostro entre las manos—. ¿Quieres que te suplique para que no te vayas? ¡Por favor, quédate conmigo! No me dejes dormir, ni comer, ni pensar en otra cosa que no seas tú. Permanece en mi vida y llénala de encantadores imprevistos. Pero no te vayas. —Los delicados labios se abrieron para lanzar una respuesta, pero él los llenó con el sabor salado de su boca, con la embestida profunda de su lengua. No

quiso arriesgarse a otra negativa cuando, tan repentinamente como había comenzado a besarla, dejó de hacerlo—. He sido un completo estúpido por ignorar lo evidente. Siento mucho haberte herido, Tina. — Suspiró y repasó su mentón con la yema del pulgar—. Dime que te he convencido, por favor.

Parecía un niño asustado, esperando una respuesta. Pero era un hombre impetuoso que acababa de robarle hasta el último aliento.

—T-Te has acercado bastante —barbotó.

—Bien. Con eso me basta.

Sin más preámbulos, la arrastró hasta el caballo y montó tras ella.

—¡Mejía! ¿Qué haces? ¿A dónde vamos?

—Contestaré tus preguntas más tarde. Ahora estoy demasiado excitado como para hacerlo con coherencia.

Tenía tanta prisa que ni siquiera pudo esperar a llegar a la casa principal. Los empleados que faenaban a esas horas del día se apartaron a su paso cuando Rafael tomó a Valentina en brazos y entró en el pajar. Cerró los enormes portones de madera y la empujó contra ellos. Tenía los ojos brillantes, el rostro tenso y las manos manteniéndola pegada a la madera por los hombros.

—Acabas de echar al mozo —apuntó Valentina, como si él no se hubiera dado cuenta del detalle.

—No suelo compartir con nadie lo que es mío.

—Yo no soy tuya.

Rafael sonrió. Y la miró hasta que su sangre comenzó a inflamarse.

—Lo serás —afirmó sin titubeos—. En breve.

Sin permitirle una sola objeción. Por el tiempo que estimara oportuno. Estaba muy seguro de lo que decía. Y de lo que hacía. Porque sus manos pasaron a acariciarle el cuello con deliciosa insistencia, provocándole una serie de sucesivos y crecientes estremecimientos en aquel lugar profundo que reclamaba ser colmado. Por él.

—¿Vas a demostrármelo… aquí?

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro. No puedo llegar hasta mi confortable cama sin explotar antes.

Tendría que remontarse demasiado en el tiempo para encontrar algo parecido al vendaval abrumador que Valentina despertaba en él. Contempló su escote y llevó los labios hasta él. Comenzó a recorrerlo con la lengua, cuando se dio cuenta de que no resistiría un juego semejante. Ni siquiera pudo evitar adelantar las caderas para que ella conociera de primera mano el efecto que provocaba en él.

—¿Lo notas? —En un rápido movimiento, tomó una de sus manos para restregársela contra el pantalón, arrancándole un gruñido de gusto—. ¿Ves en qué estado estoy desde que te tengo a mi lado?

Desde luego que lo veía. No pudo apartar sus ojos del enorme bulto, ni siquiera cuando Rafael se alejó para asegurar mejor la puerta.

—Has puesto el tranco…

—No quiero que nadie vea lo que tengo en mente hacer contigo. He pasado demasiadas noches en vela pensando en ti como para dejarte escapar. —Su diabólica sonrisa se acentuó cuando volvió a aprisionarla con su cuerpo—. Te diré lo que va a pasar: haremos el amor, varias veces. La primera será impetuosa por su necesidad. La segunda será más intensa, destinada a mantener vivo el fuego de nuestros cuerpos. —Valentina suspiró y se relajó contra su pecho. Él supo que se estaba excitando cuando observó sus ojos cerrados, y escuchó el suave murmullo de un largo gemido—. Pero será en la tercera donde realmente conseguiremos ser uno solo, Tina. Si tú quieres. Si realmente has decidido entregarte a mí por completo.

El cuerpo de Valentina experimentó una sobrecarga de éxtasis sensual. Su corazón se detuvo solo con leer en los ojos de Rafael, y entonces ya no hubo más dudas, ni más recelos. Le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia ella.

—¡Oh, cállate y bésame!

Rafael no necesitó de más indicadores. Si deseaba que limpiara el suelo que ella pisaba, lo haría. Y si quería besos, se emplearía a fondo en ellos. Jugueteó con sus labios. Mordisqueó primero el inferior, luego el superior. Recorrió las comisuras con la punta de la lengua, y finalmente profundizó en el interior de su boca. Puso su corazón y su alma en aquel beso, y recibió su recompensa. Valentina se arqueó contra él. Contra la palma de la mano amasando uno de sus pechos por encima de la blusa y contra la palpitante dureza que pedía ser liberada.

Pero iba demasiado rápido. Por alguna razón que analizaría más tarde, no deseaba su placer si con él no conseguía el de Valentina.

—Escúchame. —Apartó la boca sin dejar de rozar sus labios. De repente, estaba lleno de inseguridades—. Necesito que me ayudes, Tina. Guíame. Enséñame la mejor forma de complacerte…

La humilde petición acababa de meterle en un serio problema. Lo reconoció en cuanto los ojos azules mostraron una inocente sensualidad que lo dejó paralizado. De un suave empujón, Valentina lo apartó y suspiró.

—De acuerdo —dijo, antes de que comenzara a deshacer su peinado con deliberada lentitud, haciendo que los mechones rizados cubrieran la parte visible de piel como si fueran hilos sedosos—. Me encanta que me mires como lo estás haciendo ahora.

—Tu pelo es una de mis debilidades. Siempre huele a…

—Agua de rosas.

—¿Tengo esas cosas en mi casa?

Ella emitió una suave risilla que casi le levanta la piel.

—Deberías estar más al tanto, Mejía.

Una vez libre de las horquillas, Valentina sacudió la melena sin apartar los ojos de él. Los pensamientos de Rafael se espesaron hasta el punto de olvidar el hilo de la conversación. Alargó una mano para hundirla en los mechones, pero ella negó en silencio, con una expresión… ¿juguetona?

Tuvo la impresión de que la mandíbula le llegaría al suelo. Ahora sí que estaba perdido.

—Aún no he terminado. —Comenzó a desatar los cordones de la blusa. A Rafael le costó comprender lo que se proponía, pero, cuando lo hizo, sintió que el cuerpo se le quedaba clavado en el sitio, que un calor inclemente comenzaba a asfixiarlo y que la sangre se le concentraba en las sienes, en el pulso descontrolado del cuello y en otros lugares ocultos.

¡Se estaba desnudando para él! Y lo hacía sin indecisiones.

Valentina hizo resbalar la blusa por sus hombros antes de desprenderse de ella. Los ojos de Rafael se quedaron prendidos en los pechos expuestos. En las aureolas color vino y en los pezones que se endurecieron bajo su penetrante mirada. Apuntaban hacia él con descaro. Parecían dos frutas maduras dispuestas a ser probadas. Eran auténtica ambrosía. Lo que le salió de la garganta se parecía más a un lamento de agonía cuando avanzó un paso en su dirección, pero ella volvió a negarse.

—Tengo que explicarte mis preferencias. Me gusta cuando me haces esto —afirmó. ¡Y entonces comenzó a acariciarse uno de los pechos! Su mano repasó el contorno antes de dirigirse hacia el pezón y rodearlo con los dedos—. Me encanta sentir tus yemas aquí.

—¿Exactamente… ahí?

—Ajá. —La vio cerrar los ojos. Sus labios se entreabrieron un instante, como si lo reclamaran. Rafael apretó los puños para contenerse. No podría seguir contemplando aquel espectáculo sin antes empapar la poca ropa que llevaba encima—. Pero no es el único lugar. También me gusta cuando me tocas por aquí. —Las manos blancas se desplazaron por la cintura estrecha antes de tomar el borde de la falda y deslizarla al suelo.

El mundo de Rafael dio un giro inesperado. Bajo las ropas de la criada, ¡estaba completamente desnuda! Era la primera vez que la veía así, a plena luz del día. En todo su glorioso esplendor. Con los rizos desparramados por el pecho y la espalda. Con las puntas acariciando las cimas de sus pechos como si fueran él mismo. Con la respiración acelerada y aquellas piernas largas que disparaban su imaginación.

Su mano siguió descendiendo, deteniéndose en el vientre plano y trazando círculos alrededor del ombligo, hasta tocar la adorable cortina de vello rojizo que rodeaba su preciosa intimidad. La boca se le secó tanto que creyó que la saliva nunca volvería a ella. No se atrevería a seguir. Era algo demasiado mundano para ella. Demasiado… excitante.

Pero se atrevió. Valentina enredó los dedos en su propio vello y repasó con uno de ellos cada pliegue de su hendidura, respondiendo con un tímido suspiro de placer. ¡Señor del cielo! Estaba muy lejos de parecerse a una doncella virginal. Para Rafael, representaba el pecado hecho carne.

Un pecado listo para ser probado.

—Me encanta sentir tus manos aquí. —Un ruidoso jadeo llenó el pajar. ¡Ella se excitaba con sus propias caricias! ¡Dios! Las costuras de los pantalones acabarían

por reventar. Jamás había experimentado aquella apabullante sensación de debilidad con una mujer—. Necesito sentirte dentro de mí otra vez, Mejía.

Rafael fue hacia ella completamente atolondrado por la pasión, pero entonces Valentina posó las manos en su pecho y comenzó a moverlas.

—Aunque lo que más me apasiona es comprobar la dureza de tus músculos. De todos tus músculos —recalcó con malicia, mientras le libraba de su íntima tortura. Pantalones y calzones cayeron hasta los tobillos. Después, acarició todas las protuberancias de su cuerpo. Hizo especial hincapié en aquella que se alzaba con orgullo, demostrando una indudable masculinidad—. Y de este sobre todo.

—Tina.

—¿Te estoy incomodando? Solo pretendía ilustrarte, Mejía. Como me pediste.

—Si sigues así…

No pudo terminar la frase. La sujetó de los hombros para detenerla, pero era demasiado tarde para él. Quería tomarla tantas veces como pudiera y en los rincones más impensables.

—Basta de juegos crueles. Ahora que ya sé de tus preferencias, te complaceré, Raposa.

Valentina tuvo que sujetarse a su robusto cuello solo con escuchar aquella voz rasgada y profunda. Creyó que se desmayaría cuando vio cómo Rafael jugaba con sus pezones, endureciéndolos y arrugándolos como si fueran fuerte terciopelo, mientras introducía un dedo en su resbaladizo interior. Ella gritó. Sus partes más tiernas se inflamaron y ardieron de deseo, humedeciéndose hasta un punto difícil de definir… Y de aceptar.

—¿Esto era lo que querías, Tina? —dejó caer en su oído.

—Oh, sí… ¡Sí, sí!

Rafael pasó a sostenerla por la cintura. Sintió los pequeños dientes clavarse en su clavícula y las largas piernas rodearle las caderas para permanecer abierta, dispuesta para él. Su flujo fue tan abundante que traspasó el dedo para mojarle la palma. No podía seguir explorando con la dedicación debida. Ahora su virilidad comenzaba a moverse. No aguantaría mucho más y, a juzgar por los movimientos de Valentina, ella tampoco.

La sujetó con fuerza y miró a su alrededor. A solo un paso de ellos, un improvisado colchón de paja le pareció el mejor lugar para depositarla. Cuando lo hizo, abandonó su tierno interior con un gemido y colocó ambas manos a los lados de su cabeza, observando cómo la cabellera enmarcaba el adorable rostro, cómo su boca se movía en incoherentes susurros. Cómo sus ojos brillaban y sus mejillas ardían.

—Quiero hacer el amor contigo —susurró desesperado—. Hasta el final.

—Confío en ti, Mejía.

Ella repasó los músculos tensos de su espalda y llegó hasta las duras nalgas. Las presionó hacia delante, sintiendo una palpitante lujuria mojándole los muslos. Lo imaginó dentro de ella, duro, caliente y enorme. Complaciente.

—Aún estás tan estrecha que no sé si podré aguantar el tiempo necesario —murmuró él, incorporándose lo suficiente como para que ella contemplara la firme erección.

Pero Valentina curvó los labios con lascivia, y separó las piernas poco a poco.

—¿A qué esperas para tomar lo que es tuyo? —invitó.

La sensual boca de Rafael se transformó en una sonrisa malvada, y su mirada se oscureció.

—Con muchísimo gusto —gruñó.

Sujetó las suaves caderas con ambas manos y la embistió como un toro bravo ansioso por envainarse en la estrecha calidez de su hembra, pero se detuvo. Si no lo hacía, llegaría al final antes de haber empezado. Tomó aire y provocó un contacto total entre ellos. Con una de sus manos, la elevó y dejó que se abrazara a él.

¿Qué era aquello que le impulsaba hacia ella? ¡Quería instalarse en su interior y no salir jamás!

La besó en la boca. Quiso alargar el momento hasta el infinito. Tenerla así como estaba, sobre el montón de paja y sintiéndose engullido por aquella aterciopelada firmeza. Pero ella lo empujó hacia delante, y no pudo evitar moverse. Con profundidad y desesperada fricción. Dictando un ritmo creciente que desembocó en un clímax explosivo, abrumador. Sintió los músculos que lo rodeaban contraerse al mismo tiempo que llenaba el interior de Valentina, víctima de violentos espasmos.

—¡Dios…, Tina!

Lanzó un rugido y recibió los gritos de placer de la mujer que se retorcía debajo de él. La mantuvo sujeta hasta que cada íntima pulsión cesó. Hasta que las respiraciones volvieron poco a poco a la normalidad y pudo reponerse lo suficiente como para recostarse a un lado y atraerla hacia su corazón.

Se fijó en su expresión. Satisfecha, soñadora. Sonriente. Con los ojos cerrados, los labios hinchados y una mano lánguida sobre su pecho, como si fuera un ángel del cielo que había acudido a rescatarlo de su propia perdición. Aún no sabía qué clase de extraña brujería le había llevado a no quitarse ni siquiera los pantalones para poseerla. Cómo diantres se había dejado llevar de aquella forma o por qué ahora la miraba tan embobado.

Aunque suponía que tardaría mucho tiempo en averiguarlo, estaba dispuesto a seguir disfrutándolo.

# 17

—¿Es siempre así?

—No recuerdo que haya sido mejor, aunque reconozco que el hecho de que estuvieras desnuda bajo las ropas de la criada ayudó mucho.

Rafael estaba exultante. Su anhelado encuentro amoroso había resultado más que satisfactorio. Furioso, soberbio. Apoteósico.

Valentina contempló su rostro relajado. Tenía señales evidentes de placer. Y ella era la causante. Le sonrió con cierto orgullo al pensarlo, y se incorporó un poco cuando él le quitó dos briznas de paja del pelo.

—Estaba tan enfadada que no quería llevarme nada que me recordara a ti. Ni siquiera un simple corsé —murmuró, sonrojándose de aquella manera tan encantadora—. ¿Te he resultado muy atrevida?

—Nadie se había desnudado de ese modo para mí. Quiero que vuelvas a repetirlo. Cuanto antes. —Rafael atrajo su cara pecosa para obsequiarla con un beso perezoso—. Mis energías han sufrido una merma considerable, pero no olvido que aún me quedan varias demostraciones. Vamos.

De un salto se puso en pie y arregló su vestimenta. Tenía muchos planes. Todos con ella, y ninguno en el pajar. Alargó una mano en su dirección, pero Valentina meneó ligeramente la cabeza.

El entusiasmo de Rafael se fue al garete, junto con su seguridad. ¿Y si se arrepentía? ¿Y si la había abrumado al poner en práctica toda su experiencia sexual con ella?

Analizó su expresión. No se trataba de eso. Los ojos azules seguían brillando de lascivia al posarse en él, y, desde luego, no parecía abrumada. Ya estaba claro quién había sido el seducido y quién la seductora. Comenzó a preocuparse cuando se puso en cuclillas a su lado para acariciarle el mentón.

—No voy a desprenderme de ti tan fácilmente, Raposa —aseguró con ardor—. He de marcharme por unos días, pero, mientras tanto, podremos aprovechar el tiempo en mi alcoba.

—¿Te vas? ¿Ahora?

—A primera hora de la tarde. —Valentina arrugó la nariz. Parecía triste por la noticia—. Puedo asegurarte que es lo último que quiero hacer, pero el trabajo me reclama. He de custodiar un cargamento de carbón hasta su destino.

—Para eso están tus empleados. Eres el hombre más importante de la villa. No deberías trabajar como un jornalero.

—No pretendas cambiar mis costumbres en un momento. Entre mis virtudes no está el ser sedentario ni hogareño, pero quiero verte aquí cuando vuelva. En mi casa. En mi cama. Esperándome. —Sonrió y tiró de su brazo levemente, pero ella se negó a moverse—. Ya dejé claras mis preferencias y mis decisiones —apostilló con el ceño fruncido—. No tengas miedo de mí.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Pues… —Valentina intentó esconder la cara entre las rodillas. Algo la avergonzaba—. Estoy demasiado llena de ti. Cuando me ponga en pie…

Simulando gravedad, Rafael cogió sus ropas y comenzó a vestirla sin que tuviera que moverse del sitio.

—Lo siento —se disculpó, conteniendo la risa—. Mi descarga fue tan abundante porque he pasado demasiado tiempo sin una mujer a mi lado.

—Ha debido de ser mucho.

—Desde que rompí con Claudia. Pero hay una solución perfecta para tu problema: el río. —Terminó de atarle los cordones de la blusa y abrió los portones de par en par antes de cogerla en brazos—. Tengo que recuperar mi yegua, además de enseñarte los placeres de un buen baño compartido. Aquí hace calor, y tenemos demasiado público.

Valentina no le contradijo cuando iniciaron el camino al río con el trote pausado del caballo. Comenzaba a maquinar. Así que ninguna había ocupado su cama desde la baronesa…

—¿Fuisteis de verdad amantes? —Antes de que él respondiera, añadió—: Me refiero a la baronesa, por supuesto.

La barbilla de Rafael se endureció, y el brazo libre tiró de las riendas para aminorar la marcha.

—Lo fuimos —reconoció—. Claudia obtuvo su título nobiliario por un matrimonio de conveniencia con un anciano barón sin descendencia. Pero quedó viuda antes de proporcionarle esa descendencia, heredando el título y unas posesiones que están repartidas por medio país.

—Entre ellas, la mansión de la villa y las tierras de los alrededores.

Rafael asintió. Ahora venía la parte más espinosa de la historia.

—Cuando Santiago y yo detuvimos a aquel anarquista que pretendía volar los carromatos llenos de jornaleros, Claudia nos recompensó con sendos puestos como contables de las fincas de la zona.

—Y fue ahí donde comenzaste tu relación con ella.

—Quiero que entiendas que siempre la vi como alguien con quien desahogarme cuando fuera necesario. Ya me comprendes —aclaró, intentando excusarse—. Hasta que ella acabó pidiendo demasiado de mí.

—¿Y qué era eso tan grande que no podías darle?

—Compromiso. —Un largo silencio siguió a aquella palabra maldita—. Decidí poner fin a nuestra relación antes de dañarla más de lo que ya lo había hecho. No me comporté muy bien, pero espero que pueda encontrar a un hombre merecedor de sus atenciones.

Nunca antes había admitido que su conducta con Claudia había sido vil y desapasionada. Protestó entre dientes, pero ya no tenía remedio. Se había dejado llevar por un acto sexual sublime y ahora debía ocultar a Valentina que tenía un corazón tan deteriorado como su valor.

—¿Eso es lo que harás conmigo? ¿Dejarme cuando ya no te interese?

Con una indescifrable maldición, Rafael detuvo el caballo y la giró hacia él. La expresión de sus ojos le dolió como una profunda dentellada en el alma.

—Mírame, Valentina —pidió, intentando ocultar una creciente e inesperada angustia.

—Es lo que hago, Mejía.

—Dime: ¿qué ves?

—Un hombre —respondió, frunciendo el ceño sin comprender.

—No cualquier hombre. No me dejo levar por los mismos dictados que el resto.

—Eso no te hace mejor ni peor que los demás. Solo diferente.

El semblante de Rafael tomó una expresión desconocida, antes de besarla con dureza. Introduciendo la lengua en su boca sin permitirle responder, como si quisiera marcar los límites y grabar a fuego su codicia.

—Soy diferente —enfatizó con rudeza—. Pero cercenaría cualquier parte de mi cuerpo antes de hacerte daño. Pude tomarte mucho antes, sin importarme que tú estuvieras de acuerdo. No lo hice porque tu opinión me importa demasiado. No soportaría que me odiases. Solo quiero que estés bien conmigo. Quédate con eso y no me pidas más, por favor.

Acababa de hacer su mayor confesión, y ni siquiera se había dado cuenta. Parecía un ruego desesperado. Y Valentina decidió atenderlo. Él siempre le había dejado claras sus intenciones. Ahora quería tenerla a su lado. Con todas las concesiones posibles, pero sin la más importante para ella. Suspiró para relajar la tensión inoportuna que casi le impedía respirar.

Sabía que aquella iba a ser la tarea más complicada.

La yegua seguía en el mismo lugar en el que Valentina la había dejado, cuando atravesaron una zona llena de maleza antes de detenerse en un pequeño claro. Ante ellos, dos grandes rocas parecían amparar un pequeño remanso donde el agua descansaba tranquila.

—Nos quedaremos aquí el resto de la mañana.

Ella no tuvo inconveniente en dejar que Rafael extendiera una pequeña manta sobre la hierba reseca, a la sombra de un enorme árbol, para depositarla sobre ella. Él se quedó de pie, mirándola, con las piernas separadas y las manos anudadas a la espalda.

—Espero no haberte contrariado con mis palabras, Tina. Ya deberías saber que eres especial.

—¿Y si no lo supiera?

—Te lo demostraría. Las veces que fueran necesarias.

Se acercó a gatas y cubrió su cuerpo con el de él. La espalda de Valentina tocó la superficie de la manta, pero se arqueó involuntariamente cuando sintió los labios húmedos de Rafael en el cuello y los experimentados dedos deshaciéndole el nudo de la blusa. Aceptaba sus condiciones. Su pasión arrolladora y sus

atenciones. Todas sus atenciones. Pero su orgullo femenino no podía evitar revolverse.

—La baronesa… ¿te gustaba más que yo?

Rafael dejó los besos y la obligó a incorporarse para sentarse frente a él. Con un gesto inflexible, la tomó de los hombros, dispuesto a acabar con esa curiosidad de una vez por todas.

—Dejemos las cosas claras desde ahora. No voy a desvelarte la naturaleza de mis devaneos con Claudia, porque a nadie más que a ella y a mí importa, ¿de acuerdo? —Esperó a que Valentina asintiera para continuar—. Pero sí te diré que fueron algo irrisorio en comparación a lo que he experimentado contigo. Tampoco te salvé de Chacón por caballerosidad, como me insinuaste. El honor y la nobleza son patrimonio de los puros de corazón, y yo no pertenezco a ese grupo.

—No entiendo a qué vienen esas explicaciones.

—A que no tengo escrúpulos. A que he destrozado tu reputación, y no me arrepiento. —Pasó una mano por su nuca y la besó—. Y a que pienso seguir destrozándola sin el más mínimo remordimiento de conciencia.

Valentina lo apartó un poco para poder tomar aliento. Estaba sobrecogida por todas las confesiones escuchadas.

—Mejía, mi reputación quedó arruinada el día en que decidí trabajar para Adela. Era virgen, pero ningún hombre lo hubiera creído.

—Piensas que me movió algún tipo de enrevesada intención al apartarte de Chacón, y que lo habría hecho por cualquiera que se hubiera encontrado en el mismo aprieto —murmuró Rafael, acariciando su cabello con expresión arrepentida—. Sí, pudiera ser, pero no del mismo modo. Lo hice porque me importas, más de lo que nunca me ha importado nadie, pero no lo suficiente como para arrancarme una promesa de matrimonio.

Inmediatamente se mordió los labios. Había sido demasiado brusco con ella. Demasiado franco. Tan falto de tacto que ahora tendría que soportar una oleada de llantos y gritos desesperados. Pero se equivocó. La vio luchar consigo misma, considerando una a una sus afirmaciones hasta darlas por ciertas cuando una insegura sonrisa comenzó a adornarle la boca.

—No serías capaz de confesar que te importo si no fuera cierto —concluyó, escurriéndose de entre sus brazos para ponerse en pie—. Te creo, Mejía. Ahora, disfrutemos del baño prometido.

Corrió a la orilla, desprendiéndose de la ropa por el camino con total despreocupación. Se zambulló en el remanso completamente desnuda, con la elegante belleza de una sirena. Era la imagen más erótica que había visto nunca.

—¡El caudal del río ha disminuido! —la oyó gritar.

—Eso es por el calor excesivo y la ausencia de lluvias.

Ella se volvió para contemplar cómo Rafael la seguía después de desnudarse. La estampa que se le presentaba nada tenía que ver con el hombre que yacía inconsciente en la cama de la posada el día que lo conoció. Ahora, cada poro de su piel rezumaba vida. Cada músculo evidenciaba poder, seducción. Sobre todo

aquel que se alzaba con insolencia, apoyándose en el abdomen y apuntando en dirección al ombligo.

Posó los pies en el fondo del río. El nivel del agua cubría sus senos. Se pasó la lengua por los labios muy lentamente, con súbito interés. Si vestido era atrayente, desnudo resultaba imperioso. Magnífico. Y entonces aquella lustrosa virilidad realizó una leve sacudida como respuesta a su mirada.

—Puede que el caudal haya disminuido. Pero cierta parte de tu cuerpo está aumentando.

—Eso también es por el calor excesivo. —Rafael se tensó aún más al adivinar la naturaleza de sus pensamientos—. Y por la ausencia de… agua fría.

Caminó hacia ella pleno de energía, pero de repente Valentina desapareció de su vista. Él sonrió. Si quería jugar, jugarían. Siguió avanzando y miró a su alrededor.

—Raposa… —canturreó—. No seas cruel conmigo.

Pero ella no respondió. El agua le llegaba por el pecho cuando Rafael se detuvo con un horrible pálpito.

—¿Valentina? —Silencio—. ¡¡Valentina!!

Agudizó la vista esperando ver alguna señal, pero no tuvo tiempo de pensar en funestas conclusiones. De pronto, algo tiró de sus caderas hacia abajo, llevándose el resto. Y se encontró buceando con la mujer más perfecta que sus ojos hubieran contemplado en años. Retozando con libertad bajo el agua, hasta que ambos salieron a la superficie y Valentina se ancló a su cintura con las piernas y a su cuello con los brazos.

—No vuelvas a hacer eso —la reprendió, con toda la dureza de la que pudo echar mano, dadas las circunstancias—. Me has dado un susto de muerte.

Pero ella ladeó la cabeza con una dulce perversión y ninguna inquietud.

—Ya comprobé que la temperatura del agua no es lo suficientemente fría —murmuró, moviendo las caderas para acogerlo con suavidad.

Así era imposible permanecer enfadado por mucho tiempo.

—Tú la calientas —le susurró, mordisqueándole una oreja y recibiendo con gozo su exuberante respuesta.

—¿Y a ti?

Rafael la aferró con firmeza y la impulsó hacia abajo, con un largo gemido de gusto. «Calor» era una palabra que se quedaba demasiado corta cuando se trataba de aquella bruja con pinta celestial. Ebullición, explosiva pasión carnal. Esas iban mejor.

—Te gusta llevarme al límite, ¿verdad? —balbuceó, cuando se hundió en ella hasta el fondo.

—Es algo bueno para los dos. Muy bueno.

Comenzó a contonearse con soltura, aprovechando la liviandad que le proporcionaba el agua. Rafael se quedó sin capacidad para responder. Hubiera podido derretir los hielos invernales con un simple resoplido de su aliento excitado. Estaba tan indefenso como un recién nacido, a merced de sus actos. Solo una

firme voluntad de contenerse lo impulsó a llevarla hasta una de las rocas que sobresalían del río para apoyarla en ella. Necesitaba empujar. Una y otra vez. Más fuerte y más rápido, hasta vencer la opresiva tensión que le castigaba.

—Aún no se ha inventado una palabra para describir lo que haces conmigo, Tina —murmuró—. Estoy tan duro que podría romperme dentro de ti.

—Per-fecto. Así te tendría para mi uso exclu-sivo. C-Cuando yo quisiera, y sin que tú estuvieras presente.

Un nuevo movimiento, más profundo y enérgico, provocó en Valentina un gemido de efervescente lujuria. Rafael alzó la cabeza, con una sonrisa oscura y llena de intenciones.

—Dices las cosas más soeces que he oído jamás a una mujer. Me vuelves loco.

Ya no pudo hablar más, ni respirar. Ni vivir. Se movió con ferocidad, elevándola contra la roca con cada impulso. El agua comenzó a arremolinarse a su alrededor, en forma de furiosas olas que fueron aumentando su intensidad.

Rafael no podía creer lo que estaba sucediendo. Se encontraba totalmente fuera de control. En ese momento hubiera accedido a cualquier insensatez que ella le hubiera pedido sin pensarlo. El ardiente túnel de Valentina comenzó a engullirlo sin remedio. Notó las primeras señales del orgasmo en ella, las uñas clavándose en su espalda. La esponjosa suavidad de los senos apretándose contra el vello de su pecho. Los pezones rojos y excitados frotándose contra la piel curtida.

Gimió y la besó. Mordió sus labios, atacó con su lengua y la aplastó contra la roca. Sintió la insoportable tensión que precedía al estallido, y se dejó ir al mismo tiempo que ella. Fundieron sus gritos de placer y permanecieron en esa postura, hasta que ambos dejaron de sentir sus corazones en el pecho del otro.

Rafael se negó a salir del extraordinario cobijo en el que se encontraba y la sacó del agua, provocando pequeños temblores en su punto más íntimo. Abarcó las nalgas femeninas al completo para depositarla sobre la manta extendida y se apoyó en los antebrazos para contemplarla a placer.

—Mmm… Ha sido un baño muy gratificante —la oyó ronronear. Él sacudió el cabello empapado, con toda la intención de mojarla. Ella chilló, provocándole una sonrisa—. Digno de un par de amantes apasionados. Porque eso es lo que somos, ¿verdad?

Rafael se tumbó y extendió un brazo para abarcarla. Su necesidad de Valentina no era meramente física. Había otro componente en ella. Algo mucho más profundo, que le dominaba y que no conseguiría arrancarse así como así. Estaba compuesto de pequeñas cosas. Como su risa fresca, su mirada chispeante, su increíble fuerza interior o la dulzura espontánea que la rodeaba. Le encantaba observarla en silencio. Disfrutaba con cada rasgo o gesto dirigido a él. Tanto como haciéndole el amor. O más.

Y entonces lo decidió.

La retendría con él. Aunque aquel capricho supusiera un montón de problemas que sin duda se avecinarían. No se paró a considerar qué sucedería cuando al fin consiguiera sus propósitos. Solo pensó que los conseguiría. Pesara a quien pesase.

—Tu aspecto no parece acorde con el lugar en el que trabajas. —La mirada de Rafael se deslizó por su cuerpo como un codicioso ladrón admira su botín, cubriéndolo con un dulce manto de miel caliente y líquida—. No estás hecha para la posada. Ni para Adela.

—¿Ah, no? ¿Y para qué estoy hecha?

—Para amar y ser amada. Estás hecha para mí.

—Entonces, somos amantes.

—Lo que acabas de darme solo puede significar una cosa: que eres mía —confirmó, pasando el brazo libre por detrás de la cabeza—. No de ningún mentecato que pretenda tus favores; ni siquiera de Adela, por mucho que ella sea tu patrona. Solo eres mía.

—Una buena declaración para tu amante, Mejía.

—Seremos lo que tú quieras, Raposa —concedió a carcajadas. La sujetó por la nuca y devoró su boca—. En estos momentos, no represento mucha oposición para tus propósitos.

—Veámoslo… Podríamos acabar retozando bajo un seto.

—O en una cueva oscura, o sobre la nube que tú elijas. Como un par de vagabundos, sin más preocupación que ponerse el mundo por montera.

¡Sería tan hermoso…! Si fuera cierto. Valentina no se permitió caer en ensoñaciones. Era consciente de la posición que cada uno ostentaba. No se imaginaba colgada del brazo de Mejía como una gran dama, paseándose por los ambientes selectos que él solía frecuentar, mientras era presentada a la flor y nata de la sociedad con orgullo.

—Lo que dices suena muy bien… —Apoyó los brazos en el pecho de Rafael y repasó con el dedo su fuerte mandíbula, la firme línea del mentón y el profundo hoyuelo que lo adornaba. Dejó caer las pestañas con coquetería, y disfrutó al ver el destello de placer en los ojos castaños—. Pero quiero más, Mejía. Quiero tu palabra de que no habrá arrepentimientos. Quiero confianza mutua.

—¿No estás conforme con lo que te he dado? —Ella sacudió su preciosa melena. Pedía más reconocimientos. Más sinceridad—. De acuerdo. Te prometo fidelidad y total dedicación mientras estemos juntos. Incluso aceptaría las consecuencias que pudieran derivarse de esa… dedicación. Pero no puedo ofrecerte nada más.

Daba un paso atrás, pese a estar deseoso de aplacar su lujuria con ella por un tiempo indefinido. Valentina reconoció la actitud culpable que le llevaba a evitarla. Era la misma que mostraban algunos clientes de la posada, justo antes de ocupar ciertas camas.

Ahora mismo, la cama más codiciada por Rafael Mejía era la suya. Aunque pudiera no ser la única. La yema de su dedo índice permaneció en el hoyuelo de la barbilla cuando se atrevió a formular la pregunta que le quemaba en la boca.

—¿Hay otra mujer? —De pronto abrió los ojos ante otro pensamiento mucho más inquietante—. ¿Un hijo?

—Algo parecido.

—¿Algo parecido? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—La única que puedo darte. —Ahora venía la huida. Los reproches que siempre seguían a sus evasivas. Esperó, pero ella solo le miraba. ¿Por qué no se enfurecía como las demás? ¿Por qué no gritaba, o le insultaba?—. Valentina, mi trabajo es muy arriesgado. Entiende que no debo comprometerme a formar una familia, cuando puedo perderla a la menor oportunidad. —Esperaba que se conformara, porque era lo máximo que reconocería. Y debía ser rápido en cambiar el rumbo de la conversación—. Ya que estamos con las confesiones, ¿me dirás por qué me ocultaste tu virginidad?

El parpadeo desconcertado de Valentina le dijo que había conseguido su propósito.

—No te entiendo.

—Confianza mutua —le recordó—. Te toca a ti.

—No puedo. —Ella chasqueó la lengua y se sentó sobre los tobillos. En ese momento, comenzaba a arrepentirse de haber pronunciado aquellas palabras—. Me da vergüenza.

—¿Que te da vergüenza? ¿A estas alturas? —Rafael soltó otra carcajada antes de deslizar los dedos por el valle entre sus pechos, repasando cada centímetro de temblorosa piel hasta llegar al ombligo, donde trazó lentos y provocativos círculos—. Francamente, Raposa, no salgo de mi asombro contigo. Espero que esto te ayude a perder tu pudor.

Aquel hombre sabía cómo acariciar a una mujer. Y hasta dónde llegar con esas caricias para lograr una confesión plena. Valentina suspiró cuando la mano de Rafael abarcó su vientre plano y lo presionó ligeramente, haciéndole desear que presionara otros lugares más cálidos y menos firmes.

—Tenía curiosidad —reconoció, mientras volvía a recostarse.

—¿Acerca de…?

—De ti. Sabía que te interesaba, pero temía que perdieras ese interés en cuanto conocieras mi estado. —Con apariencia distraída, Valentina enredó uno de los dedos en el vello oscuro del pecho de Mejía y siguió la línea descendente que este formaba. Traspasó el vientre y rozó la punta de su virilidad antes de sopesar las pesadas bolsas con la mano—. Necesitaba saber qué era aquello por lo que las mujeres suspiraban en tu compañía.

—¿Y te gustó lo que descubriste?

—Juzga por ti mismo.

La mano que le acariciaba los testículos se desplazó a su sexo. Los dedos comenzaron a abrigarle, inflamándolo de un modo incendiario.

Rafael hizo una ruidosa inspiración. De un fuerte movimiento, la atrajo hacia él para besarla con ferocidad. Pese al poco tiempo transcurrido, lo había encendido tan rápidamente que estaba dispuesto a otra ardua sesión de pasión desenfrenada.

—«… Pero será en la tercera donde realmente conseguiremos ser uno solo, Tina». Debes ser fiel a tus promesas.

Con aquella persuasiva e inquieta mano sobre él, lo contrario hubiera sido imposible. Las sienes le palpitaron y la tensión sexual comenzó a resultarle insufrible, pero consiguió apartarla.

—No te gusta.

Rafael no pudo responder. Tenía la cabeza totalmente reclinada hacia atrás, con los tendones del cuello a punto de reventarle la piel. Las manos agarraban una porción de manta como si su vida dependiera de ello, y tenía el vientre rígido como una tabla.

Sí que parecía entusiasmado.

Él aprovechó el breve paréntesis y se irguió para mirarla aturdido.

—¿Cuántas veces… has hecho esto?

—Nunca hasta que te conocí.

—No es posible.

Sin dejar de tocarlo, Valentina mojó uno de los dedos en el líquido transparente que comenzaba a manar de él y lo chupó. El estómago de Rafael dio un vuelco; la sangre se le encrespó en las venas.

—Era virgen, Mejía, no inocente —apuntó con malicia—. Mis ojos y mis oídos han recibido toda clase de instrucción en la posada. Sé lo que hago.

De eso no había duda. No recordaba haber estado en esa situación con ninguna otra mujer. Él siempre había llevado la iniciativa, pero no le importó ceder el mando cuando Valentina atrapó uno de sus pezones con la boca, mientras seguía recorriendo su sexo con la mano. Debía tomar una decisión. O dejaba que aquellas caricias lo llevaran al final, o compartía ese final con ella.

Se decidió por lo segundo.

La vio descender por el abdomen y traspasar la línea del ombligo. Intentó detenerla antes de que se llenara la boca con él, pero sintió aquella lengua enroscada alrededor de la carne palpitante, y solo gimió.

—Tina, Tina… —El vientre se le tensó, y las caderas se alzaron para ser cubierto por completo por ella—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

El calor de su aliento estuvo a punto de hacerle claudicar, pero entonces Valentina abandonó su brutal entretenimiento para sonreírle, mientras se lamía de los labios su sabor salado con deleite. Un gesto más mortífero que cien latigazos juntos.

—Enseñarte el camino al cielo, como me pediste —respondió en un susurro encendido—. ¿Lo recuerdas?

—Recorrámoslo… juntos. —La colocó a horcajadas sobre él. Solo quería volver a enterrarse en ella. Volver a ser vencido por sus palpitaciones de éxtasis. Sentir los movimientos impetuosos y escuchar sus gritos desaforados de placer—. Soy todo tuyo, Tina.

Era la primera vez que se ofrecía de ese modo. Y no se arrepintió, porque ella apoyó las palmas de las manos en su pecho y comenzó a restregarse contra él.

—No me toques, ni me beses. —Los movimientos se hicieron más profundos e imperantes. Rafael cerró los puños para no abalanzarse sobre ella. Los dientes le

rechinaron cuando notó la cálida humedad unirse a la de él, y las caderas volvieron a alzarse a su encuentro—. Solo disfruta.

—¿Cómo pretendes que permanezca quieto con lo que estás hacien…? —La pregunta quedó interrumpida cuando ella levantó el trasero y luego descendió con lentitud—. Dios, Raposa, vas a acabar conmigo… de verdad.

—¿Cómo? ¿Así? —Ella se irguió sobre las rodillas, y Rafael estuvo a punto de ponerse a llorar. Otra deliciosa fricción como aquella, y se vaciaría como un muchachito inexperto—. ¿O tal vez así?

Se dejó caer sobre él, y el gemido pasó a ser rugido. Los dedos de los pies se le encorvaron, y las caderas comenzaron a empujar. No estaba en su naturaleza mantenerse pasivo con semejante hembra sobre él, jugando con su miembro como si fuese un objeto inanimado. Debía demostrarle que tenía vida. Toda la que ella le había provocado.

—También podría acabar contigo de esta otra manera…

Ahora se movía en círculos, provocándole una sucesión interminable de jadeos entrecortados. Su cuerpo ardía. Estaba tan tenso como las cuerdas de una guitarra, pero aún pudo elevar las manos para sujetarla por las caderas.

—Así, Tina. Así moriré —susurró, clavándole los dedos mientras comenzaba a moverse, impulsándola hacia arriba—. ¡Así!

Con una última acometida, el cuerpo de Valentina se deshizo en violentos estremecimientos. Un remolino de placer la inundó al tiempo que gritaba, proyectada hacia adelante por los ímpetus apasionados de Rafael. Sintió el líquido caliente inundar su interior. Los espasmos golpeándola y su rugido de agonía sexual llenando cada rincón de aquel paraje.

Se desplomó sobre el cuerpo de Rafael y se quedó inmóvil, agotada, recuperando el aliento. Cuando lo logró, lamió dos gotas de agua de su cuello y se dejó abrazar por él.

—Al fin hemos sido uno solo —escuchó que afirmaba, entre espesas bocanadas de aire—. Puede que no sea lo suficientemente caballero para mantenerme alejado de ti como corresponde, pero siempre cumplo mis promesas.

# 18

«Puede que no sea lo suficientemente caballero para mantenerme alejado de ti como corresponde».

Valentina debía reconocer que su comportamiento no había sido muy ortodoxo, pero ¿qué importaba? Se había convertido en alguien muy importante para Rafael Mejía. Con ella, su máscara se quebraba con la facilidad del cristal. Había accedido a convertirla en su amante. A retenerla con él. A colmarla de placer y a serle fiel.

Ese punto fue el culpable de que Valentina se despertara con una sonrisa en la cara y llevara la mano a un lado, para encontrar la manta vacía. Se incorporó con un pálpito en el pecho que enseguida se fue al recordar que Mejía debía emprender un viaje por motivos de trabajo. Volvió a tumbarse sobre la manta con expresión soñadora. Estaba completamente vestida gracias a él. Se había quedado dormida de aquella guisa, y ahora tendría que darse prisa en regresar, si quería brindarle la despedida que se merecía.

Se atusó el cabello, ya seco. La yegua seguía al fondo de la pendiente. Iba a ponerse en pie, cuando unas voces se elevaron por encima del sonido de la cercana corriente del agua.

—Tuerto, apúrate. Don Rafael me espera para marcharnos.

Valentina reconoció la voz del hombre que hablaba desde el otro lado de la maleza y levantó una mano, dispuesta a regresar a La Albacara con él. Pero lo que oyó a continuación la obligó a esconderla.

—Si todo hubiera ido como debiera, Mejía estaría visitando a san Pedro. Pero el Flaco falló, y él sigue molestando. Alguien tendrá que cortarle las alas.

—No seré yo quien lo haga. No quiero mancharme las manos de sangre.

—¿Ni siquiera si mi patrón te lo manda?

Silencio. En un espacio de tiempo tan largo que Valentina pegó la espalda al tronco del árbol para ocultarse mejor. Estaba en peligro. Un peligro real, que provenía de la persona más inesperada.

—En ese caso, no me quedaría otra —oyó que respondía—. Aunque aún no lo ha mandado.

—Parece que tenemos miedo… —El hombre apodado «Tuerto» rio con burla—. No te preocupes. Mejía jamás sospechará de ti. Y los documentos estarán a buen recaudo.

—¿Se los darás a don Jaime?

—Me los llevaré a la posada donde me hospedo. —La nueva afirmación hizo que ella aguzara el oído y pegara la espalda contra el tronco de un árbol—. Cuando don Jaime esté en condiciones de recibir visitas, se los haré llegar.

El otro maldijo con fastidio.

—Y eso será…

—Cuando sea. ¿Por qué te preocupas tanto? Tú estarás con don Rafael, libre de toda sospecha, mientras yo tendré que aguantar los improperios de mi patrón por culpa del tuyo. Le ha dejado la cara tan maltrecha que tendrá que marcharse a la capital, antes de ser visto en semejantes condiciones. Pero quiere cobrárselo personalmente. Y no tardando.

Si había tenido alguna duda acerca de aquel «don Jaime», ya estaba aclarada. Hablaban de Chacón, de su marcha y de la paliza que Mejía le había propinado. Los ojos azules se abrieron horrorizados, pero ella se tapó los labios con la mano. Estaban tan cerca que temió que escucharan hasta el sonido apresurado de su respiración.

—Pero don Santiago se quedará aquí —objetó el espía—. Está convencido de que el ladrón que entró en su despacho para hacerse con los informes es alguien cercano.

—¿Qué quieres? ¿Que acabemos con él también, para allanarte el camino?

—Estoy desprotegido.

—Gozas de su total confianza, que no es lo mismo. —De nuevo otra carcajada que le heló la sangre—. Además, tanto don Rafael como don Santiago parecen muy entretenidos con sendas hembras de diferente condición, según tengo entendido. Y ya sabes lo que ocurre cuando a un hombre le dan gusto entre las piernas.

—Los Civiles que investigan el robo de los informes no opinan igual. —La voz bajó su tono hasta convertirlo en un susurro tal que a Valentina le costó entenderlo.

—La culpa es solo tuya. Tenías que haber dejado alguna señal que los despistara. Papeles por el suelo, cajones revueltos… ¡Algo así, carajo! —El Tuerto hizo una pausa—. Bueno, da igual. La mercancía estará en el lugar convenido dentro de cuatro días.

—¿Estás seguro? Si me relacionan con don Jaime…

—Sin estos papeles no habrá pruebas contra él —insistió el Tuerto, sacudiendo los documentos con tanta energía que Valentina pudo oír su crujido—. Aunque decidieran ir al lugar en el día señalado, no tendrán ninguna posibilidad. Nosotros somos más y estaremos sobre aviso. Acabaremos con ellos. Tú tendrás tu recompensa y el agradecimiento de don Jaime. ¡Confórmate y no des más problemas! No me gustaría tener que mandarte al otro barrio por encargo. Eso ya lo hará tu patrón si no te andas con ojo y descubre tu traición.

Fue ese el momento elegido por la yegua para moverse. Valentina la oyó con la misma claridad que los dos hombres que hablaban tan cerca de ella. El corazón se le contrajo al escuchar el espantoso silencio en el que todos se vieron envueltos.

—¿Qué ha sido eso?

El Tuerto se movió en su dirección. Acurrucada junto al tronco, ella pudo ver parte de una negra pierna a punto de descubrirla.

—Cualquier animal —respondió sin convicción, antes de retroceder—. Aquí estamos solos.

—Te digo que he escuchado algo. Podríamos tener compañía.

—La de cientos de brujas, si hago caso de tu imaginación —se mofó, volviendo a su lugar—. El miedo te está jugando una mala pasada. Si hay alguien más con nosotros, le meteremos un tiro entre ceja y ceja y se acabó el problema.

—Espera. Déjame mirar a mí. Conozco esta zona mejor que tú.

Valentina oyó pisadas que se acercaban y se encogió más. Por fortuna, fueron interrumpidas por el Tuerto.

—¿Quién va a estar espiándonos? —murmuró—. Nadie sabía de esta reunión, ¿verdad?

Valentina apretó los párpados y contuvo la respiración. El espía parecía dudar.

—Bueno, no —terminó por responder—. Pero pudiera haber alguien de igual modo. A la ramera de mi patrón le gusta tomar baños con asiduidad. A lo mejor anda por aquí.

—¡Pues nos montaremos una pequeña juerga los tres! —exclamó el Tuerto a voz en grito. No parecía preocupado—. Deberíamos marcharnos. No es el momento de ponernos a rastrear como perros de presa. Tenemos que ser discretos.

—Pero si ella o cualquier otro andan por aquí…

—¡Deja de quejarte como una jodida mujer y vámonos ya!

Valentina se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar. Ni siquiera se atrevió a respirar, mientras escuchaba las pisadas de ambos hombres alejándose y el galopar de sus respectivas monturas. Las piernas le temblaban, un sudor frío se le escurrió por la columna vertebral, y acabó sentada junto al tronco. Permaneció un rato más así, acurrucada, asimilando el sentido de la conversación que acababa de escuchar.

Tras cerciorarse de que estaba realmente sola, corrió hacia la yegua. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Y esperaba llegar a tiempo para poder hacerlo.

Cuando alcanzó la casa principal, Valentina se detuvo en seco. Una pequeña comitiva de unos quince hombres armados se apiñaba en la entrada. Encontró a Rafael un poco apartado del resto, enfrascado con Santiago en lo que parecía una discusión, que cesó en cuanto él se dio cuenta de su presencia. No hubo palabras. Sonrió con amplitud y le abrió los brazos para que ella se precipitara en ellos. Valentina se colgó de su cuello con desesperación, y le ofreció la boca para que él la tomara con un gruñido muy poco disimulado.

—Estás bien… —le murmuró, abrazándolo—. Estás bien, Mejía…

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Porque… porque… —Hizo un rápido recuento. Allí, mezclado con el resto y dispuesto a partir, estaba el maldito que colaboraba con Chacón. Se estremeció—. Me dejaste sola al lado del río.

—Te quedaste dormida. —Con una risa queda, Rafael le pellizcó el mentón—. Supongo que tanta actividad te agotó. No quise despertarte.

—Pero… —Ahora la atención del traidor comenzó a centrarse en ella—. Podía haber aparecido algún indeseable.

—Estás temblando. ¿Ocurre algo, Valentina?

La expresión divertida de Rafael había sido sustituida por otra preocupada. Incluso Santiago pareció advertir su agitación.

—N-nada —balbuceó—. Solo que tengo hambre.

—Esperaba que regresaras para comer conmigo, pero me conformo con que hayas llegado a tiempo de las despedidas.

Valentina no hizo caso de la chispa maliciosa que empapaba sus palabras. Apretándose contra él, dirigió una vehemente mirada al traidor. No podía mostrar ni una pizca del temor que en realidad sentía.

—Debes tener cuidado, Mejía —advirtió—. No todo es lo que parece.

—Nada lo es, cariño. Me voy al trabajo, no a la guerra. Y no lo hago solo. —Intentó apartarla de él, pero estaba tan pegada que no lo consiguió—. Me llevo conmigo a mis mejores hombres.

Incluido aquel que ya le había vendido. Valentina supo que debía relatarle lo presenciado en el río. Arriesgarse a que tal vez no la creyera. Acercó la boca a su oído y la abrió… Pero sus ojos acusadores se encontraron con los del espía, y el lenguaje corporal de este fue muy claro. Primero, entrecerró los párpados con suspicacia para luego abrirlos por la sorpresa. Acababa de darse cuenta de que ella estaba a punto de delatarle, pero eso no lo descompuso. Acarició con disimulo la culata de la pistola que le colgaba del cinturón, mientras movía la cabeza de un modo imperceptible para otro que no fuera ella. Muy gráfico.

«Si hablas, le mataré».

Su boca formó aquellas palabras con tanta claridad que Valentina se quedó rígida en los brazos de Rafael. Sus ojos mantuvieron una silenciosa pugna con los del traidor, hasta que finalmente decidió callar.

Al menos una docena de hombres acompañarían a Mejía en ese viaje. No se arriesgaría a darle muerte en semejantes circunstancias. No, hasta que Chacón se lo ordenara expresamente. Pero ella quedaba desprotegida. Había descubierto sus cartas, y el dedo índice que apuntaba en su dirección fue muy expeditivo: volvería y arreglarían cuentas.

Tragó saliva y se mostró firme, desafiante. Hasta que deshizo el tenebroso contacto visual y depositó un tierno beso en el cuello de su hombre.

—Ándate con pies de plomo —le susurró finalmente—. Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré. —Con las manos en su cintura, Rafael la apartó—. Después de lo ocurrido con Chacón, Santiago se quedará contigo y llevará sus asuntos desde aquí hasta que yo vuelva.

—¿Por eso discutíais?

—Nuestras discusiones se van con el mismo ímpetu con el que vienen. No deben preocuparte. —Una suave caricia en los labios bastó para acallar el resto de sus dudas—. Dejo un buen puñado de hombres custodiando La Albacara, así que procura no meterte en líos, ¿de acuerdo?

Valentina le observó dirigir una significativa mirada a Santiago antes de alejarse, arropado por sus hombres. Lo vio marchar con la sensación de que había cometido un terrible error, y solo se movió cuando sintió la mano de Santiago presionándole el brazo.

—Parece que estamos predestinados a compartir nuestro tiempo. Vamos adentro, muchacha. Tengo entendido que aún no has comido.

—Señor Canales, no tiene por qué permanecer aquí. Puedo arreglármelas sola.

—No lo dudo, pero sé de alguien que pondría mi cabeza en una pica si te dejara en esas condiciones.

Valentina sonrió y decidió acompañarle al interior de la casa.

—Él confía en usted —afirmó—. Le quiere, pero entiendo que esté disgustado por la misión que le ha encomendado, señor. Yo soy muy joven, y usted ya peina canas.

Las cejas oscuras de Santiago se alzaron sorprendidas, justo cuando cruzaban el umbral de la puerta.

—Aún tengo cuerda para rato, niña —fingió regañarla—. Y apéame el trato, ¿quieres? Tendremos que tutearnos algún día, porque me da en la nariz que Rafael va a tardar en soltarte.

La dejó en manos de Mercedes con una sonrisa tranquila que no desapareció cuando ocupó el despacho y el asiento de Rafael. Aquella jovencita le había caído en gracia, y todo a pesar de la discusión mantenida con Rafael acerca del súbito cambio de planes.

Ese hombre era exasperante la mayor parte de las veces, pensó. Arrogante, pretencioso y firmemente creyente de su supremacía sobre el resto del mundo. Pero ninguna discusión le haría verlo con claridad, porque ahora solo pensaba en Valentina.

Y él se sentía estúpidamente responsable de su seguridad. No sabía si porque Rafael se comportaba con ella como un macho cabrío en celo, o porque intuía un final demasiado parecido al que dispensó a Claudia. Ensimismado, se llevó la mano a los labios, recordando el inesperado beso con la baronesa. Un encantador signo de debilidad. Sí, encantador, pero debilidad, a fin de cuentas. Se frotó la cara con energía. Si tan solo tuviera una pequeña oportunidad con ella…

—Don Santiago, un tal Abelardo solicita verle.

Santiago contuvo un respingo ante la voz de Mercedes. ¡Abelardo estaba allí! ¡Al fin!

—Precisamente hoy —murmuró para sí mismo—. Hazle pasar, por favor.

En un santiamén, lo tuvo delante. El muchacho era un joven padre de familia a quien una mula había roto una pierna al cocearle. El hueso no había soldado como era debido, dejándole impedido para la mayoría de los trabajos que se ofrecían en la villa. No obstante, era de inteligencia rápida y extrema discreción, virtudes que le habían hecho merecedor de un puesto en los Vigilantes.

Ahora, después de meses, aparecía con las ropas ajadas por el polvo del camino, aspecto cansado y un puñado de papeles arrugados esperando a ser

revisados.

—Siéntate —le invitó, mientras los ojeaba—. ¿Cómo me has encontrado?

—Me llegué hasta su casa, patrón, pero allí me dijeron que usted y don Rafael preparaban un nuevo viaje desde aquí. Pensé que usted también se habría marchado.

—Don Rafael ha dejado asuntos que requieren de mi atención. —Sonrió al pensar que ese «asunto» estaría durmiendo una buena siesta para no darle más problemas, y se olvidó de Abelardo con tanta rapidez como interés puso en aquellos informes.

Los leyó varias veces. Gruñó otras tantas, frunció el ceño y alzó las cejas alternativamente, hasta que clavó los ojos en la pared del fondo.

—¿Estás seguro de que todo esto es cierto?

—Completamente, patrón. Cuento con testigos que, llegado el caso, lo confirmarán. —Santiago asintió, volvió a leer y después se reclinó en el asiento. Su expresión había pasado de afable a fría y calculadora. Casi temible—. Conoce mi manera de trabajar.

—Por eso te hice este encargo, muchacho. No podía ser otro quien se ocupara.

—Me he asegurado de que todo quede atado y bien atado, patrón —insistió Abelardo—. Empleé mi tiempo y mis buenos dineros.

—Me lo figuro. Tu dinero te será reembolsado, y tu tiempo debidamente recompensado, no te preocupes. Por lo demás, huelga recordarte el carácter confidencial de este viaje y de toda la información que me acabas de entregar. —Una breve mirada le bastó para ver el vehemente asentimiento de su hombre—. Nadie debe estar al tanto. Incluido don Rafael.

—Patrón, mi lealtad hacia usted es inquebrantable.

Santiago sonrió agradecido y revolvió los papeles.

—Vivir para ver —apreció, tan pensativo que ni siquiera fue consciente de la marcha de Abelardo.

Llevaba mucho tiempo esperando aquellas noticias. Sabía que serían trascendentales, pero nunca imaginó que fueran a cambiar tanto su vida y la de quienes le rodeaban. De momento, debía mantenerlas en secreto. A costa de quien fuera. Pero necesitaría ayuda, tanto para llevar a cabo tal empresa como para deshacerla. Debía ser alguien lo suficientemente poderoso como para dar un empujón definitivo a aquellas conclusiones impresas en papel. Lo suficientemente influyente como para abrir algunas bocas y muchas puertas que, de otra forma, permanecerían cerradas a cal y canto.

Y sabía quién era esa persona.

Santiago recogió los documentos y salió de La Albacara, con una deslumbrante sonrisa llena de esperanza y una mirada diabólica en los ojos.

Había llegado el momento de Claudia Guzmán.

«Si hablas, le mataré».

Valentina soltó el pomo de la puerta para volver al borde de la cama. Las dudas germinaban en su cabeza como si fueran setas en otoño. Si hablaba, Canales lo organizaría todo para ayudar a Rafael… Haciendo que el espía actuara en consecuencia. Sería muy capaz de acabar con Mejía si se veía amenazado. Pero tenía que arriesgarse. ¡Aquel era el momento perfecto para confesarle todo a Canales! La creería. O no. El maldito espía gozaba de una confianza total por su parte. En comparación, ella era una desconocida para Santiago. Su palabra no tendría valor alguno. No podía acudir a Canales en aquellas condiciones. Pero si lo hiciera con un soporte documental que avalara su historia, la cosa cambiaría. Y mucho. Debía encontrar al Tuerto. Él había hablado de una posada, y solo se le ocurría una lo suficientemente cerca de la villa.

Se puso en pie con resolución. Nunca había sido de las personas que dejaban pasar el tiempo, deshojándolo como si fuera una margarita. Si era discreta y rápida, nadie se enteraría de su marcha. Tenía que ayudar a Rafael. Que un funesto complot terminara con él era una idea demasiado atroz. Algo que la llenaba de una inexplicable angustia que agarrotaba su ingenio. Y lo necesitaba todo para actuar.

Observó su imagen en el espejo con aire crítico. Se descolocó los rizos y los dejó caer descuidadamente. A continuación, tiró hacia abajo de las mangas de su camisa para dejar los hombros al descubierto y agrandar el escote.

—Así está mucho mejor, Valentina —se elogió, satisfecha.

Ahora sí que parecía lo que se proponía: un jugoso bocado.

Salió de la alcoba con sigilo. Si Santiago se interponía en su camino, le diría que iba a visitar a Adela y a las chicas, y que volvería antes del anochecer. Sin embargo, cruzó los límites de La Albacara sin que nadie se lo impidiera. Tomó el camino en dirección a la posada, cuando distinguió una figura que se acercaba a ella.

—¡Ramona! —Valentina avivó el paso y se fundió en un abrazo con su amiga—. No te hacía por aquí.

—Tenía un poco de tiempo libre y pensé en venir a visitarte. Por la posada se dice que Mejía te tiene en palmitas. Quería ver hasta qué punto era verdad.

—Ya, ya… ¿Y no será que te mueres de curiosidad por saber lo que ocurrió realmente en las cucañas? Seguro que las habladurías ya han llegado a la posada.

—Ya que tu amancebamiento con Mejía es de dominio público, supuse que tú me aclararías las cosas de primera mano.

—Así que mi amancebamiento, ¿eh? —Rio la ocurrencia, pero Ramona no la secundó. Cosa extraña, si tenía en cuenta su habitual alegría. La verdad era que no tenía buen aspecto. Sus ojos parecían hundidos, con profundas ojeras bajo ellos. Incluso la lozanía de sus mejillas había desaparecido. Frunció el ceño con preocupación—. Ramona, ¿estás enferma?

—Estoy algo cansada, no es más —se justificó, tomándola del brazo para dirigirse de nuevo a La Albacara—. ¿Qué te parece si me invitas a una buena merienda mientras charlamos un rato? Por la posada se te echa de menos.

—Yo iba precisamente allí. ¡Me has leído el pensamiento! —Con una radiante sonrisa, consiguió cambiar las tornas y ser ella quien llevara a Ramona camino de la posada—. A estas horas no suele haber muchos clientes.

—Y hoy menos, con Cosme y Samuel acompañando a don Rafael. Su viaje debe de ser muy importante para reunir a tantos hombres.

Valentina se encogió de hombros, aparentando ignorancia.

—Adela estará más desocupada que de costumbre —apostilló—. ¡La tendremos para nosotras solas! ¡Luego me acompañarás hasta la finca! Incluso podrías quedarte a cenar y dormir conmigo.

—A don Rafael podría no gustarle la idea.

Valentina apreció las dudas de Ramona, su mirada esquiva y la insistencia con la que se frotaba las manos. Nunca había sabido disimular bien, pensó. Algo sucedía, pero tendría mucho tiempo para averiguarlo.

—Es Canales quien me vigila —prosiguió, con un brillo entusiasta en los ojos—. Creo que Mejía estará más tranquilo si sabe que te he elegido a ti, en lugar de a su socio, como mi compañera de cama en su ausencia, ¿no crees?

Esta vez las dos rieron la broma, iniciando nuevamente el camino a la posada, cada una intentando disimular sus pensamientos más profundos. Valentina, hablando de su corta experiencia como gran dama, mientras el sonido de una amenazante voz repiqueteaba en su cabeza, a la espera de ponerle un rostro tan macabro como sus palabras. Ramona, ilustrándola acerca de las novedades más jugosas de la posada mientras una daga, sujeta al muslo por una liga, esperaba el mejor momento para ser usada contra su amiga.

# 19

—¡Valentina! ¡Cómo me alegra verte! ¡Pero mírate! ¡Brillas más que el sol! —Adela las recibió en la cocina con tanto énfasis que provocó la risa de Ramona—. Aunque habrías estado mucho más presentable con uno de esos trajes que te regaló Mejía.

—No hubiera pasado precisamente desapercibida con tanto lujo encima.

—En eso tienes razón. Ramona, ¿no me dijiste que ibas a pasar la tarde con ella?

—Sí, pero me la encontré por el camino y cambiamos de planes —respondió, dando un sonoro mordisco a una manzana.

Adela frunció el ceño, con aquella mirada acerada que siempre auguraba preocupaciones.

—¿Y cómo es eso? No será porque tu estancia en La Albacara te haya perjudicado. No hay más que ver el brillo de tus ojos, o la lozanía de tus mejillas. Mejía te trata bien, ¿eh?

—Muy bien, pero os echaba de menos.

No le hubiera importado confesar a Adela el motivo de aquella visita. Podría convertirse en una tumba andante si era necesario, pero siempre había sido muy protectora con ella. No permitiría que buscara abiertamente al Tuerto de saber lo que se proponía.

—¿Él no te entretiene lo suficiente? —Ramona casi se atragantó con el trozo de manzana al escuchar la afilada pregunta de Adela—. Te guarda como si fueras su posesión más valiosa. Es más… Me parece extraño que te haya dejado tan sola.

—La madre del rey está más sola en su palacio que yo en La Albacara.

—Pues es una vigilancia muy floja. Mejía te cuidaría de otro modo. Te tiene en gran estima.

—No insinúes sentimientos donde no los hay, Adela. Ya veo que os las habéis apañado sin mí.

—Ha sido un simple remiendo. Nadie aquí tiene tu talento para la cocina. Has aparecido en el momento más oportuno para sacarme del aprieto. —Valentina sonrió ante el gesto desvalido de Adela, cuando esta se desembarazó del delantal y se lo colocó en un santiamén—. Todo tuyo, querida. El desastre puede ser evitado. Todavía están enfrascados en las partidas de cartas y el vino. Tardarán en pedir que les llenemos el buche.

—En ese caso, os haré el favor.

Hundió la cuchara en el guiso con la intención de probarlo, procurando no arrugar demasiado la nariz por el olor sospechoso que manaba de él, ni torcer la boca ante el sabor de la carne que parecía flotar en un lago inmenso de agua.

—Esto está…

—Horrible, ya lo sé —concluyó Adela—. He hecho lo que he podido aquí dentro, mientras Ana y Ramona se han encargado del resto.

—Por eso te has apresurado en anudarme el delantal. Menos mal que no he perdido maña.

—Imagino que habrás tenido cosas mejores que hacer que embadurnarte en la cocina, ¿no? —insinuó Ramona.

Las tres estallaron en risas, antes de que Adela le dispensara una auténtica mirada de cariño.

—La posada está más aburrida sin ti —comentó—. Aunque en los últimos días nos has dado mucho de lo que hablar, como no podía ser menos.

—¿Yo, dar que hablar? ¿De qué?

—No sé… —La mujer se cruzó de brazos y levantó las cejas—. Se rumoreaba acerca de cierta jovencita que fue presentada como la prima de Rafael Mejía en un baile organizado por la baronesa Guzmán, para después aparecer en una celebración tan propia del pueblo llano como las cucañas. Allí, su «primo» sufrió un pequeño percance, que fue inmediatamente solventado por un apasionado beso delante de todo el que quisiera y pudiera contemplarlo. ¿Eres tú esa mujer, o se trata de otra?

Valentina se volvió, para ver cómo sus amigas la miraban divertidas.

—Puede que os resulte gracioso, pero yo pasé un mal rato frente a la baronesa y todos sus insignes acompañantes, os lo aseguro —afirmó—. Me sentí como una plañidera en un bautizo.

—Pues para haber llorado tanto, se te ve muy satisfecha —intervino Ramona, haciendo que sus mejillas enrojecieran—. Como un gato atiborrado de leche.

—Eso por no hablar del susodicho. —Esta vez, Adela se carcajeó en su cara—. ¡Verle tan desorientado cuando descubrió que eras virgen fue impresionante, pero lo de hace unas horas no ha tenido precio!

Ahora estaban dobladas en dos por la risa, ignorando el fruncimiento de cejas de Valentina.

—¿Él estuvo aquí?

—Justo antes de emprender su viaje. Y se ha comportado como un caballero en toda regla —añadió Adela en cuanto pudo—. Pocas personas conocen a Mejía como yo, pero, si me hubieran vendado los ojos, habría jurado que ese no era él.

—Que si «espero regresar pronto a La Albacara», que si «no quiero dejar a Valentina sola mucho tiempo»… —recitó Ramona, dando a entender que había presenciado la conversación—. Que si «debo velar para que no le suceda nada malo»…

¿Eso había salido de la boca de Mejía? El pecho de Valentina se hinchó de un inesperado orgullo.

—No me has comentado nada por el camino —increpó a Ramona.

—Adela insistió en que lo hiciera con ella presente. ¡No se quería perder el espectáculo de tu cara cuando lo supieras!

—¿Para qué vino?

—¿Pues para qué va a ser, mujer? Para dejar una buena cantidad de dinero. —Todo su entusiasmo se desvaneció. Claro. Dinero. No podía tratarse de otra cosa viniendo del gran Mejía—. Quiso compensarme tu falta en la cocina, no tus habilidades en la cama —aclaró Adela, antes de que ella abriera la boca—. No me gustaría provocar una riña entre amantes.

—No intentes arreglarlo, ni justificarle.

—Su comportamiento hace tiempo que es injustificable y no tiene arreglo por ningún lado, cielo. Pero parece que ha encontrado a alguien que es capaz de soportarlo e incluso de manejarlo. ¡Y ha salido de mi posada! —concluyó con orgullo.

—Porque está claro que ninguna de nosotras llegamos a tu altura con él… —añadió Ramona con una insinuante sonrisa.

—Dinos. ¿Es tan impetuoso? ¿Tan ardiente? ¿Te deja tan satisfecha como dicen?

—Y lo más importante: ¿cómo te las has arreglado para tenerlo en ese estado?

¿En qué estado? Solo constituía una novedad para él. Lo excitaba, y actuaba en consecuencia. Nada más. No estaba enamorado, ni a punto de perder la cabeza por ella. Los dos lo sabían.

¿O no?

Aunque sus compañeras opinaban algo muy distinto. Parecían alimañas esperando la carnaza para darse un festín. Se echó atrás ante el acoso de dos pares de ojos ávidos de información, pero un instante después sonrió con malicia.

—¡Por favor! —exclamó, colocando una mano en el pecho para fingir un sofoco—. ¡No me pidáis cosas que pertenecen a la intimidad de una dama!

—¡Ja! ¡Una dama! El día menos pensado tus escarceos amorosos ocuparán las principales páginas del Nada[4], querida. —Adela parecía muy ufana cuando le dedicó una mirada admirativa—. Has sido muy lista. Te has llevado todo el pastel de un solo bocado.

—El más jugoso de toda la provincia —secundó Ramona.

—No sabía que Mejía fuera un pastel.

—Pues deberías —insistió Ramona, antes de mirar a su alrededor como si temiera ser escuchada—. Digo yo que algo habrás probado de él…

—¡Ramona!

—A juzgar por la cara reluciente de Mejía, más que algo —añadió Adela, ignorando su exclamación escandalizada—. Se lo ha debido de comer to-do.

—¡Adela!

Un nuevo coro de carcajadas la obligó a mirar alternativamente a una y a otra.

—Ya entiendo por qué esperabais mi visita como agua de mayo —recitó, señalando la olla—. Solo queréis que os arregle el guiso y…

—¡¡Que nos cuentes todo!! —exclamaron las dos al unísono—. Ya sabemos que los hombres son seres con voluntad de barro —insinuó Adela, haciendo

aspavientos con los brazos—. Pero tú tienes unas manos excepcionales para moldearlo.

—Por no hablar de cómo te lo has llevado al huerto. Desde que te conoció, no te ha dejado ni a sol ni a sombra —añadió Ramona, con un danzarín movimiento de cejas—. No queremos las habladurías que corren de boca en boca por la villa, Valentina. Queremos detalles.

—¿Todos… los detalles?

—Absolutamente.

—Así que no preferís que os ayude con la jauría que tenéis ahí fuera.

—No te hagas de rogar, chiquilla —animó Adela, moviendo las manos de un modo muy claro—. Esos pueden esperar.

—Nosotras no —insistió Ramona.

Valentina le dio un par de vueltas al guiso y meneó la cabeza. Aquellas dos no cambiarían nunca. ¡Cómo había echado de menos sus conversaciones acerca de los hombres! De cualquier clase de hombre. Y de todo lo mínimamente practicable con ellos, por muy insignificante que pareciera.

Con una sonrisa tan pícara como las miradas expectantes de Adela y Ramona, se sentó en una silla.

—Está bien. Vosotras lo habéis querido —afirmó, esperando hasta que ellas la acompañaron—. Pero es mejor que os pongáis cómodas. Algunas descripciones pueden resultaros demasiado… explícitas, y provocaros algún que otro desmayo. Luego no digáis que no os lo advertí.

—¿Estás segura de que quieres dejarte ver entre los clientes? Puede que a Mejía no le guste.

—Vivo con él. ¿Crees que unas pocas habladurías van a incomodarlo?

Adela sonrió ante la despreocupada seguridad de Valentina cuando comenzó a dispensar la bebida para que Ramona la sirviera en las mesas.

—Me tranquiliza saber que mi ausencia no te ha supuesto demasiado perjuicio —comentó Valentina, paseando la mirada por todos los presentes. Debía aparentar normalidad hasta que diera con el Tuerto.

—Ya sabes cómo son, cielo. Si tienen la tripa llena y otra serie de necesidades cubiertas, les da igual quién les haga el plato.

Ella asintió, con una sonrisa que se le quedó congelada en la boca cuando sus ojos captaron la imagen de un hombre sentado en el centro del salón. Vestía de negro, y un parche le cubría el ojo derecho. Parecía muy pensativo mientras llenaba el vaso de vino para beber en solitario. Como si su mirada lo llamase en silencio, levantó la cabeza para encontrarse con ella.

El cuerpo de Valentina sufrió una contundente sacudida, pero no apartó la vista.

—¿Quién es? —murmuró, inclinándose hacia Adela.

—Lo llaman el Tuerto. Es uno de los hombres de don Jaime Chacón.

—¿Se hospeda aquí?

—Sí. Normalmente no suele aparecer hasta más tarde, pero hoy debe de ser una excepción —añadió con un resoplido—. Solo espero que no dé problemas. Mejía se llevó a Cosme con él, así que estamos solas.

Valentina consiguió asentir, mientras el Tuerto seguía con la vista clavada en ella. Estaba claro que la buscaba cuando alzó la mano en su dirección con una jarra vacía.

—¡Posadera! —gritó—. ¡Más vino!

Sí, era él. Reprimió un nuevo escalofrío al reconocer el tinte rasgado de aquella voz. Adela protestó por lo bajo y llenó otra jarra para llevársela.

—Tiene la lengua pegada al paladar —apuntó—. Ya está borracho. No sé para qué querrá más.

Se acercó, pero el Tuerto señaló a Valentina.

—Quiero que me sirva ella —exigió.

—No está disponible, Tuerto. Compórtate.

—¡He dicho que la quiero a ella! —bramó, dejando un montón de monedas sobre la mesa—. ¡Tengo suficientes perras[5] para comprarla, ea!

El primer impulso de Valentina fue huir de allí a la mayor velocidad, pero comprendió que ya era demasiado tarde. Respiró hondo para tranquilizarse, se agrandó aún más el escote de la blusa y se acercó a Adela con una deslumbrante sonrisa.

—No pasa nada —le susurró con disimulo—. Yo me encargo.

—¡Y un cuerno! ¿Sabes lo que nos haría Mejía si se enterara?

—Lo hago por él.

Adela la miró confundida. Hasta que empezó a comprender.

—Tú no venías a vernos… Quiero saber qué te traes entre manos —exigió, con el ceño muy fruncido y las manos en las caderas.

—Te prometo que te explicaré todo en cuanto pueda. Ahora solo dime cuál es la habitación de ese indeseable y tráenos otro vaso.

—De eso nada. Te pondría en peligro. Y Mejía…

—No tiene por qué enterarse —insistió Valentina—. ¿Tú se lo vas a decir?

—¡No!

—Por favor…

Parpadeó con aquella expresión tan lastimera que hacía estragos en la voluntad de Adela, quien raras veces se había resistido a una súplica de Valentina. Supo que aquella no iba a ser una de ellas. Con un gruñido de disconformidad dirigido a sí misma, le proporcionó la información y permitió que se acercara al Tuerto cimbreando las caderas como la mejor de sus chicas.

—Buenas noches, caballero —canturreó, antes de ocupar sus rodillas—. Ya veo que tiene usted mucho interés en mí.

—Eres preciosa. No te había visto antes por aquí.

El Tuerto no tardó en poner la mano de seis dedos sobre el trasero de Valentina para manosearlo a su antojo. Ella controló las ganas de vomitarle encima

y siguió manteniendo una insinuante actitud mientras comenzaba a llenar los vasos. Confiaba en que su estado ebrio se agravase.

—Soy la cocinera de la posada, señor —aseguró, sirviéndole otra generosa cantidad de vino en cuanto él dio buena cuenta de la que tenía—. He estado ausente unos días, pero ahora vuelvo al trabajo.

—¿Señor? No quiero un trato tan formal, palomita. Me parece que vamos a intimar muy rápido. Llámame Tuerto.

—De acuerdo —Valentina paseó el dedo índice por aquella cara barbuda, pestañeando muy rápido. Intentaba ahuyentar el miedo. Si Mejía aparecía en aquel momento, no quería pensar en las consecuencias—. Buenas noches, Tuerto.

Su carcajada le heló la sangre. Se quedó rígida cuando él se acercó a su escote y lamió el profundo espacio entre los pechos. Aquello la hizo inspirar con fuerza, provocando otra carcajada.

—Mi palomita es muy ardiente —susurró el Tuerto, antes de colocar los seis dedos bajo la blusa. Era demasiado repugnante. Estuvo a punto de apartarse, pero cuando vio cómo Adela avanzaba furiosa hacia ellos, la detuvo con un simple movimiento de cabeza, e hizo de tripas corazón para rebuscar entre aquellas ropas toscas y sucias, aparentando el mismo interés sexual que él—. Ven, vamos a la cama.

—Oh, no, no —susurró, sin moverse del sitio—. Antes, brindemos.

Por un momento, pensó que la treta no surtiría efecto. Que eran demasiado evidentes su nerviosismo y su repulsión. El ojo vidrioso del Tuerto la miró con desconfianza, pero un instante después volvió a reír.

—¡De acuerdo! —exclamó, haciendo chocar los vasos—. ¡Por los regresos imprevistos y las hembras apasionadas!

Valentina asintió, moviendo su exuberante melena y riendo con él. Intentó consolarse pensando que el Tuerto comenzaba a cabecear.

# 20

El Tuerto no llevaba los informes encima, pero se había hecho con la llave de su habitación antes de que aquella sucia cabeza cayera sobre la mesa, borracho como una cuba. Valentina respiró despacio para tranquilizarse y apoyó la espalda en la puerta cerrada. Observó la habitación a la luz del quinqué. Conocía al detalle lo que escondían aquellas cuatro paredes. Había vivido allí lo suficiente como para saberse de memoria cada escondite, las medidas de cada mueble y cada desconchón. Si los informes que buscaba Mejía estaban allí, encontrarlos sería un juego de niños.

Se puso manos a la obra a la velocidad del rayo. No dejó ni un rincón sin inspeccionar. Con cuidado, sin cambiar nada de lugar. Hasta que sus manos se toparon con algo bajo el colchón.

Algo que crujía de un modo sospechoso y que la llenó de entusiasmo en cuanto lo tuvo delante.

Se sentó en el borde de la cama para repasar los informes con calma. Conforme iba leyendo, estuvo a punto de sufrir un auténtico desmayo por la impresión. Aquello parecía un tétrico manifiesto lleno de nombres, fechas y lugares que ella conocía. Jaime Chacón aparecía relacionado con explosivos, probables conspiraciones contra el rey… Y la carta de don Diego de Casanueva.

La mente de Valentina voló a aquellas letras. Tenía las manos tan frías como las de un cadáver, pero el corazón le latía a un ritmo frenético. Las piezas que faltaban en el rompecabezas de Chacón y Mejía encajaron de un plumazo. No le extrañaba que Chacón deseara recuperar aquellos papeles a costa de lo que fuera. Comprendió las advertencias de Rafael, la insistencia casi enfermiza en mantenerla apartada de Chacón. Trabajaba para Casanueva y, si todo lo leído era cierto, tenía razones para temer por su vida. Pero se los devolvería a Mejía. Sin miedo ni indecisión. Aquellas emociones ya no tendrían cabida en ella. Nunca más.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que se girara en redondo.

Al principio no comprendió qué hacía allí el Tuerto. Luego recordó que, con las prisas, se había olvidado de cerrar la puerta con llave. Y él no tenía la mirada demasiado desenfocada, ni parecía a punto de caerse. Solo se fijaba en sus pechos, bloqueándole la única salida posible con un cuerpo que era más alto de lo que en un principio había parecido. Valentina reaccionó con rapidez y aprisionó los informes con la cinturilla de la falda, a la espalda, para responder a la mirada lasciva del Tuerto con una sonrisa de lo más sugerente.

—No estabas tan borracho como parecías —susurró, intentando aparentar interés.

—¡Pues claro, palomita! De lo contrario, no podría cumplir en la cama como un macho. —Dio un par de pasos con las manos extendidas, haciéndola retroceder—. Ya veo que has preferido esperarme aquí. Buena chica.

La parte trasera de sus rodillas golpeó el borde de la cama. Agrandó los ojos cuando vio las manos del Tuerto cerca de ella. Sin intentar disimular, buscó frenética algo con lo que defenderse… Y lo encontró. Bajo el otro lado de la cama, asomaba el asa de un orinal.

—Adelante, hombretón. —Con un insinuante alzamiento de cejas, se tumbó sobre la cama, abrió las piernas y comenzó a retirarse la falda. El ojo oscuro se fue rápidamente a lo que ella comenzaba a mostrar—. Demuéstrame lo que sabes hacer.

El Tuerto se le echó encima como un animal. Introdujo la mano deforme por la amplia abertura de los pantaloncitos, y la boca maloliente comenzó a mordisquearle el cuello. Valentina cerró los ojos y contuvo la respiración. Aquel era el momento.

Se estiró hacia el otro extremo y tanteó con la mano hasta encontrar el orinal. Después, lo estampó contra la cabeza del Tuerto con un golpe seco y rotundo que hizo que se desplomara sobre ella. Se apresuró a quitárselo de encima con un gemido de auténtico asco, pero no acababa de ponerse en pie cuando la puerta volvió a abrirse. El sudor del miedo campaba a sus anchas por la espalda y su respiración se había desbocado, pero no dudó en blandir el orinal de nuevo, dispuesta a defenderse de otra agresión.

Fue el rostro descompuesto de Adela lo que asomó, mirando la desconcertante estampa del Tuerto sobre la cama, y a Valentina agitando un orinal en la mano. No pudo evitar estallar en carcajadas.

—Cielo, tienes un ingenio y unos arrestos que son de temer —logró articular—. ¡Creí que no llegaba a tiempo cuando vi a este desgraciado subir detrás de ti!

—Y no lo has hecho. He tenido que ventilármelas yo solita. —Mucho más tranquila, Valentina dejó el orinal y dirigió una inquietante mirada al corpachón del Tuerto—. Acabo de pasar el peor trago de mi vida.

—No será el peor si no te vas antes de que recupere la consciencia. —Se apresuró a agarrarla del brazo para sacarla de allí, meneando la cabeza con descontento al ver la sonrisilla segura de Valentina—. Mira, no te voy a presionar para que me digas qué se cuece en tu sesera, aunque podría. Me limitaré a hacer ver a ese energúmeno de ahí arriba que todo lo ocurrido contigo ha sido producto del vino.

—¿Y te creerá?

—Eso es cosa mía. ¡Andando!

Prácticamente la empujó al exterior por la parte trasera. Cuanta menos gente la viera marchar, mejor. Era tal su desazón que no puso objeciones a que Ramona la acompañara. ¿Querían parlotear por el camino? Pues que lo hicieran. ¿Querían dormir juntas en La Albacara? No sería ella quién se lo impidiera.

Cualquier cosa con tal de alejar a Valentina del Tuerto.

—¿Entonces no te quedarás?

Ramona se alejó un par de pasos en dirección a la salida. Santiago Canales no estaba en La Albacara, pero acababa de comprobar que aquel lugar era lo más parecido a una fortaleza medieval.

Valentina podía sentirse segura.

Y ella, completamente perdida.

—Adela me necesita —se excusó, ladeando la cara para ocultar su angustia—. Pero mañana puedo venir a comer contigo.

Eran las últimas palabras que se habían dispensado. Ramona rechazó incluso la compañía de uno de los hombres de Mejía para volver a la posada. Solo pensaba que no había sido capaz de hacerlo, aunque había tenido todo a su favor. Pero la quería. Llevaban una amistad de años. Y no podía seguir las instrucciones de su amante.

¿Su amante? Ramona sacudió la cabeza con determinación, alargando deliberadamente el camino hacia la posada para aclarar la mente. La mayor parte del tiempo se había comportado como una estúpida sin criterio propio. Pero acababa de tomar la decisión más difícil de su vida, y se sentía mucho más liberada al hacerlo. Aquel despojo humano dejaría de tener relación con ella. No se convertiría en la marioneta de ningún hombre, por muy poderoso que este fuera, resolvió, una vez llegó al pequeño establo de la posada.

—No has hecho lo que te he pedido, Ramona. Has sido muy desobediente.

Se volvió, completamente rígida, para ver la sombra oscura que se cernía sobre ella como un fantasma, pero no dejó que el miedo la dominara.

—Me ha estado espiando —afirmó con aplomo.

—No pareces sorprendida. ¿No me temes? —Ramona sacudió la cabeza—. He observado que, pese a tener oportunidades de sobra, no has cumplido con tu parte.

—Ni cumpliré. Valentina es mi amiga. La quiero mucho.

—¿Más que a mí, o al bastardo que llevas dentro?

—Lo suficiente como para no hacerle daño.

El hombre adoptó una postura reflexiva. No parecía tomarla en serio.

—Así que decides condenar el futuro de tu hijo por un sentimentalismo ridículo —concluyó—. Has elegido un momento muy inoportuno para rebelarte.

—Nada es más importante que mi hijo, señor. Pero usted… —Pasó por su lado recta, con dignidad, sin mirarlo a la cara—. El tiempo conseguirá que usted solo sea un mal sueño.

Tuvo la fugaz sensación de que era liberada de unas gruesas y pesadas cadenas, antes de sentir una mano en el brazo que la impidió seguir avanzando.

—¿Es tu última palabra?

—No haré daño a Valentina —insistió Ramona—. Tendrá que buscarse a otra que le haga el trabajo sucio.

Escuchó un leve chasquido. Luego, un firme tirón.

—Es una lástima. Estaba dispuesto incluso a perdonar tu relación de amistad con esa furcia de tres al cuarto. —Las manos del hombre le cercaron el cuello y

comenzaron a apretar. Ramona intentó quitárselas de encima—. Pero no puedo dejar que andes por ahí, sabiendo lo que sabes, ¿me comprendes? Tengo que quitarte de en medio.

Quiso responder, pero solo le salió un sonido ahogado. La sangre comenzó a presionarle en las sienes, y los ojos estuvieron a punto de salírsele de las órbitas. Pero aún tenía fuerzas suficientes para revolverse y engancharse a su pelo. Supo que le había arrancado algún mechón cuando escuchó un grito contenido, antes de ser arrojada al suelo con brutalidad. Fue un levísimo paréntesis, puesto que sintió el cuerpo del hombre sobre el suyo cuando intentó gatear hacia la salida. Abrió la boca dispuesta a gritar, pero aquellas garras apretaron, privándola de la vida a pasos agigantados.

Pataleó desesperada. Los dedos crispados se engancharon a alguna parte de la indumentaria de su atacante. Tiró de ella, pero estaba demasiado débil como para oponer más resistencia. Comenzó a escuchar un zumbido persistente en los oídos. Una opresión horrible que amenazaba con hacer estallar su cabeza. Gimió y clavó las uñas en las muñecas que la impedían respirar.

Todo se volvió borroso alrededor. Los sonidos se alejaron irremisiblemente, y las fuerzas la abandonaron. Los pulmones estaban vacíos. Poco a poco dejó de luchar. Se rindió a la inquebrantable presión que sufría en el cuello. Su cuerpo ya no reaccionó. Se quedó sumido en un sueño cada vez más prolongado.

Hasta que ya no despertó.

Aun así, el hombre esperó para asegurarse de que estaba muerta. Agotado por el esfuerzo físico realizado, se levantó con trabajo y se sacudió los pantalones, antes de propinar al cadáver de Ramona una leve patada en las costillas.

—Fuiste muy ingenua si pensabas que podías irte de rositas tratando conmigo —murmuró con voz fatigada—. Ahora ya no representarás un problema, querida Ramona. Para nadie.

# 21

El salón de la posada se había convertido en una composición lúgubre, con los vestidos negros, las cortinas oscuras que protegían el cadáver de la claridad y los lamentos apagados.

Habían asesinado a Ramona.

A Valentina le resultaba tan increíble que no pudo liberar su dolor hasta que no se halló frente a ella. Estaba conmocionada, aturdida.

No podía imaginar quién querría acabar con alguien tan bueno como Ramona. Ella era incapaz de hacer el mal. Ni siquiera de alegrarse por las desgracias ajenas, por mucho que estas fueran merecidas.

Cuando sintió las manos de Adela sobre los hombros, Valentina lloraba amargamente.

—Gracias por venir —susurró, besándola con cariño.

—No tienes por qué dármelas. Ramona era mi amiga. No me moveré de aquí hasta que la enterremos.

—Don Santiago está aguardándote fuera. Tu condición ha cambiado, Valentina. No deberías estar aquí más tiempo del recomendable, si no quieres arriesgarte a que otro escándalo salpique a Mejía.

Pero ella sacudió la cabeza con terquedad. Sus ojos se detuvieron en el resto de compañeras que estaban en el salón. Nadie más velaba a Ramona.

—Mejía lo entenderá —aseguró—. Él es…

«Un buen hombre, con un corazón noble y honesto», estuvo a punto de añadir.

Con los ojos nublados por las lágrimas, señaló el cadáver.

—¿Qué ha sucedido?

—Uno de los muchachos de Mejía la encontró en el establo, pero ya era demasiado tarde. —Adela sorbió por la nariz. Tenía un aspecto descuidado. Parecía haber envejecido años en horas. Envolvió a Valentina en un caluroso abrazo, y solo la soltó para señalar el cuello de Ramona—. ¿Te has fijado? Esas marcas solo quieren decir una cosa: la estrangularon.

—¿Pero, quién ha podido ser tan cruel?

Adela le indicó silencio con el dedo y la llevó hasta la cocina, donde nadie pudiera oírlas.

—Tengo que hablar contigo en privado —le susurró.

Valentina comenzó a temblar. Sería muy imprudente aventurar nada, pero no pudo evitar hacerlo.

—Por favor, dime que el asesino no fue el empleado de Mejía…

—Ese rapaz solo quería pasar la noche con ella, pero hizo el viaje en balde. Ramona no se hubiera acostado con él, ni con ningún otro. Estaba preñada.

La noticia cayó sobre Valentina como un jarro de agua fría. Se sentía responsable de aquella desgracia. Si la hubiera convencido para pasar la noche en

La Albacara, nada de aquello hubiera sucedido. Pero saber que estaba encinta cuando encontró la muerte suponía un añadido demasiado abominable.

—Tenía que haberse quedado conmigo —sollozó—. Si no hubiera vuelto…

—No te martirices de ese modo. De todos los aquí presentes, tú eres quien menos culpa tiene.

Valentina sacudió la cabeza.

—Ahora comprendo el porqué de su aspecto desmejorado —murmuró. Se derrumbó en una silla y ocultó la cara entre las manos—. Le pregunté si estaba enferma y ella no me dijo nada…

—No era algo fácil de confesar. Yo lo supe cuando los vómitos y el malestar no pudieron ser ocultados por más tiempo, pero aun así lo mantuvimos en secreto, hasta que resolvió qué hacer.

Adela se sentó a su lado y la abrazó, reconfortándose mutuamente. Estuvieron así largo rato, hasta que Valentina volvió a alzar la cabeza, con la mirada mucho menos perdida, pero más inquisitiva.

—Supongo que el padre conocería su estado —aventuró.

—Estaba dispuesta a parir aquí, con la ayuda del padre o sin ella —asintió Adela, limpiándose la nariz con el delantal negro—. No puedo dejar de pensar que yo acepté la compañía de ese hombre.

—Todas dimos por sentado que Ramona era feliz —aclaró Valentina—. Corría presurosa cuando él la llamaba. Y tú la querías. Era como una hija para ti.

—Le aconsejé que hablara con él. Que tratara de conseguir un futuro digno para su hijo, aunque eso supusiera apartarlo de ella. ¡Me equivoqué! —exclamó Adela, totalmente destrozada—. Es un monstruo sin sentimientos. Ni por Ramona, ni por la sangre de su sangre.

Los ojos de Valentina se entrecerraron.

—¿Insinúas que podría ser él quien la mató?

—Digamos que tengo una ligera sospecha, que me guardaré de momento, dada la importancia social del personaje en cuestión y nuestra insignificancia como mujeres de alterne.

Era tan poderoso como para salir bien librado del asunto en perjuicio de Ramona, una mujerzuela que no gozaría de ninguna credibilidad por parte de los Civiles. Una rabia inmensa le bloqueó la garganta.

—Don Jaime Chacón era el amante de Ramona —desveló Adela—. Hace unos meses, en un viaje a la villa, la conoció y se encaprichó de ella. Desde entonces la reclamaba cuando lo consideraba oportuno, dejando una cantidad de dinero que nos salvó de la ruina en más de una ocasión. —Suspiró cuando vio la cara de espanto de Valentina—. Ramona viajaba a la capital y permanecía en su casa varios días. Hasta que el señor Chacón decidió pasar un tiempo aquí. Estaba enamorada de él. Tanto como para cometer el error de pensar que era correspondida.

Durante unos segundos, fue incapaz de hablar, hasta que vio cómo Adela dejaba un inmaculado pañuelo blanco sobre la mesa.

—Ramona tenía esto en la mano cuando la encontraron —señaló—. ¿Lo reconoces?

Valentina lo examinó, agrandando los ojos. Lo había visto antes, en las cucañas. Tapando la recta nariz de un hombre escrupuloso que se quejaba del penetrante olor en el ambiente atiborrado de gente. Una corriente estremecedora de heladas punzadas la sacudió por dentro cuando distinguió las iniciales bordadas en una de las esquinas. Lo soltó como si quemara, y echó atrás la silla para ponerse en pie.

—Es de Chacón… —balbuceó, con el mismo terror con el que pronunciaría el nombre del diablo.

—Debió de forcejear con él hasta arrancarle este pañuelo. Él seguramente ni siquiera se dio cuenta de que le faltaba.

—Tendría miedo al escándalo. —La suposición le resultó tan repugnante que tuvo que volver a sentarse—. No querría problemas con el hijo de Ramona, y decidió acabar con los dos.

—Eso es lo que yo pienso, pero no puedo probarlo.

—¡Tienes el pañuelo, Adela! ¡Los Civiles no mirarán para otro lado con semejante prueba!

—Niña, aún eres tan inocente… —La mano de la mujer le acarició la mejilla con tristeza—. Los Civiles ya han estado aquí, con un montón de promesas que nunca se cumplirán.

—¿Les hablaste de tus sospechas?

Adela desvió la mirada un instante.

—La muerte de una puta no le importa a nadie —replicó con voz lúgubre—. Y Chacón es influyente. Dirá que se lo había regalado antes, o cualquier otra idea que lo libre de toda duda.

Valentina guardó silencio. Se negaba a aceptar aquella resignación tan vergonzosa. Tenía que haber una solución. La muerte de Ramona no podía quedar impune.

—Conseguiré que se haga justicia —afirmó, guardándose el pañuelo en el escote.

—¿Tú? ¿Cómo?

—Entregando esto a un hombre mucho más poderoso que Chacón.

Las dos mujeres cruzaron una mirada de entendimiento. En medio de la pena, Adela comprendió las intenciones de Valentina. Y sonrió. Tanto como las circunstancias le permitieron.

—Mejía ha sabido elegir bien a la mujer que lo acompañará el resto de su vida —profetizó, tomándola de los hombros con emocionado orgullo—. Ahora, vamos junto a Ramona.

Valentina no abandonó la posada hasta el día siguiente. Enterraron a Ramona en la más absoluta intimidad. Rodeada de las personas que realmente la habían querido, y llevándose de su parte la firme promesa de que su muerte sería vengada.

Pasó los dos días siguientes sin salir de la alcoba. Apenas probó bocado, por mucho que Santiago insistió en lo contrario. Quería estar a solas. Llorar su dolor y su pena. Y cuando ya no le quedaron más lágrimas que derramar, empleó sus energías en intentar librarse del oscuro presagio que la advertía acerca de la reacción de Mejía, cuando supiera que sus ansiados documentos estaban a buen recaudo.

Cuando conociera el verdadero nombre de la traición.

Acababa de descubrir que le encantaba verla dormir. Su sueño era tan profundo que ni siquiera se enteró cuando él encendió la lámpara y se sentó en una silla, a su lado. Las largas pestañas arrojaban sombras sobre sus mejillas. Todavía estaban húmedas por el llanto.

Rafael sintió el dolor como propio. Ya sabía a qué se debía, y esperaba erradicarlo. Podría acostumbrarse a su compañía. A todo lo que le daba. Dios, cómo la había añorado.

De repente solo tenía ganas de compartir la cama con ella. Meterse entre las sábanas que perfilaban sus curvas y perderse en los entresijos de su cuerpo, a pesar del cansancio que lo acompañaba.

El cabello se esparcía desordenado por la almohada. Él se lo retiró de la frente con cuidado, para depositar un tierno beso en ella. Como cabía esperar, Valentina abrió los ojos al recibirlo. Parpadeó un poco confusa, pero luego sonrió.

—Hola —susurró Mejía, con una amplia sonrisa—. No era mi intención despertarte.

—Estaba soñando contigo. Tenía tanto miedo… Y ahora estás aquí, sin un rasguño. ¡Al fin! —Ella saltó a su regazo y le echó los brazos al cuello con un tembloroso suspiro.

—Si llego a saber que me ibas a dispensar esta bienvenida, hubiera aparecido mucho antes —murmuró, abrazándola—. ¿Qué tal estos días sin mí?

—Tristes. Ramona murió…

—Shhh, tranquila. Ya pasó lo peor. —Rafael se dedicó a besarla en la frente, las mejillas, los párpados y las delicadas sienes. Le acarició el pelo, sin pronunciar palabra hasta que no notó cómo se relajaba—. Me temo que esas nuevas ya quedaron viejas, cariño.

—¿Has hablado con Adela?

—En cuanto supe la noticia. Por eso he llegado un poco más tarde de lo que tenía previsto.

Valentina apenas podía controlar la euforia al verlo de nuevo. Se sentía como un náufrago al que arrojan un salvavidas. Por eso no dudó en agitar el pañuelo que no había dejado desde el asesinato de Ramona.

—Tienes que hacer algo, Mejía —suplicó—. ¡De lo contrario, su muerte quedará impune!

Rafael frunció el ceño. ¿De qué hablaba?

Un segundo vistazo le aclaró todas las dudas. Lo reconoció en cuanto se lo arrebató de las manos. Chacón. Otra vez él. Parecía un tenebroso maleficio que se vería obligado a seguir.

—¿De dónde lo sacaste? —siseó, estrujándolo con saña.

—Ramona lo tenía encima cuando murió. Adela piensa que pertenece a su asesino.

—Adela no me contó nada de eso —murmuró, guardándose el pañuelo para mirarla con vehemencia—. Pero sí te hago una promesa, Valentina: ese monstruo acabará en el garrote. ¿Me crees?

Ella asintió, pero no pudo contener lágrimas de pena que él se apresuró a borrar con nuevos besos. ¡Señor, cómo le dolía el pecho al ver su pesar!

—No llores más, vida mía. Quiero llenarme los sentidos con tu sonrisa —suplicó, pasando la yema del pulgar por la débil curvatura de labios—, con tu olor —siguió, acercando la nariz a su pelo para aspirar con profundidad—, con tu sabor… —Valentina se estremeció cuando sintió los labios cálidos recorrer aquella parte tan sensible detrás de su oreja—. Pero, sobre todo, con tu alegría.

—Te he necesitado tanto…

«Y yo a ti».

Pero todavía no era lo suficientemente hombre como para confesárselo.

—Lo que de verdad necesitas es concentrarte en otros asuntos, Raposa —aseguró—. Te propongo un trato. Ella lo miró con tanta desconfianza que le arrancó una risotada—. Tranquila, que no te voy a arrebatar el alma —bromeó—. ¿Cuándo has salido perjudicada con mis tratos?

—Nunca, pero siempre has intentado sacar tajada de ellos.

—Y esta vez no va a ser diferente. —Su sonrisa era tan cálida que despertó la curiosidad de Valentina—. Te he traído un regalo.

—¿A mí?

—No. A Mercedes. ¡Pues claro que a ti! —exclamó, poniendo los ojos en blanco—. Pero, si lo quieres, deberás encontrarlo.

—Creo que tendrás que darme alguna pista —aventuró con cierto temor—. ¿Es duro?

—No podría ser de otro modo.

—¿Es grande?

—Depende con lo que se le compare, pero respecto al tamaño de mis… presentes, nunca te oí queja alguna.

Valentina asintió muy lentamente, mientras deslizaba la mano hasta el borde de los pantalones.

—¿Voy bien así?

—Frío, frío —canturreó él con una risotada, dejando que las hábiles manos siguieran rebuscando—. Por ahí vas acercándote más —insinuó, cuando los dedos de Valentina se adentraron en los bolsillos interiores del chaleco.

Cuando encontró el paquete, ella se levantó de un salto para desenvolverlo. Boquiabierta, contempló las dos peinetas de nácar como si fueran su bien más

preciado.

—Son… preciosas. —Se acercó al espejo y se las colocó en el pelo. Luego se giró hacia él y ladeó la cabeza con coquetería—. ¿Me quedan bien?

—Estupendamente. —Rafael se puso en pie para estrecharla entre los brazos y besarla largamente—. Pero estarías mejor si solo llevaras las peinetas.

—Tengo una piel demasiado sensible para esa barba tan dura —se quejó ella, sonriendo con pudor—. Y si continuamos besándonos de esta manera, yo no podré darte mi regalo.

—¿También hay algo para mí?

Valentina asintió. Sonriendo, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó los informes robados al Tuerto para ofrecérselos. Aguardó los elogios, pero estos no se produjeron. Y conforme la cara de Rafael se iba desencajando, cayó en la cuenta de que ni siquiera se había molestado en preparar una excusa para explicar la presencia de los papeles en la alcoba.

Rafael no podía hablar. Ni reaccionar convenientemente. ¿Había pensado que era delicada? Craso error. Intuyó los problemas mucho antes de que formulara la primera de sus muchas preguntas.

—¿Qué-es-esto?

—Creo que está claro.

Tan claro como que lo había enfurecido. Supo qué sucedería si le descubría la identidad del ladrón en ese momento como si estuviera contemplando su futuro a través de una bola de cristal. No la creería. La echaría de su lado para siempre.

—Cuando me marché, te pedí encarecidamente que no te metieras en líos —comenzó Rafael, arrastrando las palabras—. Aclárame qué parte de la frase no comprendiste, por favor.

—Pensé que podía servirte de ayuda.

—Define «ayuda», pero pon mucho cuidado en hacerlo. No voy a tragarme la primera excusa que se te pase por la cabeza.

Valentina intentó componer en su mente despierta una mezcla de verdades a medias y mentiras piadosas que aplacara el frío helador de los ojos castaños.

—Antes de que hagas algo de lo que te arrepientas, tendrás que escucharme —intentó apaciguarlo.

—Cierto. De lo contrario, cometeré la torpeza de estrangularte sin conocer los detalles.

Rafael tomó asiento en la silla, y ella hizo lo propio en el borde de la cama. Su aspecto era tan intimidatorio que las palabras se le atascaron en la garganta. Tuvo que respirar profundamente para conseguir vía libre.

—Burlé la vigilancia de tus hombres y me fui a la posada —confesó—. Solo pretendía hacer una visita a Adela. Me aburría sola.

—Así que te aburrías… —rezongó, clavando los ojos en el techo y revolviéndose el cabello—. Juro que arrancaré la cabeza de Canales y la colocaré en lo alto del tejado…

—¡No soy ninguna criatura endeble para estar permanentemente custodiada! ¡Sé cuidar de mí misma!

—Permíteme dudarlo —apostilló él, señalando los papeles.

—¿Quieres escucharme?

No, no quería. Ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo. Aquella situación escapaba a su limitado entendimiento. Aun así, dejó los papeles en el tocador y enlazó las manos sobre el regazo.

—Adelante —invitó.

—El caso es que, una vez en la posada, escuché a ese hombre, el Tuerto, hablar con otro acerca de ciertos… informes, robados del despacho de Canales. —Hizo una pausa. Esperaba resultar lo suficientemente convincente como para dejarlo satisfecho—. Los guardaba en su cuarto.

—¿El Tuerto se hospeda en la posada?

—Eso he dicho. ¿Lo conoces?

—¡Todo hombre que quiera cubrirse las espaldas debería conocerle! ¡Trabaja para Chacón! —gritó fuera de sí—. ¡¿Y tú estuviste en su alcoba?!

Aquello ya era demasiado, incluso para él. Llegaba agotado y sucio. No necesitaba pelearse con el espíritu emprendedor y aventurero de Valentina. Echó la silla a un lado con tanto ímpetu que casi la estrelló contra el suelo, pero ella se cruzó de brazos. No parecía intimidada ni de lejos.

—Si lo que te preocupa es que haya compartido cama con él, puedes estar tranquilo —afirmó—. Sigo siéndote fiel.

—Te aseguro que esa es ahora la menor de mis preocupaciones. —Aunque la imagen de aquel desgraciado poniéndole las manos encima le resultara intolerable—. Iré allí y le haré picadillo, tanto si te ha tocado como si no.

—¡No puedes hacer eso! —Rafael la miró extrañado, y ella se apresuró a recuperar la compostura. No podía consentir que se enfrentara al Tuerto por su causa. Tendría que ser convincente en su mentira—. Él… Ya no estará allí. Adela me aseguró que lo echaría de la posada en cuanto se repusiera.

—Adela. Cómo no —gruñó con un bufido—. ¿Y de qué debía reponerse exactamente?

—Lo emborraché y le quité la llave de la alcoba.

Rafael miró al techo y masculló algo entre dientes. ¿Se habría atrevido? Por supuesto. Parecía atreverse a eso y a mucho más.

—Prosigue —animó, con la extraña sensación de que acababa de abrir la caja de los truenos.

—Cuando leí los papeles, supe que tenía que traerlos hasta aquí. No pensé que fueras a comportarte como lo estás haciendo.

—¿Has leído los informes? ¿La carta de Casanueva?

Parecía a un paso de caer fulminado por la impresión cuando la vio asentir, pero después entrecerró los ojos.

—Mi vida no empezó en la posada, Mejía. Mis anteriores patrones me enseñaron a leer —aclaró Valentina, frunciendo el ceño—. Puedes creerme.

—No quiero hacerlo.

Ahora se rascaba la barbilla mientras examinaba su actitud a conciencia. Un gorgoteo incesante de emociones le atravesaban el cuerpo: desconcierto, miedo desgarrador por su seguridad y, sobre todo, una admiración rebelde que se negaba a desaparecer.

—Deja que me aclare —pidió, tan rígido que temió caerse del asiento—. ¿Sabes quién era el hombre que hablaba con el Tuerto?

—No le vi la cara —murmuró ella, retorciéndose las heladas manos con disimulo. Sudaba a mares.

—Pero decides emborrachar al Tuerto. Recuperas los documentos y regresas sola.

—Ramona me acompañó.

—Sola, para el caso —insistió Rafael. Sus ojos eran dos rendijas cuando se levantó de un salto y se acercó a ella, señalándola con el dedo—. ¡Pudo haberte sucedido cualquier cosa! ¡Asaltada, violada, muerta, qué sé yo! ¿Es que no tienes sentido común?

Sacudió la cabeza para espantar las imágenes macabras que desfilaron por ella. Le faltaba poco para empezar a soltar fuego por los ojos. Otra en su lugar hubiera huido despavorida, pero Valentina se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas, con una expresión ligeramente satisfecha.

—Cualquiera diría que te preocupas por mí —soltó.

—Llevo preocupándome por ti desde que te conozco. —Parecía increíble que él hubiera dicho aquello. Y mucho más alarmante el tono de voz, sosegado y profundo, empleado al hacerlo—. Me preocupa que te hayas descubierto de ese modo ante un hombre tan peligroso como el Tuerto. Me preocupa que sepas del contenido de los informes, ¡porque no sé si podré protegerte con garantías! —gritó, provocando un rápido parpadeo—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Creía que un inestimable favor —respondió ella, irguiéndose con dignidad cuando él se apartó—. Ya veo que no es así.

—¡Sabes de primera mano que Chacón es escoria! ¡Podías haber muerto tú, en vez de Ramona! ¡Eso me importa más que los malditos papeles! Si te ocurriera algo… —«Me moriría»—. No me lo perdonaría nunca.

—Deberías tranquilizarte. Tu secreto estará a salvo conmigo. —Valentina se encogió de hombros, con tanta despreocupación que le provocó un gruñido desesperado—. No le diré a nadie que tienes sentimientos.

¿En qué momento aquella arpía angelical había adquirido un conocimiento tan profundo de sus emociones? ¡Se paseaba por ellas como si fueran de su propiedad! ¿Cómo podía saber con tanta exactitud que aquellas palabras irían directas a su nobleza y sentido del deber? ¿A todas y cada una de las debilidades demostradas con ella?

A Rafael nunca lo habían provocado de un modo tan apabullante y certero. La expresión de su cara pecosa era hostil, desafiante, segura de que acababa de dar en el clavo, pero sin plegarse a sus deseos. «Mantente firme. ¡Demuéstrale quién

da las órdenes aquí!». Eso haría… En cuanto dejara de pasear la mirada por aquellas mejillas rojas y las guedejas de rizos desordenados. La dulce feminidad que mostraba siempre conseguía seducirlo, por mucha distancia que los separara, ablandarlo, por muy fuerte que fuera la discusión mantenida.

—Me voy a hablar con Canales antes de que esto se me vaya de las manos —advirtió—. ¡Y tú te quedarás aquí!

—No me trates como si fuera tu esposa, Mejía. Todavía no he alcanzado ese rango para deberte obediencia. Merezco respeto.

¡Eso era lo que le estaba dando! ¿No lo veía? Con un lamento apagado, acabó tomándola de los hombros para sacudirla.

—Maldita mujer testaruda… —siseó, con los ojos desorbitados—. ¡He dicho que te quedarás aquí!

—¿Y si no quiero? ¿Me encerrarás? ¿Me atarás al cabecero de la cama?

—No me des ideas. Podría llevarlas a cabo —amenazó entre dientes—. Cuando vuelva a la cama…

—¿Sabes? No deberías volver. Me duele la cabeza.

Ahora le daba la espalda. Una espalda encantadora que temblaba de indignación, a pesar de las apariencias.

A Rafael le costaba creer lo que estaba escuchando. Valentina decidía castigarlo con un requiebro propio de mujeres tan antiguo como el mundo: le negaba el acceso a su cuerpo.

—Cuando te conocí, pensé que eras una muchachita muy manejable —confesó. Ella no se movió—. Es evidente que me equivoqué. Puede que ocupes mis pensamientos la mayor parte del tiempo. Que dirijas el curso de mis instintos desde ese aspecto inocente que tan bien sabes administrar… ¡Pero, sea en la condición que sea, estás en mi casa, y harás lo que yo te diga! ¿Me he expresado con suficiente claridad?

—Meridiana —respondió ella, sin cambiar de postura—. Como el señor de la casa quiera. ¿Está usted contento?

—No del todo, pero vamos por buen camino.

Valentina lo miró por encima del hombro. Sus angelicales ojos ardían de furia.

—Era una pregunta irónica, Mejía.

—La respuesta también.

Salió de la alcoba con los informes en la mano, justo cuando las dos peinetas de nácar impactaron en la puerta que acababa de cerrar tras él, pero se apoyó en la pared contigua e hizo varias inspiraciones para relajarse. El corazón todavía le temblaba de angustia. De un miedo desconocido y más voraz que una alimaña. ¿Cómo podía ser tan temeraria, tan inconsciente? ¿Tan indiferente al pánico que lo había dominado al suponer los peligros a los que se había expuesto? Ignoraba cuándo le había cedido las riendas de aquella relación y de su ordenada vida. Aunque sería más sensato admitir que se las había dejado arrebatar como un zagal tierno e ignorante. Valentina dominaba la situación. Daba lo mismo el grado de alteración que alcanzase, ella sabía que el estatus conseguido no le sería

arrebatado, porque no podría arrancársela del pecho. Pero la gatita había sacado las uñas como una fiera leona, estableciendo límites y distancias.

Su mente no conocía descanso desde que se había topado con ella y su habilidad para complicarle la vida. Ahora, no habría forma de mantenerla al margen de su trabajo. Se vio capaz de las mayores barbaries si la seguridad de Valentina corría peligro. Mentir, asesinar, faltar a su palabra… Le costó lo suyo salir del asombro en el que estaba metido, pero decidió que su principal cometido sería protegerla. Personalmente.

Pudiera ser que aquel maldito relato estuviera plagado de mentiras. Nunca lo sabría con exactitud, pero debía reconocerle un mérito incuestionable: había recuperado unos informes que ya consideraba perdidos.

El enfado de Rafael se fue esfumando cuando pensó en lo que aquella mujer valerosa, inteligente y bonita había sido capaz de hacer por él. ¿Cuántas se hubieran arriesgado a algo semejante? Ninguna. Y ese hecho aplastante le hizo proferir una escandalosa risotada.

Comenzó a sentirse excepcionalmente afortunado, pero decidió mantener la cabeza fría para poder dormir solo. Debía respetar la decisión de Valentina aunque su ímpetu masculino lo empujara a lo contrario. ¡La señorita Hidalgo tenía un genio de los mil demonios! No podía dejar de reconocer que, de un modo u otro, Valentina era única.

# 22

—No duermas tan a gusto, Canales. Los problemas te reclaman.

Con un gruñido perezoso, Santiago apartó aquellos objetos molestos que crujían con insistencia cerca de sus narices. Hasta que abrió los ojos, se incorporó de un salto y parpadeó, entre incrédulo y sorprendido, cuando Rafael dejó que los cogiera para examinarlos de una y mil formas.

—¡Que me aspen! ¡Los has recuperado! —exclamó, pasando la mirada de los papeles al rostro enfurecido de Rafael—. ¿Cómo demonios…?

—No he sido yo, sino Valentina. Y espero una pronta respuesta a todas mis dudas o te aseguro que tus cuidadas posaderas terminarán pasando el resto de la noche fuera de La Albacara.

—¿Valentina? —Santiago abandonó la cama con rapidez y comenzó a pasearse por la alcoba—. No comprendo nada en absoluto, chico.

—Yo te haré las aclaraciones pertinentes.

A Santiago no le quedó otra que escuchar el relato con el que Valentina había justificado la presencia de los informes en su casa. Y procedió a sentarse. Tenía que darle una explicación. Cualquiera podría servir, siempre y cuando no fuera la verdadera.

—La zagala se me escapó —improvisó, después de soltar una maldición por lo bajo—. Me fui, pero cuando regresé de madrugada ella ya estaba en tu cama.

—¿De madrugada? ¿La dejaste sola tanto tiempo? —susurró Rafael, pugnando por no golpearle.

—Supongo que también se habrá llevado su parte de la regañina. Es tan culpable o más que yo.

—No te quites la responsabilidad de encima como si fueras un chiquillo. Los dientes de leche hace tiempo que se te cayeron, Canales.

—Te estás comportando con ella como nunca lo has hecho con nadie.

Esperaba desviar así su atención, pero pronto comprobó lo absurdo del intento. Rafael tenía la apariencia de un verdugo cuando se acercó a él, inclinándose tanto que sus cabezas casi chocaron.

—Sé hacia dónde van tus tiros. Y no ha colado. En otro momento analizaremos mi sesera —afirmó, con un brillo peligroso en los ojos—, el porqué de mi actitud con Valentina o mi manera de afrontar ciertas responsabilidades que no podré eludir, pero ahora te toca a ti. Te conozco. Cuando comprometes tu palabra, lo haces hasta el final. Y el otro día la comprometiste.

—A veces me arrepiento de ser tu amigo. —Santiago lo apartó de un empujón para servirse un vaso de vino. Su apurado estado de ánimo lo requería.

—¿Y por qué sigues siéndolo?

—¡Porque alguien tiene que recordarte lo insoportable que eres, sin que tu atractiva cara sufra las consecuencias! —tronó, con tanto ímpetu que Rafael se

echó atrás con desconcierto. Sin embargo, el inesperado ataque de rabia no consiguió desviarlo de su objetivo. Sus ojos seguían manteniendo aquella mirada acerada, decidida. Seguía pensando en lo ocurrido—. ¿Por qué no lo dejas correr? Tenemos los papeles de vuelta. Chacón está otra vez contra las cuerdas. Era lo que queríamos.

—Si piensas que se va a quedar de brazos cruzados después de este revés, es que aún estás muy dormido.

—Yo intentaría cambiar la ruta por todos los medios. Imagino que él hará lo mismo.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Santiago frunció el ceño. Estudió con atención aquella expresión de sublime testarudez tan conocida, y volvió a sentarse con un resoplido.

—Iremos al Castillo de Alba —afirmó, más para sí mismo que para Rafael.

—Con todos los hombres de los que pueda disponer. No tengo mucho tiempo.

—¿«Tengo»? Querrás decir «tenemos».

—He dicho bien. —Con una media sonrisa que le heló la sangre, Rafael señaló en dirección a la puerta—. Mañana a primera hora emprenderé viaje. Tú te quedarás aquí con Valentina. Ahora no hay nada que me importe más que su bienestar.

—Ah, no… ¡Otra vez no! —Como si el asiento estuviera lleno de espinas puntiagudas, Santiago se incorporó de un salto. Prefería enfrentarse a una manada de elefantes antes que volver a hacerse cargo de aquella muchacha escurridiza—. No quiero volver a ser responsable de su seguridad.

—No fuiste muy responsable la última vez —afirmó Rafael, muy cerca de su cara—. Deberías estar proponiendo soluciones para su protección, en vez de quejarte como un viejo llorón.

—¿Quieres soluciones? Pues ahí va una. —Santiago se apartó y lo señaló con dureza—: Valentina vive en tu casa y duerme en tu cama. ¡Tú deberías encargarte de ella!

Rafael gruñó contrariado. Debió suponer que no sería tan fácil convencerlo. En contra del cariño y el respeto que siempre le había dispensado, probó a intimidarlo sin resultados. Podría vociferar cuanto quisiera, que tampoco lograría alterarlo. La última opción era la más peliaguda. No iba con su temperamento, pero era lo único que podría funcionar.

—Precisamente, amigo. Nadie me inspira más confianza que tú —lo aduló, con una deslumbrante sonrisa en el rostro—. Eres más cabal y mucho más sereno que yo.

—Habéis discutido. A mí no me engañas.

—Soy incapaz de mantenerme a su vera con un mínimo de frialdad —terminó reconociendo Rafael con un resoplido—. Tómalo como un favor a título personal.

Mejía esperó que Santiago siguiera negándose, pero este comenzó a reír hasta que los ojos le lagrimearon.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Nosotros. ¡Esa chiquilla nos tiene bailando sobre la palma de la mano! ¡A los dos!

—No debería importarte la circunstancia. Ella parece confiar en ti. Para mí es suficiente. —A Santiago la risa se le cortó de cuajo. Ahora era Rafael quién mostraba una sonrisa perversa—. Aunque antes de quedarte a su cuidado, tendrás que contarme qué era eso tan importante que te alejó de aquí. No habrás creído ni por un momento que iba a olvidarme del tema con este pequeño teatro que te has montado, ¿verdad? No quieras hacerme pasar por tonto, Canales.

—Puedes ser muchas cosas, chico. Soberbio, engreído, dominante con todo el que te rodea, vanidoso hasta más no poder… Pero nunca un tonto.

Santiago tragó saliva con dificultad. Tomara el camino que tomase, el final sería el mismo. No podía hablarle de su investigación. Cualquier cosa antes de revelarle en qué andaba metido. La otra alternativa no era más halagüeña, pero tarde o temprano acabaría por enterarse. Y merecía saberlo por su boca antes que por ninguna otra.

—Está bien —concedió—. Me fui a ver a Claudia.

—¿Claudia?

—Sí, Claudia. La baronesa Guzmán. ¿La recuerdas? Ya sabes —murmuró entre dientes—. La mujer a la que dejaste en un ridículo espantoso cuando besaste a Valentina, después de resbalar por un palo grasiento.

—Ya sé que quisiste golpearme.

—Hacía tiempo que no lo deseaba tanto.

—Pero te fuiste con Claudia. —Rafael parecía despreocupado ante la noticia. Incluso se cruzó de brazos y sonrió—. Y presiento que ahora me vas a contar el desenlace de tan inesperada decisión.

Allí tenía la oportunidad que tanto había esperado. Aunque se sintiera como un sacrílego, no iba a dejarse amedrentar por un hombre al que sacaba más de una década de experiencia en años.

—La besé —confesó. Se preparó para una andanada de reproches indignados, pero Rafael solo alzó las cejas. Quería oír más—. Estaba tan enfadado contigo por cómo te comportaste en las dichosas cucañas que mi cabeza no funcionó como debía.

—¿Y la suya? ¿Funcionó bien?

—Si te refieres a la bofetada que sin duda me merecía, no se produjo. Ella tiene demasiada clase para eso.

—Pero tenías tantas ganas de repetir la experiencia que no pudiste esperar a mi vuelta y te marchaste a su casa, dejando sola a Valentina.

—A grandes rasgos, eso fue lo que pasó. —Nada. Ni un fruncimiento de labios, o unos puños apretados, o un juramento… Nada. Solo se sirvió un vaso de vino y lo alzó en su dirección, como si celebrara algo—. ¿No vas a echarme en cara mi comportamiento con Claudia?

—Todavía no he terminado de escuchar todo —respondió Rafael, con un gesto cada vez más relajado—. ¿Recibiste el castigo merecido?

Santiago cerró los ojos. Aquel día ocurrieron muchas cosas con la baronesa, pero no podía ni debía revelarlas al completo.

—Hablamos —confesó.

—¿De qué?

—¿Crees que mi vida privada es de tu total incumbencia solo porque seamos amigos y socios?

—De acuerdo, no me mates todavía. —Rafael alzó las manos a modo de defensa. Apenas podía contener la risa—. Perdón por la intromisión.

—Volvimos a besarnos —reconoció Santiago con voz temerosa—. No pasamos de ahí, pero decidimos seguir viéndonos.

—Y empleaste mucho tiempo en convencerla. No sé si darte la enhorabuena o desearte suerte, aunque quizá lo correcto sea un poco de las dos cosas.

¡Le había costado un mundo confesarlo todo! ¿Esa era la respuesta que recibía? Un puñetazo en plena cara hubiera sido menos decepcionante.

—¿No piensas enfadarte? —preguntó.

—No.

—¿Mostrarte ofendido al menos?

—Tampoco. —Rafael apuró el contenido del vaso y lo abandonó en la mesilla. Cuando volvió a prestarle atención, tenía una creciente alegría en los ojos—. ¿Por qué tendría que estarlo?

—Claudia podría ser algo así como tu territorio de caza. Y yo, el cazador que se metió en él sin permiso.

—Mi estimado Canales, hazte a la idea de que ahora mismo y por el tiempo que estime oportuno, el único territorio de caza que me interesa es el de Valentina. Si me pongo a analizar su situación, me dan ganas de despellejarte, pero, sabiendo la causa de tu descuido… —Todo resto de furia había desaparecido cuando le palmeó la espalda—. Decido aplazar tu sentencia de muerte hasta ver cómo te manejas con ella por segunda vez.

—Pero Claudia…

—Claudia te ha interesado desde que ambos la conocimos, confiésalo. —Después de pensarlo mucho, Santiago asintió—. Hora es de que los dos disfrutéis de vuestra oportunidad, siempre con discreción, claro. Yo, por lo pronto, me voy a descansar. Mi vuelta a casa ha sido aún más agitada que la ida.

Desapareció por la puerta antes de que Santiago pudiera replicarle. Pasó un buen rato perplejo, con los informes recuperados en la mano, sacando conclusiones acerca de amigos imprevisibles, hechos inexplicables, y un cuerpo de mujer con voz y nombre propios. Hasta que regresó a la cama, arrastrando los pies y meneando la cabeza. Se le presentaban unos días muy complicados.

—Señorita, el desayuno ya está listo. Señorita…

Valentina se quitó de encima la molesta mano de Mercedes, que la sacudía con delicadeza, y escondió la cabeza bajo la almohada con un gemido de protesta. ¡No podía ser de día! Apenas había conseguido conciliar el sueño. Cada palabra

cruzada con Mejía regresaba una y otra vez para martirizarla, hasta que se había rendido al cansancio. Y eso había sucedido demasiado tarde como para que tuviera que levantarse. Además, ¿a quién le importaba su horario? A Mejía, seguro que no. No había acudido a la cama.

De acuerdo que la había sacado de quicio cuando tuvo que soportar su prepotencia habitual. De acuerdo que ella se lo había exigido de un modo muy educado. De acuerdo que dormir solo era lo que se merecía, como poco. Pero ¿tenía que ser tan complaciente precisamente en eso? Podría haber insistido en lo contrario. Demostrarle que deseaba compartir la noche con ella.

El gemido de disgusto se repitió. Le importaba demasiado el deje de desilusión que leyó en los ojos castaños mientras la miraba. La tensión que estiraba todos sus músculos cuando se marchó. Las palabras profundas que lo dejaban al descubierto sin él saberlo. Le importaba demasiado todo lo que tuviera que ver con él, incluidos Chacón y los contrabandistas.

¡Contrabandistas! Los rizos rojizos emergieron de debajo de la almohada. De repente, estaba tan despejada como si hubiera dormido toda la noche de un tirón.

¡La entrega de los explosivos se realizaría al día siguiente! Si había llegado a conocer a Mejía como creía, ya se habría marchado con sus hombres. Aunque quizás estuviera a tiempo de detenerle.

Corrió al baúl donde descansaban los trajes que él le había regalado y eligió un vestido amarillo pálido que puso en las manos de Mercedes.

—¡Ayúdame a vestirme! —ordenó—. ¡Deprisa!

En un tiempo insultantemente corto, Valentina estuvo arreglada. El escote en forma de V del vestido dejaba asomar sus delicados pechos, y las mangas ajustadas perfilaban a la perfección los brazos hasta el codo. El rebelde cabello acabó recogido en un moño alto, con algunos rizos sueltos de manera aleatoria.

Las dos peinetas de nácar lucían sobre sus sienes.

Tenía los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y las pecas bien a la vista. Mejía no podría resistirse a su aspecto delicado. Ella terminaría por convencerle. Necesitaba hacerlo. Aquel hombre prepotente, egocéntrico y apuesto como un demonio, se había convertido en el eje de su vida. Todo lo que hiciera o dijera tenía el impacto de un terremoto. Estaba segura de que él sentía porque no dejaba de demostrárselo. Y la fuerza que manaba de él formaba parte de ella. Se había enamorado perdidamente contra todo pronóstico; la verdad tendría que salir a la luz, porque no consentiría que una sucia jugarreta le arrebatara a su hombre.

Abandonó la alcoba como una exhalación y entró en el despacho sin llamar a la puerta. Tan convencida estaba de encontrar allí a Mejía, que se paró en seco cuando vio que era Canales quien elevaba una sorprendida mirada de entre una montaña de papeles.

—Buenos días, Valentina. Ya veo que te has levantado llena de energía esta mañana.

Ella se detuvo el tiempo justo para recuperar el habla y sentarse en una silla, al otro lado de la mesa.

—Buenos días —saludó—. ¿Y Mejía?

—De viaje —respondió Santiago, haciendo un rápido examen de su aspecto—. Estás preciosa, muchacha. Es una pena que él no pueda apreciarlo. Se marchó al amanecer. Te explicaría a dónde, pero, dada tu pequeña aventura y sus consecuencias, seguro que ya lo sabes.

Valentina comenzó a encogerse en la silla.

—Lo… siento —balbuceó—. Anoche os oí discutir.

—La sangre no llegó al río, no te preocupes —respondió Santiago, con una sonrisa tranquilizadora—. Nuestra amistad ha superado pruebas peores.

—Espero que no estés enfadado conmigo.

—¿Lo parezco? —Valentina sacudió la cabeza—. Rafael no es un hombre rencoroso, pero impone sus reglas. Ambos estamos condenados a un arresto domiciliario un poco peculiar.

Aquello era un serio inconveniente, porque no estaba dispuesta a esperarlo como una niña buena. Esta vez no.

—Es un viaje muy importante —comenzó, poniendo su gesto más cándido—. Deberías haberlo acompañado.

—Opino como tú, pero se empeñó en lo contrario. Y puede ser muy convincente si se lo propone, ya lo sabes.

—Debo hablarle de un asunto urgente —insistió—. ¿Serías tan amable de acompañarme hasta él, por favor? No nos lleva mucha ventaja.

Sin abandonar la calma, Santiago recogió los papeles que poblaban la mesa y apoyó los codos en ella.

—Rafael me ha encargado tu cuidado por segunda vez. Eso significa que no me apartaré de ti salvo para respetar tu intimidad y tu descanso, siempre que ambos se realicen dentro de La Albacara —replicó, alzando las cejas—. Aunque igual me puedes decir a mí eso que tanto te urge. Además de amigos, somos socios. Y creo haberme ganado tu confianza para temas, cuando menos, espinosos.

Ella desechó el ofrecimiento. Solo se arriesgaría ante Mejía.

—Conozco el Castillo de Alba y el camino por la sierra de la Culebra hasta llegar a él —insistió—. Si nos damos prisa, podremos alcanzarlo antes de que…

—Te has molestado mucho en trazar tus propios planes. Es una pena que tenga que ser yo quien te los desbarate.

Los ojos de Valentina adquirieron una expresión lastimera, y su mentón empezó a temblar. Solo tuvo que pensar en lo que podría estar sucediéndole a Mejía para que el color desapareciera de las mejillas. La reacción de Santiago no se hizo esperar. Fue hacia ella y tomó una de sus heladas manos.

—Chiquilla, ¿te encuentras bien?

—¡Estoy lejos de encontrarme bien! —gimió angustiada—. ¡Ojalá pudiera confiar en ti como te mereces! ¡Pero lo que debo hablar con Mejía solo le incumbe a él!

Ni siquiera así logró ablandarlo. Volvió a sentarse y entrelazó las manos.

—Soy demasiado viejo para caer en una trampa tan manida, muchacha —dijo simplemente—. No eres la primera mujer que hace uso de ella.

Valentina se agarró a los brazos de la silla con fuerza. «Como el señor de la casa quiera». Esa había sido la última concesión hecha a Mejía. Una concesión que no implicaba promesa alguna.

—Solo esperaba apelar a la humanidad que sin duda posees, Canales —resolvió, levantándose para darle la espalda.

—Si crees que voy a permitir que salgas de La Albacara, estás muy equivocada. Es demasiado peligroso para ti. Si te ocurriera algo, Rafael acabaría conmigo sin dudarlo. Y tendría mucha razón al hacerlo.

—Con tu consentimiento o sin él, voy a buscarlo.

—No si yo puedo impedirlo —oyó tras ella—. Ya me metiste en problemas una vez.

Valentina se giró muy despacio.

—Así pues, solo tienes dos opciones —sentenció con voz firme—: o me haces permanecer aquí por la fuerza o me acompañas en el viaje.

Era demasiado lista, incluso para él. Sabía de antemano que no sería capaz de emplear la fuerza bruta para hacerla entrar en razón, pero le ofrecía otra alternativa. Un viaje que él estaba deseoso de emprender.

—¿Y bien? ¿Qué contestas? He de cambiarme de ropa. Como ves, no tengo todo el día.

Santiago dio un respingo ante aquella voz tan áspera y empecinada. ¿Qué especie de espíritu malvado se había apoderado del cuerpo de Valentina? Con un largo lamento, enterró la cara entre las manos. Por entre los dedos vio la escalofriante determinación de los angelicales ojos azules que tenía delante, y supo lo que haría. Al final, se había dejado enredar. Ya vería cómo explicaba la inesperada aparición de la única persona, si se exceptuaba a sí mismo, por la que Rafael sacrificaría cualquier cosa.

—Si accedo, haremos el viaje según mis condiciones —advirtió con voz amenazante.

Valentina regresó a la silla y cruzó las manos sobre el regazo, a la espera. Sus ojos comenzaron a aclararse.

—De acuerdo.

—Tendremos que llegar a nuestro destino antes de mañana —siguió Santiago, implacable—. Lo que quiere decir que no habrá descansos. Comeremos sobre la marcha.

—Eso no es problema.

—No quiero quejas de ningún tipo. Y, por supuesto, yo elegiré la indumentaria que llevarás. Nada de faldas, ni escotes, ni…

—Se hará como tú quieras, Canales. Te lo prometo.

Parecía tan entusiasmada que Santiago sonrió, antes de frotarse la cara por segunda vez aquella mañana. Intuía que ninguna condición, por dura o inverosímil que pareciera, lograría hacerla cambiar de opinión.

—Nada me salvará esta vez —murmuró contra las palmas—. Cuando se entere, me matará. Seguro.

Como respuesta, recibió un pequeño grito de euforia, y un reconfortante beso en la mejilla que hizo temblar su curtido corazón.

# 23

El cielo negro iba a partirse en dos sobre su cabeza. La tormenta estaba a punto de descargar, pero Valentina siguió con su paseo por los alrededores de la desvencijada posada de piedra a la que hacía unas horas ella y Santiago habían llegado.

El viaje fue largo, con un silencio sin tregua. Tan solo una parada en una casa de postas para cambiar los caballos, donde tuvo oportunidad de comprobar la popularidad de Santiago. Todo el mundo lo conocía y lo admiraba, incluido Bonifacio, el viejo que regentaba aquella posada enclavada en el límite de la sierra de la Culebra.

Le dolía el cuerpo entero. Estaba tan agotada que estaba deseando meterse en la cama. Pero antes tenía que poner sus ideas en orden. Y es que bajo aquel mismo techo dormían Mejía y el resto de Vigilantes. Fue una suerte que llegaran a altas horas de la noche, cuando ya se habían retirado, pero a primera hora de la mañana buscaría a Mejía para soltarle toda la verdad.

Valentina se llevó la mano a la cintura con un quejido. La cuerda que sujetaba sus enormes pantalones apretaba demasiado, la tela tosca de la camisa le raspaba la piel y la cabeza le dolía por el sombrero de paja bajo el que ocultaba el cabello. Un disfraz de campesino «muy necesario», en palabras de Santiago, si quería pasar desapercibida.

Las primeras gotas se convirtieron pronto en un aguacero que la empapó por completo antes de que pudiera alcanzar la puerta. Afortunadamente, nadie la vio entrar en su alcoba calada hasta los huesos.

Avanzó a tientas hacia la mesilla de noche, donde encendió el quinqué. Arrojó el sombrero de paja al suelo y sacudió su melena mojada. Después, dejó sobre la cama la odiosa cuerda que hacía de cinturón, para desprenderse de los pantalones. Ahora, una larga camisa la cubría hasta medio muslo.

—Vas a acabar pescando una pulmonía si no te das prisa.

Con un grito sobresaltado, Valentina se giró en redondo. Un hombre la observaba acomodado en un viejo sillón situado junto a la ventana. Hubiera jurado que estaba tranquilo… de no ser por el fuego intrigado de sus ojos y la dura línea de su mandíbula. Estaba tan clavada al suelo por la sorpresa que ni siquiera un par de robustos bueyes hubieran podido moverla.

—Mejía —logró articular.

—El mismo que viste y calza.

—¿Qué… haces aquí?

—Esa pregunta debería hacerla yo. —Sin que la situación pareciera incomodarlo, examinó su aspecto con creciente interés—. ¿Te has quedado sin palabras?

Sí. Había sido pillada en falta, pero tendría que reaccionar con rapidez.

—No pareces muy furioso por verme —aventuró.

—Sería un tonto si lo estuviera, cuando mi preciosa amante ha decidido desobedecer mis órdenes para obsequiarme con el mejor de los regalos: su presencia.

Valentina dio un receloso paso atrás. ¿Por qué no le creía? ¿Sería por su aspecto amenazante? ¿O por la mirada fría de sus ojos?

—Estás en mi alcoba —apuntó con valentía.

—Subía las escaleras cuando escuché la voz de Canales hablando con Bonifacio, el posadero. Al parecer, llegaba acompañado de su «sobrino». Solo tuve que asomarme para veros y reconocerte, a pesar de ese disfraz ridículo con el que pretendías esconderte de mí.

—¡Yo no quería esconderme de ti, sino todo lo contrario!

—Es un consuelo. Ya deberías saber que podría encontrarte bajo un quintal de ropa, tan solo por tu olor. —El tono íntimo de sus palabras no se reflejó en su actitud. Seguía distante, tan intimidatorio que le paralizó la respiración—. El resto lo hicieron mis influencias y una paciencia que es nueva incluso para mí.

Se había sentido ridículo y burlado mientras esperaba allí sentado, pero estaba dispuesto a hacerla entender que, en ciertas ocasiones, sus palabras solo podrían considerarse órdenes incuestionables. Sobre todo si iban destinadas a preservar la seguridad de la persona que más le importaba en ese momento.

Aún le costaba creer que estuviera allí, con aquella camisa pegada al cuerpo como si fuera una segunda piel, perfilando la curva armoniosa de las nalgas y la fina línea de los muslos de un modo tan provocador. Desvió la mirada. Si no ponía más empeño, terminarían en la cama mucho antes de lo aconsejable.

—Has entrado en mi alcoba —repitió Valentina, con más vehemencia—. Sin mi permiso.

—En este lugar, el negocio del viejo Bonifacio no es demasiado rentable. Me debe varios favores, así que no hizo preguntas cuando le pedí que me abriera la puerta.

¿Y creía que con eso bastaba? Valentina comenzó a observarlo con creciente indignación. Estaba tan decepcionado como excitado. Solo había que seguir el curso de su mirada para comprobar cómo devoraba su silueta a través de la tela mojada. Parecía un animal hambriento.

Se cubrió los pechos con los brazos intentando protegerse de su asalto visual. Si él no estaba enfadado, ella sí.

—Tus medios son ofensivos —acusó, señalando la puerta—. Espero que tengas un buen motivo para irrumpir en mi intimidad.

—Confeccionaría una lista con todos, pero gozo de buena memoria. Has estado fuera en plena noche, en un lugar solitario enclavado en medio del monte. —Rafael maldijo en su cabeza hasta que se quedó sin palabras, mientras se paseaba de un lado a otro—. Seguro que te alejaste demasiado. Por eso la lluvia te ha pillado de lleno. Te has presentado aquí, desoyendo mis advertencias y

enredando a Canales. Podría seguir, pero con eso me basta. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Se desplazó a su espalda para no mirarla a los ojos. Estaba dolido, pero se alegró de que Valentina no se apartara. Las palmas de las manos le ardían por ella. Tenía el corazón tan desbocado como un potrillo, al descubrir cuánto la había echado de menos. Ella tembló de frío, y él cedió a la tentación. Recorrió con las manos la longitud de sus costados hasta posarse en sus caderas, pero se apartó a tiempo y volvió a colocarse de frente, con los brazos cruzados.

Esperaba.

—Podrías respetar mis decisiones —aventuró Valentina.

Las cejas masculinas se alzaron con escepticismo y algo de sorpresa.

—Es una posibilidad, sí.

—Y aprender a comportarte como un ser civilizado cuando las personas no actúan según tus deseos —añadió ella.

—En efecto, podría.

—Aunque también tendría mucho sentido que te preguntaras la razón por la que estoy aquí.

Él pasó por su lado y se sentó en el borde de la cama, para comenzar a quitarse las botas. Era evidente que no pensaba hacer nada de lo que decía.

—Pues sí que me decepcionas —afirmó sin mirarla—. Pensé que estabas deseosa de disculparte por nuestra última discusión.

—Hay otras maneras de demostrarte lo equivocado que estuviste conmigo, Mejía.

Rafael apretó los dientes con disimulo. De haberle clavado una daga en el pecho, Valentina no habría conseguido ni una gota de sangre. No estaba en condiciones de darle un escarmiento cuando solo una tela empapada lo separaba de ella. Quería darle calor y proporcionarle consuelo. Pasar por alto cualquier discusión y demostrarle con hechos todo lo que no podía decirle con palabras. Aclarar emociones y desentrañar sentimientos sin temer las consecuencias. Todo ello muy poco recomendable para sus intenciones.

Necesitaba calmarse.

—No me provoques, Valentina —barbotó, dirigiéndole una fugaz mirada de advertencia—. Te aseguro que no es el mejor momento para hacerlo.

—Todo tiene una explicación. Hay algo que debes saber…

—Sé todo lo que necesito —insistió, levantando una mano para hacerla callar—. Después de un día infernal, mi amante quiere darme una sorpresa que estoy decidido a aprovechar. Gracias, mi vida.

Sin esperar a más, comenzó a quitarse los pantalones y los calzones como si fuera la cosa más natural del mundo. Por increíble que pudiera parecer, su miembro apareció pleno, enhiesto y soberbio, reclamando satisfacción. Valentina suspiró, mientras él se desprendía del resto de la ropa para mostrarle toda su sobrecogedora desnudez. Aquello sí que era algo inesperado.

—¿Qué… estás haciendo? —preguntó, retrocediendo.

—¿A ti qué te parece?

—No puedes dormir conmigo —aventuró.

—Nadie habló de dormir. Dudo que hayas venido hasta aquí para eso.

Sus ojos perdieron la poca calidez que conservaban y ganaron en frialdad. La deseaba. Claro que aún ignoraba la razón por la que ella se había presentado en aquel lugar. Quizá después su deseo no fuera tan notorio.

—Vine para hablar contigo —insistió—. He de decirte que…

—Que una cama admite muchas más posibilidades que el simple sueño —la interrumpió él, con sonrisa siniestra—. Creo que tú y yo todavía no lo hemos hecho ahí, ¿verdad?

—¿Hablas de… hacer el amor?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría hacer contigo en este estado? —Con un movimiento de cabeza, señaló la soberbia muestra de sus dotes amatorias, antes de tomarla del brazo para llevarla a la cama. Allí, comenzó a desabrocharle la camisa—. No tengo vocación de mártir. Y reconocerás que un acto sexual con ropa es bastante incómodo. Ambos podemos atestiguarlo.

—¡Pero hay algo muy importante que tienes que saber!

—Y que tendrá que esperar. Lo primero es lo primero.

Sus manos se adentraron bajo la camisa y la echaron hacia atrás. Aún tenía la piel húmeda por la lluvia. Rafael olvidó por un instante sus propósitos y contuvo la respiración.

—Dios, Tina, hueles tan bien…

Le acarició el mentón con la nariz y se apropió de su boca con un furioso beso, pero la reacción de ella le sorprendió y lo excitó a partes iguales. Intentó apartarse para liberarse de su abrazo. Sentía su piel ardiente secando la de ella de un modo demasiado íntimo y abrumador. Los apresurados latidos del corazón golpeándole el pecho. Era sensual. Y provocativo. Y…

Sacudió la cabeza. No podía dejarse seducir de ese modo. ¡Debía resistirse, no derretirse!

—No… —murmuró entre dientes.

—Sí —insistió él—. «Cada pecado conlleva su penitencia», me dijiste una vez. Pues esta es la tuya.

Valentina agrandó los ojos y abrió la boca. Acababa de comprender sus intenciones.

—¡Me has tendido una trampa! —exclamó.

—¡Tú me has obligado! —explotó él—. ¡Te advertí que te estuvieras quieta! ¡Ahora tendré que redoblar los esfuerzos para protegerte! He intentado ser civilizado contigo, ¡pero conseguiré que entres en razón de un modo u otro!

Los rasgos de Rafael estaban tan deformados por la furia que lo creyó capaz de todo. Valentina quiso apartarlo, pero acabó con la espalda sobre la cama. Con el sólido cuerpo masculino sobre el suyo, apenas podía respirar.

—¡No! —chilló.

—¡Sí!

Intentó golpearle el pecho. Movió las piernas, frenética, pero su fuerza era infinitamente mayor. La presión de los poderosos músculos la clavaron al colchón, y una ardiente dureza quiso hundirse en su bajo vientre. Para su consternación, gimió al sentirlo.

Los ojos de Rafael se entrecerraron. La tenía debajo de él, furiosa, agresiva. Y excitada. Completamente desnuda e insoportablemente seductora. Pretendía darle una lección, pero su cuerpo reaccionaba con una explosión de turbio erotismo que no sabía cómo parar. El forcejeo se volvió más insistente cuando sujetó las muñecas de Valentina con una sola mano y tomó la cuerda que ella había usado como cinturón para atárselas al cabecero de la cama. Sabía que estaba actuando como un auténtico bárbaro, pero no le importaba lo más mínimo.

—¡Maldito seas! Si no me sueltas ahora mismo, ¡gritaré pidiendo auxilio! ¡¿Qué demonios pretendes?!

—¡Asegurarme de que no me causas más problemas! A fin de cuentas, ¡tú me diste la idea, así que deja de ser tan escandalosa y atente a las consecuencias de tus propios actos!

Rafael respiraba con rapidez cuando se apartó, esquivando el pie que Valentina dirigió hacia su miembro alzado.

—Si me haces esto, juro por lo más sagrado que te arrepentirás… —siseó—. ¡Te arrepentirás!

—Basta de cháchara. —Él le dio la espalda y recogió su ropa, dispuesto a marcharse. ¿Entraba dentro de lo posible que ya se estuviera arrepintiendo?—. Tienes tu merecido.

—Y tú, tu mayor condena. —Rafael detuvo su huida de inmediato—. ¿Crees que no me he dado cuenta? Te mueres por tomarme, Mejía. Pero, si lo haces, me habré salido con la mía.

Aquellas palabras eran tan ásperas como la cuerda que la mantenía prisionera, pero consiguieron su propósito. Provocó su orgullo masculino hasta que él giró la cabeza sin poder evitarlo. Hubiera sido más fácil recoger una inundación en un solo barril, o detener un terremoto levantando una mano.

Era cierto. Se moría por tomar todas las partes de aquel cuerpo desnudo y complaciente. Valentina tenía el cabello alborotado, los ojos brillando de furia y los pechos agitados por la lucha con las cuerdas. Pequeñas gotas de sudor descendieron entre ellos, hasta desembocar en la base de su ombligo. Parecía una auténtica endemoniada, ejerciendo sobre él el oscuro poder de una bruja. Rafael gimió. Comenzaba a perder el control de sus emociones. La miraba y se le ocurrían infinitas posibilidades, cada una más sexualmente perversa que la anterior.

—Los muertos se levantarían de sus tumbas si te vieran así —apreció, arrojando la ropa a un rincón de la alcoba con una expresión turbia en la cara—. Harías pecar a un ángel.

—Pero tú no eres ninguna de las dos cosas.

—No, Raposa —murmuró, señalándola con el dedo—. Para ti, soy el diablo en persona.

—Veremos quién es una maldición para quién.

Ahora se había quedado inmóvil. Su respiración era fatigosa y su mirada, desafiante. Rafael avanzó un paso. «Cuidado, Mejía. Podría sorprenderte».

—¿Me estás retando? —preguntó atónito—. ¿A mí?

—No permitirás que una mujer indefensa te deje en evidencia, ¿verdad? —siguió ella, asintiendo muy despacio—. ¿Qué te pasa? Parece que dudas. ¿O tal vez no te atreves?

—Debí atarte la lengua en vez de las muñecas —gruñó él con el ceño fruncido.

Hasta que comenzó a ver las ventajas de la situación, y su boca se torció. Tenía la ligera impresión de que sería más sencillo reducir a un animal salvaje que conseguir su aprobación, pero, como hombre que era, no podía ni quería rechazar el desafío. Jugaría un rato con ella. La excitaría hasta enloquecerla, y después la dejaría. Sería su pequeña gran victoria.

Alargó una mano en dirección a los tobillos, pero Valentina lanzó una nueva patada que esquivó a tiempo.

—No deberías volver a hacer eso —advirtió él, con los ojos entrecerrados y una expresión de perverso gusto en la boca—. Obtienes el efecto contrario al que pretendes.

—Suéltame.

—Si no dejas los pies quietos, no podré.

Ella se relajó, pero su expresión seguía siendo hostil. Peligrosa.

—Así está mucho mejor —afirmó Rafael con seguridad—. Ahora convertiré tu voluntad en un simple ronroneo, cariño.

—¿Eso crees?

—Apostaría mi mano derecha a que será así —insistió, sentándose en el borde de la cama con su sonrisa más jactanciosa.

No desvió la mirada de los furibundos ojos azules ni siquiera cuando su mano comenzó a ascender hacia el interior de los muslos, mientras se inclinaba sobre ella y llenaba la boca con uno de aquellos rosados pezones. Tiró de él. Lo succionó y degustó con deleite su ligero sabor salado. Valentina irguió la cabeza para ver aquel pecho poderoso en todo su esplendor. Irradiaba tal magnetismo sexual que contuvo un grito de placer. El ardor que comenzaba a corroerla era tan fuerte que hubiera arqueado el torso para ofrecerle los pechos al completo, pero no le daría ese gusto. No se lo merecía… Aún.

—Dijiste que me soltarías —murmuró.

—Te mentí. —Él se encaramó al colchón para colocarse entre sus piernas. Su boca trazó lentos círculos en el ombligo y comenzó a mordisquear la tierna carne de los muslos con apetito, hasta llegar al punto donde ambos se unían. Allí se detuvo—. Quedarás libre cuando consiga tenerte gimiendo y jadeando. No antes.

«Ya estoy gimiendo y jadeando».

Sopló sobre los rizos y deslizó la lengua por su ingle, acercándose al manjar del que realmente deseaba servirse. Vio cómo ella se mordía los labios para contenerse.

Y tuvo que retirarse cuando las piernas se cerraron inesperadamente.

—Vamos, Tina… —ronroneó—. Estás deseando gritar.

—Ni lo sueñes.

Su sonrisa se volvió más oscura y decidida. Con las manos en las rodillas de Valentina, empujó para volver a abrirlas. Con delicada firmeza, sofocando la leve negativa. Observó su gesto antes de inclinarse entre ellas. No estaba seguro de que ella no volviera a cerrarlas, pero se arriesgó y besó su hendidura. Bajo sus manos, las caderas de Valentina temblaron. Bien, muy bien. En cuanto repasara aquella tierna intimidad a conciencia, la tendría completamente vencida. Entonces podría marcharse.

Efectuó pequeños golpecitos con la lengua antes de recorrerla con la punta. Degustó el intenso sabor con un solo lametón. Firme, seguro, rápido. Y demasiado peligroso para él. Tuvo que levantar los ojos para ver cómo las manos de Valentina tomaban impulso en el cabecero de la cama para alzar las caderas.

—Mmm… Ya veo que te gusta.

Las piernas volvieron a cerrarse, pero con más lentitud. Temblorosas e inseguras.

—¡Esto es indignante!

—Atrayente —corrigió él, con una profunda sonrisa de satisfacción—. Una situación muy interesante. Veremos cómo se resuelve.

—No conseguirás ni un solo suspiro dirigido a ti, Mejía —murmuró, conteniendo uno de esos suspiros cuando volvió a sentir las tibias manos venciendo su resistencia, y aquella lengua inquieta resbalando por los mojados pliegues.

Había escogido el peor momento para mostrarse orgullosa, pero sería muy humillante demostrar una escandalosa rendición ante el crudo deseo que él acababa de despertarle. No estaba dispuesta a premiar aquel derroche de arrogancia masculina, pero ¡era tan tentador hacerlo! Un poco más, y enviaría su resistencia al rincón más oculto de su mente. Se desmayaría. Porque Rafael pretendía castigarla, pero no era consciente de la tierna dedicación empleada en ello.

—¿Todavía no reconoces el placer que estás sintiendo? —Ella se tragó un suspiro y se tensó contra su boca… En silencio—. Aún no ha nacido la mujer que me oculte sus gemidos con éxito, vida mía.

Esta vez, las piernas apresaron su cabeza.

—Tendrías que olvidarte de tu vanidad… para lograrlo.

—Haré más que eso. Conseguiré que me supliques.

Y esperaba que sucediera pronto, porque la parte inferior del cuerpo le palpitaba con tanta potencia que se vio obligado a incorporarse de nuevo.

Valentina estuvo a punto de ponerse a llorar por la interrupción.

—Desátame —pidió—. Yo también quiero tocarte.

—Cuando haya disfrutado de mi fantasía.

Cosa que no conseguiría si seguía estimulándola de aquella forma tan brutal. Tenía ante sí a la mujer más hermosa del mundo totalmente relajada. Con su mayor tesoro bien a la vista. Tampoco era necesario que se marchara tan pronto, pensó. Alargaría el juego un poco más.

Apartó los pliegues con los dedos y se dedicó a observar la carne rosada y palpitante. Empapada para él.

Con un profundo gruñido lleno de lujuria, se inclinó para volver a probarla. La succionó con la boca hasta encontrar el endurecido botón de su placer. Lo rodeó con los dientes. Lo lamió y, después, introdujo levemente la punta de la lengua en el resbaladizo interior.

La reacción de Valentina superó con mucho lo esperado. Presionó con las piernas los hombros de Rafael, un grito ahogado pareció llenar la alcoba al completo, y los primeros signos de temblores comenzaron a sacudir la cama. Pero él empezó a agonizar. Por muy rápido que respirara, no conseguía satisfacer su necesidad de ella. Tenía la boca impregnada de sus fluidos y la lengua envuelta en su sabor. La nariz llena de su olor. El cuerpo a punto de explotar de necesidad.

¡Maldición! No era aquello lo que buscaba, aunque debió haberlo previsto. Clavó los dedos en las caderas y levantó el rostro de nuevo. El dolor era insoportable. Sus latidos, demasiado intensos. Estaba al borde del abismo.

—Mejía, por favor…

—¿Por favor… qué?

—¡Por favor, no pares ahora!

—Eso es, Tina —susurró—. Pídeme más.

«Quédate para siempre conmigo. Ábreme tu corazón. Ámame».

—Quiero sentir tu lengua dentro de mí —confesó desesperada—. Quiero poder retener tu boca en ese lugar hasta que me desmaye de placer…

La sensación de vértigo extremo que experimentó con aquellas palabras estuvo a punto de hacerlo explotar. Corría el riesgo de empapar la colcha de la cama, pero merecía la pena insistir. Sus labios, suaves y calientes, se hundieron contra ella en un nuevo envite que provocó otro gemido. Y su resistencia se evaporó. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Se arrodilló para alzarla por la cintura hasta que sus caderas quedaron a la par y sintió su humedad empapándolo.

—Di mi nombre, Tina —pidió, tomando una espesa bocanada de aire—. Quiero oírlo de tus labios.

—Mejía…

Rafael la penetró levemente, temblando de incertidumbre. Ya no importaba el pulso que ambos se empeñaban en mantener. No podría parar.

—Oh, Señor…

Aquella susurrante súplica había brotado de su boca. Una leve sacudida lo asaltó cuando los talones de Valentina se clavaron en su espalda para empujarlo un centímetro más adentro.

—Mi nombre —exigió sin aliento—. Di mi nombre…

—¡Rafael! Rafael, Rafael, Rafael…

Se inclinó sobre ella y lamió cada letra con un beso lleno de ternura. Quiso demorarse, pero no era lentitud lo que Valentina necesitaba, sino ferocidad. Abrió la boca y le mordió los labios con tanta fuerza que sufrió otra violenta convulsión. Buscó un alivio inmediato y lo encontró cuando se enfundó por completo en ella.

Al fin la tenía donde quería. Pero él había rebasado el límite. Tuvo que agarrarse al cabecero de la cama para saciar la necesidad de empujar hasta lo más profundo de sus entrañas sin derrumbarse. Lo hizo con fuerza, con desesperación. Con hambre. Ansioso por proporcionarle el placer más alto, aun a costa del suyo.

—Santísimo Dios, Tina. Eres tan receptiva. Tan ardiente…

—Compláceme, Rafael. Te lo suplico. Compláceme… ahora.

Haría lo que ella quisiera. Del modo que ella deseara. En una última sacudida, estiró el cuello y lanzó un rugido cuando se rompió en mil pedazos. Sintió cómo se vaciaba, cómo el cuerpo de Valentina se estremecía con violencia y cómo estallaba su liberación.

Estuvieron una pequeña eternidad sin moverse, recuperando el aliento perdido, hasta que las piernas de Valentina cayeron sobre la cama y los velados ojos de Rafael recogieron la imagen de unas manos aferradas a los barrotes. Se había comportado como un animal. Como un salvaje sin control. Y se arrepentía. Ella nunca se lo perdonaría. Con un oscuro lamento, la desató.

—Vida mía, lo siento tanto… —murmuró cabizbajo, tumbándose a su lado—. Te doy mi palabra de que esto no volverá a ocurrir.

—¿Nunca más?

¡La decepcionaba! ¡Increíble! Todavía inmerso en el sopor del placer, Rafael ladeó la cabeza para ver cómo ella examinaba las rojeces de las muñecas, con expresión concentrada y una radiante sonrisa en la boca. Un sonrisa de victoria. Porque, de un modo u otro, Valentina Hidalgo había terminado por vencerle. Lo que acababa de experimentar era una dulce derrota. Un colosal terremoto que lo había aplastado. Un auténtico vendaval que lo había dejado sin fuerzas para seguir luchando con ella.

—Deberías estar apuñalándome —afirmó, atrayéndola hacia su pecho—. ¡Te he atado a la cama!

—Cosa que no me ha molestado en absoluto… Salvo que decidas no repetir la experiencia.

—En realidad, tengo una lista interminable de experiencias que pienso practicar contigo —afirmó Rafael, alzando las cejas. Aquella mujer podría mantenerlo en un asombro permanente.

—Aunque reconocerás que te has merecido una buena patada en los…

—No será porque no lo hayas intentado —la interrumpió, repasando con la lengua la porción de labio que ella le había mordido.

—Me alegro de no haberlo conseguido. Y también de que no apostaras tu mano derecha —agregó Valentina, con su sonrisa más pícara—. La hubieras

perdido. Porque te he ganado, mi querido Mejía. Al final, me has desatado y me has complacido.

Rafael acabó riendo a carcajadas. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado algo así. Valentina acababa de dar un puntapié a sus remordimientos con total naturalidad. ¿Dónde habían quedado las intenciones de castigarla? En el mismo lugar que su deseo, se respondió. Dentro de ella.

—Escúchame, Tina —susurró, acariciando su mejilla—. Me he rendido ante ti y tu coraje. Es más: creo que siempre acabaré por hacerlo. Lo reconozco. Pero ahora debes regresar a casa. Tengo que mantenerte alejada de todo esto.

—Ya entiendo. Lo de antes fue un acto físico para ti. —Completamente recuperada, Valentina se sentó en la cama y lo miró con el ceño fruncido—. Nada más.

«Eso te gustaría, ¿verdad, Mejía?».

—Un acto físico puede resumir muchas cosas y hablar a gritos —admitió él, desviando los ojos.

—Entonces explícame qué sucederá a partir de ahora con nosotros.

Rafael agachó la cabeza. Valentina parecía leer sus miserias como si fueran un libro abierto, pero tenía derecho a pedirle respuestas. ¿Se las daría? Suponía que era el momento de recapacitar acerca del tema, pero solo le dirigió una mirada cruda y primitiva que no acabó con su determinación. ¿Estaría ante la persona adecuada? El instinto le dijo que sí.

Pero sus demonios personales llevaban demasiado tiempo encerrados, exigiendo una liberación. Y eran lo suficientemente espantosos como para hacerla huir para siempre. Aun así, recibiría las explicaciones que buscaba. De una vez por todas.

—Antes debo saber hasta dónde estás dispuesta a llegar conmigo —señaló, poniéndose en pie.

—Mejía, tengo algo que contarte…

Él la acalló con un beso. Sus pupilas ambarinas comenzaron a temblar.

—Cuéntamelo cuando esta conversación termine. No sé si desearás permanecer a mi lado para entonces.

Valentina se quedó embelesada con la firmeza de aquellas nalgas y la imponente fuerza del cuerpo que se inclinaba para sacar algo de los pantalones. Sintió deseos de mordisquearlo. De chuparlo. De besarlo. Lo último que quería era abandonarlo, pero tuvo el buen tino de ocultar sus pensamientos en cuanto él volvió a la cama. Su mirada parecía cuajada de preocupaciones cuando le mostró un objeto de forma hexagonal, con un brillante engarzado en el centro.

—Supongo que sabrás lo que es —dijo.

—Un gemelo de oro. Pero no te servirá de mucho sin la pareja.

—Pertenece a Lorenzo de Casanueva. —Valentina asintió con interés—. El otro lo perdió mientras luchaba con el verdadero asesino de Gregorio Luján. Te supongo enterada de esa historia.

—No creo que haya alguien que la ignore. Pero no comprendo qué quieres decir con eso del «verdadero asesino». ¿Forma parte del trabajo para don Diego de Casanueva?

—Es algo… que me afecta personalmente.

Carraspeó cuando el ceño de Valentina se frunció. Comenzaba a preocuparse.

—¿Conocías a Lorenzo?

—Más que nadie. —El carraspeo se repitió, y su inquietud aumentó. Ya no había marcha atrás—. Durante mucho tiempo me he convertido en su sombra.

—¿Eras su… amigo?

—El mejor de todos.

—¡Pero era un ser sin entrañas!

—No deberías hablar en esos términos. Te has cruzado con él en más de una ocasión.

—¿Yo? —Un escalofrío la hizo temblar al interpretar sus palabras—. Así que está vivo…

—Tanto como yo.

—Conoces su paradero y no lo has denunciado a las autoridades… —siguió Valentina, atónita—. ¿Por qué?

—Porque, si lo hiciera, me condenaría a mí mismo.

—Tu palabra es ley en esta villa. Nunca te condenarían por algo así.

Rafael se apresuró a abrazarla. Estaba a punto de perderla, pero no podía consentir que permaneciera con él sin saber la verdad.

—Es mucho más sencillo que eso, Tina. O más complicado, como tú quieras considerarlo —comenzó. Después de una pequeña pausa, añadió—: Yo soy Lorenzo de Casanueva.

# 24

—Mientes.

Valentina se arrastró hasta acabar en el otro extremo de la cama. Lo miraba con una mezcla de espanto e incrédulo dolor. Un frío intenso la obligó a estremecerse. Ignoraba qué clase de macabro sentido del humor lo llevaba a afirmar tal cosa. Esperó una sonrisa que desmintiera aquel sinsentido, una carcajada burlona que la tranquilizara, pero nada de eso tuvo lugar. Parecía muy convencido de lo que acababa de decir. Como si fuera cierto.

—¡Mientes! —gritó, conteniendo las lágrimas con furiosa determinación.

—Voy a destapar mi deshonroso pasado delante de ti, Valentina. No es el momento de las mentiras. —Levantó una mano con energía, pero luego la dejó caer. Necesitaría algo más que ternura para convencerla—. Entenderé que, cuando escuches lo que tengo que decirte, grites y vociferes. Que me golpees o que te vayas para no volver. Lo aceptaré porque me lo merezco. Pero no soportaría verte marchar sabiendo que me consideras un asesino, porque no lo soy. ¿Me darás la oportunidad de explicarme?

Realmente hablaba en serio. Y era tal su serenidad que ella terminó por asentir. ¿Qué otra cosa podría hacer? Su cuerpo se negaba a obedecer las órdenes de su cerebro. No podía moverse.

—Mi hermano Diego y yo compartíamos la propiedad de una conservera en Ronda —comenzó él, sin perderse detalle de sus reacciones—. Pero aquel año en particular, las cosechas de las que se nutría nuestro negocio fueron penosas en algunos casos, inexistentes en otros. Para salir del apuro antes de que este se hiciera público, Diego concertó a mis espaldas mi matrimonio con Marina, la única hija de don Gregorio Luján. En un principio, el trato parecía redondo para ambas partes. Marina pasaba a formar parte de nuestra excelsa familia, y su dote serviría para tapar agujeros. Cuando supe del trato, intenté que Diego cambiara de opinión. Al no conseguirlo, quise probar suerte con don Gregorio.

—Y como él tampoco cedió, lo mataste. Ya está todo muy claro.

Con un murmullo de desprecio, Valentina intentó alejarse, pero él la retuvo por el brazo.

—Me has concedido tiempo para explicarme. Cúmplelo.

—No parece quedarme otra opción. —Ella volvió a su lugar a regañadientes. Bueno, eso era mejor que nada, se dijo a sí mismo.

—Santiago me acompañó en esa visita. Le había explicado mi plan mientras bebíamos en una tasca cercana al domicilio de Luján. No estaba de acuerdo, pero vino conmigo hasta la misma entrada. La puerta de Luján estaba abierta, así que no tuve dificultad en acceder a la casa. Tenía en mente un montón de razones para esquivar el compromiso, pero me olvidé de todas cuando descubrí su cadáver. —Sus ojos se fueron más allá de Valentina, como si en la pared de la

alcoba permaneciera grabado cada instante de aquella noche maldita—. Cuando decidí avisar a las autoridades, el verdadero asesino me atacó. Peleamos. Y perdí. Mis reflejos eran más lentos por culpa del vino, pero aún así pude distinguir su aspecto. Llevaba un parche en el ojo derecho y tenía seis dedos en una mano.

Aquello captó la atención de Valentina al momento.

—¿Me estás diciendo que el Tuerto es el asesino de Gregorio Luján?

—Eso es —respondió él—. Santiago oyó mis gritos de alarma, pero no pudo detenerle. Yo estaba tan maltrecho por los golpes que Canales tuvo que ayudarme a salir de allí para poder reponerme. Fue entonces cuando me di cuenta de que uno de mis gemelos había desaparecido. Enseguida deduje que lo había perdido en mi pelea con el Tuerto, pero, a esas alturas, volver era demasiado arriesgado. Ya habrían dado la voz de alarma. Contemplé la posibilidad de no huir. Pertenecía a una familia insigne. No se atreverían a arrestarme. Pero las pruebas en mi contra eran demasiado contundentes. Tuve miedo.

—Fuiste un cobarde.

Lejos de ofenderle, su reproche lo llenó de esperanza. Creía en él.

—Huí de mi hogar —afirmó cabizbajo—. De mi familia, de mis responsabilidades… Aunque Canales se negó a dejarme solo; me acompañó gustoso a mi infierno particular, y solo por eso no viviré lo bastante como para agradecérselo.

—Se comportó como un amigo.

Lorenzo asintió, emocionado por los recuerdos y por la incipiente comprensión que veía en Valentina.

—Iniciamos un viaje rumbo a ninguna parte. Estuvimos semanas pasando penurias. Con el temor constante a ser descubiertos. Durmiendo a la intemperie y comiendo lo que podíamos. Pero todo terminó con el golpe de suerte que nos puso en el camino al anarquista y, con él, a Claudia. Ella nos acogió, y Adela me ayudó a fabricarme una nueva identidad, echando mano de sus convenientes contactos —concluyó, lleno de congoja. ¡Deseaba tanto abrazarla! Pero antes debería ganarse su confianza. Una completa aceptación—. El resto es de dominio público. Gracias al préstamo de Claudia, a sus influencias y al trabajo duro, conseguí todo lo que tengo.

«Conozco casi toda su vida y la de los que trabajan con y para él».

Aquellas habían sido las palabras exactas de Adela.

—¡Ella lo ha sabido siempre y me lo ha ocultado! —exclamó Valentina, totalmente perpleja.

—La conocí la primera noche que pasé en la villa, cuando aún no nos habíamos acomodado en la residencia de Claudia. Y, por los visitantes que acudían a la posada, supuse que ella podría ayudarme. Lo hizo a cambio de una bonita suma que tuve que pedir prestada a Claudia, pero guardó silencio consciente de que mi vida dependía de ello. Para los demás, incluida la baronesa, soy Rafael Mejía. —Apretó los dientes con desazón. A esas alturas ya debería tenerla rendida, no

dirigiéndole aquella mirada hostil que lo juzgaba—. Si Adela creyó mi historia, tú también podrás hacerlo. Me conoces mejor que ella. Mejor que nadie.

Era más que probable, pero decidió no dejarse influir por aquel brote de ternura. No si quería pensar con un mínimo de coherencia.

—¿Y Canales? —preguntó—. ¿Nadie lo buscaba?

—Mis amigos de juergas eran demasiado inestables como para considerarlos de fiar. Santiago gustaba de hacer continuos viajes. A nadie le extrañó que emprendiera uno de ellos, coincidiendo con la muerte de Luján.

Intentó acercarse, pero Valentina lo detuvo extendiendo una mano. Estudió la expresión impaciente y ansiosa con la que era observada. No parecían los desvaríos de un enfermo. Ni los delirios de un mentiroso.

—Marina Luján murió por tu cobardía… —lo acusó.

—Y aún me duele. La noticia de que Chacón era el único beneficiario del testamento de Luján corrió tan rápido como el suicidio de Marina, pero nos resultó sospechoso. Decidimos seguir sus movimientos desde Los Vigilantes de Castilla. En vista de que el asesino había desaparecido sin dejar rastro, y el único heredero no estaba interesado en seguir con la investigación, era la oportunidad perfecta para limpiar mi nombre y probar la culpabilidad de Chacón. Por eso le prometí a Canales que…

Lorenzo suspiró profundamente antes de continuar. Se sentía como el más miserable de los hombres por lo que debía explicar a continuación.

—¿Qué le prometiste? —preguntó ella en un oscuro murmullo.

—Santiago me hizo prometer que me pondría en contacto con mi hermano y le haría saber que estoy vivo y en buen estado de salud. Una vez que consiga su perdón, cosa que no me va a resultar nada fácil, tendré que aceptar el matrimonio que Diego elija para mí —respondió—. Después de todo, se lo debo.

Esos eran sus planes. Cumplir con el encargo de don Diego y volver a su hogar. Valentina deseó golpearle hasta hartarse, pero se limitó a hundir los hombros.

—Si cumples con lo acordado, te casarás con otra —murmuró, dejando caer los párpados para no ver su rígido asentimiento—. Podías habérmelo contado mucho antes, y no lo hiciste…

—¡Te metiste en medio de mi venganza contra Chacón sin que yo consiguiera evitarlo! —exclamó él, mostrándole las palmas de las manos como si ahí estuvieran todas las explicaciones—. Solo pretendía alejarte de mí para no dañarte. Lo intenté por todos los medios. Pero ahora, las cosas han cambiado.

«Ahora quiero que permanezcas conmigo».

—No tanto. Si te olvidas de esa venganza, conservarás la vida… Para vivirla como tú desees.

Lorenzo la miró como si estuviera loca.

—¡Llevo casi cuatro años guardando celosamente mi secreto! Cuando me agobiaba la culpa, ¡tan solo podía compartirla con Adela y Santiago! Durante mucho tiempo me acosaron las pesadillas. No conseguía dormir por las noches. A veces, cuando estoy solo en mi cama, todavía me despierto gritando, empapado

en sudor. ¿Sabes lo que es eso? —Valentina no respondió. Tenía los ojos muy abiertos para poder acoger su tono implacable y frío—. ¡Me robaron mi identidad, mi posición, mi familia y mi nombre! ¡Todo! Si olvidara, mi sufrimiento habrá sido en balde.

Entonces ella comenzó a comprender las descorazonadoras conclusiones. Aquel no era Rafael, sino otra persona. Un hombre dispuesto a recuperar lo que le había sido arrebatado a cualquier precio. Alguien que se debía a una estúpida promesa arrancada en un momento de angustia.

—Te marcharás, ¿verdad? Y nada te hará cambiar de opinión.

Lorenzo golpeó el colchón con el puño y se acercó a ella murmurando maldiciones.

—Eso depende de ti. De si decides creer en mí. Porque esa es la única verdad, Valentina. Todo lo compartido contigo era y es auténtico. —No la tocó, pero tampoco la dejaría escapar antes de que hubiera escuchado lo que el corazón le dictaba—. Y seguirá siéndolo, con una sola palabra que salga de tus labios.

Valentina fue incapaz de pronunciarla. Los ojos se le habían quedado secos de tanto fijarlos en… Se acercó más. El miedo y la incertidumbre se desvanecieron poco a poco. Apreció cada rasgo de él como si lo viera de nuevo.

—Eres Lorenzo de Casanueva… —musitó.

—Sí. Y durante mucho tiempo me olvidé de serlo. Tengo un nombre con demasiados secretos, que acabo de desvelar ante ti. —Si lo pensaba bien, todo lo pasado no era nada en comparación con lo que sufriría si ella se marchaba. Comenzaba a resultar imprescindible para él—. Tú dirás.

Se cruzó de brazos, observando cómo ella parecía meditar todo lo escuchado.

No había pruebas físicas de su relato. Contaba con su palabra para creerle. Y comprobó que eso era lo que deseaba. Porque le había abierto el alma. Al completo. Quizá fuera un proscrito de aspecto atractivo y atrayente. Un cacique de renombre. Un diligente empresario o un buen patrón. Un hombre irresistible lleno de misterios. Pero nunca un asesino.

Los caminos que había tomado su corazón eran demasiado intrincados como para comprenderlos en un segundo, pero de una cosa estaba segura: había elegido hacía tiempo. Y Rafael, Lorenzo o como quisiera que se llamase aquel hombre era esa elección. Aunque tampoco se lo iba a poner tan fácil.

—Te entregué mi virginidad, mi confianza y hasta mis sueños y pesadillas. Y ahora descubro que tú no eres tú —lo acusó—. ¡Me has engañado!

—¡Nunca hice tal cosa! Si te olvidaras de tus remilgos…

—¡No son remilgos, sino desconfianza! —Con un fuerte jadeo, Valentina irguió la espalda para no parecer demasiado afectada—. No comprendo qué buscas al contarme todo esto.

—Busco tu aceptación. Te busco a ti. —Lorenzo alcanzó su mejilla con la punta de los dedos y las pupilas temblorosas—. ¿Todavía crees que yo maté a Luján?

—Todavía creo que eres un hombre muy peligroso.

—No opinabas de igual modo hace un momento, cuando casi me suplicabas que volviera a atarte a la cama.

Él se acercó un poco más, hasta posar la cálida palma en el hueco de su cuello. Valentina se sonrojó y frunció el ceño, pero no se movió. Los ojos ambarinos despedían chispas de firmeza. El momento de las confesiones había terminado. Ahora intentaba convencerla con algo que se le daba mejor que bien: la seducción.

—Lo que acabo de escuchar es… descarado y…

—Rigurosamente cierto. Vamos, Raposa… —Lorenzo se permitió el lujo de alzar las cejas con aplomo. Ahí estaba el antiguo Rafael, reconoció ella con un murmullo de disgusto y de alivio. Era él, sin lugar a dudas—. Si te molestaras en tocarme, verías que soy el mismo hombre que se rinde ante tus caricias. El mismo que satisface las muchas exigencias de tu cuerpo y de tu mente.

Parecía deseoso de que lo hiciera. Y ella estuvo a punto de complacerle. No pudo evitar un suspiro de admiración hacia el magnífico cuerpo desnudo que tenía delante, antes de fijar los ojos en algún punto de la cama. Ceñuda. En silencio. Hasta que los levantó de nuevo con una expresión de serenidad que le encogió el alma.

—Podría haberme callado para siempre, y no lo he hecho —insistió Lorenzo, apartando la mano con tristeza—. Podría haberte mentido de mil formas, pero me he arriesgado a tu rechazo con la verdad. Ahora mismo, ningún secreto me separa de ti.

—Salvo que yo estime lo contrario.

—Salvo que tú estimes lo contrario —concedió él con voz estrangulada.

El azul de sus ojos comenzó a aclararse. Y la esperanza de Lorenzo regresó.

—En mi vida he tenido que batallar con problemas más serios que el que tú representas ahora mismo. Confianza mutua —afirmó Valentina, antes de volver a recostarse a su lado—. Me has confesado tu mayor secreto. Pero prometiste que te casarías con quien tu hermano eligiese para ti. No estoy dispuesta a ser el segundo plato de nadie. Espero que eso te complazca, porque es mi última palabra.

Si la dicha fuera un grito, él hubiera llenado la alcoba con un rugido ensordecedor. ¿Que si lo complacía? Lo aceptaba tal y como era. Quería ser la única en su cama, en su casa y en su vida. ¿Cómo podía no complacerle? Lanzó un entusiasmado aullido de alegría. De un salto, la levantó y dio vueltas con ella en vilo, hasta que volvieron a caer sobre la cama. No podía dejar de reír. Se sentía pletórico, aliviado… ¿Feliz? Sí, eso también. Eso más que nada.

—Algunas promesas están hechas para ser rotas —afirmó, con los ojos entrecerrados y una sonrisa astuta en los labios—. Déjame eso a mí.

—Si lo haces, destrozarás tu honor.

—El límite del honor está dentro de cada hombre. ¿A ti te importaría comprobar hasta dónde llega el mío? —preguntó, con tanta incertidumbre que Valentina se echó a reír.

—Eres mi caballero —respondió, acariciando la áspera mejilla—. Ya lo sabes.

—Era lo que necesitaba oír. —Lorenzo llenó su boca de impetuosos besos, despertando el deseo poco a poco. Cuando se apartó, los dos comenzaban a jadear—. Te mereces mucho más de lo que tienes, vida mía. Te prometo que, cuando todo esto acabe, aclararemos nuestra situación de una vez por todas.

No sabía lo que aquello significaba con exactitud, pero no pensaba preguntarlo. Todo él era suyo, salvo aquella pequeña parcela de su pasado que acabaría por resolverse. Debía aprovechar sus ventajas. Se acopló a los músculos que la cubrían y se frotó contra ellos hasta oírlo gemir. Lorenzo vibró de anticipación. Sintió cómo las largas piernas le rodeaban la cintura, y vio cómo el azul de sus ojos se intensificaba.

—¿Hay que esperar hasta entonces? —ronroneó ella con desencanto—. Podríamos empezar ahora…

—Tus deseos son órdenes para mí.

Unió su boca a la de ella, pero esta vez no hubo delicadeza, ni cuidado. La cubrió con su imponente excitación. Sintió crecer la inevitable tensión, respondiendo a las ardientes caricias de Valentina, y rezó una plegaria de agradecimiento mientras la poseía por completo.

—No quiero renunciar a esto, Tina.

—No tendrás que hacerlo. Nunca.

Ella lo empujó más hacia dentro con un chillido lleno de pasión. Se movieron al unísono. Fundieron sus sudores y gemidos, hasta que un calor devastador estalló entre ellos y ambos gritaron su placer.

Estaban nuevamente sudorosos y agotados. Lorenzo llenó su cara de pequeños besos mientras se sumergían entre las sábanas. Sintió las piernas de Valentina sobre las suyas, la cabeza reposando en su pecho, y el delicado brazo rodeando su potente cintura. La tenía solo para él. Había lanzado un órdago al destino, y este acababa de responderle con un guiño.

Ella pareció revolverse entre sus brazos. Sintió el roce del pelo en el hueco de su cuello y un premonitorio suspiro junto a la oreja.

—Casanueva…

—¿Sí?

—Te amo. —Todos los músculos de Lorenzo se pusieron rígidos—. Amo tu fuerza, tu generosidad y tu valentía. Tu honestidad y tu sentido del deber. Tu corazón noble.

—Valentina, yo no soy como dices…

—Tienes muchos defectos que también amo, porque estoy segura de que tú sientes lo mismo, aunque no me lo hayas dicho. Lo veo en tu manera de hablarme, de acariciarme, de protegerme. Por eso entiendo que te resulte difícil expresarlo con palabras.

—Tina…

—Te amo —insistió ella con dulce terquedad—. Que no se te olvide nunca.

«¿Qué te parece la declaración, amigo? Deberías corresponderla, ¿no crees?».

Lorenzo cerró los ojos y la apretó contra su corazón como si fuera a deshacerse. No. No era el momento de esa confesión. Para eso habría mucho tiempo. Tal vez el resto de su vida. Ahora disfrutaría de su condenada buena suerte. Se arrepentía de no haberle confesado antes quién era en realidad. Se arrepentía de haberla tratado con aquella aparente indiferencia, tan despótica, en demasiadas ocasiones. Se arrepentía incluso de sentirse tan feliz y despreocupado en su compañía. No se merecía aquel amor, ni la comprensión ni tampoco la lealtad absoluta o la confianza ciega de los que era depositario. Pero lo tenía y, ¡qué demonios!. Le sacaría el máximo partido.

—Duérmete —fue capaz de decir al cabo de un rato, con los ojos humedecidos por la emoción—. Nos espera un día muy duro.

—¿Cómo de duro?

Lorenzo la miró con un quejido de impotencia.

—¿Es que nunca te agotas? —preguntó con guasa. Pero Valentina lo miraba ahora con una mezcla de ansiedad y miedo—. Está bien, te lo diré. Mañana tengo pensado adelantarme a la expedición para inspeccionar el terreno de las ruinas y sus alrededores. Ahora que hemos recuperado los informes, quizá Chacón dé marcha atrás y no haya planes que detener.

—En ese caso, estarás como al principio.

—De un modo u otro, no habré avanzado tanto —señaló Lorenzo con expresión oscura—. Suponiendo que pudiera probar la veracidad de mis informes, aún tendría que hacer lo mismo con el asesinato de don Gregorio a manos del Tuerto.

Y aquello iba a ser infinitamente más complicado, añadió para sí mismo. Pero lo haría. Era algo muy necesario para poder vivir su propia vida con plenitud. Acababa de decidir que esos serían sus planes más inmediatos.

—¿Irás tú solo a las ruinas?

El tono de preocupación empleado en la pregunta le arrancó una sonrisa de orgullo.

—No será nada peligroso, y lo haré a plena luz del día —aseguró, dejando un tierno beso en su frente—. Cosme vendrá conmigo. Se ofreció a ayudarme desde el principio.

¡Cosme! El corazón se le paró en el pecho al oírlo. Alzó la cabeza con los ojos desorbitados fijos en la cara de Lorenzo, como si estuviera viendo un monstruo de dos cabezas. Pero no era él quien la había aterrado de esa forma. No era su confuso fruncimiento de cejas el que provocaba aquella palidez tan extrema, ni el frío en el que sus manos se vieron envueltas de repente. Era algo mucho más importante, que estaba a punto de salir por aquella deliciosa boca. Lorenzo se puso en guardia en cuanto vio cómo ella se sentaba frente a él y se mordía el labio en actitud reflexiva. Dudaba, pero enseguida pareció convencida de lo que vendría a continuación.

—¿Debo asustarme? —murmuró él, sin confesar que ya estaba asustado.

—Nunca sería tan traicionera contigo como para mentir en esto. —Valentina le sostuvo la mirada y cuadró los hombros. Lorenzo escuchó un breve suspiro que le

puso la piel de gallina—. Te amo, Casanueva. Con todas las consecuencias. Y esta es una de ellas. —Después de una pausa, añadió—: Cosme es el traidor que robó los informes del despacho de Canales. Es el hombre que buscáis.

# 25

—No es posible.

Pero sí que lo era. O eso parecía, a juzgar por la expresión de Valentina.

—Debes de estar equivocada —añadió, con una voz tan poco convincente que incluso él dudó.

—No.

—Si lo haces como revancha por todo lo que acabo de relatarte, puedo entenderlo —insistió, con la voz cada vez más inflexible y la mirada más dura—. En caso contrario…

Solo obtuvo un empecinado silencio como respuesta. ¿Dónde estaban las disculpas por haberse propasado? Porque aquello no era más que una rabieta desmedida, seguro. Le resultaba demasiado sórdido pensar que el bonachón de Cosme era un espía frío y calculador. Aunque también lo era pensar que su dulce Valentina tenía una inventiva tan macabra.

—Se te olvidó contarme esa parte cuando me «regalaste» los informes —apreció con ironía, incorporándose y arrancando de ella una auténtica mirada de culpa.

—Estabas demasiado enfadado conmigo como para creerme.

—¿Y qué te hace pensar que ahora estoy más receptivo a esta sarta de insensateces?

Valentina respiró hondo. Aquella calificación entraba dentro de lo esperado. Al igual que el saqueo de los ojos castaños, fríos e incisivos.

—Las circunstancias —afirmó, pasando por alto las sorprendidas cejas alzadas de Lorenzo—. ¿Recuerdas el día que te fuiste de viaje, antes de que Ramona fuera asesinada?

—Tardaré mucho tiempo en olvidarlo, Raposa.

—Yo también, pero no por los mismos motivos. —Valentina resopló ante sus insinuaciones—. Cuando desperté en el río, oí cómo Cosme y el Tuerto hablaban de los informes. ¡Lo vi entregárselos!

Lorenzo desvió su mirada lejos de ella. Hacia cualquier otro punto de la alcoba. Gruñó y se frotó la barbilla. Ahí estaba la parte que ella le había ocultado. A sabiendas. Aunque, si decía la verdad, su actitud estaba más que justificada.

¿Decía la verdad?

«Si lo piensas, todo tiene sentido. Las sospechas de que alguien conocido pudo asaltar el despacho de Santiago, la limpieza del robo… Incluso el nerviosismo de Valentina cuando te despidió aquella tarde. Una vez que supo del destino de los informes, corrió a recuperarlos para ti. ¡Te ama! No te engañaría con algo así. Pero Cosme… ». Un frío helador le comprimió el pecho. Estudió la expresión de los ojos azules esperando descubrir algún signo de maldad. Solo halló la honestidad más absoluta.

—Aquel día, Cosme me amenazó con matarte si hablaba —continuó Valentina, como si adivinara cada una de sus dudas—. Pude habérselo contado a Canales, pero cuando supe que habías venido hasta aquí con él, solo pensé en alcanzarte a tiempo. ¡Estás en peligro!

—Eso era lo que tenías que confesarme antes de que…

—Sí —lo interrumpió ella—. Afortunadamente, llegué a tiempo.

—¿Y por qué no ha terminado conmigo?

—Si Chacón se lo ordena, lo hará.

—¿Y tú? —insistió, cada vez más confundido—. ¿No se supone que puedes descubrirlo en cualquier momento?

—¡Él piensa que sigo en La Albacara! —exclamó Valentina. ¿Qué milagro tendría que producirse para que la creyera?—. ¡Debes detenerlo, antes de que sea tarde!

Expulsó el aire de sus pulmones de un modo muy ruidoso y se relajó. Lo peor ya estaba dicho. Ahora venía cuando Lorenzo comenzaba a echar espuma por la boca, lanzándose contra Cosme para darle su merecido. Desde luego, no había lugar para el recelo que apreció en los ojos castaños, ni para la mirada indulgente que le dedicó. Lorenzo buscaba razones que pusieran en tela de juicio su relato, a su pesar. Todavía le parecía repugnante. Tanto si era cierto como si no.

—Valentina, ¿estás segura de lo que me cuentas?

—¡Sí!

—Pudiste equivocarte —insistió—. Si no recuerdo mal, había bastante maleza en aquel lugar.

—¡Estuvieron tan cerca de mí que pude olerles el aliento!

Lorenzo no se dio por vencido. El acceso de pánico que le comprimía el cerebro lo llevó a pensar en toda una serie de posibilidades, por descabelladas que pareciesen. Comenzaba a arrepentirse de haberla dejado sola aquel condenado día.

—Tenías miedo a ser descubierta —afirmó—. Quizá viste a otra persona y la confundiste con Cosme.

—¡No! ¡Sé lo que vi!

—Ese hombre nos ha servido a la perfección desde que entró en los Vigilantes —aseguró, apretando los labios para contener el nerviosismo—. ¡Lo conoces! ¿Lo crees capaz de algo así?

—Nunca, si no lo hubiera visto con mis propios ojos —afirmó Valentina, observando su pasividad con auténtico pasmo—. ¿No vas a hacer nada al respecto?

—Comprende que las acusaciones son muy graves. —Ella asintió sin más. ¡Por supuesto que lo comprendía!—. Y la lealtad de Cosme siempre ha estado fuera de toda duda.

—Hasta ahora. ¡No te estoy mintiendo!

Su mirada esquiva se desplazó al colchón antes de volver a ella. Creerla suponía un golpe demasiado humillante para su orgullo. Demasiado doloroso. No

hacerlo, también.

—Te diré lo que haremos. Mañana a primera hora nos enfrentaremos a él. Los dos juntos —propuso, señalándola—. Quiero ver cómo se defiende. Sabré si miente.

—Así que no confías en mí…

Un lamento de impotencia le respondió. Había tanta decepción en sus palabras que Lorenzo alargó una mano para reconfortarla. Necesitaba tocarla. Saber que no rechazaba sus atenciones por muy escéptico que se mostrara. Pero ella se apartó para cruzarse de brazos con expresión obstinada.

—No me toques —exigió.

—Raposa…

—No me llames así —insistió, levantando la frente con orgullo—. Me estás demostrando demasiado recelo como para tratarme con tanta confianza.

Lorenzo meneó la cabeza con desaliento.

—Parece que no importa demasiado en quién confíe —terminó por acusarla—. Tú tampoco estás dispuesta a darme tregua.

Valentina se puso tensa. Lo miró con toda la frialdad que pudo atesorar en un momento como aquel, y ocultó la terrible decepción que le agarrotaba la mente. Había esperado oposición. Una muy encarnizada. Se había preparado para una lucha sin cuartel. Pero él decidía mostrarse sereno y reflexivo. Dispuesto a dar un voto de confianza a la muerte.

—Te elegí para revelarte todo lo ocurrido. —«Y para compartir el resto de mi vida»—. Nunca esperé que aceptaras mi historia a las primeras de cambio, pero si no consigo tu colaboración, la buscaré en otros.

«Canales», parecieron añadir sus ojos turbios. Él gruñó por lo bajo. Comenzaba a bloquearse. Bastante tenía con intentar averiguar la verdad de aquella caótica confesión como para tener que pelearse con la tozudez personificada mientras lo hacía.

—Ángel mío, no dudo de tu buena fe. Solo pienso que puedes estar equivocada —murmuró. Debía mostrarse suave, conciliador. A pesar de que lo único que quería era zarandearla—. Si es así, el verdadero culpable campará a sus anchas, poniendo tu vida en peligro, mientras acusamos a un inocente.

—¡Él no es inocente! —Valentina golpeó el colchón con los puños. El cuerpo entero le ardía de pura furia—. ¡Yo quería a Cosme! ¡En la posada era como un padre para todas nosotras! ¡No estaría aquí contigo si tuviera la más mínima duda!

Superó las ganas de echarse a llorar y apretó los dientes. Quería abofetearlo. Sacudirlo hasta hacerlo entrar en razón. Gritarle hasta desgañitarse para que dejara de lado aquellas dudas absurdas. Pero tomó la opción más desesperada, la que mejor retrataba su incertidumbre: buscó la seguridad de su pecho y lo abrazó con ansia. Y Lorenzo terminó por corresponderle. Era lo mejor para sacudirse de encima el desconcierto. Disfrutar del contacto suave y aromático, antes de que ella le hiciera objeto de toda su frustración.

—Vida mía, ¿acaso no entiendes que solo quiero tu seguridad? —susurró contra su pelo—. Si todo lo que cuentas es cierto, te aseguro que le sacaré las entrañas con mis propias manos. Pero si no lo es…

—¿Temes que esté confundida porque temes por mí?

—Tú eres mi mayor tesoro, Valentina. —Sintió un suspiro relajado calentándole el pecho y su piel amoldándose a él de forma deliciosa. «Bien —pensó—. A partir de ahí, todo será más fácil»—. Nunca lo dudes.

—No es que dude, pero necesitaría que fueras más… explícito.

Los ojos azules adquirieron un brillo malévolo cuando los alzó hacia él.

Oh, oh… Lorenzo pudo ver alguna especie de macabra idea pululando en ellos. No sabía qué parte de sus pobres disculpas le habían servido para cambiar de actitud, pero aquella mirada lo hizo temblar más que todas las revelaciones escuchadas. Sus músculos se pusieron en guardia.

—Te propongo un trato —siguió Valentina, y esperó a ver un poco convincente asentimiento para continuar—: Acepto enfrentarme a Cosme y quedarme aquí hasta que termines tu trabajo, si a cambio mañana te haces acompañar por cualquier otro que no sea él.

—¿Incluso si se demuestra que estabas equivocada?

—Incluso así.

—¿No le darás más quebraderos de cabeza al pobre Canales?

—Ni uno solo.

—Tú no eres una mujer sumisa. —Lorenzo la apartó para estudiarla con recelo. De todo lo escuchado, aquello era lo que más desconfianza le inspiraba—. Si viniste hasta aquí, puedes llegar mucho más lejos. Acabo de comprobar cómo te desesperas porque solo manifiesto mis dudas acerca de lo que tus ojos vieron aquel día. ¿Y, de buenas a primeras, te calmas para jugar conmigo a los tratos?

Valentina se apartó y enarcó las cejas.

—Esa es mi oferta, Casanueva —afirmó, dejando que sus pestañas aletearan con delicadeza—. O la tomas, o la dejas.

No lo pensó demasiado. Estaba seguro de que todo se debía a una estúpida confusión que pensaba arreglar al día siguiente, pero debía asegurarse de que Valentina quedaba fuera de todo peligro.

—Quiero tu palabra de que no te moverás de aquí —exigió.

—La tienes, siempre y cuando yo reciba la tuya.

—Eso espero —replicó él con dureza—. De lo contrario, volveré a atarte a la cama. Y esta vez te pondré el trasero como un tomate antes de aflojar las ligaduras.

Valentina echó un vistazo al cabecero de la cama y sonrió. Cómo aquel hombre podía hacer desaparecer su desesperación en un segundo con un simple comentario era un misterio para el que aún no tenía respuesta. Extendió la mano para sellar el acuerdo con expresión solemne, pero Lorenzo tiró de ella y la atrapó entre los brazos.

—Los pactos entre nosotros jamás se sellarán con un apretón de manos, cariño —manifestó. Una sonrisa despiadada acudió a los labios, su mirada se espesó y un gruñido animal brotó de su garganta cuando tomó la boca de Valentina con ímpetu. Mientras volvía a seducirla para acallar las voces de alarma que gritaban en su interior, se sintió el mayor impostor sobre la faz de la Tierra.

La había dejado sola en la cama. En el momento en que el sol del mediodía le dio de lleno en los ojos, Valentina comprobó que así era. Y no tuvo que pensar mucho para saber lo que había sucedido.

—Maldito seas, Casanueva.

¿Cómo se había dejado embaucar de ese modo? ¡Debió haberlo supuesto! Comenzó a murmurar toda una letanía de insultos dirigidos a él y a sí misma, pero los cortó de raíz. No había tiempo para lamentaciones.

Salió de la cama y se vistió con las ropas de campesino. Fuera, un murmullo de voces masculinas le hizo pensar que quizá no se hubiera ido todavía. Se asomó a la ventana, confiada, pero el alma comenzó a encogérsele en el pecho cuando vio cómo los hombres entraban en la posada. Lorenzo no estaba. Y Cosme tampoco.

«No pienses en lo peor. Estará en los establos, o en el comedor, o…». No quiso hacer más conjeturas, y abandonó la alcoba con sigilo. Su primer impulso fue presentarse ante Santiago y preguntar por él, pero se olvidó de la idea en cuanto los vio. Llenaban el vestíbulo, envueltos en un estado de tensa agitación. Acurrucada en lo alto de la escalera, pudo observar cómo Santiago impartía las órdenes, agitando en la mano una navaja abierta como si con ella orquestara toda la operación.

—Esperaremos a que don Rafael vuelva de las ruinas para tener una idea clara de la situación —decía—. Mientras tanto, vosotros cuatro recorreréis los pueblos de la zona y recabaréis toda la ayuda que podáis. El resto, preparará las armas disponibles. ¡No quiero que se escape ningún detalle! ¿Entendido?

Con un fuerte murmullo de asentimiento, comenzaron a dispersarse. Pero aquellas palabras retumbaron en el pecho de Valentina. Lorenzo había roto su parte del acuerdo. El muy necio se había marchado con Cosme, desoyendo sus advertencias.

Claro. ¿Quién iba a censurarle? En resumidas cuentas, se trataba de la palabra de un hombre de su total confianza contra la de una tonta que le había confesado su amor, mientras le servía de entretenimiento en la cama.

Frunció tanto las cejas que estas se unieron. Y agarró los pantalones con tanta fuerza que a punto estuvo de rasgar la tela raída. Muy bien. Si él faltaba a su palabra, ella podría hacer lo propio. «¡Díselo a Canales! ¡Él te ayudará!». Él y los Vigilantes representaban la fuerza que necesitaba, pero también las dudas acerca de Cosme. No contaba con el tiempo ni con la energía suficientes como para enfrentarse a lo segundo con ánimos de salir victoriosa. Pensaba encontrar a Lorenzo antes de que fuera demasiado tarde. Sin ayuda y aunque fuera lo último que se mereciera.

Porque, a pesar de todo, lo amaba más que a su propia vida, y no podía soportar la idea de verlo prisionero, o muerto por la mano de aquel en quien confiaba.

Permaneció agazapada en su sitio hasta que los Vigilantes se desperdigaron. Tuvo que pegarse aún más a la pared para ocultarse de Santiago, pero suspiró tranquila cuando vio que no se detenía en su alcoba para asegurarse de que estaba dentro. Se deslizó por los escalones como si fuera una sombra. Con el cabello perfectamente recogido bajo el ancho sombrero de paja, que había inclinado un poco más sobre la cara. Avanzó por el vestíbulo, pero la potente voz del posadero la detuvo justo antes de alcanzar la puerta.

—¡Eh, zagal!

Valentina carraspeó para hacer su voz más grave y apenas se volvió.

—Dígame, Bonifacio.

—Don Santiago se dejó aquí su navaja. ¿Se la devolverás?

Por el rabillo del ojo, vio cómo el hombre le tendía el arma con total confianza.

—De mil amores —respondió, metiéndosela en el bolsillo del pantalón.

Fingió normalidad hasta que salió al exterior. Entonces se olvidó de los disimulos y corrió hacia los establos. No se encontró a ningún Vigilante por el camino. Nadie le impidió tomar el caballo ya ensillado de Santiago y salir de allí a galope tendido.

Solo analizó su situación cuando se encontró en completa soledad. Aquella zona podría estar infestada de contrabandistas al acecho. La inmensa alfombra de fresnos que rodeaban el estrecho camino parecía infranqueable. Si se perdía, estaría a merced de las alimañas. Por si eso fuera poco, el cielo volvía a oscurecerse, augurando una nueva tormenta. Espantó aquellos lúgubres pensamientos y comenzó a ascender la ladera que la llevaría hasta las ruinas con determinación, pero una sucesión de chasquidos, seguidos de un lamento profundo, la hicieron detenerse de golpe. El viento que precedía a la tormenta comenzó a arreciar con fuerza, llevándose las hojas caducas de los fresnos y su sombrero de paja. ¿Tenía valor? Sí. En cantidades ingentes. Y debía utilizarlo para no caer en el pánico más absoluto.

Desde su posición de altura, divisó el río a lo lejos e intentó pensar con lógica. Seguramente lo que escuchaba era la berrea, el apareamiento de los ciervos que tendría lugar en aquella época del año. El viento habría llevado hasta ella el bramido de los machos y el entrechocar de sus astas, buscando con la pelea el favor de las hembras.

No podía tratarse de otra cosa, ¿verdad?

—Son los ciervos —se repitió, para convencerse—. Estás sola aquí, Valentina.

Pero escuchó el aullido de un lobo en la lejanía, y sus instintos se desbordaron. Inclinada sobre el cuello del animal, se lanzó hacia las ruinas del castillo en un alocado galope, que frenó de cuajo cuando vio dos caballos atados a la rama de un árbol. Reconoció el de Lorenzo con un nudo en el estómago. Se apeó y miró en todas direcciones, pero no había ni rastro de los jinetes, solo un silencio

sobrenatural que parecía impulsarla hacia la construcción derruida que tenía delante, cobijada entre grandes rocas. Las paredes desnudas carecían de techo, amparando parcialmente una extensión de terreno llena de guijarros. Era imposible que aquellos muros pudieran ocultar cargamento alguno, tampoco el cuerpo de un hombre. Vivo o muerto.

Valentina se agazapó tras la muralla y estudió el lugar con más detenimiento. No quería engañarse. A esas alturas, ella podría ser la observada. La idea le produjo un escalofrío de terror que a punto estuvo de hacerla volver sobre sus pasos.

Pero no lo hizo. Tenía que encontrar a Lorenzo.

Seguro que estaría allí dentro. Seguro que estaría vivo. Por el momento, a Chacón le resultaría mucho más útil en ese estado. Se repitió aquel razonamiento una y otra vez para llenarse de valor y avanzar por terreno desconocido, sin darse cuenta de que era vigilada por varios pares de ojos, esperando para saltar sobre su espalda y rebanarle el cuello.

El dolor que nacía de algún punto detrás de la oreja se había extendido a su cabeza. Fueron esas horribles punzadas las que lo obligaron a abrir los ojos con lentitud, demasiado aturdido como para comprender cuál era su situación.

Había humedad. En el suelo sobre el que estaba sentado y en la pared que le servía de apoyo. La iluminación que le permitía apreciar la puerta enrejada que había frente a él provenía de dos antorchas apostadas en soportes de hierro, a un lado de la pared. En el rincón más apartado, una sombra oscura apilaba cajas de madera.

Lorenzo gimió de dolor y volvió a cerrar los ojos. No podía seguir con la inspección. Todo le daba vueltas. Sintió un sudor frío empapándole el rostro. El hedor a podrido que desprendía aquel lugar le produjo tal sensación de mareo que quiso frotarse la cara para espantarla. No pudo. Los grilletes de unas gruesas cadenas, firmemente sujetas a la pared, lo mantenían amarrado por las muñecas. Cuando intentó mover los brazos, una oleada de calambres le arrancó otro grito que hizo que la figura se moviera hacia él.

—Patrón, ya ha despertado.

Escuchar aquella voz fue como abrir las compuertas de su contención. Apartó la cabeza a un lado y vació el contenido de su estómago al completo. Comenzaba a encontrarse mucho más lúcido cuando alzó su incrédula mirada para toparse con la de Cosme.

—¿Se encuentra usted bien?

—Me encuentro perfectamente, ¿no lo ves? —señaló con ironía—. Claro que estaría mucho mejor si me descolgaras de la pared.

—Me temo que eso no va a poder ser. Me ha costado mucho tenerlo donde está ahora.

—Ya lo imagino.

Recordó todo. La sensación de que empeñaba su vida de un modo estúpido al dejarse acompañar por Cosme. Su tranquila conversación sobre mujeres y contrabandistas, mientras alcanzaban el Castillo de Alba. Su extrañeza ante las inexplicables cautelas de Cosme y la despreocupación con la que se olvidó de ellas. «Lo siento mucho, patrón. Perdóneme» Esas fueron las últimas palabras que había escuchado antes de sentir un fuerte golpe en la cabeza. Le había atacado por la espalda. A traición.

¿Por qué no había confiado en Valentina? ¿Por qué no pensó que su relato era lo suficientemente fiable como para que arriesgara la vida para encontrarse con él? Hubiera sido mucho más sencillo que intentar justificar lo injustificable.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En las antiguas mazmorras del castillo. Uno de los pocos lugares bien conservados.

—Y el escondite perfecto para los explosivos —añadió él con la voz ronca. Su implacable mirada pasó de Cosme a las cajas, y luego otra vez a él—. Cómo has podido…

Sin alterarse lo más mínimo, Cosme se acercó a un barril y extrajo un poco de agua para ofrecérsela. Lorenzo escupió el primer trago en el suelo. Se contuvo para no hacerlo sobre su cara, aunque aceptó el resto. No estaba en situación de envalentonarse. Todavía no comprendía qué demonios había llevado a aquel hombre a comportarse de ese modo, pero obtendría explicaciones, y después, su cabeza. Aunque tuviera que arrancarse las manos para soltarse de los malditos grilletes.

—Así que tú entraste en el despacho de don Santiago… —comenzó, con la mirada más centrada.

—Samuel me comentó la existencia de unos informes sumamente importantes para nosotros y peligrosos para don Jaime. Como comprenderá, tenía que arriesgarme. Pero no lograron descubrirme.

—Lo hubiéramos hecho tarde o temprano. —Sujetándose a las cadenas, Lorenzo consiguió ponerse en pie, sacudiendo la cabeza con una mezcla de tristeza y pasmo—. ¿Por qué nos traicionaste? ¡Yo hubiera puesto la mano en el fuego por ti sin dudarlo! ¡Pensaba que nos apreciabas!

—Y así era, patrón.

—¿Entonces? ¿Qué es aquello tan importante que te ha aliado con un delincuente sin escrúpulos?

Cosme fijó los ojos en el suelo un instante, como si lo que estuviera a punto de confesar le hubiera castigado el alma durante mucho tiempo.

—Mi esposa está enferma —confesó, dándole la espalda para proseguir con su trabajo—. Tuberculosis. Ya sabe lo que eso significa. Un caro tratamiento sin garantías de éxito. Necesitaba más ingresos.

Y se había dado mucha prisa en conseguirlos. Lorenzo suspiró. Era capaz de captar el desgarrador dolor con el que Cosme se refería a la enfermedad. La impotencia y el sufrimiento.

—Lo comprendo —dijo—. Pero eso no justifica tus actos.

Un tétrico gruñido llenó el pequeño espacio. Cosme se volvió hacia él.

—No, claro —proclamó con odio—. Si su queridísima Valentina padeciera del mismo mal, ¡usted tendría medios de sobra para intentar exterminarlo! Póngase en mi lugar, ¿quiere? A veces es bueno pisar el mundo real.

Las entrañas de Lorenzo se deshicieron solo de imaginarse a Valentina enferma, sufriendo lo indecible, pero el hombre que tenía delante era un traidor. Intentó no olvidarlo mientras avanzaba hacia él todo lo que las cadenas le permitían.

—Me estás diciendo que nos has vendido por… ¿dinero? —murmuró.

—No, patrón. Por amor.

—Si lo hubiera sabido, yo mismo te habría pagado los medicamentos para tu esposa. ¡Todo lo necesario, a fondo perdido! —gritó. La ira comenzaba a mezclarse con su sangre—. ¡Cualquier cosa hubiera sido preferible a lo que has hecho! ¡El dinero que obtienes de Chacón está manchado de sangre!

—A lo hecho, pecho —afirmó Cosme con frío convencimiento, como si todo rastro de la humildad y cercanía que lo habían caracterizado siempre hubiera desaparecido—. En breve, todas las personas que pueden delatarme morirán. Valentina será la primera, y usted correrá la misma suerte.

La rabia que había contenido hasta el momento se expandió como el veneno cuando escuchó su nombre. Con un grito furioso, levantó una pierna para atacarle, pero Cosme estaba fuera de su alcance.

—Ya me tenéis a mí —farfulló entre dientes—. ¡Dejadla en paz!

—Las órdenes son claras: primero ella. Luego, usted.

Lorenzo emitió un lamento apagado, mientras su mente se ponía en marcha de un modo febril y el estómago se le encogía como si hubiera recibido un soberbio puñetazo. Había tratado a Valentina como a una chiquilla, restando importancia a su historia. Buscando excusas que le sirvieran para disculpar una posible confusión. ¡Dios del cielo! ¿Qué había hecho? Apretó los párpados y ahuyentó las voces de su conciencia.

Ya no había lugar para la autocompasión.

—Si te acercas a ella, acabaré contigo —advirtió en un susurro sibilino, con el cuerpo apoyado en la fría pared y el sudor corriéndole por las sienes.

—Poco podrá hacer desde donde está, patrón.

Lorenzo se agitó con furia.

Tenía razón. Estaba impedido físicamente. No podía pelear, pero podía pensar. Escarbar en la conciencia de Cosme hasta hacerle, cuando menos, dudar. Eso lo mantendría alejado de Valentina. Le haría ganar tiempo.

—Pareces… otra persona —probó, imprimiendo a su voz un tono mucho más sereno y confiado—. ¿Dónde está el hombre afable al que confié la protección de Adela y sus chicas?

—Supongo que con la tos cavernosa de mi mujer, patrón. El sufrimiento prolongado tiene estas cosas.

—Aún estás a tiempo de enmendar tu error —intentó convencerle—. Suéltame y te ayudaré. Don Santiago y los demás están a punto de llegar.

—¿Me está ofreciendo otra oportunidad?

Lorenzo se permitió un respiro y asintió.

—No temas que cumpla mi palabra —advirtió—. Sé que eres un buen hombre. Comprendo la desesperación que te ha llevado a la traición. Pero contarás con mi ayuda. Lo prometo.

Cosme pareció dudar. Comenzó a moverse en su dirección, mientras rebuscaba en el bolsillo trasero de sus pantalones.

«¡Vamos, vamos! Un poco más…». Lorenzo controló su ansiedad, pero algo hizo que Cosme se arrepintiera. De repente, frunció el ceño y dio un paso atrás.

—Soy mayor que usted, patrón —murmuró, con una resabiada sonrisa en la boca—. Sé que todo acto tiene consecuencias, y estas afectarán a terceras personas. Es inevitable.

—¡No! —Lorenzo volvió a forcejear con las cadenas cuando lo vio alejarse en dirección a la puerta enrejada—. ¡Don Santiago te dará caza como a un perro! ¡Y tu esposa se quedará sola! ¿Has pensado en eso?

—He pensado en todo. Si cedo a sus intereses, Chacón me matará. De un modo u otro, estaría acabado.

Lorenzo lanzó un alarido de impotencia. Quería tenerlo cerca, arrancarle los ojos y destriparle lentamente. Acababa de comprender que no podría convencerlo de otro modo.

—¡Espera! —gritó, suspirando aliviado cuando lo vio detenerse—. No te creo. —Aquello era una fanfarronada que podía costarle la vida, pero estaba lo suficientemente desesperado como para intentarlo—. No serás capaz de hacer daño a Valentina. La quieres.

—Guarde sus fuerzas. Mi fidelidad se la vendí a Chacón hace tiempo.

—¡Eres un malnacido! —Sintió el hierro oxidado atravesando la carne cuando tiró de nuevo, pero esta vez el ímpetu fue tan grande que Cosme tuvo que retroceder sorprendido—. No puedo creer que en todo este tiempo ni siquiera hayas sentido afecto hacia ella…

—Mi afecto no la ayudará —afirmó, con una fugaz mirada de arrepentimiento—. Chacón sabe que fue ella quien robó los informes al Tuerto. El mismo Tuerto se lo refirió. Quiere acabar con ella. Nadie lo detendrá.

Lorenzo no se dio por vencido. Gritó y tensó los eslabones de las cadenas, pero se detuvo en cuanto una figura vestida de negro hizo su aparición, arrastrando consigo a una mujer con las manos atadas hacia delante, a la que no tuvo inconveniente en encañonar con una pistola. Parpadeó. El sudor empezó a empaparle el cuerpo. Sintió cómo la sangre abandonaba su cara de repente. Durante un eterno instante, dejó de ser consciente de todo lo que lo rodeaba. Sus ojos solo podían registrar la imagen de Valentina delante de él. Con la camisa de campesino medio rasgada, los pantalones sucios y el cabello desgreñado. Percibió

su sorpresa al verlo en aquel estado. Sintió su pena y su abatimiento. También el inoportuno orgullo con el que levantaba la frente.

Y fue como si millones de rayos le atravesaran el cuerpo.

—Tina…

—Qué dulce —se burló el hombre—. Tú no lo fuiste tanto cuando me clavaste los dientes en el brazo.

Lorenzo apretó la mandíbula cuando vio la fiera sonrisa de Valentina dedicada a ese brazo. ¡Lo desafiaba! Estuvo a punto de gritarle hasta dejarla sorda por su tremenda estupidez, pero solo pudo reprenderla en silencio. No necesitó preguntar qué hacía allí. La mirada que Valentina dirigió a un desconcertado Cosme hubiera podido destruir aquella apestosa celda.

—Si pensabas que podías liberarlo es que estás mal de la cabeza, aunque has demostrado tenerlos mejor puestos que otros que conozco —continuó su captor—. ¿No querías verle? Pues aquí lo tienes, palomita.

Esta vez, la voz rasgada y burlona le hizo retrotraerse a recuerdos que habían permanecido convenientemente apartados en su cabeza. «Tú te quedarás aquí, amigo mío». Allí estaba, después de casi cuatro años. El asesino de Gregorio Luján, con su parche en el ojo, sus seis dedos en la mano derecha y una mirada socarrona que indicaba que no lo había reconocido. Sujetando a su hembra por la cintura, en una clara provocación dirigida a él.

Algo se rompió en su mente. La cólera comenzó a brotarle del pecho hasta hacerle estallar como si fuera un animal salvaje. Con un alarido inhumano, tomó impulso con las cadenas y alzó los pies. Uno de ellos impactó en el hombro del Tuerto, pero este ni siquiera se tambaleó.

—Condenado hijo de puta… —escupió Lorenzo—. ¡Suéltala, o te partiré el alma!

—La quiere para usted solo, ¿eh? —canturreó el contrabandista, apartándose con Valentina—. ¿La compartimos? Después de probar las mieles de esta ramera, estoy seguro de que tiene carnaza para los tres.

«No temas. No se atreverá a ir más allá». Eso parecían decirle los ojos azules. Pero Lorenzo lanzó un nuevo rugido de furia cuando las manos del Tuerto comenzaron a manosearle los pechos.

—¡No pongas tus sucias zarpas sobre ella, maldito engendro del demonio! —bramó. Siguió forcejeando con las cadenas, mientras dirigía su mirada desesperada hacia Cosme, que permanecía a un lado, cabizbajo—. ¡¡Ayúdala!! ¡¿Es que no tienes conciencia?!

—Es demasiado cobarde —afirmó el Tuerto con una nueva carcajada—. Pero su insolente patada me ha hecho cambiar de opinión. ¿Qué tal si me cobro mi parte ahora mismo? —Su único ojo despedía crueldad cuando acercó los labios al cuello de Valentina—. Desde que nos encontramos en la posada, me tienes muy insatisfecho, palomita. Quizá a tu amante le guste ver cómo me dejas contento.

—Parece que el golpe con el orinal te ha afectado, Tuerto. Si me tocas, Chacón se pondrá furioso.

Con aquellas palabras, consiguió la atención de los tres hombres. Movió la cabeza levemente hacia Lorenzo indicándole que, oyera lo que oyese, debía mantenerse callado.

Él comprendió el mensaje. Y a punto estuvo de echarse a llorar como un niño.

—No lo hagas… —suplicó—. Por favor, no lo hagas…

—¿Vas a privar a tu patrón de su propia venganza? —prosiguió ella, haciendo caso omiso de sus ruegos.

El Tuerto gruñó desconcertado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De un trueque. Yo por él —dijo Valentina, señalando a Lorenzo.

Un silencio reflexivo siguió a su ofrecimiento. Solo se oían los resuellos impotentes de Lorenzo. Hasta que el Tuerto comenzó a reírse.

—¡Os tengo a los dos, palomita! —exclamó—. ¡No necesito intercambiaros!

—Lo harás. Porque hay algo muy importante que tu patrón debe saber y que me reservaré, a no ser que me des tu palabra de liberarlo.

—Antes tendría que escuchar eso tan importante, ¿no crees?

Valentina se acercó a su oído sin vacilar. Ni Lorenzo ni Cosme supieron lo que le dijo, pero observaron cómo el Tuerto dejaba de amenazarla con el arma.

—¿Te parece de suficiente consideración como para liberar a este hombre?

—Por supuesto. —Su negra cabeza asintió repetidas veces… Y con una nueva risotada, desvió el cañón de la pistola hacia Lorenzo—. Pero ya me la jugaste una vez. No pienso arriesgar mi cabeza de nuevo. Será mi patrón quién decida. Yo me limitaré a cumplir órdenes.

—¡No!

Valentina se revolvió como una gata salvaje. Con las manos atadas, intentó alcanzar la pistola para desviar el tiro, pero estas acabaron bajo el brazo libre del Tuerto antes de que consiguieran su objetivo.

No había llegado hasta allí para verlo morir. Ni había sufrido lo indecible al verlo cautivo y vencido para no hacer nada al respecto. Pataleó contra las piernas de aquel salvaje sin escrúpulos esperando mellar su resistencia por algún sitio, cuando la voz de Cosme la paralizó.

—Espera, Tuerto —dijo, extendiendo la mano—. Déjame a mí. Tengo cuentas pendientes con el patrón.

Sus ojos fueron para ella tan claros como el caudal del río en primavera cuando la miró. La desesperación la abandonó y dejó de luchar cuando el Tuerto le cedió el arma.

—Está bien —aceptó, con un simple encogimiento de hombros—. Pero asegúrate de que haces bien tu trabajo. No querría sorpresas de última hora.

Sin prestarles más atención, tomó una de las teas encendidas y presionó una piedra, junto al soporte. Ante los atónitos ojos de Lorenzo, el hueco oscuro y apestoso de un pasadizo se abrió en la pared. Se la iba a llevar. Y él no podría hacer nada.

—¡¡Valentina!! —aulló con angustia—. ¡¡¡Valentina!!!

Sus gritos desaforados cayeron en el vacío. El Tuerto avanzó por el pasadizo tirando de ella, hasta dejar un enorme agujero negro a su espalda. Había desaparecido, y con ella se fueron sus esperanzas.

Siguió gritando fuera de sí tiempo después. Enloquecido, desquiciado. Sin sentir el dolor de la carne desgarrada por los grilletes. Hasta que las fuerzas lo abandonaron y dejó de luchar contra lo inevitable. Lloraba como una criatura abandonada. Las muñecas le ardían, y la debilidad de las piernas le hizo derrumbarse contra la pared. Se rindió. Ya nada tenía importancia. Ni la refriega que comenzaba a escucharse fuera ni su intento por lavar su nombre y el de los suyos.

Tampoco su propio destino, a manos del hombre que empuñaba una pistola en su dirección.

—¿A qué esperas? —preguntó, con los ojos llenos de lágrimas de agonía y el corazón completamente muerto—. ¡Si tanto te debo, dispara de una maldita vez y acabemos con esto!

Esperó una detonación que no llegó. Cosme lo observaba relajado y sonriente. Un esbozo del hombre campechano y amable que siempre había sido.

—No tenga tanta prisa por pisar el otro mundo, patrón. Todavía tiene que dar mucha guerra en este.

Sujetó la pistola por el cañón y le golpeó.

# 26

—¡Despierta, chico! ¡Venga, despierta!

Lorenzo gruñó cuando la mano de Santiago volvió a golpearle la cara. Abrió los ojos a la claridad de una antorcha cerca de él, y todos sus sentidos comenzaron a ponerse en funcionamiento.

Estaba al aire libre y era noche cerrada. Eso podía percibirlo. También la mirada preocupada de su amigo, o la mezcla de murmullos y quejidos que lo rodeaban. Como si su situación no fuera importante, algunos de sus hombres cargaban con algo que identificó enseguida: las cajas de explosivos. Otros, entre los que se encontraban varios Civiles, apresaban a los contrabandistas que todavía quedaban en pie.

Ya no sentía calambres en los brazos. Solo un dolor penetrante en las muñecas cuando intentó incorporarse para despejar la bruma en la que su cerebro todavía estaba inmerso. Santiago lo ayudó, hasta posar su espalda en la superficie de una gran roca. Cada vez más despejado, Lorenzo apreció los cuerpos sin vida que lo rodeaban. El de Cosme yacía a su lado. Cuando sus ojos se encontraron con los de Santiago, no tuvo que preguntar.

—Supuse que algo había ocurrido cuando pasaba el tiempo y no regresabas. Hemos ganado la batalla, a pesar de las bajas —informó, aunque la alegría por el resultado obtenido no se reflejaba en su cara—. Cosme cargó contigo hasta aquí, pero uno de los contrabandistas le metió un tiro en el pecho.

—Cosme era… —Con un gruñido de dolor, Lorenzo apoyó la cabeza en la roca y cerró los ojos. Nadie más tenía por qué saber de su traición. Al menos de momento—. Un buen hombre —concluyó.

—Y tanto. Esos grilletes oxidados han hecho un estropicio con tus muñecas —añadió Santiago, señalando el improvisado vendaje que había tenido que hacerle—. ¿Qué te hizo tirar de ellas de ese modo?

¡Valentina! El nombre acudió a su cabeza como un fogonazo. Y ya no sintió la debilidad de las piernas cuando se incorporó ni el menor remordimiento al recoger del suelo la pistola que todavía descansaba junto al cadáver de Cosme. Tambaleándose, arrebató a Santiago la tea encendida y caminó en dirección a las ruinas. Necesitaría de todo su aplomo para cargar con el desgarro que sentía en el alma si pensaba que podría no encontrarla. Debía estar lúcido y ágil para cuando la tuviera de nuevo con él. Para confesarle lo mucho que la amaba.

—¡Mejía! —El grito le hizo volverse con un gruñido—. ¿Serías tan amable de informarme de tus planes?

—Valentina. El Tuerto se la llevó.

—Se me volvió a escapar, chico. —Santiago sepultó una avergonzada mirada en el suelo mientras hablaba—. Con mi navaja. No tengo explicación ni excusa posibles para lo que ha sucedido.

—Ni yo te la estoy pidiendo. Me voy a buscarla, Canales. —Con un suspiro condescendiente, Lorenzo se detuvo y lo miró expectante—. Puedes quedarte ahí, lamentándote, o seguirme. Haz lo que gustes.

No se paró para comprobar qué opción había elegido. Regresó a la mazmorra y emprendió el camino por el túnel hediondo que Valentina y el Tuerto habían recorrido. No descansaría hasta hacer justicia. Pelearía con todos los obstáculos posibles para tenerla sana y salva, bajo el abrigo protector de sus brazos. Y el primero de ellos se le presentó enseguida, en forma de puerta de madera cerrada con un candado.

—Esto tiene siglos de existencia. Podrías destrozar el candado con un disparo, pero opino que sería demasiado escandaloso. ¿Crees que tu fuerza logrará derribarla? De no ser así, nosotros podríamos ayudarte.

Sorprendido, Lorenzo vio tras él a una docena de hombres que lo miraban con respeto y admiración, encabezados por Santiago. ¡Demonios! No era el mejor momento para emocionarse. Con una retorcida sonrisa llena de orgullo, comprobó la podredumbre de aquella puerta de un solo puntapié.

Ante ellos, se abrió una enorme extensión de tierra transitada por dos caminos opuestos. Pudo verlos cada vez con más claridad, gracias a la luz de la luna.

Lorenzo cerró los ojos, intentando visualizar el destino de Valentina. La llamó en su mente. A gritos. Y la buscó entre cada sombra. Con acuciante desesperación. «¡Guíame, ángel mío! ¡Dime hacia dónde debo ir!».

—Somos suficientes como para dividirnos en dos grupos —ordenó Santiago a su espalda, dirigiéndole una muda mirada de apoyo incondicional—. ¡Vosotros! ¡Vendréis conmigo y con don Rafael por aquí! —exclamó—. ¡Los demás tomaréis la otra dirección! Sabéis a quién buscamos, pero ignoramos si ese infame está solo, así que ¡id con cuidado!

Lorenzo inició el camino con su grupo en silencio. Con todos los sentidos en tensión, atento al más mínimo movimiento. No supo cuánto tiempo pasó hasta que, desde lo alto de una colina, divisaron una fogata, encendida al amparo de una gran roca. Y ya no hubo cautela que lo atara a la compañía de sus hombres. Descendió la colina a toda prisa para observar que tres bultos, tapados con una manta, se apilaban alrededor de la fogata. Rugió cuando se abalanzó sobre el primero y comprobó que era el Tuerto. Este estaba tan profundamente dormido que tardó en darse cuenta de que estaba siendo víctimas del ataque de un fantasma que lo agarraba del cuello para asfixiarle.

—¡Tú! —gritó—. ¡Deberías estar muerto!

—La próxima vez, asegúrate de que es así —afirmó Lorenzo, con una escalofriante sonrisa. Solo tenía una cosa en la cabeza cuando lo levantó para empotrarlo contra el tronco de un árbol—. ¿Dónde está ella?

El Tuerto señaló en dirección a un punto, alejado del fuego, sabiendo que la confesión sería su única posibilidad.

—Allí… —murmuró, con la voz ronca por falta de aire—. Comió algo y se quedó dormida…

Lorenzo reprimió un gesto de repugnancia y dejó al Tuerto en manos de Santiago. Fue hacia el lugar como una exhalación, para encontrarse dos mantas vacías y varios trozos de cuerda cortada. Frunció el ceño. Elevó los ojos hacia la inmensidad de la sierra, para detectar la presencia de dos caballos. Solo dos, pese a que había tres hombres.

Entonces cayó de rodillas. Un quedo gemido se le escapó de los labios. Maldición. Necesitaba tocarla, tenerla. Abrazarla. Pero solo podía sostener en la mano un pedazo de cuerda. Todo parecía indicar que ella había escapado, utilizando la navaja de Santiago. Eso esperaba. Era lo suficientemente inteligente como para emplearla en salir de allí, en lugar de enfrentarse sola a tres hombres armados.

Aunque también podrían haberse divertido con ella hasta asesinarla.

Al considerarlo siquiera, un dolor más desgarrador que todos los anteriores le atravesó el pecho, abarcándolo todo. La ira se desató en su interior.

Regresó al lugar donde Santiago mantenía sujeto al Tuerto y se lo arrebató de las manos. Ninguno de los presentes se lo impidió. Observaron en silencio cómo Lorenzo lo derribaba de un puñetazo, para colocarse sobre él a horcajadas.

—¡¿Qué demonios has hecho con ella?! —bramó, levantando el puño.

—¡Estaba allí! ¡Lo juro!

El único modo de saber la verdad era arrancándosela. Acercó su cara a la de él y chasqueó la lengua. Muy despacio.

—Tus andanzas terminaron, Tuerto —siseó—. Acabas de toparte con el mismísimo diablo.

Años de injusticia se transformaron en golpes sobre aquella odiosa cara. Valentina, la única mujer que le había importado en la vida, podría hallarse perdida entre aquella inmensa cortina de vegetación, llamándolo a gritos. A punto de ser devorada por una manada de lobos hambrientos… O muerta. Con su cadáver a merced de los carroñeros.

Cuando al fin lo dejó libre para levantarlo del suelo, el Tuerto estaba hecho un guiñapo. Su rostro ensangrentado era incapaz de permanecer en alto. La sonrisa que apareció en la cara de Lorenzo estaba llena de maldad.

—Te advertí que, si la tocabas, te partiría el alma —dijo, observando la sangre que manaba de tantos sitios que le resultó imposible especificarlos—. De momento, solo te he roto la nariz. El resto lo harán mis hombres.

Lo soltó solo para contemplar cómo caía al suelo, igual que un pesado saco de estiércol. Aunque todavía no había terminado con él. A una señal suya, dos hombres lo sujetaron por los brazos y esperaron órdenes.

—Creerás que he sido clemente contigo, pero te equivocas —señaló entre fuertes jadeos—. Porque mis hombres no pararán hasta descubrir qué ha sucedido con Valentina.

—¡He dicho la verdad! ¡Se ha escapado!

Lorenzo retrocedió unos pasos. El desconcierto del Tuerto parecía real. Tuvo que contenerse para no lanzarse a su yugular y despedazarlo.

—Él está condenado, pero Chacón todavía no —sentenció, con una inflexión tan dura en la voz que incluso Santiago le temió—. Necesitamos su confesión para que los informes tengan validez.

—¿Y si se resiste?

La mirada de Lorenzo estaba llena de cruda venganza cuando respondió.

—Emplead todos los medios necesarios para conseguirla —ordenó—. No os importe hacerle sufrir, prolongar su agonía… Lo que sea con tal de que confiese la culpabilidad de Chacón. Y cuando la tengáis en vuestro poder, hacédmelo saber. A partir de este momento, comenzamos la búsqueda de Valentina.

Cuando los hombres que lo habían acompañado lo dejaron solo, tomó asiento sobre la hierba húmeda. Sus ojos empañados intentaron descifrar cada sombra en la oscuridad. «¿Dónde estás?», gritaba su mente enloquecida. Rabioso, se puso en pie y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, sujetándose la cara y murmurando su nombre.

Había jurado protegerla, y le había fallado. La magnitud de aquella horrible verdad cayó sobre él como una losa, con tal contundencia que lo obligó a sentarse de nuevo. La visión se le nubló a medida que una incontenible presión nacía en su estómago y brotaba al exterior, primero en quedos gemidos, después en un llanto incontrolado y espasmódico que sacudió sus hombros y le vació el alma. Así se sentía. Vacío, yermo. Como si hubiera vuelto a la vida para que el destino se la arrebatara de un solo tajo. Abrió las manos a la nada, y no hubo nada que las llenara. Sus ojos se fueron más allá de lo que veían. Sintió que el corazón se le encogía por la angustia y que el sudor perlaba su frente. Las piernas comenzaron a temblarle, y el dolor de las muñecas regresó con especial virulencia. La congoja y la pena le quebraron el alma, pero asintió a sus propios pensamientos.

—Te encontraré —lanzó al aire, antes de abandonar aquel lugar.

Lo hizo lleno de miedo a no volver a verla. De pena por haberla perdido. Y consternado por el descubrimiento de aquellas emociones desconocidas que le hacían lamentarse como un niño ante su ausencia. Porque dudaba de sus palabras. Porque no sabía si lograría sobrevivir sin ella, pero, sobre todo, porque temía comprobar que lo que realmente le asustaba era la magnitud de su propia soledad.

El despacho de La Albacara tenía la luz justa para proporcionarle la clase de intimidad que buscaba. Sobre la mesa desnuda, un ejemplar de La Democracia, el periódico de aquella mañana, hablaba en grandes titulares de la condena a muerte de Manuel Villacampa del Castillo y de Manuel Ruiz Zorrilla, los instigadores del chapucero intento de revolución republicana que había sido rápidamente sofocado por las fuerzas del orden y el gobierno de Sagasta.

Los golpistas habían tenido un flaco apoyo en todos los frentes, provocando el desastre. Lorenzo sonrió con sorna cuando apuró el contenido del vaso que apresaba en la mano para volverlo a llenar de coñac. Pocos sabían que parte de aquella confabulación había sido desarticulada por él. Aún debían probar la

participación de Chacón en los hechos. Y nadie, en absoluto, estaba al tanto de la traición de Cosme. Lorenzo había mantenido un escrupuloso silencio al respecto. Su esposa solo sabía que había muerto en la refriega, y trataba de sobreponerse a la pena y a la enfermedad de la mano del doctor adecuado, convenientemente pagado por él. Sería cuestión de tiempo que todo recuperara el lugar que le correspondía.

Todo, menos Valentina.

Cada rincón de su casa le recordaba a ella. Incluso creía escuchar su risa cantarina; oler su perfume de mujer. No podía apartarla de la mente ni un solo segundo. Hiciera lo que hiciese, su imagen lo perseguía. La echaba tanto de menos que tenía que contenerse para no gritar de angustia. Nada le había preparado para soportar el dolor de su ausencia.

La habían buscado sin descanso. Debajo de cada roca, árbol o hierba. Dos de sus hombres vigilaban la posada día y noche por si acudía a Adela, pero no había ni rastro de ella. Solo quedaba una posibilidad, por humillante que le resultara: había desaparecido por propia voluntad. «Sabe dónde encontrarte, pero no quiere verte. Así de sencillo».

De no ser por el agudo dolor que le oprimía el corazón al pensarlo, hubiera confundido su situación con una pesadilla. Era la primera mujer que lo abandonaba, y no podía dejar de repetir su nombre. Valentina, Valentina, Valentina. La muchacha cuya voz siempre le cantaba alabanzas al oído, aunque en realidad le estuviera recordando la peor de sus miserias. Nunca había sido consciente de poseer un corazón, pero la misma persona que se lo había mostrado se lo llevó junto con su calma. ¡Maldita fuera por eso!

¿En qué había fallado? ¿Qué era lo que la había alejado de él de ese modo tan drástico? ¿Es que no le había demostrado su adoración y dedicación totales? ¿Que sabía ser paciente y comprensivo? ¿Ingenioso, cariñoso, tierno, chispeante y dulce? Entonces, ¿por qué? ¿Por qué, por qué? Esa falta de respuesta lo tenía en un estado de continua vigilia. A ratos deseaba tenerla delante para descargar en ella su furia, y otros no podía soportar la soledad a la que lo había condenado.

Lorenzo bebió otro largo trago. Ya estaba cansado de buscar respuestas a algo que carecía de toda lógica. Aquel maldito sentimiento que no podía controlar ocupaba toda su capacidad de raciocinio, y no se podía permitir semejante dispendio. El Tuerto y Chacón aguardaban.

—Bendito silencio —murmuró, arrellanándose en su sillón predilecto.

—Siento interrumpirlo, chico. ¿Qué estás haciendo?

Lorenzo dio un bote en el asiento, pero no soltó el vaso. Dirigió su mirada huraña a un sonriente Santiago y siguió bebiendo como si tal cosa. Su presencia no lo sorprendía. Era cuestión de tiempo que se dejara caer por allí.

—Estoy aclarándome las ideas —rezongó—. Y quiero hacerlo en soledad.

—Con el ritmo que llevas, yo diría que vas a ahogarlas. —Con su habitual sentido del humor intacto, Santiago acercó una silla y se dedicó a observarle, cruzado de brazos.

¡Maldición! Nunca había sabido soportar aquella clase de examen, aparentemente inocente, pero que escondía un montón de críticas que no tardaría en escuchar.

—Si buscas algún tipo de confesión, pierdes el tiempo —refunfuñó.

—He venido a ver si sigues vivo. Nadie sabe nada de ti desde hace semanas. Claudia y yo estábamos muy preocupados.

Lorenzo le lanzó una mirada escéptica, antes de repasar el borde del vaso con el dedo, como si fuera la más importante de sus ocupaciones.

—Ya veo que estás al tanto de las noticias —continuó Santiago, señalando el diario—. Te aplaudiría si no fuera porque pareces destrozado. O furioso.

—Un poco de las dos cosas, supongo.

Se mordió la lengua, pero el desliz ya estaba cometido. Y Santiago se mostraba más incisivo que de costumbre. Más insistente.

—¿Me permites? —canturreó, tomando otro vaso—. Así te acompañaré en tu desdicha.

—Canales, desembucha y vete —farfulló con un gruñido.

—Bonita manera de tratar a las visitas.

—Dejé claro a Mercedes que no quería visita alguna.

—No pagues con la criada tus frustraciones con Valentina. —Con un resoplido, Lorenzo se puso en pie para ir hacia la ventana. Tenía un tremendo vacío inundándole el pecho, que se agrandaba cuando Canales hurgaba en él—. El amor duele. Pero aislarte como si fueras un ermitaño no calmará ese dolor.

—Nunca he hablado de amor —respondió, con la voz ronca y las manos en los bolsillos del pantalón.

—He sido testigo de tu hundimiento y de tu resurgimiento posterior. De tus lamentos y de tus miserias. Me he convertido en la voz de tu conciencia; no me puedes engañar —oyó a su espalda—. Dime, ¿hasta qué punto la quieres?

«Hasta el punto de haberle entregado mi vida entera».

—¿Quererla? —dijo, simulando desdén—. No significó nada para mí. Ahora mismo tengo tantas ganas de abrazarla como de matarla.

Otro desliz imperdonable. Una risilla burlona tras él se lo confirmó.

—Ya. Solo fue un pasatiempo, claro.

—Ella ha sido… —Buscó las palabras con desesperación para resultar convincente—. Como una piedra en el zapato.

—¿Molesta?

—Inoportuna. Como una maldita urticaria —continuó, tragando saliva para vencer el nudo de culpabilidad que le estrangulaba por semejante mentira—. Como un puñetero grano en el culo.

—No me extraña que tengas esa opinión. —Cuando se volvió, pudo apreciar la ironía de Santiago en toda su extensión—. Una muchacha tan bonita, complaciente en la cama y fuera de ella, suele producir ese efecto.

Con otro gruñido y una oscura mirada de advertencia, Lorenzo volvió al sitio.

—No me apetece escuchar tus charlas de conciencia —sentenció—. Me veo incapaz de echarte de mi casa, así que te agradecería que te fueras por tu propio pie.

—¿Lo ves? A eso me refería. Siempre te han hecho creer que eres el ombligo del mundo.

Santiago no se iría hasta conseguir lo que quisiera que hubiera ido a buscar. A Lorenzo no le quedó otra opción que entrar en la conversación. Dejó la bebida y se cruzó de brazos.

—He tenido múltiples oportunidades para comprobar que así es —proclamó con su soberbia habitual—. El interés de la gente que me rodea me lo ha demostrado.

—El interés sirve de excusa perfecta para las empresas más inverosímiles. Ya deberías saberlo.

—Favores discretos, probable salida de la miseria… Incluso la posibilidad de atrapar un inmejorable partido como yo —enumeró, moviendo las manos con energía—. Siempre lo he vivido. No necesito que me lo recuerdes.

—Así habrán pensado la mayoría de las mujeres con las que te has codeado —añadió Santiago—. Hasta que ella apareció. Y te puso en tu lugar. Tu lugar en el mundo y en su vida. Te hizo ver la profundidad de tus propias emociones. Tus debilidades. Por eso sufres.

Lorenzo hundió los hombros para ocultar el reconocimiento a aquella gran verdad. Estaba asustado y perdido. Valentina se había manejado con sus insolencias con la clase de una dama, la dignidad de una monja y la experiencia de una ramera. Lo era todo para él. Una corona de espinas y un lecho de rosas. El auténtico paraíso y el infierno más profundo. La sima peligrosa por la que se deslizaría sin dudarlo solo para alcanzarla. Su primer amor. Y el último. Porque, sin ella, su vida se habría acabado.

Haría bien en reconocerlo ante sí mismo, aunque no lo hiciera delante de Canales. Eso sería tanto como descubrir sus mayores debilidades al enemigo. Un «enemigo» que lo miraba con expresión más que satisfecha. A punto de cantar victoria.

—No me ha parecido una muchacha voluble —apuntó Santiago con suavidad—. Seguro que le diste motivos para desaparecer. Yo soporto tus desahogos sin despeinarme, pero reconoce que a veces eres… difícil de llevar.

—¡No con ella! —estalló Lorenzo, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Le conté toda mi historia, sin tener en cuenta las consecuencias! ¡Hasta ahí llegué!

—¿Toda… la historia?

—¡Ya sabe quién soy! —aclaró, desgarrado por la culpa—. ¡No es eso lo que me importa, sino su traición! ¡Me dijo que me amaba, por Dios! ¡Que no lo olvidara nunca!

—Entonces hazle caso. No parece muy complicado.

Era tan complicado como calmar la necesidad de que ella le demostrara ese amor. ¡Dios! ¡Quería que lo amase, sí! ¡Tanto como corresponderla! Pero solo tenía soledad y desamparo.

Lorenzo bebió otro trago para tranquilizarse. Debía dar esquinazo a aquella desesperación que lo acompañaba desde que ella se había ido. Respiraba tan rápido que parecía al borde de un infarto, mientras Santiago se limitaba a sonreírle y a mirarlo con las cejas alzadas. Como si se esperara aquella reacción. Punto por punto. Entonces supo con claridad a dónde quería llegar.

—Vienes a cobrar deudas —afirmó, como si tuviera delante a la muerte misma.

—Aún tenemos que atrapar a Chacón para eso.

Todo el furor que las afirmaciones de Santiago le habían causado desapareció de repente. Lorenzo afrontó su mirada con determinación y una tristeza infinita, cuando sacó una carta de uno de los cajones. Ni siquiera la expresión estupefacta de su amigo le alivió.

—Es de tu hermano…

—Le envié un telegrama en cuanto regresamos de las ruinas. Acabo de recibirla. —Esperó a que Santiago terminara de leerla para continuar—. Ya le expliqué mi situación.

—Sin hablarle de Valentina, por lo que veo.

—No me atreví. Antes quería conocer su opinión acerca de un nuevo compromiso.

—«Acepto tu vuelta, siempre bajo mis estrictas condiciones». Eso es lo que pone. —Lorenzo movió la cabeza. Estaba tan rígido que el cuello le dolió al hacerlo—. No te apenes tanto, hombre. Por lo que he podido leer, conservarás todas las partes de tu cuerpo, al menos hasta que tengas delante a Diego. Porque vas a regresar…

—Valentina me ha abandonado. No veo motivo para faltar a mi promesa. —Aquella parecía la mejor respuesta. Hubiera sido una tontería ocultar el destrozo emocional que padecía desde que aquello había ocurrido—. Pero antes, debemos ajustar cuentas.

—Ahí está el Lorenzo que yo conozco. —Santiago sonrió y le apretó el hombro en señal de camaradería. Lo hubiera abrazado, pero sabía que sería inmediatamente rechazado—. No veía la hora de decirte que el Tuerto ha confesado.

¡Por fin! Lorenzo apoyó la espalda en el sillón y se relajó. Cuando volvió a erguir la cabeza, lo hizo con una mirada de brillante determinación.

—Es nuestro momento. Debemos conseguir que Chacón haga lo mismo —explicó, mostrando a Santiago un sobre más pequeño que él se apresuró a abrir—. Delante de testigos. Cuantos más, mejor.

—Vaya, vaya… Esto es incluso más sorprendente que la carta de Diego —comentó, devolviendo la nota a su lugar—. Altamente peligroso, muy temerario y bastante impredecible, pero puede funcionar.

—Funcionará. Y tenemos que estar preparados.

Se obligó a dejar de pensar en Valentina y concentrarse en lo que tenía entre manos. Volvió a ponerse en pie, pero esta vez fue para pasearse por el despacho con ademán pensativo. Ahora estaba inmerso en el asunto de Chacón al completo.

—Necesitamos la colaboración de Adela, de los Civiles y de los Vigilantes —comenzó a ordenar, con expresión concentrada y el ceño arrugado.

—Seguro que la tienes. Los ánimos están muy sensibles después de lo ocurrido en el castillo de Alba. La gente sabe quién es el culpable y quiere justicia para sus muertos.

—Se la daremos.

—Según las últimas informaciones, Chacón permanece en su casa de Zamora, actuando con total naturalidad. Estás muy seguro de que acudirá —replicó Santiago, con un resoplido que mostraba sus dudas al respecto—. ¿Tanto confías en su honorabilidad?

Lorenzo detuvo su caótico paseo y exhibió una sonrisa escalofriante. Canales vio la imagen de la amargura tan clara como sus ansias de venganza.

—No, mi querido amigo —le respondió—. Confío en su codicia.

# 27

En la posada de Adela no cabía un alfiler. El ambiente estaba tan cargado que le costó distinguir al hombre que lo esperaba. Al fondo y a solas, con un aspecto tan descuidado como su barba, y un humeante cigarro en la boca. Parecía cómodo. Barajaba las cartas con maestría y, de vez en cuando, apuraba el vino tinto de un vaso que no dejaba de llenar con una jarra de barro.

Jaime Chacón intensificó el examen. A simple vista, el hombre no llevaba ningún arma con él. Aunque estaba seguro de que era una trampa para atraerlo a su terreno, no tenía opción. Lo había pensado largo y tendido. Si declinaba la invitación, estaría proclamando su culpabilidad ante él. Si la aceptaba, correría riesgos que tal vez fueran innecesarios. Aunque había ciertos agravios que debían ser cobrados. Para eso estaba allí.

Nadie reparaba especialmente en su presencia. Ni los lugareños ni las chicas de la posada. Mejor. Una inquietante sensación lo acompañaba, advirtiéndole que estaba a punto de entrar en una ratonera sin camino de vuelta. Ni siquiera acariciando la culata de la pistola que llevaba sujeta al cinturón conseguía tranquilizarse. El hombre alzó la vista para encontrarse con él.

—¿Debería decir buenas noches? —saludó Chacón, tapándose la nariz con una mueca de desagrado.

—Usted y sus olores —le respondió con pereza mientras señalaba una silla al otro lado de la mesa—. Buenas noches, don Jaime. Ya pensé que no acudiría a la cita.

—Le envié una nota confirmando mi presencia —afirmó, tomando asiento—. Aunque el Casino hubiera sido un lugar mucho más acorde.

—¿La posada no es de su agrado? Mea culpa. Veo que ha acudido armado —comentó cuando Chacón dejó su pistola sobre la mesa—. Hace bien. Uno nunca sabe dónde está el peligro.

—¿No debería estar de luto? Tengo entendido que hubo muchas bajas en las ruinas.

Una provocación por otra. Lorenzo procuró centrarse en la baraja. «Te crees muy seguro, ¿verdad? ¡Dentro de poco estaré de celebración, malnacido!».

—La mejor manera de honrar la memoria de mis hombres es continuar con mi trabajo. —Aparentando tranquilidad, tiró el cigarro y comenzó a repartir las cartas—. ¿Sabe jugar al tute?

—Bonito trabajo el suyo, entre juegos de cartas.

—Esto es solo un divertimento —aceptó, componiendo en su cara una sonrisa cordial—. Sé que lleva todo el día en una habitación del hotel Mercantil. ¿Lo ve? Ese sí es mi trabajo.

—Usted sabía que acudiría incluso antes de extender la invitación —agregó Chacón—. Confiéselo.

Sin que la sonrisa desapareciera, Lorenzo alzó sus fríos ojos.

—Tardó en responder, pero veo que le pudo la curiosidad —concluyó, reclinándose en la silla—. Y es un alivio, porque necesitaba tratar ciertos negocios con usted.

—Después de nuestra pelea por aquella ramera, no creo que le interese negocio alguno conmigo.

Ramera. La expresión hizo que deseara molerle a golpes, pero se calmó. Lo que tenía reservado para él sería mucho más placentero que una precipitada venganza.

—No hubo denuncia alguna de nuestra disputa —apreció con voz oscura.

—Dé gracias por ello. De lo contrario, su buena reputación sería ahora un espejismo.

La mandíbula de Lorenzo estuvo a punto de desencajarse. Si recordaba la situación en la que se encontró a Valentina aquella noche, lo despellejaría. Debía centrarse en su objetivo, e iba por buen camino. Chacón estaba tan vigilante que el menor chasquido le hubiera hecho saltar en la silla.

Ahora comenzaba la diversión.

—Enterremos el hacha de guerra —le ofreció, mientras hacía una señal a Adela para que se acercara—. Estamos en un escenario muy agradable para tratar temas espinosos.

—Tú dirás, querido —saludó Adela, respondiendo a su guiño cómplice con una sonrisa—. ¿Necesitáis compañía?

—Todavía no. Con que nos traigas otro vaso para el señor, es suficiente.

Chacón hizo caso omiso del vaso y del vino. Solo prestaba atención a la creciente comodidad de su adversario. Le hacía sentirse tan acorralado que decidió dejar las apariencias y hablar claro.

—Basta de mascaradas —susurró, inclinándose hacia delante—. Ni yo soy santo de su devoción, ni usted lo es de la mía. ¿Me va a decir de una buena vez para qué me ha citado en este tugurio de mala muerte?

—Una interesante partida de cartas… Con una inmejorable apuesta de por medio. —A Lorenzo le costó trabajo no frotarse las manos ante el desconcierto de Chacón—. No la rechazará, ¿verdad? Usted es un hombre que gusta de los desafíos.

—Háble me de esa apuesta —exigió, sin disimular su curiosidad—. No podré aceptar hasta no saber las condiciones al completo.

—Me parece justo. —Lorenzo entrelazó las manos sobre la mesa—. Como bien sabe, estamos en posesión de ciertos… informes que lo implican directamente en la adquisición de explosivos destinados al golpe republicano frustrado no hace mucho. Los mismos que interceptamos en la refriega del castillo de Alba, hace semanas. ¿Me sigue?

—Esos informes solo son palabras. Nada que puedan probar.

—La apuesta es la siguiente —replicó Lorenzo, como si no lo hubiera oído—: si usted gana la partida, quedará limpio de toda sospecha.

Las rubias cejas se fruncieron. No podía ser tan sencillo. El cacique era demasiado inteligente como para arriesgar su trabajo de ese modo.

—¿Dejará de atosigarme con acusaciones ridículas?

—Por completo y para siempre —añadió sonriente—. Pero si gano yo, confesará su relación con los republicanos y su participación directa en el asesinato de don Gregorio Luján.

El rostro de Chacón pasó del púrpura al blanco en cuestión de segundos. El otro acababa de acorralarlo. Podía mostrarse debidamente indignado, pero no le convenía delante de tanta gente. Y su contrincante esperaba una respuesta cruzado de brazos.

No le quedaba otra salida que confiarse a la suerte.

—De acuerdo —concedió, colocando las cartas en abanico—. Sé defenderme.

Lorenzo asintió sin más, dando comienzo a una partida que fue atrayendo el interés de todos los presentes. Conforme iba pasando el tiempo, parecía conservar la calma al mismo ritmo que Chacón la perdía. Y tenía sus razones. Se regodeó en la mirada nerviosa, en el sudor que aparecía en su frente y en los signos corporales que indicaban una creciente desesperación. Pronto tomó ventaja, lo cual agravó el estado de Chacón, pero aquello solo le hizo mostrarse más implacable. Disfrutó del espectáculo hasta el momento en que su victoria se materializó.

—Fue una imprudencia enfrentarse a un maestro de las timbas, don Jaime. Tengo más tablas que usted —respondió, entrelazando los dedos por detrás de su cabeza para hacerlos crujir con satisfacción—. Es hora de saldar deudas.

El gesto de Chacón se descompuso. Sentía las insistentes miradas de los asistentes clavadas en él. Esperando el próximo movimiento. Temblaba ante la imposibilidad de desdecirse. Se puso de pie, pero cuando intentó apropiarse de la pistola para defenderse, la hoja de una enorme navaja atravesó el dorso de su mano, clavándola a la mesa. Chacón aulló de dolor y se la arrancó con la mano libre. Comenzó a retroceder renqueante, pero los demás formaron un opresivo corro que le impidió la huida. Eran los secuaces de Mejía.

Lorenzo recuperó su navaja y la pistola. La sonrisa que exhibía era de auténtica victoria.

—Yo también suelo acudir armado a determinadas citas. No es bueno enseñar las armas al enemigo antes de tiempo, señor. —Apoyó el trasero en el borde de la mesa y sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón con el que limpió la hoja de la navaja. Los ojos de Chacón se abrieron como platos al reconocerlo. Intentó arrebatárselo, pero Lorenzo no le dejó—. ¿No lo había echado en falta? Ramona, su última víctima, lo tenía en la mano cuando murió. ¿La recuerda?

Sí que lo hacía. Podía oler su creciente pánico. Y ver el apremio con el que buscaba algún tipo de ayuda entre los presentes.

—¡No sé de qué me habla! —gimió Chacón, dando un paso atrás.

—Si no deja de mentir, la lengua se le pegará al paladar —apreció, dedicándole una escueta mirada de odio—. Hay que ser muy vil para acabar con la vida de una

mujer preñada. ¿Qué pasó? ¿No quiso acostarse con usted? ¿O se negó a cumplir alguna de sus asquerosas órdenes?

—¡Ya estoy harto de sus suposiciones! ¡Tendrá que probar lo que dice de una maldita vez!

—Creí que nunca me lo pediría.

El cerco que le impedía la salida se abrió a una señal de Lorenzo, para permitir la entrada de un par de Civiles que arrastraban a un hombre moribundo. A Chacón le costó reconocerlo. Sus ropas eran harapos, y su cara, un mapa ensangrentado. Cuando se fijó en la mano deforme, comprobó lleno de pánico que el sexto dedo había sido sustituido por un muñón, envuelto en una venda sucia y maloliente. Apenas se sostenía de pie.

—Por favor, Tuerto, si eres tan amable de relatarnos lo que sabes…

El aludido dirigió su ojo amoratado hacia Lorenzo.

—El patrón planeaba vender los explosivos a los republicanos para su golpe de estado —confesó de corrido—. Ya firmé el puñetero papel… ¿Qué más quieren?

—Que nos hables de Gregorio Luján.

—El patrón envió a dos de nuestros hombres a por la servidumbre de Luján… —recitó sin vacilar—. Los apalearon en un callejón, mientras yo… acababa con don Gregorio. Pero antes de que me fuera, alguien apareció.

—¿Lorenzo de Casanueva?

—No me paré a comprobarlo —añadió el Tuerto—. Todo ocurrió muy rápido. Él estaba medio borracho, y yo tenía que escapar. Los Civiles encontraron su gemelo junto a Luján y lo acusaron del crimen…

La crispación comenzó a crecer entre los congregados alrededor de la mesa. Chacón retrocedió hasta tropezar y caer.

—¡Todo es falso! —gritó, señalando al Tuerto—. ¡Lo han torturado para arrancarle la confesión!

—Es difícil deshacerse de la mala hierba, pero usted será una excepción. —Lorenzo dio un paso atrás y le apuntó con la pistola—. ¡Levántese! No me gustaría acabar con una rata en inferioridad de condiciones.

—¿Van a dejar que me asesine impunemente? —chilló. Nadie movió un dedo en su dirección—. ¡Ya me ha inutilizado una mano!

Eso era lo que Lorenzo quería. Aquello por lo que llevaba luchando más de tres años. Levantó la cabeza y calibró las posibilidades apoyándose de nuevo en la mesa, sin dejar de amenazarle.

—Mi cometido es evitar asesinatos, no promoverlos —dijo—. Estamos deseando escuchar cómo refrenda las acusaciones del Tuerto.

—Antes me moriría.

El susurro enrabietado tuvo una inesperada respuesta. Lorenzo disparó a su muslo derecho, haciéndolo caer al suelo.

—¿Ha perdido el juicio? —volvió a gritar Chacón, mirando la sangre completamente espantado.

—Nunca he estado más cuerdo. Tranquilo, que no voy a matarlo tan pronto. Se merece un final mucho más indigno que el que le procuró a Ramona.

—Le repito que…

Un nuevo disparo fue directo a su otro muslo. Chacón se arrastró para alejarse de él, pero los demás se lo impidieron.

—No está diciéndome lo que quiero escuchar. Y yo tengo todo el tiempo del mundo —canturreó Lorenzo—. Puedo convertirlo en un colador por el que se escape la poca sangre que tiene.

Eso ya lo estaba consiguiendo. Tenía los pantalones empapados. El dolor le quemaba la carne, y el sudor frío del miedo le corría por la frente. No obstante, meneó la cabeza, negándose a hablar.

—Como usted quiera, entonces. —El tercer disparo hirió uno de sus hombros, pero antes de que siguiera con su juego macabro, Chacón alzó los brazos, completamente aterrado.

—¡No, por favor! —imploró—. ¡Está bien! ¡Yo maté a Ramona! —Un lamento apagado se oyó al otro lado del salón, pero nadie se movió—. ¡Le encargué la muerte de Valentina para que usted lo tomara como un aviso, pero la muy estúpida se negó, y tuve que silenciarla! ¡Sabía demasiado!

Lorenzo tragó saliva para evitar que la bilis le amargara la garganta. Buscó con la mirada los ojos arrasados en lágrimas de Adela, y movió apenas la cabeza, en un gesto de confianza que consiguió serenar su pena.

—¿Y…? —insistió, volviendo a su enemigo y apuntando hacia el hombro sano.

Un sollozo ininteligible le respondió. Chacón gimoteaba.

—¡Pare! —exclamó, sacudiendo las manos—. ¡El Tuerto tiene razón! ¡Yo estaba detrás del cargamento de explosivos, y también ordené el asesinato de don Gregorio! ¡Supe que tenía un hijo con otra mujer fuera del matrimonio y le chantajeé para que cambiara el testamento a mi favor! Cuando conseguí que lo hiciera, descubrí que planeaba la boda de Marina con un tal Lorenzo de Casanueva, así que decidí acabar con él antes de que su hija se llevara la herencia a través de la dote… —Respiraba fuerte y rápido. Tenía la mandíbula desencajada y los ojos fuera de sus órbitas—. ¡Lorenzo de Casanueva es inocente!

Lorenzo bajó el arma y cerró los ojos. Una exclamación de infinito descanso llenó el salón. Lo que parecía que nunca llegaría acababa de hacerse realidad. Años de angustia y de humillante cobardía desaparecieron de un plumazo con aquellas cinco palabras, pero, en su lugar, una rabia incontenible le hizo arrojarse sobre Chacón. Presionó su sudorosa frente con el cañón de la pistola. Le enseñó las fauces sedientas de sangre y rugió con ferocidad. No tenía bastante. Quería verlo suplicar. Rogar clemencia por su vida. Quería tener la satisfacción de no concedérsela.

—Voy a acabar con tu vida —anunció con un amenazador susurro—. ¿Quieres salvarte?

Chacón se apresuró a asentir, con los ojos desorbitados por el miedo y brillantes de cobarde esperanza.

—Ofréceme algo —continuó Lorenzo, sin aflojar la presión sobre él—. Algo sustancioso. Valioso. Inigualable.

—¿Di-dinero?

—Más. Mucho más.

Chacón volvió a asentir. Bajo su cuerpo, Lorenzo sentía el temblor de aquel miserable que ahora se devanaba los sesos tratando de encontrar algo con lo que comprar su voluntad.

—Todo —susurró entre hipos—. La banca Luján al completo. Propiedades, dinero… Todo.

Lorenzo alzó las cejas y sonrió con gusto. Aquel despojo humano sería capaz de ofrecerle su trasero con tal de salvarse. Pero esa aparente alegría no se trasladó a su mirada. Fría, implacable. Vengativa. No apartó el cañón de la pistola cuando se inclinó para pegar los labios al oído de Chacón.

—¿Me devolverías mi vida anterior? ¿Mi gente, mi familia? ¿Mi honor? —Chacón intentó volverse con desconcierto, pero él no lo dejó. Bajó el tono de voz para que nadie más lo oyera y añadió muy despacio—: Yo… Soy… Lorenzo… De Casanueva. Y tú morirás ahora mismo.

Vio la sorpresa reflejada en Chacón. Su mirada sucia, desenfocada, clavada en él. Creyéndole a pies juntillas.

Era el momento. La bestia que dormía en su interior había clamado venganza durante mucho tiempo. Ahora, esos deseos se daban de bruces con los de justicia. Nadie le devolvería lo que había perdido por culpa de aquel pusilánime con mente retorcida, pero le haría un favor al resto del mundo si acababa con él.

—No hay nada que me tiente a perdonarte la vida —siseó—. ¡Nada!

Ni su honor, ni su compasión ni su sentido del deber.

Acarició el gatillo, pero algo lo detuvo. Un olor nauseabundo le bloqueó las fosas nasales. El murmullo de protestas a su alrededor le indicó que los demás también lo habían notado. Era el hedor inconfundible del miedo, aposentado en los pantalones de Chacón, que le hizo comprender que no iba a convertirse en el verdugo de un asesino. Con una espeluznante sonrisa, Lorenzo indicó a sus hombres que se lo llevaran. Abochornado y vencido, Chacón solo pudo oír su voz triunfal:

—Al fin estás donde te corresponde. Entre el olor vomitivo de tus propios excrementos.

## Un mes después

—Se ha hecho justicia —afirmó Santiago.

Esa justicia se había manifestado de un modo muy peculiar. Chacón había muerto en su celda, después de una larga agonía provocada por la infección de las heridas. Pero antes, la deseada confesión, escrita por su puño y letra, se había hecho pública. Por su parte, el Tuerto había sido debidamente ajusticiado en el

garrote. Todo estaba probado, y el nombre de Lorenzo de Casanueva, limpio de toda sospecha.

Pero su corazón seguía muerto. Todavía vagaba taciturno entre las sombras de los recuerdos, evocando a Valentina a la vuelta de cada esquina. Ni siquiera la importancia de los acontecimientos recientes le habían hecho olvidarla.

¿Es que nunca conseguiría arrancársela del alma?

La necesitaba como el aire que respiraba. Incluso más. Porque la amaba, y la fuerza de aquel sentimiento lo convertía en el ser más débil del mundo. Pero no podía retrasar lo inevitable. Santiago estaba allí para recordárselo.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó.

«Seguir buscándola hasta que no me quede orgullo que defender».

—Cumplir con mi promesa —afirmó, cuadrando los hombros con un suspiro—. Es hora de olvidarme de ella.

—Me parece bien. —Los ojos de su amigo se humedecieron cuando apoyó las manos en los brazos de Lorenzo—. Pero yo no te acompañaré en este viaje, chico. Hay un asunto aquí que requiere de toda mi atención. Se llama Claudia Guzmán.

Los labios de Lorenzo compusieron una triste sonrisa. Aquello sonaba a despedida. Y amenazaba con tocarle aún más esa sensiblería que ahora le brotaba a raudales.

—Que tengas suerte en tu empresa —le deseó, controlándose para no abrazarlo como si fuera un niño—. ¿Vendrás a mi boda?

Las cejas de Canales parecieron bailar sobre los ojos, producto de una incomprensible alegría que despertó sus sospechas cuando lanzó una exclamación de júbilo y le palmeó la espalda.

—Canales… ¿Qué te traes entre manos?

En un momento sonreía, y al minuto siguiente… ¡Estallaba en carcajadas!

—Solo pienso en tu boda, amigo.

—¿Verme encadenado de por vida a una desconocida te parece gracioso?

—Para nada —respondió, tratando en vano de contener la hilaridad—. Sé que has pasado un infierno desde que Valentina desapareció.

—Se fue voluntariamente. Habla con propiedad.

—Créeme, ya lo hago. —Un nuevo acceso de risas lo obligó a tomar aire para poder continuar—. ¡Pero es que no dejo de imaginarte feliz y enamorado de tu esposa, rodeado de niños malcriados que tiren de tus pantalones!

¿De qué hablaba aquel insensato? Cuanto menos comprendía, más furioso se ponía.

—Eso no ocurrirá nunca —proclamó, a la espera de que Santiago recuperara la compostura.

—Debes confiar en el exquisito gusto de Diego con las mujeres. Seguro que la elegida será mejor de lo que esperas. Una boda por todo lo alto, sí señor… —murmuró, sin que su enigmática sonrisa desapareciera—. Por supuesto que iré, chico. No me la perdería por nada del mundo.

# 28

CORTIJO «EL CAPRICHO», MÁLAGA, NOCHEBUENA DE 1886

La noche se presentaba fría, pero su cuerpo rezumaba calor. Y nervios.

Se había sentido tentado a darse la vuelta infinidad de veces. Otras tantas, había considerado múltiples alternativas, a cada cual más aterradora que la anterior. Ahora, haciendo sonar la aldaba de la puerta, parecía un niño asustado en vez de un hombre decidido. Aunque llegara dispuesto a cumplir con su deber. A costa de lo que fuera.

—Don… don Lorenzo… ¿Es usted?

La cara de Máximo, el mayordomo personal de su hermano Diego, era todo un poema cuando lo recorrió con la mirada varias veces. Como si así se convenciera de que no era un fantasma lo que estaba parado ante la puerta, esperando.

—Sí, Máximo. Soy yo. Aunque si alguien hubiera ido a recogerme a la estación, lo habríais comprobado mucho antes.

—Don Diego opinaba que… —El gesto adusto del mayordomo se estiró todavía más cuando tomó el equipaje y la ropa de abrigo de Lorenzo, rehusando dar más explicaciones—. Don Diego lo espera en el salón, señor.

La sensación de que se encontraría con un hombre desquiciado, echando fuego por la boca cual dragón enfurecido, lo llevó a pensar que se adentraba en la boca del lobo y no en la casa de su hermano. Su casa. ¿Todavía podría considerarla así? Esa incógnita lo había llenado de congoja durante el camino de vuelta, pero desapareció en cuanto avanzó por el recibidor y se quedó plantado en el umbral de la puerta del salón, observando la espalda de su hermano.

Era como si el tiempo se hubiera detenido en el momento de su desaparición.

La mano derecha de Diego, apoyada en la repisa de la chimenea encendida, sostenía un cigarro. La izquierda, dejó a buen recaudo una copa de coñac y se apretó en un puño. Los ojos negros se agrandaron y luego se entrecerraron cuando se clavaron en él, sometiéndolo a un minucioso examen. Asegurándose de que realmente era Lorenzo.

Diego estaba más delgado. Su habitual luminosidad había desaparecido de sus facciones, para ser sustituida por una expresión arraigada de sufrimiento. ¿Es que no pensaba hacer o decir nada? A Lorenzo le hubiera ayudado bastante para deshacerse de aquella incómoda incertidumbre.

No iba preparado para lo que ocurrió. Diego se acercó a él muy despacio y, sin que mediara palabra alguna, le estampó el puño en la cara. Lorenzo salió proyectado hacia atrás, pero no respondió al ataque. Se lo había ganado.

—Esto me suena —murmuró, frotándose la mandíbula dolorida.

—Y más que te va a sonar, pedazo de cabrón. —Diego lo levantó y alzó el puño de nuevo, con sus ojos ardiendo de indignación. Desesperación. Furia incontrolable. Todo junto—. Cuando acabe contigo, desearás no haber vuelto.

No gritaba, pero sus palabras cortaban el aliento. Y no había llegado hasta allí para ser vapuleado de esa manera. Primero quería esgrimir el montón de razones que lo acompañaban. Sujetó el brazo de su hermano, resuelto a no dejarse avasallar. Ambos se sostuvieron la mirada mientras medían sus fuerzas. Parecían dos púgiles a punto de entrar en combate.

—Si esta es tu… manera de decirme que soy bienvenido, la aceptaré… —murmuró entre dientes por el esfuerzo.

—Estás lejos de ser… bienvenido.

La mano de Diego tomó ventaja. Ahora estaba muy cerca de su nariz.

—Me lo tomaré… como un… cumplido. —Con un gruñido, Lorenzo consiguió alejarla de nuevo.

—Haces… mal. Considéralo… una sentencia de muerte.

—Podemos seguir saludándonos de este modo… hasta que… tú decidas, hermano. —Un nuevo forcejeo alejó el puño de su cara—. He tenido un buen maestro… en esto del adiestramiento físico.

El recordatorio de sus ficticias peleas con la espada lo desarmó por completo. Diego lo apartó de un empujón y bufó disgustado, sin dejar de asesinarlo con la mirada. Ahora cada uno conocía los límites del otro.

—Agradece que otras preocupaciones me tengan en vilo —advirtió, alzando un amenazante dedo—. De lo contrario, tus entrañas ya estarían adornando la fachada del cortijo.

Lorenzo dejó que se alejara. Se contenía para no proseguir con la pelea, y él sabía la razón. Estaba demasiado impresionado al verlo de nuevo, después de años suponiéndolo muerto. Y demasiado dolido como para demostrarlo. Nadie dijo que resultara fácil vencer el nudo de incomprensión que había mantenido atada la sagaz mente de su hermano. No lo lograría con unas simples explicaciones, pero por algo tendría que empezar.

—Vamos, Diego… Si algo he aprendido en estos años es que la vida pasa en un suspiro. ¿Crees que merece la pena desperdiciarla de esta manera? —aventuró, alzando las manos como una ofrenda de paz—. Te alegras de verme.

—No apuestes nada que te resulte indispensable. Podrías perderlo.

Eso quería decir que no se equivocaba, aunque todavía no podía acercarse a él como deseaba. Un suspiro llenó la estancia. El primer mal trago ya estaba pasado. Sus nervios se fueron calmando a la par que comenzaba a moverse por el salón con más confianza, como si su ausencia hubiera sido cuestión de días y no de años, hasta que tomó asiento en uno de los sillones, con una copa y un cigarro encendido.

—Me había imaginado tantas versiones de nuestro encuentro que no sabía cuál sería la acertada —atinó a decir.

—¿Y cumplí tus expectativas? —Diego volvió a la chimenea. Seguía dándole la espalda, pero su tono sonaba menos amenazador.

—Pensé que realmente me despedazarías. Por fortuna, aún me consideras de la familia.

—Para mi desgracia.

—Cosa que pienso aprovechar en mi beneficio —continuó Lorenzo con una endeble sonrisa—. Antes de que empieces a soltar sapos y culebras por la boca, deberías escucharme.

Su hermano ni siquiera lo miró.

—La cuestión es: ¿te lo mereces? —gruñó en voz baja.

—Yo creo que sí. Podría no haber aparecido nunca más. Después de detener a Chacón y al Tuerto, pude limitarme a cobrar tu maldito cheque y jamás hubieras sabido quién era en realidad —añadió Lorenzo, obligándose a adoptar una actitud despreocupada—. Pero aquí estoy, dispuesto a…

—¿Expiar tus culpas?

Pudiera ser, aunque no respondió enseguida. Comenzó a barajar otras posibilidades. Si le hablaba de Valentina, él le entendería. ¿Hasta el punto de anular otro compromiso? No lo creía, y tampoco le serviría de mucho. Habían pasado más de dos meses. Valentina no aparecería de la nada porque él le reconociera un reinado absoluto en su corazón. «Dices amarla, pero vas a casarte con otra. ¡Traidor!», le reprochó una vez más su conciencia. No. ¡Ella era la traidora! Se había marchado porque no le importaba su suerte. Bloqueó todo sentimiento referente a su persona y asintió, aunque Diego no pudo verlo.

—Hasta que no quede ninguna culpa que expiar —afirmó, con un extraño sabor amargo en la boca—. Dime lo que tengas que decirme. Actúa conmigo como creas conveniente. Sea cual sea tu sentencia, estoy dispuesto a acatarla.

No recibió respuesta…, salvo ver cómo su hermano hundía los hombros. Estaba desmoronado, y él era el culpable. La idea le hizo removerse en el asiento.

—He esperado casi cuatro años para tener esta conversación contigo. Para pedirte explicaciones. Aún estoy impresionado al verte. Todavía me pregunto si mis ojos no me estarán engañando —murmuró Diego, con la cabeza casi enterrada en el pecho—. ¿Crees que no tengo preguntas? ¡Miles de ellas! Pero me contengo para no atarte a la silla y arrancártelas. El sufrimiento que nos has hecho pasar bien me otorga ese derecho.

Lorenzo sintió un profundo pinchazo en su conciencia al escucharle. Tendría que emplearse a fondo para cambiar la opinión que su hermano tenía de él.

—Estuve huyendo de un asesinato que no cometí —confesó, centrando la mirada en el líquido de la copa que no había probado.

—Nunca entendimos tu huida.

Otro pinchazo. Lorenzo gimió y se hundió en el sillón.

—Gracias a ella, pude hacer justicia —musitó, intentando explicarse—. Sé lo que pasasteis…

—¿Tú qué vas a saber? ¡Estabas muy ocupado fingiendo ser otra persona cuando recibiste mi carta! ¡Maldito seas por eso! —estalló Diego. Volvió a agarrarlo por la camisa para levantarlo, pero esta vez Lorenzo no se resistió. Se dejaría zarandear y golpear si eso apaciguaba el dolor de su hermano—. ¡Removimos cielo y tierra para encontrarte! ¡Soportamos los interrogatorios de los Civiles, la exclusión social por creernos cómplices de un asesino! ¡Los juicios de valor que destrozaron nuestro buen nombre! ¡No me digas que lo sabes, porque no tienes ni puñetera idea! Convertiste nuestra vida en un maldito infierno, mientras tú campabas a tus anchas con total despreocupación.

—¿Eso crees? —afirmó, deshaciéndose de su mano de un tirón—. Quería saber qué había sido de vosotros. Si habíais conseguido salir del apuro que te obligó a concertar mi matrimonio con Marina Luján… Si pensabais que había muerto. ¡Pero no podía!

—No hubo nada que no se nos pasara por la cabeza. —Diego extendió una mano, abarcando todo lo que lo rodeaba, antes de revolverse el pelo negro con desesperación—. Pero sobrevivimos. Ya te expliqué cómo. A ti o a Rafael Mejía. ¿Qué más da?

Se refería a la carta solicitando la ayuda de Mejía. Lorenzo recordó su contenido como si la tuviera delante. Se consideraba un hombre consecuente. Cuando tomaba una decisión, aceptaba todo lo que conllevaba. Y ahora tocaba arreglar el estropicio emocional y económico que había provocado años atrás.

—Podría reembolsar a Elena el montante de lo invertido y multiplicarlo por mil —ofreció.

—Respuesta equivocada. —Los implacables ojos negros de su hermano le hicieron retroceder—. Ni todo el oro del mundo conseguiría borrar el sufrimiento que ella padeció por tu desaparición.

—Miles de veces estuve a punto de regresar, aunque eso supusiera mi sentencia de muerte —insistió, con su actitud más humilde.

—¡¿Y por qué demonios no lo hiciste?! ¿Creías que íbamos a rechazarte? ¡Somos tu familia, Lorenzo! ¡Tenías un nombre que defender y por el que luchar!

La voz desgarradora se le clavó en el alma. Diego comenzaba a agonizar, con las manos extendidas hacia él. La herida causada parecía demasiado profunda. Era un ruin. Un miserable. Un cobarde. Un…

—Verte en este estado me parte el corazón, hermano —murmuró, dirigiendo una ceñuda mirada hacia las llamas de la chimenea—. Solo quise limpiar ese nombre y que los verdaderos culpables pagaran por sus delitos, desde mi nueva identidad. Ahora que lo conseguí, aspiro a ganarme tu perdón. Te lo pediré las veces que haga falta, el tiempo necesario. Perdón. Perdón, perdón…

—Hasta donde yo te conocía, solo entendías de rápidas huidas en cuanto la palabra «responsabilidad» aparecía en tu vocabulario —apostilló Diego con un bufido muy doloroso—. Nunca contemplé semejante arrepentimiento en ti.

Se hubiera desmoronado a sus pies para suplicar… de no haber escuchado las últimas palabras. ¿Cómo que «nunca»? Lorenzo gruñó y frunció el ceño. Diego

acababa de traspasar la fina línea de su paciencia. Había una gran diferencia entre aceptar el castigo con las orejas gachas y dejarse pisotear.

—¿Ya terminaste con tu pataleta? —le soltó airado—. Te recuerdo que ayudé a salvarte el pellejo en más de una ocasión. Suelo cometer errores, pero también aciertos. ¿Por qué me juzgas con tanta ligereza? ¡Yo también sufrí!

—No me digas… ¿Y eso fue antes o después de convertirte en el cacique de una villa de renombre?

Una pátina de tristeza empañó los ojos castaños. Había cosas que los años no cambiaban. La cabezonería de Diego era una de ellas. Le harían falta algo más que unas horas para que comprendiera su razonamiento.

—La historia de Rafael Mejía es demasiado compleja para resumirla en este momento —afirmó con contundencia—. Cuando dispongamos de más tiempo y estés más calmado, te relataré todas mis penurias, ¡pero hubiera matado antes de permitir que sufrierais más por mi culpa!

Durante unos segundos tan solo se oyó la respiración acelerada de ambos, hasta que el brillo gélido de los ojos negros comenzó a disminuir de intensidad. Lorenzo contuvo una exclamación de euforia. Sus argumentos comenzaban a penetrar en la aturdida mente de su hermano.

—Soy un hombre de extraordinario temple. ¡Pero tú terminaste con él hace tiempo! —exclamó Diego, con un tono menos autoritario y más conciliador—. Por Dios Todopoderoso… ¡Incluso don Fabián blasfemó cuando recibimos tu primera carta desde Benavente!

—¿Don Fabián blasfemando? Eso sí que es una novedad —bromeó, arriesgándose a otro puñetazo.

Pero Diego volvió a darle la espalda. Sintió su lucha interna. Le dolió su rencor como si lo estuviera padeciendo él mismo, antes de que su hermano se decidiera a abrazarlo por fin. El vello de todo el cuerpo se le erizó cuando respondió al abrazo. Incluso se dejó llevar por un escalofrío inoportuno cuando sintió quedos lamentos sobre su hombro. Le permitió que lo estrujara hasta asfixiarlo, y golpeó su amplia espalda con los puños en señal del inmenso amor que siempre se habían dedicado.

¡Por Dios que lo quería! ¡Que se había sentido falto de ese cariño como si tuviera que prescindir de una parte esencial de su cuerpo! Con cada lamento de Diego, su corazón se encogía un poco. Con el inquebrantable abrazo que le dispensó, volvía a expandirse por su pecho de puro gozo. Millones de imágenes fraternales poblaron su cabeza para hacer a un lado aquella odiosa ausencia, y tuvo que contener un escalofrío de emoción cuando escuchó a su hermano. Porque se sentía alegre, pletórico, arrepentido y culpable. Todo en un solo segundo.

—Estás vivo. Ileso. Nunca pensé que volvería a encontrarte —le murmuró Diego, como si acabara de hacer semejante descubrimiento—. Mi hermano pequeño ha regresado a casa.

—Ahora sí me siento aceptado.

Apenas podía pronunciar palabra, pero aquellas le salieron con un mínimo de convencimiento. Diego lo separó lo justo para sujetarle la cabeza con las manos y unir sus frentes. Respiraron profundamente para tranquilizarse, y por primera vez en aquella tormentosa noche, Diego sonrió.

—Nunca te hubiéramos rechazado —aseguró con la voz rota.

El nudo de emoción volvió a estrangularle la garganta. ¡Demonios! ¡Hubiera podido estar aullando de alegría el resto de la noche! Pero no era conveniente. Si seguía por ahí, las emociones le jugarían una mala pasada. No dejaba de ser un hombre. Con todo lo que derivaba de su condición.

—Si me hubiera quedado, habríais pasado un auténtico calvario —insistió, con un hilo de voz.

—Pero lo hubiéramos pasado juntos, hermano. Esa es la diferencia.

«No te contengas más, Casanueva. Te ha aceptado pese a tus muchas faltas. Suficiente para que te deshagas en lágrimas».

Cuando Diego lo soltó, los dos hombres lloraban como niños.

Pero el momento de los afectos íntimos pasó en cuanto ambos borraron las señales con el dorso de las manos y un pañuelo. Se alisaron los respectivos atuendos y carraspearon para alejar aquel incómodo temblor de sus voces.

—Como te dije en mi última misiva, has de cumplir ciertas condiciones para ser aceptado de nuevo en el seno de la familia. —El tono de Diego volvía a ser autoritario, pero en esta ocasión Lorenzo le respondió con su habitual sonrisa jactanciosa—. Ahí arriba hay una mujer que espera para ser tu esposa.

La sonrisa desapareció. Lorenzo enderezó los hombros, echó un largo trago de coñac y asintió con gravedad.

—Seguro que es bonita, dulce y manejable. —Deseaba que, al menos la última parte, se cumpliera. Una esposa que no le diera complicaciones. Ya había sobrepasado el cupo de sobresaltos con Valentina.

—Pertenece a una buena familia, con una gran dote —añadió Diego.

—Eso no responde a mi suposición.

—Es joven y hermosa, y no parece que le desagrade demasiado la idea de un matrimonio contigo.

Lorenzo resopló y volvió a tomar asiento.

—Vaya un consuelo —rezongó, ante la mirada de advertencia de su hermano—. Solo espero que no te hayas referido a mí como un monstruo del que ella deba huir.

Los dos se miraron unos instantes, hasta que la faz de Diego recuperó su antigua jovialidad con una carcajada.

—Comprenderás que no he podido hablar muy bien de ti —señaló.

—No me queda otra —suspiró Lorenzo, encogiéndose de hombros—. Tengo una palabra que cumplir.

«Y una muchacha de cabellos llameantes y suaves curvas a la que olvidar».

—Te casarás con ella. Y si tengo que emplear todos los medios imaginables para obligarte, lo haré.

—Para eso vine, hermano. —El gesto de los dos se tornó serio. Ahora podría hablarle de Valentina… Pero Lorenzo calló. Aquel episodio de su vida permanecería a buen recaudo. Combatió la tentación con una sonrisa que pretendía resultar de lo más irónica y convincente cuando alzó la copa en dirección a Diego—. Y ahora que la oveja negra de la familia ha vuelto al redil, dime: ¿cuál es el asunto tan importante que ocupaba toda tu atención antes de que yo apareciera? ¿Es que don Fabián vendrá a celebrar la Nochebuena con nosotros?

—Ganas no le han faltado, solo para echarte un buen rapapolvo —comentó Diego, sacudiendo su mano con resignación—. Pero desde la muerte del Marqués, se dedica en cuerpo y alma a sus feligreses. Solo a sus feligreses —remarcó, con un destello pícaro en los ojos.

—Una decisión muy prudente. El hombre no tiene edad para sobresaltos. —Estiró las piernas y cerró los ojos, aspirando una bocanada de humo proveniente de su cigarro. ¡Ah, qué bien sentaban las reconciliaciones fraternales!—. Pero entonces no se me ocurre nada más…

La conversación se cortó de cuajo por un espeluznante grito femenino proveniente de la planta de arriba. Lorenzo se puso en pie de un salto y tiró el cigarro a la chimenea encendida.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró, con todo el vello de punta cuando el alarido se repitió.

—¡Mi asunto importante! ¡Elena está dando a luz!

A Lorenzo no le dio tiempo a aceptar la importancia de la noticia. Siguió a Diego que, como un vendaval, corrió a su alcoba para encontrarse en el umbral de la puerta con una oronda mujer que portaba un delantal manchado de sangre.

—¡Alto ahí! —les gritó, extendiendo una mano—. ¿Qué creen que van a hacer?

Diego echó la vista atrás. Su cara estaba tan blanca como la cera cuando elevó un puño en dirección a la alcoba.

—¡Auxiliar a mi esposa! —gritó—. ¡No permitiré que muera!

—¿Qué? —La boca de la partera se frunció, para a continuación soltar una carcajada—. ¡Su esposa está pariendo, nada más! ¡Y es más fuerte que ustedes dos juntos! —Con las manos en las caderas, los examinó alternativamente antes de hacerse a un lado—. Mire, don Diego, haré una excepción con usted por ser el padre de la criatura… ¡Pero su acompañante se quedará fuera!

No hubo más que decir. Diego se abalanzó hacia el interior, pero antes de desaparecer, lo señaló con el dedo.

—Tu futura esposa está en tu alcoba. ¡Ve a conocerla!

Era una orden tajante.

«Bienvenido a casa, Lorenzo», se felicitó mientras arrastraba los pies, con el entusiasmo de quien avanza por la quilla de un barco a punto de ser arrojado a los tiburones. Estaba como al principio. Con la diferencia de que, en aquella ocasión, ni siquiera le había preguntado a su hermano el nombre de la elegida. Poco le importaba el detalle. Procuraría mostrarse cortés y amable con la dama, hasta el día de la boda. Después, tendría que hacer uso del matrimonio por muy

desagradable que le resultara la idea, se dijo mientras alargaba una mano en dirección al picaporte de la puerta. No tuvo que abrirla, porque una de las sirvientas lo hizo desde el otro lado.

Y su grito de sorpresa fue tal que Lorenzo se vio en apuros para contener la hilaridad.

—Encantado de volver a verte, Rocío —declaró con su sonrisa más cordial.

—Don Lorenzo… —La muchacha se recuperó de la impresión y echó una breve mirada al interior de la alcoba—. ¡Pero, señor, no puede entrar ahora! ¡Ver el vestido de la novia antes de la boda trae mala suerte!

«No más que ver a la novia».

Lorenzo dio un paso al frente y la apartó con cortesía.

—Querida Rocío, mi suerte me la labro yo.

Fue lo último que dijo en una larga serie de minutos.

Se quedó petrificado, con los pies clavados al suelo y los sentidos atrofiados. Ni siquiera supo en qué momento la puerta se cerró tras él para concederle la intimidad necesaria. Sus miradas se encontraron a través del espejo, y el resto del mundo desapareció.

Ella permanecía de espaldas, sentada frente al tocador. Ataviada con uno de sus castos camisones blancos. Tan hermosa como la recordaba. Incluso más, con esa manera de mirarlo que le hacía temblar de pies a cabeza. Lo esperaba y le temía, pero contenía la emoción al verlo.

Su corazón se detuvo un instante, para comenzar a latir frenético al siguiente. Dejó que el aire abandonara sus pulmones poco a poco, con miedo. Como si la imagen se fuera a desintegrar si respiraba. Tardó una eternidad en ordenar las dudas que lo agobiaban, y un instante en comprender que al fin la había encontrado.

Ella era su hogar.

# 29

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Con qué fin? ¿Desde y hasta cuándo pensaba quedarse? Las preguntas se sucedieron en su aturdida cabeza, pero ocultó su perplejidad y fingió interés en la percha de pie, cubierta por un precioso vestido de novia. Tenía que hacerlo para no aprisionarla entre los brazos y no soltarla jamás. Al fin y al cabo, iba en busca de su prometida, no del amor de su vida. Aunque era la segunda quien lo recibía. Y no conseguía entenderlo. El inicial desconcierto pasó a convertirse en furia desatada al pensarlo. Se acercó a ella y le dirigió una breve pero concluyente mirada.

—Aparta —ordenó, haciéndola a un lado con brusquedad.

Y comenzó una extraordinaria exhibición de ira que no pudo parar. Miró debajo de la cama y echó atrás la ropa que la cubría. Movió cada mueble, rebuscando sin cesar. Resollaba mientras derribaba de un manotazo los perfumes, aceites y polveras que descansaban sobre el tocador, e incluso la percha con el vestido. No contaba con la reacción de Valentina, que emergió de las sombras y se plantó frente a él.

—¡No hagas eso con mi vestido! —gritó indignada.

—¿Tuyo? —murmuró él, sin prestarle atención—. Es de mi novia. Tú tienes poco que ver en esto.

—¿Vas a casarte con ella? ¿Eso es lo que quieres?

¿Cómo se atrevía a dudar acerca del tema? Lo preguntaba sin más, como si el tiempo entre ellos no hubiera pasado. Lorenzo apretó los labios. No se molestaría en dar explicaciones, ni en buscarlas. ¡No quería nada de ella! Tampoco le concedería nada.

—Vengo a cumplir los deseos de mi hermano —farfulló, dirigiéndole una mirada tan oscura como su semblante—. ¿Te has deshecho de mi prometida para poder quedarte conmigo?

—Tienes una petulancia del tamaño de una montaña —protestó Valentina, sacudiendo la cabeza con todo su temple recuperado.

—Al igual que tu desvergüenza al presentarte aquí. ¿Qué es lo que buscas?

A él. ¿Qué si no? Llevaba esperándolo mucho tiempo, pero estaba demasiado ciego por la furia como para advertirlo.

—Sabía que habías salido herido del Castillo de Alba —murmuró, bajando la vista—. Deseaba comprobar que estabas completamente repuesto.

—Haber permanecido a mi lado hubiera sido un buen comienzo para averiguarlo —apuntó él con mordacidad y la respiración entrecortada—. ¿Dónde está mi futura esposa?

—¡La tienes delante!

Llegaba dispuesto a casarse con otra. A cumplir promesas, por mucho que aquella extraordinaria visión lo subyugara, pero aquello era lo último que esperaba

oír. Lorenzo abandonó su absurdo registro y alzó la cabeza poco a poco.

—Si tienes ganas de bromear, no es el mejor momento para hacerlo —le advirtió.

—Puedes dejar de buscarla.

Valentina se sentó con calma y afrontó su gesto confuso. Primero, la ignoraba. Después, la rechazaba; ahora, despreciaba sus afirmaciones con frialdad. Todo entraba dentro de lo esperado. Aunque solo Dios sabía con cuánto mimo había preparado aquel encuentro, comprendió que pasarían muchas y complicadas explicaciones para recibir aquello que deseaba. ¡Pero es que estaba tan guapo! Aún con el enfado más absoluto mezclándose con la incredulidad, su rostro rasurado seguía igual de apuesto que siempre. El cabello se le había despeinado por los bruscos movimientos, y acababa de abrirse la camisa, como si los botones lo asfixiaran.

Imponente. Tan atrayente como oscuro y peligroso. Pero sano y salvo. Sin un rasguño ni secuelas de lo vivido en Aliste.

—Pues sí que has ascendido en estos meses —apreció Lorenzo con aspereza—. De cocinera de un burdel, a futura esposa de un…

—… egoísta. —Rezumaba tensión por los cuatro costados cuando se levantó para acercarse a él. ¿Altanera? Sí, desde luego. ¿Ofendida? También, aunque no alcanzaba a imaginar por qué.

¿Intimidatoria? Eso sobre todo.

—No fui yo quien te juró amor eterno para después desaparecer durante dos meses sin una sola palabra —bufó Lorenzo, apartándose un par de pasos. Si no lo hacía, no respondería de sí mismo—. Huyendo de mí como si…

—… tuviera que arreglar ciertos asuntos antes de volver a encontrarnos —volvió a interrumpirlo, pasando por alto su gesto de desconfianza—. Tú fuiste el que mintió, Casanueva. A toda tu familia. A mí.

—¡A ti nunca! ¡Conociste todos mis secretos! ¡Solo puedes acusarme de…!

—… ser un niño caprichoso incapaz de aceptar aquello que no comprende. —Con su precioso mentón alzado, Valentina se dirigió a la puerta—. Pensé que había pasado tiempo suficiente, pero me equivoqué. Aún no estás preparado para escuchar otra verdad distinta de la tuya.

—¿Cómo lo sabes? —continuó vociferando Lorenzo—. ¡No me has dejado terminar una maldita frase desde que he entrado en esta alcoba!

—Podrás hacerlo en cuanto me vaya.

¡Se marchaba! Ignoraba su ataque indignado con la mayor de las calmas, pero la pequeña mano agarrando el picaporte de la puerta le hizo reaccionar.

—¡Espera! —«¡No te vayas! ¡No me dejes otra vez!». Ella se detuvo, y él respiró hondo. Tendría que tranquilizarse para evitar que volviera a desaparecer de su vida—. Siempre escuché tus explicaciones. Seguiré haciéndolo en cuanto me reponga de la sorpresa.

Colocó la percha en su lugar, e incluso alisó el vestido. Lo último que quería era permitir que se fuera, pero ¿qué pretendía después de la soberana impresión que

acababa de llevarse? ¿Alabanzas a su conducta?

Valentina lo miró con el orgullo encendiendo sus angelicales ojos.

—Mi intención no es convertirme en tu desgracia —apuntó, ocupando su lugar en el tocador—. Solo quiero que me escuches.

Lorenzo sintió una alarmante debilidad en las piernas que le hizo sentarse sobre el colchón. Llevaba más de dos meses sin saber de ella. Era la última persona a quien hubiera esperado ver en su alcoba… Y le pedía una oportunidad de explicarse. Supo que le concedería eso y más, antes de abrir la boca.

—Luego me aclararás la parte relativa a mi desgracia —refunfuñó, arrugando la frente—. Ahora, háblame de mi prometida. Esa que, según tú, tengo delante de mis narices.

Aguardó una sarta de explicaciones atropelladas y poco veraces, pero solo recibió el golpe de una pequeña carpeta al ser arrojada contra él que no tardó en abrir. Su contenido le hizo palidecer hasta el punto de parecer enfermo. Mantuvo los ojos clavados en aquellos papeles una eternidad. Cuando los alzó, todo rastro de cólera había sido reemplazado por la perplejidad más absoluta.

—Me lo vas a explicar, ¿verdad? —murmuró, dejando los documentos a un lado con todo cuidado.

—Ahí tienes la explicación más importante. —Valentina tomó aire varias veces, enlazó las manos sobre el regazo y se puso recta—. Yo soy Marina Luján. Soy tu prometida.

¿Qué decía esa insensata? No… ¡No! Ella era Valentina. Su mujer. Su mejor amiga. Su amante. Su pequeña Raposa. Lo demás no entraba en sus cábalas.

—Marina Luján está muerta —barbotó, entrecerrando los ojos con fiereza—. Se suicidó.

—Marina Luján estaba muerta —le corrigió ella—. Pero la bondad desinteresada la ha devuelto a la vida.

—Si lo que quieres es castigarme, has de saber que ya lo has hecho. De sobra. Deja que los muertos descansen en paz.

—Esas son las pruebas con las que avalo mi historia —confirmó Valentina, con un frío glacial en los ojos—. Un certificado del mismísimo Gobernador devolviéndome mi nombre y mi vida, entre otros documentos. Pero no me crees.

¿Cómo iba a creerla? Apenas podía controlar el pánico que le impedía pensar. Pasó la mirada de los papeles al adorable rostro que tenía delante. Sí, era lamentable, pero no podía hacer otra cosa. Debía encontrar la razón de todo aquel despropósito.

—Me dijiste que me amabas… —se lamentó.

—Aún te amo. Siempre te amaré. Pero no quiero que te veas obligado al matrimonio. —Ella se dirigió a la ventana cerrada y apoyó la frente en el cristal. Lorenzo estuvo a punto de acudir a consolarla, pero se recordó que tenía delante a una completa desconocida. Decidida y digna, pero desconocida—. Puedo elegirte a ti, o a otro.

—Estás aquí, Raposa. Supongo que eso querrá decir…

—… Que te debo una explicación. Cuando te la haya dado, podrás decidir.

El contenido de aquella carpeta era el comienzo. Las manos de Lorenzo se hundieron en el colchón. Quería escucharlo todo, y no quería oír nada más. Deseaba quedarse para siempre a su lado, y echarla de su vida sin dilación. En resumen: necesitaba la verdad, pero no le gustaba el camino para llegar a ella.

—Entonces estamos perdiendo un tiempo precioso —consintió, consciente de que se avecinaba la mayor tormenta de su vida.

Los delicados hombros se hundieron, sacudidos por un lento sollozo. Ella sufría. Y cuando tuvo aquella revelación, sus razones dejaron de servirle. Maldición.

—No me des la espalda mientras me hablas, Valentina —pidió, en un tono tan suave que provocó otro sollozo—. Necesito ver tus ojos.

—Pero yo no quiero que veas mis lágrimas.

—Entonces no llores, mi vida.

Eso era para él. Su vida. Y aquel sentimiento se le había escapado antes de que pudiera contenerlo. Maldición, maldición.

—Me opuse al compromiso que mi padre, don Gregorio Luján, acordó con tu hermano Diego —la oyó comenzar—. Yo era apenas una niña, interna en un colegio de monjas para señoritas dirigido por sor Herminia, la Madre Superiora. No estaba preparada para unirme en matrimonio a un hombre de costumbres licenciosas y dudosa reputación, al que no conocía ni quería conocer. Pero mi padre opinaba lo contrario. De la noche a la mañana, parecía empecinado en hacerme pasar por el altar. Y yo solo sabía bordar, tocar el piano y hablar francés, sin contar con mi afición por la cocina, que me llevaba a los fogones de la cocinera cuando podía escaparme de las clases. Poco podía imaginar que esa afición me salvaría de morir de hambre.

Sus palabras no eran fruto de una desbordante imaginación. Desprendían tanta emoción que Lorenzo comenzó a creerla. Por muy inverosímil que resultara aquella situación y por muy sangrantes que fueran los resultados.

—Yo te explicaré los motivos de tu padre —se encontró afirmando—: Chacón le chantajeó para convertirse en su único heredero. Don Gregorio quería salvaguardar la mayor parte de su fortuna a través de tu dote. El ofrecimiento de Diego para concertar nuestro matrimonio le vino como anillo al dedo, porque carecía de tiempo para encontrar un acuerdo más ventajoso.

—El Tuerto lo asesinó antes de que pudiera explicármelo. —Con un suspiro, se decidió a mirarlo en un tímido escrutinio. Aquellos ojos tan azules comenzaron a aclararse cuando regresó a la silla, pero se frotaba las manos con insistencia. Seguro que las tenía heladas, pensó Lorenzo. Seguro que deseaba que él se las templara con sus caricias. Y seguro que podría hacerlo—. Aquella noche, sor Herminia me llamó a su despacho para darme la noticia de la muerte de mi padre, producida una semana antes.

—¿Me estás diciendo que nadie te avisó en su momento?

—Ni siquiera pude acudir a su entierro. —Los ojos se le llenaron de lágrimas que ella controló con su habitual determinación—. Cuando quise increparla, me

cerró la boca enseñándome una copia del testamento de mi padre, junto con una carta del nuevo heredero y un fajo de billetes para pagar mi huida. Yo suponía el mayor estorbo para Chacón. No podía terminar conmigo sin levantar sospechas, pero llenó las arcas de sor Herminia con una buena cantidad de dinero para que consintiera en expulsarme del colegio. Pagó mi destierro.

—Pero encontraron a Marina Luján muerta…

—Chacón y sor Herminia lo arreglaron. —Su esbelta figura comenzó a encogerse en el asiento, y las pálidas mejillas se mojaron con nuevas lágrimas—. Ella le cedió uno de mis vestidos, y él asesinó a una muchacha de su servicio que guardaba cierto parecido conmigo. La vistieron con mis ropas y le desfiguraron la cara antes de arrojarla por un pronunciado terraplén. Luego, escribieron una nota donde se explicaba mi «suicidio». En el supuesto caso de mi regreso, nunca hubiera podido reclamar nada. Era una mujer, menor de edad… Y estaba muerta.

Lorenzo echó la cabeza atrás, como si acabara de recibir una sonora bofetada.

—¿Cómo tienes constancia de tantos detalles? —susurró, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No has leído los informes con detalle —apuntó ella con tristeza.

—Estaba demasiado ocupado intentando salir de mi asombro.

—En ellos se explica cómo consiguieron la confesión plena de sor Herminia —prosiguió—. Después de que varias de mis compañeras de internado me identificaran como Marina Luján en cuanto me vieron.

Así de sencillo. Y de sólido. A pesar de sus esfuerzos, la mente de Lorenzo no pudo encontrar una sola grieta en el relato.

—Siempre me has parecido demasiado refinada para la posada —afirmó—. Demasiado… culta.

—Y capaz de comportarme como una campesina. Me marché del internado disfrazada de jornalero para ocultar mis curvas y poder viajar más segura. —Con un pronunciado encogimiento de hombros, ella volvió a la ventana—. El dinero de Chacón me sirvió para un par de viajes en tren y poco más. Cuando se terminó, vagué por los caminos sin rumbo fijo, pasando miedo, hambre y toda clase de privaciones, hasta que di con la posada de Adela. El lugar perfecto. Tranquilo, alejado de mi vida anterior y sin nadie que hiciera preguntas. Durante un tiempo, me propuse no volver a sentir miedo. Ni incertidumbre. Me convertí en Valentina, la cocinera. Marina, la damisela inocente y recatada, quedó en el olvido. —Ahí se detuvo. Respiró pesadamente, como si le costara trabajo continuar, pero cuando dirigió sus ojos hacia él, el corazón le dio un brinco—. Hasta que apareciste tú para poner mi mundo del revés. El hombre al que entregué mi virginidad y toda mi confianza, resultó ser el elegido por mi padre para convertirse en mi esposo. Pero yo te abandoné sin una explicación.

Carambolas del destino. Lorenzo vio su arrepentimiento tan claro como el sol en un día de verano. Y mantuvo una encarnizada lucha consigo mismo para no concederle todas las disculpas del mundo.

—El resto ya lo conoces —añadió Valentina.

—No, no lo conozco. —Al fin se atrevió a cruzar la distancia física que los separaba. De la emocional se encargaría más adelante—. No entiendo por qué callaste cuando yo te revelé quién era en realidad, ni tu relación con Chacón. Ni qué fue lo que le dijiste al Tuerto para que él te perdonara la vida. Ni siquiera sé por qué demonios te apartaste de mi lado.

¿Le había mentido? No, y hubiera sido un estúpido si siguiera considerando lo contrario. Lo que hacía era confiarle todos sus temores. Sus dudas y su pasado. Comenzó a mirarla con otros ojos. Era Marina. La mujer destinada a él desde hacía mucho tiempo.

Ella se giró para acariciarle la mejilla.

—No podía desvelarte mi identidad antes de que los culpables de la muerte de mi padre tuvieran su merecido —reconoció.

—Para eso tenías a tu paladín particular.

—El mejor. —Lorenzo frotó la cara contra la palma de aquella mano fría, sujetando su muñeca para intensificar la caricia. Mataría antes de renunciar a aquel contacto—. Pensé que, si me quedaba a solas con Chacón, conseguiría sonsacarle información acerca de la muerte de mi padre. Por eso acepté su compañía en la fiesta de la baronesa.

—Una verdadera temeridad.

—Casi tanto como tu confianza hacia Cosme. —Lorenzo agachó la cabeza. Pese a la dulzura empleada en cada letra, se sentía reprendido—. Cuando te vi en aquel estado, a pesar de que esperaba haber llegado a tiempo, creí que no lo soportaría, Casanueva. Ni siquiera me importó mi suerte. Pero pensé que mi verdadero nombre podría servir de algo. Al Tuerto solo tuve que decirle quién era en realidad, para que supiera que mi presencia satisfaría con creces a su patrón —siguió, respondiendo a la tercera de sus dudas—. Me trató tan bien que no tuve dificultades en escapar de él, gracias a la navaja de Canales.

Lorenzo deslizó el otro brazo por su cintura, solo para disfrutar del contacto. Deseó besarla, pero no quería que volviera a escapársele ahora que todo comenzaba a cobrar sentido para él.

—Muy inteligente —alabó—. Pero igual de insensato que lo anterior.

—Comprendí que la única posibilidad de permanecer contigo pasaba por recuperar mi verdadera identidad —concluyó con voz melosa—. Así que me presenté en casa de la baronesa Guzmán y me descubrí ante ella, en la esperanza de que me creyera.

Lorenzo se apartó de inmediato. El hechizo acababa de romperse.

—¿Claudia? —Ella asintió—. ¿Te ayudó?

—Te quería lo suficiente como para saberte feliz conmigo. —Los ojos azules lo miraron de una forma tan conmovedora que a punto estuvo de dejar escapar una lágrima traicionera—. Yo estaba desesperada. No saber de ti me resultaba insoportable. Deseaba verte, Casanueva. A toda costa. Intenté convencerla. Le supliqué de mil maneras, pero la baronesa fue inflexible; si te amaba de verdad, debía sacrificar a Valentina en beneficio de Marina. Y tenía razón. Viajó conmigo

hasta aquí en estricto secreto. Se presentó delante del Gobernador para refrendar mi historia y, por supuesto, delante de sor Herminia. Con el reconocimiento de mis compañeras del internado y el poder de su presencia, a sor Herminia no le quedó otra más que confesarlo todo. Además, contábamos con el respaldo de Canales.

¿Y ahora qué tenía que ver Santiago? Lorenzo se revolvió el pelo y se desabrochó un botón más de la camisa. El calor lo agobiaba.

—La muerte de Marina le resultó tan poco creíble que decidió llevar una investigación por su cuenta —le respondió ella, antes de que él formulara la pregunta—. Husmeó en el registro de pasajeros de todos los medios de transporte disponibles hasta descubrir que, la misma noche de mi huida del internado, una tal Valentina Hidalgo había tomado un tren en la estación de Málaga. El día que me dejó sola en La Albacara, fue para confiar a la baronesa el resultado de su trabajo. Cuando yo me presenté ante ella huyendo del castillo de Alba, ambos decidieron ayudarme.

¡Aquel había sido el motivo de su prolongada ausencia la noche de la muerte de Ramona! Ahora lo comprendía todo. Incluidas las carcajadas de Santiago cuando se invitó a su boda. El viejo zorro sabía de antemano quién sería la novia…

—No entiendo por qué se me ha ocultado algo así —concluyó, fingiendo un mínimo de compostura.

—Santiago deseaba que cumplieras tu promesa, conmigo. Pero para lograrlo, Valentina Hidalgo debía dejar su lugar a Marina. —Se apartó de él y volvió a sentarse. Las piernas comenzaban a fallarle—. Tú mejor que nadie deberías entenderme.

Y lo hacía. A su pesar. Se descubrió deseando tener enfrente a esa sor Herminia para hacerla partícipe de su justicia particular, solo con imaginar la serie de miserias que su prometida había sufrido por su causa.

Sí. Aquella muchacha valiente y decidida siempre había sido su prometida.

—Por eso desapareciste durante tanto tiempo —asintió.

—El necesario para arreglar mi situación en el más estricto secreto. —«Evitando que tú te enteraras», pareció añadir. Aunque había estado demasiado ocupado compadeciéndose de sí mismo como para eso—. Después de ser reconocida como Marina Luján, tu hermano me acogió en su casa con los brazos abiertos, convirtiéndose en tutor de mis bienes mientras tú regresabas.

Porque Diego siempre supo que regresaría. Lorenzo bufó. El resto no necesitaba de explicación. Había sido víctima de un plan para propiciar aquel encuentro. ¡Malditos fueran Santiago, Diego y sus intrigas! Y Claudia… ¡Claudia! ¿Quién iba a suponer que se convertiría en la incondicional aliada de Valentina una vez descubriera su verdadero nombre?

¡Mujeres!

—¡Yo habría conseguido lo mismo en mucho menos tiempo! ¡Hubieras permanecido conmigo de cualquier forma! —rugió con impotencia—. De haber sabido esto antes…

—No me hubieras creído.

—¡Te habría protegido del mundo entero! —aclaró, elevando las manos hacia ella—. ¡He pasado dos meses de sufrimiento sin saber de ti…!

Cerró la boca, pero ya era demasiado tarde. Ya lo había confesado. Y ella ya sonreía. Segura, serena y firme.

—Así que confías en mí.

—¿Seguiría aquí si no fuera así? —reconoció con pesar.

—Has sufrido por mi ausencia. —Lorenzo respondió con una mirada huraña a aquel tono tan dulce. No lo admitiría tan pronto—. Ahora eres tú quien debe decidir. ¿Tengo motivos para suponer que no me gustará tu respuesta?

Los ojos castaños se clavaron en el suelo. Ceñudo y mudo. Dispuesto a tomarse su tiempo en calibrar todas las respuestas posibles. Incluso alguna imposible.

—En ese caso, ¿qué podría suceder? —preguntó a su vez.

—Nada. —Ella se guardó la decepción y fingió indiferencia—. Me buscaría otro pretendiente, pero, dada tu falta de interés, no creo que el tema te violentase.

¿Otro… qué? Lorenzo se tragó una exclamación. No le violentaba. ¡La simple idea le enfurecía, le enloquecía! ¡Le hacía perder los papeles y el sentido común! Para él las cosas ya estaban muy claras. Simples. Sus vidas se habían cruzado. El destino así lo había querido, y él no era quién para cuestionarlo. Valentina, Marina… ¿Qué más daba? Le pertenecía. Desde que había posado sus ojos en ella y hasta que los cerrara para siempre. No cabía otra posibilidad. Ni otro pretendiente. Se lo haría entender a su modo.

—¡Te lo prohíbo! ¡¿Me oyes?! —bramó, con la mandíbula desencajada y los dientes a la vista—. ¡¡Te lo prohíbo!!

Ella levantó una serena ceja y se cruzó de brazos.

—¿El qué, exactamente?

—¡Que tengas ojos para otro que no sea yo! ¡Que te permitas el lujo de planear tu futuro lejos de mí! ¡Que respires sin mi permiso! Pero, sobre todo…, ¡te prohíbo que me abandones!

La otra ceja también se levantó.

—Y eso es debido a…

—¡A que te amo! ¡A que he aprendido de mis errores! ¡Y a que no estoy dispuesto a dejar que te libres de mí así como así!

Cayó de rodillas sin importarle la declaración que acababa de brindarle. Esperó su rechazo, pero ella permanecía impávida. Como si siempre hubiera sabido que esa declaración se produciría. Con los ojos llenos de serena comprensión y fuerte determinación. Lorenzo se aferró a sus muslos y enterró la cara en el acogedor regazo. No pudo evitar sacudir los hombros un instante antes de levantar la cabeza implorando clemencia. Pero aquella condenada mujer no estaba dispuesta a compadecerse de él.

—Demuéstrame que es cierto —le exigió.

El lamento de impotencia que profirió llenó la estancia entera.

—Expón tus exigencias.

—Quiero humildad y reconocimiento —comenzó ella, atrapando su rostro entre las manos y yendo al encuentro de su mirada—. Respeto a mis decisiones y a mi capacidad de raciocinio…

—Entrega absoluta, dedicación plena y una capacidad infinita de sacrificio cuando se trate de nosotros —siguió Lorenzo, con un suspiro que reflejaba una progresiva tranquilidad—. ¿Solo eso? Pídeme algo más difícil, Raposa. Algo que no tengas. Algo que no pueda ofrecerte.

Ella era la luz que había iluminado sus sombras. No podría respirar si no era a través de su cuerpo. La única mujer capaz de dominar su voluntad sin quebrar la esencia de su espíritu. Tenía que explicárselo, pero los ojos azules miraban más allá de él. Intentaban encontrar precisamente aquello que le había pedido. Y si la dejaba, lo encontraría. Le sobraban los defectos.

Se puso en pie y tiró de ella con un susurro que solo él comprendió. Se sentó sobre la cama y la clavó en el regazo, pero no la abrazó. Ni la besó. Solo acercó la nariz al delicioso cabello y aspiró hasta quedarse sin capacidad en los pulmones.

—¿Qué… haces?

—Olerte. Echaba de menos tu aroma.

—Ah. —Marina no pudo ocultar la desilusión—. Pensé que a lo mejor…

Lorenzo no la dejó terminar. Le robó las palabras y el alma con un beso fuerte y ansioso que resumía a las claras todo lo que, en realidad, había añorado de ella. No importaba que tuviera que dejar sentimientos al descubierto. Que, hasta hacía unos instantes, estuviera postrado a los pies de la culpable de sus mayores padecimientos. Había tardado demasiado en darse cuenta de lo indispensable que era para él. Había estado a un paso de no poder decírselo nunca. Ahora todo estaba aclarado, perdonado. Olvidado. La tenía sobre sus rodillas. Eso era lo que contaba. Con la boca pegada a la de él y sus lenguas enlazadas. Con el calor, el olor y el sabor que desprendía llenando el oscuro hueco de su alma para hacerle sentir el único hombre del mundo.

—Nunca he pasado tanto miedo. ¡Creí que habías muerto! ¡Que no querías saber nada de mí! —confesó con la voz rota y los ojos húmedos. Se negaba a soltarla mientras hablaba—. Llegué a pensar que no podría decirte lo mucho que te amo.

—¿A quién? ¿A Valentina o a Marina?

—¿Qué importancia tiene? Solo una mujer me ha conquistado: tú. Y pienso conseguir que seas lo primero que vea cada mañana, y la última imagen clavada en mis ojos cada noche.

—Mi vida era una mentira, Lorenzo.

—No más que la mía, Raposa.

—Me comporté de la peor manera —insistió ella, temblando de emoción—. ¡Escapé como una cobarde! ¡Dejé que me arrebataran lo que era mío!

—Las personas forjan el carácter a través de sus errores. Nosotros reconocimos los nuestros, Tina. Hasta ese punto somos iguales. Por eso estamos aquí. Ahora.

Lorenzo la abrazó. Dejó que el llanto le empapara el pecho mientras acariciaba la revuelta cabellera una y otra vez. Solo podía ofrecerle aquella clase de consuelo. El que tendría siempre, por muchos obstáculos que se presentaran. Porque ella era suya, al igual que él era suyo. Sintió una inexplicable emoción que le comprimió las entrañas cuando la apartó para limpiarle las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¿Cobarde, tú? —murmuró, con tanta ternura que provocó otro sollozo—. Has pasado hambre, frío y toda una suerte de calamidades para sobrevivir. Sola. ¿Quién podrá presumir de hazaña semejante? Pelearé contra todo el que se atreva a decir que no has luchado. Posees más valor que cualquier hombre. Y mucho más peligro —afirmó, lleno de una emocionada admiración que le hacía empequeñecerse a su lado—. Eres tan formidable que me haces sentir débil. Pero estoy dispuesto a convertirme en el hombro en el que te apoyes. Tu pañuelo de lágrimas y el baúl donde guardar tus miserias. No tengo derecho a juzgarte, Tina. Pero sí a amarte. Sin remedio.

A eso dedicaría el resto de su vida. Marina pudo verlo con claridad en la mirada profunda que le dedicó.

—Pero venías a casarte con otra —insinuó, dejando caer los párpados.

Lorenzo le alzó el mentón para que lo mirara. Su rostro había adquirido una expresión de dureza difícil de definir, pero que la inundó con un manto de calidez.

—Me abandonaste. Te maldije por eso, tantas veces que aún me extraña verte conmigo. Y a pesar de eso, no dejé de buscarte. Pero debía cumplir mi palabra —concluyó, con una mirada tan intensa que comenzó a quemarla—. Quiero que sepas que aunque nunca te hubiera encontrado, siempre te habría pertenecido. Por mucho tiempo y muchas mujeres que pasasen.

—Ignorabas quién era en realidad.

—Sé quién eres ahora. Siempre acabaré aceptando todo aquello que te propongas. Y diciendo todo lo que quieres escuchar. Ya lo sabes —reconoció, acariciando las mejillas pecosas para arrancarle una sonrisa—. No soy ningún ogro descerebrado que no atiende a razones.

—No. Eres un cabezota empedernido.

—Me declaro culpable —añadió Lorenzo, llevándose la mano al pecho con fingido gesto solemne—. Pero esa no es razón para que me rechaces, ¿verdad?

—Y también un engreído.

—Incorregible. Lo reconozco. Pero soy un hombre que cree en lo que ve. En lo que sentimos. Los dos. —Tomó la mano delicada para llevarla hasta su corazón—. No hay un «yo», ni un «tú». Ahora somos nosotros, ángel mío. Y no permitiré que vuelvas a dejarme. Ninguna excusa te servirá para intentarlo.

Volvió a besarla. Lo hizo hasta que los labios le escocieron y el cuerpo comenzó a demandarle otra clase de satisfacciones.

—He tenido que pasar por el infierno de tu ausencia para darme cuenta de que no quiero ni puedo estar sin ti —murmuró contra su boca, con una expresión de arrepentimiento tan profundo que el corazón de Marina comenzó a temblar sin

remedio—. No tendré suficiente con dos vidas para tratarte como te mereces, Raposa.

—Te bastará con una si sigues hablando así, Casanueva. Me dejas sin aliento.

—Después de dos meses de castigo y una hora de intenso asombro, creo que podría recibir la recompensa adecuada a mi comprensión. —Él le brindó una de sus espectaculares sonrisas, y los ojos traviesos se fueron hacia la puerta cerrada. Cuando regresaron, se encontraron con una expresión de genuino sufrimiento—. Daría cualquier parte de mi cuerpo por hacer el amor contigo ahora mismo.

—Así que cualquier parte de tu cuerpo…

Lorenzo emitió una ronca risilla de complicidad y le levantó el camisón hasta la rodilla. Su sangre comenzaba a hervir.

—Bueno, no cualquiera —aclaró, disfrutando del tacto suave de aquellas piernas tan añoradas—. Hay ciertas partes que son absolutamente necesarias para lo que me propongo hacer contigo.

Ella se relajó sobre los muslos que la acogían y se permitió disfrutar del húmedo contacto de los labios contra su cuello. ¡Santísimo Dios! ¡Cuánto lo amaba! ¡Con cuánto ahínco había buscado reencontrarse con aquellas sensaciones! ¡Como había echado de menos aquel brillo descarado de los ojos ambarinos, o la vehemente fuerza que manaba de cada una de sus palabras! Se sintió viva de nuevo. Vibrante de felicidad. Entrelazó los dedos en el cabello castaño y lo besó con todo el instinto posesivo que había aguardado su momento para salir. Porque aquel hombre era un inmenso corazón lleno de nobleza y generosidad, una mente privilegiada y un cuerpo soberbio que la habían encandilado desde el momento en que puso sus manos y toda su atención sobre él.

Pero un agudo chillido vino a romper el encanto. Los dos se apartaron jadeantes y se miraron atolondrados, como si hubieran sido arrancados del auténtico paraíso. El chillido se repitió, y una sonrisa apareció en la sugerente boca de Lorenzo cuando este lo reconoció.

—Eso es… ¿Un niño?

—Sí, Casanueva. Acabas de ser tío —añadió Marina, echándole los brazos al cuello cuando ambos se pusieron en pie.

—No, mi amor. Acabamos de ser tíos. Los dos.

Marina tardó en asimilar lo que significaban aquellas palabras. Buscó confirmación en los ojos castaños, y quiso asegurarse.

—¿Eso es un sí? —murmuró apenas.

—¿Un sí a qué?

—A nuestro matrimonio.

Lorenzo la amarró por la cintura. ¿Dudaba de la respuesta? Sus deseos se harían realidad. Iba a convertirla en su esposa, pero antes debía acabar con la zozobra que comenzaba a sentir sin previo aviso.

—¿Estás segura de lo que me estás pidiendo? —Le tapó la boca con un dedo antes de que ella pudiera responder—. Soy un hombre complicado, Tina. Con más

defectos que virtudes.

—Creo conocer las dos partes, Casanueva. A la perfección.

—Tengo cierta tendencia a imponer mi voluntad sobre las ajenas, entre otras cosas nada agradables de aceptar ni de soportar. —Recompensó su seguridad con un fugaz beso para poder seguir hablando. Estaba demasiado emocionado como para demostrarlo de otra forma—. No quiero que te hagas una imagen idealizada de mí.

—¿Dejarás tu engreimiento de lado por una vez? —Marina frunció las cejas y acunó aquel rostro atractivo entre las manos—. Te amo, con todas las consecuencias. Ya te lo dije. Y suelo ser una mujer muy recta con mis promesas.

No se la merecía, pero la tenía de nuevo. Lorenzo la levantó en alto para dejarla caer lentamente, haciendo que cada milímetro de su cuerpo rozara el de él. Su mirada intensa se clavó en el azul de aquellos ojos que le impulsaban a besarla.

—Podría estar años enteros explicándote todo lo que despiertas en mí. Y nunca terminaría —murmuró, acariciándole los labios con los dedos—. Pero ya sabes que no soy hombre de palabras, sino de hechos.

Se apropió de su boca para demostrárselo. Repasó su espalda con las manos. Sus costados, su trasero. La apretó tanto contra él que escuchó un leve gemido de placer al percibir la rotunda excitación que padecía. Una acuciante necesidad que comenzó a disminuir en cuanto otro llanto pareció llenar el cortijo al completo. Los dos volvieron a separarse, más excitados que la primera vez, y también más confundidos.

—¿Otro? —Las cejas de Lorenzo se fruncieron, para después alzarse con una exclamación de alegría—. ¡Dos niños!

—¿Te gustan los niños?

—Me encantan —añadió, llenando su pecosa cara de besos—. ¡Y por partida doble, mejor todavía! Espero tener un montón bien pronto, cariño.

¿Qué ocurría? En vez de compartir su euforia, ella se apartaba e inclinaba la cabeza. Como si quisiera resguardarse de algo, comenzó a acariciarse el vientre con la mano. Cuando levantó la vista, la sonrisa se le cayó de la cara. Conocía aquella expresión. Oh, no… Se avecinaba otra confesión de las suyas.

—Pronto nuestros sobrinos tendrán compañía —comenzó Marina, sin apartar los ojos de los de él—. Estoy encinta.

No hubo reacción. Ni esperada ni inesperada. El color desapareció de la cara de Lorenzo al completo. Parecía tan sorprendido que ella estuvo a punto de explicarle los muchos caminos que la habían llevado a semejante estado. Y tan asustado que le creyó capaz de huir despavorido.

—Ay, Dios…

¡Un lamento! ¡Como si acabara de recibir la peor de las maldiciones! El corazón pleno de Marina comenzó a resquebrajarse cuando lo vio pasearse delante de ella, con los ojos fijos en el suelo.

—«¿Ay, Dios?» —repitió, con las manos en las caderas y la punta del pie golpeando el suelo con sospechosa insistencia—. ¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

—No. Hay más —afirmó él, sin dejar su irritante ir y venir—. Verás… Pensaba llevar una vida tranquila y sosegada. Sin mayores complicaciones.

—Ya lo sé. Te oí hablar con tu hermano.

Escucharla reconocer semejante indiscreción con tanta aspereza lo detuvo en el acto.

—¿Espiando detrás de las puertas? —preguntó, con un suave chasquido de lengua—. Muy mal, Raposa. Muy mal. Sobre todo si tus conclusiones son tan erróneas.

—Ninguna conclusión errónea. Solo hay que verte para adivinar tus pensamientos.

Su gesto volvió a oscurecerse. Ensimismado, se dirigió al vestido de novia y lo examinó con interés.

—Habrá que adelantar la boda —comentó con un resoplido de disgusto—. Prescindir de las amonestaciones…

—¡No se puede prescindir de las amonestaciones!

—Si esperamos, engordarás tanto que no cabrás en el vestido.

—Me estás ofendiendo, Casanueva —advirtió, cada vez más mortificada.

—Confesarle a don Fabián el verdadero motivo del matrimonio —continuó él, ignorándola por completo—. Y excusar el nacimiento del niño diciendo que es prematuro.

«El niño». Nada de «mi hijo». ¡Y quería excusar su nacimiento! Noches enteras en vela llenas de incertidumbre esperando aquel reencuentro regresaron a ella como si las acabara de padecer. También las preguntas sin respuesta. O el enojo al saber que llegaría dispuesto a casarse con otra. Y el hueco enorme de la decepción. De la soledad. Un hueco que solo se había llenado con él. ¡No pensaba dejar que se refiriera al hijo de ambos como si no hubiera tenido nada que ver en el asunto! ¡Se había terminado!

—¡Ya soporté demasiado! —gritó, fuera de sí.

Se lanzó contra él dispuesta a arrancarle los ojos, pero Lorenzo la levantó en volandas y comenzó a… reírse. No. Se estaba carcajeando en su cara. Y cuanto más extrañada estaba, más fuerte lo hacía. Hasta que escudriñó el rostro masculino. Si en ese momento alguien le hubiera pedido que definiera «felicidad», sin duda se quedaría con aquella expresión.

—Era una broma… ¡Oh! —chilló indignada, golpeando el ardiente pecho que apenas la dejaba respirar.

—¿Cómo crees que podría renunciar a mi hijo? —rio Lorenzo, dando vueltas con ella—. ¿Tan insensible me consideras? Tú me hiciste sentir. Me hiciste sufrir y amar, todo junto. Eres la mujer de mi vida, Raposa. De la pasada, de la presente, y de la que espero disfrutar contigo en el Más Allá. Pero mientras ese momento llega, tengo un compromiso que estoy deseoso de aceptar.

Marina tembló en sus brazos. La amaba hasta el punto de proclamarlo a los cuatro vientos. Le costó seguir manteniendo su expresión enfurruñada cuando pensó en ello.

—¡Eres el peor de los hombres!

—Ya te lo advertí —exclamó él, guiñando un ojo—. Pero a cambio, seré el único que llenará tus días de amor y tus noches de pasión. El único padre para tus hijos… Y el que te amará como tú te mereces.

Ella siguió mirándolo con desconfianza.

—¿Ese es uno de tus tratos?

—No, ángel mío. Esa es mi mayor promesa.

Cuando la dejó en el suelo ya no reía. La miraba serio. Emocionado. Y siguió igual mientras comenzaba a desvestirla. Parecía venerar todo su cuerpo conforme iba quedando al descubierto. Lo devoró con los ojos cuando el camisón cayó al suelo. La mirada voraz se quedó clavada en ella hasta hacerla languidecer, pero no movió un solo músculo. Cerró los puños, apretó los dientes y soltó un lamento ahogado, renunciando a lo que se le presentaba.

—Me consolaré pensando que, a partir de hoy, podré disfrutar de esto cuando se me antoje —murmuró, antes de rebuscar en el baúl para extraer un vestido con toda su ropa interior—. Este irá bien. Azul, como tus ojos. Sobrio, como corresponde para la cena de Nochebuena y las felicitaciones que mi hermano y yo nos dispensaremos mutuamente. Recatado… Para que tus encantos permanezcan ocultos a cualquiera que no sea yo.

Después comenzó a vestirla. Con tacto. Con ternura y dedicación absolutas. Componiendo una imagen tan entrañable que le arrancó una de sus refrescantes risas.

—Ese sonido supone la mitad de mi vida —murmuró Lorenzo mientras le apretaba las cintas del corsé—. Si tuviera que morir para seguir escuchándolo, lo haría sin dudar.

—Pero estás haciendo algo inapropiado, Casanueva. La sirvienta se encarga de mis cuidados.

—Eso era antes de que tu futuro esposo se presentara para reclamarte. —La colocó de frente para aseverárselo con la profundidad de sus ojos. Sí. La reclamaba. No debería quedarle ninguna duda—. A partir de ahora, nadie más que yo se encargará de ti.

Lorenzo terminó de vestirla sin dejar de sonreír. No podía evitarlo, si pensaba en lo que había dejado atrás. Y en el futuro que se abría paso ante él. Un futuro de tentadoras curvas que albergaba a su hijo en las entrañas. Un futuro que lo miraba con adoración, sonrojándose con aquel candor que siempre lo encendía. Un futuro que lo amaba tal y como era, y al que él amaría por el resto de sus días.

—Estaba preparado para cualquier cosa… Menos para ti —confesó, acariciándole el mentón—. Contigo recuperé mi vida, Tina.

—Marina —corrigió, apartándose de él a regañadientes para comenzar a peinarse—. Me llamo Marina. Es mejor que te vayas acostumbrando.

—Habrá muchas cosas a las que ambos tendremos que acostumbrarnos —puntualizó, mientras esperaba con paciencia a que ella terminara de acicalarse—. Pero disponemos del resto de nuestras vidas para eso, Raposa.

Marina le lanzó una mirada preñada de promesas por cumplir. Él alzó la suya con disimulo. Agradecía haberla encontrado de nuevo, porque no pensaba dejarla escapar. La tomó por la cintura y, juntos, abandonaron la alcoba.

Acababan de tomar las riendas de su propio destino.

# Epílogo

FIESTA DE LA VENDIMIA, LA ALBACARA, OCTUBRE DE 1893

Aquel día el patrón se había aliado con el cielo azul y el sol radiante para brindar por una fiesta digna de recordarse. La fachada de la casa principal aparecía adornada con guirnaldas de flores silvestres que daban colorido a su habitual austeridad. Los campesinos regresaban de las viñas con los carros bellamente engalanados, acarreando las talegas atestadas con las uvas de la excelente cosecha. Recorrían el camino hasta las bodegas para depositar allí su carga. Las mulas, que compartían adornos en sus crines, se alejaban así de las enormes mesas que ocupaban la extensión de la fachada principal, atestadas con todo tipo de productos provenientes de la matanza del cerdo. El chorizo, el salchichón, el jamón y el queso curado convivían pacíficamente con el salmorejo. Y las hogazas de pan rivalizaban con el absorbente aroma del cordero lechal recién asado.

Para todo el que tuviera sed, el excelente vino tinto de cosechas pasadas regaría su garganta. Y el que tuviera ganas de bailar podría hacerlo al son de la dulzaina y el tambor, tocados por dos hombres apostados bajo la sombra de un árbol.

Ajeno a la apacible fiesta que se desarrollaba, el pequeño Rafael de Casanueva permanecía agazapado tras el tronco de ese mismo árbol, con un tirachinas preparado para ser usado. Tras él, su primo Alejandro le guardaba la posible retirada. Todo parecía indicar que su objetivo era el trasero de Mercedes, la sirvienta. Cuando la piedra dio en el blanco y Mercedes se volvió con un grito, los dos niños huyeron entre risas, mientras eran contemplados por la hermana melliza de Alejandro, Marta, con un gesto de total desaprobación.

Lorenzo reprimió una carcajada al ver la escena. Sus sobrinos habían acudido hasta Benavente acompañados de Diego y Elena. En ese momento, el primero compartía despacho con Santiago, y la segunda participaba en una animada conversación junto a Marina y Claudia.

Marina dejó a las dos mujeres y tomó de las manos a Marta para danzar al son de la alegre melodía. Claudia las contempló con una expresión de extraña añoranza en el rostro, mientras los dos diablos corrían alrededor de Elena para escabullirse de las manos de Mercedes.

—Pareces un perro guardián, chico. Se te van a salir los ojos de tanto mirarla.

Lorenzo dirigió su atención a Santiago. Se apoyó mejor en el tronco del árbol y metió las manos en los bolsillos, encogiéndose de hombros.

—¿Ya embaucaste a Diego? —preguntó.

—Tu hermano no se deja embaucar. Lo convencí de que no habría mejor inversión para sus ahorros que Los Vigilantes de Castilla —aclaró, muy ufano—. Ya

somos tres los socios. Y si no estuvieras tan embobado con tu mujer, nos felicitarías a los dos.

—No puedo dejar de mirarla —admitió con una sonrisa—. Su hermosura siempre me producirá el mismo efecto, por mucho tiempo que pase. Me corta la respiración, amigo.

—Y el día menos pensado te cortarán la cabeza por culpa de Rafael —apuntó Santiago con un resoplido—. Ese muchacho es el tormento de la servidumbre.

—El parto de Marina fue muy difícil —se excusó Lorenzo—. Puede que no logremos tener más hijos. ¿Qué esperas?

—Un niño consentido y malcriado. Ya ves. Acerté de lleno en mis predicciones. —Con sonrisa guasona, Santiago señaló a Marina, que conversaba tranquilamente con Claudia—. Feliz esposo y condescendiente padre de familia.

Lorenzo arqueó una ceja, examinando el aspecto de su amigo.

—¿Tú te has mirado al espejo? —preguntó—. El matrimonio te ha rejuvenecido. Pareces un jovenzuelo.

—Todo lo bueno se hace esperar. —Con un suspiro, los ojos de Santiago se clavaron en Claudia—. Me ha costado lo mío, pero ahora puedo decir que estoy feliz de tener una familia. ¡Voy a ser padre!

Lorenzo se aguantó las ganas de abrazarlo en público y solo le apretó el hombro para felicitarle. Claudia no era Marina. Su conquista total requirió de mucho más tiempo, pero cuando al fin se produjo, hacía un año, no pudo dejar de alegrarse por ambos. Ahora, la llegada de un hijo colmaba su felicidad.

—Ya era hora, Canales —apuntó—. Si esperas más, serás abuelo.

Su amigo le rio la broma.

—Espero que mi muchacho se parezca a mí tanto como Rafael a ti. —Lorenzo apreció el cabello castaño y los vivarachos ojos de su hijo. Después, atendió al gesto de Santiago hacia sus respectivas esposas—. Míralas. ¿Alguna vez te habías imaginado algo así?

—No. Aunque tampoco me esperaba que tú me hicieras aquella jugarreta con Marina, o que Claudia fuera la principal defensora de mi esposa, y ya ves.

—¿No se te olvidará nunca? —resopló Santiago—. Si vas a empezar otra vez, me iré con ellas.

—Será mejor que no las molestes. Están cocinando su amistad a fuego lento.

—Cocinando, dice… —rio mientras se alejaba—. ¡Pues que interrumpan el guiso, amigo! ¡Yo necesito a mi mujer!

Y él a Marina. Más que la primera vez que fue capaz de reconocer lo indispensable que era para él.

Como si la llamara con el pensamiento, ella se volvió. Los ojos azules, luminosos, se quedaron clavados en su aspecto descuidado. Así era como le gustaba: con el pelo revuelto, la barba de un día que a veces se dejaba solo para darle gusto, la camisa entreabierta mostrando con descaro parte de su pecho y los pantalones ajustados que usaba para montar. Con aquella mirada intensa que la excluía del resto del mundo aunque estuvieran rodeados de gente. Estaba tan

guapo, y ella tan concentrada en él, que tardó en percatarse del dedo índice moviéndose para indicarle que se acercara. Con sonrisa pícara, se apresuró a obedecerle.

—Deberías unirte a la fiesta —invitó, con un exagerado movimiento de caderas—. Preguntan por ti.

—Prefiero ver los toros desde la barrera, si no te importa. —Con un susurro que evidenciaba su gusto, la tomó de la cintura y acercó su boca—. Dame un beso.

—No es correcto, Casanueva. Debemos atender a nuestros invitados como se merecen.

Lorenzo rio cuando ella intentó soltarse, y puso los ojos en blanco con fingido desamparo.

—Mi hermano, Elena y el resto se atienden solos —se quejó.

—Somos los anfitriones.

Pero la mirada de Marina decía otra cosa. Sus pupilas bailaban revelándole promesas que él recogió al vuelo. Después, desvió los labios hacia el lóbulo de su oreja, donde depositó un beso fugaz.

—No me dejas más alternativa —murmuró—. Te secuestraré y así te tendré para mí el tiempo que yo quiera.

Lo hizo tal y como lo dijo, aunque ella tampoco tenía la más mínima intención de resistirse. Se dejó llevar en brazos hasta el caballo de Lorenzo y se arrellanó en la inmensidad de su pecho. Disfrutó del tacto firme del brazo alrededor de la cintura para sostenerla y de la suave cadencia del paseo, e incluso protestó cuando llegaron a su destino y tuvo que posar los pies en el suelo.

Lo observó dar una vuelta completa alrededor de sí mismo admirando el paisaje otoñal junto al río. Aquello le gustaba. Allí era verdaderamente Lorenzo de Casanueva, el patrón diligente y recto, el cacique que seguía dispensando favores a quien, según su criterio, los merecía. El amante fogoso y exigente. El marido comprensivo y el padre perfecto.

Desde La Albacara, llevaba los asuntos de la Banca Luján como si hubiera nacido para ello. No podía pasar largas temporadas alejado de Benavente.

Siempre atractivo y complaciente, tanto en la cama como fuera de ella, concluyó. Al pensar en la pasión que ardía entre ellos ante el más mínimo roce, las mejillas se le encendieron.

—¿Cuánto pides por tus pensamientos?

La voz profunda de Lorenzo la sacó de sus cavilaciones. Con mirada soñadora, se volvió para dejarse mecer por las fuertes manos masculinas.

Nunca se cansaría de sentirlo cerca. Y el día que eso ocurriera, no tendría más que recordar lo cerca que había estado de perderlo, para que su necesidad de él regresara.

—Tengo un esposo inteligente, hermoso… —recitó, mirando al cielo—. Un precioso hijo y unos amigos fieles. No pido nada más.

—¿Acabas de llamarme «hermoso»?

—Esa fue la primera palabra que usé para calificarte cuando te conocí, en la posada —rio Marina—. Aunque tú no pudiste oírla, Adela sí que lo hizo.

—Adela, claro… —Lorenzo tiró de ella hasta pegarla al tronco de un árbol derribado por una tormenta. Allí, comenzó a regar la perfumada piel de su cuello a base de húmedos besos—. No sé si debería dejar que te siga visitando. Es una mala influencia para ti.

—No opinabas lo mismo cuando rondabas la posada solo para verme.

—¿Cómo sabes tú eso?

Con una nueva risa, Marina intentó apartar las codiciosas manos de su marido para poder mirarle a los ojos. Si continuaban a ese ritmo, pronto ninguno de los dos estaría en condiciones de hablar.

—Eras un hombre soberbio y engreído que, de pronto, comenzó a cometer errores tales como demostrarme a las claras tus intenciones —aclaró con sonrisa sugerente—. ¿Qué debería haber pensado?

—Ninguna otra cosa —reconoció Lorenzo, acariciando su mejilla—. Solo deseaba zambullirme en el cielo de tus ojos.

—Desde que nos casamos, has desarrollado una vena poética muy interesante, ¿lo sabías?

Lorenzo puso los ojos en blanco.

—Lo supe el día que tuve que pedirte perdón para conseguir tu compañía en la Feria —admitió—. Conseguiste que me pusiera de rodillas, nada menos.

—¿Todavía te acuerdas?

Nunca lo olvidaría, porque a partir de entonces comenzó su larga lista de motivos para admirarla. Para adorarla y venerarla. Una lista que aún no se había cerrado. Cada día era más consciente del amor que lo desbordaba. De la admiración que le brotaba del corazón cuando la veía, la olía o la sentía a su lado. Cuando contemplaba cómo se comportaba con su pequeño, o incluso cuando aplacaba cualquier signo de su petulancia habitual a base de aquella templanza tan tajante que siempre había exhibido con él.

—Por mucho tiempo que pase —afirmó, recostándose en la hierba reseca con ella para comenzar a inspeccionar con lentitud lo que aquellas faldas escondían—. No pensaba en otra cosa que no fuera tenerte en mi cama.

—Ese reconocimiento dice bastante a tu favor —concedió Marina, con un tibio suspiro que le calentó el pecho descubierto antes de hacerlo con la boca—. Creo que fue ahí donde comencé a pensar que realmente podría seducirte.

—¿Acaso lo dudaste en algún momento? —Lorenzo se acercó más para intensificar sus caricias. La mano invasora se coló por la abertura de los pantaloncitos y comenzó a hacer estragos en el cuerpo de Marina—. No recuerdo haberme comportado nunca de una forma tan torpe. Me caí de las cucañas, tropecé con el lavadero… Yo no era yo cuando andabas cerca, Raposa.

—¿Aún provoco ese efecto en ti?

No. En realidad, era un auténtico terremoto lo que siempre le vencía cuando notaba el fuerte aroma de su excitación. Cuando sentía en las manos el ardor de

la rendición más absoluta a sus caricias, o cuando se llenaba la boca con todo un caleidoscopio de sabores provenientes de aquel cuerpo que era suyo. Al completo y para los restos.

Se adueñó de su boca en un beso furioso. Era la mejor respuesta que podía ofrecerle. Sí, disfrutaba de una condenada buena suerte teniéndola así, apasionada y ardiente, dispuesta a satisfacer aquel ansia creciente de poseerla en mitad del campo.

—Tu amor me hizo renacer —murmuró junto al hueco de su cuello, dejándose llevar por todo el cúmulo de sensaciones que las expertas manos de Marina creaban en el interior de sus pantalones—. Porque me amas, ¿verdad?

—¿Acaso lo… dudas?

Las palabras comenzaban a entrecortarse en su garganta al sentir el calor de los dedos abrigando su húmeda intimidad.

Lorenzo sonrió al contemplarla. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta y las mejillas ardientes.

—Me gusta oírtelo decir —gruñó con la voz oscura y ronca—. Que me amas con tus manos, tu boca, tu…

—Con todo mi cuerpo, Casanueva —suspiró, antes de mordisquearle el hombro desnudo—. ¿Satisfecho?

—Deja que te lo demuestre. Ven aquí.

La pegó a él con la mano libre, mientras insistía en sus potentes caricias. Pronto el olor dulzón comenzó a atolondrarlo, y los gemidos de su encantadora esposa, a excitarlo hasta un punto de no retorno que lo obligó a levantarle las faldas con prisa. ¡Señor! Parecía que hacía siglos que no la tocaba, que no la besaba, que no la colmaba con su firme presencia hasta hacerla gritar una y otra vez.

—Tina, Tina… —susurró, con los pantalones y los calzones descendiendo hasta medio muslo—. Me vuelves loco…

—¡Padre, madre! ¿Están ahí?

La llamada de Rafael tardó en penetrar en sus acaloradas mentes unos instantes. Ellos emplearon la mitad de ese tiempo en apartarse y recomponerse todo lo posible, evitando que su hijo los viera en situación tan indecorosa.

—¿Iban a dormir la siesta? —preguntó el muchacho al descubrirlos, señalando el torso desnudo de Lorenzo y los pantalones desabrochados—. ¿Tienen sueño?

—¿Y tú?

—Un poco —declaró Rafael—. Padre, cuando hayamos dormido, ¿vendrá conmigo a tirar piedras al río?

Lorenzo asintió. El dolor del deseo insatisfecho le impedía responder de otra forma. Disimuló un gruñido de disgusto y se colocó de lado para ocultar el tamaño de su erección. Los niños tenían la capacidad de hacerse notar en el momento y el lugar más inoportunos, pensó resignado.

Marina debía de opinar lo mismo, a juzgar por la manera en que contenía la risa. Con una mutua mirada de entendimiento, ambos alzaron las manos hacia su

hijo y le hicieron un hueco entre ellos.

Rafael no dudó en ocuparlo para mirarlos alternativamente, al parecer extrañado por el sofoco que veía en sus caras.

—¿Tienen calor? —preguntó con inocencia—. Podemos separarnos un poco…

—No, cariño. Así estamos muy bien —Marina le revolvió los rizos castaños y luego los besó—. Además, dentro de poco tendremos que dejar sitio para un miembro más en la familia.

El niño no se inmutó. Pero el semblante de su padre reflejaba desconcierto por los dos.

Por encima de la cabeza de Rafael, Lorenzo dirigió una muda pregunta a su esposa que fue inmediatamente respondida.

—Estoy encinta —afirmó, con un inapreciable movimiento de cabeza—. Rafael, vas a tener un hermanito. ¿Qué te parece?

—Bien, siempre que sea un chico —replicó el muchacho, frunciendo el ceño tal y como a menudo hacía Lorenzo—. Echo de menos a Alejandro cuando no está aquí.

Sin que sus ojos se apartaran de los de su esposo, Marina sonrió.

—¿Y si fuera una chica? —preguntó con dulzura—. Una niña como tu prima Marta…

—¡Ay, no! Marta es… Bueno, una mocosa —concluyó con suficiencia, como si él fuera mucho más mayor—. Siempre se queja de nuestros juegos. Dice que somos unos brutos y arruga la nariz como Mercedes. A veces me dan ganas de… ¡Tirarle de las trenzas!

—¡Oye! —La carcajada de Lorenzo fue inmediatamente reprendida por la mirada concluyente de Marina—. ¡Eso no se hace, Rafael!

—¿Por qué?

—Eso digo yo —intervino Lorenzo—. ¿Por qué?

—Marta es una chivata. Se lo tendría bien merecido —añadió el niño.

—Ve acostumbrándote, hijo. —El gesto que dirigió a Marina no daba lugar a dudas. Quería una explicación a la noticia de su preñez y la obtendría—. Las mujeres son una caja de sorpresas a cualquier edad.

Lo abrazó contra su pecho y lo retuvo así, en silencio, hasta que estuvo seguro de que Rafael dormía, para señalarla con un gesto de la barbilla.

—Así que encinta —susurró—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Después de que nos hubiéramos asegurado. —Las pestañas de Marina descendieron, y el dolor que todavía le castigaba se agudizó otra vez—. Pero Rafael apareció y…

No hacía falta que dijera más. Lorenzo se acercó a ella, aún a riesgo de que su hijo despertara, y sujetó su cara pecosa para llenarla de besos. La noticia era demasiado buena como para contener su entusiasmo o dejar de besarla.

—Me acabas de hacer el más feliz de los hombres. Una niña —exigió, con aquel tono de mando que, más tarde, admitiría todas las réplicas del mundo—. Quiero una niña como tú. Con tus pecas, tus rizos, tus ojos…

Se interrumpió al ver lágrimas de emoción en aquellos ojos tan adorados. Y con sumo cuidado, apartó a Rafael lo justo para poderla estrechar entre los brazos.

—Me encantaría saber el origen de esas lágrimas —aventuró preocupado—. Ángel mío, no debes tener miedo. Todo saldrá bien.

—Mis miedos venían de ti. —Lorenzo la apartó sin comprender—. No esperaba tu reacción. Creí que no querrías más hijos.

—¿De dónde has sacado semejante idea?

Marina se encogió de hombros. En realidad, no tenía motivos para pensar tal cosa, si exceptuaba su propia inseguridad al respecto. Una inseguridad que quedó en nada ante las palabras de Lorenzo. «Todo saldrá bien», había afirmado. Y ella le creía.

Sería una tonta si pensaba lo contrario.

—Estaba convencida de que los hombres solo deseabais hijos varones —afirmó, en un pequeño intento por bromear. Pero en medio de la risa, no pudo contener el llanto cuando Lorenzo simuló enfadarse.

—¿Todavía no sabes que yo soy una completa excepción? Siempre dispuesto para ti, Tina. Esa fue mi promesa, ¿recuerdas? —murmuró muy cerca de su boca—. Tú eres el sol que ilumina mis días, el motivo que me impulsa a vivir. Te amo tanto que sería capaz de las mayores proezas solo por ti. Amo cada parte de tu cuerpo y cada suspiro de tu espíritu, Raposa. Me considero el ser más afortunado del mundo por eso —siguió, aspirando el olor que desprendía el cabello de Marina—. Me encadenaste a ti en cuanto posaste tus ojos en mí, cariño.

Ella levantó la cabeza y sorbió por la nariz. Ya no lloraba. Ahora solo lo miraba con una creciente y preocupante malicia. La que siempre demostraba antes de sorprenderle con algo inesperado que lo desarmaba por completo.

—¿Te ataste a mí? —preguntó, con los ojos destellando de placer.

—Sin dudarlo —afirmó él, respondiendo a su insinuación con una sonrisa torcida—. Siempre me gustó la idea de las cuerdas, ya lo sabes.

—Pero no puedo comprobarlo.

Los ojos de Lorenzo volvieron a oscurecerse de deseo, pero se aclararon en cuanto echó un vistazo a su hijo dormido.

—Tenemos un pequeño inconveniente con nosotros —aclaró, rozándose contra ella de un modo tan leve como devastador—. Acabas de concederme una cita para esta noche.

—¿Esta noche? Mmm, no sé… —Marina se golpeó el mentón con el dedo, como si estuviera buscando un hueco para él en su ajetreada vida.

Hasta que consiguió aquel mohín huraño que lograba transformar al hombre fuerte y viril en un niño enfurruñado.

—¿Qué pasa? ¿Tienes otros compromisos? —preguntó Lorenzo con el ceño arrugado—. Porque te advierto que la repentina presencia de Rafael me ha dejado en un estado lamentable que…

Las palabras se desvanecieron en el aire cuando la mano de Marina comprobó la veracidad de su afirmación.

—Cierto —apreció, con una risa ahogada—. Tu estado es penoso.

Calamitoso, pero tendría que esperar a la noche para cambiarlo. O, en su defecto, darse un chapuzón en el río para calmar sus ardores. Con un gruñido disconforme, Lorenzo llevó las manos al trasero de Marina y comenzó a masajearlo con insistencia. Cuando escuchó en su oído un jadeo contenido, sonrió y alzó las cejas.

—¿Ves? Ahora ya estamos igualados —murmuró con satisfacción—. Solo queda saber por cuánto tiempo piensas tenerme así, porque soy capaz de cualquier insensatez contigo.

La risa de Marina llenó todos los rincones del paisaje.

¿Por cuánto tiempo? El necesario hasta que dejara de amarlo. Y el suficiente como para seguir amándolo, respondió para sus adentros.

Porque él era su fuerza y su valor. El hombre al que seguiría hasta la muerte con los ojos cerrados y tan solo una leve insinuación al respecto. Alguien para quien el honor y el noble valor de una promesa eran la única forma de vivir.

Su único y verdadero amor.

—Para siempre, Casanueva —afirmó sin titubeos—. Para siempre.

# Agradecimientos

Toda novela tiene su porqué, y en el caso de esta, le sobran. Quiero agradecer a Lumi su paciencia a la hora de leer los otros «intentos» de CASUALMENTE VALENTINA, para hacerme ver la realidad de las cosas. A todas las profesionales del Salón de Peluquería y Estética Isabel, porque gracias a ellas supe con exactitud lo que era el cabello castaño-cobrizo. Para Conchi, por su «vista de lince» al saber elegir las palabras adecuadas en el momento justo. A mi tía Sole y su «sopanvino» (espero que te guste encontrártelo entre estas páginas después de tantos años), y cómo no, a mi Laura Nuño (así, con apellido y todo), por estar siempre ahí, por ofrecerme una amistad como hacía tiempo que no conocía, por darme algún que otro «capón» y por todas las risas (bienintencionadas y malvadasssss) que nos hemos echado juntas.

Por todo lo que ha venido y por lo que sin duda vendrá, gracias a todos los que día tras día estáis pendientes de mí, me apoyáis con vuestro aliento y vuestro ánimo. Solo por vosotros, esto ya merece la pena.

---

[1] Jornales ofrecidos por el Ayuntamiento para paliar los efectos de la escasez de trabajo en invierno. (N. de la A.)

[2] «Lorena» era el nombre con el que se conocía popularmente a doña Cristina de Habsburgo, madre del rey Alfonso XIII. (N. de la A.)

[3] Forma coloquial de referirse en la época al Diablo y, por extensión, al Infierno. (N. de la A.)

[4] El Nada era un semanario que nació en 1857, de carácter divulgativo y de entretenimiento, cuyo fin principal era difundir los ecos de la pequeña sociedad benaventana. (N. de la A.)

[5] Término coloquial para referirse tanto a la antigua moneda de 5 céntimos (perra chica) como a la de 10 céntimos (perra gorda). (N. de la A.)